

HISTORIA
DE LA BIENAVENTURADA
MARGARITA MARÍA ALACOQUE

Y DE LOS
ORÍGENES DE LA DEVOCIÓN

AL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

por el
ABATE BOUGAUD

Vicario general de Orleans.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS AL CASTELIANO

POR EL
Pbro. Lic. Tirso R. Córdoba.

Segunda edición notablemente corregida y aumentada.



MÉJICO
LIBRERÍA RELIGIOSA
Herrero Hermanos, Editores.
3, San José el Real, 3.

1897

Es propiedad de los editores. — Queda hecho el depósito que marca la ley



INTRODUCCIÓN



ERMINADA creía toda mi tarea al consagrar dos volúmenes á referir la *Historia de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal y los orígenes de la Visitación*. Pero he aquí que una voz pura y blanda me llama de nuevo. La primera de las hijas de aquella gran Santa ha sido elevada á los altares. Más aún: ha sido elegida por Dios para terminar la obra de San Francisco de Sales y de su insigne cooperadora. Ambos habían trabajado juntos en la construcción del edificio: habían cavado sus cimientos, trazado sus grandes líneas; pero faltábale la corona. Y esta Santa humilde Virgen fué encargada de ponerla. De manera que la *Vida de Nuestra Bienaventurada* es como un apéndice necesario de la historia de la Santa Francisca de Chantal. La biografía de la una ilustra y completa la biografía de la otra.

Mas si la Bienaventurada nos interesa y conmueve ya bajo este aspecto, como la primera hija glorificada de los

dos Santos fundadores de la Visitación, no vacilamos al decir que nos interesa y conmueve todavía más, bajo otro punto de vista. Por oculta que haya vivido en la obscuridad de un claustro, en el fondo de una pequeña ciudad distante de París, ha recibido una misión de primer orden. Le ha confiado Dios el encargo de venir en ayuda de la Iglesia para el cumplimiento de la obra más grande y al propio tiempo la más formidable que esa misma Santa Iglesia lleva á cabo en este mundo.

Esta obra, como todos lo sabemos, no es la de permanecer en pie en medio de esta estabilidad de las cosas humanas que un día ú otro lo sepulta todo en el polvo, las dinastías, los imperios, los pueblos mismos; no es tampoco imponer á la orgullosa razón del hombre un conjunto de dogmas, cuyos títulos tiene sin duda el derecho de estudiar, pero que no pueden regenerarlo sino humillándolo: esta obra, más elevada que las otras dos, obra á la vez tan luminosa y tan obscura, es persuadir al hombre de que Dios le ama.

Sí, un día, en las profundidades de su eternidad, Dios ha visto al hombre; y á semejanza de un rey, de un genio poderoso, rendido por los encantos de su hijo pequeñuelo que balbuce, así Dios se ha rendido al amor del hombre, le ha amado hasta la pasión.

Le ha amado hasta hacerse hombre, para suprimir esas distancias que, de cualquier naturaleza que sean, son siempre insoportables al amor. Le ha amado hasta sufrir, hasta morir por él.

Sí, aquel que está allí pendiente de aquel cadalso, con los

pies y las manos traspasados, con el corazón abierto, es Dios!

Y ¿qué hace allí?—¡Ah! sufre, muere por amor: mejor dicho, muere de amor!

He aquí lo que la Iglesia está encargada de hacer creer al hombre. Su regeneración ha de adquirirse á este precio. Fuera de ello, no hay sino debilidades, decepciones del corazón, catástrofes de costumbres. La locura del sacrificio, de la virginidad, de la abnegación, del martirio, no comienza sino cuando se cree en la locura de la Cruz.

Este amor de Dios por el hombre es tan grande, tan prodigioso, que es como el escándalo del mundo. Es la última razón de todos los cismas y de todas las incredulidades. Si Arrio, por ejemplo, se separó de la Iglesia, fué porque no podía creer que este hombre que apareciera un día en la Judea, fuese verdaderamente sin frases, sin hipérboles «el único hijo del verdadero Dios». Había en semejante humillación tal grandeza de amor que sublevaba el orgulloso espíritu de aquel heresiarca. Lo mismo ha pasado con Nestorio. No admitía éste que el Hijo Eterno de Dios hubiese reposado en el seno de una humilde mujer, que ella le hubiese alimentado con su leche, que El la hubiese llamado Madre suya!

Y Lutero y Calvino ¿por qué han roto de nuevo la unidad de la Iglesia? Porque no podían creer ni en el tribunal de la reconciliación, es decir, en una misericordia que no se cansa de ninguna ingratitud; ni en las indulgencias, esto es, en una de las mas tiernas industrias del Salvador para suplir á nuestra perpetua insuficiencia; ni en la Sagrada Eucaristía,

es decir, en la permanente habitación de ese buen Dios con los que ama. ¡Corazones estrechos! ¿Sabían ellos acaso lo que es el amor? Y si en nuestros días hay tantos hombres que que pasan moviendo la cabeza delante de la Cruz, sonriendo de desprecio al mirar el altar, ¿qué es lo que los subleva sino la misma locura? La humanidad egoísta, incapaz de amar, sucumbe bajo el peso de tales misterios; y la Iglesia no consigue aún arrancarle este grito que sin embargo la transfiguraría: *Et nos credidimus charitati quam habet Deus in nobis. Sí, nosotros creemos en ese amor inmenso que tiene Dios por nosotros!* ¹.

Mas precisamente por que la otra es formidable, porque la Iglesia parece á veces inclinarse bajo su peso, Dios viene en su ayuda con admirable providencia y por medio de obras verdaderamente maestras. Así como cuando los sofismas se multiplican, el Señor hace una señal y se ve aparecer á esos hombres que bien podríamos llamar los agentes extraordinarios de la verdad: un San Agustín, un Santo Tomás, un Bossuet; del mismo modo, cuando el mundo se enfría y no crece ya en el amor de Dios, y se ve bajar la pureza, el sacrificio, el apostolado, la abnegación y el martirio, cosas todas que traen su origen del corazón, pero del corazón transfigurado por el amor divino, Dios hace una señal y se ve aparecer á aquellos que bien merecen el nombre de agentes extraordinarios del amor.

Así, por ejemplo, cuando al siguiente día de las persecuciones, Constantino subió al trono, y extendiendo sobre la

¹ I S. Joan., iv, 16.

Iglesia su manto de púrpura, introdujo en ella, sin quererlo, con los honores de un principio de enfriamiento; cuando aparecieron esos fríos doctores que he citado, Arrio, Nestorio, Eutiques, cuya doctrina no era en el fondo sino la negación del amor infinito; en aquel punto en que el viejo sensualismo pagano penetraba poco á poco en la Iglesia, las entrañas de la tierra se abrieron y de ellas se vieron salir los instrumentos de la pasión de Jesucristo: la Cruz en la cual había muerto, los clavos que habían atravesado sus pies y manos, la corona que había taladrado su frente, la lanza que había abierto su corazón. El mundo fué providencialmente llamado á reanimarse al contacto sagrado de los instrumentos de la Pasión.

Y ¿cuál fué la criatura privilegiada á quien Dios plugo confiar esa gran misión de inflamar al mundo en el siglo iv? Fué una mujer, una esposa, una madre, la piadosa Santa Elena, la madre del emperador Constantino, el libertador de la Iglesia. Fué una mujer, y es fácil adivinar la razón. Inferior por lo común al hombre respecto á las dotes del espíritu, la mujer es superior á él, tratándose de los dones del corazón. Ella ama mas; ella ama mejor: no separa en su pensamiento el amor del sacrificio; para ella amar es inmolarse siempre! Fué, pues, una mujer, y además fué una madre. Se comprende esto también. Delante de la Cruz, delante de la locura del amor, puede el hombre pasar á veces meneando la cabeza: la madre ¡oh! nunca. La madre toma á su hijo en sus brazos, mira la Cruz, y dice: «¿Qué tiene de extraño que Jesucristo haya muerto por sus hijos? ¡Yo moriría también por el mío!»

Fué, pues, aquella mujer, aquella esposa, aquella madre la que recibió en el siglo iv la misión de reanimar al mundo, mostrándole la Cruz de Jesucristo; y de hecho lo consiguió. La gran devoción de todas aquellas rudas poblaciones de la Edad Media fué la devoción á la Cruz. Librábanse batallas con el objeto de poseerla. Levantóse todo el Occidente por ir á conquistar el sepulcro vacío del Salvador; y, cuando llegaron las huestes á Jerusalén, vióse á aquellos rudos guerreros, á un Godofredo de Bouillon, á un Tancredo, á un Balduino, cruzar por Jerusalén con los pies desnudos, derramando gruesas lágrimas; vióse aún que algunos espiraban de dolor y de amor besando las rocas del Calvario; y un día, por último, la Francia entera se estremeció con la más pura emoción que haya agitado su alma: San Luis volvía á entrar en su capital trayendo en sus reales manos la corona de espinas que había ensangrentado la frente de Jesucristo. Durante ocho siglos, de Santa Elena á San Luis, el mundo, encendido al contacto sagrado de la Cruz en que había muerto Jesucristo, lanzó aquel grito de victoria: «¡Sí creemos en el amor infinito de Dios por el hombre!»

Pero en aquellos últimos momentos no era difícil á un observador ver que tal devoción, á causa de la enfermedad humana, no bastaría ya dentro de poco á mantener una llama que manifiestamente se iba extinguendo. Las cruzadas iban haciéndose más y más imposibles: los Papas llamaban ya en vano á las poblaciones al socorro del sepulcro profanado de Jesucristo. Se necesitaba de un símbolo más conmovedor, de algo que llegase más profundamente á las almas. Y un día, en el fondo de un monasterio de Bélgica,

se apareció Dios á una alma privilegiada y le dió por misión atraer las miradas y los corazones hacia la Sagrada Eucaristía, y pedir á la Iglesia nuevos homenajes para este augusto misterio.

Y ¿cuál fué la dichosa criatura predestinada para inflamar al mundo en el siglo XIII, para ser entonces lo que se llama un agente extraordinario del amor? Fué también una mujer, pero en esta vez una virgen! ¹.

Por puro, en verdad, por luminoso que sea el corazón de la madre, hay algo más bello y luminoso todavía, y es el corazón de la Virgen. Por otra parte, siendo la Eucaristía el misterio de los ángeles, conveniente era reservar á la virginidad los honores de esta revelación y de este apostolado.

Y como nada sucede en la Iglesia sino por el soplo del Espíritu de Dios, en tanto que se desplegaban las nuevas pompas del *Corpus*, un monje desconocido producía el libro de la *Imitación*, el más bello de cuantos han sido escrito por la mano de los hombres: sobre todo, su libro IV, destinado á inflamar todos los corazones por la sagrada Eucaristía. Al propio tiempo, Santo Tomás componía sus incomparables himnos del *Lauda Sion* y del *Adoro te devote!* Las catedrales góticas surgían como arcos triunfales en honor de la Sagrada Eucaristía. Veíase salir de ellas nuestras hermosas procesiones del Santísimo Sacramento; y el mundo, vivificado y transformado por los ardores de esta devo-

¹ La Bienaventurada Juliana, religiosa hospitalaria de Lieja. La fiesta del Santísimo Sacramento, que recibió orden de pedir á la Iglesia, fué instituida en 1246 por el obispo de Lieja en su diócesis, y en 1264 extendida á la Iglesia universal por el Papa Urbano IV.

ción, volvía á tomar su camino dando aquel grito de victoria: «¡Sí, sí, creemos en el amor infinito que Dios ha tenido por nosotros!»

Pero transcurren tres siglos: de súbito se siente que pasa sobre la Iglesia no sé qué corriente de aire glacial. Lutero aparece, y niega el amor infinito en sus más tiernas manifestaciones. Aparece Calvino, y suprime la Eucaristía. Viene Jansenio, y, sin negar la Sagrada Eucaristía, enseña á los fieles á alejarse de ella con el más profundo respeto: escríbense libros *sobre la frecuente comunión*, es decir, contra ella, y se despliegan tesoros de erudición con el objeto de decir á las almas que Jesucristo ha establecido este divino Sacramento para que se le reciba lo menos á menudo que sea posible. La fe en el amor infinito baja con esto en el mundo: siéntese por todas partes como un enfriamiento universal!

¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Qué váis á hacer? ¿Por qué industria vais á restituir el calor á las almas? ¿Qué secreto tenéis reservado para tan tristes tiempos? ¿Y á qué alma privilegiada vais á confiarlo?

Esta vez también, para reanimar la fe y la piedad, Dios escoge una mujer, una virgen: decididamente no quiere que haya otros agentes extraordinarios de su amor. Preparó, pues, á esa mujer, á esa virgen con un arte divino para esa gran misión; y cuando su corazón hízose semejante al de un ángel, un día que se hallaba sumergida en el éxtasis, inmóvil, recogida, con los brazos cruzados sobre el pecho, con el rostro ligeramente iluminado como por un fuego interior, una luz celestial, visible para ella sola, se levantó sobre el altar, y,

á través de la reja, distinguió la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo. Cuando se atrevió á fijar en él sus ojos, húmedos de lágrimas, el pecho del Salvador apareció resplandeciente: veíase en aquel fuego el Corazón de Jesucristo fulgar como un sol; y la virgen oyó en aquel punto una voz que le decía: *«He aquí este Corazón que ha amado tanto á los hombres, hasta consumirse de amor por ellos.»* Otras muchas veces tuvo visiones semejantes, en que se le revelaron todos los designios adorables de Dios. Vió las llagas de las almas y de las sociedades curarse poco á poco al contacto de ese Corazón divino, y la Iglesia, reanimada por los rayos de esa hoguera de amor, vuelve á emprender su camino triunfante y á derramar sus beneficios á través del mundo.

Y como si todo debiese concurrir para arrebatarnos almas hacia tal devoción, he aquí que por la Francia la ha dado Dios á su Iglesia. Se dirige á una virgen francesa, en una ciudad francesa, en el seno de un instituto francés, para hablar á la Iglesia universal. Y no solamente se ha hecho la revelación á la Francia, sino que se ha hecho para la Francia. Y esa revelación corresponde perfectamente, por una parte á sus aspiraciones más nobles y elevadas, y por la otra cura tan suave y eficazmente sus heridas, que manifiestamente Dios ha pensado en la Francia al hacer al mundo la gran revelación del Sagrado Corazón. Por lo demás, Él lo ha dicho: lo ha mandado anunciar con una precisión de tal naturaleza, que, al verse su realización, no puede dudarse del milagro. Y, realmente, la medida de la regeneración de la Francia está en la proporción con que

ella se ha hundido, por decirlo así, en las llamas del Sagrado Corazón.

He aquí, pues, lo que queríamos decir. Para ello, sin embargo, se necesitaría el lenguaje de los ángeles, ó, al menos el lenguaje de los santos. Ensayarémoslo, empero, porque, de no ensayarlo, se nos acusaría de la última ingratitud.

Sólo que, antes de comenzar, nos será lícito hacer una observación. Así como diríamos á un joven que emprende el estudio de las matemáticas: «He aquí un libro que trata del cálculo infinitesimal; no lo abráis, porque nada comprenderíais aún», del propio modo, si alguno no cree en el amor infinito de Dios por el hombre, en el pesebre, en la Cruz, en la Sagrada Eucaristía, que no abra este libro. Se quedaría atónito y escandalizado. Yo voy á decir la cosa más extraña, la más extraordinaria, la más increíble; y, sin embargo, la más cierta y conmovedora: un Dios que ama al hombre hasta la pasión, hasta la locura. Voy á contar cómo ese Dios, olvidado por el hombre, despreciado, traicionado, desconocido por el hombre, no ha desesperado del hombre mismo; y, en vez de castigarlo y de hacerlo pedazos, como lo habría hecho si quisiese, ha resuelto vencerlo á fuerza de ternura.

¡Oh Jesús mío! ¡Desde las rodillas de mi madre, en los primeros años de mi vida, no he cesado de creer en este Amor infinito, que es toda la savia y como el divino jugo del Cristianismo! Hoy, que ñe llegado á esta edad que trae al hombre todas las luces de la tierra, y, cuando ha sido fiel á Dios, todos los esplendores del cielo, siento ese amor infi-

nito que brilla sobre mi frente con un fulgor sin sombra. Poco creo ya en el amor del hombre; creo mucho más en el amor de Dios. Ayudadme, pues, ¡oh Cristo! ¡oh Salvador! ¡oh amigo dulcísimo!; y haced que estos últimos acentos, si los últimos son en realidad, lleven hasta el fondo de las almas el conocimiento de ese amor, cuyas delicias y encantos he probado, pero cuya dulzura no me sería dado nunca decir!...





CAPITULO PRIMERO

ESTADO DE LA IGLESIA DE FRANCIA AL NACIMIENTO DE LA
BIENAVENTURADA MARGARITA MARÍA

(1647)

*Mane nobiscum, Domine, quoniam adve-
sperascit, et inclinata est jan: dies.*
Permanece con nosotros, Señor, porque se
hace tarde y la noche se cierra.

(S. Luc., xxiv, 29.)

EN 1647, el año mismo en que la Bienaventurada Margarita María nació en Vesrovres, pueblecillo de Borgoña situado á siete leguas de Paray, la Francia católica acababa de obtener una gran victoria. Había empleado los últimos años del siglo xvi en arrojar de su seno el cisma y la herejía, y, libre ya de tan funesta levadura, entraba en el siglo xvii.

Profunda era la alegría que reinaba entre los verdaderos cristianos, porque quizá nunca había corrido la Francia un peligro más formidable. Con su dogma de la independendencia absoluta de la razón, con su desprecio de la autoridad y su odio por toda jerarquía, el protestantismo venia á lisonjear á una nación amante de la igualdad, á una nación tan viva que se cansa bien presto de la autoridad, de que tanta necesidad tiene. Por otra

parte, entregada á la molicie y á la corrupción bajo los reinados de Francisco I, Enrique II, Carlos IX y Enrique III, habíanla preparado suficientemente las malas costumbres para aceptar doctrinas menguadas. Vaciló un instante: y la herejía, que había seducido á una parte de la alta nobleza, encuéntrase un día en las gradas del trono. Había sonado una de esas horas solemnes en que se decide del porvenir de un mundo. Suponed, en efecto, que después de la defección de la Inglaterra, de una parte de la Alemania, de la Prusia, de la Suecia, de la Noruega y de la Suiza. hubiera venido la defección de la Francia: humanamente hablando, esto hubiera sido el fin de la Iglesia católica en Europa.

Felizmente, si bajo algunos aspectos el protestantismo ejercía un poderoso atractivo sobre la Francia, por otros le inspiraba una repugnancia invencible. La Francia es una nación profundamente religiosa; pero lo es por el corazón más que por el espíritu. En religión, como en las demás cosas, tiene ella su natural vivo y ardiente; tiene necesidad de ser arrastrada más bien que convencida; y en el amor que da no concibe más límites que los que pone al amor que exige en cambio. ¡Bajo este aspecto el protestantismo era radicalmente incapaz de satisfacerla.

El protestantismo no es una religión original. No ha nacido del viejo tronco del Evangelio como un desarrollo y un progreso; por el contrario, se ha establecido de una manera opuesta, cortando y cercenando. Pero lo que suprimía era precisamente lo que había encantado á la Francia, lo que la había adherido desde luego, por completo y para siempre á la fe católica.

El primer dogma del protestantismo, ó mejor dicho,

su primer corte, es que Jesucristo no ha encarnado por todos los hombres. No ha sufrido ni muerto sino por algunos, porque su corazón no ha sido bastante grande para abrazar á la humanidad entera.

El segundo dogma del protestantismo es que en ese mismo círculo estrecho de predestinados la misericordia de Jesucristo tiene límites. No perdona los pecados, ni remite las deudas. No se puede llorar á sus pies la desgracia de haberle ofendido, y con los ojos llenos de lágrimas levantarse con la certidumbre de que el amor de Jesús lo ha consumido, purificado y olvidado todo.

El tercer dogma del protestantismo es que Nuestro Señor no permanece entre nosotros en la sagrada Eucaristía. Según los luteranos, El pasa como un relámpago; según los calvinistas no está allí para nada. Ni unos ni otros han creído á Dios demasiado amante para cifrar sus delicias en habitar con los hijos de los hombres.

Es decir, que considerado en su dogma, y por lo que hace á Dios, el protestantismo no es sino un don y un amor á medias. ¿Cómo entonces habría podido agradar á una nación en la que el corazón predomina; movida por sentimientos más que por principios, y además incomparable en la vivacidad de esos sentimientos; creyente ó impía, virtuosa ó depravada, pero nunca nada á medias y siempre extremada en el bien ó en el mal, según el amor que la domina?

Las consecuencias del protestantismo eran, por otra parte dignas de sus principios. Cuando no se admite en Dios sino un amor á medias, ¿cómo pedir al hombre un amor total? En efecto; apenas Lutero y Calvino formaban su doctrina cuando se ve que todos los grandes sa-

crificios cesan como un viento que se aplaca; los santos entusiasmos se extinguen; ya no hay vírgenes ni apóstoles, ni almas que lo desprecien todo por Dios. Al transporte que produce las maravillas sucede la honradez que se limita á evitar las faltas. Pero bien pronto es preciso disfrazar esta esterilidad. Se desprecia todo lo que no puede alcanzarse. Prohíbense los votos, se suprime la virginidad, la penitencia. Por temor de que el hombre sobrepuje á Dios en los actos de amor, se los prohíbe.

Esto fué en Francia el golpe de gracia del protestantismo. ¿Qué, no tendremos ya vírgenes? ¿No podremos ya dar á Dios apóstoles? ¿Se nos prohibiría el sacrificio voluntario, la pasión y la locura en el amor? ¿Qué, no habría ya tabernáculos en nuestras Iglesias? ¿El Cristo Hijo de Dios vivo se iría de ellos, y de él no habría de quedarnos sino un pálido recuerdo perdido en el lejano horizonte de las edades? La Francia se sintió atacada en sus instituciones religiosas más profundas, y rechazó el protestantismo como un sueño espantoso.

Juntáronse otras razones á estas, razones políticas y nacionales. Por circunstancias en que no puede menos que verse la mano de Dios, la Francia debe considerarse como la primogénita de todas las naciones católicas; y en virtud de circunstancias más maravillosas todavía, se ha encontrado desde la cuna dotada de un genio tan parecido bajo ciertos aspectos al de la Iglesia, que desde el primer día la unión ha sido completa. El tiempo, que destruye lo que es facticio, no ha hecho sino confirmar y desarrollar esas armonías. Todas las grandes expediciones de la Francia han tenido un carácter religioso á la vez que nacional. Sus más grandes hom-

bres, Clovis, Carlo-Magno, San Luis, ostentan en sus augustas frentes una doble corona. Son tan célebres en la historia de la Iglesia, como en la de Francia. Las únicas horas en que nuestra fortuna ha parecido decaer son aquellas en que parecía que tratábamos de separarnos de Dios. Nuestras épocas gloriosas, por el contrario, son contemporáneas de nuestros grandes servicios prestados á la Iglesia. Así es como se ha formado poco á poco en todos los espíritus la idea de que éramos una raza privilegiada, una especie de sacerdocio real encargado de proteger, de defender, y hacer respetar la verdad, la justicia y la virtud en este mundo. Pero el protestantismo venía á hacernos descender de este único rango. Aquella misión que creemos haber recibido en Tolbiac; aquel título de hijos primogénitos de la Iglesia que el Pontificado reconocido nos había decretado; aquella fisonomía original de la nación, la más católica y más libre, la más devota é independiente, donde se encuentran á la vez el soldado, el apóstol y la hermana de la caridad; aquella guardia, en fin, que por espacio de doce siglos dimos á la puerta de Roma, iba á desaparecer, porque era preciso renunciar á todo esto. ¡Era preciso volver á la vaina la espada de Carlo-Magno! La Francia tembló al pensar en ello y con el ardor que la caracteriza se replegó en la religión de sus antepasados.

No creo que haya habido en nuestra historia una emoción más apremiante, más universal que la que se apoderó de la Francia en 1589, á la muerte de Enrique III. No tenía hijos, y su único heredero era un hugonote. He tenido á la mano una multitud de manuscritos del siglo xvi; deliberaciones de parlamento; actas de munici-

pios; memorias íntimas que no estaban destinadas á la publicidad; y á fe mía que no me sería dable decir todo lo que hay en esas páginas de consternación, de estupor, al solo pensamiento de un rey hereje. ¡Cómo se ve allí la emoción ardiente y al propio tiempo la voluntad fría é incontrastable de sufrirlo todo antes que aceptar aquel monarca! Lo que había pasado en París á la primera noticia de la muerte del rey se renovó por toda la Francia. En lugar de las aclamaciones y del grito de *viva el rey*, acostumbrados en tales ocasiones, veíase á los unos calarse los sombreros ó arrojarlos por tierra, á los otros cerrar los puños, tocarse las manos entre sí, no queriendo por ningún título un rey hugonote y haciendo votos y promesas, cuya conclusión era la siguiente: “¡morir primero de mil muertes!”

Entonces comenzaron aquellas preces públicas, aquellas peregrinaciones solemnes, aquellas procesiones demasiado ruidosas, si se quiere, pero tan expresivas y, por parte del pueblo, tan sinceras; todas aquellas manifestaciones, en suma, que mejor que la Liga, hicieron comprender á Enrique IV la verdad de la frase del muribundo Enrique III: “*¡Primo mío, vos no seréis nunca rey de Francia si no os hacéis católico!*”. Se ha puesto en duda la sinceridad de la conversión de Enrique IV; pero aun cuando fuese cierto, lo que no creo, que hubiera cedido á miras humanas al dar aquel importante paso, ¿qué mejor prueba se quiere de la profundidad é invencible fuerza de la corriente religiosa que cruzaba por la Francia en aquél entonces?

Así, cuando después de veintidós años de disfrutar de los beneficios del más regenerador de todos los reinos, la Francia que había tenido la inesperada fortuna

de hallar un hombre tan grande en medio de tan terrible tempestad, le vió caer bajo el puñal implacable de los partidos, lanzó un nuevo grito de angustia, y por segunda vez sintió que iba á descender al abismo, y que no había ya esperanza sino en Dios. Pasiones apenas adormecidas y ningún dique para contenerlas; partidos tan irreconciliables que la mano de Richelieu pudo apenas contenerlos, y tan poco franceses que estaban siempre dispuestos á llamar al extranjero en su ayuda; la poderosa casa de Austria envolviendo á la Francia en un círculo de hierro y amenazando á la vez todas nuestras fronteras; y cuando después de una minoridad tempestuosa, Luis XIII llegó, por fin, á ser hombre, celebró por uno de esos golpes en que se reveló el genio de Richelieu, un matrimonio brillante pero estéril con Ana de Austria; en el que no había hijos, esto es, en el que no había porvenir; la Francia se preguntaba con espanto ¿una vez muerto aquel monarca, á qué manos iría á parar el reino cristianísimo? Las plegarias comenzaron de nuevo; viéronse nuevas peregrinaciones. El rey y la reina pidieron á los más altos personajes, á la venerable madre de Chantal, á la beata María de la Encarnación, á Sor Margarita del Santísimo Sacramento de Beaune, á M. Olier, cura de San Sulpicio, y á otros muchos que rogasen á Dios enviara un heredero á la casa de San Luis. Y, en fin, como las plegarias individuales no fuesen bastantes á conjurar tan grandes peligros, el rey Luis XIII bajó de su trono, fuese á Nuestra Señora y allí consagró solemnemente su persona y su reino á la Santísima Virgen. La Francia entera se unió con entusiasmo á esta consagración.

Los contemporáneos nos han dejado largos y curio-

sos detalles acerca de aquel acto solemne, que la pintura y el grabado han representado de mil maneras. Pero lo más importante que hay que notar en esto es su prodigioso resultado. El mismo año en que la Francia fué consagrada á María (1637), nació el niño que debía llamarse Luis XIV, y presidir durante setenta y dos años á la época más maravillosa de nuestra historia. Seis años después, en 1643, un joven capitán de veinte y dos años recibía en un campo de batalla, como en otro tiempo Clovis, una de esas repentinas iluminaciones que cambian la faz del mundo. Rocroy, realizando por fin el sueño tan pacientemente perseguido por Enrique IV, Luis XIII y Richelieu, arrancaba al Austria la preponderancia europea y la transfería á la Francia. Véase al propio tiempo levantarse ó acabar de formarse un coro de genios: grandes hombres de Estado y grandes hombres de guerra, oradores, poetas, prosadores de primer orden, uno solo de los cuales bastaría para la gloria de una época, y en un número tal y en variedad tan rica, que ninguna nación, ni la misma Grecia en sus más bellos días, ofrece nada comparable.

En ese siglo xvi, poderoso, pero tan agitado, tan turbado, devorado por pasiones tan detestables, en que tanto la unidad como la grandeza nacionales, eran puestas en cuestión á cada hora, sucede aquella tranquila y magnífica época que hizo de la Francia la envidia y admiración del mundo; en que hablaba Bossuet, en que pensaba Pascal, en que escribía Fenelón, en que cantaban Corneille y Racine, en que sonreía Lafontaine. Cada año veía aparecer una obra maestra; y la Francia entusiasmada, yendo de sorpresa en sorpresa, se daba á sí misma y daba al mundo el espectáculo del mayor

desarrollo intelectual, moral y religioso que la tierra haya visto hasta hoy. He aquí el resultado del voto de Luis XIII: la sonrisa de la Madre de Dios á un pueblo que acababa de consagrársele.

Pero ni aun los dones más raros comunican á un pueblo la energía que se necesita para rechazar los últimos restos del veneno, ni la vigilancia para hallarse apercebido contra los nuevos embates del error. Mientras que la Europa contemplaba estupefacta aquella nación que había caído tan lastimosamente, agitada por tan terribles convulsiones, después levantada tan presto y hecha tan grande, viósele, por los años de 1675, inclinarse visiblemente y en los años posteriores palidecer poco á poco y perder su serenidad. A semejanza de aquel patriarca que, después de haber luchado toda la noche con el ángel, salió á la mañana victorioso, pero lastimado, así, en esa espantosa lucha con el protestantismo, la Francia se había levantado herida.

Sin duda esos violentos ataques del protestantismo contra el Pontificado, esas calumnias tan manifiestas, esas caricaturas odiosas le inspiraban horror. Sin embargo, quedóle de esto una impresión deplorable. Quizá no todo era falso en aquellas acusaciones. Nació la desconfianza, y en lugar de ir á refugiarse en torno de la Santa Sede, insultada, ultrajada, púsose en guardia contra ella. En vano Fenelón, que adivinaba el peligro, escribió su tratado del *Poder del Papa*, y para recordar á la Francia su gran misión y su verdadero papel en el mundo, compuso su *Historia de Carlomagno*; en vano Bossuet se levantó con toda su majestad en medio de aquella asamblea tan agitada de 1682, reunida para dictar leyes al Pontificado, é hizo allí oír los más her-

mosos acentos de fidelidad y de adhesión á la Cátedra de San Pedro.

Ya en aquel mismo discurso, no se trataba del Soberano Pontífice; no se hablaba sino de la Santa Sede, de la cátedra de San Pedro, de la Iglesia romana. Primera y bien clara señal de enfriamiento á los ojos de todo el que conoce la naturaleza y el carácter de la Francia. Otros pueden obedecer por deber y dejarse gobernar por abstracciones; ella, nunca. Ella tiene necesidad de ser gobernada por una persona, y amar al que la gobierna; de otra suerte, no obedece.

Al menos habría sido preciso ocultar aquellas desconfianzas en la sombra del Santuario, esperar del tiempo ó de alguna explicación legal la solución de aquellas malas inteligencias. Pero no: los parlamentos se apoderaron del asunto; la vanidad nacional tomó en ello parte y presentóse un espectáculo extraño; un pueblo, el más católico del mundo; reyes que se llamaban hijos primogénitos de la Iglesia, y que en el fondo lo eran; magistrados seria y profundamente cristianos; obispos, sacerdotes adheridos del fondo de las entrañas á la unidad católica, y ocupados empero unos y otros en parapetarse contra el Jefe de la Iglesia, en cavar fosos y levantar murallas para que su palabra no pudiese llegar á los fieles antes de ser examinada, palpada y reconocida por láicos de que no era ni falsa, ni hostil, ni peligrosa.

¡Libreme Dios de decir mal de la antigua Iglesia de Francia! No he olvidado que un siglo antes todos los obispos de Inglaterra han apostatado á instancias de Enrique VIII, en tanto que en 1793, aun después de las trabas del siglo XVIII, los obispos y sacerdotes franceses

han subido al cadalso ó han tomado el camino del destierro, más bien que separarse de la unidad católica. Pero no es menos cierto que entonces la Iglesia de Francia no estaba tan tiernamente unida al Papa. Ese gran sol de la Iglesia, como lo llama San Francisco de Sales, encontraba todavía muchos obstáculos para bañarla con sus rayos. Resultaba de aquí una disminución de calor, de savia, de fecundidad y de vida. Fué la primera herida que nos causó el protestantismo. La Iglesia de Francia estuvo desangrándose por espacio de dos siglos.

Pero hubo al mismo tiempo otra herida más peligrosa quizá. No se habían oído con menos horror las blasfemias todas de los protestantes contra la Sagrada Eucaristía. ¿No había, sin embargo, algo de cierto en lo que decían los reformados? ¿No era la conducta ligera, irrespetuosa de los católicos ante la Sagrada Eucaristía la que había autorizado tales blasfemia? ¿No valía más abstenerse, alejarse, usar de ella en lo adelante con más reserva? En vano Fenelón, que tuvo todas las intuiciones, escribió su famosa carta sobre la *Frecuente Comunión*. En vano Bossuet vació, por decirlo así, su grande alma en esas admirables meditaciones sobre el *Discurso después de la Cena*. Nada se consiguió. Y el libro de Arnoldo sobre la *Frecuente Comunión*, ó mejor dicho, *contra ella*, obtuvo todos los votos y comenzó á dirigir las conciencias.

Sin duda que se rechazaba con espanto el *predestinismo* ciego de los protestantes. Pero bajo el pretexto de obrar contra la laxitud de las costumbres católicas, se desesperaba á las almas. Massillón, sin quererlo, levantaba la cruzada contra la misericordia de

Dios por su famoso discurso sobre *el corto número de los escogidos*; y Pascal perseguía con su ironía punzante á la Compañía de Jesús, cuyo único crimen era mantener y defender la bondad, la ternura y la misericordia de Dios en sus relaciones con los pecadores.

Todas esas tendencias flotaban, por decirlo así, en el aire, vagas é indecisas, cuando apareció el jansenismo que se apoderó de ellas para reagrar y acrecer el mal. El jansenismo es la herejía más extraña que ha afligido á la Iglesia. En el fondo, el jansenismo no es sino un protestantismo vergonzante. Su principio fundamental es el mismo. Es ese dogma de un Dios que no ama sino á medias; que ha descendido á la tierra, pero que no ha tenido corazón para morir por todos los hombres; que ha venido á habitar en la Sagrada Eucaristía, es cierto, pero que no se sabe por qué; porque desea que vayan á recibirle lo menos posible; que ha establecido el tribunal de la misericordia y del perdón, pero redondeándole de tales condiciones, que en realidad es inaccesible.

Para sorprender el espíritu del pueblo y familiarizarlo con estas ideas, el jansenismo suprimió esos hermosos crucifijos de las edades cristianas en que se ve al Salvador con los brazos extendidos para abrazar á la humanidad entera, y con los ojos bajos, tiernamente inclinados hacia la tierra como en actitud de llamar á su corazón á todas las almas. Los reemplazó con esos pequeños Cristos que se encuentran todavía en algunas casas, con esas imágenes bien tristes y feas, en que se representa al Salvador con las manos enclavadas perpendicularmente sobre la cabeza, como para que los brazos abarquen el menor número de almas que se pue-

da, y con los ojos levantados al cielo para que no vean hacia la tierra. En lugar de aquellas palabras tan dulces grabadas sobre los tabernáculos en que reside el Dios del amor: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine!* ¡Cuán amables, Dios mío, son vuestros tabernáculos! el jansenismo coloca otras tan terribles como estas: *Pavete ad sanctuarium meum!* ¡Temblad á las puertas de mi santuario! Escribía tratados sobre la frecuente comunión, es decir, contra ella, y prodigaba los esfuerzos de erudición para enseñar á los fieles á alejarse de la Eucaristía lo más que pudieran. Para con el Sumo Pontífice esta herejía tortuosa siguió el mismo plan. No negaba su poder, como lo hacían los protestantes; pero tenía habilidades increíbles para descartarse de él y aun para desobedecerle afectando un profundo respeto. Es decir, que allí donde el protestantismo había puesto una negación, el jansenismo ponía una hipocresía; y ambos por diferentes caminos iban al mismo resultado: la diminución del amor divino en las almas.

Imposible era escapar á tales peligros sino por una enérgica reacción de fe y de piedad. Habría sido preciso afirmar en voz muy alta el amor infinito de Dios; empujar á las almas á la sagrada mesa, á la frecuente comunión; arrojarlas, más obedientes, más tiernamente adictas que nunca, en los brazos del soberano Pontífice. Y no fué así. Los unos se dejaron espantar por aquellas apariencias de austeridad, y los otros seducir por aquellas palabras de *vuelta á la disciplina de la Iglesia primitiva*. Los centinelas no cumplieron con su deber, algunos traicionaron; y poco á poco el jansenismo penetró por todas partes, no como un dogma que se cree, sino como una influencia que se sufre. Las comunidades

más fervorosas, los claustros más austeros no pudieron preservarse de ella: se la respiraba á la manera de esos venenos sutiles esparcidos en el aire y que llevan consigo las epidemias y la muerte.

De todas esas influencias reunidas resultó en Francia á fines del siglo xvii y durante todo el xviii una alteración del verdadero espíritu del Evangelio; una especie de semicristianismo, mediocre y frío, incapaz de arrebatarse á las almas. El encanto vencedor del cristianismo y el principio de su eterna fecundidad es el dogma del amor infinito de Dios por el hombre, esa gran doctrina, á la vez tan obscura y tan luminosa, de un Dios que ama al hombre hasta la pasión. A medida que se trabaja sea para negar completamente ese amor infinito, sea para menoscabarlo, se ve extinguirse ó disminuir esa especie de embriaguez sublime que engendra las vírgenes, los Apóstoles y los mártires. Se había tenido un primer ejemplo en la esterilidad radical del protestantismo. La Francia iba á ofrecer un segundo que no por ser menos completo, puesto que no negaba el amor infinito y se contentaba con no comprenderlo, dejaría de ser menos escandaloso.

En efecto, á medida que se extiende por la Francia ese semicristianismo, se ve debilitarse el aliento de la fe y de la piedad. En todo el siglo xviii, no hay sino una sola creación nueva, el instituto del venerable de la Salle, vástago tardío de aquel grande árbol cuyos retoños era imposible contar algunos años antes. Las antiguas instituciones languidecen; algunas se secan de raíz. Hay cada vez menos vírgenes en Francia, menos apóstoles, menos almas consagradas á Dios. Las viejas abadías llegan á ser demasiado vastas para sus habitan-

tes, que disminuyen de día en día. En cambio, no pudiendo poblarlas, se las reconstruye. Aquellas riquezas de que no se sabe qué hacer, puesto que los monasterios quédanse más y más deshabitados, empléanse en derribar los viejos claustros de los siglos XII y XIII, levantados por los santos, embalsamados por la huella todavía viva de sus pasos, tan curiosos bajo el punto de vista del arte; y se les reemplaza por grandes abadías con el gusto de Versailles, es decir, sin estilo y sin recuerdos.

El mismo espectáculo se presenta en el clero. Encuéntrase en él todavía sacerdotes celosos, hombres entregados al cumplimiento del deber; pero ya no santos. Todo es mediocre, sin entusiasmo, sin vivas llamas. Las misiones se acaban. Por todas partes una diminución sensible de calor y de vida. Como se vé, un gran árbol que comienza á enfermar y no alza ya al cielo sino unas ramas desnudas y un raquítico follaje, así la Iglesia de Francia dejaba ver que tenía una herida en el corazón.

No es esto, sin embargo, más que el principio de los dolores. En tanto que las almas piadosas se enfriaban en la Iglesia, por fuera comenzaba á soplar el viento de la irreligión y de la impiedad. Ese semi-cristianismo, que no tenía bastante hermosura para encantar á las almas, era mucho más incapaz aún para oponerse á las detestables consecuencias del protestantismo. Filtraban ellas, si así me atrevo á decirlo, á través de los diques desunidos y destrozados. Con el mismo derecho con que Lutero y Calvino habían desgarrado el Símbolo y burlándose de la Iglesia, Voltaire y Rousseau desgarraban el Evangelio y se burlaban de Jesucristo. Con el mismo derecho también y apoyándose en el mismo principio,

Diderot d'Holbach, Helvecio, Lamettri, negaban la inmortalidad del alma y se burlaban de la vida futura. Nada era ya respetado, ni el orden intelectual, ni el moral, ni el religioso. Un espíritu de rebelión universal agitaba á aquella Francia hasta entonces tan amorosa para con sus reyes. Nunca se había hablado tanto de sensibilidad, de beneficencia, y nunca los corazones habían sido más duros: los secaba un inmenso egoísmo. Nunca tampoco habían sido los hombres más graciosos, más amables, más políticos, acicalados y encantadores, y nunca se habían despreciado tanto. Y como del desprecio al odio no hay más que un paso, acabóse por darlo á fin del siglo XVIII. Un odio desconocido hasta entonces, universal, feroz, se apoderaba de las almas. Llegó el día en que ese odio, no pudiendo ya contenerse, estalló. Entonces comenzó una cosa horrible: se levantó el cadalso: á él fueron arrastrados el rey, la reina, la familia real, la nobleza, el parlamento, el clero, el pueblo. Había una embriaguez de sangre. Los partidos se asesinaron unos en pos de otros, sin llegar á satisfacer aquella especie de rabia que los deshonraba á todos.

Y si aquel odio del hombre por el hombre era ya inexplicable, y denunciaba en la naturaleza de la Francia un gran desarreglo, ¿qué decir del odio del hombre para con Dios? Todo lo que suscitaba su recuerdo era odioso. Los sacerdotes eran degollados, quemados los monasterios, despedazados los crucifijos, acribilladas á balazos las estatuas de los santos en las fachadas de las iglesias, profanados los altares por las más infames é impúdicas acciones, arrastradas por el lodo las hostias consagradas y otras veces quemadas, á tiempo que en derredor suyo bailábanse las más lúbricas piezas. Ja-

más había espantado al cielo una cosa semejante á aquellas horribles escenas. Durante la primera parte del siglo xix, se ha visto vagar por nuestras ciudades y nuestras aldeas muchas personas á quienes sólo el espectáculo de tamaños horrores había hecho perder el juicio.

He aquí, pues, lo que había llegado á ser aquella nación francesa, tan noble, tan generosa; aquella antigua raza de los francos que había contraído con Nuestro Señor Jesucristo tan honrosa alianza; cuyos reyes se habían honrado con que se les diese el nombre de hijos primogénitos de la Iglesia; que habiendo recibido del cielo dones incomparables, magnífica en su reconocimiento, había fundado en la religión de Jesucristo la mayor gloria humana que haya podido recibir pueblo alguno. Cayendo ahora de tan excelsas alturas en un amor á medias, y pasando de éste al abismo de la extinción total del amor, se la veía, presa del odio contra sí misma y contra Dios, desgarrarse las entrañas y arrojarle dando gritos de furor. ¡Eterno ejemplo de una nación que abandona sus caminos y es infiel á la misión que Dios le señalara!

Pero esta efervescencia de odio no había sido empero el más triste síntoma. Porque bien pronto calmado ese odio, como se había enfriado antes el amor, y no teniendo ya para Jesucristo á quien tanto había amado, sino una mirada de indiferencia, vióse á la Francia, durante los primeros años del siglo xix, borrar friamente su nombre de sus constituciones y de sus leyes; no tolerar ningún recuerdo suyo en la vida oficial; y después de haberlo arrojado de su suelo, obligada á dejarle de nuevo entrar en él á pesar suyo, encerrarle en sus iglesias, y

como ella decia desdeñosamente, *en sus sacristías*, y prohibirle aparecer en las calles y plazas públicas. Así, infiel y adúltera, después de una explosión de rabia contra el cielo que la había colmado de dones tan exquisitos, trataba ahora de olvidarlo y de borrar de su memoria hasta su recuerdo.

¡Qué desgracia tan grande sería que tales cosas pudieran hacerse impunemente! ¡Pero Dios no lo permite!

Cuando una mujer, después de haber dado libremente su corazón, abandona á aquel á quien había escogido, para lanzarse en el abismo de culpables amores, esa desgraciada puede fascinarse, aturdirse un instante, pero ¡ay! ha concluido con su felicidad. Jamás volverá á encontrar aquel delicioso y apacible encanto que hay en un afecto inocente; aquella dignidad de esposa, aquel honor de madre y aquellas purísimas é inefables alegrías que llevaban la bendición de Dios.

Así ha pasado con la Francia en este triste siglo xix que está ya tocando á su término.

Infiel á su misión, ha visto sus más hermosos dones convertidos en su daño. En vano ha llamado en su ayuda á la ciencia, al genio. Ya no es la misma Francia. No es ya la nación que había admirado al mundo. No disfruta ya de aquel antiguo sosiego ni la sombra de tan amable paz. Cada día que transcurre es un nuevo paso que da hacia el abismo más profundo. Ayer, en nombre de pretendidos derechos políticos arrojaba á sus reyes y hacia pedazos todas sus constituciones. Hoy se trata de saber si conservará la familia y la propiedad si la sociedad quedará en pie. Una catástrofe sigue inmediatamente á la otra. Todo tiembla en sus bases. Y podrian llegar tiempos en que un hombre honrado no

encontraría ya en Francia, en esta tierra generosa, ni una sola piedra en que reclinar la cabeza.

Y entre tanto ella continúa en sus locuras. Siembra la impiedad en el mundo. Se sirve de su hermosa lengua, de esa lengua tan ideal, para propagar las brutalidades del materialismo y del ateísmo. Danza como una loca, voluptuosa é impía en el Vesubio encendido. El mundo la mira con espanto y se pregunta lo que vendrá á ser de los restos de la fe, de la religión y de la moral en Europa, si la Francia continúa siendo la reina de las naciones.

Habríase podido creer que después de semejante abandono de su vocación sagrada, Dios rechazaría á la Francia con desprecio; que le retiraría su misión, y con ella los dones que le había dado para cumplirla y que ella había desaprovechado. Pero en esos tristes divorcios en que el hombre hace pedazos lo que Dios había unido, sucede á veces una cosa admirable: y es que aquel que es abandonado, que es traicionado, que no es amado, continúa, sin embargo, amando. Persigue al infiel con un amor que espera siempre. Multiplica los beneficios, con el objeto de volver á encontrar un corazón de que no puede desprenderse. Dice con el poeta:

“Si de mi amor te he colmado,
con mi amor te agobiaré.”

Esta fué la conducta de Dios. Conociendo á la Francia, sabiendo que ninguna nación es capaz de tan tristes excesos, pero que ella es incomparable en la vivacidad de sus arrepentimientos y que ningún pueblo ama como ella, resolvió vencerla á fuerza de ternura. En conse-

cuencia, se le apareció un día; y descubriendo su pecho, mostróle su corazón y le pidió el suyo.

Diez y ocho siglos hacía que Jesucristo había muerto en la Cruz, y he aquí que ningún genio había logrado aún hacérsenosle ver en su ideal hermosura. Después de Rafael y de Leonardo de Vinci, aun después del Beato Angélico, el Crucificado aparece como la más grande y bella de todas las pinturas. Lo mismo sucederá con esta segunda revelación del amor infinito. Ninguno llegará á pintar esta aparición de Jesús á la Francia y al mundo: esa mirada en que la reconvención se ha ahogado en la ternura, esa expresión del amor desconocido, ese pecho que semeja á una hoguera, ese corazón que irradia como un sol.

Todo esto no tendrá su hermosura cabal sino en las contemplaciones extáticas de los santos, y los siglos, partiendo de aquí, no enseñarán sino poco á poco á la humanidad asombrada la grandeza de este acontecimiento colosal. Doscientos años hace que la aparición tuvo lugar; estamos aún demasiado cerca para ver sus majestuosas dimensiones. Nacida en el siglo xvii en momentos en que la Francia se creía en el apogeo de la gloria, pero en que el Dios que sondea los corazones y las entrañas miraba ya el gusano que iba á tocar la flor y hacerla inclinar sobre su tallo; despreciada ó mal comprendida en el siglo xviii, demasiado escéptico y sensual para tan puras emociones; no habiendo comenzado á elevarse en los altares, sino en el siglo xix, y habiendo tenido necesidad de nuestras inmensas desgracias para ser aclamada por la sociedad angustiada, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no tendrá probablemente su desarrollo sublime y completo sino en el

siglo xx, cuando se saquen las últimas consecuencias de los funestos principios que nos arruinan, y cuando vengan desgracias más espantosas que las que hasta hoy hemos conocido. Entonces, á la vista del mal en toda su tremenda plenitud, aparecerá también el remedio total. La Francia en su agonía levantará los ojos hacia "ese Corazón que tanto ha amado á los hombres," y se consagrará al amor infinito, y saldrá del abismo.

Esperando ese glorioso acaecimiento que abrirá una era nueva en la historia de la Iglesia, necesitamos estudiar el génesis de esta grande y consoladora devoción. Para ello, trasladémonos á Paray-le-Monial, donde fué revelada; y desde luego á Verosvres, donde nació la humilde virgen que fué su primer confidente y su primer apóstol.





CAPÍTULO II

NACIMIENTO DE LA BIENAVENTURADA MARGARITA MARÍA
PRIMEROS AÑOS DE SU INFANCIA Y DE SU JUVENTUD

(1647-1662)

Sicut lilium!

¡Como un lirio!

(CANT., II, 2.)

Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.

Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna.

SALIENDO de Paray para dirigirse á Verosvres, después de haber dejado á la derecha la pequeña ciudad de Charolles y admirado al pasar la dulzura tranquila y la belleza de las grandes líneas del horizonte que van á perderse y como á morir insensiblemente en lontananza, se encuentra uno de repente, al volver de una alta montaña cubierta de árboles, un paisaje de novedad encantadora. Es un vasto anfiteatro de rocas graníticas, que puede tener dos leguas de largo por tres de ancho. Diríase que esas rocas han sido tomadas en medio de la hirviente masa primitiva del globo y que de súbito se han enfriado. Forman en el horizonte una línea de montañas dentadas, agudas, de pronunciados picos que son como la corona y las al-

tas gradas del anfiteatro. En vano la naturaleza, siempre fecunda, ha hecho brotar en medio de esas rocas vivas y sobre aquellas lejanas cimas grupos de grandes encinas y aun de bosques de sombríos pinos; á cada paso el granito se deja ver entre el follaje, é inmensas piedras, alzándose á través de los árboles, producen el efecto de gigantes ruinas.

Si de las extremidades del horizonte la mirada se vuelve hacia el centro, se presenta el mismo espectáculo. Valles estrechos y profundos, irregulares y súbitas elevaciones; dos estanques que parecen ocupar el sitio de dos cráteres apagados; arroyos de esa hermosa agua viva y clara, feliz privilegio de los terrenos graníticos; y acá y allá, en toda la extensión del camino, en los campos y en medio de las praderas, piedras enormes que se destacan y se ven al sol cual si tuvieran marcos de hierbas y flores silvestres.

He aquí el conjunto. Sería á la verdad sombrío, si no fuese tan variado. Hay algo de grandioso y severo que inspira recogimiento é invita al silencio. La vasta extensión del horizonte, la elevación de las montañas, la mole de aquellas rocas que el hombre no puede levantar, lo delgado de la tierra que pide sudores abundantes y da tan pobres mieses, hace sentir allí la grandeza de Dios al mismo tiempo que la pequeñez del hombre. Diríase que aquel es un rincón de tierra arreglado expresamente para hacer desear el cielo.

En el centro del anfiteatro se levanta una iglesia, desgraciadamente reconstruida hace poco y hoy dedicada al Sagrado Corazón. Es la iglesia de Verosvres ¹. El

¹ La nueva iglesia ha sido reedificada hace algunos años. Se comprende bien que la antigua, aquella en que la bienaventurada Marga-

pueblo, en lugar de agruparse en torno de ella, se halla esparcido en todas direcciones. Vense por diferentes partes grupos de casas habitadas por labradores y arrendatarios. Cada uno de aquellos grupos tiene su nombre. En el de Lhautecour, colocado en línea recta detrás del ábside de la iglesia, como á distancia de un cuarto de legua, nació nuestra bienaventurada.

Su padre se llamaba Claudio Alacoque. Pertenecía á esa porción de la nación francesa que en 1647 no era nada todavía, pero que se preparaba á serlo todo; que en esta expectativa iba reuniendo poco á poco y silenciosamente la fortuna y la influencia, y no había aún perdido, gracias á Dios, ni la fe ni las costumbres. Su habitación, que subsiste hasta hoy, se compone de dos vastos departamentos, separados por un corredor. El primero servía de habitación á los amos. Se le llamaba vulgarmente la *casa del gabinete*, porque allí se en-

rita, fué bautizada, donde oraba con tanto fervor, donde recibía tan frecuentemente la sagrada comunión, y donde, por último, fué arrebatada en éxtasis, tuviese necesidad de ser reconstruida. Pero un arquitecto inteligente y cristiano, como lo eran los de la Edad Media, habría hallado medio de encerrar las partes más preciosas del antiguo edificio en el nuevo. De la ábside, por ejemplo, con su altar y su comulgatorio, habría hecho una capilla. En lugar de esto, se ha destruido todo, todo se ha arrasado, ni una piedra se ha conservado. Se ha demolido hasta el altar; se han quitado de allí hasta las fuentes bautismales. En Asís muéstranse las fuentes en que fué bautizado San Francisco; en España, las que sirvieron para Santo Domingo; en Sienne, el sitio en que se arrodillaba Santa Catalina; aquí nada. Una grande, fría y seca iglesia sin un solo recuerdo. ¡Ay! con tal que lo que aquí pasa no vaya á suceder bien pronto en Ars. Allí se ha comenzado una inmensa iglesia que amenaza de un modo extraño á la pobre iglesia vieja del venerable cura. Algún tiempo después de su muerte, me he acercado á aquel confesonario en que él ha pasado su vida y que es como una reliquia, y no he visto sentado allí á ningún misionero de Ars. ¡Oh, cuán ligeros somos! Nada parece merecer nuestros respetos.

contraba el gabinete de M. Alacoque, que era notario real en Lhautecour. Vese allí la estancia en que nació la bienaventurada, transformada hoy en capilla, y dedicada al Sagrado Corazón. Tiene pinturas alegóricas del gusto del renacimiento; y se destaca allí el escudo de armas de la antigua familia de los Alacoque. No hay duda que aquel departamento fué una vez devorado por un incendio, cuyas huellas se advierten aún, y que se reconstruyó más tarde. El otro departamento que está enfrente se ha conservado muy bien.

Vense allí todavía los viejos pozos de un aspecto extraño, cuyo techo está formado con grandes lavas graníticas de una sola pieza. Extiéndense en torno los jardines, terminados por un pequeño bosque que descendía rápidamente hasta un estrecho valle. Era el límite de la propiedad. En medio de aquel pequeño valle levántase una de esas inmensas rocas de granito de que está sembrado todo aquel terreno, como antes dijimos. Esta fué durante veinte años la soledad preferida de Margarita, su refugio en la hora de las pruebas, el lugar de sus oraciones y de sus primeros éxtasis.

Esta vasta habitación había pasado á la familia de los Alacoque á causa del matrimonio del abuelo de nuestra bienaventurada con Juana Delarroche, de quien era la antigua tierra patrimonial. Claudio la había recibido á título de primogénito, ó quizá, según la costumbre de entonces, á título de heredero asociado. Tenía una hermana llamada Catarina, que no se casó y que habitaba con él; otra hermana llamada Benedicta, casada con Santos Delarroche, madre de cuatro hijos, la cual, según las costumbres de aquellas familias patriarcales, habitaba con él; y por último, un hermano llamado Anto-

nio, que había recibido los sagrados órdenes y que era entonces cura de Verosvres. Además de la explotación de aquella finca, cuyo cuidado incumbía especialmente á su cuñado Santos Delarroche, M. Claudio Alacoque tenía el cargo de notario real de Lhautecour. Más tarde unió también el título de juez de los señoríos de Terreau, de Corcheval y de Pressy. Todo esto, con la más envidiable reputación de honradez y de integridad, había hecho de Claudio Alacoque un hombre de importancia que no estaba muy abajo de los señores vecinos y sí muy por encima del pueblo.

No es por lo mismo extraño que cuando se recorren los registros de la parroquia de Verosvres se encuentre su nombre en todas las páginas. No hay un matrimonio en Lhautecour en que no aparezca como testigo, y lo que es más extraordinario, casi no hay un bautismo en que no sea padrino. Y en este caso, sea á causa de su título de notario real, sea por tener tan bella forma de letra, su hermano Antonio, el cura de Verosvres, le cede la pluma y es Claudio quien extiende el acta.

En 1639 M. Claudio Alacoque que apenas contaba veinticinco años de edad, se había casado con la señorita Filiberta Lamyn, hija de un notario real de San Pedro el viejo, cerca de Macón. Ambos piadosísimos y dignos de ser padres de una santa. De este matrimonio bendito de Dios nacieron siete hijos, cuatro varones y tres mujeres: Margarita fué la quinta. Vino al mundo el 22 de Julio de 1647, día de Santa Magdalena y no fué bautizada sino tres días después, es decir, el día 25, en la iglesia de Verosvres: tuvo por padrino á su mismo tío, el hermano de su padre y al cura de Verosvres, M. Antonio Alacoque; y por madrina á Margarita de

Saint-Amour esposa de M. Defautrieres, señor de Corcheval. Esta noble familia había querido dar por medio de este acto público una prueba de la alta estima en que tenía á M. Alacoque. Dios, que destinaba á esta santa niña para reanimar en el mundo el fuego del amor divino, quiso que fuese la primera en consumirse en él. Desde pequeñita no respiraba sino por Jesucristo; ni temía otra cosa sino desagradarle. “Desde la edad de dos ó tres años, escribe su primer historiador, tuvo tan grande horror hasta por la sombra del pecado, que sus padres, habiéndolo notado, cuando querían contrariar sus pequeñas inclinaciones contentábanse con decirle que aquello era una ofensa de Dios. Y no se necesitaba más para hacer que lo dejara todo.” “Oh único amor mío, dice ella á su vez, cuán deudora os soy de haberme prevenido desde mi más tierna juventud, haciéndoos el dueño de mi corazón! Tan luego como pude conoceros hicisteis ver á mi alma la fealdad del pecado; lo que me imprimió tanto horror hacia él que la menor mancha me servía de un tormento insoportable; y para contenerme en la vivacidad de mi infancia, bastaba con decirme que se podía ofender á Dios.”

Su hermano Crisóstomo refiere de esto un ejemplo encantador:—“En la infancia, dice, dió muestras singulares de santidad, de piedad y de horror al pecado. porque siendo el declarante—y la cosa pasaba en los días de carnaval—de edad de siete años y su sobredicha hermana de cinco, le propuso que cambiaran trajes: el del declarante era de soldado, llevaba éste una espada en la mano, en guisa de intimidar á todos los que se acercasen á la casa. La niña le replicó que tal vez aquello sería ofender á Dios, que no quería hacer nada; no ha-

biendo querido en efecto ni disfrazarse, ni acompañar á los que iban disfrazados, de la edad de cinco años en adelante ¹.”

A esta delicadeza de conciencia siguió bien pronto un amor tal por la oración, con instintos tan precoces y admirables por la penitencia, “que hay lugar á dudar, dicen sus primeros historiadores, si desde los primeros siglos se vió una cosa semejante,” ².

A los cuatro años y medio, dejó la casa paterna y se fué á habitar con su madrina, la Sra. Defautrieres de Corcheval que había deseado tenerla consigo. Quizá el crecido número de hijos de M. Alacoque, pues tenía ya siete, había inspirado á aquella noble dama el pensamiento de aligerar un poco las cargas de una familia tan excelente. Quizá también, llena de sufrimientos y desolación por no tener ella ningún hijo, se proponía adoptar á su ahijada. Los señores de Alacoque consintieron en ello en bien de Margarita, y con tanto más gusto cuanto que el castillo de Corcheval no está sino á una legua de Lhautecour; y Claudio, juez de aquel señorío lo mismo que del de Terreau, se veía obligado á ir á menudo allí. La señora de Alacoque llevó, pues, á su cara hijita á Corcheval.

Construido en tiempos ya muy remotos, despojado de sus bellas torres por Coligny que se apoderó de él y lo arrasó durante las guerras de religión, restaurado

1 Proceso de beatificación y canonización de la Venerable Sierva de Dios Margarita María de Alacoque, religiosa de la Visitación Santa María, en el monasterio de Paray, en Borgoña, 1715, 1 vol. en fol., hecho por los comisarios eclesiásticos deputados por el ordinario. Lo hemos estudiado cuidadosamente, y todas las citas van conformes con el original.

2 *Vida de la Bienaventurada, por los contemporáneos.*

bajo el reinado de Luis XIII, el castillo de Corcheval, que subsiste todavía, une á la solidez de las construcciones feudales de la Edad Media, ese gran aspecto que presentan las habitaciones señoriales del siglo xvii. Una alta montaña cubierta de bosques protégelo con su sombra, y los más bellos árboles del mundo, tres veces seculares, vienen á esparcir la frescura hasta debajo de sus ventanas. Se respira allí la soledad. Nuestra santa niña sintió en aquel sitio desarrollarse todas las aspiraciones de su bella alma. Aquellas profundidades sombrías parecían atraerla. “Toda mi inclinación, dice, era ocultarme en algún bosque, y nada me lo impedía, sino el temor de encontrar hombres ¹.”

A la puerta del castillo se encontraba la capilla. La niña se refugiaba allí á menudo durante dos horas enteras, “permaneciendo de rodillas y con las manos juntas; y bien lejos de fastidiarse, no hallaba placer alguno en la vida como el de estarse allí largo tiempo, ni pena como la de separarse de aquel recinto.”

“Me veía, dice, continuamente obligada á decir estas palabras, cuyo sentido no comprendía: ¡Dios mío!, os hago voto de perpetua castidad. Las decía una vez entre las dos elevaciones de la Santa Misa, que por lo común oía de rodillas teniendo éstas desnudas, por grande que fuese el frío que hacía en aquel lugar. No comprendía lo que había hecho ni lo que significaba aquella palabra *voto*, ni tampoco lo que era castidad ².” La niña no comprendía, pues, sino una cosa, y era que aquellas palabras misteriosas que venían á ponerse en

¹ Croisset, Compendio, pág. 3.

² Memoria, pág. 290.

sus labios en las horas más augustas, encerraban el don completo de sí misma á un Dios que le parecía digno de que se le ofreciesen todos los dones.

Al propio tiempo nacía en ella aquel afán por la oración que iba á hacer de tan privilegiada criatura una de las más grandes contemplativas que haya habido en la Iglesia. “Desde sus primeros años, dice el P. Croisset, el Espíritu Santo quiso señalarle por sí mismo el punto principal de la vida interior, dándole el espíritu de oración... Todo su placer consistía en pasar horas enteras en oración, y cuando no se la encontraba de rodillas en algún lugar de la casa, ya tenían la costumbre de ir á buscarla en la iglesia, donde se la encontraba inmóvil delante del Santísimo Sacramento ¹.”

La débil salud de la señora de Corcheval no le había permitido ocuparse como deseaba en la educación de Margarita: había dejado el cuidado de ella á dos de las señoras que la acompañaban, encargándoles la enseñasen á rezar, á leer, escribir y estudiar el Catecismo. Una de ellas era graciosa y amable: la niña huía de ella. Otra era severa y regañona: Margarita prefería las asperezas de ésta á las caricias de la primera. El resultado vino á descubrir en aquella conducta que pareció entonces tan rara uno de esos instintos secretos con que Dios honra á los corazones puros; porque en efecto supose más tarde que aquella señora que era tan graciosa no se conducía bien.

Así, pues, horror del mal, deseo de soledad, fuga de los hombres, amor de la pureza, he aquí los primeros rasgos que Dios había grabado en el alma de aquella

¹ Croisset, *Compendio*, pág. 4.

santa niña desde la edad de cinco ó seis años. Añadiremos desde luego, para completar la fisonomía de Margarita en momentos en que puede decirse que apenas acababa de salir de la cuna, que á todas esas gracias se juntaba en ella la más tierna devoción á la Santísima Virgen. "He recurrido á ella, dice, en todas mis necesidades, y me ha librado de grandes peligros. No me atrevía á dirigirme á su divino Hijo, sino siempre á ella. Le ofrecía la coronita del Rosario, poniendo en tierra las rodillas desnudas, ó bien haciendo tantas genuflexiones como *Ave Marias* rezaba, ó besando la tierra otras tantas veces ¹."

La Santísima Virgen no se dejaba vencer en amor, y su predilecta pequeñuela recibía de ella desde los primeros días de su infancia señaladas gracias.

Entre tanto la señora de Fautrieres fuese poniendo cada día más enferma del mal que la aquejaba hacía tanto tiempo. Murió al fin en 1655. La pequeña Margarita, que apenas contaba ocho años, debió volver al seno de su familia. Acababa de regresar á Lhautecour, cuando á la primera desgracia sobrevino la segunda, mucho más grave todavía. Su padre, Claudio Alacoque, murió á su vez, á fines del mismo año ²; jóven aún, apenas de edad de cuarenta y un años, en la más perfecta reputación de hombre honrado y cristiano, pero dejando una viuda demasiado joven también y con cinco hijos pequeños, el último de los cuales no tenía aún sino cuatro años. Dejaba por otra parte una fortuna demasiado escasa y negocios complicados. Tal parecía que aquel ex-

¹ *Memoria*, pág. 290.

² *Memoria de Crisóstomo Alacoque*.

celente hombre no sabía ni pagar ni cobrar ¹. Debía un poco; pero se le debía mucho más. La pobre viuda aceptó resignada y valerosamente la tutela de sus cinco hijos, y resolvió á fuerza de economías y privaciones rehacer su fortuna comprometida. Sólo que, como sus multiplicados viajes no le permitían ocuparse en la educación de aquellos, puso de pronto á los dos mayores en Cluny, á los otros dos en casa de su tío Antonio Alacoque, cura de Verosvres; y en cuanto á nuestra santa niña, fué enviada á Charolles con las Clarisas.

El silencio de aquel claustro, la austeridad y las continuas fervientes oraciones de las religiosas, su recogimiento y su modestia causaron en Margarita una impresión extraordinaria. Entrevió entonces que aquel era el género de vida á que el Señor quería se consagrarse. “Pensaba, dice, que si llegaba á ser religiosa, había de ser santa como ellas. Concebí por ello tan gran deseo, que no pensaba en otra cosa. En verdad, no encontraba aquel convento en que se me había puesto bastante retirado para mí: pero no conociendo otros pensaba que me era preciso vivir allí ².” Notemos este nuevo rasgo. Aquel convento de Clarisas, cerrado por austeras rejas, rodeado de silencio, de fervor, no era bastante retirado aún para satisfacer la necesidad de vida oculta que experimentaba ya la niña, y que, desde la cuna al sepulcro, no debía dejar de crecer.

¹ Puede juzgarse de esto por las memorias del médico remitidas á la viuda en aquellos momentos y que abrazaban cuentas de la casa entera durante diez años. Esas notas ó memorias hállanse en la Visitación de Paray.

² *Memoria*, pág. 291.

Apenas había entrado en las Clarisas, hizo su primera comunión. Tenía sólo nueve años; pero disposiciones angélicas suplían á lo que faltaba en cuanto á la edad. Los resultados fueron extraordinarios. Margarita era alegre, viva, naturalmente inclinada al placer. Pero desde aquel día no tuvo por los infantiles recreos é inocentes expansiones la misma inclinación. "Aquella primera comunión, dice, derramó tanta amargura sobre todos los placeres y diversiones de mi edad, que ya no encontraba en ellos gusto, aunque los buscase con empeño. Cuando quería tener alguno en unión de mis compañeras, sentía siempre algo que me apartaba de ellas y que me llamaba hacia algún rincón apartado, sin dejarme descansar hasta que seguía aquel movimiento. Y después, El me hacía poner en oración, pero casi siempre prosternada, con las rodillas desnudas, ó haciendo genuflexiones, con tal que no fuese vista; porque me servía de un extraño tormento el que me encontrasen ¹."

Una grave enfermedad que sufrió en esa época y que puso sus días en peligro, obligó á su familia á sacarla del monasterio de las Clarisas. Volvió á Lhautecour, donde su madre y sus hermanos, que tanto la amaban, rodeáronla de los cuidados más tiernos. No perdonaron esfuerzo por curarla, pero inútilmente. "No se pudo jamás encontrar un remedio para mis males, si no fué, dice, el consagrarme á la Santísima Virgen. Se le prometió que si yo sanaba sería un día una de sus hijas. Y apenas hube hecho el voto, cuando quedé buena y experimenté una protección totalmente nueva de la Santísima Virgen, como que ya le pertenecía por comple-

¹ *Memoria*, pág. 291.

to ¹., Esta fué la primera señal pública del amor particular de Dios hacia aquella santa niña, que quedó por ello sumamente conmovida y resolvió entonces más que nunca pertenecerle sin reserva.

Durante las horas solitarias de aquella larga enfermedad, los pensamientos de Margarita acabaron por volverse enteramente á Dios. “Me sentia fuertemente atraída á la oración; pero este atractivo me hacía sufrir mucho, porque me parecía no poder satisfacer á mi deseo, en virtud de que no sabía hacer oración y de que no tenía quien me enseñara. De oración no sabía más que el nombre; y esta sola palabra, *oración*, enajenaba mi pecho.”

Dirigióse entonces á Nuestro Señor y le pidió con vivas instancias que le enseñara aquel secreto. Hizolo Dios con admirable bondad: “Aquel Maestro Soberano me enseñó cómo quería que la hiciese; lo que me ha servido toda la vida. Hacíame prosternar humildemente ante El, para pedirle perdón de todo aquello en que le había ofendido; y en seguida, después de haberle adorado, le ofrecía mi oración, sin saber cómo había de hacerla. Luego se me presentaba El mismo en el misterio en que quería que lo considerase, y se aplicaba á él tan fuertemente mi espíritu, que mi alma y todas mis potencias como que quedaban sumergidas en El, y no sentía ninguna distracción; mi corazón se consumía en el deseo de amarle, y esto me producía una necesidad infatigable de la sagrada comunión y de los sufrimientos ².

Dios iba á escuchar estos dos votos al propio tiempo.

1 *Memoria*, pág. 291.

2 *Idem*, íd.

Cuando Margarita enferma había sido llevada á Lhautecour, no había notado el cambio que en ella se había obrado. Los pasos de su madre para restablecer un poco su fortuna patrimonial, no habían producido resultado alguno. Se había celebrado un nuevo arrendamiento de las tierras, á nombre de los hijos menores, pero no con su madre, sino con Santos Delarroche, su tío, quien había aceptado la ruda tarea de gestionar unos negocios que llevaban tan mal camino. Su mujer se había constituido dueña absoluta de ellos en Lhautecour, donde se encontraban á la sazón su abuela la señora Alacoque y su hija Catarina, que no se había casado. Poco á poco la pobre viuda había sido separada y privada de toda ingerencia en ellos. Sea que fuese débil de carácter, sea que toda la familia la hiciese responsable de la situación en que se hallaba por entonces, ello es, que no tenían sino palabras ásperas y de mal humor para con ella. La Santa ha dicho todo esto con palabras genéricas y embozadas sin nombrar personas, tomando excesivas precauciones para no descubrir á los culpables; pero en la emoción contenida que se desborda veinte años después á través de la reserva de su lenguaje, adivínase todo lo que debió sufrir aquella alma tan delicada.

“Dios permitió que mi madre se despojase de su autoridad en su propia casa para resignarla en otros. Las personas á quienes la dejó prevaliéronse de ella de tal modo, que mi madre y yo quedamos bien pronto reducidas á una dura esclavitud. No es mi intención en lo que voy á decir, la de culpar á esas personas: no quiero creer que hicieron mal haciéndome sufrir. (¡Alejad de mí, Dios mío, semejante pensamiento!) Las miro más

•

bien como instrumentos de que Dios se servía para cumplir su santa voluntad. No teníamos, pues, ya ningún poder en la casa, ni osábamos hacer nada sin permiso. Era una guerra continua: todo estaba cerrado con llave, de tal suerte, que yo no hallaba ni aun con que vestirme para ir á la santa Misa; necesitaba pedir prestada la ropa y objetos indispensables. Confieso que sentí vivamente esa esclavitud ¹..»

Odiosas sospechas aumentaban todavía más el dolor de semejante posición. “Entonces fué, dice, cuando encaminé todos mis afectos á buscar el apetecido consuelo en el Santísimo Sacramento del altar. Pero estando en una casa de campo distante de la iglesia, no podía ir allá sin el beneplácito de aquellas mismas personas; y sucedía que cuando una lo quería, otra no lo hallaba de su gusto. Y cuando yo daba á conocer mi pena por las lágrimas que mostraban el dolor que experimentaba, echábaseme en cara que había dado una cita y que ponía por pretexto ir á Misa ó á la bendición del Santísimo Sacramento. Era esto juzgar muy injustamente; porque habría consentido primero mil veces en ver desgarrado mi cuerpo en mil pedazos que en tener semejante pensamiento..»

“No sabiendo dónde refugiarme, continúa, me ocultaba en algún rincón del jardín, ó del establo, ó de otros lugares apartados, donde pudiese ponerme de rodillas y derramar el corazón con mis lágrimas delante de mi Dios. Hacíalo siempre por intercesión de mi buena Madre, la Santísima Virgen María, en quien había colocado todas mis esperanzas. Permanecía allí días ente-

1 *Memoria*, pág. 292.

ros, sin comer ni beber, y algunas veces los pobres del lugar dábanme por compasión un poco de leche ó de fruta por la tarde. Volviendo en seguida á la casa, lo hacía con tanto temor y temblor, que me parecía ser una pobre criminal que iba á recibir su sentencia de condenación ¹..»

Margarita añade: “Me habría considerado mucho más feliz de ir á mendigar el pan, que tener que vivir de aquella manera; porque á menudo no me atrevía á tomarlo en la mesa. Desde el punto en que entraba en la casa, la batería comenzaba con más fuerza sobre que yo no había tenido cuidado de los quehaceres y de los niños de aquellas amadas bienhechoras de mi alma, sin que me fuese posible decir una sola palabra. En seguida de esto, pasaba las noches como había pasado el día, derramando lágrimas al pie de mi crucifijo..”

Pero no era esta todavía su más grande prueba. Margarita amaba tiernamente á su madre; sufría horriblemente viéndola tan abatida, tan humillada en su propia casa. “La más ruda de mis cruces era no poder dulcificar las de mi madre, las cuales me eran cien veces más duras de soportar que las mías. Yo no osaba ni aun darle el consuelo de que me dijese una palabra, temerosa de ofender á Dios complaciéndome en comunicarnos nuestras penas. Sobre todo en sus enfermedades, mi aflicción llegaba al extremo. Porque, como estaba abandonada á mis cuidados y pequeños servicios, sufría mucho, tanto más cuanto que estando todo encerrado bajo llave, me era preciso ir á pedir hasta los huevos y otras cosas necesarias á los enfermos; lo que no era

1 *Memoria*, pág. 293.

poco tormento para mí, á causa de mi natural tímido, sobre todo con aldeanos que me recibían á menudo con mucha dureza.

Inútil es agregar que Dios no abandonaba á su fiel sierva en medio de tamaños dolores. Un día, en particular, que su madre estaba enferma de una violenta erisipela, y que un médico de aldea que pasaba se había contentado con aplicarle una sangría, diciendo al retirarse que, á menos que no hubiese un milagro, ella no podría sanar; la santa niña, no sabiendo ya qué hacer, corrió á la iglesia; era el día de la Circuncisión; y pidió á Dios con lágrimas ser ella misma el médico de su pobre madre. No se á punto fijo cómo pasaron las cosas. Hay mil reticencias en la humilde narración de la santa. Pero cuando volvió á la habitación, el enrojecimiento de las mejillas había desaparecido y la llaga quedó curada en pocos días, contra toda apariencia humana¹.

He aquí en qué duras pruebas terminaba la infancia de Margarita, que contaba entonces apenas quince años. Felizmente los sufrimientos, las humillaciones, los desprecios de las criaturas no son obstáculos á la santidad; por el contrario son, cuando el alma se presta á ellos, los obreros más activos y poderosos. Perseguida, humillada, casi arrojada de la casa, la piadosa niña se refugiaba más y más en Dios. Oraba sin cesar; comenzaba ya á entregarse á las penitencias más austeras. "Afirmo, dice su hermano Crisóstomo, que en esos primeros años no se contentaba con estar muchísimo tiempo en la iglesia haciendo oración, sino que á menudo el declarante la ha encontrado en la casa en diversos rin-

¹ *Memoria*, pág. 293.

cones de rodillas y en oración; que practicaba desde su infancia muchas austeridades y maceraciones por medio de ayunos, cadenas de hierro, disciplinas y cilicios que ha oído decir le habían penetrado en la carne; que se acostaba sobre tablas y pasaba la noche en oración, lo que los criados del sobredicho Alacoque han reconocido y visto, habiendo algunas veces olvidádose Margarita de ir al lecho y siendo encontrada de rodillas ¹.„

Para sostenerla en tales pruebas, Nuestro Señor comenzó á aparecérsesele, y ella no se admiró de tal prodigio, porque creía que los demás eran tratados del mismo modo. De ordinario era “bajo la figura ó de crucificado, ó de *Ecce-Homo*, ó llevando la Cruz.„ “Esta vista imprimía en ella tanto amor, que los males que sufría, aquella esclavitud, aquel desprecio, esta mendicidad y los golpes mismos que recibía le parecían ligeros.„ Algunas veces, dice, cuando se preparaban á golpear-me, me afligía de que las manos que se levantaban sobre mí se contuviesen y no descargasen en mi persona todo su rigor. Me sentía continuamente obligada á prestar todos mis servicios á aquellas personas, como á las verdaderas amigas de mi alma, no teniendo ya mayor placer que hacerles bien y decir de ellas todo el que pudiese ².

Y no se crea que Margarita era de esas naturalezas frías y muertas que nada sienten. Era, por el contrario, de una ternura y de una sensibilidad extremas, sintiendo vivamente la menor falta de consideración, abriéndose como las flores delicadas á la menor prueba

1 Proceso de 1715; Declaración de Crisóstomo.

2 *Memoria*, pág. 295.

de afecto. Había en ella una altivez natural que debía hacerle insoportable aquella vida. A esto se juntaba el que era viva, alegre, espiritual, inclinada al placer, hasta el punto de que se encontraba expuesta á un verdadero peligro de parte del mundo. Por eso repite en todas las páginas de su *Memoria* que no era ella quien obraba de esa suerte, sino su Maestro Soberano que se había apoderado de su alma y la dirigía en todo.

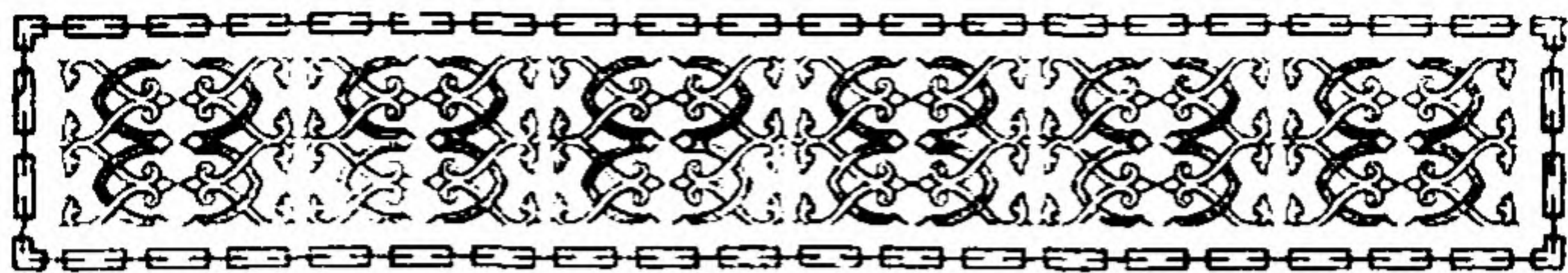
Especialmente al pie del Santísimo Sacramento, era donde iba á buscar sus consuelos y su fuerza. Luego que podía disponer de algún momento, corría á la iglesia. Volaba allí, mejor dicho. Llegando á la puerta, no podía detenerse en la nave; el amor la llevaba hasta el pie del altar. No se consideraba nunca bastante cerca del tabernáculo. "No podía ya hacer, dice, oraciones vocales ante el Santísimo Sacramento, donde me sentía de tal manera absorta, que jamás me fastidiaba: habría pasado allí los días y las noches sin comer ni beber. No sabía buenamente lo que hacía allí, sino que me consumía en su presencia como un cirio ardiente para volverle amor por amor. No podía permanecer abajo de la iglesia, y por grande que fuese la confusión que experimentaba interiormente, no dejaba de acercarme lo más que podía al altar donde reposaba el Santísimo Sacramento. No estimaba felices, ni envidiaba sino á las personas que podían comulgar á menudo y que tenían la libertad de permanecer ante el Divinísimo Sacramento. Trataba de ganar la amistad de las personas de que he hablado, á fin de obtener de ellas la libertad de ir á pasar algunos momentos ante Nuestro Señor Jesucristo en aquel misterio ¹."

¹ *Memoria*, pág. 297.

No siempre lo consiguió, porque necesitaba como se ha visto, "la autorización de tres personas, y cuando la una quería, la otra lo rehusaba,,. Entonces la piadosa niña iba á ocultarse "en algún rincón del jardín,, y se consolaba orando y llorando delante de Dios. Había sobre todo en el jardín un lugar que le era caro. Cuando se sale de la casa, después de haber andado algunos pasos en dirección del Poniente, el terreno se hunde de improviso bajo los pies y se descende por una pendiente rapidísima á través de un bosquecillo que crece á los lados de aquel declive para sostener las tierras, hasta un pequeño valle muy profundo. Debió ser aquello, cuando el globo estaba en fusión, un paso de lavas candentes ó de aguas torrenciales. Ha quedado de ellas un monumento. Es una roca de granito inmensa, de dimensiones extraordinarias, que la corriente ha dejado allí no pudiendo arrastrarla más lejos. Nuestra santa niña amaba aquel sitio solitario que formaba el límite del jardín. Se refugiaba allí frecuentemente, protegida por detrás y como cubierta con un velo del lado de la casa por el bosquecillo y teniendo enfrente la cabecera de la iglesia de Verosvres. Esta se halla á un kilómetro escaso; pero como partiendo de aquella roca granítica, el terreno se eleva rápidamente y de piso en piso hasta la iglesia, diríase que se halla mucho más cerca. Parece sentada á dos pasos en el otro confín del valle. Por la noche se podía casi ver á través de las grandes vidrieras la pequeña lámpara que ardía delante del Tabernáculo. Allí era donde su Señor y su dueño habitaba despojado de toda gloria, humillado, abandonado de los hombres, mil veces más abandonado y humillado de lo que jamás estuvo. ¡Estos pensamientos le hacían desha-

cerse de amor; las lágrimas corrían por sus mejillas; y .
de codos sobre aquella roca, con la vista y el corazón' al
pie del Tabernáculo, pasaba horas enteras sumergida
en la contemplación.





CAPÍTULO III

VOCACIÓN DE MARGARITA.—ENTRA EN LA VISITACIÓN DE PARAY

(1662-1671)

In charitate perpetua dilexite.

Te he amado con amor eterno.

(JEREM., XXI, 3.)

*Possuit signum in faciem meam, ut nullum
praeter eum amatorem admittant.*

Ha puesto su sello sobre mi frente; para que
no admita otro amor que el de Jesucristo.

(BREV. ROM., ANT. DE SANTA INÉS.)

A sí crecía en la soledad de Lhautecour bella y pura, aunque oculta todavía á todas las miradas, aun á las de sus allegados, la santa niña á quien Dios había elegido para tan grandes cosas. Por lo demás, ella se conocía á sí misma menos todavía que lo que los demás la conocían. No respiraba sino para Dios y toda su ambición era “consumirse en su presencia como un cirio ardiente, para volverle amor por amor.”

De tal vida al claustro no hay más que un paso, y era de esperarse que Margarita entraría en él contenta y dichosa, sin extrañar nada de un mundo cuyas espinas no conocía, ni le habían dado ningún pesar. Pero si las

cosas hubiesen pasado así, la vocación de nuestra santa, destituida de sacrificio, no habría tenido ni á los ojos de Dios, ni á los de los hombres, todo su exquisito aroma y su verdadero precio.

Sucedió, pues, que, como ella entrase ya en los diez y siete años, todo cambió en torno suyo. Sus dos hermanos mayores, llegados á la edad viril, tomaron á su cargo la dirección de los negocios y volvieron á su madre la posición y la influencia de que habia sido despojada. Por otra parte, Santos Delarroche había restaurado la fortuna comprometida ¹, en diez años de una administración un poco dura, pero inteligente. La comodidad había vuelto, y con ella la alegría, que es el huésped ordinario de esas casas patriarcales en que hay seis ó siete hijos saliendo de la adolescencia y entrando en la juventud. En el campo las gentes se casan muy jóvenes, sobre todo cuando las familias son numerosas. Margarita solo contaba diez y siete años y ya se le presentaban varios buenos partidos. Su hermano mayor que tenía veintidós años y era el jefe de la familia, tenía necesidad de una compañera. "Todo esto, dice nuestra santa, traía al hogar más gentes de las que yo quería ²." Las relaciones de sociedad comenzaban, y quizá más brillantes de lo que han sospechado los primeros historiadores. Leyendo las actas del bautismo de los hermanos

1 Acábase de encontrar en las *Actas de catolicidad* de Verosvres, la de rehabilitación del matrimonio de Santos Delarroche y Benedicta ó Benita Alacoque. De ella aparece que Santos vivía aun en 1676, que tenía á la sazón setenta años y que era procurador de oficio del Terreau; cargo que probablemente habría obtenido en la época de la mayor edad de los hijos Alacoque, en los momentos en que se vió obligado á dejar la gestión de sus bienes.

2 *Memoria*, pág. 298.

y hermanas de Margarita, se ve que casi todos habían tenido por padrinos ó madrinas á los señores y á las damas más nobles de los castillos vecinos. Y desde luego, Margarita, como recordaremos, había sido tenida en la fuente bautismal por la señora de Fautrieres, y aunque ésta había muerto, nuestra santa niña no debía haber cortado toda relación con el castillo de Corcheval. Su hermano Claudio Filiberto, había tenido por madrina á la señora Couronne D'Apchón, viuda de Juan le Roux, señor del Terreau ¹. Una de sus hermanas, Gilberta, había sido llevada al santo bautismo por la señora Gilberta Arleloup, baronesa Després. Lo mismo sucedió á todos los otros, cuyos padrinos y madrinas pertenecían á las mejores familias del Charolais. La señora de Alacoque, que deseaba casar á sus hijas, comenzó á introducir las un poco en el mundo y aun á recibir personas en su casa. Margarita vióse muy luego notada y buscada. ¡Cosa singular y sin embargo explicable! Aquella joven que había sido tan fuerte en medio de la adversidad. á quien ni los deprecios ni las humillaciones habían hecho rendirse, apenas el mundo comenzó á sonreírle cuando ella también comenzó á ataviarse para agradarle. Gustaba de las reuniones; disminuía su oración; alejábase del confesonario, y su alma descendía poco á poco de aquellas alturas adonde se había elevado su infancia. "Comenzaba yo á ver el mundo y á

¹ *Couronne D'Apchón*, viuda de Juan le Roux, casó en segundas nupcias con Juan Arleloup, escudero, gentilhomme de la cámara real, barón de Saint-Peruse, y que llegó á ser por este matrimonio *señor del Terreau*. Tuvo solamente una hija, *Gilberta Arleloup, señora de Terreau*, que se casó en 1640 con Claudio de Thibaut de Noblet, caballero, barón Després, etc. Su hijo y heredero, Pedro de Thibaut de Noblet, fué creado por el rey *marqués Després*.

disponerme para agradarle, y trataba de divertirme lo más que podía.”

Felizmente Dios velaba por esta alma sobre la que tenía tan grandes designios. “Pero Vos, Dios mío, continúa diciendo ella, Vos teníais designios muy diferentes de los que yo proyectaba en mi corazón. Vos me hicisteis conocer que me era bien duro el volverme contra el aguijón de vuestro amor. Mi malicia y mi infidelidad hacíanme emplear todas mis fuerzas y toda mi industria en resistir á su atractivo y en extinguir en mí todos sus movimientos. Pero era en vano; porque en medio de las compañías y diversiones, este divino amor me lanzaba flechas tan ardientes que traspasaban mi corazón. El dolor que sentía entonces me dejaba sin movimiento; y esto no bastaba todavía para desprender un corazón tan ingrato como el mío; sentíame como atada con cuerdas y tirada tan fuertemente, que por fin me veía obligada á seguir á Aquel que me llamaba. Me conducía á algún lugar retirado, donde me hacía severas reprensiones. ¡Ay de mí! Parecía celoso de este miserable corazón ‘!’”

Conmovida por tal amor, Margarita se prosternaba con el rostro en tierra, pedía perdón y tomaba una ruda y larga disciplina. “A pesar de esto, añade, no dejaba yo de volver á mis vanidades y de recaer en las mismas resistencias.”

Aun sucedió que un día, por tiempo de carnaval, se disfrazó para asistir con varias de sus amigas á un sarao al que había sido invitada. Las lágrimas que derramó para expiar *su gran pecado*, como lo llamaba; los

ayunos y maceraciones que hizo con tal motivo, no se podrían contar. Y sin embargo, no venció todavía; y toda ensangrentada por las disciplinas que se había impuesto por aquella primera falta, comenzó de nuevo á sonreír al mundo.

Al volver de esos saraos y diversiones, la esperaba Nuestro Señor. “Por la noche, dice, cuando dejaba aquellas malditas libreas de Satanás, quiero decir, aquellos vanos y ridiculos atavíos, mi Soberano Maestro se me presentaba como estuvo en su flagelación, todo desfigurado, dirigiéndome extrañas y amargas reconvenciones; decláme que mis vanidades eran las que la habían reducido á aquel estado: que yo perdía un tiempo infinitamente precioso, del cual me pediría una rigurosa cuenta á la hora de la muerte; que le traicionaba y le perseguía después que El me había dado tantas pruebas de amor. Todo se grababa en mí tan fuertemente y abría tan dolorosas llagas en mi corazón, que lloraba con amargura ¹.„

Entonces, tomando contra sí misma el partido de Dios, celosa de ver tal amor despreciado por una criatura tan miserable; sintiendo que no había tormentos que ella no hubiese merecido y debido sufrir, Margarita descubría sus espaldas y las desgarraba con un látigo sangriento. “Para vengar de algún modo en mí las injurias que le hacía, ataba dice, este miserable cuerpo criminal con cuerdas llenas de nudos y los estrechaba tan fuertemente, que apenas podía respirar y comer; me dejaba aquellas cuerdas tan largo tiempo que se hendían en la carne, y no podía arrancarlas sino con grandes moles-

¹ *Memoria*, pág. 300.

tias y crueles dolores. Hacía lo mismo con las cadenitas que me ceñían los brazos; no podía quitármelas sin arrancarme pedazos de carne. Me acostaba por la noche en una tabla ó sobre palos nudosos de que formaba mi lecho¹. Pero ella no decía nada de todo esto. Ocultaba con un cuidado extremo todas sus maceraciones, de que nadie dudaba. Solamente se vió que en la flor de la edad, en toda la savia de la juventud, y sin que se supiese por qué, comenzó de improviso á palidecer y á secarse.

Apresurémonos á añadir, porque escuchando á los santos hablar tan humildemente de sus menores faltas y expiarlas tan cruelmente está uno tentado de creerlos menos culpables de lo que son; apresurémonos, digo, á añadir que en medio de esas alternativas, en sus primeras miradas hacia el mundo, nada alteró jamás la pureza inmaculada de su corazón. A los veinte años Margarita era ignorante y sencilla como un niño. Tenía horror al matrimonio; y el pensamiento de la impureza la hacía deshacerse en lágrimas. Varios testigos del proceso de canonización han afirmado que conservó la inocencia bautismal. Y, á falta de testigos, basta abrir su *Memoria*. No se la puede leer sin que todas las grandes imágenes de Bossuet pintando el brillo esplendoroso de los corazones puros, se presenten al espíritu. Digamos, para parodiarle una, que desde la cuna á la tumba el corazón de Margarita se pareció á esas bellas fuentes que se encuentran en aquella parte montañosa de la Borgoña donde nació, ocultas en un profundo bajío, sombreadas por algún corpulento nogal y ofreciendo al via-

1 *Memoria*, pág. 301.

jero una límpida agua cuyo puro cristal no ha sido jamás rizado por soplo alguno.

Protegida por tal inocencia, Margarita habría triunfado más presto, si el pensamiento de su madre, á quien amaba con una ternura extraordinaria, y á quien por medio de un matrimonio podía sacar de una situación en que había aún para ella muchas espinas, no hubiese venido á combatirla. “Mis parientes, dice, me urgían sin cesar porque me casase, y sobre todo mi querida madre. Veíala llorar diciéndome que sólo en mí tenía esperanza para salir de la miseria en que vivía; que hallaría su consuelo en retirarse conmigo tan luego como estuviese establecida en el mundo. Por otra parte, Dios perseguía tan vivamente mi corazón, que no me daba tregua para nada. Tenía yo siempre mi voto delante de los ojos, con el pensamiento de que, si llegaba á faltar á él, se me castigaría con tormentos espantosos.”

La verdadera lucha comenzaba; y como tenía por objeto los dos más grandes y poderosos amores que hay sobre la tierra, el amor de Dios y el amor de una madre, esa lucha iba á ser terrible. “¡Oh Dios mío! exclama la bienaventurada, Vos solo habéis sido testigo de la prolongación de ese espantoso combate que sufría dentro de mí misma. Habría sucumbido á él sin un socorro extraordinario de vuestra misericordia.”

Y luego continúa de esta suerte: “El demonio se servía de la ternura y amistad que tenía yo por mi madre, representándome sin cesar las lágrimas que ella vertía, y que si llegaba yo á ser religiosa, sería causa de que ella muriese de aflicción; de lo cual tenía que responder á Dios, puesto que mi madre estaba totalmente entregada á mis cuidados y servicios. Esto me causaba un

tormento insoportable; porque la amaba tan tiernamente y ella de tal suerte me quería, que no podíamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa me perseguía sin tregua, juntamente con el horror que tenía por toda impureza. Todo esto me hacía sufrir un verdadero martirio. No tenía descanso alguno; me deshacía en llanto; y careciendo de persona á quien comunicar mis penas, ignoraba qué partido tomar. En fin, el tierno amor que profesaba á mi buena madre comenzó á sobreponerse ¹.

¡Ah, cómo se estremece uno al escuchar esto! Es, no hay duda, siempre el mismo espectáculo que hemos admirado mil veces en la historia de Santa Francisca de Chantal. Siempre en las almas más elevadas, más puras, más virginales, hállanse las fuentes más profundas de ternura; y nunca los nobles y legítimos afectos del alma brotan mejor ni dan más bellas flores y frutos más suaves, que cuando crecen en un corazón inflamado por el amor de Dios.

En Margarita esa ternura fué tan grande, que faltó poco para desviarla de su vocación. Comenzó desde luego á examinar su voto. Lo había hecho siendo muy pequeña, cuando ignoraba lo que hacía; y ¿cómo podía considerarse obligada á cumplirlo? Pediría una dispensa y con facilidad la alcanzaría. Consideró en seguida el estado religioso. Parecióle que nunca podría elevarse á tan alta santidad; que perdería por otra parte, al entrar en él, la libertad de sus ayunos, de sus penitencias, de sus caridades; y poco faltó para que renunciase á ello por completo.

¹ *Memoria*, pág. 301.

Tres ó cuatro años transcurrieron en esas terribles alternativas, desde 1663 hasta 1667, al cabo de los cuales y al entrar Margarita en los veinte, sintió reanimarse en ella el deseo de ser religiosa. "Este deseo fué tan ardiente, dice, que me resolví á serlo á toda costa., Presentábase incesantemente á su espíritu la hermosura de las virtudes, sobre todo de la humildad, de la pobreza voluntaria, de la castidad. Leía con entusiasmo la *Vida de los Santos*; pero no prefería las de los grandes Santos, porque se sentía demasiado incapaz de imitar su heroísmo. Al abrir el libro se decía: "Busquemos una vida de santa fácil de imitar, para que yo pueda ser como ella., Pero apenas había comenzado, cuando sus lágrimas corrían en abundancia, viendo que aquella santa no había ofendido á Dios como ella, ó que, si lo había hecho, había vivido entregada á la penitencia ¹.

Persuadida de que jamás podría amar á Dios como lo merece, aplicóse al menos á servir y amar á los pobres. Tenía tal compasión por sus miserias, que si hubiese estado en su mano, no habría dejado nada para sí. "Cuando tenía dinero, dice, dábalo á los pobrecitos para obligarlos á venir á mi lado, con el objeto de enseñarles el Catecismo y á orar á Dios. Pero venían tantos, que no sabía dónde ponerlos durante el invierno.,

Serviase para esto de una gran pieza que subsiste todavía y forma parte del segundo departamento de la casa. Llégase á ella por una escalera exterior; y en el fondo de aquella pieza ó salón se encuentra la celdilla de la Bienaventurada.

Algunas veces, al atravesar el corredor, su hermano,

¹ *Memoria*, pág. 301.

viendo aquella muchedumbre de niños pobres, venía á bromear á su hermana, diciéndole: "Querida hermana, ¿queréis por ventura ser maestra de escuela?," "¡Ah, hermano mío, respondía ella, si yo no lo hago, ¿quién instruirá á estos pobrecillos ¹?," Otras veces la anciana tía Catarina venía á regañar, y arrojaba despiadadamente á aquellos niños. "Se creía que yo daba á los pobres cuanto podía atrapar; pero ciertamente que no habría osado hacerlo, temerosa de ser descubierta. Esto me obligaba, continúa, á acariciar á mi madre para que me dejase dar lo que tenía. Y como me amaba mucho, me lo concedía fácilmente ²."

Nuestra santa virgen no se contentaba con amar é instruir á los pobrecitos; iba á visitar á sus familias, sobre todo cuando en ellas había enfermos. Delicada y sensible, como lo era; teniendo horror á toda falta de limpieza; temblando de espanto al ver la menor llaga; imposible es comprender cuáles serían los sacrificios que hizo por vencerse, y qué actos de heroísmo llenaron aquel sublime ministerio. Ella no ha dicho en este punto más que una cortísima palabra; pero allí entreveremos prodigios de valor y bajo las reticencias calculadas de un relato que la impusiera la obediencia, curaciones milagrosas. Tenía, dice, extremada repugnancia de ver llagas; fué preciso desde luego ponerme á curarlas, y aun á besarlas para vencerme: era ignorantísima para lo primero; pero mi divino Maestro sabía suplir también á mis ignorancias, que aun cuando aquellas llagas fuesen muy peligrosas, hallábanse curadas á poco

1 Proceso de 1715, Declaración de Crisóstomo.

2 *Memoria*, pág. 302.

tiempo, de tal suerte que más confianza tenía yo en su bondad que en los remedios que empleaba ¹.

En medio de tales ocupaciones, su viva y ardiente naturaleza, inclinada al placer, reaparecía á pesar suyo. “Era yo, dice, naturalmente atraída por el amor del placer y de las diversiones; pero no podía disfrutar de ninguno, aunque á menudo hiciese para buscarlos todo lo que estaba en mi mano. Pero aquella dolorosa figura de Nuestro Señor que se me presentaba cubierto de sangre de su flagelación, me impedía tener aquellos gozes; porque me hacía este reproche que me taladraba hasta el corazón: ¿Querías tú ese placer? ¡Y yo, que no he gustado ninguno, y me he entregado á todo linaje de amarguras por amor tuyo y por ganar tu corazón! ¡Y tu querías disputármelo todavía!., A tales palabras, Margarita se contenía; quedaba por varios días como embargada y confusa; y luego, pasado algún tiempo, tornaba á buscar otras vanidades.

“Un día que estaba, dice, en un abismo de admiración al ver que tantos defectos é infidelidades no eran parte á alejarle, dióme esta respuesta: es porque tengo el deseo de formar de ti como un compuesto de mi amor y de mis misericordias ².

“Y en otra ocasión me dijo: Te he elegido por mi esposa, y nos hemos prometido fidelidad cuando me hiciste voto de castidad. Yo soy quien te obligó á hacerlo, antes de que el mundo tuviese parte alguna en tu corazón; porque yo lo quería del todo puro y sin estar manchado por ningún afecto de la tierra ³.,”

1 *Memoria*, pág. 303.

2 *Ibid.*, pág. 304.

3 *Ibid.*, id.

¿Quién no habría creído que un corazón como el de Margarita, tan puro en efecto, tan angélico, dotado de tal generosidad, respondería con entusiasmo á aquellos tiernos y magníficos reclamos? Y sin embargo, aun en aquellos instantes, vacilaba, y nunca tal vez en aquella lucha terrible que sostenía ya cuatro años había estado tan cerca de sucumbir.

Porque grandes acontecimientos habían cambiado el estado de su familia. Sus dos hermanos mayores habían muerto sucesivamente en la flor de la juventud. Juan, el mayor de todos, el que llegado á la edad viril había tomado á su cargo la dirección de los negocios y devuelto á su madre querida el honor y la influencia, había muerto primero á la edad de veintitrés años en 1663, dejando toda la carga á su hermano Claudio Filiberto. Dos años después, en Septiembre de 1665, éste le siguió al sepulcro, á la misma edad fatal de veintitrés años. No quedaban, pues, con Margarita más que dos hermanos: Crisóstomo, á quien ya conocemos, y Santiago, el más joven de todos, que se preparaba á recibir las sagradas órdenes. Constituido así el único propietario del fundo de Lhautecour y jefe de la familia, Crisóstomo debió pensar en casarse; y en 1667, cuando sólo contaba veintidós años, se casó, en efecto, con Angélica Aumonier, de una buena familia de Charolles. Se cree que en esta ocasión fueron ejecutadas las pinturas que decoran la casa. Llama en realidad mucho la atención que en aquel tiempo que vió abrirse la tumba de los dos hijos mayores y celebrarse el matrimonio del tercero, se encuentren en medio de aquellas pinturas alegóricas por un lado dos túmulos sobre los cuales lloran unos amores, teniendo sus antorchas hacia el suelo y por el otro un

solo cuadro en que aparecen otros amores encendiendo la antorcha de Himeneo.

Casado Crisóstomo, decidióse á hacer los últimos esfuerzos para determinar á Margarita á ejecutar otro tanto. Su madre, que ya había sufrido tanto, se inquietaba de tener que vivir en una casa donde iba á mandar una nuera. Instaba por el contrario y de la manera más viva á Margarita, aun derramando lágrimas, porque se decidiese á ir con ella. Por otra parte, el más joven de los hijos, Santiago, que se preparaba á recibir las sagrados órdenes, ofrecía á su hermana la mitad de su haber para ayudarla á establecerse bien. Crisóstomo, en fin, jefe de la familia y tutor de Margarita, declaraba que ya era tiempo de tomar un partido. El asalto fué, pues, tan violento, que nuestra santa doncella estuvo á punto de rendirse. “No podia ya resistir, dice, á las persecuciones que mis parientes me hacían ni á las lágrimas de una madre que me amaba tan tiernamente y que me decía que á los veinte años una muchacha debe tomar su partido. El demonio por su parte me decía continuamente: Pobre miserable, ¿qué piensas hacer pretendiendo ser religiosa? Vas á ser la risa de todo el mundo porque nunca perseverarás; y ¡qué confusión tan grande no será para ti dejar el hábito de religiosa y salir de un convento! ¿A dónde irás á ocultarte después de eso? Comenzaba yo á ser de la opinión de mi madre tratando de establecerme en el mundo; pero no podía pensar en ello sin deshacerme en llanto, porque sentía un horror espantoso por el matrimonio ¹.”

Estaba en tal situación, vacilando, sin saber qué ha-

¹ *Memoria*, pág. 305.

cer, cuando Nuestro Señor vino en su ayuda. “Un día, dice, después de la sagrada Comunión, hízome ver que era el más hermoso, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes; y que estándole prometida ¿de dónde venía que quisiera romper con El?,” “¡Oh! sabe, me dijo, que si me haces este desprecio, te abandonaré para siempre; pero si me eres fiel, nunca te dejaré y me constituiré tu victoria contra todos tus enemigos. Excuso tu ignorancia, porque no me conoces todavía; pero si me eres fiel, te enseñaré á conocerme y me manifestaré á ti.,” Estas palabras en que hay á la vez autoridad, majestad, ternura y cierta especie de indignación del amor despreciado, atravesaron como un dardo el corazón de Margarita. Sintió entre torrentes de lágrimas una luz celestial que descendía á su alma. Renovó su voto de castidad, decidida á “morir antes que á cambiar.,” Y al salir de la iglesia de Verosvres, declaró su resolución á todos los suyos “suplicando se despidiese á todos los que la pretendían por grandes que fueran las ventajas que le ofrecieran¹.,”

El tono con que hablaba dió á entender aun á su misma madre que no había ya que insistir. “Mi madre, viendo esto, no lloraba ya en mi presencia; pero lo hacía continuamente con todos aquellos que le hablaban sobre el particular, y que no dejaban de venir á decirme que yo sería la causa de su muerte si la abandonaba, que respondería de ello á Dios y que sería tan religiosa después de su muerte como durante su vida. Un hermano, que me amaba mucho, hizo todos sus esfuerzos para apartarme de mi designio, ofreciéndome sus recursos

1 *Memoria*, pág. 305.

para establecerme en el mundo; pero á todo esto, mi corazón se había vuelto insensible como una roca.,

Preciso fué, sin embargo, que Margarita se decidiese á estar todavía cerca de tres años en el mundo. La dote no se hallaba lista, ni la familia decidida. Poníanse dificultades, demoras y pretextos para ir aplazando el negocio. Margarita esperaba con paciencia. Segura entre tanto de sí misma y de Dios, vivía en una dulce y celeste paz.

Pensando que las distracciones de una ciudad alegre podrían modificar sus ideas, enviáronla á Macón, donde el hermano de su madre ejercía el cargo de notario real. La hija de aquel tío era piadosísima y acababa de entrar en las Ursulinas de la misma ciudad. Hizo esfuerzos extremos por llevarse allá á su prima. El tío púsose de su parte é insistió más de lo regular. Pero á todas sus instancias Margarita no respondió sino con una palabra en que brillan la elevación y el desinterés puramente divino de su vocación: "Si yo fuese á vuestro convento, sería por amor vuestro: quiero ir á una casa donde no tenga ni parientes ni conocidos, para ser religiosa sin otro motivo que el amor de Dios., Estaba en esto, luchando con aquel tío, con aquella prima, y quizá próxima á ceder, porque no se explicaba, ni menos lograba, todavía explicar á otros la especie de repugnancia inmotivada que le alejaba de un monasterio piadoso, ferviente, y donde se la acogía con tanto júbilo, cuando vino de repente su hermano Crisóstomo á buscarla y llevarla á la casa, porque su madre se hallaba al borde del sepulcro. En realidad, aquella buena y excelente madre se moría de pena. Aprovecháronse de esto para hacer comprender á Margarita la responsabilidad en

que incurría persistiendo en sus proyectos. “Se me hacía ver, dice, que mi madre no podía vivir sin mí, y que respondería á Dios de su muerte. Esto, que se me decía por personas eclesiásticas, causábame rudas penas, por el tierno amor que tenía por mi madre, y el demonio servíase de ello para hacerme creer que sería causa de mi condenación eterna ¹.,”

Torturada así por su corazón y su conciencia, arrojábase á los pies de su crucifijo; lo regaba con sus lágrimas y allí encontraba la paz. Dios vendría en su ayuda: El consolaría á su madre; iluminaría á su hermano; haría comprender á todos sus allegados que es preciso ir adonde Dios nos llama.

Mientras más pensaba en esto, más le entusiasmaba la vida religiosa. Allí es donde aprendería á hacer oración, cosa que nunca había sabido, según pensaba; donde obedecería y haría penitencia en la medida que abarcaban sus deseos. Allí sobre todo comulgaría con frecuencia y este último pensamiento la enajenaba. “Mi mayor júbilo era pensar que comulgaría á menudo; porque esto no me era permitido sino raras veces. Me habría creído la persona más feliz del mundo si hubiera podido hacerlo frecuentemente, y pasar las noches sola delante del Santísimo Sacramento. Las visperas de comunión, me sentía abismada en un silencio tan profundo, que no podía hablar sino con violencia, por la grandeza de la acción que iba á ejecutar, y después, no habría querido ni beber ni comer, ni ver, ni hablar, tan grandes así eran el consuelo y la paz que yo experimentaba ².,”

¹ *Memoria*, pág. 307.

² *Ibid.*, pág. 308

A la sazón llegó á Verosvres, para predicar allí el jubileo que Clemente X acababa de conceder con motivo de su elevación al trono pontificio (1670), un religioso de San Francisco, cuyo nombre no nos dicen las antiguas memorias, pero á quien califican de hombre de eminente piedad. A esta niña que iba á revelar el mundo el corazón traspasado de Jesucristo, enviaba Dios un discípulo de aquel que sobre el monte de Albernía había recibido en los pies, en las manos y en el corazón los estigmas sagrados de las llagas de Jesucristo. "Su bondad permitió, dice, que viniera á alojarse allí para darnos lugar de hacer nuestras confesiones generales ¹." Margarita hizo la suya con grande abundancia de lágrimas. Aquel santo religioso, viendo la pureza de su alma, la excitó á darse toda entera á Dios, la enseñó á hacer oración, de lo cual casi no tenía necesidad, y le prometió instrumentos de penitencia, porque ella no se había atrevido á hablarle de los que empleaba por temor de que no fuese vanidad. Hizo más aquel santo religioso: fué á ver inmediatamente á Crisóstomo é hizo que concibiera grandes escrúpulos por poner así obstáculos á tal vocación. Crisóstomo amaba tiernamente á su hermana, pero temía mucho más ofender á Dios. Así es que aquel mismo día tuvo una larga plática con Margarita para saber si verdaderamente perseveraba en su designio, y habiendo respondido ella con energía: "Sí, ciertamente, primero morir que cambiar,,", tomó al punto todas sus medidas para su próxima partida.

A muy poco, en efecto, el 25 de Mayo de 1671, fiesta de Santa María Magdalena de Pazzis, Margarita, acom-

1 *Memoria*, pág. 309.

pañada de su hermano, se encaminaba hacia Paray-le-Monial, donde había un monasterio de la Visitación, en el cual había resuelto ocultarse y acabar su vida.

¿Por qué la Visitación? No lo sabía. Jamás había puesto un pie en un monasterio de aquel orden. Solamente conocía las Clarisas de Charolles, que se hallaban muy cerca de Verosvres; y por lo que hace á las Ursulinas de Macón, cada vez se confirmaba más en la respuesta que había dado á su prima: "Si yo fuese á vuestra casa, sería por amor vuestro: yo quiero ir á una casa donde no tenga parientes ni conocidos, á fin de ser religiosa, sin otro motivo que el amor de Dios." Y en otra ocasión, insistiendo su hermano porque entrase en las Ursulinas: "No, dijo, nunca será esto. Quiero ir á las Santas Marías, á un convento distante, donde no tenga conocidos. No quiero ser religiosa sino por Dios sólo. Quiero dejar al mundo por completo, ocultarme en algún rincón donde pueda olvidarlo y ser olvidada de él para siempre¹."

He aquí lo que sabía respecto de su vocación á la Visitación. Lo demás era el secreto de Dios.

Se le propusieron entonces varios conventos de la Visitación. Los había en Charolles, en Macón, en Autún, en Dijón, en Paray. "Pero al punto, dice nuestra Santa, que me hubieron nombrado á Paray, mi corazón se dilató de regocijo, y aquél escogí desde luego."

Partió, pues, con su hermano, para venir prontamente al lugar de su dicha, al querido Paray. Al pisar sus umbrales, sintió no sé qué cosa dulce y celestial que le decía tiernamente: "Aquí es donde te quiero." Ya un

1 *Memoria*, pág. 310.

poco antes, habiendo visto en Macón un cuadro de San Francisco de Sales, le había parecido que el Santo la miraba con ternura. Algo parecido á esto experimentaba en aquel momento. Volvióse vivamente hacia su hermano que le acompañaba, y le dijo: "Tened por cierto que yo no saldré ya de aquí.", Las gentes de Paray que la vieron entrar no juzgaban del mismo modo; porque iba aquel día ataviada con mucha gracia, con el gozo pintado en el semblante, los ademanes vivos y placenteros. Sonreían todos al verla, y se decían: "¡Miradla, qué buenas facciones tiene para religiosa!", "Y en efecto, añade ella, llevaba yo conmigo más ajustes y arreos de los que hasta allí había acostumbrado, y aún no cabía en mí del gozo que experimentaba, del orgullo que sentía al verme por fin entregada á mi Soberano Bien ¹."

Margarita volvió con su hermano á Verosvres y permaneció allí todavía un mes para arreglar sus negocios. La víspera de su partida, el 19 de Junio, mandó llamar á un notario y dispuso por testamento de su pequeño haber en favor de todos los suyos. No hace mucho que se encontró ese testamento ², y no podemos resistir al júbilo que nos causa dar á conocer á nuestros lectores sus principales artículos. Hay en ellos una ternura reprimida y un encanto que no pueden menos de sentir los hombres de corazón. Será nuestro adiós á esa casita de Verosvres que la santa va á dejar y que ya no volveremos á encontrar en esta historia.

1 *Memoria*, pág. 311.

2 Ese testamento hasta hoy inédito, ha sido comprado últimamente por las religiosas de la Visitación de Paray á uno de los parientes de la Beata, y nos le han ofrecido graciosamente para esta nueva edición.

“Por ante el subscripto notario real residente en el lugar de San Martín Ozolles ¹, y los testigos que abajo expresamente se nombran:

“Presente en su persona, la señorita Margarita Alacoque, hija del finado Sr. Claudio Alacoque, notario real que fué del lugar de Verosvres,

“La cual estando en plena salud de cuerpo, de espíritu, memoria y entendimiento á lo que visiblemente aparece á mí el dicho notario y á los relacionados testigos, y dispuesta para entrar en religión en el convento de Paray Le-Monial, así como la superiora y demás señoras de dicho convento le han hecho esperar, deseando evitar todas las dificultades que podría haber entre sus parientes por lo tocante á sus bienes después que haya profesado, si tal cosa llega á suceder, me ha suplicado y requerido que redacte por escrito este su testamento en el cual delibera de sus bienes del modo que sigue:

“Primeramente. Ella ha hecho la venerable señal de la Cruz profiriendo las palabras, rogando á su Divina Majestad le perdone sus ofensas y le otorgue sus gracias para cumplir su propósito; implorando también para ese efecto los auxilios de la gloriosísima Virgen María y el sufragio de los santos y santas del Paraíso; y viniendo como desuso dijimos á la disposición de sus dichos bienes, da y lega á la Iglesia del mencionado Verosvres la suma de veinticinco libras; la cual suma quiere que sea empleada en un estandarte (ó pendón) y que sea pagada por la heredera á quien nombra inmediatamente, después de que haya profesado la testadora en el susodicho convento.,”

¹ Ozolles (Saone et Loire) Ar. Chatolles, cantón de Chatolles.—1074 habitantes.

Se ve por este exordio lo que eran todavía los notarios por aquel tiempo y con qué religiosa gravedad y hermosura redactaban las actas de la vida civil.

Después de este primer legado hecho á Dios, la Bienaventurada comienza á distribuir todo su haber á su familia. Y desde luego á su madre, á su cara madre, como ella dice.

“Item.—Dona y lega y por derecho de institución deja como legado particular á la susodicha señora Filiberta Lamyn, su cara madre, la suma de quinientas libras, cuya suma es su voluntad que le sea entregada tan luego como la testadora haya profesado, y á fin de que disponga de ella como le plazca. Y además quiere que le sea entregada al mismo tiempo la suma de diez y ocho libras para que la emplee en comprarle un hábito.”

Viene en seguida su hermano, el joven estudiante de Cluny, aquel que para establecerla mejor en el mundo, le había ofrecido tan generosamente una parte de sus bienes.

“Item.—Dona y lega á Santiago Alacoque, su hermano, estudiante en el colegio de Cluny, la suma de trescientas libras. Además, una cama, tal como á ella le fué dejada en testamento por su difunto padre M. Claudio Alacoque. Además su baúl, tal como lo deja en la casa ó su valor calculado en diez y ocho libras á falta de aquél. Y además un mantel, una docena de servilletas, un platón y una escudilla de estaño con una cuchara de plata; pagadero todo cuando haya entrado en la mayor edad, sin intereses, por todos los derechos que pudiera alegrar en sus bienes: suplicándole acepte el presente legado ¹.”

¹ Santiago Alacoque nació el 19 de Septiembre de 1651: tenía por lo

l'or aquí aparece cuál era todo el reducido mobiliario de su aposento. En seguida, pasa á su hermano mayor, Crisóstomo, que era su tutor, y á quien nombró su albacea ¹, Tenía tres niñas, Claudia ², Huguette ³, Magdalena ⁴ que casi estaba todavía en la cuna. Estableció á la mayor su legataria universal, é hizo legados particulares á las otras.

“Item.—Dona y lega á las niñas Huguette y Magdalena Alacoque, hijas de los mencionados Alacoque y Aulmosnier, sus sobrinas, y á cada una de ellas, la suma de trescientas treinta libras, pagadera cuando llegasen á la mayor edad por su heredera abajo nombrada.

„Item.—Quiere y es su voluntad que una manada de ovejas que tiene de ella Pedro (*nombre ilegible*), sea dividida por iguales partes, á saber: la mitad al dicho Santiago su hermano, y la otra mitad á la niña Claudia Alacoque hermana de las susodichas legatarias y á la mencionada Huguette Alacoque para que participen igualmente tanto del capital que haya producido como del que resulte en lo sucesivo... A cuya Claudia Alacoque, hija primogénita de Claudia Alacoque y de la Aulmosnier, ha hecho y hace, nombra é instituye su universal heredera, única y exclusivamente en todo el resto de sus bienes de que no se haya hecho mención

mismo veinte años cuando se hizo el testamento, cuya fecha es el 19 de Junio de 1671.

1 Crisóstomo nació el 21 de Mayo de 1645; tenía á la sazón veinticinco años.

2 Claudia murió de diez y nueve años sin haberse casado, y antes de la beata Margarita.

3 Huguette se casó el 15 de Febrero de 1689 con Juan Lombard, notario de Baubary.

4 Magdalena se casó el 24 de Abril de 1690, seis meses antes de la muerte de Margarita, con Andrés Fenerot.

aquí con la carga de obligarse á pagar los susodichos legados, y además, la dote tal como se ha prometido á las dichas señoras religiosas del dicho convento de Santa María de Paray, y además, pagarle anualmente la suma de cinco libras, pagadera vitaliciamente á contar desde el día de su profesión, nombrando por executor del presente testamento al dicho señor su hermano Juan Crisóstomo Alacoque, á quien suplica lo acepte, y al cual se confía, puesto que, como ha dicho, le ha prestado toda asistencia desde el fallecimiento de su padre. Y en el caso de que por algún grave inconveniente el referido convento llegue á sucumbir, se reserva la facultad de recoger sus demás bienes que ahora son entregados al dicho convento, para poder establecerse en otro, y para ello en tal caso implorar el auxilio del mencionado señor su hermano.

“Hecho, leído y pasado en la casa de la dicha señorita testadora, y en una pieza que ve al Oriente, adonde me ha llamado aparte para este asunto, á horas que serán las diez de la mañana á los 19 días del mes de Junio de 1671, por ante Guillermo Aulmosnier señor de Chalenforge y Antonio Delarroche, clérigo del dicho Verosvres, como testigos llamados, rogados y firmados con la señorita testadora, en presencia de los cuales se ha leído y releído este testamento; después de lo cual declaró que lo ratificaba.”

La minuta está firmada de esta suerte: Margarita Alacoque, Guillermo Aulmosnier y Delaroche, y G. Declessy, notario real.

Este fué el último acto de la bienaventurada al dejar el mundo. Después de él, habiendo dado todo á los suyos, desde la mañana del día siguiente, 20 de Junio de

1671, púsose en camino con dirección á Paray. Los adioses fueron desgarradores. Su madre la cubrió con sus abrazos, sus caricias, y sus lágrimas. Margarita soportó al principio sin palidecer este último asalto. “Nunca sentí tanta alegría y firmeza en mi corazón, y era como insensible á la amistad y el dolor que todos me mostraban especialmente mi madre, y no derramaba ni una lágrima al dejarla.” Pero como Dios quería que ninguna de las bellezas de la naturaleza y de la gracia faltasen á este gran sacrificio, apenas hubo abandonado á su madre cuando de su alma se desbordó un torrente de inmenso dolor. “Me pareció, dice, que mi espíritu iba á separarse de mi cuerpo.” Así, cuando Santa Teresa abandonaba el suelo de la casa paterna, sentía que sus huesos se hacían pedazos y que la vida le faltaba.

Así también cuando Santa Francisca de Chantal se desprendió de los brazos de su anciano padre y dejó las caricias de sus hijitos, derramaba tales torrentes de lágrimas, que los testigos de aquella escena se maravillaron y escandalizaron. La Beata Margarita María tuvo la misma gloria, y en el camino de Verosvres á Paray experimentó todas las angustias de la agonía.

Desde luego nos preguntamos: ¿por qué eligió la Visitación, cuando había tantas casas religiosas que abrían sus puertas delante de ella? Hoy lo sabemos ya. Margarita María no iba á la Visitación como tantas otras, porque este Instituto recién fundado por dos santos admirables, exhalaba aún aquellos primeros perfumes que se respiran tan dulcemente en la cuna de las casas religiosas. Ella iba á la Visitación por razón de una orden superior. Dios, que no ha levantado una montaña, ni abierto un valle, ni trazado una ribera sin saber para

qué pueblo ó para qué alma trabajaba, al crear la Visitación había pensado en Margarita María. Habíalas hecho la una para la otra. Había hecho la dulzura, la sencillez, la humildad, la vida retirada de la Visitación, para que el día en que Margarita entrara allí, pudiese dilatarse como en su elemento; y por eso hacía veinte años que formaba el alma de nuestra santa, y la hacía dulce, humilde, sencilla, pura, para que fuese un día la más exquisita flor y el fruto más suave de la Visitación; ó más bien, las había hecho la una para la otra, la gran orden y la humilde virgen, para que fuesen ambas, aquella el teatro, ésta el evangelista y el apóstol de una gran maravilla de que ni una ni otra pudiesen dudar. Tomando la cosa de más lejos, había enviado solo sublimes presentimientos de esa maravilla á San Francisco de Sales y á Santa Francisca de Chantal: había depositado sus gérmenes, prestos á florecer, en las fundaciones mismas del Instituto; había dado á éste por escudo de armas un corazón coronado de espinas y que por remate tenía una Cruz, y á aquellas piadosas hijas que Dios había creado sesenta años atrás y á quienes formaba en la soledad para que fuesen un día la guardia de honor de su Corazón adorable, el pueblo, sin saber por qué, comenzaba á llamarlas las *hijas del Corazón*.

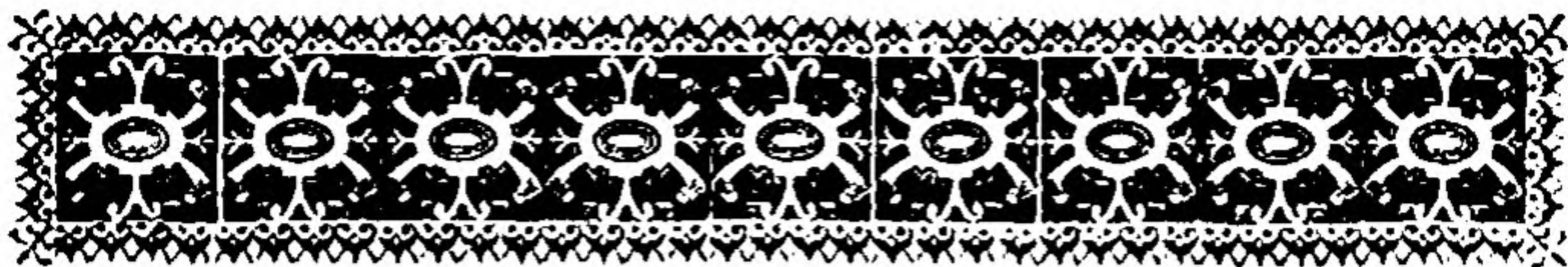
Pero la humilde virgen que debía hacer florecer aquellos gérmenes, esclarecer aquellos presentimientos, dar sentido á aquel blasón, no dudaba de nada. En toda aquella primera parte de su vida en que Dios le hablaba, ni una palabra de su vocación extraordinaria, ni un rayo que alumbrase su destino, ni una mirada sobre las necesidades de la Iglesia, á la cual sin embargo ella es enviada como un ángel libertador.

La virgen no ha sentido sino un impulso que acabó por dominarlo todo: ocultarse, huir de los hombres, olvidar á las criaturas, encontrar un apartado rincón, una soledad, una casa cerrada, donde lo olvidará todo, y donde olvidada no vivirá más que para Dios.

He aquí cómo entra en el convento de la Visitación. Era el 20 de Junio de 1671.

Dos meses después tomaba el hábito. Diez y siete meses más tarde, extendíase sobre ella el paño mortuorio y se levantaba radiosa; porque entre ella y los hombres todo había acabado para siempre: la tumba se había sellado.





CAPITULO IV

EL MONASTERIO DE PARAY

(1671)

Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.

Levántate, sal de la sombra, ¡oh, Paray!, porque he ahí que viene la que será tu luz, y ya la gloria de Dios se ha alzado sobre ti.

(ISAÍAS, LX, 1 y 2.)

Cuando sonó la hora, las puertas del santuario se abrieron, y el Rey de amor, entrando en el querido monasterio de Paray, introdujo allí á la amada de su corazón.

(AÑO SANTO, 1. pág. 746.)



UÁL era, pues, ese monasterio hacia el cual dirigía Dios á nuestra bienaventurada, y que iba á ser el teatro de tan estupenda maravilla? ¿Qué almas iba á encontrar allí? ¿Qué tradiciones y qué virtudes? ¿Qué corrientes de fe, de fervor y de vida religiosa ¹?

1 Es una costumbre en la Visitación que cada monasterio escriba de tres en tres años una *Circular* dirigida á todo el Instituto. En esa Circular se da á conocer desde luego todo lo que ha acaecido de particular y especialmente de importante en la casa. Después se refiere la *vida* de todas las hermanas que han muerto durante aquellos tres años.

Desde luego se ve la importancia de tal documento. Es toda la historia de un monasterio, la historia general de la comunidad y la historia

Era el tiempo en que la orden de la Visitación, abandonada hacía apenas treinta años por la grande alma de la Venerable Madre de Chantal (1641), sacaba en las recientes fiestas de la canonización de San Francisco de Sales fuerzas nuevas, y continuaba cubriendo el mundo con sus piadosos y solitarios asilos.

Cada año veía abrirse para las almas fatigadas de la tierra y sedientas del amor divino nuevos monasterios. En 1642, Villefranche, Verceil en Italia, Montbrison, Agen, Avignon, el segundo de Rouen; en 1643, Salins, Montélimar, Limoges; en 1644, Issoudun, Castellane, Vienne y Tulle; en 1645, Saint-Marcellin y Soleure; en 1646, la Flèche, Avallon y Dole; en 1647, Toulouse, Chartres y Saumur; en 1648, Loudun, Bourbon-Lancy, el segundo de Grenoble; en 1649, Compiègne y Clermont; en 1650, Abbeville y Mons, en Hainaut; en 1651, Chaillot, Seissel, Aurillac y la Rochefoucauld; en 1652, el segundo de Marsella y el segundo de Aix; en 1653, Saint-Amour y Langres; en 1654, Varsovia, en Polonia; en 1657, Arone, en Italia; en 1659, Auxerre, Aleçon y Brioude; en 1660, Thiers y el tercero de Paris; en 1663, Bourg, Saint-Andeol y Monaco; 1664, Nîmes; en 1665, Saint-Remo; en 1667, Bruselas y Munich; en 1669, Módena y la segunda de Niza; por último, en 1671, Roma.

Una vida inagotable corría del sepulcro cerrado apenas de la madre Chantal; y si sus primeras hijas, las que habían oído su poderosa palabra, habían ido á jun-

particular de cada hermana. Hemos registrado por lo mismo y con el mayor cuidado las circulares todas de Paray en la época de que vamos hablando; y con tan preciosos documentos, vamos á escribir este capítulo y á ilustrar en los siguientes una multitud de cuestiones obscuras. (Véase la nota II.)

társele en aquella mansión de la luz, por la cual habían suspirado tanto en la tierra, dejaban en pos de sí almas formadas por sus manos, herederas de sus virtudes; y aun algunas de ellas que habían alcanzado á entrever todavía los rasgos venerables, el rostro ya transfigurado de su santa fundadora.

Entre todos esos piadosos retiros, el de Paray en Borgoña recomendábase por su antigüedad y su fervor.

Aquella pequeña ciudad de Paray, reclinada en un valle encantador, rodeado de montañas, atravesado por frescas y cristalinas aguas, sombreado por los más bellos platanares del mundo, descansa al pie de una antigua basílica que San Hugo mandó construir en el siglo xi, para ensayar el plano que debía servir á la construcción de la colosal iglesia de Cluny ¹.

Nacida al soplo de los monjes, y por esto llamada Paray le-Monial, y habiendo crecido bajo el gobierno paternal de los abades, ha conservado hasta el día una dulzura de costumbres, una nobleza y distinción de maneras, una amenidad y una piedad que la desgracia de los tiempos no ha disminuido. Un instante, es verdad, el protestantismo apareció allí; pero no fué, como en toda Borgoña, sino una sorpresa de que bien pronto se repuso, y, recobrando su fecundidad pasada, queriendo

1 San Hugo, Abad de Cluny, nació en 1024, murió en 1109 é hizo comenzar la iglesia de Cluny, en 1089. Algunos arqueólogos piensan que la iglesia de Paray, menos antigua que Cluny, es acaso una reducción de la iglesia de este nombre. Yo me inclino á creer que es un ensayo. La Edad Media hacía pocas reducciones, trabajo de unas épocas en que el aliento se va y la originalidad falta. Aquella edad hacía ensayos, y este era particularmente el uso de la orden benedictina. Se podía citar por ejemplo á Germiny, cuya pequeña iglesia contiene en germen á la magnífica iglesia de San Benito.

reparar sus brechas, apresuróse á construir á la vez un convento de ursulinas para educar á sus hijos, un hospital para cuidar de sus enfermos, una casa de padres Jesuítas para volver á atraer á Jesucristo, y por último, un monasterio de la Visitación para recoger el precioso bálsamo y los delicados aromas de la piedad. Así fué cómo en pocos años aquella reducida población que no contaba entonces sino de cuatro á cinco mil habitantes á lo sumo, tuvo una de esas vivas explosiones de fe y de caridad que darían honra á las más grandes ciudades.

Las hermanas de la Visitación llegaron á Paray el 4 de Septiembre de 1626, y desde 1642 su monasterio se hallaba enteramente construido de nuevo en una hermosa llanura situada al Oriente. Se le puede ver aún hoy en toda su primitiva sencillez, porque no ha cambiado. Son cuatro grandes cuerpos de construcción unidos entre sí, con un patio en medio. Un claustro reina bajo de aquellos, y abre sus vastos arcos hacia el patio, en medio del cual se halla la fuente tradicional y simbólica. A lo largo de los muros, que son de extremada blancura, y en el arco formado por el nacimiento de las bóvedas, léense todavía las sentencias que San Francisco de Sales había recomendado se escribiesen por todas partes, para que no se pudiese alzar los ojos sin encontrar un pensamiento para el espíritu y un alimento para el corazón. Las salas de comunidad, la capilla, la sacristía, el noviciado, el refectorio, ábrense bajo aquel claustro, y dos escaleras colocadas en los ángulos conducen á las celdas que están en el primer piso. La de la Bienaventurada subsiste aún. Se la ha convertido en capilla; pero yo la he visto todavía en su primitivo estado: estrecha,

blanqueada de cal, sin más muebles que una cama, una mesa y una silla; sin más adornos que un crucifijo de madera y una estampa del Sagrado Corazón. Las demás celdas son semejantes á esta: sencillas, pobres y limpias. Vastos jardines sombreados de estatuas y capillas cubren todo el monasterio de verdura, de silencio y de paz. El paso de la santa ha añadido sin duda á todo ese bello conjunto un perfume que no tenía, y ha hecho de él como un relicario todo lleno de los vestigios sagrados de Nuestro Señor. Pero desde aquella época no se podía dar allí un paso sin respirar la paz, el fervor, el olvido de los hombres y la presencia de Dios.

En 1671, cuando la Bienaventurada llegó allí, el monasterio estaba gobernado por la venerable madre Jerónima Hersant, que terminaba su sexto año de superiora. La madre Hersant pertenecía á la Visitación de la calle de San Antonio de París, donde había tenido por maestra á la grande y santa madre Lhuiller. Muy joven aún, había podido abrir su corazón y hacer conocer su alma á la venerable Madre de Chantal, y durante veinte años había tenido por director á San Vicente de Paul ¹. Con tal escuela habíase hecho una santa, y además había aprendido esa ciencia del gobierno y ese arte de manejar los espíritus que, juntamente con la más sólida virtud, había proporcionado al monasterio de Paray cinco años ya de progreso y de fervor. Cierto es que ella estaba á punto, habiendo casi concluido sus seis años de superiora (1666-1672), de dejar á las hermanas de Paray y regresar á París; pero de sus manos el gobierno iba á pasar á otras no menos fuertes ni menos tier-

¹ *Año Santo*, I, p. 745.

nas: á las de la madre Saumaise, que había venido de Dijón, la cual, después de haber gobernado el monasterio durante seis años (1672-1678), dejaría el lugar á la madre Greyfié, que vino de Annecy (1678-1684). Como si en esta Visitación de Paray, donde vamos á ver tan bellas virtudes, vocaciones tan extraordinarias, tan grande amor á las reglas, tan vigorosos alientos, la humildad, más fuerte que todas las demás virtudes, no permitiese á las religiosas de Paray creer que estuvieran en estado de gobernarse ellas mismas, ó que el fervor las llevase á buscar en los primeros monasterios del orden, en Annecy, en París, en Dijón, las superiores más capaces de mantenerlas y hacerles adelantar en el verdadero espíritu de la Visitación. Digamos, para subir más alto, que Dios, que iba á llevar á aquel claustro una maravilla tan rara de la gracia y por su medio á completar la Visitación, la obra de San Francisco de Sales y de la santa Madre Chantal, quiso llamar allí, para dirigir á la bienaventurada, á las más eminentes superiores venidas de los tres monasterios en que vivían las más fuertes tradiciones y los más profundos recuerdos de los santos fundadores.

La maestra de novicias en cuyas manos iba á ser puesta nuestra bienaventurada, era una venerable anciana que llevaba cuarenta y cuatro años de vida religiosa, y cuya vocación se enlazaba con los orígenes mismos de la Visitación de Paray. Su padre, M. de Thouvant, había sido uno de los dos fundadores del monasterio, y ella fué la primera de las jóvenes de Paray que tomó el velo. Contemporánea de las ocho religiosas que la madre Blonay había enviado de Lyon para hacer la nueva fundación, y que eran "agraciadas por Dios tan

extraordinariamente con una obediencia á toda prueba, con un don de oración tan sublime, y, en fin, con un olor de virtud tan poderoso, que el pueblo cortaba sus vestidos para guardar pedacitos como reliquias,, aún no había terminado su noviciado, cuando la santa Madre Chantal llegó al monasterio. La santa vió á la joven novicia, que apenas contaba diez y seis años, y conociendo en una luz profética lo que vendría á ser un día, puso la mano en la cabeza para bendecirla, recomendando mucho que se tuviera de ella gran cuidado y se moderase su fervor, y en particular que no se le permitiese sino media hora de oración hasta los diez y ocho años, por temor de que una aplicación demasiado grande perjudicase á su salud, añadiendo que preveía que por sus virtudes y su buen juicio prestaría eminentes servicios á la casa.

La profecía de la santa acababa de realizarse; porque, después de haber gobernado durante doce años el monasterio de Paray en calidad de superiora, de 1645 á 1651 y de 1657 á 1663, después de haber formado á la mayor parte de las religiosas en calidad de maestra de novicias, dotada de una oración elevadísima, de una tierna devoción á Nuestro Señor y de un profundo conocimiento de las almas, iba á terminar su fecunda carrera formando para la vida religiosa á la bienaventurada Margarita María.

Bajo el gobierno de la venerable madre Jerónima Hersant, bajo la dirección ilustrada de la piadosa hermana de Thouvant, el monasterio de Paray crecía rápidamente. Veíanse ocurrir allí y refugiarse en el claustro á costa de los mayores sacrificios, y después de haber encontrado las más dolorosas resistencias, una mul-

titud de jóvenes pertenecientes á las primeras familias de Borgoña: Catalina Antoinette de Levis-Chateaumorand, por ejemplo, que retenida en el mundo por la ternura de su madre, y habiendo permanecido en él hasta su muerte, derramó con tanta liberalidad los tesoros de su gran fortuna en el país que habitaba, que cuando se supo su designio de entrar en religión causó la noticia una alarma general y los principales resolvieron oponerse á su salida y detenerla en el camino ¹; María Jacinta Courtin, "tan notable por su belleza como por su virtud, y que fué perseguida hasta en nuestros locutorios por sus pretendientes," ²; María Teresa Basset, de una de las más ricas familias de Roanne, que vió á los que aspiraban á su mano batirse en duelo, y al más querido de ellos muerto por otro que estaba celoso de la preferencia que ella le demostraba; herida en el corazón por aquel golpe, vino á olvidarlo todo y á consolar-se en el amor de Aquel á quien no se nos puede arrebatár ³; Magdalena de Vichy-Chamron y d'Amancé, que no vino á la Visitación sino después de haber rehusado el cargo de abadesa que le ofrecía monseñor de Villars, Arzobispo de Viena ⁴; seráfica de la Martiniere, que detenida á pesar suyo en el mundo por la ternura de sus parientes, cayó por ello tan enferma que casi pa-

1 *Compendio* de la vida y de las virtudes de nuestra piadosa hermana de Levis-Chateaumorand (sin fecha).

2 *Circular* de Paray, 23 de Marzo de 1725. *Compendio* de las virtudes de doce de nuestras queridas hermanas que han muerto en el monasterio de Paray desde el 9 de Septiembre de 1719.

3 *Circular* de Paray, 17 de Diciembre de 1717. *Compendio* de las virtudes de nuestra honorabilísima hermana María Teresa Basset.

4 *Circular* de Paray de 20 de Febrero de 1738. *Compendio* de la vida y virtudes de nuestra honorabilísima hermana Magdalena Victoria de Vichy de Chamron.

recía un esqueleto; concluyóse por dejarla entrar, y “el ardor de su fiebre cedió al ardor del amor divino que la llevaba al Esposo celestial,”¹; tantas otras, en fin, como las damas de Coligny, las d’Amanzé, la Varenne de Gletin, las d’Atose, las Desescures, á todas las cuales vemos agruparse en torno de la bienaventurada Margarita; podían esperarlo todo del mundo si se hubiesen dignado de darle su corazón; que rehusándoselo habrían podido al menos, puesto que querían ser religiosas, alcanzar báculos de abadesas ó llevar cruces pectorales de canonesas; pero que abandonábanlo todo, atraídas por la humildad, la pobreza, y el fervor del apartado retiro que San Francisco de Sales y la santa Madre Chantal acababan de abrir “á los grandes corazones y á las pequeñas saludes,”. Presentáronse también muchas de aquellas personas del gran mundo, que no juzgaban descender demasiado si al hacerse religiosas no se abatían hasta el grado de hermanas domésticas; Francisca Angélica Delametrie, por ejemplo, ó Claudia Francisca Chappui, nieta de M. De-Marselison, de una riquísima familia del Charolais. “Todas las instancias de sus parientes no fueron parte á impedir que tomase en Paray el velo de las hermanas conversas ni á lograr que en el fin de su vida se hiciese hermana de coro. Declaró resueltamente que quería morir con su velo blanco”².

Precisamente porque aquellas jóvenes pertenecían á grandes familias y porque tenían grandes corazones, las pruebas del noviciado eran extraordinariamente fuer-

1 *Circular* de 23 de Marzo de 1725.

2 *Circular* de 18 de Abril de 1713.

tes; cincuenta años después su recuerdo hacía todavía temblar. “Como no se perdonaba entonces prueba alguna, dice la hermana que cuenta la entrada en religión de Rosalía Verchère, descubrió toda la generosidad de su alma ¹.”—“Su gran piedad hizo que se la recibiese con alegría en el noviciado, escriben hablando de Francisca Margarita de Athose; ella sostuvo sus pruebas que eran fuertes por aquel tiempo, con un fervor que le mereció tomar nuestro santo hábito ².”—Su valor intrépido, asegúrase de María Catarina de Chailloux, devoró, por decirlo así, todo el rigor de aquellos primeros tiempos, y se entregó á todos los ardores del santo amor en medio de las rígidas pruebas que se hacían entonces ³.”—“Se puede decir de Catarina Heuillard que ha llevado á la tumba el fervor de su noviciado, no habiendo jamás tenido que reprenderle sino que hacía demasiado y cosas que eran superiores á sus fuerzas ⁴.” Palabras semejantes encuéntranse en todas las páginas de los manuscritos que cuentan los orígenes de la Visitación de Paray.

Y ¿cómo el noviciado no había de tener aquel carácter de austeridad, la santa y generosa consagración á los rigores del amor divino, cuando las hermanas profesas tienen todas ese carácter? De ello acabamos de ver buenas muestras. Sería preciso contar la historia de cada hermana para dar la verdadera fisonomía de aquel ferviente y generoso monasterio. María Susana Piédenuz era un prodigio de austeridad. “Penetrada completa-

1 *Circular* del monasterio de Paray, 23 de Marzo de 1725.

2 *Ibid.*

3 *Circular* de Paray, 1.º de Octubre de 1743.

4 *Idem* de *Idem* 17 de Diciembre de 1717.

mente de la santidad y de la grandeza de Dios, habría querido abismarse ante él hasta el centro de la tierra. Poníase en su presencia como una criminal agobiada bajo el peso de su justicia. Hacía rudas y sangrientas disciplinas, que no quitaban nada al ardor de su amor, amando á aquel divino Salvador con todas las potencias de su alma, y porque no podía amarle tanto como quería, mirábase como una réproba; estado penoso que ha durado hasta la muerte ¹. Catarina Agustina Marest tenía por la penitencia atractivos más poderosos todavía. “Esta hija más admirable que imitable en sus mortificaciones, bebía rarísimas veces vino, no se acercaba casi nunca al fuego, el ardor del amor divino le servía en todo tiempo; vestía en invierno lo mismo que en verano, y no se creía digna de llevar ni aun lo que ya no podía servir á los demás ². Dios había dado á María Jacinta Courtin su santo temor y un horror tan vivo al pecado, que huía hasta de la menor apariencia de él, lo que la penetraba de espanto al acercarse á recibir los Sacramentos. Necesitaba de larguísimos espacios de tiempo para prepararse al de la Penitencia, donde, sin embargo, no dejaba de ser muy concisa y clara, á pesar de los grandes escrúpulos sobre los deberes de su oficio que la mortificaban horribilmente; lo cual, unido á su gran abstinencia y mortificación, le causó la tisis que ha sufrido largo tiempo ³. María Carlota Benoit era más penitente todavía. Su espíritu fuerte y generoso le hizo emprender la perfección de la manera más vigorosa, no haciendo nada á medias, sacrificándose sin re-

1 *Circular* de Paray, del 15 de Marzo de 1703.

2 *Circular* de Paray, de 18 de Abril de 1813.

3 *Circular* de Paray, de 23 Marzo de 1725.

serva, llevando el rigor para consigo misma á un punto tan excesivo, que su conducta en este particular ha sido más de admirarse que de imitarse, habiéndose tratado tan duramente, que se vió obligada al fin de su vida á pedir perdón á su cuerpo, como San Bernardo, temiendo haber abreviado sus días. Aquel estado de muerte continua nos la hacía ver como otro San Jerónimo ¹. Comparábase á Rosalía de Farges á otro Elías: tenía en verdad su ardor y su penitencia. La veremos pasar su vida entera en el Calvario, entre austeridades que hacen estremecer ².

A esta austeridad, á esta mortificación que marca de un solo rasgo la fisonomía de las hermanas de Paray, juntábase un amor tal á las reglas que quizá en ningún otro monasterio se llevó á un grado tan alto. Sor Juana Aimée estaba á punto de morir: su superiora la encontró toda engolfada en Dios, teniendo en la mano las constituciones, y á las preguntas que le dirigió: “¡Ah madre mía!, respondió la moribunda, Nuestro Señor me ha hecho conocer que no puedo entrar al cielo sino por estas tres puertas: la primera es la observancia de nuestras santas reglas; la segunda el amor del prójimo; la tercera la humildad ³.,” “María Josefa Boutier, que murió de veintiún años, y que tuvo tanta pena de morir tan joven: ¡Ay! dijo, apenas he comenzado á vivir y he aquí que es preciso morir!,” “Para decidirse á su sacrificio, besaba las constituciones y en ellas encontraba la fuerza para resignarse á la santa voluntad de Dios ⁴.,”

1 *Circular* de 17 de Diciembre de 1717.

2 *Circular* de 14 de Mayo de 1743.

3 *Circular* de 17 de Diciembre de 1717.

4 *Circular* de 23 Marzo de 1725.

María Jacinta Courtin tenía siempre sus reglas en la mano; á ellas ajustaba todas sus acciones, no queriendo *hacer ni más ni menos*, y aun había adoptado estas palabras por divisa ¹. El celo de sor Catarina Agustina Marest por las santas reglas la ha animado, por no decir abrazado, no pudiendo sufrir que se faltase á ellas en el menor artículo; pero con el tiempo el Señor la hizo comprender que habría más mérito en moderar sus fogosos movimientos. Apegada á su regla, no entendía nada de todos esos misterios de dirección, como decía riendo. Su regla, su superiora, su confesor ordinario, esto le bastaba ². Se ha dicho otro tanto de sor Seráfica de la Martiniere, cuyo principal encanto era el amor de la vida oculta y la exacta observancia de las reglas, y “á la cual todo lo que era elevado y sublime le parecía sospechoso ³.” En cuanto á sor Damas de Barnay, “todo lo que era singular y admirable no era para ella.”

Es preciso notar con cuidado esos rasgos: esa observancia exacta de las reglas, ese cuidado de medir por ellas todas las acciones, esas divisas: *ni más ni menos*, ese temor de todo lo que es elevado y sublime, ese terror de lo singular y admirable, esa dulce sonrisa con que se habla de aquellos misterios de dirección, etc. Tocamos ya á uno de los rasgos más notables del monasterio de Paray, y el verdadero motivo de esa pasajera oposición que va á encontrar nuestra Bienaventurada, y que ha sido hasta aquí tan mal comprendida é injustamente apreciada.

Agregaremos que aquellas almas tan ardientes, tan

1 Circular de 17 de Diciembre de 1717.

2 Ibid.

3 Ibid.

generosas, tan fuertemente apegadas á reglas, eran de una humildad y de una obediencia increíbles. "Sor Anna Alexis de Marechalle era como una bola de cera en las manos de Dios y de las que ocupaban su lugar; lo que hacía que la pusieran en todos los empleos grandes y pequeños, sin que ella se abatiese ni exaltase, sino siempre franca, cordial y de una regularidad ejemplar ¹."

Cuando se anunció á sor Vichy Chamron que había roto su báculo de abadesa por entrar en la Visitación, que se pensaba en ella para hacerla directora, todo su cuerpo se estremeció, las lágrimas corrieron de sus párpados y estuvo á punto de desmayarse ². Lo mismo le pasó á la madre Levis-Chateaumorand cuando se trató de hacerla superiora. Obligada á ceder, dejó un escrito en el cual pedía que, aunque hubiese la costumbre contraria, no se escribiera nada acerca de ella y que se dejase su memoria en un eterno olvido ³. Las hermanas no obedecieron esta orden, y pluguiese á Dios que jamás hubieran obedecido recomendaciones semejantes que dejó sor María Magdalena Desescures, al principio la amiga más íntima de la Bienaventurada, más tarde su adversaria más ardiente, porque, fervorosísima como era, pero menos ilustrada que nuestra Santa, juzgó que ésta se apartaba de las reglas y del espíritu de la Visitación sobre cuyas cosas no quería que estuviese nada; y al último, cuando reconoció su error, la más humilde, la más celosa de las adoradoras del Sagrado Corazón y de las discípulas de la Bienaventurada Margarita. Es de sentirse también que las hermanas se hayan conforma-

1 Compendio de la vida y virtudes de sor Anna Alexis de Marechalle.

2 *Circular* de 20 de Febrero de 1738.

3 Compendio de la vida, etc.

do tan exactamente á los escritos que dejaron sor Angélica de Damas de Barnay, sor Juana Francisca Chálón, sor de Coligny y otras muchas; porque, después de haber tenido la pasión de dejarlo todo por sepultarse en el claustro, tenían después la de ser olvidadas aun en el claustro mismo.

Inútil es decir que el amor de Dios coronaba tantas virtudes é inflamaba todas las almas: un amor un poco temeroso, es fuerza confesarlo, un amor fuerte y austero al modo del siglo xvii, en que la generosidad era sin límites, pero en que la ternura pedía tomar mayor participio.

La gran devoción de María Anna Cordier era á la inmensidad de Dios, mirándose sin cesar en ese abismo, como una nada que va á destruirse ¹. La de Seráfica de la Martiniere era por la majestad infinita de Dios, que tenía sin cesar delante de los ojos. Así trabajaba siempre de rodillas ². María Emerenciana Roselin estaba casi siempre abismada en el pensamiento de la justicia de Dios, y se secaba por ello de espanto ³. Lo mismo pasaba á Maria Catarina de Chailloux, cuya vida entera se pasó en el terror de los juicios de Dios. “ Todo lo que oía en los sermones ó en las lecturas sobre el fin del hombre, la predestinación, ó la fidelidad á la gracia, la hería tan vivamente que se veía á punto de morir. Imposible es decir todas las penitencias que hacía para alcanzar esa paz de los hijos de Dios, que consiguió al fin después de haberla comprado muy caro.”

Pero estos grandes rasgos, que han disminuido tanto

1 *Circular* de 18 de Abril de 1713.

2 *Idem* de 23 de Marzo de 1725.

3 *Ibíd.*

en nuestros días, que engendraban entonces en las almas un respeto tan vivo por Dios, no impedían el amor. Aquella sor Seráfica de la Martiniere, que trabajaba siempre de rodillas, parecía abrasada de ese fuego divino que Jesucristo ha venido á encender en la tierra. A menudo los ímpetus de amor la ponían en estado de morir. Quejábase de ello tiernamente á su Dios. “No puedo más, decía; tened compasión de mi debilidad, ó expiraré bajo la violencia de vuestro amor ¹.” Aquella otra hermana, María Anna Cordier, que se veía siempre tan anonadada ante la inmensidad de Dios, tenía por El al propio tiempo un amor tan vivo, tan fuerte, tan ardiente, que, según su expresión, moría de dolor de no poder morir de amor ². “¡Oh madre mía!, exclamaba sor Emerenciana Rosselin, tengo pasión de morir por ir á ver á mi Dios.” Y dejaba ver en sus ojos, al decir esto, tan vivas llamas, que se comprendía desde luego la verdad de lo que afirmaba ³. Sor María Susana Piédenuz hacía diariamente cien actos de amor de Dios ⁴. Y las lágrimas brotaban de los ojos al ver á sor Catarina Seráfica Bouillet, que era una venerable anciana, preguntando con las manos juntas y arrodillada ante las jóvenes novicias de qué manera debía hacerse para amar á Dios. “Porque desfallezco de amor, y no puedo satisfacerme ⁵.”

Se ve, pues, que las dos grandes devociones del monasterio eran la Cruz y la sagrada Eucaristía; el monu-

1 *Circular* de 23 de Marzo de 1725.

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*

4 *Año Santo*, tomo v, pág. 353.

5 *Circular* de 4 de Mayo de 1704.

mento del sacrificio y el monumento del eterno amor. Las religiosas iban al primero para mantener y excitar allí aquella sed de inmolación, de penitencia, de austeridad y de humildad que las devoraba á todas; y no hay una sola de esas *Vidas* donde no se vea que la segunda fuente de la piedad era Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado. A El corrían como hambrientas, según la expresión de nuestras antiguas *Memorias*.

Comenzamos á ver dibujarse, si no me engaño, la verdadera fisonomía del monasterio de Paray. En su grande obra de la fundación de la Visitación, el santo Obispo de Ginebra había tenido, como se recordará, dos ideas atrevidísimas, de esas ideas como las que tienen los genios ó los santos, que se anticipan á su siglo, y que por esta razón tienen mil penas que sufrir. Pero de estas dos ideas la una había fracasado, la otra estaba siempre en peligro. San Francisco de Sales había querido al principio crear religiosas que fuesen á servir á los pobres. El siglo reclamó contra eso y el santo Obispo se vió obligado á restablecer las rejas. Contrariado por esta parte, el santo pensó entonces en aquella multitud de almas que, por falta de salud, no podían entrar en el Carmen ó en las Clarisas, y había arreglado un género de vida en que el recogimiento, la dulzura, la mortificación del espíritu, la caridad amable supliesen á las austeridades corporales, que habían llegado á ser imposibles. Pero aquí también aquella gran corriente de penitencia que honra al siglo xvii se había interpuesto, y arrastraba una multitud de *Visitaciones*. Paray era de ese número. Rejas más auteras que las que había pedido San Francisco de Sales, disciplinas frecuentes, ayunos continuos, una multitud de herma-

nas que tenían que pedir perdón á su cuerpo de haberle maltratado tanto; y con esto, el santo temor de Dios, el sentimiento de la inmensidad, de su terrible grandeza; un amor generosísimo, no demasiado tierno, he aquí lo que era, en 1671, el monasterio de Paray. Era, pues, algo más austero que lo que había querido San Francisco de Sales; no era algo menos fervoroso.

Mas no hay que pensar por esto que la tristeza habitaba en aquel generoso monasterio. Es una observación mil veces repetida que, mientras más severas son las reglas, más alegres son las religiosas. En las vidas de las hermanas que componían entonces la Visitación de Paray, nos encontramos con palabras amables, ingeniosas, algunas veces galantes. Se amaba mucho. Casi no hay una de aquellas religiosas de quien no se diga que era *una buena amiga* ¹; una de las mejores amigas que se podía encontrar ², una alma sincera y franca en la amistad ³; que tenía el *corazón de reina* ⁴; el corazón noble y liberal ⁵; el corazón muy sensible al afecto, con reconocimientos infinitos por los menores servicios ⁶.

Celébranse en todos los tonos su amabilidad, su dulzura, su delicadeza, sus frases vivas y graciosas, sus talentos en todos sus géneros. "Maria Teresa Bazet, hija del alcalde de Roanne, era tan entendida en los negocios, que sorprendía á nuestros abogados. Nos ha sido utilísima en el cuidado de los papeles y su bella y buena

1 *Circular* de 23 de Marzo de 1752.

2 *Ibid.*

3 *Idem* 1.º de Noviembre de 1715.

4 *Idem* de 8 de Marzo de 1701.

5 *Idem* 17 de Diciembre de 1717.

6 *Idem* de 7 de Julio de 1743.

pluma nos ha prestado un auxilio maravilloso. Ella es quien al entrar al monasterio trajo una biblioteca tan bien provista de todo, que en verdad fué para nosotras un presente de gran valía ¹. Sor María Catarina de Chailloux tenía también una excelente pluma. Ha escrito los *Anales* del monasterio de Paray; “lo que la inmortalizará entre nosotras” ². Sor Alexis de Mareschalle hacía versos encantadores. “Tenía cierta alegría que brillaba en su semblante, y que pasaba hasta su conversación que fué siempre agradable y santamente festiva, componiendo coplas para canciones dulcísimas, á fin de animarse á un fervor siempre nuevo” ³. Sor María Susana Piédenuz era más notable todavía. “Ha compuesto un gran número de poesías y cánticos. Puso en verso el Salterio de la Santísima Virgen, de ciento cincuenta salmos, compuesto por San Buenaventura” ⁴. Magdalena Victoria de Vichy-Chamron cultivaba también la poesía, “pasando el tiempo tan agradablemente en su celda, que lo encontraba siempre corto, bien lejos de fastidarse, componiendo cánticos espirituales llenos de ingenio y de fervor.” Se han conservado algunas de esas poesías que se hacían entonces en el monasterio de Paray. No son inferiores á las que ha citado M. Cousin, y que componían en aquella época las señoritas de Bourbon, de Rambouillet, de Bouteville y de Brienne en el castillo de Chantilly ⁵. Nuestra Bienaventurada va bien presto á mezclarse en ese coro de voces dulces y pu-

1 *Circular* de 17 de Diciembre de 1717.

2 *Idem* de 7 de Julio de 1743.

3 *Idem* de 9 Marzo de 1733.

4 *Año Santo*, tomo v. pág. 353.

5 Cousin: *La juventud de la Sra. de Longueville*, pág. 217.

ras, y la niña del campo dejará escapar acentos como estos:

Soy una cierva que fatigada
busca la fuente con vivo ardor;
¡hirió mi pecho con tardo agudo
la fuerte mano del cazador!

Ved ahora á una artista. María Ana Cordier había llenado el monasterio con sus pinturas. Ya tomando ella misma el pincel y pintando en la capilla de la Santísima Virgen "la bóveda azulada y sembrada de estrellas de oro, que hace un hermoso efecto,". Ya inspirando á los pintores y á los escultores, y suministrándoles ideas, "sin que sea dable tener más tino y una idea más más justa que la que ella tenía, y, por lo cual, aun los artistas más hábiles quedaban encantados. Ella hizo construir el retablo del altar mayor y dió su idea á un escultor habilísimo; mandó hacer también grabados en cobre que representaban los misterios de la Pasión, para ponerlos en un pasillo que va á la enfermería y tiene un calvario en el fondo. Y, por último, ella hizo pintar en torno de la capilla de la Santísima Virgen los misterios de su vida,"¹. Pero no tuvo el gusto de pintar la capilla del Sagrado Corazón. Sea porque estuviese enferma entonces, ó por otras razones, aquel honor cupo á María Nicole de la Faige-des-Claines, que, nacida de una ilustre familia, y habiendo recibido una brillante educación, tenía quizá más hermosa mano. La misma María des-Claines fué quien pintó la primera capilla del Sagrado Corazón². Otra hermana, Fran-

1 *Circular* de 14 de Abril de 1713.

2 *Año Santo*, t. ix, pag. 727.

cisca Eleonora de Vichy-Chamron, hacia tan perfectamente miniaturas al pastel, "que las que salían de sus manos, después de haber sido admiradas por el Cardenal Bouillon, eran enviadas por este príncipe, no sólo á París, á las princesas sus parientes, sino aun á nuestro Santísimo Padre el Papa Clemente XI. Su Alteza Eminentísima nos ha asegurado, en efecto, que el Breviario de Su Santidad estaba lleno de aquellas pinturas, y que alababa mucho su delicadeza,"¹.

En tanto que unas empleaban de esta suerte los ocios del claustro, y encendian sus corazones con piadosas poesías y graciosas pinturas, otras se dedicaban á la aguja; y parte por espíritu de religión para adornar los santos altares, parte por penitencia, á fin de vivir en el trabajo, y más tarde, después de la peste, por necesidad, con el objeto de acudir á sus necesidades, mostrábanse artistas también, y hacían multitud de prodigios. Francisca Margarita d'Athoze "era una de las más hábiles para hacer puntas de oro y plata, que vendíamos entonces á un mercader de Lyon,"². Cuando sor Magdalena de Vichy-Chamron tomó el velo, "llevaba un vestido magnífico de moaré de plata, color de cereza, forrado de otra tela, también de plata, que fué su presente de altar. Bordó en seguida con sus queridas hermanas, en oro y plata, y se dedicaron á ello con tal empeño y con tan buen éxito, que hicieron nuestros dos ornamentos más hermosos³." Sor Vichy-Chamron tenía

1 *Vida y obras*, tom. I, pág. 482.

2 *Circular* de 23 de Marzo de 1725.

3 *Circular* de 20 de Enero de 1738. Esos bellos ornamentos no han perecido. Restaurados espléndidamente, han servido en las fiestas de la beatificación.

por amiga, y por rival en ese género de trabajo, á Catarina Agustina Marest, "que empleaba su tiempo y su habilidad extremada en hacer encajes y ricas puntas de malla para guarnecer las albas y sobrepellices. Era singularmente diestra para hacer puntas de oro y plata para los mercaderes de Lyon, y tal fué la ganancia que sacó de su trabajo, que hubo con ella para contruir la capilla de San Francisco de Sales, que está en la iglesia,"¹. Alabábanse las bellas tapicerías de sor María Catarina de Chailloux, cuando era joven religiosa; porque más tarde su humildad la llevó á pedir, y obtuvo á fuerza de instancias, el permiso de hacer voto de estarse siempre en la zapatería, donde, con aquella misma mano con que había redactado los *Anales* del monasterio, hizo zapatos por espacio de catorce años². El propio sentimiento de humildad hizo que Magdalena de Vichy-Chamron abandonara sus bordados de oro y plata, para ir á encerrarse en la fábrica de paño que las hermanas de Paray establecieron en la casa para subvenir á las necesidades de su monasterio, arruinado por la peste. Allí pasó muchos años "haciendo cinturones y fajas en un pequeño telar, y las tramas para cubrir géneros en un torno,". Y como la Sra. de Maulvriér se admirase de ver una joven de tan alto nacimiento en un empleo tan bajo, recibió aquella hermosa respuesta, de que era todavía mucha honra para ella³. Había tenido en aquel oficio por guía y por maestra á sor Anna Alexis de Mareschalle, quien lo aprendió de un tejedor y de su mujer, ambos demasiado groseros, y de los cuales sufrió

1 *Circular* de 17 de Diciembre de 1717.

2 *Idem* de 7 de Julio de 1743.

3 *Idem* de 20 de Febrero de 1738.

mucho por aprender á hilar y á tejer; pero nada pudo retraerla, teniendo el ánimo firme de fundar aquella fábrica de paños, y habiendo consagrado á ello diez y siete años ¹. Hagamos mención también, entre las que se consagraron á esa obra tan laboriosa y tan oculta, de Catarina Agustina Marest, tan hábil en hacer encajes y puntas. Estuvo largos años en la fábrica, "volteando su gran rueda con un recogimiento que edificaba y una fuerza que ninguna fatiga podía abatir, mirándose como el asno de la casa, tal como la llamaba riendo la madre Greyfié; y no porque le faltase talento, pues tenía la conversación más viva y espiritual y un extraordinario juicio, sino por los trabajos de que se veía agobiada ².

Preciso es añadir, para tener la verdadera y completa fisonomía del monasterio de Paray, que desde los primeros días se estableció allí un pensionado, adonde las grandes familias del Charolais, del Maconais, de l'Auto-nois, se apresuraron á enviar á sus hijas; conceptuándose muy dichosas en confiarlas á mujeres como la madre de Levis-Chateaumorand, sor María Catarina del Chailloux, sor de Vichy-Chamron, sor d'Athoze, sor de Damas, sor Coligny, y tantas otras, tan piadosas, tan distinguidas por la inteligencia y el corazón, y que, al abandonar el mundo, no habían repudiado sus bellezas ni desestimado sus talentos. No bastará citar una sola de esas jóvenes confiadas á las religiosas de Paray: María Magdalena de Changy, á quien la Santa Madre Chantal encontró allí cuando hizo su última visita, llevándo-

1 *Circular* de 23 de Marzo de 1725.

2 *Idem* de 17 de Diciembre de 1817.

sela consigo á Annecy, y que vino á ser más tarde, como es sabido, tan grande religiosa y tan brillante escritora.

He aquí, pues, el monasterio de Paray. Era uno de los más fervientes y generosos del orden. Se le llamaba: *el querido Paray*. Decíase que era “el Tabor de los superiores,” á causa de la dulce unión y de la perfecta obediencia de las hermanas. Dios visiblemente bendecía aquella casa, pero ignorábase por qué razones misteriosas. En suma, cuando todo estuvo listo, el 25 de Mayo de 1671, “las puertas del santuario se abrieron, y el Rey de amor, entrando en el querido Paray, introdujo allí á su amada ¹.,”

Margarita tenía entonces veintitrés años; y aunque no nos ha quedado ningún retrato auténtico de ella, púese adivinar su verdadera fisonomía. Era de mediana estatura, un poco más alta que lo ordinario, de constitución delicada. Tenía un rostro expresivo, ojos dulces y claros, aire placentero ² y agradable humor ³. A esto se unía mucho talento, un juicio sólido, fino y penetrante, una alma noble y un gran corazón ⁴. Su fisonomía toda llevaba impreso el sello de la piedad más viva. Pero no tenía aun “aquel recogimiento incomparable ⁵, aquel exterior dulce y humilde ⁶, aquel aire abatido hasta el centro de su nada ⁷,,” que fueron tan célebres después.

1 Compendio de la vida y obras de Margarita Jerónima Hersan, t. 1, pág. 742.

2 Visita hecha en la reja á la Beata Margarita por el P. Leau, de la Compañía de Jesús.—Vida de la Beata, por el P. Daniel.

3 *Declaración* de la Madre Greyfié.

4 Vida de la Beata, por el P. Croisset.

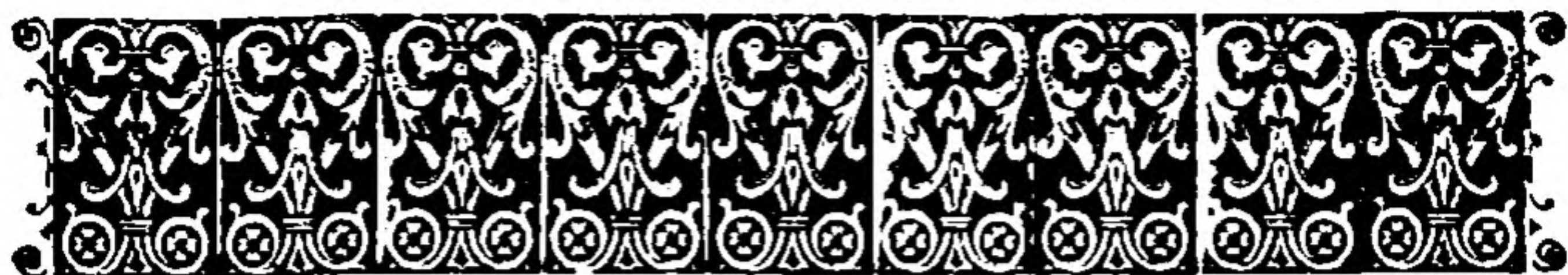
5 Declaración de Sor Ana Alexis de Mareschalle.

6 Visita de los PP. de Villette y Croisset.

7 *Circular* de 23 de Marzo de 1725.

Las monjas diéronla aquella acogida maternal y tierna que halla toda joven que se arranca de su familia y llega destrozada al convento. Se la rodeó de los más tiernos cuidados y afectos; pero ninguna dudó del tesoro que Dios enviaba para enriquecer el humilde monasterio de Paray.





CAPITULO V

CÓMO DURANTE SU NOVICIADO, DIOS PREPARA Á LA BIEN-AVENTURADA Á LA GRAN MISIÓN QUE VA Á CONFIARLE.—SU PROFESIÓN.

(20 de Junio de 1671.—6 de Noviembre de 1672.)

*Ecce venio ad te quem amavi,
quem quaesivi, quem semper optavi.*

He aquí que vengo á vos á quien he
amado, á quien he buscado, á quien
siempre he deseado.

(*Brev. Rom., Ant. de Sta. Inés.*)

LA primera palabra que la venerable madre Thouvât dirigió á la Bienaventurada, al día siguiente de su entrada en Paray se ha hecho célebre. Como Margarita, abrasada del deseo de entregarse por completo á Dios, fuese á preguntar á su maestra cuáles eran los medios para conseguirlo, y le suplicase en particular la enseñara el secreto de hacer oración: “Id, le dijo, poneos delante de Dios, como lienzo preparado delante un pintor.” Palabra inmensa en su brevedad y en la cual se halla todo el secreto de la ora-

ción ¹. Arrodillarse á los pies de Nuestro Señor, contemplarle, dejar su santa imagen dibujarse á nuestros ojos, ó más bien imprimirse en nosotros; presentarle para esto una alma sencilla, pura, recogida, como esas bellas láminas de plata sobre las cuales, merced á los descubrimientos de la ciencia moderna, nuestra imagen se imprime por completo; he aquí el verdadero método. La Bienaventurada fué, pues, á prosternarse en silencio á los pies de Nuestro Señor; y “tan luego como allí estuve, dice, mi soberano Maestro hízome ver que mi alma era aquella tela preparada en la cual queria pintar todos los rasgos de su vida paciente, que transcurrió en el amor, el silencio y el sacrificio, hasta su consumación, pero que, para hacer esta impresión, era preciso ante todo que la purificase de todas las manchas que le quedaban, así por la afición á las cosas terrenas como por mi amor propio y el de las criaturas, por las cuales tenía mucha inclinación ².”

Desde aquel punto, Margarita sintió encenderse en ella un deseo tan ardiente de sufrir, que no tuvo ya reposo alguno. Su único pensamiento era saber cómo podría crucificarse demasiado por un Dios que se había dejado crucificar por ella. En vano había guardado intacta la blanca vestidura de su bautismo; en vano había

1 Esta palabra *una tela preparada*, era usadísima en Paray y pertenecía a las más antiguas tradiciones de la casa. En 1628, una de las seis primeras religiosas fundadoras había caído enferma, y sufriendo horribles dolores, se la oyó exclamar: ¡Oh dulce mano de mi esposo, dibujad, dibujad! Preguntóle la superiora qué queria decir con eso.—“Madre mía—respondió—es que me he puesto delante de Dios como una *tela preparada* delante de un pintor; y le suplico que dibuje en mí la imagen perfecta de Jesucristo.” (*Año Santo*, tom. x, pág. 181.)

2 *Memoria*, pag. 313.

hecho voto de virginidad á los tres años de su edad y lo había renovado á los diez y seis; en vano á los veintitrés había puesto entre ella y el mundo las rejas impenetrables de un convento; no era todo esto bastante para el amor más grande que se encendía en su pecho. Su vida, con ser tan pura y todo, le causaba horror. Habría querido lavarla con sus lágrimas, bañarlá en su sangre, perseguir en sus mismas venas los últimos restos del pecado. ¡Oh lágrimas de Margarita! ¡Azotes sangrientos! ¡Varas vengadoras! ¡Sed inextinguible de humillación y de penitencia! ¡Santas industrias para lavar, purificar y embellecer su alma, y prepararla á la venida del Esposo! ¿Cómo podré pintaros? Fué preciso que San Francisco de Sales interviniese para poner límites al ardor de la joven postulante. Un día, sonriendo, había dicho á sus hijas reunidas que si olvidaban el espíritu de moderación y de dulzura en que quería que viviesen, para arrojarse en austeridades contrarias á sus reglas, El volvería y haría tanto ruido en sus celdas, que las obligaría á comprender que contravenían á su voluntad. Margarita supo algo de esto. “Mi bienaventurado padre, dice, me reprendió tan fuertemente por traspasar en este punto los límites de la obediencia, que en lo sucesivo no tuve el valor de hacerlo. —¿Pues qué, hija mía—me dijo—piensas tú agradar á Dios pasando los límites de la obediencia? Ella es y no la práctica de las austeridades, la que sostiene esta congregación ¹.

Pero si San Francisco de Sales tuvo que intervenir para moderar aquella sed de inmolación y de penitencia que se despertó más fuerte que nunca en el corazón

¹ *Memoria*, pág. 314.

de Margarita el día que franqueó la puerta del convento, no pudo menos que bendecir y alentar en ella otro deseo que apareció al mismo tiempo, el de arrojarse á plomo, como ella decía, en la obediencia, en la humildad, en el desprecio de sí misma, y de alcanzar hasta donde le fuese posible toda la perfección de su santo instituto. Ser una religiosa á medias le inspiraba horror. ¡Y en verdad que no vale la pena de dejar al mundo por tan poco! Llamábase entonces á las Hijas de San Francisco las *Santas Marías*. Resolvió, pues, Margarita ser en toda la extensión de la palabra una *Santa María*. Veremos bien pronto cómo lo cumplió.

Dos meses transcurrieron en estos pensamientos, al cabo de los cuales diósele el santo hábito. Era el 25 de Agosto de 1671, día de San Luis. Ella misma redactó y escribió de su puño y letra el acta en el registro de las tomas de hábito.

“Yo, Margarita Alacoque, hija del finado Sr. Claudio Alacoque y de la señora Filiberta Lamyn, mis padres, de edad de 23 años, con plena deliberación y expreso consentimiento de mi madre, después de haber estado dos meses en la casa y de ver y considerar las reglas de la misma, he pedido voluntariamente que se me dé el hábito en el Rango de las Hermanas Coristas de esta Congregación; el cual he obtenido por la gracia de Dios, habiendo con el hábito cambiado de nombre y recibido el de Margarita María, hoy día 25 de Agosto de 1671.

„SOR MARGARITA MARÍA ALACOQUE.”

Ninguna otra noticia se ha conservado acerca de la ceremonia, si no es que dos de sus compañeras de noviciado han declarado que su rostro resplandecía de modestia, de humildad, y que una luz preciosa iluminaba todas sus facciones ¹. Débil indicio de lo que pasaba en el fondo de su corazón; porque aquel mismo día Nuestro Señor se le mostró como el verdadero amante de su alma, el que había preferido á todo, y que de aquella suerte la recompensaba de todo lo que había dejado por El. “Mi divino Maestro, dice, hízome ver que aquel era el tiempo de nuestros desposorios, y que á la manera de los amantes más apasionados, me haría gustar de cuanto hay más dulce en la suavidad de las caricias de su amor. Y, en efecto, añade Margarita, ellas fueron tan excesivas, que me ponían á menudo fuera de mí y me quitaban todo movimiento: lo que me sumergía en una confusión tan profunda, que no osaba ya ni presentarme ².” Torrentes de lágrimas corrían de sus ojos. Otras veces su rostro se volvía brillante como un astro. La mayor parte del tiempo estaba absorta como si no tuviese ya más que su cuerpo sobre la tierra. Las hermanas comenzaron á maravillarse de todo esto y á decirse: ¿Qué es, pues, de esta pequeña novicia? ¿Qué pasa en ella?

Lo que pasaba en ella nadie lo supo por entonces, y hasta mucho tiempo después fué cuando la obediencia, más fuerte que la humildad, le arrancó el secreto de las maravillas con que se vió honrada desde los primeros días ³. Apenas hubo, en efecto, tomado el hábito, cuan-

1 Proceso de 1715. Declaración de la hermana Contois.

2 *Memoria*, pág. 314.

3 *Memoria de la Madre Greyfié sobre la vida y virtudes de nuestra*

do recibió de Dios una gracia extraordinaria y rarísima en la historia de la santidad. Nuestro Señor comenzó á aparecérselo, no de tiempo en tiempo, no de lejos en lejos, como se le ve en la vida de Santa Catalina de Sena ó de Santa Teresa, sino de una manera continua y permanente ¹. “Le veía, dice, le sentía cerca de mí; le oía mucho mejor que si hubiera sido con mis sentidos corporales, por los cuales habría podido distraerme para apartarme de El; y no podía yo poner obstáculo alguno porque todo se verificaba sin participación mía.” Y luego añade: “Me honraba con sus coloquios algunas veces como un amigo, ó como un esposo inflamado de amor, ó como un padre lleno de tierno cariño por su hija única, y así de otras maneras ².”

Había en este raro y maravilloso privilegio, en esta divina presencia, menos vista que sentida, pero continua y penetrante, dos aspectos diversos y como dos polos que Nuestro Señor le mostraba sucesivamente. Margarita María, no sabiendo cómo definirlos, llamábalos al uno la santidad de justicia, al otro la santidad de amor. El primero, la santidad de justicia, hacía la estremecerse del estupor al ver aquella majestad infinita. Le imprimía no sé qué sentimiento de abnegación y anonadamiento que le hacía desear ocultarse en el abismo de su nada. No se atrevía á estar sino de rodillas ante aquella majestad tremenda. Una multitud de testigos,

virtuosa hermana Margarita María. Esta Memoria, que no tiene arriba de 30 páginas, es preciosísima. La citaremos á menudo.

¹ Parecerá á primera vista que este admirable privilegio no fué conferido á la Beata sino después de su profesión. Ella no lo refiere, en efecto, sino á aquel momento. Pero en otros dos pasajes dice expresamente que de aquel singular don gozaba desde antes.

² *Memoria*, pág. 319.

oidos en el proceso de canonización, han depuesto que, cuando estaba sola, trabajando, leyendo, escribiendo, lo hacía siempre arrodillada, cual si estuviese agobiada de respeto ante la presencia de un ser invisible. “Estaba tan unida á Dios, dice sor María Nicole de la Faige, sea que trabajara, escribiera ó leyera, se la veía siempre de rodillas con tal recogimiento, que se habría dicho estaba en la iglesia; añadiendo la declarante que la había visto muchas veces tres ó cuatro horas seguidas en la misma posición de rodillas, inmóvil, como absorta en Dios, y que la ha encontrado toda bañada en lágrimas ¹.”—“He sido frecuentemente testigo, dice sor María Chevalier de Montrouan, ursulina, antigua alumna de la Visitación de Paray, de que trabajaba siempre de rodillas y su recogimiento era tal, que la curiosidad me ha llevado á menudo á mirarla largo tiempo y á invitar á mis compañeras á venir á verla; lo que ellas hacían sin que Margarita lo notase, tan absorta así se hallaba en Dios ².”—“Esta unión con Dios, dice otra testigo, era de tal naturaleza, que se habría dicho que perseveraba hasta en el sueño ³.”

Pero trabajar de rodillas por respeto hacia aquella majestad infinita que la acompañaba á todas partes, no era en Margarita sino el menor de los efectos de la santidad de justicia. Había querido anonadarse ante ella y que todas las partes de su ser fuesen destruidas, porque no veía ninguna que fuese pura. No pudiendo empero aniquilarlas, esforzábse á lo menos por sujetar-

1 Proceso de 1715. Declaración de sor María Nicole de la Faige de Claines.

2 Ibid. Declaración de sor María Chevalier de Montrouan.

3 Ibid. Declaración de sor Contois.

las á la inmolación y al sacrificio. Si no se le hubiesen arrancado las varas de las manos, dice la madre Greyfié, se habría quedado toda bañada en sangre á cada momento ¹.„

He aquí lo que producía la vista de lo que llamaba la santidad de justicia: si de aquí Dios Nuestro Señor la hacía pasar á la vista de la santidad de amor, era como si se encendiese delante de ella un astro mil veces más ardiente. Se puede soportar la vista de la justicia y majestad divinas; pero ninguno soportará jamás la vista del amor infinito. Ser amado en la tierra, ser amado por una persona noble, elevada, delicada, distinguida; ser amado con fidelidad y sin reserva, ¡qué encanto! ¡Pero ser amado por Dios y amado hasta el exceso! Margarita se deshacía de amor, pensando en esto. Y como en otro tiempo San Felipe Neri, ó como San Francisco Javier decía á Dios: *Suspended, oh Dios mío, esos torrentes que me abisman ó aumentad mi capacidad para recibirlos* ².

No se contentaba Dios Nuestro Señor con acompañar así por todas partes á la joven novicia, lanzando sucesivamente sobre ella los rayos de su justicia y de su amor; sino que se le aparecía de tiempo en tiempo de una manera visible. Le hablaba, la alentaba en sus penas, la consolaba en sus sacrificios, la reprendía en sus faltas. Un día que había hecho no sé qué con alguna negligencia, “sabe, le dijo, que soy yo un maestro santo y que enseña la santidad, que soy puro y no puedo sufrir la menor mancha„; y le dijo esto con un tono tal, que no hay dolores ni suplicios que puedan comparársele ³.

1 Memoria de la madre Greyfié.

2 Memoria de la madre Greyfié, pág. 317.

3 Memoria, pág. 323.

“En otra ocasión, dice, habiéndome deslizado á algún movimiento de vanidad hablando de mí misma, ¡oh Dios, cuántas lágrimas me costó esta falta!, porque cuando estuvimos solos reprendióme con rostro severísimo, diciéndome: ¿qué tienes tú, oh polvo y ceniza, de que poder gloriarte, puesto que de ti misma no tienes sino la nada?; y para que no puedas olvidarte de lo que eres, quiero ponerte el cuadro delante de los ojos, y al punto hizome ver un bosquejo de lo que soy, lo que me sorprendió tan fuertemente, causándome tanto horror de mí misma, que si El no me hubiera sostenido habría desfallecido de dolor; este era el suplicio con que castigaba en mí los movimientos de vana complacencia; lo que me obligaba algunas veces á decirle: ¡oh Dios mío, tened piedad de mí!, ó hacedme morir ó apartad de mi vista ese cuadro, pues yo no puedo vivir viéndolo. Porque ese cuadro, imprimiendo en mí deseos de odio ó de venganza contra mí misma, y no permitiendo la obediencia sujetarme á los rigores que aquéllo me sugería, me es imposible explicar todos los sufrimientos que yo experimentaba ¹.

Por severo, sin embargo, que fuere Dios Nuestro Señor, tratándose de las faltas contra la virtud de religión, de las faltas de respeto ante el Santísimo Sacramento, de las faltas de rectitud, de pureza de intenciones y de humildad, nada igualaba su inflexible severidad respecto de las faltas contra la obediencia. Las más grandes virtudes, sin contar con ésta, se convertían en crímenes; los más violentos sacrificios, en frutos corrompidos dignos de su cólera. “Te engañas, le decía, pen-

¹ Memoria, pag. 330.

sando agradarme por medio de esas acciones y mortificaciones. Me agradaría más que un alma aceptase sus pequeñas comodidades y obediencia, que el que se agobiase con austeridades y ayunos por su propia voluntad ¹., Todo esto se lo decía Nuestro Señor tan á menudo, tan precisamente, con tales términos, bajo imágenes tan vivas, que me resolví, dice, á morir primero que traspasar, aunque fuese en muy poco, los límites de la obediencia ².

Así, tierno y bueno para esta alma, como lo es para con todas las almas, mostrando solamente un poco más su acción porque ésta se hallaba destinada á una misión grande y peligrosa, Nuestro Señor la formaba El mismo, le hacía subir rápidamente los primeros grados de la perfección, y la ponía poco á poco en estado de recibir en la humildad y en el completo olvido de sí misma las más divinas comunicaciones. "Nada me era difícil, escribe, porque tenía El todavía en aquel tiempo todo el rigor de mis sufrimientos absorto en la dulzura de su amor. Le suplicaba con frecuencia retirase de mí aquella dulzura, para dejarme gustar las amarguras de sus angustias y agonías. Pero me respondía que me sometiese á su dirección, y que vería más tarde cuán sabio y prudente director era el que sabe conducir á las almas, cuando éstas se abandonan á él olvidándose de sí mismas ³.

Sin embargo, en tanto que las cosas pasaban de esta manera en el alma de la bienaventurada Margarita, las hermanas que no veían sino el exterior, comenzaban á

1 Memoria, pag. 330.

2 Ibid., pag. 324.

3 Ibid., pag. 325.

admirarse y alarmarse. En vano la humilde novicia se esforzaba en ocultar las gracias de que estaba colmada; esas gracias transpiraban á lo exterior.

Lo que admiraba más á las hermanas, no eran solamente aquellas largas horas que pasaba de rodillas en su celda, aquel rostro radiante, aquellos ojos llenos de lágrimas: era una especie de absorción de que era preciso sacarla á cada paso. Todo se le caía de las manos. Lo olvidaba todo. La pobre joven tenía el alma en el cielo; se gobernaba mal en los negocios de la tierra. Las superiores estaban aún más inquietas que las hermanas, y desde los primeros días la maestra de novicias, la madre Thouvant, creyó deber declarar á la Bienaventurada que toda aquella manera de obrar no estaba conforme con el espíritu de la Visitación, y que si no se apartaba de ello no se le recibiría á la profesión ¹.

Esta frase sumergió á Margarita en una grande desolación y trató de arreglar aquel género de vida. Pero, ¿cómo hacerlo? “Aquel Espíritu, dice, había tomado ya tal imperio sobre el mío, que no me dejaba libre mis otras potencias, pues estaban absortas en él ².”

Lo que la venerable madre Thouvant deseaba, y era justo pedir á la Bienaventurada, tan joven y que podía ser aún tan inexperta, era que renunciase á todas aquellas luces extraordinarias, y que siguiese por la oración el camino llano que se enseñaba á todas las novicias. La Bienaventurada no vacilaba en obedecer, pero todos sus esfuerzos eran impotentes. “Hacía, dice, todos mis esfuerzos por aplicarme á seguir el método de

1 *Memoria*, pág. 14.

2 *Ibid.*, pág. 320.

oración que se me enseñaba con las otras prácticas; pero nada de eso se fijaba en mi espíritu. Costábame trabajo leer mis puntos de oración; todo se me confundía, y no podía aprender nada ni retener sino lo que mi Divino Maestro me enseñaba. Esto me hacía sufrir mucho, porque se destruían de esta suerte todas sus operaciones en mí; y yo combatía contra El cuanto era posible ¹.„

Era la lucha de Jacob contra el ángel, y de ella salía destrozada, herida, pero ganando más y más el corazón de su maestra por su admirable obediencia.—Para ayudarla en esta obra, y para vencer, si fuese posible, aquel estado de abstracción que era lo que la comunidad comenzaba á notar más, se la confió á los cuidados de sor Catarina-Agustina Marest, enfermera, con orden de hacerla trabajar mucho y de no dejarla un momento de reposo. La elección no podía ser más acertada. Sor Marest era “incomparable en fuerzas de espíritu y de cuerpo„; activísima y muy poco dada á la contemplación, cuidábase muy poco también de todos esos misterios de dirección, como ella decia graciosamente; no conociendo sino su regla, ni más, ni menos; pero llevando la observancia de esta regla, cuando era preciso, hasta el heroísmo. A esto juntaba un amor de Dios, no tierno ni contemplativo, pero inflamado y ardiente: era una verdadera Marta, ¡y he aquí á quién se asociaba una María! Sucedió lo que se lee en el Evangelio. Marta se quejaba de María, arrebatada, á pesar suyo, en santos éxtasis y recayendo sin cesar de la acción que se trataba de imprimirle en el dulce sueño de la

1 *Memoria*, pág. 320.

contemplación ¹. Apenas si se permitía á la Bienaventurada entrar á coro para oír la lectura del punto de oración; pues la hacían salir para que fuese á barrer los corredores, asear las celdas, limpiar el jardín; y cuando, rendida de fatiga, pero suspirando por la oración que no había podido hacer, venía á pedir á su maestra le concediese tiempo para hacerla, ésta la reprendía fuertemente, diciéndola que era extraño que no supiese hacer oración trabajando, y la enviaba de nuevo á otras obras más fatigosas todavía.

Pero todo era inútil. Nuestro Señor, que se había apoderado de aquella alma, reinaba en ella como señor, y á despecho de todos aquellos obstáculos, embriagábala de delicias. Yendo por los corredores, con la escoba en la mano, mientras que todas las hermanas estaban dulcemente arrodilladas al pie de los santos altares, ella tenía siempre ante sus ojos el objeto invisible de su amor. Le contemplaba, le escuchaba; vivía bajo el encanto de una visión perpetua que la hacía gozar de su celestial reposo. Así cantaba trabajando:

¡En vano ¡ay! á mi amor se contraría;
Que mientras más sofócase su llama,
Más ese único bien mi pecho inflama!
¡Afligidme, afligidme noche y día,
Y no le arrancaréis del alma mía!
¡Que mientras más arrecien los dolores
Más se unirá mi corazón herido
A ese inefable amor de mis amores! ²

Acercábase entre tanto el aniversario de la toma de hábito de Margarita (25 de Agosto de 1672), y se la había

¹ Circular de 17 de Diciembre de 1717. — *Año santo*, tomo II, pág. 242.

² Proceso, pág. 71.

llamado á la santa profesión. La ansiedad se aumentaba de día en día. Admirábanse todas sus virtudes: su humildad, que era sin límites; su obediencia y su amor á las reglas, tanto más notables, cuanto que parecía ser conducida por vías más extraordinarias; su caridad, que la ponía al servicio de todas las hermanas. Era en verdad muy poco diestra en las cosas materiales; pero tan buena y diligente, que aun al darle gracias por los servicios que ejecutaba tan mal, se conmovían todos conociendo su buen corazón. La madre Hersant declaraba sin vacilar que aquella religiosa había sido llamada á una santidad extraordinaria; y dos ó tres actos acababan de mostrar que era capaz de los más heroicos sacrificios. Una vez, por ejemplo, ante una repugnancia natural, había luchado hasta desmayarse; y otra, habiendo entrado en tierna intimidad con una de sus compañeras de noviciado, avisada interiormente de que aquel dulce vínculo contristaba al amor celoso de su divino Maestro, resolvió arrancar de su corazón semejante cariño. Necesitó para ello de tres meses de luchas, tan afectuosa era naturalmente; pero triunfó también en esta batalla; porque ni repugnancias ni simpatías eran parte á detenerla. Que nada era demasiado grande para la grandeza de su ánimo. Y á pesar de esto, y por más que haya sido costumbre en la Visitación que la profesión tenga lugar al año y un día después de la toma de hábito, el 25 de Agosto de 1672 pasó sin que Margarita tuviera la dicha de pronunciar sus santos votos.

“He sabido por muchas monjas ancianas, dice uno de los testigos, que su profesión no se retardó sino á causa de sus vías extraordinarias, porque por lo demás se la

tenía por una santa ¹. „ “He oído decir á la superiora y á la maestra de novicias, que conferenciaban juntas acerca de la Bienaventurada, dice sor Juana María Contois, que llegaría á ser un día santa, pero que había en ella algo tan extraordinario, que quizá no había sido hecha para morar en la Visitación ². „ “La venerable, dice un tercer testigo, fué durante su noviciado un ejemplar de todo fervor. Todos tenían de ella una opinión excelente. Pero algunas hermanas no aprobaban sus caminos extraordinarios ³. „ “La beata, dice un cuarto testigo, fué admirablemente fervorosa durante su noviciado. Solamente sus vías extraordinarias nos hacían temer ⁴. „ Lo mismo hablan todas las hermanas, revelándonos las preocupaciones, harto legítimas por lo demás, de un monasterio en que aparecía de súbito uno de los fenómenos más raros de la santidad, una humilde hija que vivía ya en el cielo, acompañada por dondequiera de la presencia invisible de Dios; pasando, en medio de sus hermanas, absorta, con los ojos llenos de lágrimas, el rostro sucesivamente radioso como un astro, ó abatido y como anonadado; con una obediencia admirable, pero obediencia impotente; ávida de penitencias extraordinarias y tan apasionada por el sufrimiento, que sus superiores no sabían ni cómo contenerla, ni cómo satisfacerla. ¡Y en realidad había para que todo el monasterio hubiera vacilado, porque las consecuencias de un error son grandes en cosas tan delicadas: con mucha más razón deberían serlo en la orden de la Visitación, donde

1 Proceso, pág. 70.

2 Ibid., pág. 68.

3 Ibid., pág. 72.

4 Ibid., pág. 73.

San Francisco de Sales había recomendado tanto la humildad, la sencillez, el amor de la vida oculta, y donde había prescrito á las hermanas que se atuviesen pura y simplemente á la regla si ninnovar nunca nada! Un día, después de haber dicho la Santa Misa, ¿no se había, por ventura, arrodillado con Santa Juana de Chantal al pie de los altares, y suplicado ambos á Dios que no enviasse jamás á la Visitación ninguna gracia extraordinaria? Aunque poco á poco, se había ido formando en la orden esta opinión, que la Visitación no era llamada á esos dones maravillosos; que debía vivir muy oculta y en la obscuridad, como una humilde violeta, dejando á las otras órdenes los dones excepcionales y las grandes misiones.

Todos estos pensamientos hacían, pues, que se vacilase en llamar á Margarita á pronunciar sus votos; pero por otra parte, cuando en ella se fijaban los ojos, ¿cómo no tranquilizarse? ¿Dónde hallar más humildad? ¿Qué obediencia había sido nunca más pronta? ¿Qué alma más cándida? ¿Hubo jamás vocación á la vez más sobrenatural y más desinteresada? ¿Qué había traído á Margarita á la Visitación, que ni conocía, si no era Dios, y á pesar de todos los obstáculos y á despecho de todos sus parientes? Y si Dios había querido hacer este presente á la Visitación, ¿por qué la Visitación había de rehusarlo? El Espíritu alienta é inspira donde quiere. El amor es el maestro, la segura guía. ¡Y cuántas señales no se advertían ya de que el Espíritu que alentaba con su soplo á Margarita era verdaderamente el Espíritu de Dios y de que ella era conducida por su divino amor!

Decidiéronse, por fin, y después de tres meses de re-

flexión, el 27 de Octubre de 1672 entró á su gran retiro para prepararse á sus santos votos. Sería imposible pintar el recogimiento, el silencio, la unión profunda de Margarita con Nuestro Señor durante aquel bendito tiempo. Desde el segundo día el éxtasis fué tal, que para "moderar un poco la grande hoguera de amor que la devoraba", la superiora la envió al jardín á cuidar de una jumentilla y de su cría, que la comunidad acababa de comprar para el servicio de una hermana enferma. Habían dado orden á la santa novicia para cuidar de que no entrasen en la hortaliza, que estaba muy cerca y totalmente al descubierto. Margarita pasaba, pues, el día corriendo, ya tras de la jumenta, ya tras del borriquillo, que eran sin cesar atraídos por las hierbas de la hortaliza. La fervorosa novicia habría preferido sin duda quedarse de rodillas al pie del santo altar, pero estaba en donde Dios la quería; ¿qué más se necesitaba? Si Saúl, decía con sencillez, había encontrado el reino de Israel buscando las jumentas de su padre, "¿por qué no he de alcanzar yo el reino de los cielos corriendo en pos de estos animales?", Lo encontraba, en efecto; porque en aquel lugar, entre aquellas humildes ocupaciones, arrodillada en medio de un bosquecillo de avellanos, que está allí todavía, y que ha sobrevivido á todo, recibió uno de los más grandes favores de su vida. De él nos habla en términos muy breves y sobre todo muy embozados. "Me hallaba tan contenta en esta ocupación, dice, y mi Soberano me hacía en ella tan fiel compañía, que todas aquellas carreras no me daban cuidado. Fué allí donde recibí tan grandes gracias,

1 Contemp., pág. 37, nota.

como hasta entonces jamás había experimentado. Sobre todo, lo que me dió á conocer sobre el misterio de su Pasión y santa muerte; pero este es abismo que no puedo escribir y su extensión me hace suprimirlo todo. Diré tan sólo que él es quien me ha dado tanto amor por la Cruz, que no puedo vivir un momento sin sufrir; pero sufrir en silencio, sin consuelo, sin alivio, sin compasión, y morir con el dueño de mi alma; agobiada bajo la cruz de todo linaje de oprobios, de olvidos, de humillaciones y de desprecio ¹.»

El resultado del retiro correspondió á ese principio. Nunca delicias mayores embriagaron á un alma. Conoció Margarita todo cuanto el amor encierra de más dulce, tierno, ardiente y divinamente consolador: todo, empero, mezclado con el anuncio de no sé qué cruz que vendría más tarde y que igualaría en amargura á todas las caricias divinas que recibía entonces.

Por último, el 6 de Noviembre de 1672, en la capilla actual del monasterio de Paray, en la reja que existe todavía, Margarita María pronunció sus santos votos. No se han conservado mayores detalles acerca de esta ceremonia que los que quedaron de su toma de hábito. Pero, lo que sin duda vale más, sábense perfectamente los sentimientos que llenaron su corazón y las gracias de que fué inundada. Nuestro Señor se le apareció y le dijo: "Hasta aquí yo no era sino tu prometido; desde hoy quiero ser tu esposo." Prometióle no dejarla jamás, tratarla como esposa suya, y comenzó á ejecutarlo de una manera, dice, que me es imposible explicar, alcanzando á decir tan sólo que me hablaba y me trataba como una

1 Memoria, pág. 322.

esposa del Tabor ¹., La bienaventurada, por su parte, conmovida hasta el fondo del alma, escribió en el transporte de su amor, y con su sangre, una consagración total de sí misma á Nuestro Señor. Ese acto terminaba por las siguientes palabras, que traen á la memoria los gritos más sublimes de Santa Teresa ó de Santa Catalina de Sena:

“¡Todo en Dios, y nada en mí!
 ¡Todo á Dios, y nada á mí!
 ¡Todo para Dios, y nada para mí!
 ¡Su indigna esposa, sor Margarita María
 muerta para el mundo ².”

Preciso es relacionar estas palabras con las que hemos escuchado antes, para elevarnos á la inteligencia de la verdadera hermosura de esa vocación que Dios había dado á Margarita María. En el día de su adolescencia, Nuestro Señor le había dicho: “Yo seré para ti el más bello, el más rico, el más poderoso y perfecto de todos los amantes ³.” En el día de su noviciado, había añadido: “Hoy es el día de nuestros esponsales ⁴.” Aho-

1 Memoria, pág. 318.

2 ¡Lástima es que esa reliquia sagrada del alma y de la sangre de nuestra Beata se haya perdido, probablemente sin esperanza de recobro! Paraba en poder de la respetable madre Baudrón, superiora del hospicio de Paray. Ella comprendía muy bien su precio, y habíase negado siempre á desprenderse de tal tesoro. Pero un día tuvo que hacerlo para prestar la reliquia á un anciano confesor de la fe que se lo rogaba, al Padre Juan Gandín, cura de VandebARRIER y arcipreste de Charolles, que pidió la preciosa reliquia con los mismos sentimientos que animaron á San Hugo cuando al morir quiso le llevasen las reliquias de San Marcelo, Papa y mártir. M. Gandín murió en opinión de santo; pero ¿qué fué de la sangre sagrada cuya presencia le ayudó á bien morir?—Cucherat, *Hist. popular de la Beata*.

3 Memoria, pág. 305.

4 Ibid., pág. 314.

ra, da un paso más. "Hasta aquí, le dice, no he sido más que tu prometido; desde hoy quiero ser tu esposo., Toda la vida religiosa se encierra aquí; porque en el claustro, lo mismo que en el mundo, "no es bueno que el hombre viva solo., Dios, que nos ha hecho para un amor infinito, ha puesto en nosotros sus ocultas fuentes.

A los diez y seis años comienzan á murmurar profunda y tiernamente. Salimos de nosotros mismos para encontrar alguna alma simpática á la nuestra. Noble movimiento, hecho por Dios y digno de El, de donde nace la familia con todos sus goces. Pero en la multitud de almas, devoradas por la necesidad de las simpatías humanas, ¿cuáles son aquéllas que miran más allá de la tierra? Ni los corazones son demasiado profundos para ellas, ni los amores demasiado hermosos. Apenas han visto el mundo, y lo desprecian. No han gustado todavía el amor, y ya no le quieren. Y no es que estén desprovistas de sensibilidad y de ternura; al contrario, ningún corazón es más insaciable que el suyo; sino que á causa de esto mismo miran más alto que todas las criaturas, y esplendentes y radiosas corren á llevar su corazón á Jesucristo. Veinte veces he tenido á la vista este espectáculo. He visto tiernas doncellas en medio de su juventud y sus encantos arrancarse de los brazos de un padre, de una madre, abandonar á los veinte años todas las esperanzas y todas las ilusiones de la vida; y en la grandeza de sus emociones, en la ternura desgarradora de sus despedidas, he comprendido la belleza de su corazón y el poder del impulso que las arrastraba. Pasan tres ó cuatro meses, y he aquí que aparecen en la reja del coro, en medio de la dulce ceremonia de la toma de hábito. Miradlas: ya no hay lá-

grimas en sus ojos. Vestidas como jóvenes desposadas, ataviadas con esas joyas y diamantes que no aceptan sino por un momento para tener la dicha de arrancárselas públicamente y ponerlas á sus pies, llevan en su frente una serenidad tan piadosa y divina, un testimonio tan cierto de felicidad, como jamás se ha visto en unión alguna de la tierra. Es que saben á quién se dan. Y cuando después de un año de segunda y definitiva prueba reaparecen por última vez en la reja para pronunciar allí irrevocables votos; cuando su voz se eleva en el silencio de la asamblea santa para exclamar: *¡Oh Dios! ¡Escuchad lo que digo, que la tierra oiga las palabras de mi boca! ¡A vos es, Jesús mío, á quien se entrega mi corazón!*, no es solamente la alegría, es el entusiasmo lo que agita su corazón, y descubre en la emoción de su voz la pasión que las devora.

¿Pero cuál es ese ser, muerto hace diez y ocho siglos en un cadalso, que suscita hoy todavía semejantes entusiasmos?

¿Quién ese amante invisible oculto á todos los ojos, que diariamente arranca de nuestro lado y de nuestras entrañas los seres más queridos, más puros, más seductores, más propios para encantar nuestra vida ó para consolarla?

¿Quiénes? Es aquel que decía á Margarita cuando ésta tenía veinte años: "Yo seré para ti el amante más tierno.", Aquel que le dijo el día de su toma de hábito: "Hoy es el día de nuestros esponsales.", Aquel que el día de su profesión añadió: "Hasta aquí no he sido más que tu prometido; desde hoy quiero ser tu esposo.", Aquel, en fin, que haciendo tales promesas, es el único capaz de cumplirlas. En tanto que los amores humanos perecen

unos tras de otros; que las coronas de flores se marchitan en la frente de las jóvenes esposas; que todo amor engaña, porque ¡ay! promete más de lo que puede dar, y así una inevitable melancolía se cierne sobre todos los enlaces; Jesucristo encadena bajo un encanto que se renueva sin cesar á las almas que se dan á El, á los jóvenes corazones intrépidos y generosos que lo han dejado todo por El y que no pueden de El desprenderse; porque los tiene unidos tanto por el dolor como por el gozo; y como es un esposo crucificado, los beatifica siempre, sea que los embriague con sus consuelos, sea que los agobie con los sufrimientos.





CAPITULO VI

ÚLTIMOS PREPARATIVOS EXTERNOS.—ÚLTIMAS PINCELADAS POR DENTRO

(6 de Noviembre de 1672.—27 de Diciembre
de 1673.)

Ego dormio et cor meum vigilat.

Yo duermo, pero mi corazón vela.
(CANT., v, 2.)

Satiabor, cum apparuerit.

Quedaré saciada cuando él aparezca.
(SALM. xvi, 15.)

EL año que siguió á la profesión de nuestra Beata parecióse á esos primeros días de primavera en que, después de una larga y silenciosa preparación, de repente, bajo un dulce rocío, todo florece en la naturaleza y difunde gratísimos aromas. Así, en el alma de nuestra santa profesa hubo al día siguiente de sus votos solemnes un crecimiento tan rápido en virtudes, que el monasterio se quedó admirado y conmovido. Más tarde se comprendió la rapidez de aquel progreso; porque algunos meses nos separan de las grandes revelaciones del Sagrado Corazón.

Pero antes de ese momento era fácil al observador ver con qué delicadeza preparaba Dios todas las cosas

para que su voz fuese oída el día que El hablara. Al día siguiente de la Ascensión (1672), cuatro ó cinco meses antes de la profesión de la Beata Margárita María, la venerable madre Hersant, que había terminado sus seis años de superiora, había vuelto á París sin haber decidido definitivamente la vocación de la Bienaventurada, pero después de haberle dado el hábito y de haber declarado que se elevaría un día á una santidad extraordinaria. Dicha madre Hersant fué reemplazada por la madre María de Saumaise, á quien Dios eligió para que fuese la primera confidente de sus íntimas comunicaciones con nuestra beata. Nacida en Dijón en 1620 y teniendo por lo mismo en aquel entonces cincuenta y dos años, nacida de una antigua familia parlamentaria de la que había heredado á la vez la distinción de maneras y la solidez del juicio, y muy reputada desde su más tierna infancia por la venerable Madre de Chantal, que había predicho que ella sería un día una de las mejores superiores de la Orden, no había ejercido aún ese cargo, pero llegaba á Paray maravillosamente preparada para llenarlo. Tenía mucha madurez y al mismo tiempo decisión; un ánimo recto, firme y preciso; ardoroso fuego, pero templado por una gran bondad y por la más rara modestia. A esto se añadía un conocimiento perfecto de las reglas de la Visitación y otro no menos profundo de los caminos de Dios para con las almas. Para adquirir la primera ciencia había asistido á una grande escuela, la de la venerable madre Brulard, superiora de Dijón, de esa antigua familia parlamentaria de los Brulard, en que el honor, la elevación de espíritu, la ciencia del derecho y de los negocios se heredaban con la virtud. Y por cuanto á la segunda ciencia, habíala adquirido en

una escuela más grande todavía, del todo incomparable, la de la madre Serafina Boulier, superiora de Dijón, que ha dejado sobre la oración y el amor de Dios páginas verdaderamente sublimes, que no desdeñaría su compatriota Bossuet: preparada así de lejos por esta mano delicada y tierna que obra todo con dulzura y con fuerza, la madre de Saumaise, habia apenas entrado en el monasterio de Paray, cuando sus ojos se detuvieron en aquella humilde y fervorosa novicia que estaba entonces en el octavo mes de su noviciado, y cuyas vías extraordinarias formaban el objeto de tantas inquietudes. No tardó en reconocer en ella todos los caracteres del Espíritu de Dios, y ella fué la que decidió su admisión á pronunciar los santos votos. Tomó de antemano una precaución significativa, en que se revelan su prudencia y su fe. Cuando la Beata, inquieta por las vacilaciones de la comunidad, exhalaba su dolor á los pies del divino Maestro, y le decía: “¡Ay Señor, vos seréis, pues, la causa de que se me despida!”, y Nuestro Señor la tranquilizaba con que dijese á su superiora que no había nada que temer, la madre de Saumaise, animada de un santo valor, decía á la Beata Margarita: ¡Pues bien; pedid á Nuestro Señor que, en prenda de su promesa, os haga útil á la comunidad por la práctica de todas nuestras reglas. A lo que Nuestro Señor respondió, que sería útil á la comunidad de una manera que se vería más tarde. Y estableciendo El mismo la gran ley que pone á cubierto de toda ilusión, prometió ajustar sus favores al espíritu de las reglas y al juicio de la superiora de la Bienaventurada, al que quería que se sujetase en todo. Veremos á la madre de Saumaise dirigir á nuestra Santa, en medio de todas sus ansiedades

y de sus grandes pruebas, reconocer la verdad de sus revelaciones, y más tarde, cuando hubo dejado el monasterio de Paray, propagar por todas partes la devoción al Sagrado Corazón, de la que fué la primera confidente y cuyo origen divino había sido también la primera en reconocer.

Pero por grande y providencial que fuese para la humilde novicia, transportada á tan altas regiones, el apoyo que Dios la enviaba en la madre de Saumaise, ese apoyo no podía bastar. Que no es ni aun á la virgen más ilustrada y más pura á quien Dios ha dado el don de discernir sus caminos y las misiones sobrenaturales en su Iglesia. Ese don pertenece á aquellos á quienes dijera Jesucristo: *Id, y enseñad á todas las naciones*¹. Presbíteros, enseñadlas bajo la dirección de los Obispos; Obispos, enseñadlas bajo la dirección del Papa; Papa, enseñadlas bajo la infalible asistencia del Espíritu de Dios. Explicadles las Escrituras; escudriñad las profecías públicas y las revelaciones privadas, y que toda alma bautizada os rinda, en los límites de la sagrada jerarquía, la obediencia que es debida á Jesucristo. Tal es la divina constitución de la Iglesia. Y por consiguiente, después de haber puesto cerca de la humilde Margarita una virgen ilustrada por Dios para consolarla, sostenerla, guiarla y servirla de madre y de primera confidente, preciso era que Dios la pusiese también un sacerdote para decirla, á la hora oportuna, la palabra que calma las dudas é indica soberanamente el camino.

Ese sacerdote fué elegido por Dios en la Compañía

¹ Math., xxviii, 19.

de Jesús. Quiso, sin duda, recompensar de esta manera á tan esforzada sociedad de los servicios que había prestado á la Iglesia en medio de la gran confusión del siglo xvi, cuando por su ilustre fundador, por sus primeros y heroicos discípulos, por sus grandes teólogos, había contribuido tan poderosamente á detener la herejía y á vengar la fe. Tal vez así, por una atención delicada, quería Dios darle gracias por la posición que había tomado durante el siglo xvii en la temerosa batalla que el naciente jansenismo comenzaba á empeñar contra la Iglesia. Porque, sin amenguar el respeto que se debe á la Majestad infinita de Dios, no había cesado de exaltar su bondad, su ternura por los pecadores, su amor infinito. Y aun cuando fuese cierto que al ver aquel rigorismo que desesperaba á las almas, algunos miembros de esa ilustre Compañía, por una de esas reacciones que no siempre se pueden dominar, abrazaron el contrario extremo, traspasando á su vez el límite y dulcificando el terreno en demasía, preciso es al menos reconocer que no lo hicieron en provecho suyo; pues que enseñando una moral dulce, habían guardado para ellos una moral severa; y ni la proximidad de las cortes, ni el favor de los grandes, ni unas riquezas que la gratitud de los pueblos había hecho considerables, alteraron jamás la pureza de costumbres, la austeridad amable y el generoso fervor de la Compañía. Agreguemos á esto que en premio de tantos servicios, en recompensa de haber educado á toda la juventud europea, civilizado el Paraguay, evangelizado el Japón, derramado su sangre en mil regiones inhospitalarias, enriquecido la civilización con una multitud de descubrimientos curiosos, y, lo que es más, embalsamado al

mundo con el aroma de todas las virtudes, la Compañía de Jesús iba á ser perseguida, calumniada, sus miembros más venerables encarcelados ó desterrados, y era muy justo que Dios la diese, en tan críticas circunstancias, no solamente un apoyo y un consuelo, sino principalmente una señal pública de su amor. Por todas estas razones, el sacerdote encargado de reconocer y de afirmar en el mundo la verdad de las revelaciones del Sagrado Corazón fué escogido entre la Compañía de Jesús.

Llamábase Claudio de la Colombière, y su nombre no carecía de brillo. Sus triunfos en el púlpito habían sido notables. Al verle, se comprendía desde luego que hubiera podido brillar en el mundo, pero que era de esos seres delicados, inocentes y puros, á quienes jamás cautiva nada humano ni vulgar. La nobleza de sus maneras, la elocuencia de su palabra, su espíritu vivo é ilustrado, su despejo y gracia para todo y la seguridad de su juicio, competían con su austeridad y su virtud. Nació en 1641: á los treinta y dos años acababa de ser llamado por sus superiores, á pesar de ser todavía tan joven, á pronunciar sus grandes votos, y además de los que la Iglesia exige de los religiosos, había hecho el cuarto, capaz de atemorizar á los más fervorosos. Nos han quedado acerca de esto los veinte y dos artículos que él mismo escribió. Había sido nombrado superior de la residencia de Paray, y vamos á verle llegar al momento en que tenía lugar la última de las tres grandes revelaciones del Sagrado Corazón, la que debía cerrar la serie de aquellas solemnes conversaciones, diciendo la última palabra.

Mientras que preparaba exteriormente los apoyos de

que Margarita iba á necesitar, acababa de formar su alma. Se recordará cómo había pasado su noviciado: en alegrías y consuelos tan grandes, que la santa apenas había podido soportarlos. “¡Oh Dios mio!, exclamaba, suspended vuestras dulzuras, ó aumentad mi capacidad para recibirlas., Cuando profesó, esas dulzuras prosiguieron inundando su alma, llenándola de admiración y de inquietud. Había tomado por esposo á un Dios crucificado, anonadado, humillado, abofeteado. No ambicionaba otra suerte. Quejábase á Nuestro Señor. “¡Ay Dios mío!, le decía, no me dejaréis nunca sufrir. Vese entonces comenzar entre ella y Nuestro Señor una lucha extraña. Nuestro Señor quiere colmarla de las caricias y los consuelos de su amor, y ella no quiere. No quiere sino dolores, desprecios, humillaciones. Los quiere tan ardientemente, que Nuestro Señor se ve obligado á ceder: retírase, pero lentamente, poco á poco, como un ejército vencido que se va en buen orden., Una vez que la colmaba de las delicias del Tabor, lo que le era más duro que la muerte, por no conformarse entonces con su esposo desgarrado y crucificado en el Calvario, le dijo interiormente: “Déjame obrar. Cada cosa á su tiempo. Ahora mi amor procede de esta suerte, según su agrado. Pero tú nada perderás en ello.,

Y otra vez urgido por sus instancias: “Ten un poco de paciencia, le dijo, yo te haré sentir más tarde lo que es preciso que padezcas por amor mío.,

¡Oh bondad adorable de Nuestro Señor! No podía decidirse á comenzar la crucifixión de su esposa. Un día que suplicaba á Nuestro Señor no hiciese jamás conocer nada de ella sino lo que pudiese humillarla delante de las criaturas y rebajarla en su estima; “porque ¡ay Dios,

mío! exclamaba, siento mi debilidad y tengo miedo de traicionaros. — Nada temas, le dijo Nuestro Señor, yo me constituiré tu guardián. Margarita replicó:—¡Y qué, Señor, me dejaréis pues siempre vivir sin sufrimientos! Entonces le mostró una cruz toda cubierta de flores: He aquí—le dijo—el lecho de mis castas esposas, en que te haré consumir las delicias de mi amor. Poco á poco irán cayendo esas flores; no quedarán más que las espinas que esas flores ocultan á causa de tu debilidad; pero te harán sentir tan vivamente sus puntas, que tendrás necesidad de toda la fuerza de mi amor para aceptar su martirio ¹.

Se detiene uno sin quererlo ante esa fiel imagen de lo que es la vida. Un lecho de espinas cubierto de flores por un instante: después las flores se marchitan, se disipan los sueños, las ilusiones se desvanecen, y sólo quedan puntas tan agudas y penetrantes que Dios únicamente puede hacernos soportar su dolor. La diferencia está en que mientras nosotros lloramos y gemimos, Margarita María se estremecía de júbilo. “Estas palabras la regocijaron, pensando que no habría nunca bastantes sufrimientos para apagar la sed ardiente que de ellos tenía y que no le dejaba ni de día ni de noche un momento de reposo ².

Mas aunque Nuestro Señor multiplicase las promesas y asegurase á la Bienaventurada que no estaba lejos la hora en que la colmaria de humillaciones y sufrimientos, nada podía satisfacer el deseo que la atormentaba. “Me parece, escribia, que yo no tendré jamás descanso sino hasta que me vea en abismos de humillaciones y sufri-

¹ *Memoria*, pag. 322.

² *Contemp.*, pág. 45.

mientos, desconocida á todo el mundo y en un eterno olvido. O si por acaso se acordaren de mí, que sea para despreciarme más. En verdad que si supieran el deseo que tengo de ser humillada y despreciada, no dudo que la caridad obligaría á todos á darme gusto en este particular ¹.„

“Experimento, decía también, un deseo tan fuerte de sufrir que no puedo hallar más dulce reposo que en sentir mi cuerpo agobiado de sufrimientos, mi espíritu en toda suerte de abandonos y mi ser todo en las humillaciones, desprecios y contradicciones ².„ Y esta frase que va en lo de adelante á llenar todas sus letras, y cuya fórmula varía sin cesar, será siempre la misma en el fondo: “sólo el dolor puede hacerme soportable la vida„.

Las acciones correspondían á las palabras. El humilde y grosero alimento del claustro parecíale demasiado exquisito para una pecadora como ella. Sazonábalo con ceniza para quitarle el poco gusto que hubiera podido tener. Se privaba de toda bebida. Una vez particularmente pasó cincuenta días sin beber. Y otra tomó la resolución de no beber nunca desde el jueves hasta el sábado de cada semana. Reprendida por sus superiores, y obligada por ellas á satisfacer su sed, valíase de mil industrias para no hacerlo sino con aguas tibias y desagradables al gusto. Por la noche ponía en su cama palos y tiestos. “Si la hubieran dejado, escribía su superiora la madre Saumaise, hubiera destrozado su cuerpo con vigiliias, disciplinas y toda clase de maceraciones,

1 *Languet*, Vida de la Venerable hermana, pág. 115.

2 *Memoria*, pág. 336.

aunque jamás la haya visto en el espacio de seis años sino cinco meses con salud ¹.»

¿Qué añadir á esto? Lo que los delicados del siglo han reprochado al ilustre autor de la *Vida de Santa Isabel*, lo que á mí mismo se me ha echado en cara en la *Historia de Santa Juana Francisca de Chantal*, fuerza es que se me permita contarlo aquí. Y aun advertiré á esos delicados que voy á suprimir la mitad. Toda su dicha consistía en besar las llagas de los enfermos, en posar sus labios en las úlceras más repugnantes. Una vez sobre todo que cuidaba á una moribunda atacada de cáncer en el estómago y que no podía contener nada, queriendo limpiar el vómito de aquella enferma, hízolo con los labios y la lengua, diciendo á Jesucristo: “Si yo tuviese mil cuerpos, mil amores y mil vidas los inmolaría gustosa por serviros.” Y añade: “Encontraba tantas delicias en aquella acción, que habría querido se me presentaran diariamente semejantes ocasiones para aprender á vencerme y á no tener más que á Dios por testigo ².»

Todos los días había escenas parecidas, deseos de humillación, sed de desprecios, mil industrias para entregarse al sufrimiento, impulsos extraordinarios hacia las más espantosas inmolaciones. Tenía, según su expresión, tres tiranos encerrados en su corazón que no la dejaban tregua ni reposo, que jamás estaban satisfechos y la urgían sin cesar porque hiciese más y más. El primero, era el amor del desprecio; el segundo, el amor del sufrimiento; el tercero, el más dulce, el más grande, el más insaciable, el menos fácil de contentar, el amor

1 Languet, *Vida de la Venerable*, pág. 108.

2 *Memoria*, pág. 337.

de Jesucristo. “Jesucristo, Jesucristo,, exclamaba; y el acento con que pronunciaba esta palabra, equivalía á todo un discurso. “Mientras más avanzo, más veo que una vida sin el amor de Jesucristo, es la última de todas las miserias.,—“Para ir á Jesucristo, si me fuese preciso caminar por una senda de llamas y con los pies desnudos, me parece que esta pena nada sería. Cuando he recibido á Jesucristo, me quedo como anonadada, pero con una alegría tan arrebatadora, que algunas veces durante medio cuarto de hora todo mi interior está en un profundo silencio para oír la voz de mi amado ¹.,”

“No sé si me engaño, escribía también (porque no se cansa uno de oír acentos parecidos, tan fuertes, tan heroicos, tan levantados sobre nuestras debilidades y sobre las impotencias de la humanidad), me parece que mi gran placer sería amar á mi amable Salvador con un amor tan ardiente como el de los serafines. Le amaría gustosa aun cuando fuese en el mismo infierno. El pensamiento de que habrá un lugar en el mundo en que durante la eternidad un número infinito de almas, rescatado con la Sangre preciosa de Jesucristo, no amarán de ningún modo á ese amable Redentor, me aflige profundamente. Quisiera, divino Salvador mío, si tal fuese vuestra voluntad, sufrir todos los tormentos del infierno, con tal que os amase tanto como habrían podido amaros en el cielo todos aquellos que sufrirán siempre sin poder amaros jamás ².,”

Mientras más adelantaban, más la consumía ese amor de Dios. Su endeble y delicada constitución no resistía á tales emociones. Enflaquecida, pálida, con un cutis

1 Languet, Vida, pág. 96.

2 Ibid. ídem.

transparente á través del cual se descubría como la llama del espíritu, realizaba más y más el canto de su noviciado:

¡En vano ¡ay! á mi amor se contraría;
Que mientras más sofócase su llama
Mas ese único bien mi pecho inflama!
¡Afligidme, afligidme noche y día,
Y no le arrancaréis del alma mía!
¡Que mientras más arrecien los dolores,
Más se unirá mi corazón herido
A ese inefable amor de mis amores ³!

Tal era, á la edad de veinte y cinco años, la Beata Margarita María. Así son todos los santos. Para nosotros, para la mayor parte de los hombres, Dios es un conocimiento que se saluda de lejos y apenas. Para algunos es un amigo; para muy pocos un amigo íntimo. Y luego, entre esa multitud, hay algunos para quienes Dios es más que un amigo, más que un padre, más que un esposo; que tienen por él un amor que va hasta la pasión, hasta la locura. El mundo no comprende este misterio: se ríe y se burla de esto; pero ¿qué importa?

Por asombrados que puedan aparecer los testigos de esta vida prodigiosa, viendo crecer así aquella avidez de sufrimientos, aquella necesidad de humillaciones y desprecios, aquella sed de amor de Dios, hay una cosa que les admiraba todavía más: era aquel estado de enajenamiento que hemos notado ya con anterioridad y que llegando al mayor extremo, arrancaba ahora una admiración profundísima. En recreación, en refectorio, en coro, preciso era despertarla á cada paso. Si la ne-

cesitaban para alguna cosa, no iban á buscarla á su celda. Acudían á la capilla. De allí no salía ¹. Allí pasaba horas enteras de rodillas, con las manos juntas, los ojos cerrados, sin hacer un solo movimiento, sin ver, sin oír nada, ni aun á las hermanas que venían á tocarla por la espalda, si no era que pronunciaban la palabra obediencia; porque entonces levantábase con presteza é iba adonde se la llamaba.

Preciso es escuchar á los testigos de esas escenas extraordinarias, y contemplar por un instante á la mayor contemplativa que ha aparecido en la Iglesia después de Santa Teresa.

“Declaro, dice sor Margarita d'Athose, haber visto á la sobredicha Venerable pasar *casi todo el día*, sobre todo los domingos y días festivos, ante el Santísimo Sacramento, *de rodillas, inmóvil*, en un recogimiento tan grande, que toda la comunidad estaba sorprendida de que pudiese permanecer tan largo tiempo en la misma actitud, atendida su complexión, que no era de las más fuertes ².”

“Habiendo vivido largos años con la Venerable, declaro, dice sor Claudia Rosalía de Farges, que era siempre la primera en la oración de la mañana, y de una asiduidad tan grande ante el Santísimo Sacramento, que no se apartaba de él en casi todos los días de fiesta, con un respeto y anonadamiento tales, que inspiraban devoción á cuantos la veían: que la declarante la ha visto asistir *desde las siete de la noche del jueves santo hasta las cuatro de la mañana, de rodillas, como inmóvil*, con las manos juntas sobre el pecho; y

1 Proceso de 1715. Declaración de sor Rosselin.

2 Proceso de 1715. Declaración de sor Margarita d'Athose, pág. 67.

que las otras hermanas que le sucedían observaron que continuaba hasta la hora de los oficios en la misma situación. Lo que dió lugar á la declarante á decirle un día: "Mi querida hermana, ¿cómo podéis hacer para estaros así tan largo tiempo?, A lo que respondió: "No sé si tengo cuerpo en ese tiempo,"¹.

He aquí otra declaración más explícita todavía y más curiosa: la de sor Isabel de la Garde, superiora del monasterio de Paray. Había entrado en el casi al mismo tiempo que la Venerable madre, y había sido su compañera de noviciado. "Declaro, dice, que la Venerable hermana ha sido siempre fidelísima en pasar todas las horas libres delante del Santísimo Sacramento, en una adoración profunda, con las manos juntas, sin hacer movimiento alguno; que todos los días de fiesta *desde que se levantaba hasta el almuerzo, y desde que acababa la recreación hasta vísperas*, se estaba allí en oración; que los Jueves Santos, por muchos años consecutivos, ha pasado *desde las siete de la noche hasta las siete de la mañana siguiente, de rodillas, en un mismo lugar, sin toser ni moverse para nada*. Todo lo cual ha examinado la declarante el tiempo que permanecía en el coro, y dando comisión á otras monjas para que lo examinaran mientras ella iba á descansar, con el objeto de cerciorarse si Margarita hacía lo mismo, y aquéllas le aseguraban que se estaba *toda la noche* en la misma postura,"².

Lo que se hizo por orden de la madre de la Garde, se hacía sin cesar y se continuó haciendo durante toda la vida de la Bienaventurada. "Una noche del jueves al

1 Proceso de 1715, pág. 69.

2 Ibid., pág. 72.

viernes santo, dice uno de los testigos, veníamos de tiempo en tiempo á mirar á través de la puerta entre-cerrada del coro. Estaba de rodillas, inmóvil, con las manos juntas sobre el pecho. *Esto duró doce horas sin el menor movimiento* ¹. La he observado una vez, dice sor María Rosalía de Lionne, *desde las siete hasta las doce de la noche; y las otras hermanas, de acuerdo conmigo, desde media noche hasta las siete de la mañana siguiente*: durante todo ese tiempo se ha estado *de rodillas, con las manos juntas y como inmóvil*. Y al siguiente día, habiéndole preguntado la declarante cómo podía estarse tan largo tiempo en la misma postura y en qué podía pensar, le respondió: *estoy tan ocupada en la Pasión de Nuestro Señor, que no sé si tengo entonces cuerpo, porque no lo siento* ².,

Y no eran sólo las monjas las que se sucedían así, las que la espiaban por la puerta entrecerrada del coro, eran aun las jóvenes pensionistas que pedían permiso de levantarse para venir á ver durante la noche cómo su santa maestra oraba á Dios ³; era el pueblo, eran los fieles, que los días en que el Santísimo Sacramento estaba expuesto venían á mirarla por la reja, y la señalaban con el dedo, diciendo; *¡He ahí la santa!*, sin llegar á distraerla ⁴.

Las monjas iban más lejos en su piadosa curiosidad. Se le acercaban, le hablaban, le golpeaban la espalda, sin obtener una palabra de respuesta. *“Declaro, dice sor Juana Francisca Chalón, que he visto á la sierva*

¹ Proceso de 1715, pág. 64.

² Ibid, pág. 66.

³ Ibid., pág. 87.

⁴ Ibid., pág. 71.

de Dios muchas veces en presencia de Dios tan grande, delante del Santísimo Sacramento del altar, que he ido á hablarle sin poder sacar de ella una sola palabra, pues estaba como inmóvil, penetrada de Dios y *cual si fuese de mármol* ¹., “He oído decir á mi hermano, sacerdote, confesor del monasterio, asegura M. Claudio Michou, abogado del Parlamento, que cuando la Venerable estaba de rodillas ante el altar, parecía *como extasiada* ².”

Esta palabra éxtasis hará tal vez sonreír á algunas personas. Pero que me permitan preguntarles: ¿hay un amor sin contemplación, una gran pasión sin éxtasis? ¿Por ventura la vida de una madre, durante los primeros meses de la vida de su hijo, es otra cosa que un perpetuo delirio delante de una cuna? Y ¿qué se hace junto al lecho de muerte en que reposan por algunos instantes todavía los restos de un ser querido? Se mira, se contempla, se olvida uno de sí mismo. ¿Está uno sentado ó de rodillas durante esa contemplación? ¿Desde cuándo se halla uno en esa postura? ¿Quién podría decirlo? Mientras más amamos, menos podemos explicar tales cosas.

He aquí lo que hacía la Beata Margarita María durante esas noches enteras, de rodillas doce horas consecutivas, con las manos juntas al pecho, los ojos cerrados, inmóvil, sin poder ni hacer el menor movimiento, como mármol y con el rostro extasiado. Amaba, y olvidábase de sí misma en el exceso de su amor.

Una sola cosa podía restituirla á la tierra: la obediencia. A esta palabra volvía en sí, saludaba dulcemente al

¹ Proceso, pág. 102.

² Ibid, pág. 106.

altar, y se levantaba para ir adonde la llamaban. “Declaro, dice sor Francisca Rosalía Verchère, que la he visto horas enteras en oraciones tan profundas, que me acercaba á ella sin lograr distraerla; y que, sin embargo, á la menor señal de obediencia, lo dejaba todo por acudir á ella. Confiesa además la declarante haber ido á decirle una vez de parte de la superiora, lo cual no era cierto, sino que lo hizo por su propio movimiento, con el fin de ver si dejaba la oración, que se fuese á calentar; en el acto partió ella para acudir adonde se le mandaba ¹.,” “Acuérdome, dice la madre Isabel de la Garde, de que una vez, queriendo probar la obediencia de la sierva de Dios, fuí á decirle al oído, la noche del jueves santo que hacía un gran frío, después, sin embargo, de haber pedido el permiso: Hermana mía, nuestra madre os manda que vayáis á calentaros. Al instante hizo la genuflexión, retiróse por espacio de un cuarto de hora, se fué hacia donde estaba el fuego, y volvió después á ocupar su sitio en el coro, permaneciendo allí hasta el día siguiente á la hora de prima, que es á las siete ².,”

Sin embargo, por extraordinaria que fuese esta inmovilidad durante doce horas seguidas, en medio de los más grandes fríos de la noche, no es en lo que más asombraba á los testigos de esta vida prodigiosa. Algunas veces, estando en el coro, de rodillas, desfallecía de repente. Era preciso levantarla toda trémula y abrasada. Su rostro estaba ardiendo, sus ojos deshechos en llanto. No podía responder nada, ni aun sostenerse. Una vez se la encontró tendida, desmayada en el coro y torrentes de lágrimas corrían dulcemente, pero sin inte-

1 Proceso, pág. 52.

2 Ibid, pág. 72.

rrupción de sus ojos ¹. “Otra vez, dice, no me sentía ya, ni sabía dónde estaba. Cuando vinieron á quitarme de allí, viendo que no podía responder ni aun sostenerme, sino á duras penas, lleváronme con nuestra madre, que me encontró como fuera de mí, toda temblando y hecha un fuego: se me creía próxima á morir ².”

Sin cesar se reproducían estas escenas, que llenaban de asombro á las monjas, que las alarmaban, que inspiraban á las unas tierna y respetuosa piedad, á las otras admiración y entusiasmo, y que á todas les hacía decir: “¿Qué es, pues, esto? ¿Qué es lo que pasa entre Dios y esta alma durante tan largas horas? ¿Es una ilusión, ó es realmente Dios quien obra en ella? Pero entonces ¿para qué?”

Lo que las monjas se preguntaban en aquel tiempo, lo sabemos hoy. La obediencia ha abierto los labios de la humilde virgen, y la Iglesia ha autenticado sus palabras. Guiados por esta autoridad infalible, vamos, pues, á penetrar sin temor de engañarnos en el secreto de sus transportes, de sus éxtasis, y á contemplar su belleza.

Pero antes es preciso recogernos. Necesitamos hacer como el peregrino que, al acercarse á Jerusalén, oye de repente gritar á su guía: *El Cods, La Santa!* Y se detiene conmovido, y se arrodilla y adora antes de osar levantar los ojos hacia aquella ciudad en que apareció el Verbo hecho carne, hacia aquella colina donde expiró el Amor infinito!

1 *Memoria*, pág. 327.

2 *Ibid*, pág. 328.



CAPÍTULO VII

LA AURORA DE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

Quasi aurora consurgens.

Como una aurora que se levanta.

(CANT., VI, 9.)

*Omnia in mensura, et numero,
in pondere disposuisti.*

Señor, vos lo habéis hecho todo
con orden, peso y medida.

(SAP., XI, 21.)

Si Dios había empleado veintitrés años en preparar el corazón de la bienaventurada Margarita para la grande maravilla cuyo secreto iba á confiarle, se había tomado mucho más tiempo todavía para preparar el mundo á comprender y aceptar aquella maravilla. Todas las cosas bellas tienen aquí abajo una aurora que las precede y las anuncia, que hace volver hacia ellas todas las miradas ó los corazones. La devoción, pues, cuya historia contamos debía tener también su aurora, y ha llegado el momento sin duda de que tratemos de pintarla.

¿Cómo ha podido imaginarse que la Iglesia hubiese permanecido diez y siete siglos sin pensar en el Corazón adorable de su divino Esposo; que tantas vírgenes, abrasadas de amor por él, no hubiesen envidiado la di-

cha de San Juan dormido junto al pecho del divino Maestro; que tantos doctores no hubiesen contemplado ni una vez siquiera su costado abierto y aquella mezcla singular de agua y de sangre que de él salió? Y, si es cierto que tanto en el pensamiento de la antigüedad como en el nuestro el corazón es el lugar donde reside el amor; si todos los pueblos han guardado con respeto y llevado en triunfo el corazón de sus héroes, ¿cómo admitir que aquellos largos siglos cristianos, llenos de tan profundo entusiasmo por la persona del Salvador, no hayan tenido ni una mirada, ni un impulso, ni una adoración para este Corazón sagrado, el más hermoso, el más noble, el más puro, el más tierno y el más grande de todos los corazones?

Así, remontaos á los siglos pasados, id hasta las catacumbas, ya á las de Roma, ya á las de Lyon, en aquellos tiempos en que los escritos son raros, en que ligeros rasgos de cincel sobre el mármol ó de pincel sobre los muros forman todos los anales de aquellas primeras generaciones cristianas, y veréis ya las miradas piadosamente detenidas en el costado herido del Salvador, en el amor que de él emana, en el Corazón que es su fuente. Cuando el joven diácono Sanctus apareció en Lyon delante de los verdugos y los admiró por la firmeza heroica de su valor, el historiador de su martirio se pregunta cómo pudo sufrir el hierro, el fuego, y todos los tormentos más atroces, no hay sino una respuesta: “Es, dice, que el Santo diácono estaba regado y fortificado por la fuente de una agua viva que brota del Corazón de Jesucristo¹.” Y últimamente, cuando se des-

1 Eusebio, *Cartas de los mártires de Lyon*.

cubrió en Actium, en el cementerio de la *Via Strata*, aquella inscripción griega colocada hacia el segundo siglo en la tumba de un cristiano, hallóse allí con la afirmación de la divinidad del Cristo, con los nombres de Salvador, de Jesús, de Redentor, una mención especial de ese Corazón adorable, hacia el cual en el siglo segundo volvíanse las almas que tenían necesidad de creer, de esperar y de amar ¹.

Si de aquellos tiempos oscuros, de que nos quedan tan pocos testimonios, pasamos á la edad de los doctores, la aurora se ve crecer. Vemos desde luego á Tertuliano, que contempla el costado abierto del Salvador, y que lee en él la carta de nuestra vocación y de nuestra elección á la salud ². San Cipriano se detiene ante esa mezcla singular de agua y sangre que corrió del pecho herido del Salvador y ver salir de él la Iglesia toda radiante de hermosura ³. San Ambrosio canta esa divina herida, por la cual las gracias del Salvador se han derramado sobre el mundo y lo han embalsamado, á semejanza de esos árboles odoríferos que no esparcen sus perfumes sino cuando se les hiere ⁴. San Agustín, sobre todo, tan digno por la ternura y la celeste elevación de su alma de comprender los misterios del Corazón de Jesús: "¡Oh, exclama, de cuán perfecta expresión se vale el Evangelista cuando dice: *Uno de los soldados abrió su costado con una lanza*. No dice: *el costado fué herido*; sino *el costado fué abierto*; es decir, que la puerta de la vida se abrió, y por ella se de-

1 Card. Pitra, *Spicil. Solesm.*, tom. I, pág. 554.

2 Tertul. de Bapt., cap. 16; de Anima, cap. 43.

3 Cyprian., *Demont. Sinae et Sion*.

4 Ambros., Serm. III in Psalm. xxviii et cxviii.

ramaron sobre el mundo los sacramentos y todas las gracias ¹., El santo Obispo desarrolla bajo mil formas esta gran doctrina, que del costado herido de Jesucristo ha nacido la Iglesia, han salido todos los sacramentos y vienen á las almas toda luz y todo amor; que el Corazón de Jesucristo debe ser en particular el asilo, el refugio de todos los que tienen necesidad de consuelo, de fuerza ó de perdón. “Considera, oh hombre, hace decir á Nuestro Señor, cuánto he sufrido por ti. Mi cabeza ha sido coronada de espinas; mis pies y manos traspasados; mi sangre derramada. ¡En fin, te he abierto mi corazón y te he dado á beber la sangre preciosa sa que de él brotó! ¿Qué más quieres? Acerquémonos, pues, continúa el santo doctor, acerquémonos á esa fuente de agua viva, cuyo saludable licor nos será dado gratuitamente. Jesús es quien nos invita á beberle: *El que tenga sed venga á mí* ². He aquí la fuente purísima que brota en medio del paraíso y riega toda la tierra ³., En estas palabras de San Agustín se oye la voz de San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio Nacianzeno, San Efrén, San Cirilo y los demás Padres del siglo IV ⁴.

Penetrados de esta doctrina, los artistas de los primeros siglos tienen una manera grandiosa de pintarla cuando representan á Jesús crucificado. Su costado está ampliamente abierto; de él sale un torrente impetuoso

1 Aug., Tract. cxx in Joann.

2 Joan., VII, 37.

3 Aug., *De Symbolo ad Cathecum*, 6 in psalm. L.

4 Si hubiese algún hombre sapientísimo, versado en la patrología griega y latina, que formara una colección, siglo por siglo, de todo lo que los Padres han dicho acerca del Corazón de Jesús, ¿qué servicio tan eminente prestaría hoy á la Iglesia!

de sangre; y al pie de la Cruz se ve á la Iglesia teniendo en la mano un cáliz en que recoge la preciosa sangre. Algunas veces, para dejar á la Santísima Virgen el primer lugar después del Salvador agonizante, píntase á la Iglesia un poco más lejos de la cruz, y no precisamente en pie, pero siempre teniendo el cáliz en la dirección del costado abierto¹. Pero por lo común está en pie, coronada y con su estandarte en la mano. Más lejos, hacia atrás, la Santísima Virgen y San Juan llorando. La Iglesia no llora. Levanta con ardoroso afán y tan alto como le es posible su cáliz, como para no perder ni una sola gota de la sangre preciosa de donde saca la vida ². Se necesita estudiar esas antiguas esculturas para comprender el entusiasmo con que la Iglesia contempla aquella herida del Corazón de donde ha salido, como en otro tiempo salió Eva del costado abierto de Adán ³. Esta fué, pues, durante siglos, la primera y profunda mirada de los cristianos hacia el pecho herido del Salvador.

Si dejando esos remotos tiempos pasamos á la época de los grandes doctores de la Edad Media, ¡qué maravilloso progreso! No es ya solamente el costado abierto lo que contemplan; á través de él comienzan á percibir y adorar el corazón ardiendo de amor. “Vuestro Corazón ha sido herido, exclama San Bernardo, para que la herida visible nos hiciera conocer la invisible herida del amor. Porque ¿quién se dejaría herir el corazón, si ya

1 Puede verse (*Miscelánea de Arqueología* por el P. Carlos Cahier) una escultura de marfil perteneciente á M. Carrand y el Crucifijo de *Cividale del Friuli* (Gori, *Thes. Diptych*, tomo III, pág. 321)

2 Manuscrito carlovingio, conservado en la Biblioteca Nacional, que parece haber sido ejecutado para Drogon, hijo de Carlomagno. Es conocido bajo el nombre de *Sacramentario de Metr. Miniat.*, fol. 43.

3 Escultura de Bamberg, marfil, legada por San Enrique.

el amor no lo hubiese tocado? Mas también, ¿quién no buscaría, quién no amaría un corazón herido de esa suerte ¹?

En otra parte, explicando aquel texto: *ha mirado por las hendeduras de la piedra*, y mostrando que las hendeduras de la piedra son las llagas de Jesucristo, sobre todo la del costado, á través de la cual se ve su corazón: “¡Oh, exclama, cuán bueno es y dulce habitar en su corazón! Tesoro precioso, perla exquisita es ese corazón divino. ¡Oh buen Jesús, hermosa margarita encontrada al recorrer el campo de vuestro cuerpo! ¿Quién podría rechazar esa perla preciosa? Yo lo daría todo por comprarla. Y allí, en ese templo, en ese *Sancta Sanctorum*, en esa arca preciosa, viviré, alabaré y adoraré! ¡Oh Jesús! Atraedme hacia ese sagrado corazón, y para que pueda habitar en él, lavadme de mis iniquidades, purificadme de toda mancha! ¡Oh el más bello de los hijos de los hombres, vuestro sagrado pecho no ha sido herido sino para abrirnos la entrada de vuestro corazón, y vuestro corazón mismo no ha sido abierto sino para que podamos habitar en él en medio de la libertad y de la paz ²!”

Semejantes palabras escapábanse á menudo de los labios de San Bernardo. Con ellas llenaba las soledades del Cister y de Claraval. Basta abrir las obras de San Guillermo, de San Guerrico y de sus principales discípulos para convencerse de ello; pero no las hacían resonar fuera de los claustros. ¿Sería que hallaba al mundo todavía demasiado violento, demasiado grosero para recibir aquella delicada y profunda doctrina? ¿O no había

1 San Bern., *Tract. de Passione*, cap. III.

2 Ibid.

llegado la hora en que el astro se levantase sobre el mundo? He aquí lo más probable. Era entonces la auro-
ra. Su dulce y profunda luz no debía penetrar hasta allí
sino en algunas almas escogidas.

Necesario es poner en el número de esas almas á un
hombre á quien la imaginación no puede contemplar
sin verle inflamado de la devoción al Sagrado Corazón
de Jesús. Mirad esa figura pálida y enflaquecida, exta-
siada en las rocas de la Alvernia. Se lee en su frente la
dulzura, la humildad, la ternura y la paz. Brilla en sus
ojos una pura y ardiente llama que revela su profundo
amor de Dios. Las llagas de los pies y manos del Salva-
dor están reproducidas en su carne, y en su costado tie-
ne impresa aquella herida que abrió el pecho de Jesús.
¡Oh, quién podrá pintar su emoción cuando en la cima
de la Alvernia, del corazón de aquel serafín que se le
apareció, brotaba aquel rayo de fuego y de amor que le
atravesó el corazón! El no lo ha escrito. Ni una sola pa-
labra suya viene á revelarnos la grandeza de su devo-
ción al Corazón de Jesús. Pero en torno suyo, entre sus
más caros discípulos, hay un surco de luz, más vivo to-
davía que el que se percibe detrás de San Bernardo. No
citemos más que á San Buenaventura: ¡qué claridad y
qué ternura! “¡Oh! exclama, si me hubiera sido posible
ser la lanza del soldado que atravesó el corazón de Je-
sús, ¿creéis que después de haber entrado allí, me hubie-
ra salido? No, en verdad; allí me hubiera quedado. No
habría podido apartarme de allí. Habría dicho: *aquí
está mi reposo por los siglos de los siglos. Aquí habi-
taré. Esta es la mansión que he elegido.*” Y agrega:
“¡Oh alma mía! ¡tu dulcísimo Esposo desea tomarte por
esposa, decirte los secretos de su corazón, y tú no quie-

res venir á él! En el exceso de su amor, quiso que la lanza le abriese el costado, para mostrarte que te había dado su corazón. ¡Oh si supieses cuán dulce es este Corazón! Entra en él, y cuando te halles en ese Corazón dulcísimo de Jesús, séate dado cerrar tras de ti las puertas de sus heridas, para que te sea imposible salir. Tu corazón entonces de tal suerte se inflamará de amor, que te parecerá querer escaparse de tu cuerpo para habitar en las heridas de Jesucristo. „ — “¡Oh santísimas, amabilísimas y dulcísimas heridas de Jesucristo! Un día he entrado allí; he penetrado hasta lo más íntimo del amor. Allí, cubierto por todas partes, no me ha sido posible volver sobre mis pasos. He aquí por qué allí permanezco, allí reposo siempre. Allí ardo todo de amor. Allí disfruto sólo de la abundancia de todos los bienes. ¡Oh hombre! cree á mi palabra: si te esfuerzas en penetrar en el dulcísimo Salvador por las aberturas de sus llagas, no solamente tu alma, sino tu cuerpo, gozará de un perfecto reposo y de una admirable dulzura ¹. „ ¿Qué más se quiere? El alma seráfica de la Bienaventurada Margarita María no nos reserva, en honor del Corazón de Jesús, ni acentos más tiernos, ni enseñanzas más precisas.

Por grande que fuese la discreción de tales doctores, y aunque en general reservasen aquellas enseñanzas para el claustro, era difícil que no penetrara alguna chispa por defuera. Así se comienza á ver á los cristianos de aquella época, aun á los que viven en el mundo, tomar la costumbre de retirarse y de formar su habitación en el costado herido de Nuestro Señor. “El bien-

1 B nav., *Stimulus amoris*, pas. 1, cap. 1 et 7.

aventurado Elzear, conde de Arién en la Provenza, habiendo, dice San Francisco de Sales, estado largo tiempo ausente de su devota y casta Delfina, contestó al enviado de ésta que iba á informarse de su salud: “Estoy muy bien, mi querida esposa. Si queréis verme, buscadme en la llaga del costado de Nuestro dulce Jesús, porque allí habito y allí me encontraréis: en otra parte me buscaríais en vano.” He aquí un caballero cristiano de entonces ¹.

En tanto que esta dulce aurora proyectaba su luz sobre las silenciosas soledades de Clara ó del Císter, sobre los ardorosos monasterios de San Francisco de Asís y sobre algunas almas escogidas en el mundo, irradiaba en medio de las doctas escuelas de Santo Domingo. Escuchad á Santo Tomás, el doctor de la escuela, que buscando las señales de la predestinación, encuentra una desde luego en la asidua contemplación del Corazón traspasado de Jesús ². Escuchad al bienaventurado Enrique Suzon, llamado el Doctor *Extático* á causa de la sublimidad de su contemplación. El exclama: “¡Oh Jesús! Acordaos de aquella lanza cruel que desgarró vuestro pecho atravesó vuestro Corazón! Ese Corazón, herido y abierto por nosotros, es, ¡oh Jesús!, nuestra fuente de agua viva ³.” Escuchad á Juan Thaulero, conocido por el *teólogo sublime*, y que, meditando en la pasión del Salvador y llegando á la herida de su Corazón: “¿Qué más pudo hacer? exclama: nos ha abierto su propio Corazón para introducirnos en él. Nos dió ese Corazón sagrado, cruelmente herido, como el lugar de nuestra man-

1 Introd. á la *Vida devota*, parte 2.^a, cap. XII.

2 S. Tom., in cap. XIX, Joan.

3 Vida del B. Enrique Suzon, cap. VII.

sión, para que purificándonos y adquiriendo allí una perfecta conformidad con ese Corazón divino, nos hagamos dignos de ser recibidos con él en el cielo ¹., Escuchad, por último, á todos los teólogos del orden de Santo Domingo, hasta aquel bienaventurado Luis de Granada, el Bossuet español, como le llaman, que abre un admirable capítulo de su *Memorial*, con esta exclamación: “¡Os adoro, Corazón dulcísimo, amabilísimo, misericordiosísimo, que habéis sido herido por mi amor ²!”

Al mismo tiempo que los Benedictinos, los hermanos Predicadores, los Franciscanos, todas las antiguas órdenes sentían desarrollarse así en ellas los sentimientos de la devoción al Sagrado Corazón; la Compañía de Jesús, que nacía apenas y que era llamada á representar tan gran papel en la propagación de esta devoción, recibía en su cuna sus primeros fulgores. En 1549, San Ignacio decía un día la Santa Misa en Roma rodeado de sus primeros discípulos. Uno de ellos, el bienaventurado Pedro Canisio, iba á profesar, y en seguida á partir para Alemania, cuyo apóstol debía ser. Aquella perspectiva turbaba su alma, y el pensamiento de su indignidad lo aterraba. De improviso, en el momento de la elevación, Nuestro Señor se aparece al Beato y le muestra su corazón adorable como un refugio y como el foco de las grandes fuerzas de que tendrá necesidad. “Mi alma, dice, yacía en tierra. De repente, oh Divino Redentor mío, vos me habéis entreabierto vuestro Corazón adorable, permitiéndome hundir en él mis miradas... ¡Oh cuánto he deseado entonces ser

1 Tauler, *Ejercicios sobre la Vida y Pasión de Jesucristo*, cap. xi; *Jesús atravesado por una lanza*.

2 *Memorial*, cap. vi.

inundado de las olas de amor, de esperanza y de fe que de allí contemplaba saltar! ¡Qué sed de pobreza, de castidad, de obediencia! En fin, acercando mis labios abrasados á vuestro Corazón dulcísimo, me atreví á apagar la sed en aquella divina fuente.,,

De esta suerte crecía la aurora con los siglos. No era ya solamente el costado atravesado el que se contemplaba: era el Corazón, y en él se adoraba el amor. Y sin embargo, ni San Francisco de Asís, ni Santo Domingo, ni San Buenaventura, ni Enrique Suzon, ni Thaulero, ni el Beato Canisio, pensaron en difundir por el mundo la devoción al Sagrado Corazón. Con ella encantaban sus almas, embalsamaban sus claustros; y aunque millares de cristianos se empujan sobre sus pasos, y se les ve recorrer la tierra para predicar la paz, reconciliar las ciudades, calmar las pasiones, hacer florecer la fe, la humildad, el amor de Dios, jamás una palabra de sus labios llama á los pueblos á honrar este Corazón adorable, fuente de pureza, de abnegación, de amor y de paz. La aurora crecía sin duda; pero la hora en que Dios había resuelto que se levantase el astro no había llegado todavía.

Se adivina este progreso y al mismo tiempo esta discreción, en los bellos trabajos de los pintores y escultores de aquella época. Contemporáneos y aun discípulos en su mayor parte de San Bernardo, de Santo Domingo, de San Francisco de Asís, de San Buenaventura, ninguno de ellos seguramente piensa en representar el Corazón de Jesús, en hacerle radiar á través del pecho del Salvador; pero muchos hechos significativos atestiguan la nueva dirección de su piedad. Desde luego hay un asunto que comienzan á tratar con singular compla-

cencia: es el sueño extático de San Juan sobre el pecho del Salvador. Lo reproducen, sin cesar, ponen en él una delicadeza de sentimiento, una profundidad de expresión y una especie de envidia entusiasta que es toda una revelación y que se encuentra, por lo demás, en las magníficas secuencias consagradas por aquella época al discípulo muy amado. Además, cuando pintan el Crucifijo, no es aquella manera grandiosa de las edades precedentes; aquel costado abierto, aquel torrente de sangre, aquel cáliz tenido con tanto ardor. Es algo más íntimo y tierno, la llaga que en las representaciones del Salvador estaba siempre al costado derecho, pasa poco á poco al costado izquierdo; y allí es donde se concentran todas las miradas y comienzan á posarse todos los labios. Hay de esto una multitud de ejemplos conmovedores y sencillos, y en ellos se ve todo el genio contemplativo de la Edad Media. Citaré tan sólo la escena del descendimiento, ó mejor dicho, del desprendimiento de la cruz representada en la urna de las grandes reliquias en Aix-la-Chapelle. Uno de los brazos, el brazo derecho, está desprendido, y María lo sostiene llorando; Nicodemus arranca el clavo de la mano izquierda; y durante este tiempo José de Arimatea sostiene el Divino Cuerpo abrazándolo del lado de la llaga del Corazón. Algunas veces, aunque raras, como en el pórtico de la Catedral de Maguncia, los artistas se atreven á representar al Cristo sentado, entreabriendo su túnica y mostrando su Corazón. Dos personajes están arrodillados á derecha é izquierda, un hombre y una mujer, ésta del lado del Corazón, ambos prosternados, adorando, con una profunda y tierna mirada en el costado abierto. En ninguna parte, lo repito, está representado el Corazón

ni se le ve radiar; pero por todas partes es presentado, entrevisto, como el sol á través de los primeros rayos de la aurora.

Mas para ver crecer esa dulce aurora y desarrollarse en todo su brillo, es preciso volver los ojos hacia las vírgenes que las santas soledades de la Edad Media ocultaban á todas las miradas. ¿Quién comprenderá los misterios del corazón, si no es la mujer? ¿Quién se elevará hasta presentir los misterios del Corazón de Jesús, si no es la virgen? Así, todas las luces de los Doctores de la Edad Media, de los Padres de los primeros siglos, palidecen ante las intuiciones de las vírgenes ocultas en el silencio de los monasterios. No es en ellas solamente una luz, una adoración, un culto; es todavía más. En esas tiernas intimidades de Jesús con sus esposas, el Corazón es todo. Olvidan, no solamente su grandeza, su majestad, sino las llagas mismas de sus pies y manos; no ven más que su Corazón. Y cuando Jesús se les aparece, no les muestra él también sino su Corazón. Un día, por ejemplo, que Santa Gertrudis decía á Dios: "Señor mío Jesucristo, os suplico por vuestro corazón atravesado por una lanza, que atraveséis el corazón de Gertrudis con los dardos de vuestro amor,," Nuestro Señor se le apareció, y mostrándole su costado abierto le dijo: "Mira mi Corazón, quiero que este sea tu templo,," Y entonces se sintió atraída de una manera maravillosa hacia el Corazón de Jesús, en donde decir lo que gustó, lo que vió, lo que oyó, no puede hacerlo, dice, ninguna lengua ni de hombre ni de ángel. Y en otra ocasión en que haciendo esfuerzos por orar con atención sentíase turbada por esas distracciones que las santas conocen como nosotros, pero por las

cuales gimen más que nosotros, Nuestro Señor, para consolarla, le presentó su Corazón y le dijo: "He aquí mi Corazón, las delicias de la Santísima Trinidad: te lo doy para que te sirva de suplemento á lo que te falta." Y desde entonces no oraba sino por aquel Corazón divino; por él ofrecía á Dios sus adoraciones y acciones de gracias, cuya insuficiencia no sentía ya; en él reposaba; y toda su vida no fué sino un largo y dulce suspiro de amor por aquel Corazón herido por la ternura todavía más que por la lanza, por aquel corazón donde había entrado y de donde no quiso nunca salir.

Santa Matilde, que asombró al siglo XIII por la grandeza de sus iluminaciones, no fué honrada en este punto con menos favores. Una noche que no podía reposar, á causa de un violento dolor de cabeza, Jesucristo le dejó ver la llaga de su Corazón amable, y la invitó á entrar en él para que descansase. Y desde entonces se sintió tocada de una devoción tan viva hacia el Corazón divino de Jesucristo y recibió de él tales gracias, que acostumbraba decir: "Si me fuera preciso escribir todas las gracias que he recibido del amabilísimo Corazón de Jesús, formaría un libro más grueso que el del breviario."—Santa Lutgarda recibió favores quizá todavía más tiernos. Un día que, siendo demasiado joven aún, conversaba con un joven que pretendía casarse con ella, Jesucristo se le apareció de improviso, le descubrió su pecho, y, mostrándole su Corazón: "Mira, le dijo, lo que debes amar; deja allá los atractivos del amor humano, y encontrarás en mi Corazón inefables delicias." Y algún tiempo después, para recompensarla porque había inmediatamente renunciado á toda esperanza de humana dicha, Nuestro Señor se le apareció clavado en la

cruz, y radiando de amor, contemplábale extasiada, cuando, desprendiendo uno de sus brazos, atrajo á la santa contra su pecho adorable, y, desfallecida de ventura celestial, hízola poner sus labios sobre la llaga de su Corazón..

Sería preciso unir á esas vírgenes ilustres del siglo XIII otra, más célebre todavía, que llevó en su cuerpo la marca secreta de las llagas del Salvador, y que menos oculta en la soledad, investida de una misión pública para llevar al Papa de Avignon á Roma, y convertida así en la Juana de Arco del papado, excitó en la Edad Media profundo y universal entusiasmo. Esta virgen es Santa Catalina de Sena. Un día que meditaba en aquel versículo: *Cread en mí un corazón nuevo*, vió á su divino Esposo acercarse á ella y tocarla en el costado izquierdo, donde sintió al punto no sé qué mezcla de dolor y de amor que la dejó pasmada de felicidad. Y estando todavía como embargada y llena de asombro, porque le había parecido que su Esposo le tornaba su corazón, lo vió reaparecer con un corazón luminoso en la mano. Al ver esto, la virgen quedó trémula, confusa y como anonadada, y el divino Esposo se le aproximó, diciendo estas ternísimas palabras: "Hija mía, te he quitado tu corazón y te doy el mío para que vivas siempre en mí., Desde aquel día tuvo, no solamente en el costado izquierdo una cicatriz, que los pueblos vinieron á contemplar respetuosamente después de su muerte, sino en el corazón un fuego y un ardor tales, que todo fuego material le parecía frío en comparación suya; y, con esto, un impulso, una pureza, una generosidad y tan grandes transportes de amor, que arrebataron de admiración al siglo XIV.

Parece que, después de tamaño favor, si alguno debía propagar la devoción al Sagrado Corazón era Santa Catalina. Un día Nuestro Señor aún le había hablado de ello en términos que igualan en precisión á aquellos de que se sirvió con la Bienaventurada Margarita María. Como ella le preguntase por qué su costado había sido atravesado: “Es, le dijo, para revelar á los hombres el secreto de mi Corazón, y hacerles comprender que mi amor es todavía más grande que los testimonios exteriores que de él les doy. Porque mis sufrimientos han tenido un término, y mi amor no lo tiene.” Pero ni la claridad de tal revelación, ni el favor de que la rodeaba el Soberano Pontífice, ni el entusiasmo popular que acogía sus menores palabras, pudieron transformarla en Apóstol del Sagrado Corazón, ni aun pensó ella en semejante cosa.

Otro tanto debemos decir de Santa Magdalena de Pazzis, á quien Nuestro Señor se apareció un día para mostrarle su Corazón, y que, á contar desde aquel momento, fué de tal suerte llena de la abundancia del divino amor, que, para calmar el incendio que la consumía, viose obligada á entreabrir sus hábitos ó á proferir á veces dulces é interminables frases, que parecían inefables cantos ¹. Lo mismo hay que decir de Santa Catalina de Génova, que, estando en oración, recibió de improviso una herida de amor tan violenta, que el fuego encendido en su corazón la puso fuera de sí; parecía como una insensata buscando un consuelo al ardor de su herida; y un día que, aterrada de aquel fenómeno, y sintiéndose morir, preguntó á Nuestro Señor la causa

1 *Boll. Act. S. S. Maii*, t. vi, p. 232.

de aquello que le quemaba el corazón, se vió tiernamente atraída al pecho de Jesús crucificado, y allí conoció que del Corazón Sagrado de Jesús partían las llamas que consumían el suyo ¹.

No os olvidaré en esta historia del Corazón de Jesús ¡oh Santa Margarita de Cortona!, que visteis un día el costado herido de Jesucristo abrirse como una caverna de amor, y que pusisteis apresuradamente la mano sobre vuestro propio corazón para impedirle que se precipitase en él ². Ni á vos tampoco, ¡oh dulce Santa Rosa de Lima, florecilla de las Indias, que veíais sin cesar el Corazón de Jesús brillar sobre vuestra cabeza como un sol ardiente, y que un día en que uno de sus rayos cayó sobre vuestro corazón, os sentisteis desfallecer de amor y felicidad ³! Ni á vosotras, Angela de Foligno, Clara de Montefalco, Margarita de Hungría, Beatriz del Císter, Hosana de Mantua, Francisca Romana, Juana de Valois, rivales de Santa Catalina de Sena y de Santa Gertrudis, que habiendo visto el Corazón de Jesús, no supisteis sino languidecer y caer en tierra. No me admiro de ello; ni me admiro tampoco al distinguir en todas vosotras el mismo fenómeno. Siempre el Corazón de Jesús apareciendo para inflamar el vuestro. Es preciso decir del amor infinito lo que se dice del amor humano: "El amor no tiene más que una palabra, y diciéndola siempre, no la repite nunca ⁴." Pero lo que me asombra, ¡oh Santas amantes de Jesús!, dejadme

¹ *Vida de Santa Catalina de Génova*, cap. II, 7.

² *Boll. Act. S. S. Febr.* tomo v, pág. 330.

³ *Ibid.*, *Act. S. S. Agust.*, tomo v, pág. 927.

⁴ Lacordaire, *Vida de Santo Domingo*, cap. vi. "Institución del Santo Rosario."

que os lo diga, es vuestro silencio. ¿Por qué, abrasadas de amor por ese sagrado Corazón, no habéis revelado á nadie su hermosura? Yo busco entre vosotras á los apóstoles y evangelistas del Corazón de Jesús, y no encuentro sino contemplativas, abrasadas sin duda, pero mudas, y cuyo silencio no me explicaría, pues que la boca habla de la abundancia del corazón, si una de vosotras no me hubiese dado la misteriosa razón.

Un día que Santa Gertrudis preguntaba al bienaventurado Apóstol San Juan por qué él, que había tenido la dicha de reposar sobre el pecho del Salvador, había callado el primero, y no nos había descubierto los secretos de aquél Corazón adorable, se le respondió que Dios se había reservado el hacerlos conocer más tarde, en tiempos de grandes enfriamientos, y que guardaba esas maravillas para reanimar la llama de la caridad en el momento en que ella se viera próxima á extinguirse ¹.

Y esta es, en efecto, la explicación de esa aurora á la vez tan luminosa y tan secreta. Jamás el Corazón de Jesús dejó de ser contemplado, adorado, amado; pero nunca fué predicado. Su culto se transmite como en un crepúsculo, de una alma á otra alma, de una soledad á otra soledad. A medida que las almas son más delicadas y las soledades más fervorosas, más dulce, íntimo y ardiente es aquel culto. Pero aun la ilustración de las almas consagradas al Corazón de Jesús no proyecta sobre él ningún rayo. No sale todavía de la sombra. Varias veces la devoción dijérase próxima á brillar, pero no brilla. Sólo la aurora es la que va siempre en aumento. La luz se hace más precisa, la devoción más tierna;

¹ *Revelaciones de Santa Gertrudis*, lib. III, cap. XVII

y cuando se llega al siglo xvii, todo está listo; una sola voz será bastante para hacerle resplandecer.

Dios, en efecto, habría podido contentarse con una sola voz. Pero como esta devoción, precedida de tan largos preparativos, debía invadir la Iglesia y presidir durante siglos á la renovación de la piedad y del fervor, Dios resolvió elegir una Orden religiosa para confiarle aquel santo depósito, un ejército de vírgenes esparcidas en toda la superficie del mundo, y que inflamadas por el Corazón de Jesús, lo irradiasen á través de sus santas rejas.

No se ha estudiado todavía, que yo sepa, la historia de la Visitación bajo este punto de vista. No se ha mostrado de qué manera fué ella hecha para el Sagrado Corazón: y nosotros mismos que hemos escrito sus orígenes, ¿por qué no confesar que no sabíamos entonces hasta qué punto en este Instituto las grandes líneas y los menores detalles se refieren al Corazón de Jesús? Vamos á llenar esta laguna; y después de haber visto nacer y desarrollarse en medio del mundo y de la Iglesia la aurora de la devoción al Sagrado Corazón, vamos á verla engrandecida, más preciosa, más bella, más luminosa todavía, en el seno de la Visitación.





CAPITULO VIII

CÓMO LA VISITACIÓN HABÍA SIDO CREADA PARA SER EL SANTUARIO DEL SAGRADO CORAZÓN

*Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi
in monte monstratum est.*

Mira, y haz según el modelo que se te ha mostrado.
(EXOD., xxv, 40.)

*Arcam de lignis setim compingue, et deaurabis
eam auro mundissimo intus et foris; faciesque
propitiatorium de auro mundissimo: duosque
cherubim expandentes alas, versis vultibus
in propitiatorium.*

Construirás una arca de madera de setim revestida de oro purísimo por dentro y fuera; el propiciatorio será igualmente de oro purísimo; y habrá en él dos querubines con las alas extendidas y los ojos fijos en el propiciatorio.

(IBID.)

No sé, decía graciosamente San Francisco de Sales, por qué me llaman fundador, puesto que no he hecho lo que quería, sino, por el contrario, lo que no quería ¹.

Es, en efecto, una cosa muy diferente de lo que había pensado al principio, la Visitación, tal como salió en 1615 de las manos de San Francisco de Sales. A cada paso que diera en la organización de su obra, un obs-

¹ Espíritu de San Francisco de Sales, Migne, tomo II, p. 78.

táculo imprevisto, invencible, lo había obligado á modificar sus planes y llevado sin sentir á ser de sus hijas lo contrario de lo que se proponía sacar de ellas.

Quería hacer Martas y había formado Marías. Quería encaminarlas á la vida activa, y las llevó á la contemplación. Quería enviarlas á las ciudades y á los pueblos en busca de los que sufren, y las ocultó á todas las miradas tras de rejas impenetrables. Aquella Visitación, que debía parecerse tanto á una colmena cuyas abejas irían á llevar la miel de la caridad á todas las llagas del alma ó del cuerpo, se cierra de improviso. Desarróllase y va creciendo en místico silencio. No es una colmena activa; es un santuario dulce, recogido, todo interior; algo semejante á lo que Dios pedía á Moisés, cuando le decía: *Mira, y construye, conforme al modelo que te he mostrado, una arca de madera de setim, revestida de oro purísimo por dentro y por fuera, con querubines que tengan las alas extendidas y los ojos fijos en el propiciatorio.* He aquí lo que San Francisco de Sales no pensaba hacer, y lo que, sin embargo, fué la Visitación: una arca silenciosa, toda revestida de oro puro interiormente, y con querubines en oración.

Mas, ¿qué osaríamos decir que al crear San Francisco de Sales la Visitación no sospechaba lo que vendría á ser un día? ¿Estamos seguros de que no lo organizaba desde aquella época en vista del Sagrado Corazón, según el modelo que misteriosamente se le había mostrado?

El 10 de Junio de 1611 escribía á su santa cooperadora: "Buenos días, mi muy querida madre. Dios me ha dado esta noche el pensamiento de que nuestra casa de la Visitación es por su gracia demasiado noble y consi-

derable para tener sus armas, su blasón, su divisa. He pensado, pues, mi querida madre, si os parece bien, que debemos tomar por armas un solo corazón atravesado por dos flechas, encerrado en una corona de espinas; ese pobre corazón tendrá arriba una cruz, y llevará grabados los santísimos nombres de Jesús y de María. Yo os diré, hija mía, en nuestra primera entrevista, *los mil pensamientos que me han venido á este propósito*; porque verdaderamente nuestra pequeña congregación *es una obra del Corazón de Jesús y de María*. El Salvador, al morir, nos ha dado á luz *por la abertura de su Sagrado Corazón.*„

He aquí lo que escribía el 10 de Junio de 1611. ¿Y se sabe cuál era ese 10 de Junio? Era en aquel año de 1611, *el viernes después de la octava del Santísimo Sacramento*; es decir, el mismo día escogido desde la eternidad para consagrarlo al divino Corazón; el día de que dirá Nuestro Señor sesenta y cuatro años más tarde á la Bienaventurada Margarita: “Quiero que haya, *el viernes después de la octava del Santísimo Sacramento*, una fiesta solemne en toda la Iglesia en honor de mi divino Corazón.„ En ese día es San Francisco de Sales como arrebatado en éxtasis, y da á su naciente instituto por blasón un corazón coronado de espinas.

Esto da lugar ciertamente á muchas reflexiones.

Pero ¿cuáles eran esos *mil pensamientos* que San Francisco de Sales había tenido en aquella noche extática, y que se daba tanta prisa por la mañana de comunicar á su santa cooperadora? Me lo he preguntado otra vez, escribiendo la historia de la Santa Madre Chantal. Lo ignoraba entonces. Hoy lo sé. Un estudio más profundo de los manuscritos de la orden, me ha permitido

penetrar en los más secretos pensamientos del Santo Pontífice, en el momento en que con la mirada fija en el modelo, trazaba el plan de la Visitación. Lo que era aquel modelo, dicelo claramente él mismo. Y cuando acabada su obra, calla y muere, Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, temiendo que no se le haya comprendido, recoge mil papelitos secretos, confidenciales, que de él había recibido, y completa la revelación.

Entremos en esos pormenores, tan poco conocidos y tan maravillosos.

Un siglo antes de entreabrir su pecho adorable y de declarar á la Bienaventurada Margarita María que quería hacer á las hijas de la Visitación “depositarias de su Corazón,, Nuestro Señor, dirigiendo una primera mirada de amor hacia aquel que debía ser el fundador del Instituto, formaba su corazón por el modelo del suyo, y lo hacía el más humilde y dulce de todos los corazones. “No sé, dice un antiguo autor, si hubo jamás un santo que haya practicado de un modo más excelente la lección del Salvador: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón* ¹.,,

Algunos años después, Dios preparaba también como fundadora á la santa que, formada por San Francisco de Sales y á quien se complacía en llamar *el niño del Corazón de Jesús* ², debía asimismo llevar á un alto grado, en la grandeza natural y sobrenatural de su fuerza, la dulzura y la humildad. “Fué revelado á una alma eminentemente favorecida de Dios, refiere la ma-

¹ Véase *El Corazón de San Francisco de Sales*: 31 consideraciones publicadas por la Visitación d'Annecy.

² “Dios que lo ha hecho y tomado por el niño de su Corazón, tendrá cuidado de él., Carta á la Madre de Brechard, Migne, pag. 1.007.

dre de Chaugy, que cuando pronunció esta lección: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*, Nuestro Señor había mirado con una mirada de amor y de elección á nuestra santa Madre de Chantal ¹.,

Pero sobre todo, durante los años en que los dos Santos trabajaron juntos en fundar la Visitación, ¡cuán dulce es estudiar por qué caminos misteriosos son llevados á disponer todas las cosas para que aquel Instituto, “fundado en las bases de oro de la dulzura y de la humildad” ²., pueda llegar á ser un santuario del Sagrado Corazón!

Cuando la señora de Chantal partió para ir á comenzar en Annecy la fundación del Instituto, San Francisco de Sales le escribió una palabra con el objeto de alentar su valor. “Soy de parecer, hija mía, que en lo de adelante no permanezcamos ya en nosotros mismos, sino que de corazón, con intención y confianza, *nos instalemos para siempre EN EL COSTADO HERIDO DEL SALVADOR*” ³.,

Y la víspera de la entrada: “Hija mía, fuerza es que os diga que nunca vi tan claramente como ahora hasta qué punto sois verdaderamente mi hija. Mas digo como lo veo *en el Corazón de Nuestro Señor*. ¡Oh hija mía, cuánto anhelo que nuestra vida se oculte con Jesucristo en Dios! Voyme á hacer un poco de oración sobre de esto? allí pediré al *Corazón real del Salvador* por el nuestro” ⁴.,

Y á sus hijas reunidas en torno suyo, en aquellos primeros y dulces momentos de la pequeña Galería: “El

1 Véase *El Corazón de Santa Juana de Chantal*, pág. 67.

2 *Espíritu de San Francisco de Sales*, pág. 399.

3 *Carta* de 24 de Abril de 1610.

4 *Idem* de 5 de Junio de 1610.

otro día en la oración, considerando *el costado abierto* de Nuestro Señor y viendo *su Corazón*, parecióme que nuestros corazones estaban á su alrededor, y le prestaban homenaje como el soberano Rey de los Corazones.”

Véase ahora la imagen bajo la cual gustaba, en aquellos tiempos lejanos, de representarse á su pequeña congregación: todas sus hijas habitando en el Corazón de Jesús, ó también todos los corazones de sus hijas en torno del Corazón de Jesús tributándole homenajes. De este modo algunos días más tarde, cuando se disputase las hermanas su primera pobre casa, Santa Francisca Chantal y sus hijas se acordaran de la verdadera mansión que les había asignado su santo fundador. “¿Quién pudo deciros, escribía el Santo Obispo, que nuestras buenas hermanas han sido privadas de sus sitios y edificios? ¡Oh mi querido padre, Nuestro Señor es el refugio de sus espíritus! ¿No son por esto demasiado dichosas? Y como nuestra buena madre (la de Chantal) me decía ayer, languideciendo: Si las hermanas de la Visitación son perfectamente humildes y fieles á Dios, tendrán al *Corazón de Jesús* por morada y estancia en este mundo ¹.”

Pero sigamos adelante: este pequeño rasgo, tan insignificante todavía, va á precisarse y á formularse con una exactitud sorprendente. Debiendo ser el *Corazón de Jesús* la morada de las hijas de la Visitación, San Francisco de Sales agota toda su elocución, toda su piedad, para mostrar la belleza de aquella mansión. ¡Oh hija mía!, escribía á una de ellas, si vieseis ese Co-

1 *Carta* á un eclesiástico, Septiembre, 1617.

razón, es imposible que dejara de complacerlos: ¡es un corazón tan dulce, tan suave, tan condescendiente, tan amoroso de las miserables criaturas, con tal que ellas reconozcan sus miserias, tan llano de gracia hacia los infortunados, tan bueno para con los penitentes! ¡Ah! ¿quién no había de amar á este Corazón real, tan paternalmente maternal con nosotros ¹?„

“Hija mía, escribía á otra religiosa, poned vuestro corazón en el *costado herido* del Salvador, y unidlo á este *rey de los corazones*, que está allí como en su real trono para recibir el homenaje y la obediencia de todos los corazones, y que tiene franca la puerta á fin de que cada uno pueda penetrar y obtener audiencia ².„ Y á la venerable Madre de Chantal, el día de Santa Catalina de Sena: “¡Oh Dios ! mi hija bien amada, á propósito de nuestro corazón, ¿por qué no nos acaece lo que á esta bendita santa, á saber, que el Salvador arranque nuestro corazón y ponga en su lugar el suyo? ¿No sería más grato que el nuestro lo hiciese enteramente suyo? ¡Ah, sí! que lo haga el dulcísimo Jesús. A ello le conjuro por el suyo propio y por el amor que encierra, que es el amor de los amores; y si no lo hace (que sí lo hará), a menos no querrá impedir que *nosotros vayamos á tomarle el suyo*?„ El Santo añade: “Y si fuere necesario romper nuestro pecho para alojar allí su corazón, ¿no lo haríamos voluntariamente ³?„

No era bastante, por lo mismo, para San Francisco de Sales alojar su humilde Visitación en el Corazón de Jesús, sino que deseaba ahora alojar en esta á aquel Cora-

1 Idem del 18 de Febrero de 1618.

2 Idem 143, sin fecha.

3 Idem del 29 de Abril de 16

zón sagrado. *El no sabrá impedir, decía, que nosotros vayamos á tomarle con tal objeto.*

A medida que más se avanza, son más precisas y luminosas las palabras del Santo: "Hija mía queridísima, ¿por ventura no somos adoradores y servidores del *Corazón amoroso y paternal de nuestro Salvador?* ¿No fundamos en él nuestras esperanzas? El es nuestro maestro, nuestro rey, nuestro padre, nuestro todo. Pensemos en servirle bien, que El pensará en favorecernos ¹„; y todavía casi en los mismos términos: "¿No queréis ser *hijas, adoradoras y siervas del Corazón amoroso de este divino Salvador?* ¿No es esta hoguera de amor en la que fundáis todas vuestras esperanzas ²?„ Y sobre todo: "Unid vuestros corazones por medio de una santa sumisión al *Corazón de Jesús*, el cual, injertado en la divinidad, será *la raíz del árbol*, cuyas ramas seréis vosotras ³„ Y, en fin, estas palabras que dan completa claridad y que bautizan á la Visitación con su verdadero nombre: "Las religiosas de la Visitación que tengan la dicha de observar fielmente sus reglas, podrán sin duda llevar el nombre de hijas evangélicas establecidas *en este último siglo* para ser imitadoras del *Corazón de Jesús* en la dulzura y en la humildad, base y fundamento de su *Orden*, que les dará el privilegio y la gracia de obtener la cualidad de HIJAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS ⁴„

1 *Cartas*, lib. iv. Carta 96, sin fecha.

2 *Compendio del espíritu interior de las religiosas de la Visitación*, explicado por San Francisco de Sales y compilado por Mons. de Maups, cap. vi. (Rouen, 1644). *Del abandono á la Providencia*, página 34.

3 *Ibid.*, cap. ix, pág. 53.

4 *Sentimientos de San Francisco de Sales respecto del Sagrado Corazón*, pág. 194.

¡Hijas del Sagrado Corazón de Jesús!: he aquí el nombre que San Francisco de Sales daba á sus religiosas, sesenta años antes de la revelación hecha á la Bienaventurada Margarita María. Las estableció para ser “las adoradoras del Sagrado Corazón,, “las siervas del Sagrado Corazón,, “las imitadoras del Sagrado Corazón,,.

El Corazón de Jesús es “su morada,, “la raíz del árbol cuyas ramas serían ellas,, “el fundamento de las esperanzas y la razón de su existencia,,. Ellas deberían “tomar á Jesús su Corazón,, y “abrir sus pechos para depositarle allí,, como en un santuario.

Ved aquí lo que quería el Santo Pontifice, que, elevado por sus pensamientos más allá de sí mismo, siente que alguna cosa grande se prepara. “Creedme, querida madre, Dios quiere de nosotros no sé qué de grandioso ¹., Y á la madre Favre: “Su omnipotente mano hará por este pequeño Instituto más de lo que los hombres puedan imaginarse ²., Y mientras que contempla todo esto y ve á su Visitación “saliendo del costado abierto de Jesucristo,, y destinada á ser “el santuario de su Corazón adorable,, á semejanza de un arquitecto que hace servir al objeto que se le ha designado las líneas generales y los menores detalles, organiza todo su Instituto, adecuado á esa maravillosa misión.

¡La Visitación va á convertirse, pues, en una orden contemplativa! Sea en buena hora; todo ha cambiado. Pero entonces “esta contemplación debe hacerse en el Corazón de Jesús ³., El Santo estudia el género de ora-

1 *Carta* de Febrero de 1615.

2 *Carta* de Octubre de 1617.

3 *Esplritu interior de las religiosas de la Visitación*, por Monseñor de Maupas, pág. 19.

ción propio para su Instituto: es la oración de simple mirada, de simple permanencia y reposo en Dios. Pero al punto agrega que esa mirada debe posarse sobre el Sagrado Corazón; ese reposo, esa quietud, ese dulce sueño, sean “sobre este Corazón bien amado ¹„. San Francisco enaltece así este género de oración: “Oh hijas mías, vale más *dormir en el sagrado pecho del Salvador*, que velar en otra parte„, y hace tomar á cada una de sus hijas la resolución siguiente: “Dedicaré todos los días cierto tiempo á este sagrado sueño, para que mi alma, á semejanza del discípulo bien amado, *duerma tranquila sobre el amable pecho*, realmente *en el Corazón amoroso* del amoroso Salvador ²„.

“Nuestro bienaventurado Padre, decía Santa Francisca Chantal, tan entendido en materia de oraciones, siempre aprobó ésta (la oración de simple mirada), y agregaba que mientras otras saborean diversas viandas en la mesa del Salvador, nosotras debíamos reposar nuestras almas y todas nuestras afecciones en *su pecho amoroso* ³„.

Pero es necesario que en esta contemplación no se olvide al prójimo, y allí siempre pensemos en él. San Francisco de Sales quiere que sus hijas no lo vean ya sino *en el Corazón de Jesús y como á través de su amoroso pecho*. “Allí, decía él, ¿quién no amará al prójimo? ¿Quién no tolerará sus defectos? Si este querido prójimo está allí, en el pecho del Salvador, es allí tan amado y tan amable, que el Esposo muere de amor por él ⁴„.

1 *Traité de l'amour de Dieu*. Migne, pág. 664.

2 Plática xxiii de San Francisco de Sales. *De la Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo*.

3 Respuesta de Santa Francisca de Chantal sobre el art. 24.

4 Plática xii: *De la cordialidad*.

Todas las reglas proceden del mismo pensamiento y conducen á un solo objeto: “Os aseguro, hijas mías muy amadas, que os atraeréis el Corazón de Jesús si sois fieles en practicar vuestras reglas ¹.”—¡Oh Dios mío!, decía también; es preciso que nuestros pobres corazones no vivan ya sino bajo la obediencia del Corazón de Jesús! Y puesto que este Corazón Sagrado no tiene una ley más tierna y afectuosa que la dulzura, la humildad y la caridad, preciso es mantenerse firme en la práctica de tan hermosas virtudes ². El Santo repite en toda ocasión, que las reglas se reducen á dos partes principales: la humildad y la dulzura, y que expresamente ha escogido estas dos virtudes, porque ellas son las del Corazón de Jesús. En los mismos términos se expresa Santa Francisca Chantal: “Inculcad á todas vuestras hijas, escribía á una prelada, la práctica de estas palabras de Nuestro Señor: *¡Aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón* ³!”

Después de haber organizado así el interior del Santuario “y de haberle dado por bases de oro la humildad y la mansedumbre”, pues que estas son las virtudes del Corazón de Jesús, San Francisco de Sales, como si quisiera descorrer los últimos velos é iniciar al mundo mismo en el grandioso pensamiento que le dominaba, se decidió por fin á realizar el proyecto de que había hablado á su Santa cooperadora el 10 de Junio de 1611. Designar por armas y blasón á su instituto el Corazón de Jesús, coronado de espinas, que las religiosas lleva-

1 *Historia de la Galeria*. Véase también en las *Petites Coutumes*, la conversación de sor Candia Simpliciana.

2 *Vida de la venerable Madre Clemente*; edición de 1685, pág. 264.

3 *Carta á la hermana de Blanay*. Migne, tomo II, pág. 1069.

rán grabado en sus cruces pectorales, que brillará al frente de todos sus actos públicos y privados, que servirá de sello á sus cartas y que se le esculpirá en las puertas exteriores de los monasterios ¹. Así es como el arquitecto, después de haber construido un palacio, coloca sobre la entrada de honor el escudo del noble personaje que lo ha de habitar.

Sin duda que todo esto es ya prodigioso, principalmente si se reflexiona que no hay uno solo de estos hechos que no sea anterior en más de sesenta años, á las revelaciones de la Bienaventurada. Pero lo que sigue es todavía más admirable.

Acababa apenas de morir San Francisco de Sales, cuando su Santa y fiel cooperadora recogia con piedad filial todos sus papeles, aun los más pequeños, los más secretos, los más confidenciales que ella había recibido de su santo director, y los envió á la Orden, á fin de que allí se guardasen para perpetua memoria. “Hermanas mías queridísimas, decía la venerable fundadora en su carta de remisión: cordialmente os dirigimos este escrito, porque está tomado de las obras de N. B. P., pero sobre todo, de varias pequeñas Memorias que hemos encontrado trazadas por su querida y santa mano: estos son sus conceptos y sus palabras, y en ellos fácilmente reconocería el espíritu que animaba al Santo. Se ha procurado reducirlo y arreglarlo todo en forma de meditaciones.”

¹ “En el escudo de todos los monasterios se grabará un Corazón que lleve en medio los santísimos nombres de Jesús y de María enlazados; irá rodeado de una corona de espinas y atravesado por dos saetas con una pequeña cruz, cuyo extremo inferior descansará en el remate del Corazón, y la parte alta dentro de la corona.” *Directorio de las religiosas de la Visitación*, trazado por Santa Francisca de Chantal, pág. 99.

En dos series están divididas esas meditaciones, que la Orden llama grandes y pequeñas meditaciones. En la primera colección ¹ se encuentran ya cosas notables relativamente al Sagrado Corazón. Por ejemplo, la décimaoctava meditación: *Por qué medio el alma religiosa se apodera del Corazón de su Bien Amado*. Pero sobre todo, la segunda colección es admirable desde este punto de vista ². Se encuentra allí una meditación tan clara, tan explícita respecto del asunto que nos ocupa, y en la que la Santa llama á sus hijas á meditar acerca de *la honra que Dios les ha hecho de confiarles su Corazón*, que la creía compuesta mucho después, porque me parecía imposible que semejante página hubiera sido escrita por la Santa, según los apuntes de San Francisco de Sales, á menos que ambos fuesen profetas. Mis dudas no se desvanecieron sino hasta que tuve á la vista un ejemplar verdaderamente impreso durante la vida de Santa Francisca Chantal y más de sesenta años antes de la aparición de Nuestro Señor á la Bienaventurada ³.

1 *Viva Jesús. Meditaciones para los retiros anuales, tomadas de varias Memorias de N. B. P.* Esta colección va precedida de una carta de Santa Francisca de Chantal, fechada así: *En este primer monasterio de la Visitacion de Santa Maria d' Annecy, el 15 de Agosto de 1637, comenzado bajo la protección de la triunfante Madre de Dios*. Un volumen en 12.^o encuadernado en pergamino blanco. En la primera página se ve un corazón radiante, de plata; en medio de él el monograma de Cristo IHS, y debajo tres clavos. Este volumen contiene treinta y tres meditaciones.

2 *Viva Jesús. Ejercicios espirituales para los diez días de retiro, según el espíritu del B. Francisco de Sales*, tomadas en su mayor parte de sus escritos. Un pequeño volumen en 18.^o, encuadernado en pergamino blanco, sin nombre de impresor y sin fecha. No contiene más que diez meditaciones, una para cada día; pero todas de la mayor importancia.

3 La mayor dificultad para mí, consistía en que esta segunda colección no tiene fecha, ni siquiera el nombre del impresor; y, sin embargo,

He aquí esa meditación, que la misma Santa redactó, según varias *Memorias escritas de la santa mano de N. B. P.*, y que ella propone á sus hijas: ¿Es esto, vuelvo á preguntar, una profecía, ó simplemente una mera casualidad?

Se intitula así:

OCTAVA MEDITACIÓN

DEL AMOR QUE NOS TIENE JESUCRISTO

Después de haber hecho considerar á sus queridas hijas el amor que Jesucristo les muestra, primero en el misterio de la Encarnación, segundo en el misterio de la Eucaristía, tercero en el misterio de la Pasión dolo-

no podíamos dudar que la colección fuese de Santa Francisca Chantal. La tradición de la Orden, el prefacio, el *Directorio* que se registra en la pág. 16, la introducción de diferentes partes, una multitud de avisos y de prescripciones, que sólo podían provenir de la fundadora, todo, hasta el estilo y la ortografía, hasta la hermosa pasta de pergamino blanco, me daban la fecha de la colección y la certidumbre de que era de Santa Francisca. Pero las cosas que allí se leen son tan graves, que yo deseaba tener una prueba material de su autenticidad, primero en Rouen, después en Nartés, luego en Boulogne, en Dijón, y por dondequiera que yo iba, procuraba ver los ejemplares más antiguos de las *Meditaciones para el retiro*, al fin encontré varios que tampoco tenían fecha, pero que llevaban una aprobación de los doctores de la Sorbona, y esta aprobación tenía una fecha; he la aquí: "Los infrascritos, doctores en teología de la sagrada facultad de París, aprobamos, elogiamos y mucho estimamos este libro de *Meditaciones para el retiro*, después de las correcciones que hemos hecho y anotado al margen; por lo que esperamos que Dios será bendito. Fecho este día de la fiesta de San Juan Evangelista, 27 de Diciembre de 1643., La Santa murió en 1641, y las correcciones se refieren á una edición anterior á aquella que habíamos tenido en nuestras manos. La prueba no podía ser más concluyente.

rosa, llega á una cuarta consideración, sobremanera extraña, cuando se reflexiona acerca de la fecha en que fué escrita.

Consideración IV.

“Considerad que nuestro dulce Salvador nos mostró su amor, no sólo por la obra de la redención, sino que muy especialmente nos obliga á nosotras las de la Visitación, *por el don y el favor que ha hecho á nuestra Orden*, y á cada una en particular, DE SU CORAZÓN, ó por mejor decir, de las virtudes que residen en él, puesto que ha fundado nuestro querido instituto sobre estos dos principios: *Aprended de mí, que soy manso y humilde Corazón*. Esta es la parte que de sus tesoros nos ha asignado; á otras Ordenes dió, ó la eminencia de la oración, ó la soledad, ó la austeridad; pero á nosotras nos otorgó lo que estimaba sin duda como más caro, puesto que se deposita en su precioso Corazón. Si podemos tener esta satisfacción, si aprendemos y practicamos bien la lección, que tengamos también la honra de llevar el titulo de *Hijas del Corazón de Jesús*.”

La meditación termina con exclamaciones de reconocimiento y de acción de gracias:

“Dulcísimo es, alma mía, que este bendito Jesús nos haya escogido para ser *las Hijas de su Corazón*. ¿Por qué, ¡oh Salvador mío!, no habéis favorecido á otras en tu Iglesia con el mismo don? ¿Qué hemos hecho para merecer de vuestra bondad, que NOS DESTINASEIS ESTE TESORO DE TODA ETERNIDAD EN ESTOS ÚLTIMOS SIGLOS?

Al fundarse cada orden religiosa, de ordinario Dios le abre una fuente de amor que será el alimento espiri-

tual de su vida divina y el medio de su apostolado: á una, la cruz y los rigores de la penitencia; á otra, el desierto y los perfumes de la contemplación; á esta, el amor de las almas y el celo del apostolado. También á la Visitación debía tocarle su parte y le fué concedido el depósito sagrado del Corazón de Jesús. Pero, ¿quién no se sorprenderá al ver con cuánta claridad, con qué precisión, siempre creciente, San Francisco de Sales y Santa Francisca Chantal tuvieron, sesenta años antes, la intuición cierta y evidente de esta gracia? Al principio no hay más que un rasgo, una palabra, un vago bosquejo muy incierto acerca de que el Corazón de Jesús será el refugio, el asilo, la morada de las hijas de la Visitación. Después, la idea se abre paso, se precisa: la Visitación se fundará en el Sagrado Corazón, éste será la raíz del instituto. ¿Es esto ya bastante? No; la idea se anima, se vivifica, y toma colorido, á semejanza de un cuadro: las religiosas de la Visitación serán las adoradoras del Sagrado Corazón, y todavía esto no es bastante; serán también las siervas del Sagrado Corazón. Su espíritu será la imitación del Sagrado Corazón; sus armas, un Corazón coronado de espinas; su nombre, Hijas del Corazón de Jesús. Y como para colmo de todo, el don, el privilegio que Dios les reservaba desde ab-eterno, y que recibirían en estos últimos tiempos, de preferencia á las demás órdenes religiosas, sería el Corazón Sagrado de Jesús. He aquí lo que decía San Francisco de Sales, lo que repite la Santa: muertos ambos, transcurre más de medio siglo antes de que aparezca la humilde é ilustre virgen que debe fijar el sentido de todas esas palabras y hacer brillar tan divinas intuiciones.

Por lo demás, debe advertirse bien que ese medio siglo no se pasó sin que la Visitación convirtiese sus miradas y su espíritu hacia el Corazón de Jesús. Tan alto habló San Francisco de Sales, y sus palabras eran tan tiernamente meditadas por sus hijas, que no podía echarse en olvido su piadosa inspiración. Por lo mismo, cuando se penetra en los monasterios durante los sesenta años que nos separan de las primeras revelaciones hechas á la Bienaventurada, se advierte por dondequiera, no un culto público, que entonces no le había, sino multitud de religiosas eminentes por su piedad, y un culto íntimo, tierno y profundo, que no se declara más de lo que se propaga, y que sólo Dios conserva por medio de gracias extraordinarias.

Citemos siquiera algunos hechos. En Annecy, por ejemplo, un día en que la hermana Ana María Rosset entraba en el oratorio del noviciado, en el momento en que iba, según su costumbre, á besar los pies de un Crucifijo grande que existe todavía: "Me pareció, dice á la venerable Madre Chantal, que mi Jesús descendía hacia mí, y que mis labios, que se posaban en la llaga de los pies, tocaban en la del costado y atraía mi corazón con tal fuerza hasta el suyo, que me es imposible explicar lo que experimenté, ni lo que por mí pasó en este tránsito de mi corazón al Corazón Sagrado de mi Jesús." El hecho anterior acaeció en 1614, cuatro años apenas después de la fundación¹. Poco más tarde, en 1618, en el mismo monasterio de Annecy, los antiguos manuscritos muestran á la madre de la Roche enseñando á las jóvenes novicias á leer en el Corazón de

¹ *Vida de la madre Ana María Rosseti*, por la madre de Chaugy.

Jesús moribundo ¹; á la madre de Brechard estudiando sin cesar en este Corazón luminoso, en el cual las más ignorantes, decía ella, se convierten bien pronto en las más sabias ²; á la madre Bally, de la cual se decía que entre el Corazón de Jesús y el de ella no mediaba espacio alguno ³; y á tantas otras, en fin, que los anales de Annecy nos manifiestan santamente apasionadas del Corazón de Jesús en los tiempos más distantes de la fundación.

En Melun, en 1636, estando en oración la venerable madre Clemente tuvo un privilegio semejante á aquel con que Dios honró á Santa Catarina de Sena. “Me pareció, dice la madre, que Dios extraía mi corazón y le reemplazaba con el suyo, al grado de imaginarme que yo no tenía más corazón que el de Jesús. Arrebatada así en éxtasis, vió á su bienaventurado Padre San Francisco de Sales alojarse en el Corazón de Jesús y recibir allí la inspiración de fundar una orden que sólo tuviese por objeto honrar al divino Corazón de Jesús. También en otro éxtasis vió á la bienaventurada Virgen María tomar del Corazón abierto de Jesús y derramar sobre su querida Visitación todas las gracias que necesitaba para cumplir su misión ⁴.”

En Turín, en 1655, una humilde hermana doméstica, Juana Benigna Gojos, recibió favores más admirables todavía. Su vida sé pasaba haciendo oración al Corazón de Jesús, adorándole y diciéndole: “¡Oh Corazón de Je-

1 *Anales de la Visitación de Annecy.*

2 *Ibid. Vida de la madre de Brechard.*

3 *Vida de la madre Bally.*

4 *Vida de la madre Ana Margarita Clemente, etc. Paris, 1686, página 109.*

sús, perdona á todo el mundo y castiga sólo á Juana Benigna: que caigan sobre ella todos los castigos destinados á la tierra culpable!„ Arrobadada frecuentemente en éxtasis, unida de un modo inefable al Corazón de Jesús, encendida en el deseo de hacerle conocer y amar, entrevió, en medio de resplandores divinos, á la virgen de Paray, y la grandiosa misión de que un día sería encargada ¹; en la misma época (1635), en Cyon, la madre María Genoveva de Prabel se inmolaba como víctima ofrecida al Corazón de Jesús, “por el que tuvo toda su vida la más tierna devoción„, y empleaba en esta práctica tanto amor, que frecuentemente se elevó hasta el heroísmo ². Poco antes en París, en 1627, Mad. de Boutelier, que abandonó el mundo á pesar de que en él gozaba de un nombre ilustre, de gran fortuna, de hijos colmados de honores en la Iglesia y el Estado, y de otros hijos pequeñuelos y encantadores; que volvió su espalda al mundo precisamente porque en él era tan dichosa que temía por su salud eterna, llegó á la Visitación; ¿y sabéis por qué entonces se encontraba más dichosa y tranquila en cuanto á su futuro destino? “¡Ah!, exclamaba ella, eso proviene de que estoy ahora como oculta en el Corazón de Jesús, y allí el temor no tiene sitio..”

En Chartres, en 1661, la hermana María Guillette Dunas tenía su residencia ordinaria en la llaga del costado de Jesucristo, y Nuestro Señor le hizo saber que allí estaba cercana á su Corazón, donde podría aguardar en paz su juicio á la hora de la muerte. En el mismo año se designa, en el segundo monasterio de Cyon, á la ma-

¹ *Atractivos del divino amor, ó vida de la devota hermana Juana Benigna Gojës*, pág. 353 y siguientes.

² *Anales de la Visitación de Cyon*.

dre de Rioux, que únicamente vivía por el Sagrado Corazón. Dejó ella algunos escritos que hemos leído y que están embalsamados con la más tierna y ardiente devoción al Corazón de Jesús ¹. En Périgeux, en 1664, el día de la Concepción, una piadosa y ferviente religiosa, María Pacífica Collet, pidió á Dios la pureza de corazón. “De repente, dice ella, Dios me otorgó un favor, cuyo recuerdo aún me hace estremecer. Me pareció que Nuestro Señor me decía que me acercase á su divino Corazón, fuente de toda pureza, y en el mismo instante creí, si no me engaño, que me hizo reposar, cierto espacio de tiempo, en su sagrado Corazón ². Casi en la misma época, en Amiens, la madre Ana Serafina Cornet tuvo la vocación de consagrarse al Corazón de Jesús; y los Anales manuscritos de la casa tienen cuidado de hacer notar que esto se verificó “antes de haber tenido conocimiento de los favores que la venerable hermana Margarita María recibía de Nuestro Señor; y entra en pormenores que manifiestan cuán amante era del Corazón de Jesús la hermana Ana Serafina ³. Igual cosa se refiere de la madre María Serafina de Guillard, que habiendo pasado de la orden del Cister á la Visitación, de la escuela de San Bernardo á la de San Francisco de Sales, dejó varias meditaciones que revelan el más ardiente amor al Corazón de Jesús ⁴. ¡Cuántos nombres pudiéramos agregar á los anteriores! Por dondequiera y casi en todas las Visitaciones hay religio-

1 *Archivos del segundo monasterio de Cyon, Memorias de la madre de Rioux.*

2 *Vida de la hermana Maria Pacífica Collet, un volumen.*

3 *Anales de la Visitación de Amiens.*

4 *Ibidem.*

sas de edificante santidad favorecidas de gracias por el sagrado Corazón; pero lo que admira es, que en ninguna parte se advierte la menor tentativa para propagar esta devoción; el culto es tan sólo individual, íntimo, sin manifestaciones exteriores. Ninguna religiosa piensa en comunicarlo, ni á sus hermanas en el interior del monasterio, y con más razón ninguna procura que salga de las rejas y se extienda por fuera. Aquí, como en la Edad Media, hay adoradores y amantes del Corazón de Jesús; pero en ninguna parte se ven evangelistas ni apóstoles.

Habrà causado extrañeza que en la anterior noticia de los monasterios, en que floreció, durante el siglo xvii, la devoción al Corazón de Jesús, no hubiésemos mencionado el de Paray. Pero ni en los Anales de ese monasterio, que hemos leído cuidadosamente, ni en las vidas de sus religiosas, ni en sus archivos, tan ricos y tan bien conservados, hay una palabra, una sola línea relativa al Corazón de Jesús. Y, lo que es todavía más notable, la Bienaventurada no es menos extraña que todas sus hermanas á esta devoción. Leed sus memorias, estudiad sus primeros pasos en la vida religiosa, y no encontraréis á ese respecto la más ligera alusión. Ella misma confiesa que sus miradas jamás se dirigieron á ese objeto antes del día en que Dios, descorriendo el velo, le manifestó su adorable Corazón y le ordenó que le mostrase al mundo para que lo adorara.

Ese día llegó por fin. Después de haber embalsamado, durante seiscientos años, todas las soledades de la Iglesia, tiempo es ya de que aquella grandiosa devoción salve los muros y se extienda por todas partes reanimando la fe y vivificando los corazones. El mundo está yerto; la

fe se extingue como el amor; densas sombras envuelven á las almas, y hay punzantes tristezas en los corazones. Por otra parte, esas almas delicadas que durante la Edad Media se abrigaban en los claustros, se han multiplicado en el mundo; el perfume ha rebosado fuera del vaso. Por dondequiera, en el seno de las familias cristianas existen corazones llenos de recogimiento, profundos y dignos de comprender lo que hay de más exquisito en los misterios del cristianismo.

¡Oh Jesús, Jesús! La Iglesia y el mundo reclaman vuestro Corazón. No nos bastan ya algunas chispas que se escapan de esa ardiente hoguera; toda ella nos hace falta. La Virgen está preparada y el santuario también. ¡Angeles santos que veláis sobre las almas, conducid al altar á la virgen fiel, para que por medio de ella, por sus manos purificadas, corra sobre la yerta tierra el fuego que vivifica y que renueva!





CAPITULO IX

LA REVELACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN

(1673-1675.)

Si scires donum Dei.
¡Oh, si conociéseis el don Dios!
(Joan, iv, 10.)

Eo usque procedens ut ipsius recumberet pectore Salvatoris.

Se elevó hasta reposar en el pecho del Salvador.

(Liturgia de León, *Prefacio de la misa de San Juan.*)

Beatus qui supra Domini recubuit! Fluenta Evangelii de ipso Sacro Dominici pectoris fonte potavit.

¡Bienaventurado el que reposa en el pecho del Señor, porque toma las aguas vivas del Evangelio en la fuente misma del Corazón de Jesús!

(Brev. rom., *Fiesta de San Juan*)

SE recordará, según lo que hemos dicho en el capítulo quinto de esta historia, que lo más sorprendente para las hermanas de Paray cuando examinan la vida de la Bienaventurada, es la duración y el carácter extático de sus oraciones. En ciertos días, por ejemplo, cuando estaba expuesto el Santísimo Sacramento, la Bienaventurada no se apartaba del coro. Débil de salud, enferma algunas veces, permanecía arrodillada horas enteras, sin apoyo algu-

no, las manos juntas, los ojos bajos, y sin hacer ni el más ligero movimiento. A estas oraciones del día comenzó á agregar, en fines de 1673, las oraciones de la noche, más extraordinarias aún. Se ha visto que particularmente la noche del Jueves al Viernes Santo permanecía de rodillas doce horas continuas, y de tal manera absorta, que no escuchaba nada de lo que ocurría cerca de ella. No hallando las hermanas cómo describir un estado semejante, decían que parecía “como de mármol,” y “extasiada.” Con frecuencia volvía de sus oraciones trémula y ardiente, sin poderse sostener y casi desfalleciendo. Tres ó cuatro veces fué preciso apoyarla, porque sucumbía á los asaltos de un amor demasiado enérgico para criaturas mortales.

En tales circunstancias, durante esas oraciones extáticas fué cuando acaecieron, sin que, por otra parte, la comunidad llegara á advertirlo, las grandes revelaciones del Sagrado Corazón. He dicho las revelaciones, porque fueron tres, tres distintas, mediando varios meses entre una y otra. La primera se verificó el 27 de Diciembre de 1673, cuando la Bienaventurada tenía veintiséis años de edad, y poco más de uno de haber profesado. La segunda el año siguiente, 1674; no se sabe en qué día, pero sí que el Santísimo estaba expuesto en la capilla; y, según los usos de aquel tiempo, se presume que debió ser durante la semana del Corpus. En fin, la tercera tuvo lugar del 13 al 20 de Junio de 1675, uno de los días de la octava del Santísimo Sacramento. Hubo, por lo mismo, entre estas apariciones un intervalo muy considerable: siete meses de la primera á la segunda, y poco menos de un año entre la segunda y la tercera. Este tiempo no era, sin embargo, excesivo para que la

Bienaventurada pudiera repararse de la emoción que le producía cada una de las apariciones; emoción y decaimiento tales, que una vez sobre todo se creyó que la iban á causar la muerte.

Desde otro punto de vista, y cuando consideramos en conjunto estas tres apariciones, queda uno sorprendido de su orden, de su gradación y de su creciente belleza. Es como una especie de drama en tres actos, por medio del cual Dios elevó poco á poco el espíritu de su sierva á la plena inteligencia de la misión tan inesperada que le iba á confiar.

Por lo demás, tenemos de estas apariciones ilustres un testigo irrefragable: la misma Bienaventurada. Obligada de sus superiores á poner por escrito la relación de esas maravillas, lo hacía regando de lágrimas el papel; y cuando le era devuelto lo arrojaba al fuego. De esos escritos sólo uno se ha conservado; y se nota en él tal acento, una humildad tan profunda, una sinceridad tan verdadera, tanto olvido de sí misma en medio de tan grande emoción, que aunque la Iglesia misma no hubiera comprobado la certidumbre de las apariciones, sería imposible dudar de ellas viendo el modo en que las refiere la Bienaventurada.

“Por el amor de Vos sólo, ¡oh Dios mío!, escribe al principiar, me someto por obediencia á escribir esto, pidiéndoos perdón de la resistencia que opuse. Pero como, fuera de Vos, no hay quien conozca la magnitud de la repugnancia que por ello siento, nadie tampoco, sino Vos, podrá darme fuerzas para vencerla.” Y agrega estas palabras admirables: “Recibo esta orden como si viniese de Vos, *queriendo castigar por ella la excesiva alegría y precaución que he tenido para seguir*

mi constante inclinación de sepultarme en un eterno olvido de las criaturas. ¡Oh mi soberano Bien, que nada escriba yo sino para vuestra mayor gloria y grande confusión mía ¹!„

Entonces toma la pluma y comienza su narración; pero inmediatamente se detiene, sobrecogida, confusa, no pudiendo ya vencer su repugnancia. ¡Oh mi Señor y mi Dios, que conocéis la pena que sufro al cumplir esta orden, y la violencia que necesito hacerme para vencer la repugnancia y la confusión que siento al escribir todo esto: otorgadme la gracia de morir antes que trazar alguna cosa distinta de lo que viene de la verdad de vuestro espíritu, para que todo ceda en gloria vuestra y en propia confusión mía! Haced por vuestra misericordia, ¡oh mi soberano Bien!, que lo que escribo no sea visto jamás, sino por quien Vos queréis que lo examine, *á fin de que su publicidad no me impida permanecer sepultada en un eterno desprecio y olvido de las criaturas.* Dad este consuelo, Dios mío, á vuestra pobre y miserable esclava ².„

Pocas páginas después, al volver á su narración y de nuevo agobiada por semejante trabajo, exclama: “Voy á proseguir sólo por obediencia, ¡oh mi Dios!, sin más intento que el de contentaros con la especie de martirio que sufro, al formar este escrito, cada una de cuyas palabras me parece un sacrificio. ¡Pero que todo sirva para que seáis glorificado eternamente!„

El mismo acento se advierte en todo el curso de la *Memoria*, revelando continua lucha entre la humildad y la obediencia. A cada instante la humildad hace esca-

¹ *Memoria*, pág. 289.

² *Ibid.*, pág. 344.

par la pluma, y á cada instante la obediencia hace que la vuelva á tomar. Así es como da cima, con incomparable brillo de santidad, al relato de las tres revelaciones, tocante al Corazón de Jesús. Las vamos á dar á conocer en los mismos términos empleados por la Bienaventurada. La Iglesia ha estudiado esta *triple* narración con la severidad que en tal examen acostumbra, y ha asegurado solemnemente la autenticidad de ella.

PRIMERA REVELACION

27 de Diciembre de 1673.

La primera revelación acaeció indudablemente el día de San Juan Evangelista, 27 de Diciembre de 1673. Era el mismo día en que, trescientos cincuenta y tres años antes, se reveló á Santa Gertrudis por medio de una visión, que si el discípulo bien amado nada había dicho acerca de los movimientos sagrados del Corazón de Jesús, fué porque Dios se reservaba hablar de ellos más tarde, en una época en que el fervor y la piedad comenzaran á resfriarse: el día no pudo ser mejor escogido para esta primera revelación. De ella tenemos dos relatos, escritos ambos por la Bienaventurada: el uno es complemento del otro, y describen con viveza toda la escena.

“Un día, dice textualmente, estando delante del Santísimo Sacramento, un poco más tranquila, me sentí rodeada de esta divina presencia, pero con tal fuerza, que

me olvidé de mí misma y del lugar en que estaba, y me abandoné al divino espíritu, entregando mi corazón á la fuerza de su amor. Por largo tiempo me hizo reposar en su divino pecho, y allí me descubrió las maravillas de su amor y los inexplicables secretos de su Sagrado Corazón, *que siempre me había tenido ocultos, hasta ahora en que me los mostró por la primera vez*, pero de una manera tan real y tan sensible, que no me dejó la menor duda, á mí que, sin embargo, creía estar siempre engañada ¹.

Esta fué, como acaba de verse, “la primera vez que Nuestro Señor mostró su corazón á la Bienaventurada,”; hasta entonces “lo había tenido siempre oculto.” Y es tal el carácter de esta aparición y la impresión que con ella recibió, que la humilde virgen, de ordinario tan tímida y desconfiada de sí misma, “no pudo concebir la menor duda.”

A estos primeros detalles, la siguiente relación agrega otros sobremanera interesantes: primero, la indicación del día en que acaeció la maravilla, “un día de San Juan Evagelista, después de haber recibido de mi Divino Salvador una gracia casi semejante á la que obtuvo la noche de la Cena aquel discípulo muy amado.” Hace después la descripción del Corazón divino, “todo radiante y brillando más que el sol, diáfano como un cristal. Visible estaba allí la llaga del costado; una corona de espinas rodeaba el corazón divino, y sobre él se ostentaba la cruz ².”

Mientras que la Bienaventurada contemplaba, trémula de emoción y de amor tan grandioso espectáculo,

1 *Memoria*, pág. 325.

2 *Carta del P. Rollin: Vid. Contemporáneos*, pág. 86.

Nuestro Señor le habló, y “he aquí, añade la Bienaventurada, cómo me pareció que pasaba lo que voy refiriendo”¹. Nuestro Señor me dijo: “Tan apasionado de amor por los hombres está mi divino Corazón, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su ardiente caridad, necesita difundirlas por tu medio y que se manifieste á ellos para enriquecerlos con sus preciosos tesoros, fuente de las gracias que necesitan para ser librados de perdición,” y agregó: “Te he escogido á ti, abismo de indignidad y de ignorancia, para el cumplimiento de tan grandioso designio, á fin de que todo sea hecho por mí.”

Por lo mismo, según los términos de esta primera revelación, la nueva devoción sería como un esfuerzo más grande del Corazón de Jesús, “apasionado de amor por los hombres,” y queriendo á toda costa sacarlos “del

1 Nótese de qué manera habló en este pasaje la Bienaventurada: «*Y he aquí cómo me pareció que pasaba lo que voy refiriendo.*» Esto proviene, según la observación importantísima del P. de Gallifet, de que las apariciones y las palabras con que Dios favorece á las almas escogidas no siempre son exteriores, sino más frecuentemente intelectuales. Las palabras que en tales casos se escuchan son interiores y no llegan al oído corporal; es una impresión que sólo el alma recibe. El fondo de las cosas que Dios comunica á El sólo pertenece; la manera de manifestarlas es de la criatura, y esta manera es diferente, según los distintos caracteres de las personas inspiradas. De aquí la diferencia de estilo, de expresiones, de giros que observamos en los autores sagrados. Así es como los profetas nos han transmitido las palabras de Dios: unos en estilo grandioso y magnífico; otros en términos populares y sencillos. Dios, inspirando á los profetas las verdades que le hacía anunciar; ellos, revistiéndolas de la misma forma que habría empleado un Isaías educado entre los grandes, ó un Amós criado entre pastores. Aplíquese esta doctrina á la *Memoria* de Margarita María, y desaparecerán las dificultades. Nuestro Señor *hablaba al corazón* de la Bienaventurada, y ella misma traducía estas palabras interiores en el lenguaje que le era familiar. De esto nace su temor de no expresar fielmente las palabras que había escuchado.

abismo de perdición,,. Hasta ahora los medios ordinarios habían sido bastantes; pero en el triste estado en que se encuentra el mundo, Jesús, que no podía “contener en su Corazón las llamas de su ardiente caridad,, quiere salvar á todos los hombres. Su costado herido se entreabre; su corazón intenta escaparse por allí; y si antes no se había mostrado sino en los monasterios á las almas escogidas, quiere ahora manifestarse á la multitud, para ver si, revelando los secretos de su amor hasta allí ocultos, logra fundir el hielo que se amontona en medio de los pueblos cristianos. Tal era el sentido de esta primera revelación.

Nuestro Señor no la dijo más sino que para el cumplimiento de este designio se servía de ella, á pesar de su ignorancia y su debilidad, ó más bien á causa de esta ignorancia, á fin de que todo fuese hecho por El. Pero, ¿cuándo, cómo, de qué manera? Nuestro Señor nada dijo, y la Bienaventurada, en medio de su emoción, casi no tuvo el pensamiento ni la fuerza de ánimo necesaria para preguntarlo.

Mas, puesto que iba á tratarse de un ministerio público, quiso Nuestro Señor dejarle una prueba real y sin réplica de la verdad de cuanto acababa de pasar. Antes, pues, de desaparecer, preguntó á la Bienaventurada si ella quería darle su corazón. Pero dejémosla hablar.

“Me pidió mi corazón, y yo le supliqué que le tomase; así lo hizo poniéndolo en el suyo adorable, en el cual me le hizo ver como átomo pequeñísimo que se consumía en esa ardiente hoguera. Después, retirándole de allí como una ardiente llama en forma de corazón, le volvió á colocar en el sitio de donde le había tomado, diciéndome: “He aquí, amada mía, una prueba preciosa

de mi amor: deposito en tu pecho una pequeña chispa de las más vivas llamas de mi amor, para que te sirva de corazón y te consuma hasta el postrer momento., Y agregó: "Hasta aquí sólo has llevado el nombre de esclava mía; desde hoy te llamarás la discípula muy amada de mi Sagrado Corazón ¹.,

Fácil es imaginarse lo que tal gracia debió producir en una criatura, toda abrasada ya de amor divino. "Después de un favor tan grande, dice ella, y que duró largo espacio de tiempo, durante el cual no sabía yo si estaba en el cielo ó en la tierra, permanecí por varios días como abrasada del divino fuego, y de tal modo fuera de mí, que necesitaba gran violencia para articular alguna palabra, y más todavía para comer y descansar, al grado de que las fuerzas se me agotaban para soportar las penas ².,

Se la condujo cerca de la madre de Saumaise, más casi no pudo pronunciar una palabra. "Sentía en mí, dice, tal plenitud de Dios, que no podía hablar á mi superiora como yo lo hubiera deseado., En cuanto á sus hermanas, no experimentaba más que el ansia de arrojarle á sus pies y confesar todos sus pecados. "Me hubiera servido de gran consuelo hacer en voz alta en el refectorio mi confesión general, para que se viese el gran fondo de corrupción que hay en mí y nada se me atribuyera de las gracias que he recibido ³.,

Este profundo sentimiento de humildad fué el primer fruto de aquella aparición; y esto se comprende: cuando se ha reposado en el pecho del Salvador, la sorpresa, la

1 *emoria*, pág. 326.

2 Ibid.

3 Ibid.

admiración y el amor engendran la humildad. Además, la Bienaventurada guardó de esta escena un recuerdo, ó más bien una señal imborrable. No la llevaba visiblemente en el pecho, como San Francisco de Asís, ó Santa Catalina de Sena, sino que toda su vida tuvo una llaga invisible en el costado. “Esta llaga, dice, cuyo dolor me es tan precioso, me causa tan vivos ardores, que me consume y me quema en vida ¹..” Para que este divino recuerdo no se debilitase con el tiempo, cada viernes primero de mes reavivaba la llaga, mostrándola de nuevo su corazón. “Este sagrado Corazón, dice, se me representaba como un sol brillante de intensa claridad, cuyos ardientes rayos caían á plomo sobre mi corazón, y entonces me sentía abrasada de tal fuego, que me parecía iba á reducirme á cenizas ²..”

Así pasó el primer acto de la triple revelación. En ella no se ve aún más que el principio y como la inspiración de esta nueva devoción; ¡pero con qué belleza tan encantadora! ¡Un Dios olvidado del hombre y sin poder resignarse á este olvido; despreciado é insultado por el hombre, y sin lograr imponer silencio á su amor, por el contrario, resuelto á vencer al hombre á fuerza de ternura, é inventando, con este objeto, cada día nuevas y más divinas industrias! Después de los esplendores de la creación, las humillaciones del pesebre; después del pesebre, los dolores de la Cruz; después de la Cruz, las ternuras de la Santa Eucaristía; después de la Eucaristía, el esfuerzo supremo del Sagrado Corazón. Siempre la misma ley; á cada nueva tibieza, Dios descende un

1 *Memoria*, pág. 326.

2 *Ibid*, pág. 327.

grado para mover los corazones, de que no puede desprenderse.

Desde el siguiente día de esta viva é imborrable aparición, en que la santa había sabido dos cosas: la primera, que Dios ya no puede contener en su corazón las llamas de su amor; la segunda, que se serviría de ella para mostrarlas al mundo, la vida de nuestra santa tomó otra vez su curso acostumbrado. Tuvo cerca de seis meses para repararse de tan profunda impresión; seis meses de paz, de recogimiento, de silencio y de brillantes progresos en la humildad y en el amor de Dios, al cabo de cuyo tiempo, repentinamente y cuando menos pensaba en ello, se verificó la segunda revelación. Fué más penetrante aún que la primera, más luminosa también, y causó en la Bienaventurada tal impresión, que cayó enferma de sobrecogimiento y emoción, al grado de llegarse á creer que iba á morir.

SEGUNDA REVELACION

(1674)

Esta segunda revelación es la única cuya fecha no se sabe á punto fijo. Acaeció sin duda en 1674, antes de la llegada del Padre de la Colombière al monasterio de Paray, en el otoño de ese año. Como estaba expuesto el Santísimo Sacramento, esto no podía tener lugar, según las costumbres de aquel tiempo, sino en el día de la

Visitación ó durante la octava del Corpus. Además de la narración de la Bienaventurada, aparece resultar que ésta sucedía en viernes, y un viernes primero de mes; es de presumirse, pues, que era al principio de Junio, el viernes infraoctava del Corpus.

Oigamos la narración de la Bienaventurada: "Una vez que el Santísimo Sacramento estaba manifiesto, después de haberme sentido reconcentrada completamente por un recogimiento extraordinario, Jesucristo, mi dulce Maestro, se me presentó resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y de esa sagrada humanidad salían llamas de todas partes, pero principalmente de su adorable pecho, que parecía una hoguera que, permaneciendo abierta, me dejó ver su muy amante y amable Corazón, que era la viva fuente de esas llamas ¹."

Al referir la primera aparición, la Bienaventurada no describió la persona adorable de Nuestro Señor. Es probable que no tuviera en aquélla el mismo carácter de gloria que en esta vez. Sólo resplandecía el Corazón "coronado de espinas". Era esta una aparición menos regia tal vez, pero más íntima. "Me hizo, dice ella, reposar largo tiempo sobre su pecho." Lo que no estaría de acuerdo, así parece, con esos soles y esas llamas, llamas que cubrían á Jesús en la segunda aparición. Por lo demás, esta diferencia en la forma correspondía á la diferencia de las cosas. Entonces era el amigo, el padre haciendo un tierno esfuerzo para salvar á sus hijos; ahora es el esposo ultrajado, el rey despreciado que va á pedir una reparación.

1 *Memoria*, pág. 327.

Mientras que la Bienaventurada le contemplaba, trémula de emoción, "fué cuando, dice ella, me descubrió las inexplicables maravillas de su puro amor y hasta qué exceso le había llevado su amor á los hombres, de quienes no recibía sino ingratitudes; lo que me es más sensible que todo lo que he sufrido en mi Pasión, á tal grado, que, si me diesen alguna muestra de amor, estimaría en poco todo lo que he hecho por ellos, y querría, si fuere posible, hacer más por ellos todavía; pero no tienen más que frialdad y desprecio para todas mis ansias. Al menos, dijo al terminar, dame la satisfacción de suplir, en cuanto puedas, su ingratitud ¹."

Así que, después de haber manifestado en la primera revelación el verdadero origen de la nueva devoción, á saber, un amor del cual no podía ya contener el fuego dentro del corazón, Nuestro Señor revelaba ahora su carácter. Esta devoción sería una enmienda digna y una expiación para todos los crímenes del mundo, un consuelo para su Corazón lacerado. Invitaba á las almas escogidas á venir á reemplazar al pie de los altares á los que no le aman, y á suplir con su adoración y con su amor los homenajes que no recibe de una multitud indiferente y divagada. *Tú al menos*, y al hablar así Nuestro Señor se dirigía á todas las almas piadosas, *dame el consuelo de suplir su ingratitud en cuanto puedas*.

Y como la Bienaventurada se excusase alegando su insuficiencia: "Mira, le dijo, aquí tienes con que suplir cuanto te falta. Y al mismo tiempo, continúa Margarita, abriéndose el divino Corazón, salió de él una llama

1 *Memoria*, pág. 327.

tan ardiente, que creí que me iba á consumir., Imagen admirable de lo que sería en la Iglesia esta nueva devoción y del fuego que abrasaría á los corazones, cuyo cuadro consolador procuraremos trazar después.

Toda penetrada de aquella ardiente llama, y no pudiendo ya soportar su fuego, la Bienaventurada pidió á Nuestro Señor que se apiadara de su debilidad. “No temas, la dijo, yo seré tu fuerza: oye solamente *lo que yo deseo de ti para el cumplimiento de mis designios.*” Entonces Nuestro Señor le exigió dos cosas: la primera, comulgar el primer viernes de cada mes por vía de satisfacción; la segunda, levantarse todas las semanas, entre once y doce de la noche del jueves al viernes, y prosternarse en tierra durante una hora, en expiación de todos los pecados de los hombres y para consolar á su corazón de ese abandono universal del que fué un débil anuncio el desfallecimiento de los Apóstoles en el jardín de los Olivos.

“Durante todo este tiempo, dice la Bienaventurada, no tenía conocimiento de mí, ni sabía dónde me hallaba. Se acudió á retirarme de allí, y viendo que yo no podía responder ni aun sostenerme en pie, me condujeron ante nuestra madre, la que me vió toda trémula y ardiente., Y cuando la Bienaventurada le refirió lo que acababa de pasar, sea que ella no lo creyese, ó más bien que fingiera no creerlo, “la humilló con todas sus fuerzas: lo que me producía un gran placer y una alegría inexplicable; porque me reconocía de tal manera criminal y llena de confusión, que cualquiera maltratamiento que se me hiciese sufrir, me habría parecido demasiado dulce ‘.”

1 *Memoria*, pág. 328.

“Y el fuego que me devoraba, continúa la Bienaventurada en un estilo que se va elevando, me producía fiebre incesante; pero no me quejé, porque intenso era el placer que disfrutaba sufriendo. Jamás había sentido tanto consuelo, porque mi cuerpo era presa de punzantes dolores que mitigaban un tanto la excesiva sed de sufrir que me devoraba. Este fuego abrasador sólo se alimentaba con el madero de la Cruz, con toda suerte de desprecios, de humillaciones y dolores; y nunca experimenté sufrimientos que pudiesen igualar al de no sufrir demasiado. Se llegó á creer que iba á morir.”

Tal fué la opinión de M. Billiet, médico del monasterio. La fiebre era violenta. La Bienaventurada tuvo sesenta accesos continuos, sin que ningún remedio lograse moderar su ardor. La madre de Saumaise, llena de angustia, se acercó entonces al lecho de la moribunda, y le ordenó bajo santa obediencia que pidiese á Dios la salud, agregando que ella reconocería en esta señal que cuanto acababa de pasar venía de lo alto, y que le permitiría la Comunión del primer viernes del mes y la oración durante la noche del jueves al viernes. Nuestra humilde Margarita experimentó vivísima repugnancia en pedir el término de sus dolores, “temiendo, dice ella, que su petición fuese escuchada.”

Pero al ser requerida en nombre de la obediencia ya no vaciló, y apenas había pronunciado una corta súplica, cuando la fiebre cedió, el pulso recobró su calma, y admirado el médico, declaró que ella estaba curada. Por lo demás, no se necesitaba la declaración facultativa para hacer constar el hecho, porque la santa se puso en pie, y á contar desde ese día, las hermanas advirtieron en su salud un cambio total. La madre de Sau-

maise no resistió ya á la voz de Dios, y concedió á la Bienaventurada el permiso de comulgar el primer viernes del mes, y de levantarse cada semana en la noche del jueves al viernes.

“Sin embargo, la confusión de la madre de Saumaise aumentaba de día en día. Esa comunión que tanto se asemejaba á un milagro, y que tal vez lo era, así como el hecho indisputable de la sanidad de la Bienaventurada, la hacían reflexionar seriamente. Por una parte, aquélla era todavía muy joven, pues apenas contaba veintiséis años de edad, y menos de dos años de vida religiosa. Por otra, las visiones que refería eran muy extraordinarias. ¿No había motivo para temer en todo esto alguna ilusión? La madre de Saumaise se resolvió por fin á consultar; y rompiendo por la primera vez el silencio, consultó con algunas religiosas cuyos nombres no sabemos, “personas de doctrina”, dicen nuestras antiguas *Memorias* ¹. Pero sea que la Bienaventurada, tan tímida y tan humilde, se hubiese explicado mal, sea más bien que hubiese en estas religiosas, en orden á las manifestaciones sobrenaturales, una preocupación que es tan frecuente aun entre sacerdotes y personas piadosas, el resultado de esas conferencias fué que había en todo ello mucho de imignación, un poco de temperamento, y quién sabe si también alguna ilusión del espíritu maligno, tan hábilmente disfrazado, que la buena hermana no lo hubiera conocido.

La obscuridad aumentaba, pues, en vez de disminuir. Condenada por sus superiores y sus confesores, la Bienaventurada no sabía qué sería de ella. “Hacia yo, dice,

¹ *Contemp.*, pág. 81.

grandes esfuerzos para resistir á mis inclinaciones, creyendo que, sin duda, estaba en un error. Pero no logrando aquel objeto, no dudaba ya verme abandonada, puesto que se me decía que no era el espíritu de Dios el que me gobernaba, y, sin embargo, me era imposible resistir á ese espíritu ¹. Un día en que, agobiada bajo el peso de tantas iniquidades, exhalaba sus quejas á los pies de Jesucristo, le pareció escuchar una voz que le decía: "Ten paciencia, y espera á mi siervo." La Bienaventurada no sabía lo que ello significaba; pero tales palabras le sirvieron de consuelo, pensando que Dios vendría en su ayuda cuando fuese tiempo ².

Entre tanto la madre de Saumaise anunció á sus hijas una conferencia piadosa que iba á verificarse ese día por un religioso de la Compañía de Jesús, recientemente llegado á Paray, y que tenía fama de hablar con elocuencia de las cosas tocantes á Dios. Se llamaba el Padre de la Colombière. Había causado extrañeza que se enviase á Paray, país tan pequeño, á un hombre ya célebre, á pesar de su juventud, y que gozaría con el tiempo de gran renombre. El resultado mostró el objeto divino del envío de aquel sacerdote. El Padre de la Colombière llegaba, en efecto, en los momentos de mayor perplejidad, casi al siguiente día de la segunda revelación, tan mal comprendida por "las personas de doctrina," de Paray, la víspera de la tercera y última, más importante que las anteriores; llegaba, para decirlo en breves palabras, á producir la luz en medio de aquellas tinieblas.

La Bienaventurada concurrió con las otras hermanas

1 *Contemp.*, pág. 81.

2 *Memoria*, pág. 345.

á dicha conferencia, sin que produjese en ella impresión alguna el nombre del Padre de la Colombière. Mas apenas el sacerdote había abierto los labios, cuando ella oyó estas palabras: "He aquí al que te envió., Habi tuada á escuchar las palabras de Dios sin esperarlas, bastóle levantar sus ojos hacia el Padre, á fin de conocerle, y dejó en manos de Dios, que le enviaba, el cuidado de presentárselo.

Las témporas habían llegado, y teniendo el Padre de la Colombière el encargo de oír las confesiones de las religiosas, la Bienaventurada tuvo ocasión de advertir que, aunque el Padre jamás la había visto, le habló como si hubiese conocido lo que con ella pasaba. La escuchó por largo tiempo y aun la ofreció volver al día siguiente para tener sobre el estado de su alma una explicación completa. Estos preliminares no podían venir más á propósito; sin embargo, la Bienaventurada no le había abierto aún su corazón; y en cuanto á la segunda propuesta, se conformó con responderle, tímida y humildemente, que haría lo que la obediencia le ordenaba.

Era muy probable que la madre de Saumaise hubiese hablado al Padre de la Colombière acerca del estado de la Bienaventurada, deseando añadir la opinión de un hombre piadoso y elocuente á las que tenía ya de otras personas; acaso también era el mismo Dios quien le había instruído, á fin de proporcionar á su sierva fiel una dirección que tanto necesitaba. Sea de ello lo que fuere, pocos días después volvió el Padre y llamó á la Bienaventurada. "No obstante que yo conociese, dice ella, que era voluntad de Dios que hablara con el Padre, no dejaba de sentir terrible repugnancia cuando fué preciso ir á verle., Pero esa repugnancia sólo duró

un instante. Poco á poco, atraída por la piedad y la dulzura del santo religioso, movida interiormente por la gracia, le confió todos los secretos de su corazón. La conferencia fué larga, y de ella salió Margarita Maria iluminada y consolada. "Me aseguró que nada había que temer, en la conducta de ese Espíritu, tanto más, cuanto que no me substraía á la obediencia; debía de seguir sus movimientos, abandonándole todo mi ser, para sacrificarme é inmolarme según su voluntad. Admiró la gran bondad de Dios en no desagradarse por tantas resistencias, y me enseñó á estimar los dones de Dios y á recibir con respeto y humildad las frecuentes comunicaciones y conferencias familiares que por gracia me concedía: agregando que debía yo estar tributando incessante acción de gracias á tan excelsa bondad. Y como le diese á entender que ese Soberano de mi alma me perseguía tan de cerca, sin excepción de tiempo ni lugar, que no podía orar vocalmente, no obstante que para ello me hacía yo gran violencia, permaneciendo á veces con la boca abierta, sin poder articular palabra, sobre todo rezando el rosario; me dijo que no lo volviera á procurar y que me conformase, en cuanto á la oración vocal, con la que por obligación me tocaba. Y habiéndole referido algo de las más singulares caricias y uniones de amor que recibía de este Bien amado, y que no describo aquí, me contestó que todo ello era un motivo poderoso para humillarme y admirar las grandes misericordias de Dios para conmigo ¹."

Hemos citado esta página toda entera, porque contiene, bajo forma muy breve, una verdadera luz; algo de

¹ *Memoria*, p. 346.

elevado, de dulce, de preciso, de sensato y de piadoso, y porque además contiene la elocuente palabra del Padre de la Colombière. Sin duda que su voz ha resonado en otras partes, que ha predicado largo tiempo, que evangelizó á Francia y á Inglaterra. Pero probablemente no había sido criado, traído de lejos y preparado divinamente por una sucesión de maravillas ocultas sino para decir esa palabra. Una vez pronunciada, va á retirarse, porque su misión ha concluido: misión que no pudo ser ni más gloriosa, ni más útil, porque al llevar la luz á esa alma la ha llevado á millares de ellas. Ha contribuido en gran parte á dar á la Iglesia, en medio de tempestad formidable, un impulso que la hiciera salvar el paso peligroso. Por lo demás, no se retiró sin haber acabado su obra. Estará allí en el momento decisivo de la tercera revelación para ilustrar y sostener á la Bienaventurada; y luego que haya conocido y seriamente estudiado esta última y suprema manifestación de la voluntad de Dios, será el primero, con nuestra Santa, en posternarse, consagrándose al Sagrado Corazón.

TERCERA REVELACIÓN

Del 13 al 20 de Junio de 1675.

En el mes de Junio de 1675 acaeció la última de las grandes revelaciones relativas al Sagrado Corazón, la que iba á cerrar el ciclo de esas solemnes confidencias diciendo su última palabra. Hasta allí la humilde virgen

no había recibido más que favores íntimos, muy semejantes á los que obtuvieron otras almas santas; no se le habían pedido más que prácticas de un culto meramente individual. Ahora llegó ya el momento de confiarla una gran misión pública.

Durante la octava del Corpus, en Junio de 1675, la Bienaventurada estaba de rodillas cerca de la reja del coro, con los ojos fijos en el Tabernáculo. Acababa de recibir “gracias excesivas de su amor,, únicas palabras que había dicho, cuando repentinamente Nuestro Señor se le apareció sobre el altar.

Entonces, descubriéndola su divino Corazón: “He aquí, la dijo, este Corazón que ha amado tanto á los hombres, que no ha omitido medio alguno hasta sacrificarse para dar testimonio de su amor; y en cambio no recibo de la mayor parte más que ingratitudes por sus irreverencias y sacrilegios, y por su frialdad y desprecio hacia mí en este sacramento de amor. Y lo que me es todavía más sensible, agregó el Salvador con un acento que penetró hasta el corazón de la Bienaventurada, es que todo eso proviene de los corazones que me están consagrados., En seguida le previno que hiciese establecer en la Iglesia una fiesta particular en honra de su divino Corazón. “Para esto te pido que el primer viernes después de la Octava del Corpus sea dedicado á una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando ese día y desagraviándole de las indignidades que ha recibido, y yo te prometo que mi Corazón se ensanchará para derramar con abundancia las influencias de su amor sobre cuantos le honren ó procuren que sea honrado ‘.,”

Aquí tenemos, pues, la última revelación; la que se ha considerado, y con justicia, como la más célebre de todas, porque encierra en sí cuanto concierne á la devoción del Corazón divino de Jesús: su principio, que es el amor de Dios desbordándose y haciendo grandes esfuerzos para vencer el mal; su objeto, que es ofrecer á Dios un culto de reparación, de consuelo y de honra; su carácter, que es el de tornarse en culto público, después de haber sido tan largo tiempo una devoción íntima; finalmente, sus efectos, que serán una nueva efusión del amor divino sobre la Iglesia, y más especialmente sobre las almas piadosas que lo propaguen y sean sus apóstoles.

Por lo demás, sea que Nuestro Señor, á fin de dejarla en un momento tan solemne toda la libertad de su espíritu, hubiese templado el brillo de su presencia; sea que la Bienaventurada, tranquilizada por el Padre de la Colombière, desechara todo temor y se entregase sin reserva á la dicha de contemplar á su divino Maestro, el hecho es, que no se advirtió, después de esta tercera revelación, ninguna de las emociones violentas que sucedieron á las dos primeras. La humilde virgen está ahora recogida, atenta, rebosando dicha. Apenas asombrada de la misión que se le confiaba; porque, ¿quién era ella para establecer una fiesta en la Iglesia, ella que ni aun lograba convencer á sus superiores? apenas, decimos, se le escaparon estas palabras: "Pero, Señor, ¿cómo podré hacer lo que me ordenáis?," á cuya pregunta Jesucristo le respondió que se dirigiese al siervo de Dios que le fué enviado "precisamente para el cumplimiento de aquel designio ¹."

¹ *Memoria*, pág. 355.

Dirigióse ella, en efecto, al Padre de la Colombière, y le confió la tercera revelación lo mismo que le había confiado las otras dos. El venerable sacerdote le pidió un relato por escrito, á fin de estudiarlo detenidamente. Más tarde veremos con qué religioso respeto guardó él esa narración, y después de haberla examinado delante de Dios, cuyas claridades le iluminaron, declaró á la Bienaventurada que sin duda alguna esa revelación venía del cielo y podía confiar en ella. Asegurada así, Margarita María no vaciló ya, y arrodillándose delante del divino Corazón, se consagró á El solamente, y le tributó el primero y uno de los más puros homenajes que recibiera en la tierra y en el cielo. A ella quiso unirse el venerable Padre de la Colombière, y se consagró también al Corazón de Jesús. Esto acaeció el viernes 21 de Junio de 1675, inmediatamente posterior á la Octava del Corpus, es decir, el mismo día que Nuestro Señor acababa de designar para que fuese por siempre el día de la fiesta de su adorable Corazón. De este modo recibía en la persona de un santo sacerdote y de una humilde virgen las primicias de la adoración que bien pronto le tributaría la humanidad.

Así fué como terminó este drama grandioso, triple y uno á la vez, de la revelación del Sagrado Corazón; así se desenvolvió sucesivamente, en orden profundo y misterioso, esta incomparable visión de la más humilde de las vírgenes. Y lo que ella vió tres veces consecutivas en esa capilla, al través de esa reja, en medio del silencio y arrebatada en éxtasis, la Iglesia lo ha visto también; ha examinado el testimonio, la narración arrancada por la obediencia á la encantadora modestia de nuestra santa, y la ha declarado verdadera, auténti-

ca. Después de la humilde virgen, la Iglesia también se prosternó á los pies del Sagrado Corazón.

Lo que Nuestro Señor había pedido está hecho ya por dondequiera; el primer viernes de cada mes hay quienes se arrodillan á los pies del Corazón de Jesús para desagraviarle de las incomprensibles ingratitudes de una humanidad que El ama con pasión. Por dondequiera también hay cristianos que se levantan la noche del jueves al viernes, esposas, madres, hijas, sacerdotes, que vienen á velar con El, á llorar con El, y á recibir á veces en su cuerpo las llagas sagradas de la Pasión. Por dondequiera, en fin, en toda la Iglesia católica, el viernes siguiente á la Octava del Corpus es un día solemne, consagrado á contemplar la ternura y el amor del mejor de todos los corazones.

Pero volvamos ya á nuestra interrumpida narración. Hasta ahora sólo conocemos una parte de la voluntad del Señor sobre aquel grandioso intento. Conoceremos luego las otras partes y las veremos también realizarse. Para ello se necesitará algún tiempo, sin duda, á la manera que el sol necesita en un día nebuloso de otoño para abrirse paso entre las nieblas que obscurecen el horizonte, y cuya suave irradiación, por haber sido más lenta, es también más deseada y más grata. Así pasa con el Corazón adorable de Jesús en los tristes tiempos que alcanzamos. No nos quejemos; dos siglos ha que apareció en el horizonte, y ya la mayor parte de los nublados se disipan. Próxima está la hora en que resplandecerá en todo el cielo para reanimar á la tierra.



CAPITULO X

DE QUÉ MANERA PREPARA DIOS EL MONASTERIO DE PARAY
PARA QUE FUESE EL SANTUARIO DEL SAGRADO CORAZÓN

(1675-1678)

*Sanctificamini; cras enim faciet
Dominus inter vos mirabilia.*

Santificaos, porque mañana Dios
obrará maravillas entre vosotros.

(Josué, III, 5.)



A tenéis aquí á nuestra humilde virgen encargada de una de las más grandiosas misiones. Ella, que se había encerrado en el claustro como dentro de una tumba con el fin de sustraerse para siempre á las miradas de los hombres, y que aun en el interior del monasterio se ocultaba con tanto empeño, vedla ahora encargada de hablar al mundo entero, de atraer todas las miradas hacia el Corazón divino de Jesús, conocido hasta entonces solamente por algunas almas escogidas; de llegar hasta el mismo Soberano Pontífice y obtener que se inscribiese una nueva fiesta en el ciclo del año cristiano.

Para dar cima á tan excelsa misión, ¿qué elementos le había Dios preparado? Existía entonces en Meaux un

Obispo, compatriota de nuestra Bienaventurada, que había llegado al culmen de la gloria, y que, si hubiese sabido por aquélla los misterios del Corazón de Jesús, los habría mostrado al mundo con tal brillo de ingenio y de buen sentido, que hubiera resuelto de antemano las estúpidas objeciones del siglo XVIII. Existía, no lejos de Meaux, en Cambray, un Obispo, no de la fama de Bossuet, pero que, por la ternura de su alma, la pureza de su corazón y la noble elevación de sus afectos, hubiera insinuado admirablemente al mundo esta tierna doctrina, tan propia para seducir y encantar á un corazón como el suyo. Había en Bretaña un santo misionero, el venerable P. Eudes, escogido por Dios para establecer en la Iglesia la devoción al Santísimo Corazón de María; que de hecho la había inaugurado recientemente en Autun, en Beauce, en Dijon, en toda la Borgoña, como una bella aurora, precediendo á la devoción del Corazón de Jesús; que continuaba propagándola en Bretaña, en Normandía, en Rennes, en Coutances, en Caen, en Evreux, y que por todo esto y á causa también de su piedad admirable, de su celo ardiente hacia los Santos Corazones de Jesús y de María, hubiera estado mejor preparado que nadie para comprender á la Bienaventurada y ser ilustrado por ella. Poco antes acababa de morir en París un anciano, consumido como San Juan, por el fuego de la caridad, y que en su decrepitud sólo sabía repetir aquellas palabras del profeta de Patmos: "Hijos míos, amaos los unos á los otros.," Este santo era Vicente de Paúl, muy digno también de haber sido el apóstol del Sagrado Corazón, y al exhalar con su último suspiro esta tierna devoción, la habría hecho por siempre venerable. De su escuela fue-

ron dos jóvenes sacerdotes: M. Olier y el P. de Coudren, á quien Dios había confiado la importante obra de reanimar el corazón del clero y de encender la caridad en el pecho de los que debían de ser sus misioneros y sus apóstoles; y sin duda que si ellos hubiesen añadido esta luz á sus ideas sublimes sobre el sacerdocio, tendrían fuerza invencible y hubieran dado mayor encanto y atractivo á la obra grandiosa.

Mas por uno de esos altísimos designios que á cada paso se encuentran en la historia de la Iglesia y en los que Dios se complace de triunfar por medio de la debilidad, ni uno solo de aquellos astros radiantes cruzó el cielo de nuestra Bienaventurada. El solo hombre, no por cierto ilustre, pero sí piadoso y elocuente, que se mostró un instante en Paray, desapareció presto, como si Dios no le hubiese enviado más que para calmar las inquietudes de Margarita María y abandonarla luego á su debilidad.

En efecto, algún tiempo después de la gran revelación que hemos referido, el Padre de la Colombière recibió orden de partir para Inglaterra á fin de servir de capellán á la duquesa de York, María de Módena, princesa católica, casada con el heredero presunto de la corona de Inglaterra. El santo religioso partió en el acto, como hacen los soldados y los religiosos, después de haber escrito dos palabras á la Bienaventurada para recomendarle la sumisión á Dios y la humildad, y haber recibido un billete profético en que ella le encarecía el valor en medio de las dificultades, la dulzura para con sus futuros enemigos y la humildad en los triunfos. Tal fué la despedida de ambos, después de la cual la Bienaventurada se encontró sola, frente á frente de su peligrosa

misión. De pronto se espantó y tembló; pero la calma volvió á su espíritu al escuchar en lo más íntimo del corazón una voz que le decía: "¿Por ventura no te basta Dios '?,

Parece que no podía ser más inoportuna la hora escogida para quitar á Margarita el ilustre guía que acababa de encontrar. Acercábase el momento en que nuestra Santa, destinada á hacer que el mundo conociese los inefables misterios del Corazón de Jesús, debía conocerlos ella misma por medio de una dolorosa experiencia. El Corazón de Jesús, coronado de espinas, atravesado por una lanza, iba á imprimir su imagen viva en Margarita María. Se recordará con cuántas delicias la había colmado Dios durante su noviciado y el día de la profesión, delicias mezcladas, sin embargo, con el anuncio de cierta cruz que vendría más tarde, y de tal naturaleza que, sin un socorro especial de Dios, no la podría soportar. Bien lejos de atemorizarse por ello, la Bienaventurada no cesaba de reclamar esa cruz que al fin iba á venir y que sería tan digna de quien la había prometido como de la que tanto la deseaba.

Los dolores físicos aparecieron desde luego; perdió la escasa salud que aún conservaba, languideciendo más y más cada día, en medio de circunstancias singulares que daban á ese estado de sufrimiento no sé qué de misterioso. Un día que la Bienaventurada sacaba agua del pozo que había en medio del patio, el cubo lleno se escapó de sus manos, y cayendo con toda la fuerza de su peso, hizo girar violentamente un manubrio de hierro que servía para levantar el cubo, y fué á dar á la

cabeza de Margarita derribándola en tierra, destrozándola las encías y haciéndole saltar varios dientes. Se acudió en el acto á socorrerla, y la levantaron llena de sangre, pero sonriendo, porque acababa de comprender, á la luz de ese terrible dolor, cierta visión que tuvo poco tiempo antes. Se le había aparecido la Hostia Sagrada resplandeciente como un sol, y en medio de esa gloria vió á Nuestro Señor, que teniendo en la mano una corona de espinas, la colocó en la cabeza de la Santa, diciendo: "Hija mía, recibe esta corona como prenda de la que te será dada muy pronto en conformidad conmigo.,". En efecto, á partir desde este día sintió alrededor de la frente una especie de círculo de fuego que le impedía reclinar la cabeza, aun en la almohada, pero no exhalaba queja ninguna; al contrario, estaba satisfecha y era dichosa, "por esa conformidad con su Esposo coronado de espinas.,". "Confieso, decía ella, que estoy más reconocida á mi Soberano Maestro por esta preciosa corona, que si me hubiese regalado todas las diademas de los más grandes monarcas de la tierra; tanto más, cuanto que aquélla nadie me la podrá arrancar. Ella me pone con frecuencia en la feliz necesidad de velar y de consagrarme á este objeto único de mi amor, porque ni aun puedo reclinar mi cabeza en el lecho, á semejanza de mi buen Maestro, que no pudo apoyar la suya adorable en el madero de la Cruz.

Al mismo tiempo sentía aumentarse la sed misteriosa que la devoraba, y que en lo de adelante nada pudo calmar, ya porque el ardor que la consumía hubiese desecado su sangre, ya porque Dios quiso darla esta nueva semejanza con Jesucristo crucificado. Por lo demás, sólo la obediencia pudo obligarla á tomar algún refri-

gerio. "Habiendo considerado, dice la madre de Lévis-Châteaumorand, que el último sufrimiento del Salvador en la Cruz fué una sed ardiente, se resolvió á pasarse cada semana, del jueves al sábado, sin beber nada. Otra vez permaneció cincuenta días sin tomar ninguna bebida; y cuando por obediencia á sus superiores se veía obligada á refrigerarse un poco, el agua más tibia, más desagradable, era para ella demasiado buena ¹."

No olvidemos, al enumerar los dolores de la Bienaventurada, aquella llaga invisible que recibió cuando la primera de las tres grandes revelaciones. Habiendo arrojado Nuestro Señor sobre el corazón de su sierva una pequeña chispa de las más vivas llamas de su Corazón, sintió en el costado un dolor misterioso que aumentaba el primer viernes de cada mes. "Esta llaga, decía, cuyo dolor me es tan precioso, me causa tan intensos sufrimientos, que me quema y me consume viva ²."

Pero no es esto todo. Después de haberle dado su corona de espinas, después de haberle comunicado algo de su sed durante las agonías, y algo también de la sagrada herida de su costado, Nuestro Señor, acabando la obra, se le apareció con una Cruz en la mano y le dijo: "Hija mía, recibe la Cruz que te doy y colócala en tu corazón; te hará experimentar los sufrimientos más terribles, inauditos é incesantes." En efecto, desde este día la Bienaventurada no fué más que un conjunto de sufrimientos que causaban compasión. "Cierta-

¹ Proceso de 1715. *Circular* de la madre de Lévis-Châteaumorand, relativa á la muerte de la Bienaventurada, inserta en el *Proceso*.

² *Memoria*, pág. 326.

mente, dice un santo Obispo, ni sus manos ni su costado recibieron la marca sensible de las llagas del Salvador, ni nunca fué favorecida con los milagrosos estigmas que glorificaron á San Francisco de Asís y á otras varios Santos; pero su semejanza con el divino Maestro no era menos real por ser más oculta ¹.„ Un círculo de fuego alrededor de la cabeza, una sed que con nada se apagaba, un dolor en el pecho, como lanzada, una cruz, en fin, tan pesada, tan fatigosa, que muchas veces, á pesar de su energía y de su avidez de sufrimientos, se veía tentada á descargarse de ella. Mas entonces Nuestro Señor intervenía para ponerla él mismo de nuevo sobre la cruz. Por ejemplo, un día en que se hallaba enferma y quería descansar pasándosela al otro hombro, Nuestro Señor se le apareció y le dijo con un acento inefable: “Cuando yo cargaba mi Cruz no llegué á cambiarla de sitio.”

Así cumplía Dios lo que había anunciado á su sirva, cuando al comenzar el noviciado se postró á los pies del Salvador como un lienzo preparado, y la ofreció pintar en él todos los rasgos de su vida paciente. “A semejanza del lienzo de la Verónica, continúa el santo Obispo que acabamos de citar, ella ha recibido la impresión del rostro marchito y acardenalado.” Y era indispensable que así fuese, porque sin dolor no hay perfección, ni elevación intelectual, ni grandeza moral, ni mucho menos santidad. Era preciso, sobre todo, á causa de la misión que se la había confiado. En efecto, ¿cómo hubiera podido comprender el Corazón de Jesús esa hoguera de inmolación y de sacrificio, de inmolación

¹ Carta pastoral del Ilmo. Sr. de Margarie, Obispo de Autun, para la beatificación de la B. Margarita María, pág. 19. Autun, 1865.

por amor; ni cómo hubiera podido hablar de ella y mostrarla al mundo, si no hubiese comenzado por hacer de su propio corazón una hoguera de amor, y por consiguiente, de inmolación y de dolor?

Por lo mismo, aunque Dios la ayudó al intento por medio de pruebas repetidas, de sacrificios y de angustias que no cesaban de crecer, esto no bastaba á saciar el deseo que ella tenía de sufrir, de morir y de amar. “Del amor ardiente que tenía por Jesucristo, dice la madre de Levis-Châteaumorand, procedió el que abrigaba por el desprecio y los sufrimientos, que eran, como ella decía, su pan cotidiano. Y si bien Dios fué liberal en satisfacer sobre este punto sus deseos, ella no dejaba de estar siempre como hambrienta, sin creerse jamás demasiado humillada y quebrantada; grande era su pesar cuando pasaba un día sin ese alimento, y si la obediencia no la hubiera contenido, se habría entregado á terribles excesos ¹.„

“Insaciable era su amor por las penas y el sufrimiento, dicen los *Contemporáneos*. Como Santa Teresa, quería padecer ó morir, y decía que de buena gana viviría hasta el día del juicio con tal de tener siempre que sufrir por Dios; pero vivir un solo día sin dolor le sería insupportable ².„ Decía también que la devoraban dos fiebres insaciabiles; una, de la santa comunión en la que recibía el Dios de su corazón y el Corazón de su Dios; la otra, de sufrimientos, desprecios y humillaciones ³.

Mientras tales cosas pasaban en el alma de la Bienaventurada Margarita María, se preparaban otras en el

¹ Proceso de 1715. *Circular* de la madre de Levis-Châteaumorand.

² *Contemporáneos*, pág. 141.

³ *Ibid*,

interior mismo del monasterio, que proporcionarían abundante alimento al hambre de inmolación que la atormentaba. Su vida se convertía más y más en un enigma para sus hermanas, que nada comprendían de lo que pasaba. En vez de disiparse, las nubes se amontonaban más y más en los espíritus. Margarita no veía en torno suyo sino dudas, sospechas, contrariedades. Representémonos bien lo que era en 1675, para sus hermanas las religiosas de Paray, nuestra humilde Margarita. Dios acababa de confiarle una admirable misión y de concederle un inestimable honor haciéndola confidente de las angustias y los sufrimientos de su Sagrado Corazón; pero las religiosas nada sabían de esto. Ni una palabra del Padre de la Colombière, ni de la madre de Saumaise, ni mucho menos de la Bienaventurada había revelado el secreto; de ella no se sabía más que lo que estaba á la vista, es decir, largas horas de oración, más dilatadas que las de la comunidad; levantarse á media noche, con permiso sin duda de la Superiora, pero contra las costumbres de la Visitación: actos que parecían singulares, como trabajar siempre de rodillas; otros que admiraban, pero no servían de explicación, como esos desvanecimientos que le acometían en el coro y obligaban á las hermanas á llevársela de allí; después, y esto era lo más grave, frecuentes conferencias con la Superiora, con el Padre de la Colombière, con varios confesores extraordinarios, conferencias á que la hermana se sometía, mas no porque ella las deseaba; cosas todas que hacían murmurar á las religiosas, frases como estas: “¿Por qué nuestra querida hermana no obra como obramos todas en la comunidad? ¿Qué empeño tiene de singularizarse!,”

Agreguemos á todo esto aquel ensimismarse tan singular de que ya hemos hablado, que se aumentaba día por día y la hacía incapaz de dedicarse á los oficios conventuales. Se ensayó emplearla en la enfermería; pero sin éxito, aunque era de una bondad, de un celo, de una abnegación á toda prueba y no obstante que su caridad se elevaba á tales actos de heroísmo que su relación espantaría á nuestros lectores. Se trató también de que se encargara de la cocina, pero fué preciso separarla de allí porque todo se le caía de las manos, y la admirable humildad con que ella reparaba esas averías no impedía que fuesen sobremanera perjudiciales al orden y á la regularidad que deben reinar en una comunidad. Se la puso también en la pensión, y aunque las niñas la querían muchísimo y la cortaban pedazos de sus hábitos como reliquias de una santa, eran tan frecuentes sus arrobamientos que la impedían ofrecer la vigilancia necesaria. ¡Pobre hermana querida! En 1675 mucho más que en 1672 no vivía ya sobre la tierra y era preciso dejarla en el cielo adonde se elevaba.

Añádanse á esto las enfermedades extrañas, las curaciones súbitas, las recaídas frecuentes y un estado tal, que los médicos no podían descifrar y que las hermanas eran mucho menos capaces de comprender. ¿Cómo no sorprenderse? ¿Cómo no decir no habrá en todo esto mucho de imaginación, un temperamento desarreglado é ilusiones tal vez? En vano se la interrogaba, porque nada respondía ó no satisfacían sus respuestas ni daban luz alguna á la comunidad. De entre las religiosas, algunas decían que la hermana Margarita María era una ilusa, ó se la acusaba de haberse apoderado del espíritu de la madre de Saumaise y del Padre de la Colombière,

haciéndoles participantes de sus ilusiones. Otras hermanas hubo, que iban todavía más lejos: se preguntaban si la Bienaventurada no estaría poseída del demonio, y hasta algunas al pasar cerca de ella le arrojaban agua bendita.

Esta diversidad de juicios, que Dios permitía como permitió en otro tiempo la incredulidad de Santo Tomás, traían la ventaja de poner más en claro la divinidad de las revelaciones relativas al Sagrado Corazón. Pero también había en aquéllos un inconveniente: dar ocasión á varias faltas, como ligeras murmuraciones, palabras contra la caridad y además, cierta obstinación contra las vías del Señor y algunos propósitos, que harían al monasterio de Paray muy poco apto para ser el santuario del Sagrado Corazón. Todo esto produjo un hecho extraño, muy mal conocido hasta aquí, singularmente exagerado por Mons. Languet, que lo supo de boca de algunas religiosas, las cuales, no perdonándose la parte que tomaron, habían aumentado la culpa que tuvieron. Es necesario, pues, restablecer la verdad y explicar su sentido. Así como cuando Dios quiso dar su ley al pueblo en el monte Sinaí le ordenó que de antemano se purificase, porque “mañana, decía por boca de Moisés, el Señor obrará entre vosotras maravillas,, ó de la misma manera que antes de principiar su ministerio en Jerusalén, Nuestro Señor quiso inaugurarle por la purificación arrojando del templo á los que profanaban su santidad; así en el momento de confiar al monasterio de Paray el tesoro del Sagrado Corazón, resolvió exigirle una expiación solemne de todas las faltas cometidas allí, principalmente respecto de su sierva. Ved cómo pasaron los sucesos:

El 21 de Noviembre de cada año, día de la Presentación de la Santísima Virgen, todas las religiosas renuevan sus votos durante la Misa, después de prepararse al efecto por medio del retiro y de algunos ejercicios de penitencia. Así, pues, el 20 de Noviembre, cuando las hermanas se dirigían al refectorio á las seis de la tarde para hacer la colación, porque era día de ayuno, quedaron sorprendidas de ver que la Bienaventurada entraba, casi arrastrándose, en el refectorio, y llena de lágrimas, con el semblante descompuesto, se arrodillaba en medio de la sala y hacía esfuerzos inútiles para hablar. Estaba como fuera de sí, toda trémula, y apenas de cuando en cuando podía exclamar: "¡Dios mío, Dios mío, tened piedad de mí!". Después de haberse intentado sin éxito hacerla articular otras palabras, se la condujo delante de la superiora, la madre de Sumaise, que se encontraba mala en la enfermería, y en cuya presencia la Bienaventurada mostró el mismo transporte de dolor y de angustias. Allí se la interrogó de nuevo, pero nada respondía hasta que la superiora, que sabía que sólo la obediencia podía desatar sus labios, la ordenó que hablase. Entonces dijo que Dios estaba descontento de la comunidad; que había resuelto castigarla, á menos que Margarita consintiese en ser la víctima sufriendo los castigos preparados para la comunidad; que ella había resistido largo tiempo espantada á la vista de tales humillaciones y sufrimientos; que desde el día en que Dios le había dicho: "Es preciso que tú seas la víctima de inmolación á mi Corazón, á fin de apartar los castigos preparados,,", y que ella de miedo había estado resistiendo, Dios no había cesado de perseguirla; que en esa mañana la cólera de Dios se le presentó de una manera terrible y

la había dicho: "Se te hace duro someterte á mi justicia; y pues que te resistes á las humillaciones, las sufrirás dobles; en vez de una humillación secreta, un sacrificio público, acompañado de circunstancias las más humillantes,"; que por esto ella se había arrastrado hasta el refectorio para hacer en el acto y públicamente el sacrificio que Dios le exigía por los pecados de la comunidad; pero las palabras habían expirado en sus labios, y había desfallecido por el temblor de la confusión, y bajo la mirada del Dios irritado que la perseguía. Todo esto reveló á la superiora en medio de sollozos y con tales miradas de espanto que causaban compasión.

La madre de Saumaise, que conocía las grandes revelaciones del Sagrado Corazón, que no dudaba de la verdad de ellas y que esperaba que de un día á otro Dios las haría conocer á la comunidad, no se admiró de que Dios la quisiese enteramente pura, á fin de que mereciese ser el primer santuario del Sagrado Corazón; y por lo mismo hizo llamar en el acto á la madre asistente y le encargó que fuese á decir á las hermanas que Dios estaba irritado contra ellas, y que, para apaciguarlo, cada religiosa entrase en su celda y tomase una disciplina en expiación de los pecados de que era culpable la comunidad.

Si al imponer esta penitencia la superiora hubiera podido decir la causa que la motivaba, es decir, la necesidad de purificar el lugar en que Dios haría resplandecer sus maravillas, un grito de amor se habría escapado de todas las hermanas. Pero no diciéndoles ni pudiendo decirles nada, sujetaba á una ruda prueba á toda la comunidad. Porque á la verdad, la aparición de la

hermana Margarita en el refectorio, sus lágrimas, los sollozos que la sofocaban, sus exclamaciones de: ¡Tened piedad, tened piedad, Dios mío!, después la conferencia con la superiora, luego ésta anunciando que Dios estaba descontento, que la comunidad no era bastante santa, que era necesario purificarla con la penitencia; todo esto, hoy que la Bienaventurada se nos muestra circundada de una aureola, viniendo de parte de Dios á purificar el santuario del Sagrado Corazón, es bellísimo y lleno de luz; pero entonces no era así. Esta religiosa, tan joven, apenas de veintiocho años, profesa de la víspera, dando lección á todas sus hermanas, á las venerables ancianas que la recibieron ayer, todo esto, fuerza es decirlo, era por lo menos muy singular.

Y sin embargo era tal la piedad y el fervor de esa comunidad, de la cual la madre Greyfié decía este amado Paray es el 'labor de las superiores á causa de la obediencia que en él reina', que las hermanas se retiraron en silencio á sus celdas y cumplieron allí, sin murmurar, la dolorosa expiación que les había sido impuesta, y ni preguntaron siquiera la causa de ella. Solamente algunas, que por su oficio tenían que ir á la enfermería ó que por descontento interior se acercaron á la madre de Saumaise, encontraron allí á la hermana Margarita Maria, todavía trémula y conmovida, y la hicieron varias preguntas; su silencio aumentó el descontento. Y como la hora del retiro había sonado y la Bienaventurada no estaba capaz de dirigirse á su celda, se la condujo allí, ó más bien, se la arrastró, agobiándola á preguntas que pronto se tornaron en ironías y en burlas.

1 Memoria de la madre Greyfié.

Además, como no comprendían nada de los sufrimientos misteriosos de su santa compañera, unas pretendían que se llamase al médico y otras decían que era ya bastante haber acudido al agua bendita.

¿Cuántas eran las descontentas? Cinco á lo sumo. Y si quisiéramos levantar el velo que las cubre, aún podríamos decir sus nombres. No eran hermanas relajadas y tibias, como se ha dicho, sino que, apegadas á la letra y no queriendo innovación de ningún género, tomaban servilmente las palabras de San Francisco de Sales, y encontraban que, en definitiva, en lugar de agitar así al monasterio, mejor hubiera hecho la Bienaventurada en seguir las reglas prescritas.

Por lo demás, se tuvo una prueba de la piedad de ellas, no sólo cuando algún tiempo después á los pies de Mons. Languet se acusaron tan humildemente por haber extraviado su conciencia de historiador, sino desde el día siguiente por la mañana. Inquietas, en efecto, de haber faltado al silencio y de haber dejado escapar, en medio de su excitación, algunas palabras contrarias á la caridad, solicitaron confesarse antes de la Misa, y cuando volvieron de la santa Comunión, la Bienaventurada oyó que Nuestro Señor la decía: "Hija mía, la paz ha venido ya, y mi santidad de justicia está satisfecha.", El templo quedó purificado.

Este acto grandioso, cuya significación no se escapará á nadie, y que no fué sino la purificación divina del monasterio de Paray antes del día en que el sagrado Corazón de Jesús hiciera de él su santuario, fué la última escena en que se nos presenta la venerable madre de Saumaise; los seis años de su prelación tocaban ya á su término. Pocos días después dejaba el monasterio de

Paray para regresar á Dijón, habiendo merecido bien de Dios y de la Iglesia por su inteligencia, su dulzura, su firmeza y su prudencia; porque, después de haber vacilado un instante en presencia de las vías extraordinarias de la Bienaventurada, no tardó en recocer su verdadera vocación á la Visitación, y la admitió en ella dirigiéndola con notable mezcla de dulzura y de fuerza; después, cuando principiaron las grandes revelaciones, la Madre procuró aconsejarse para no errar en materias tan difíciles, escuchó humildemente al Padre de la Colombière, y tranquilizada por él, continuó dejando á Margarita María en su humildad y en la paz.

En fin, segura de que Dios preparaba á su Iglesia una luz radiante, en lugar de prevalerse de la parte que en ello había tenido, se retiró silenciosa, discreta, llevando este secreto en su corazón, y dejando humildemente á otras la honra de asistir á la continuación de aquellas maravillas y de trabajar en que se divulgase el augusto misterio.

Tenemos de ella, respecto de nuestra Bienaventurada, un magnífico testimonio, en el que elogia particularmente, su humildad, su obediencia, su mortificación, su avidez por los desprecios y esa impaciencia de la cruz que crecía á medida que aumentaban las pruebas.

“En los seis años que traté á nuestra hermana Margarita, escribe la madre de Saumaise, puedo asegurar que ni un instante faltó á su resolución, tomada cuando profesó, de hacer reinar en ella á Dios, antes que todo, sobre todo y en todo; y que jamás se permitió el más ligero goce de cuerpo ó de espíritu.”

Esa constancia le atrajo de la divina Bondad gracias es-

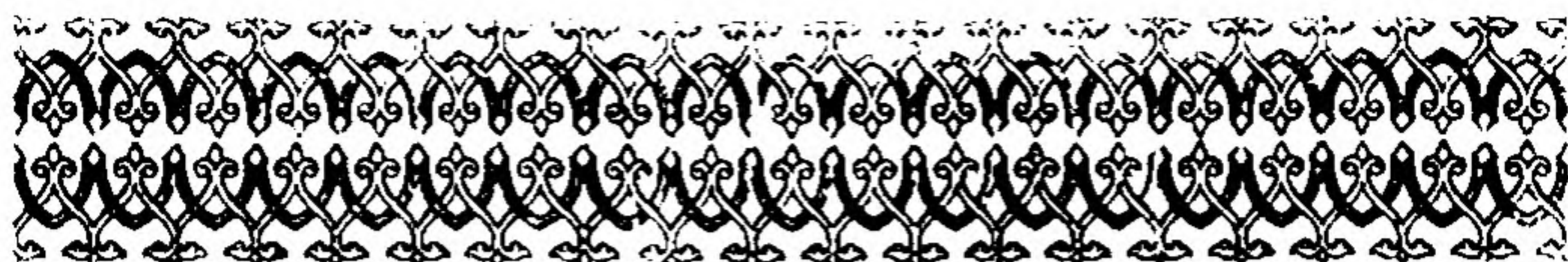
pecialísimas que la produjeron un deseo insaciable de cruces, humillaciones y sufrimientos.

Puede decirse, sin exageración, que nadie habrá de una ambición tan ardiente de honor y de placeres que pueda compararse á la que ella tenía de desprecios y humillación, que eran toda su alegría, á pesar de ser ella extraordinariamente sensible ¹.

Nada puede haber superior á las palabras que preceden.

1 Contemp., pág. 114.





CAPITULO XI

LA MADRE GREYFIÉ SOMETE Á NUEVO EXAMEN LAS VÍAS EXTRAORDINARIAS DE LA BIENAVENTURADA.—SU SEVERIDAD Y SU ATREVIMIENTO.—EL PADRE DE LA COLOMBIERE REGRESA Á PARAY.—MUERE ALLÍ SANTAMENTE.

(1678-1684)

Probate spiritus, ex Deo sint.

Someted á prueba á los espíritus,
para saber si vienen de Dios.

(I Juan., iv, 1.)



EL 17 de Junio de 1678 llegó á Paray la madre Peronne-Rosalía Greyfié, religiosa de Annecy, electa superiora en lugar de la madre de Saumaise.

La primera de las tres preladas encargadas por Dios de examinar las vías extraordinarias de la Bienaventurada, la madre Hersaut, estaba en París; la segunda, que recibió la profesión y fué confidente de las revelaciones del Sagrado Corazón, la madre de Saumaise, estaba en Dijón, patria de Santa Francisca Chantal. He aquí ahora á Annecy, “la santa fuente,” que viene á su turno á proseguir el examen solemne, y que lo cerrará, por decirlo así. En efecto, habiendo llegado á Paray después de la época de las grandes revelaciones, y re-

gresado en el momento de la manifestación pública y del apostolado, parece que la madre Greyfié no recibió otro mandato más que el de hacer brillar la virtud de la Bienaventurada y la divinidad de su misión, por la severidad y atrevimiento de su examen; y es preciso reconocer que ninguna superiora era más á propósito que ella para llenar semejante ministerio. Bendecida desde su más tierna infancia por la venerable Madre de Chantal; admitida al noviciado por la madre de Blonay; recibida á la profesión por la madre de Chaugy, fué nutrida, por decirlo así, desde sus primeros años juveniles, con el aire purísimo de la Visitación. Se refieren de ella, durante el noviciado, acciones llenas de generosidad y de vigor, que denotaban una alma grande. "Es una hermana distinguida, escribía la superiora de Annecy, María Amada de Rabotin, al enviarla á Paray, que posee perfectamente el espíritu de dulzura y fuerza propia para gobernar; una alma recta y sincera, humildísima y muy exacta en la observancia. En fin, queridas hermanas, se necesita amar tanto como yo amo á nuestro predilecto Paray, para desprenderme de una madre con la que estaréis, no lo dudo, enteramente contentas ¹." Sucesivamente superiora en Thonon, en Paray, en Semur, en Ruan, en Annecy, muerta á la edad de setenta y nueve años después de sesenta y dos de profesión, fué una de las más notables superiores de la Visitación en el segundo período de ese instituto. Pero como hay en las almas distintos caracteres, mientras que la dulzura dominaba en la madre de Saumaise y se

1 *Compendio de la vida y virtudes de nuestra honorable madre Péronne Rosalia Greyfié*, que falleció siendo superiora de este primer monasterio de Annecy, el 26 de Febrero de 1717.

admiró en ella ese espíritu franco y expedito en todo lo relativo al bien, lo que caracterizaba á la madre Greyfié era rigidez y la austeridad. “Desconfiaba mucho, dicen las antiguas *Memorias*, de toda conducta extraordinaria ¹. “Su apego á la regla era prodigioso. Se la podía tener como una regla viviente ².” Con tal carácter, ya se calculará que la madre Greyfié no omitió ninguna precaución para asegurarse de las vías extraordinarias de la Bienaventurada. Acaso para esto el monasterio de Annecy, que sabía las agitaciones de Paray, la había designado á la elección de las hermanas. Digamos, remontándonos más alto, que ciertamente con ese objeto Dios la enviaba á Paray, á fin de que después de ella no quedase ya duda alguna respecto de la grandiosa misión de la Bienaventurada. De tal naturaleza fueron, en efecto, las precauciones tomadas por la madre Greyfié, y su severidad fué tan grande, que de ello tuvo remordimientos y no quiso acabar su vida sin manifestar “el sentimiento público de haber condescendido demasiado al deseo que tenía la humilde Margarita de ser humillada y mortificada ³.”

En los momentos en que la madre Greyfié llegaba al monasterio de Paray, ese monasterio “tan bueno, dice ella, y lleno de virtud y de piedad ⁴”, estaba extremadamente dividido á propósito de la Bienaventurada. El acto extraordinario que referimos en el capítulo precedente, y que no había sido explicado, dejó profundas huellas. La discusión versaba, no sobre las revelacio-

1 *Vida y obras*, t. I, pág. 448.

2 *Compendio*, etc.

3 *Memoria* de la madre Greyfié.

4 *Ibid.*

nes del Sagrado Corazón, absolutamente desconocidas de la comunidad, y acerca de las cuales la Bienaventurada no había dicho aún palabra alguna, sino respecto de sus largas oraciones, de sus desfallecimientos en el coro, de sus prácticas inusitadas y de sus enfermedades extrañas. Las religiosas, aun las más graves, las más fervientes, y en cabeza de ellas la madre María Magdalena Escures, “que siempre la miraron como una santa¹”, se inclinaban á creer que era presa de una ilusión.

Es indudable que desde los primeros días la madre Greyfié ha de haber exigido á la Bienaventurada una plena y filial confianza; y que de esta manera, y acaso también por la madre de Saumaise, tuvo noticia de las tres revelaciones del Sagrado Corazón. ¿Qué impresión produjo en su espíritu ese relato? ¿Le dió crédito, ó dudaba de su verdad? Difícil es la respuesta, aunque todo parece indicar que al principio no estaba perfectamente convencida.

Sea de ello lo que fuere, su resolución, tomada desde luego, fué no tener en cuenta nada de eso y reducir á la Bienaventurada á la vida común de todas las hermanas. Ella misma nos refiere con cuánto rigor ejecutó su resolución. “Cuando entré al servicio de vuestra casa, escribía más tarde á las hermanas de Paray, si bien vuestra comunidad era muy buena y llena de virtudes y de piedad, encontré los ánimos fuertemente divididos respecto de esta verdadera esposa del Salvador crucificado. Así es que, con el intento de que cada hermana recobrase la paz y la tranquilidad, casi nunca di á conocer que fijaba la

¹ *Compendio de la vida y virtudes de la hermana Maria Isabel de la Salle*, muerta en Paray el 10 de Febrer de 1735.

atención en lo que de extraordinario había pasado con Margarita María. Jamás hablaba yo de ella á persona alguna del monasterio ó de fuera de él. Si sucedía que hiciese algo que desagradara, aunque hubiera sido por orden mía ó con mi licencia, sufría que se reprobase, y aun yo misma la vituperaba cuando eso ocurría en presencia de ella ¹.„

Semejante conducta hubiera sido imprudente con una alma imperfecta, y la habría sublevado. Pero aquí cualquier esfuerzo de la madre Greyfié no lograria humillar á la Bienaventurada tanto como ella misma se abatía y se humillaba. “Siempre, continúa la madre Greyfié, se echaba ella la culpa de todo, era la que hacía el mal ú ocasionaba que Dios lo permitiese á las otras. Por lo mismo, no cesaba de pedirme permiso para hacer penitencia, á fin de satisfacer á la justicia divina. Si se le hubiese permitido, habría macerado su cuerpo con ayunos, vigiliass disciplinas sangrientas y todo género de penitencias.„

No habiendo producido efecto alguno el primer medio empleado por la madre Greyfié, ensayó otro nuevo. No solamente afectaba no hacer aprecio de la Bienaventurada, sacrificándola siempre á las murmuraciones de la comunidad, aunque hubiera obrado de orden de la superiora, sino que, para acabar de calmar á las hermanas, comenzó á retirar á la Bienaventura cuantos permisos le había concedido. Lo tenía para practicar la hora santa, es decir, para que cada semana, en la noche del jueves al viernes, al terminar los Maitines, permaneciera en el coro hasta las once, postrada, con los bra-

1 *Memoria* de la madre Greyfié.

zos en cruz y el rostro pegado al suelo. Entonces era cuando Nuestro Señor le hacía participar de una manera inefable de los dolores de su agonía. La madre Greyfié la hizo, desde luego, cambiar de postura, exigiéndola que estuviese de rodillas y con las manos juntas. Después habló de suprimir enteramente ese ejercicio. Mientras sólo se trató de cambiar de postura, la humilde Margarita no dijo palabra. Pero cuando se suprimió la hora santa, obedeció, es verdad, porque nada podía hacerla faltar á la obediencia; solamente que dos ó tres veces, al salir de la oración, vino llena de espanto á decir á la superiora que Nuestro Señor parecía irritado, y que debía temerse que un golpe terrible revelase su cólera. No fijó en ello la atención la madre Greyfié, y mantuvo las órdenes que había dado. Entre tanto murió súbitamente y con circunstancias que sorprendieron á la madre Greyfié, una de las hermanas más jóvenes de la casa, de las más amables, y en la que se fundaban lisonjeras esperanzas. La madre Greyfié creyó ver en esa muerte súbita el golpe de cólera de que fué amenazada, y se apresuró á dar á la Bienaventurada el permiso de practicar la hora santa. Ella misma lo refiere así, con humildad y sencillez. Pero obligada á ceder en este punto, se mantuvo firme en lo demás; y nuestra pobre Bienaventurada, arrastrada por una fuerza más poderosa que ella, y, aunque ya había alzado el vuelo, tuvo que reducirse humildemente al paso de todas las hermanas.

La madre Greyfié fué más lejos todavía: afectaba no hacer más aprecio de sus enfermedades que de sus gracias y de los permisos que se le habían otorgado, y la obligó, no obstante la fiebre que la quemaba, y á pe-

sar de hallarse agobiada de males, á practicar todos los ejercicios de la comunidad. Conmovía hasta las lágrimas el ver esa perfecta obediencia con que se arrastraba hasta el coro, permaneciendo allí de rodillas, las manos juntas, y sin hacer más movimientos que los que la fiebre le arrancaba. Célebre se hizo un caso que ocurrió entonces. Hallábase la Bienaventurada en la enfermería, postrada en cama, cuando se le presentó la madre Greyfié manifestándole que era fuerza que se levantara para dar principio en el acto á su retiro anual. “Id, la dije; os pongo en manos de Nuestro Señor para que os dirija, os gobierne y os sane según su voluntad.” Algo se sorprendió de pronto la Bienaventurada al verse sometida al retiro estando agobiada por la fiebre; pero la alegría de ser “puesta en manos de Nuestro Señor,” como había dicho la madre, dominó todo. Inmeditamente dejó la cama y comenzó su retiro; pero Dios, que ama á las almas generosas, se le presentó en el acto de haber sido encerrada en su estrecha celda, y habiéndola encontrado postrada en tierra y transida de frío, la hizo levantar cariñosamente, diciéndola: “Hete aquí conmigo y confiada á mis cuidados: por esto quiero verte sana á la que te ha puesto en mis manos.” En efecto, al cabo de ocho días, pasados en inefables delicias, Margarita María salió de su retiro tan sana y tan fuerte, que llenó de admiración á la madre Greyfié.

Tentación habría de acusar de crueldad á la madre Greyfié, y parece que con razón. Ella trataba de ver claro; sentía el peso de su responsabilidad en materia tan grave; y como por naturaleza era poco inclinada á las cosas extraordinarias, y además “sabía, como dice Santa Francisca Chantal, que las hijas se imaginan á

veces más de lo que hay,, temía ser engañada é inducir en error al monasterio y al instituto, y por lo mismo tomaba todo género de precauciones para asegurarse de la verdad de las revelaciones del Sagrado Corazón. Y suponiendo que en ello se hubiese excedido, ¿quién se atrevería á censurarla?

Resuelta, pues, á salir de dudas, quiso tener á toda costa un hecho auténtico que le probase ser Dios el que conducía á la Bienaventurada. En consecuencia, llena de esa santa audacia que se registra en la vida de los santos, se atrevió hasta á pedir un milagro. Véase cómo pasó el suceso, que tuvo numerosos testigos é hizo mucho ruido.

Escuchemos desde luego á la madre Greyfié: "Un día, dice, en que la virtuosa hermana comenzaba á salir de una grave enfermedad, pero todavía sin poderse levantar, fui á visitarla; no recuerdo si era sábado ó la víspera de alguna festividad. En el acto me pidió permiso de levantarse al día siguiente para asistir á la santa Misa. De pronto vacilé; ella comprendió que yo no la juzgaba aún bastante fuerte para concedérselo, y respondiendo á mi pensamiento, me dijo: "Querida madre, si me lo permitis, Dios me lo permitirá también concediéndome la fuerza que para ello necesito. Entonces di orden á la hermana enfermera de que le mandase alimento por la mañana y que la hiciese levantar cerca de la hora de los oficios, para conducirla á la santa Misa ¹.

La hermana Catarina Agustina Marest estaba encargada de la enfermería, y habiendo notado que desde la tarde de ese mismo día la Bienaventurada se encontraba mejor, creyó que no solamente podría oír la misa,

¹ Memoria de la madre Greyfié.

sino también recibir la santa Comunión de que había estado privada por tanto tiempo. En este sentido habló á la hermana enfermera, suplicándole fuese á pedir permiso para permanecer en ayunas, á fin de poder comulgar. La hermana Marest prometió hacerlo así; pero se le olvidó. Al día siguiente hizo levantar á la Bienaventurada muy temprano y en ayunas; después, acordándose repentinamente de que había olvidado pedir permiso, salió de la enfermería para ir á buscar á la superiora y advertirla de lo que pasaba. "Dios permitió, continúa la madre Greyfié, que mientras ella iba por una parte, entrase yo por otra á la enfermería. Apenas vi á la pobre enferma de pie y supe que estaba en ayunas con intención de comulgar, cuando sin informarme de más, le dirigí una severa reconvención exagerándole los defectos de su conducta y atribuyéndolos á su propia voluntad y á falta de obediencia, de sumisión y de mansedumbre. En conclusión, la ordené que fuese á Misa y que comulgase allí; pero que puesto que su propia voluntad le había dado fuerza y valor para ello, me tocaba ahora imponer mis órdenes. Por lo mismo le mandé que en el acto llevase á su celda la ropa de dormir y su cubierto al refectorio, que se fuese á rezar el oficio en el acto que llamaran, y que siguiese en todo los oficios de la comunidad cinco meses continuos sin volver á la enfermería. Recibió de rodillas mi corrección, con las manos cruzadas sobre el pecho y con semblante dulce y tranquilo. Después de haber oído mis órdenes, me pidió humildemente perdón y penitencia de su falta, y comenzó inmediatamente á ejecutar al pie de la letra lo que yo le ordenaba ¹."

¹ Memoria de la madre Greyfié.

Había en este momento en la enfermería dos hermanas, Francisca Margarita de Athose y Catarina Agustina Marest, que regresaba á ella. Ambas han depuesto en el proceso de canonización acerca de la impresión que les causó la humildad de la Bienaventurada. Ambas la vieron ponerse humildemente de rodillas delante de su superiora, pedirle perdón de una falta que no había cometido, y sin réplica ni excusa dirigirse simplemente adonde la obediencia le mandaba que fuese.

Es indudable que á causa de una vivacidad producida por la emoción, la madre Greyfié había ordenado á la Bienaventurada que se llevase á su celda la ropa de la cama y que no pusiera los pies en la enfermería *antes de cinco meses*; porque cuando la santa hubo partido, y reflexionando que esto era humanamente imposible, la venerable superiora tuvo la inspiración de que esta era la oportunidad que ella buscaba hacía mucho tiempo de pedir á Dios un milagro que disipase aun los últimos restos de la duda. En el acto regresó á su celda y allí escribió el billete que sigue y lo envió á la Bienaventurada, que ya estaba de rodillas en el coro para oír la Misa:

VIVA ✠ JESUS

“La infrascrita, en virtud de la autoridad que Dios le ha dado como superiora de su hermana Margarita María, le ordena, bajo de santa obediencia, pida la salud á Nuestro Señor con tanto fervor é instancia, que incline su bondad á concedérsela, para no ser siempre gravosa á la Orden y poder practicar asiduamente to-

dos los ejercicios de la comunidad, y esto hasta el día de la Presentación de Nuestra Señora en el año actual de 1680, en cuyo día veremos lo que convenga hacer en lo de adelante.

Sor Peronne Rosalia Greyfié,

superiora.»

Ya se verá que la madre Greyfié no caminaba perezosamente. Por lo demás, se tuvo una nueva prueba de que en las grandes ocasiones Dios se complace en esos atrevimientos de la fe. El milagro pedido por la Bienaventurada fué instantáneo y brillante, ó mejor dicho fueron dos milagros. Priemro la curación súbita, extraordinaria seguida de una salud perfecta; después, al cabo de cinco meses, el día de la Presentación, una recaída tan violenta, tan lamentable, en un estado de sufrimiento tan extraordinario, que la intervención de Dios se hizo evidente. Testigo de ambos prodigios fué la comunidad entera. Multitud de hermanas declararon en el proceso de canonización, y todas dijeron que no sabían qué admirar más, si lo súbito de la curación ó la precisión de la recaída.

Escuchemos á la Bienaventurada referir el primer milagro: "En el momento de la elevación de la Misa sentí sensiblemente, dice, que todas mis enfermedades me fueron arrancadas á la manera de una ropa que me hubiese sido quitada; y me encontré con la fuerza y la salud de una persona robustísima que nunca hubiese estado enferma ¹."

¹ *Memorias*, pág. 363.

Oigamos ahora á los *Contemporáneos*, que hablan del segundo: "Todos admiramos un milagro visible, pues que en el momento de expirar los cinco meses, cayó repentinamente tan enferma como lo había estado antes ¹."

En fin, varias religiosas han declarado á la vez acerca de los dos milagros. "La Venerable, dice la hermana Francisca Chalón, fué súbitamente curada el día en que se lo pidió la superiora; entró al coro con la comunidad, en gran manera sorprendida de una curación tan repentina, y continuó perfectamente sana durante cinco meses; terminados éstos, volvió á caer enferma de sus antiguos males; agregando la expresada declarante, que la venerable hermana la hizo leer el billete que la superiora le envió y en el que le exigía su curación como prueba de la divinidad de lo que en ella pasaba ²."

"Atestiguo, dice la hermana Rosalía de Lyonne, que vi á nuestra venerable hermana en los momentos en que su enfermedad era más grave, recibir el billete de la superiora en que se le ordenaba pidiese á Dios su curación, en señal de que todo lo que había pasado venía de Dios. La Bienaventurada aceptó la alternativa, y súbitamente el mismo día recobró la salud, con grande asombro de las religiosas, en el instante en que comenzó á practicar todos los ejercicios de la comunidad. Así permaneció en perfecta salud durante cinco meses sin tener necesidad de remedio alguno, pero al fin de ellos recayó de todas sus enfermedades. Agrega la declarante que vió y leyó el mencionado billete, que fué testigo ocular de la curación y de la recaída, y que la venera-

1 *Contemporáneos*, pág. 150.

2 *Proceso* de 1715, pág. 57.

ble hermana le dijo en confianza, que si la superiora hubiera pedido cinco años en vez de cinco meses, sin duda alguna los habría obtenido de su amable Salvador ¹.» Otros testigos, como la hermana Catarina Marest y la madre Isabel de la Garde, refieren lo mismo y atestiguan en términos idénticos la sorpresa y la admiración de todas las hermanas.

Mientras que la virtud de la Bienaventurada crecía de ese modo en medio de tantas pruebas, su santo director, el Padre de la Colombière, se transfiguraba en el martirio. Si se había envidiado su buena suerte cuando fué nombrado capellán de la duquesa de York y confesor del heredero presunto de la corona, se tenía hoy en su persona el espectáculo de lo poco que valen los honores mundanos. Después de haber pasado cuatro años en el palacio de la duquesa de York viviendo como religioso y en tal aislamiento que ni siquiera había recorrido la gran capital de Inglaterra, y al mismo tiempo como un Apóstol predicando sin cesar y con gran provecho, fué envuelto repentinamente, con los católicos ingleses, sobre todo con aquellos que habitaban en el palacio del duque de York, en una terrible acusación de complot contra la seguridad del Estado.

Esa acusación era, en apariencia, política, destinada, se decía, á salvar la vida del rey amenazada, pero en realidad llevaba el objeto de deshonar al duque de York, su heredero presunto, porque era católico, para impedirle que ocupase el trono. En épocas de revolución, cuando el pueblo está excitado basta una palabra para producir un incendio. La idea de un supuesto com-

1 *Proceso* de 1715, pág. 57.

plot urdido por los católicos contra la vida del rey de Inglaterra fué acogida por el pueblo inglés con una credulidad de que se avergüenzan aun hoy los más reputados historiadores. El Padre de la Colombière fué designado especialmente, á causa de su alta posición y por sus talentos y celo apostólico, y le arrestaron desde luego en el palacio mismo de la duquesa, poniéndole preso en seguida. Durante un mes permaneció en la prisión pidiendo que se le juzgase, muy quebrantado de salud y resignado á morir. Al cabo de ese tiempo se le sacó de la cárcel y se le obligó á asistir al suplicio de cuatro Jesuitas ingleses que fueron ejecutados á su vista. Después, no habiéndose atrevido contra su persona á causa de su calidad de francés, se le desterró para siempre de Inglaterra, y un navio fué á depositarle en las costas de Francia. La humedad de la cárcel, la emoción de un alma como la suya en presencia del suplicio de sus amigos, el dolor de abandonar la Iglesia católica de Inglaterra, desolada, arruinada por largo tiempo, le causaron vómitos de sangre de que jamás pudo curarse y que en pocos meses le llevaron al sepulcro.

No bien puso los pies en tierra de Francia, cuando escribió al superior una carta que revela la más profunda humildad. Desde luego pide excusas por haber vuelto casi imposibilitado de trabajar, como una carga para la Compañía, y á cuyas órdenes se somete en el acto. "Gran pena me causa, decia, regresar á la provincia en un estado que no me permitirá trabajar laboriosamente este año." Habiéndole designado la ciudad de Lyon como lugar de residencia, atravesó rápidamente por París y tomó el camino de Borgoña. En Dijón se detuvo por ver á la madre de Saumaise, á la que profesaba sin-

gular estimación por ser tan generosa y tan buena. Deseaba hablar con ella de la Bienaventurada Margarita María y saber pormenores de todos los prodigios de que ambos habían sido los primeros confidentes. Es de sentirse en gran manera que no se haya conservado un relato de las conferencias que estas dos grandes almas tuvieron entre sí, bien por que la madre de Saumaise quisiese guardar el secreto de ellas, ó porque las hermanas á quienes se las refirió no hubiesen tenido la idea de consignarlas por escrito. Sólo se sabe que durante la visita que el Padre de la Colombière hizo en el locutorio á toda la Comunidad, aprovechó un momento en que se ausentó la superiora para felicitar á las hermanas por tener una madre tan digna, añadiendo humildemente que se consideraría dichoso de estar bajo su dirección.

De Dijón pasó directamente á Paray, conducido por la misma mano que llevó á la madre Greyfié, á fin de hacer brillar los últimos resplandores sobre las vías extraordinarias de la Bienaventurada. Difícilmente fué reconocido de pronto en Paray el Padre de la Colombière; no era ya aquel joven religioso, á la vez tan humilde y tan brillante, que hablaba con un ardor tan comunicativo; ahora apenas podía respirar. Se comprendía, desde luego, que "acababa de pasar, como dice la Escritura, por una gran tribulación ¹". Pero la paz de su alma, el brillo de su mirada, tanto más notable cuanto que su semblante estaba marchito y demacrado, su recogimiento y su fe vivísima, sobre todo en el altar, decían demasiado que esa tribulación le había sido benéfica, y "que en ella acabó de lavar su túnica en la

1 Apoc., VII, 14.

sangre del Cordero„. Todo el pueblo y la Visitación en particular le acogieron con la misma veneración de los primitivos cristianos hacia los confesores que el hacha del verdugo había perdonado con gran pesar de ellos, y que, en expresión de un Padre de la Iglesia, “no habían escapado al martirio sino porque el martirio se les había escapado á ellos ¹„.

Pareció al principio que Paray le comunicaba algo de fuerza. Pocos días después de su llegada escribía á la madre de Saumaise: “Al regresar á Paray yo estaba enfermo; pero en dos días me he restablecido de tal suerte que he podido trabajar durante una semana, desde el amanecer hasta la noche, sin sentir incomodidad alguna. No sabría deciros cuántos motivos de consuelo me ha dado Dios: encuentro las cosas admirablemente dispuestas, *y me parece que todo se ha aumentado desde mi partida....* Debéis suponer que ocho días no me han bastado para tener largas conferencias con todos los que han deseado hablarme; y sin embargo, la misericordia infinita de Dios ha querido dar tantas bendiciones á las pocas palabras que he dicho, que todo el mundo ha renovado su fervor ²„.

Diversas ocasiones y por largo tiempo habló con la madre Greyfié; pero sólo una vez vió á la Bienaventurada de acuerdo con la conducta que siempre había seguido respecto de ella. La veía poco y raras veces, y casi no se escribían. Si la Bienaventurada tenía una palabra que decirle, una luz de Dios que hacerle conocer, escribía en una tira de papel y la confiaba á la madre

1 Aprobación de los sermones del Padre de la Colombière, 21 de Diciembre de 1681.

2 Carta escrita en Lyon el 23 de Marzo.

Greyfié para que ésta la enviase ó no á Londres. El Padre contestaba bajo cubierta á la superiora, ó más bien en su carta. Un desprendimiento celeste reina en esas relaciones escasas y rápidas; nada de humano se nota en ellas. Aquella única visita fué, por lo demás, llena de consolación: “No pude ver más que una vez á la hermana Margarita María, pero tuve gran consuelo en esta visita; la encontré, como siempre, extremadamente humilde y sumisa, llena de amor á la cruz y á los desprecios. He aquí las señales del espíritu que la guía y que jamás han engañado á nadie ¹.

Esto que el Padre de la Colombière escribía á la madre de Saumaise, lo había dicho varias veces á la madre Greyfié, con la que tuvo largas conferencias, declarándole terminantemente que “no vacilaba en creer que lo que pasaba respecto de aquella querida hermana venía de Dios”. Y daba para ello esta razón: “No hay aquí ninguna apariencia de que sean meras ilusiones, porque entonces resultaría que el demonio, queriendo engañarla, se había engañado á sí mismo: la humildad, la sencillez, la obediencia ciega y la mortificación nunca han sido fruto del espíritu de las tinieblas ².”

“Con esta opinión, dice la madre Greyfié, me hallé muy asegurada, porque en todas circunstancias siempre encontré á mi hermana Margarita María en la práctica fiel de estas virtudes y en la exacta observancia de nuestros santos deberes ³.”

Durante los ocho ó diez días que estuvo en Paray, el Padre de la Colombière había notado, como escribió á

1 La misma carta.

2 *Contemp.*, pág. 130.

3 Memoria de la madre Greyfié.

la madre de Saumaise, *que todo aumentó durante su ausencia*. Y era cierto; la severidad de la madre Greyfié había hecho brillar simultáneamente la virtud de la Bienaventurada y la divinidad de las grandes revelaciones. Su atrevimiento en pedir un milagro había comenzado á coronar á nuestra humilde Margarita con la aureola de los santos. Por otra parte, es privilegio del amor verdadero inflamarse más á medida que se le persigue, como el fuego excitado y animado por el viento. Por eso ella cantaba el día de su noviciado:

Al contrariarse mi amor,
Este único bien me inflama.

Reprimida en sus aspiraciones más profundas, privada de los ejercicios que desahogaban su amor manifestándolo, la Bienaventurada sentía crecer en ella la pasión á Dios y al Sagrado Corazón. De intento he dicho la pasión, porque la palabra amor, tan grande, tan profunda, tan excesiva cuando se trata del común de los hombres, expresa de una manera muy pálida el incendio que había estallado en su corazón. No le bastaba ansiar los desprecios y las humillaciones, ni anegarse en sus sufrimientos; aspiraba además á no sé qué donación de sí misma, más completa que la que había hecho hasta entonces, que entregase todo su ser al Corazón de Jesús en el presente y en lo por venir. Impulsada por estos sentimientos, tuvo la inspiración de hacer una especie de testamento en el que abandonaba todo en manos de Nuestro Señor para que dispusiese de ello á su arbitrio y lo transmitiera á quien quisiese; no solamente sus oraciones, sus sufrimientos y sus méritos pre-

sentes, sino también las oraciones y el santo sacrificio que se aplicasen por ella después de muerta, queriendo ser despojada de todo en provecho del único á quien amaba. Concebido y preparado este testamento, tuvo la decisión de pedir á la madre Greyfié que le sirviese de notario, diciéndola que venía de parte de Nuestro Señor.

La madre Greyfié, aunque por naturaleza era poco inclinada á tales actos, sintió la grandeza de éste, y asegurada lo como estaba por el Padre de la Colombière, iluminada por el milagro de la curación de la hermana y por otros sucesos que revelaban la intervención divina, no vaciló más. Ella misma escribió aquella donación y la firmó con la humilde fórmula siguiente:

SOR PERONNE ROSALIA GREYFIÉ

actual superiora, y de la cual mi hermana Margarita pedirá diariamente la conversión con la gracia de la penitencia final.

Al terminar esto y en el momento de firmar, la Bienaventurada suplicó á la madre Greyfié le permitiese firmar con su sangre. Otorgado el permiso, la hermana subió á su celda, descubrió su pecho, y recordando á su ilustre y santa fundadora, grabó sobre su corazón con un cortaplumas el nombre de Jesús. Con la sangre que corría de esta herida escribió al pie del acta:

SOR MARGARITA MARÍA,

discípula del divino Corazón del adorable Jesús.

El mundo calificará todo esto de locuras y de excesos. Es cierto; pero ellos corresponden á otros excesos más inexplicables aún. Aquí las disciplinas de la penitencia, ante Pilatos las varas de la flagelación; aquí el nombre de Jesús escrito en el pecho con caracteres sangrientos, en el Calvario los pies y las manos del Salvador taladrados y su costado abierto. Dos locuras en vez de una, y la del hombre muy inferior á la de Dios. Si en el mundo se cometen locuras semejantes por criaturas que mañana habrán desaparecido, y que en el instante mismo en que cautivan nuestros corazones no tienen más que una sombra fugitiva de belleza, ¿por qué no se las comprende respecto de Aquel, que es la belleza infinita, aunque siempre cubierta con un velo? Si consintiese en levantárselo, su vista turbaría súbitamente nuestra razón, y conoceríamos por experiencia esas extravagancias del amor que ahora son el privilegio dichoso de unos cuantos.

Manifestóse satisfecho Nuestro Señor de la donación que la Bienaventurada acababa de hacerle. “Mi divino Maestro, escribe, me mostró gran complacencia por aquel acto, y me dijo que puesto que su amor me había despojado de todo, no quería que yo tuviesen más riquezas que las de su sagrado Corazón.” “Te constituyo, añadió, heredera de mi Corazón y de todos sus tesoros, y te prometo que no te faltarán socorros sino cuando á mí me falte el poder. Tú serás, por lo mismo, desde hoy la discípula bien amada ¹.” Tuvo además una palabra para la madre Greyfié y “prometió que la otorgaría la misma gracia concedida en otro tiempo á Santa Clara

1 *Memoria*, pág. 349.

de Montefalco, á saber: que agregaría á sus obras el mérito infinito de las suyas, y que á causa del amor que ella había manifestado por su sagrado Corazón, la haría merecer la misma corona ¹., “Lo que me produjo gran consolación, agrega la Bienaventurada, porque yo la amaba mucho á causa de haber nutrido mi alma abundantemente con el pan delicioso de la mortificación y la humillación.”

Sin embargo, en medio de la paz y de la alegría ocasionadas por aquel acto sublime, la generosa y ferviente Margarita María experimentaba un pesar. La imagen del nombre de Jesús, que había grabado sobre su corazón, y que deseaba fuese tan permanente como su amor, la vió al cabo de algún tiempo irse desvaneciendo hasta que al fin se borró. Apoyándose en el permiso que había recibido, intentó una ó dos veces renovarla abriendo sus líneas con un cortaplumas; y como al fin no lograba su intento, se decidió á recurrir al fuego. Con tan grande atrevimiento lo hizo, que temiendo de repente haber traspasado los límites de la obediencia, corrió trémula y humillada á confesar su falta. La madre Greyfié, fiel á su táctica de prestar en apariencia poca atención á lo que le decia la Bienaventurada, le ordenó secamente y en breves palabras que fuera á la enfermería para que la hermana Agustina Marest la curase. La Bienaventurada no se esperaba este colmo de humillación. ¿Era preciso, pues, poner á una simple hermana al corriente de los santos ardores de su amor? ¡Y qué hermana, sor Agustina Marest, que, en la rudeza de su carácter, tenía tan poco sentido acerca de estas cosas!

1 Ibid.

Timida y ruborizada, Margarita María fué á quejarse con Nuestro Señor. “¡Oh único amor mío! ¿permitiréis que otros vean el mal que me he causado por amor vuestro? ¿No sois omnipotente para curarme, Vos, el soberano remedio de todos mis males?„ Enternecido por esta pena, el Divino Maestro la prometió que al día siguiente quedaría curada, como en efecto sucedió. A otro día ya no quedaban de aquellas llagas sangrientas sino unas anchas cicatrices. En esto llegó la hermana María Magdalena Escures, enviada por la madre Greyfié que, menos indiferente de lo que aparentaba y preocupada con lo que le había dicho la Bienaventurada, encargó á esa hermana que le diese un informe sobre la gravedad del mal. La hermana pretendió ver la llaga; pero como la Bienaventurada se sentía ya sana, creyó que estaba dispensada de obedecer, y rehusó mostrarla, manifestándose agradecida á la hermana por su cuidado. No lo entendió así, por cierto, la madre Greyfié, y al saber la repulsa se dirigió á la Bienaventurada, la reprendió vivamente por su desobediencia, la privó ese día de la santa Comunión, “lo que era para mí, dice, la más ruda penitencia„, y la ordenó que mostrase sus llagas á la hermana ¹. La hermana Escures encontró, en efecto, que aquéllas estaban curadas, y pudo ver aún sus gloriosas cicatrices. “Las llagas profundas é inveteradas no existían ya; sólo se notaban unas escamas secas, marcando la forma del Santo Nombre de Jesús escrito en gruesos caracteres semejantes á los que se pintan con molde en los libros grandes ².„

Pero si la madre Greyfié manifestó su desagrado por

1 *Contemp.*, pág. 140.

2 Proceso de 1715.

aquella especie de desobediencia, ¿qué sería esa severidad comparada con la que desplegó Nuestro Señor respecto de Margarita María? Se le apareció con semblante irritado, le reprochó su falta y la tuvo sujeta durante cinco días sin permitirle levantar ni un instante los ojos hacia el adorable Corazón. “Me vi, dice ella, sometida bajo sus pies cerca de cinco días llorando mi falta y pidiendo perdón con incesantes penitencias ¹.”

“En castigo de esta falta, Nuestro Señor me dijo que jamás aparecería exteriormente sobre mi corazón la impresión de su santo nombre.” En efecto, cuando la Bienaventurada murió, la misma hermana María Magdalena Escures, que había visto las cicatrices profundas, tuvo la santa curiosidad de examinar si aún existían, y nada encontró ya. “Bien inspirada habéis sido, le escribía la madre Greyfié que entonces estaba en Annecy, al inspeccionar si existía aún sobre su corazón el Santo Nombre de Jesús que ella grabó allí; y lo que me aseguráis acerca de no haber hallado traza alguna, es para mí mayor confirmación de la verdad de sus gracias, porque yo sé que en castigo de cierta falta Nuestro Señor le había dicho que ese sagrado nombre no aparecería exteriormente ².”

Entre tanto, el Padre de la Colombière, lejos de restablecerse, empeoraba cada día más. La enfermedad de pecho que contrajo en las prisiones de Londres le iba acercando poco á poco al sepulcro. Se le envió á Paray con la esperanza de que le fuese favorable el aire tibio y puro de ese valle; pero en realidad había ido allí para morir. Su postrer suspiro debía ser una última apro-

¹ *1 Memoria*, pág. 362.

² *Contemp.*, pág. 143.

bación de las grandes revelaciones del Sagrado Corazón, y sus huesos debían reposar cerca del altar en que Jesucristo se apareció como un testigo fiel que duerme á los pies de su maestro. Llegó á Paray á principios de Agosto de 1681, y pasó allí seis meses, los últimos de su vida. Durante ese tiempo se ocupó en la fundación de un hospital para los pobres, que se estableció en efecto y subsiste todavía. Procuró fundar allí, con gran reserva, todas las prácticas piadosas que Nuestro Señor designó á su sierva: la hora santa, la comunión del primer viernes de mes, y sobre todo la santificación del viernes infraoctava del Corpus. "Había sabido, decía, de una alma muy santa, que hay gracias especiales para los que son fieles á esas prácticas." De tiempo en tiempo iba á la Visitación para celebrar Misa en aquel altar, cuya extraordinaria santidad entonces sólo él conocía, y para tocar en secreto con sus labios la piedra en que se posaron los pies del Salvador. Con menos frecuencia aún y con la mayor discreción llegaba al locutorio á elevar su alma cerca de la Bienaventurada y á reanimar allí el fuego de su amor á Dios.

Así fué como acabó su vida. En su muerte acaeció algo de singular. Al notar los médicos que en vez de restablecerse se debilitaba cada día más y más, fueron de opinión que regresase al Delfinado, cerca de su hermano. Los superiores consintieron en ello, y se fijó la partida para el 29 de Enero de 1682. Para evitar al enfermo la emoción consiguiente á la despedida de tantas personas como dirigía, se convino en ocultar el día de la marcha. Solamente una hija piadosa que él confesaba, y que era amiga de la Bienaventurada, la señorita de Bisenfrand, solicitó en favor de esta última una

excepción. Habiéndola obtenido, fué á buscar á la Santa y le anunció la partida del Padre, que debía verificarse el 29 de Enero. La Bienaventurada se recogió un instante, y luego, después de un momento de silencio, encargó á la señorita de Bisenfrand que fuera á decir al Padre de la Colombière que no partiese, siempre que pudiera detenerse sin contravenir en nada á las órdenes de sus superiores. Temiendo, sin embargo, que su comisión no fuera bien desempeñada, ó no queriendo confiar á nadie su secreto, "escribió un billete y me encargó, dice la señorita de Bisenfrand, que se le entregase. Este billete detuvo inmediatamente al Padre, y murió algunos días después.,

En efecto, habiendo recibido el billete de la Bienaventurada, el Padre de la Colombière cambió de designio y se resolvió á permanecer en Paray. A poco la fiebre le acometió con grande intensidad, y el 15 de Febrero de 1682 moría santamente, á las siete de la noche.

Tan luego como se supo su fallecimiento, la Bienaventurada hizo los mayores esfuerzos por recoger el billete que había enviado al Padre de la Colombière, y al efecto encargó á la señorita de Bisenfrand que fuese á pedirlo. "Pero el superior de los Jesuitas, dice ella en su declaración, rehusó entregarlo, conformándose con leerme; sólo contenía esta palabra: El me ha dicho que quiere el sacrificio de vuestra vida en este país ¹., Otro testigo, la hermana de Lyonne, confirma este hecho y agrega algunos pormenores. Declara "que ha sabido por el R. P. Bourguignet, superior entonces de los Jesuitas, que al tener noticia la venerable hermana de

1 Proceso de 1715. Declaración de la señorita de Bisenfrand.

que el hermano del Padre de la Colombière había venido á llevárselo para que respirase los aires natales, la venerable le mandó por medio de un billete que no hiciese ese viaje, porque dentro de poco tendría que emprender otro de grande importancia, y que en Paray era donde Dios quería el sacrificio de su vida ¹.„ Otras varias tentativas hizo la Bienaventurada para retirar aquel billete que revelaba su santidad; pero el superior destruyó toda esperanza declarando “que primero daría todos los archivos de la casa, que deshacerse del billete ²„

Dios, que había revelado á la Bienaventurada la muerte de su siervo, se dignó también revelarle su gloria. Cuando la señorita de Bisenfrand vino el 16 de Febrero, á las cinco de la mañana, á noticiarle la muerte del Padre de la Colombière, acaecida la víspera en la noche, solamente contestó: “Rogad y haced que todos rueguen por él.„ Pero cerca de las diez de la mañana del mismo día, continúa aquélla en su declaración, recibí de la venerable un billete en que me decia: Cesad de afligiros, invocadle, nada temáis. Es ahora más poderoso que nunca para socorremos ³.„ Y á la madre Greyfié, que estaba sorprendida de que la venerable no le hubiese pedido permiso para hacer penitencia extraordinaria, como lo verificaba siempre que fallecía alguna persona conocida: “Madre mia, la dijo, de nada tiene él necesidad; se encuentra en estado de rogar por nosotros, pues se halla en el cielo por bondad y misericordia del sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Solamente para

1 Proceso de 1715. Declaración de Maria Rosalía de Lyonne.

2 *Contemp.*, pág. 155.

3 Proceso de 1715. Declaración de la Señorita de Bisenfrand.

satisfacer por cierta negligencia en el ejercicio del divino amor, su alma estuvo privada de ver á Dios desde que salió de esta vida hasta el momento en que su cuerpo fué depositado en el sepulcro ¹.„

No fué esta la única revelación que tuvo acerca de la dicha celeste de su santo director. Poco tiempo después de ella disfrutó de una visión célebre en que Dios le mostraba á la vez la gloria del Padre de la Colombière y la doble misión confiada á la Visitación y á la Compañía de Jesús, relativa al sagrado Corazón. Esta página es de primer orden en la historia que escribimos.

„Me fué representado, tal me parece, escribía la Bienaventurada, un sitio eminentísimo, espacioso, y de admirable belleza, en medio del cual había un trono de llamas ocupado por el amable Corazón de Jesús, con su llaga, que arrojaba rayos tan ardientes y luminosos, que todo el sitio estaba brillante y abrasado. A un lado se veía á la Santísima Virgen, y del otro á nuestro Padre San Francisco de Sales con el Padre de la Colombière. También aparecían las hijas de la Visitación con sus ángeles, teniendo cada uno un corazón en la mano.

„La Santísima Virgen habló así: „Venid, hijas mías muy amadas, las dijo, acercaos á mí, que os hago *depositarias de este precioso tesoro.*„

„Y mostrándoles el divino Corazón:

„Ved aquí, dijo, este precioso tesoro, que se os ha manifestado *particularmente*, á causa del tierno amor que mi Hijo tiene á vuestro instituto, al que mira y ama como á su querido Benjamín. Por esto *le quiere agradecer con tal donación de preferencia á los demás*, y *es necesario*, agregó la Virgan Santísima, que no sola-

¹ *Contemp* , pág. 153.

„mente ellas se enriquezcan con este tesoro inagotable,
„sino que lo distribuyan cuanto puedan, con abundancia,
„procurando enriquecer con él á todo el mundo.”

Así, pues, desde luego y según los términos de esta revelación, Dios crió la Visitación para guardar el *precioso depósito* del sagrado Corazón, para que fuese un santuario recogido, ferviente, en que se contemplara sin cesar al Corazón de Jesús en que cada uno se enriqueciera con ese tesoro inagotable. He aquí el primer objeto del instituto; pero no es esto todo, y si la Visitación no pasase de allí faltará á su misión. Es preciso que el Corazón sagrado que ella contempla en las dulzuras de la oración, lo haga brillar á través de las rejas. Ese tesoro incomparable es necesario *que lo distribuya con todo su poder, con abundancia, á todo el mundo*. No es un favor que Dios le ofrece, es una orden que le da. *Es necesario*. Es decir, Dios le vuelve, bajo nueva forma, su vocación primitiva. Torna á ser una VISITACIÓN, sino que ahora en vez de llevar á los pobres pan, vestido y socorros, *es necesario* que lleve á las almas, á las vírgenes ocultas en los claustros, á los apóstoles que desfallecen en las fatigas de la predicación, á los sacerdotes y á los obispos que encanecen pensando con tristeza en la multitud de pecadores que se pierden, *es preciso*, decimos, que la Visitación les lleve la luz, el consuelo y la fuerza sublime que brotan con abundancia del sagrado Corazón. He aquí para qué la estableció Dios y cuál es la misión que le ha confiado. Para todo lo demás, silencio, olvido, vida oculta; para el sagrado Corazón un brillo incesante, una llama de apóstol.

Y después, volviéndose hacia el Padre de la Colombière, esta madre de bondad le dijo: “Y vos, fiel servi-

dor de mi Hijo divino, vos tenéis una gran parte en este precioso tesoro ; porque si á las hijas de la Visitación les fué dado conocerle y amarle, se reserva á los Padres de vuestra Compañía el que hagan ver y conocer su utilidad, á fin de que se aproveche recibiendo con el reconocimiento debido á tan gran beneficio. A medida que así lo verifiquen, el divino Corazón, fuente fecunda de bendiciones y de gracias, se extenderá tan abundantemente sobre las funciones de su ministerio, que alcanzarán frutos superiores á sus trabajos y á sus esperanzas, y también para la salud y la perfección de cada una en particular.”

Por lo mismo, mientras que la Visitación guardará el depósito del sagrado Corazón y le distribuirá á través de las rejas para enriquecer con él al mundo, los Padres de la Compañía de Jesús serán sus doctores y le prepararán el camino como catequistas, predicadores, apologistas y aun mártires, si fuere necesario, del sagrado Corazón. Que las otras órdenes religiosas no le envidien este privilegio, porque cada una de ellas tiene el suyo. Cuando en la Edad Media Dios inspiró á una humilde religiosa que exaltase, más de lo que se había hecho en épocas anteriores, el culto del Santísimo Sacramento, llamó para servirle al intento á la orden de Santo Domingo. Después de haber establecido la orden del santo Rosario, estableció la de la Santa Eucaristía, y hasta la consumación de los siglos en las bóvedas de nuestros templos resonarán los himnos dominicanos *Lauda Sion, Tantum ergo*. De igual manera, cuando Dios quiso que los cristianos llevasen sobre su pecho, á guisa de escudo, el nombre y el hábito de la Santísima Virgen, escogió la orden del Carmen y le encargó que

propagase en el mundo y distribuyese en todas partes el santo escapulario. Después confió á los hijos de San Francisco la devoción á la cruz y á las cinco llagas de nuestro Redentor. Conviene que cada orden, en su laboriosa misión, tenga sus armas, su bandera, sus medios de acción y su llama radiante. Además, lo que se ha dado á cada una de ellas no es de tal naturaleza propio, que no pertenezca á todas; por lo mismo, con más exactitud puede aplicarse al amor de Jesús aquello que decía el poeta con referencia al amor de una madre:

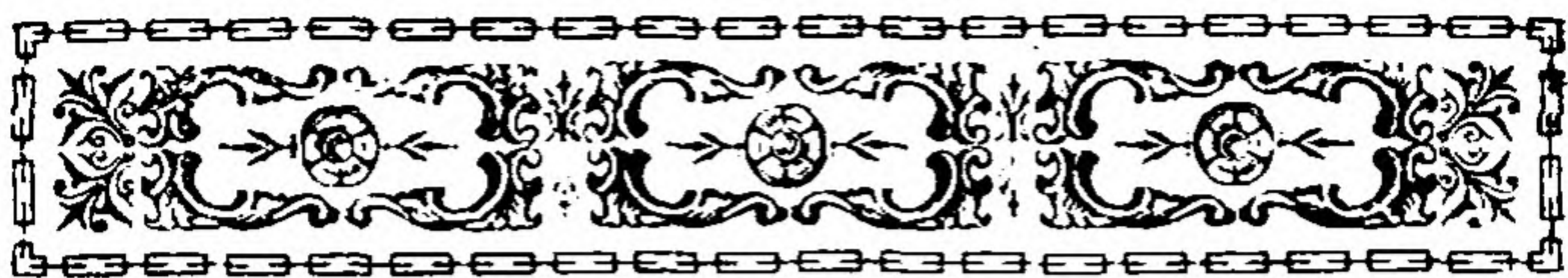
“Cada uno tiene su parte y entero lo poseen todos.”

No estemos, pues, celosos los unos de los otros, y en el grande ejército de Jesucristo tengamos izadas nuestras banderas, sin envidiar más que la dicha de extender las conquistas.

La muerte del Padre de la Colombière acaeció, como hemos dicho, el 15 de Febrero de 1682, es decir, en el mismo año en que se celebraba en París la famosa Asamblea del clero de Francia, convocada por Luis XIV para atender á los peligros de la cristiandad. Todo estaba reunido allí: la autoridad, el ingenio, la elocuencia, la experiencia y la popularidad. ¿Qué se consiguió con tantos esfuerzos reunidos? Esa declaración en tantos artículos, tan estudiada y cuyas palabras todas fueron meditadas con gran cuidado y colocadas con tanto arte, ¿de qué llegó á servir? Únicamente de aumentar el peligro en vez de conjurarle. Y durante ese tiempo, en el fondo de un oscuro monasterio, una humilde virgen, asistida por una pobre religiosa, veía el verdadero mal que desolaba á la Iglesia y á la sociedad, y se preparaba para mostrar al mundo el único remedio.

Entre tanto, los seis años de prelación de la madre Greyfié tocaban á su término. Iba á dejar el monasterio de Paray para dirigirse á Saumur en Auxerrois, de donde había sido electa superiora. Era preciso, pues, pensar en reemplazarla. Hasta entonces, durante diez y ocho años, las hermanas de Paray habían solicitado siempre superioras que venían de fuera: primero de París, que les envió á la madre Hersant; de Dijón, la madre de Saumaise; de Annecy, en fin, la madre Greyfié. En esta vez tuvieron el propósito de buscar entre ellas mismas una buena superiora; y todos los votos recayeron en una venerable anciana que era ejemplar en el monasterio de Paray desde hacia treinta y cuatro años. El único reproche que podía hacerse á la madre María Cristina Melin era que fuese demasiado buena, lo que realmente no constituía un mal después del gobierno un poco austero de la madre Greyfié; mas ¡era tan piadosa, y además la amiga íntima de nuestra santa, á la que había comprendido y casi adivinado de mucho tiempo atrás, y con la que compartía todas sus devociones! Así, su primer acto fué nombrarla Asistente, y después, “como la dulzura incomparable de la madre María Cristina produjo una paz deliciosa en el sagrado retiro de la religión”, y en él se aumentaba el número de novicias, la confió el cuidado de formarlas en la virtud. Allí, en ese pequeño noviciado, en medio de seis ó siete jóvenes novicias, puras como los ángeles y abrazadas de amor á Dios, es donde va á escaparse del corazón de la Bienaventurada el secreto del amor, oculto durante el largo espacio de nueve años.

1 *Anales del monasterio de Paray.*



CAPITULO XII

LA BIENAVENTURADA ENTRE LAS NOVICIAS.—A PESAR SUYO SE LE ESCAPA EL SECRETO DE LAS GRANDES REVELACIONES.—PRIMERA ADORACIÓN PÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN.

(1684-1685)

Adjuro vos, Filiae Jerusalem, si inveneritis Dilectum, ut nuntietis et quia amore langueo.

Os conjuro, hijas de Jerusalén, que si encontráis á mi Amado, le digáis que desfallezco de amor.

(Can., v. 8.)

Adducentur Regi virgines post Eam: afferentur in laetitia et exultatione: adducentur in templum Regis.

He aquí que después de Ella vienen jóvenes vírgenes. Se ofrecen llenas de alegría y entusiasmo. Penetran en el santuario del Rey.

(Salmo XLIV.)



Al nombrar maestra de novicias á la Bienaventurada, la madre Melin había cedido menos á sus simpatías personales que á las peticiones que le llegaban de todas partes. Comenzaba ya á resplandecer la santidad de nuestra humilde Margarita. Jóvenes profesas, que acababan de salir del noviciado, se manifestaban deseosas de permanecer en él, si ella había de ser la maestra, y las religiosas más antiguas solicitaban en este caso volver al noviciado. También una ó dos no-

vicias, que habían tenido la dicha de hablar con ella, se aprovechaban de la bondad de la madre Melin para expresar humildemente el mismo deseo. Se aproximaba la hora en que la santidad de la Bienaventurada iba á rasgar las últimas nubes que la ocultaban ¹.

Digamos, ante todo, de qué manera estaba compuesto el noviciado en los momentos en que Margarita María tomaba su dirección.

La más antigua de las novicias, Claudia Margarita Billet, era de Paray, hija de un médico “el más afamado de la provincia ²”, el mismo que poco antes estaba á la cabecera de la Bienaventurada enferma, y el que la asistió en su lecho de muerte. Llena de satisfacciones y de alegrías mundanas, en el claustro se había convertido en “un alma toda interior”, “en una hija de oración y de silencio, cuya unión con Dios y su anhelo por la santa comunión no se podrían expresar”. Tan abrasada estaba de sus divinas llamas, que se hubiera consumido á fuerza de austeridades por Dios, si se lo permitieran, como lo deseaba con ahinco indecible. Unida por la amistad con la Bienaventurada, entusiasta de sus virtudes, se puso de buena voluntad bajo su dirección y comenzó á aspirar ansiosa el olor de su fragancia, siendo una de las primeras en comprender y gustar la devoción al sagrado Corazón. Anegada en ese amor infinito, no tardó en ser consumida por sus llamas ³.

La segunda novicia de la Bienaventurada se llamaba Francisca Rosalía Verchère. Era hija también de un mé-

1 Proceso de 1715. Declaración de la hermana Farges.

2 *Circular* de 23 de Marzo de 1725.

3 *Circular* de 23 de Marzo de 1725. Compendio de la vida y de las virtudes de nuestra querida hermana sor Claudia Margarita Billet.

dico, y tuvo doce hermanos ó hermanas, que casi todos se consagraron á Dios. Llamada á la vida religiosa, pero sin saber á qué orden, se paseaba cierto día, más agitada que nunca, en el jardín de uno de sus parientes. “Entró en un gabinete de ese jardín, y para distraer sus penas tomó un libro que estaba en la mesa. Por fortuna era la vida de nuestra venerable Madre de Chantal y lo abrió en la página en que se refiere que el celeste Amante le grabó su nombre sobre el corazón. Tal impresión hizo este pasaje en una alma joven y amante, que se sintió presa del fuego divino y resolvió entrar en la Visitación ¹.” La madre Greyfié la recibió con alegría, pero no le escaseó las pruebas para asegurarse bien de su vocación; encontrándola decidida é intrépida, resolvió conducirla á las mayores alturas, y puede decirse que casi á todas ellas llegó á subir. Su don principal era una presencia de Dios no interrumpida, de la que nacían un recogimiento y una modestia angelicales. Su solo aspecto causaba devoción, y se la comparaba á Santa Catalina de Génova. La Bienaventurada, que la amaba tiernamente, la predijo que en sus brazos había de morir, como sucedió, según veremos después, de un modo maravilloso y contra toda previsión. “Y como si el fuego y el ardor de esa santa moribunda se hubiesen transmitido al corazón de nuestra querida hermana Francisca Rosalía Verchère, y no teniendo ya el apoyo de aquella amiga incomparable y virtuosa, se entregó sin reserva al poder del Amor divino, y el 5 de Noviembre de 1690, á la edad de veinticinco años, hizo el voto de practicar cuanto entendiese ser lo más perfecto. Bien lejos de

1 *Circular* del 23 de Marzo de 1726.

sentirse por esto agobiada, encontró toda su vida tal empeño infinitamente amable. Nada casi le costó cumplir su voto; y como Dios ama los corazones generosos, derramó en su alma tanta dulzura, que en medio de las austeridades y de la cruz, que hacen estremecer, bogaba en un mar delicioso de paz ¹.,

Tenía una hermana menor, Peronne Margarita Verchère, novicia también, que era ferviente, pero viva, espiritual, y en los primeros días como que disputaba un poco á Dios la posesión plena de su corazón. Una vez, hablando de la Bienaventurada, dijo á su hermana, con dulce sonrisa: “¡Cuidado! Nos va á volver más fervorosas de lo que quisiéramos.,”

Hablemos ahora de Peronne Rosalia de Farges, compañera de Rosalía Verchère, nacidas ambas en Marcigny, y de las cuales la primera, siguiendo el ejemplo de la segunda, entró en la Visitación. Amigas en el mundo y mucho más en el claustro, novicias al mismo tiempo y discípulas queridísimas de la Bienaventurada, la recibirán moribunda en sus brazos entrelazados, cuidarán de que no se pierda su memoria, escribirán su vida, y recogerán sus cartas. La una y la otra son dignas de reconocimiento eterno, pero acaso con más especialidad Rosalía de Farges, porque impidió que la Bienaventurada arrojase al fuego su incomparable *Memoria*, como lo hizo con sus otros escritos, y porque conservó también á la Iglesia uno de los más raros monumentos de santidad, el único, tal vez, que permite conocer un poco á esa alma privilegiada.

1 *Circular* de 23 de Marzo de 1725. Compendio de la vida y de las virtudes de nuestra querida hermana Francisca Rosalía Verchère.

Peronne Rosalía de Farges hizo voto de castidad á los siete años. Poco tiempo después se puso bajo la dirección del Padre de la Colombière, y verificó “como un ángel,” su primera Comunión. A los diez y seis años entró en la Visitación, á pesar de las resistencias de la familia, una de las más distinguidas y más ricas de la comarca. Desde los primeros días fué confiada á la Bienaventurada, á la que procuró imitar en la grandeza de su valor y de sus heroicas virtudes, habiendo grabado como ella sobre su pecho el santo nombre de Jesús, para dar á Dios testimonio de la vehemencia de su amor, que tiempo ha se había apoderado de su alma y en el que hacía incesantes progresos por la santa crueldad que ella ejercía sobre sí misma y por su caridad inmensa con el prójimo, “convirtiéndose á tan noble fin su temperamento todo de fuego.” Sin embargo, al imitar tan de cerca á su santa maestra, conservó su carácter propio. “Se la consideró largo tiempo como un San Jerónimo, que nada concedía á la naturaleza, ni para ella ni para las otras, diferenciándose en esto de nuestra venerable hermana Margarita María, cuyo aire, dulce y humildísimo hasta la abnegación, no censuraba á nadie, y ganaba á todos insensiblemente por la unción de sus discursos.”

Difícil sería enumerar todas las victorias que aquella hermana alcanzó sobre su temperamento, vivo y ardiente, que tomó por divisa: “Vencer ó morir.” “Sólo atendía á sus deberes, que procuró cumplir como una heroína, siempre con la espada en la mano para vencer sus pasiones, que habrían sido terribles si no las hubiese reprimido.” Y lo consiguió á tal grado que, al fin de sus días, “pasaba en Paray por una segunda Margarita

María,, y cuando murió, todos asistieron á los funerales "para ver á la santa ¹.,

A las cuatro novicias que acabamos de dar á conocer á nuestros lectores tenemos que añadir otras tres, que que no eran indignas, por cierto, de pertenecer á una sociedad tan santa como amable: María Francisca Bocaud de la Cleyette, que, por haber muerto joven, dejó pocos recuerdos; María Cristina Boutier, de Semur en Brionnais, cuya vida religiosa fué inaugurada por un milagro. Habiendo sufrido durante su noviciado de continuos desfallecimientos, el día de su profesión le ordenó la Bienaventurada que pidiese á Dios la salud. En efecto, después de tenderse en el paño mortuario, pálida, sobremannerá débil, se levantó llena de vigor y con el rostro teñido en los vivos colores de la salud. En fin, la séptima, María Nicole de la Faige, de Claines, que dejó en el instituto un recuerdo amable y profundo. Era la predilecta de la Bienaventurada, "su pequeño San Luis Gonzaga,, como la llamaba. "Linda, graciosa, bien formada, vista entre los de su familia como una maravilla, adulada por sus padres, cuya casa administraba cuando apenas tenía esa niña diez años, idolatrada de su abuela, causó indecible sorpresa cuando á los catorce años solicitó entrar en la Visitación, y con tan vivas instancias, que fué preciso ceder., A los quince años tomaba el santo hábito, dando principio á su noviciado bajo la dirección de la Bienaventurada. Tales fueron su fervor y su angélica modestia, que nuestra santa, tan severa y tan ilustrada, la hizo pronunciar los votos á la edad de

¹ *Circular* de 23 de Marzo de 1725. Compendio de la vida y de las virtudes de nuestra amada hermana Peronne Rosalía de Farges. Véase también el *Año Santo*, tomo v, pág. 282.

diez y seis años, y ella misma colocó en su frente el velo sagrado. Llena de talento, de gracia, de dulzura, apta para cualquier género de empleo, todo lo ejecutaba con admirable tranquilidad y perfección. Por su candor y su inocencia sin mancha, era semejante á un ángel, y sus compañeras decían sonriendo que Dios le había prestado su cuerpo. Acaso este fué el motivo de la predilección que la Bienaventurada tuvo siempre por ella; privilegio exquisito que recuerda el del discípulo muy amado, y que hace el más bello elogio de esa novicia tan querida. Cuando la Bienaventurada estaba próxima á morir, la mandó llamar, “porque quería tener este ángel á su cabecera”¹.

En medio de estas jóvenes novicias se distinguía y merece colocarse en diverso rango una religiosa de más edad que todas ellas, profesa en 1680, y que á pesar de servir en el instituto cargos de importancia, solicitó tan vivamente volver á entrar en el noviciado, que la buena madre Melin no pudo rehusárselo; y es que la hermana Ana Alexis de Mareschale era un alma singularmente grande. Nació en el calvinismo, de una de esas antiguas y nobles familias que, por trastornos en sus negocios, por espíritu de oposición y con la esperanza de mejorar, se filiaron en la herejía. Cuando murió su padre, que deseaba volver al gremio de la Iglesia y no lo hizo por complacer á su esposa; cuando ésta, que había impedido con violencia á su débil marido el que se convirtiese, hubo al fin de abjurar, movida por la elocuente palabra del Padre de la Colombière y cuando para decidir á su hija Ana Alexis á que siguiese

¹ *Circular* de 17 de Abril de 1746.—*Año Santo*, tomo 10, pág. 727.

su ejemplo, la llevó en secreto á la Visitación so pretexto de ponerla allí de pensionista ; la hija, comprendiendo el designio de su madre, estalló en demostraciones de furor, y desatando sobre ella un torrente de injurias, puso la cabeza en un troco de árbol y gritó con todas sus fuerzas: "Cortadme la cabeza, moriré contenta con tal de no hacerme papista ni permanecer entre estas lobas y estas demonios de religiosas., Por mucho tiempo se creyó que sería preciso hacerla regresar al lado de su madre. En la iglesia volvía la espalda al Santísimo Sacramento; en el jardín, subía á los árboles más elevados, y arrojando desde allí una cuerda sobre los muros procuraba escalarlos. Tal era entonces de ardiente, enérgica y apasionada, y tal fué desde el día de su conversión y de su abjuración, verdadero golpe venido del cielo. No le bastó ser religiosa, sino que aspiraba en cuerpo y alma á lo que hay de más alto en la religión y de más terrible en la virtud. La madre Greyfié no omitió respecto de ella ninguna clase de pruebas, "sometiéndola aun á las extraordinarias, de las que por cierto salía siempre airosa., Jamás experimentaba tan santa alegría como cuando se veía agobiada, por decirlo así; y no acabáramos si quisiéramos referir detalladamente todas las austeridades que se imponía. Siempre tenía ceñido un áspero cilicio de hierro que no se quitaba ni para velar á los enfermos, ni para trabajar en el lavado, ni para otras tareas todavía más penosas. También cantaba todo el oficio divino, llevando en el cuerpo aquel instrumento de penitencia, y aun dormía con él; "tanto se había connaturalizado con las maceraciones corporales., Agréguese á todo eso un contento y "cierta alegría que brillaba en su semblante y se comunicaba á

su conversación, que siempre fué festiva y santamente jocosa, componiendo coplas y canciones agradables para animarse á nuevos fervores. Era, por lo mismo, la mejor amiga y la hija más obediente á sus superiores; podía considerársela como blanda cera entre las manos de Dios y de los que hacían sus veces. De aquí que se la emplease en todo género de trabajos, grandes y pequeños, sin que se considerara ni humillada ni exaltada. Llevaba ya siete años de religiosa, como hemos dicho, cuando solicitó y obtuvo volver al noviciado, en el que causaba admiración y servía de ejemplo vivo á las hermanas jóvenes.

Tal era el noviciado de Paray en los momentos en que la Bienaventurada se encargaba de su dirección; tales las almas que le fueron confiadas, dignas ciertamente de tener por maestra una santa; y ésta, abrasada de amor de Dios y de celo por su propagación, no podía desear elementos mejor preparados. Así es que apenas entró á ejercer su encargo, cuando “esta santa hija, según palabras de nuestras antiguas *Memorias*, encendió el fuego del amor divino en todos aquellos corazones tan bien dispuestos ¹, admirándolos con su palabra y entusiasmándolos con su ejemplo. A veces les explicaba simplemente la regla y su observancia; pero lo hacía en tal forma y con unción tan penetrante, que disipaba todas las dificultades. “Aunque antes de ella, dice la hermana Farges, habíamos aprendido toda la observancia de las tres maestras que la precedieron, nuestra venerable hermana nos la explicaba con unción tan celestial, que parecía correr del corazón mismo de

¹ *Circular* de 23 de Marzo de 1725.

Jesús, y que facilitaba la virtud de una manera deliciosa ¹., Otras veces les hablaba del amor de Dios. “Mas, dice la hermana Verchère, el que expresaban sus labios era nada comparado con el que tenía en su corazón. Estaba apasionada de Dios, y á cada instante se le escapaban estas exclamaciones: “¡Oh, si supieseis cuán dulce es amar á Dios! ¡Quién hay que no sufra de buena voluntad por amor del prójimo!”, Hablaba así con tanta frecuencia, que la comparábamos al discípulo muy amado San Juan Evangelista. El ardor de esta caridad abrasándola del celo más puro, la hacía decir que voluntariamente sufriría todo género de suplicios por salvar una alma siquiera ²., Otras veces la humildad y el olvido de sí mismo era el tema de sus instrucciones; y entonces su exterior dulce y humillado hasta anonadarse, hablaba con más elocuencia que todos los discursos. La hermana Claines asegura que “nada era tan ejemplar como verla cuando la superiora la reprendía; pues es imposible recibir una corrección con humildad más sincera; y las lágrimas que derramaba por la falta más leve revelaban bien que el amor propio había muerto en ella y sólo vivía entregada al amor de Dios ³.”.

Sus conversaciones más frecuentes eran acerca del Sagrado Corazón. Ella, tan tímida, y que “por una moderación que le era muy natural, no había dicho ni una palabra á la comunidad, ni á sus numerosas amigas, ni aun á la superiora, ni al confesor ordinario,” ⁴, en medio de aquel grupo piadoso de novicias, comenzó á dejar

1 *Circular* de 23 de Marzo de 1725.

2 *Año Santo*, tomo 9, pág. 215.

3 *Circular* de 17 de Abril de 1749.

4 *Ibid.*

que hablase su corazón. Sin decir nada de las revelaciones con que había sido honrada, y que guardaba en el más profundo secreto, se complacía hablándoles del Corazón adorable de Jesús, de su belleza, de los tesoros que encierra, y de las gracias que derramará sobre los que sepan comprenderle, adorarle y amarle. Podía decir todo esto sin descubrirse, porque, ya lo hemos visto, ¿quién, mejor que San Francisco de Sales, habló del Corazón de Jesús? ¿Quién ha contemplado y comprendido su belleza más piadosamente que Santa Francisca Chantal y las primeras religiosas de la Visitación? Hablando así la Bienaventurada, conservaba el espíritu primitivo y las más venerables tradiciones del instituto.

Por lo demás, parecía que Dios multiplicaba en este momento las revelaciones, á fin de que comprendiese más y más el Corazón adorable de Jesús, y también para dar á su palabra ese brillo, esa belleza, esa luz, ese calor que brotan sin esfuerzo de los labios de una persona conmovida y entusiasmada. Se recordará cuál fué el carácter de las grandes revelaciones del sagrado Corazón, Nuestro Señor se le había aparecido, radiante de gloria, en el altar, con el pecho entreabierto y el Corazón palpitando de amor. Más tarde, como si Dios hubiese querido concentrar sobre este Corazón mismo las miradas de Margarita María, el Corazón comenzó á aparecérselle solo, en un trono y rodeado de luz inmensa. “Una vez, dice ella, este divino Corazón me fué representado como en un trono de fuego y de llamas, radiante por todas partes, brillando más que el sol y diáfano como un cristal. La llaga del costado aparecía visible; una corona de espinas rodeaba á este divino Corazón, y encima de él se ostentaba una cruz.,

“Nuestro Señor, añade, me aseguró que tendría singular complacencia en ser honrado, bajo la figura de ese Corazón, cuya imagen quería que se expusiese á la veneración pública, á fin de mover el corazón insensible de los hombres, prometiéndome derramar con abundancia sobre los que le honren los tesoros de gracia de que está pleno. Dondequiera que esta imagen sea expuesta, traerá toda clase de bendiciones ¹.”

Otra vez tuvo una revelación más luminosa aún. Para excitarla á procurar con más ahinco las adoraciones de los hombres, Dios le hizo contemplar las de los ángeles. “Un día, dice, que trabajábamos en labores de la comunidad, me retiré á un rincón para estar más cerca del Santísimo Sacramento, y Dios me concedió entonces gracias muy especiales. Al trabajar allí en mi labor, me sentí desde luego del todo recogida interior y exteriormente. El Corazón adorable de mi Jesús se me presentó más brillante que el sol, en medio de las llamas de su amor y rodeado de serafines que cantaban en admirable concierto:

El amor triunfa, el amor goza,
El amor del Santo Corazón se regocija.

„Estos espíritus bienaventurados me invitaban á unirme con ellos para alabar al divino Corazón, pero yo no me atreví á hacerlo. Me decían que habian venido para asociarse á mí, á fin de tributarle continuo homenaje de amor, de adoración y de alabanzas, y al mismo tiempo escribieron esta asociación del sagrado Corazón con letras de oro y de un carácter de amor indeleble. Seme-

¹ *Contem.*, pág. 87.

jante gracia duró de dos á tres horas, y sus efectos los he experimentado toda mi vida, tanto por los socorros que de ella he recibido, como por las suavidades que me ha hecho gustar y que ha producido siempre en mí. Durante aquellas horas permanecí abismada de confusión; y al nombrar á los ángeles, únicamente les llamaba mis divinos asociados ¹..”

Frecuentemente tenía visiones de ese género. En particular “los primeros viernes del mes, dice, el sagrado Corazón de Jesús se me representaba como un sol brillante de intensa claridad, cuyos rayos caían á plomo sobre mi corazón y se sentía abrasado de tan ardiente fuego que parece iba á reducirse á cenizas ²..”

Ved, pues, lo que Dios mostraba á la Bienaventurada en estos luminosos éxtasis: ¡un corazón palpitante de amor! y no veía otra cosa. En el cielo y sobre la tierra, ¡adorable espectáculo todo se resumía en un corazón! Ha habido religiones que han tributado adoración á la sabiduría; las ha habido ¡oh aberración!, adoradoras de la dicha y aun del placer; otras, más degradadas todavía, han hecho que la humanidad caiga de rodillas ante la fuerza. Todas se engañaban por cierto. ¡Nada hay de adorable fuera del amor!

Aun la misma santidad ante la cual se prosternaban los judíos en medio de los relámpagos del Sinaí, y en cuya presencia los querubines se cubren con sus alas, no es la que merece la mayor de las adoraciones del hombre; la cede al amor.

Y esto es precisamente lo que hace que el Cristianismo sea la religión eterna de la humanidad. Un grande

¹ *Contemp.*, pág. 75.

² *Ibid.*, ídem.

orador exclamaba: "Si á un hombre le digo, os estimo, ¿no podré decirle otra cosa? Sí, podré decirle: os admiro; ¿y nada más? sí; le diría: os venero; ¿y con esto está ya dicho todo? No; aún queda por expresar todo mi pensamiento, me falta una palabra, la última de todas: le puedo decir: yo os amo. Diez mil palabras preceden á esta, pero después de ella no hay otra en ningún idioma; y cuando se ha dicho una vez, no hay más que decir, sino repetirla siempre ¹., Del mismo modo, cuando se ha adorado al poder, se puede adorar á la sabiduría; cuando se ha adorado á ésta se puede adorar al amor; pero llegando aquí, todo ha concluido, y ya no hay más que adorarle siempre y por siempre.

¿Y cuál es el amor que el Cristianismo adora? Nótese bien lo que dice nuestra Bienaventurada, á saber: que cuando el Corazón de Jesús se le mostraba en un trono de fuego y de llamas, "la llaga que había recibido aparecía allí visible y una corona de espinas rodeaba á ese divino Corazón.", Esa visión se le representaba con frecuencia, y su carácter de inmolación y de sacrificio se acentuaba bajo diversas formas. "Una vez, dice, este Corazón amoroso se me mostró lleno de heridas y destrozado á golpes ²., Otra vez ese Corazón se le apareció á toda luz "abierto como un abismo insondable y traspasado por una saeta inmensa ³., "Casi siempre, las espinas de la corona le cercaban tan estrechamente y le oprímian con tanta violencia que aparecía herido y vertiendo olas de sangre ⁴., Todo esto venía á ser la tra-

1 *Contemp.*, pág. 54.

2 *Ibid.*, ídem.

3 *Ibid.*, pág. 51.

4 *Ibid.*, pág. 62.

ducción de aquellas divinas palabras de la *Imitación*: “*Et sine dolore non vivitur in amore!* Sin dolor no se vive en el amor ¹.”

¡Cosa admirable! Dos polos tiene el corazón: uno para gozar, otro para sufrir. De esos dos polos, uno ha sido hecho de duración perpetua y nos acompañará en la eternidad; aquel por el cual se goza. Mas ¿quién lo creyera? en este bajo mundo, en este valle de lágrimas, es preciso apenas usar de él, porque es peligroso; no es grande ni fecundo. Si aspiráis á la gloria, al genio, á la santidad, dejad ese lado del corazón, ese lado divino y celeste, por el cual se goza; su hora no llega todavía; en la tierra sólo se aficiona á cosas vulgares. La corona de laurel sólo reposa en las frentes marchitas, y la aureola de santidad jamás ha ceñido sino á los corazones crucificados. ¡Oh cuán bellas son por lo mismo esas visiones en que la Bienaventurada percibía, no un simple Corazón, sino un Corazón herido, marchito, coronado de espinas y vertiendo sangre! No podía apartarse de él, nunca se saciaba de ese vivificante espectáculo, y la mayor parte del tiempo lo empleaba en contemplar aquel Corazón herido, procurando penetrar en los encantadores misterios de la inmolación y del sacrificio.

Sin embargo, no era esa la única forma bajo la cual se le aparecía el divino Corazón; había otra, bellísima también, que frecuentemente se presentaba. El Corazón de Jesús aparecía “como un horno ardiente ²”, un horno de amor ³, como un amante que atrae á las almas; como un abismo donde deben sumergirse si quie-

1 *Imitación de Cristo*, lib. III, cap. v.

2 *Contemp.*, pág. 90.

3 *Ibid*, pág. 193.

ren regenerarse ¹., Algunas veces veía que ciertas almas, frías, heladas se acercaban al fuego, y que de pronto, en el instante mismo en que parecía que iban á reanimarse, se escapaban é iban á perderse en las tinieblas. También veía á otras que llegaban frías, deformes, marchitas, y que al aproximarse al Corazón de Jesús, se iluminaban, se abrasaban y al fin se perdían dentro de él como una chispa en una hoguera. Un día el Corazón de Jesús se le apareció como un horno ardiendo en el cual se abismaban otros dos corazones, y escuchó una voz que le decía: “¡Así es como mi amor une para siempre estos tres corazones!”, Ella conoció que era su corazón y el de su santo director los que se abismaban en el Corazón de Jesús ².

Semejantes espectáculos la elevaban sobre la tierra y la hacían profetisa, revelándola los secretos de las almas y las leyes de un mundo superior. Así como en la naturaleza hay un centro de gravedad del universo visible al rededor del cual se mueven todos los astros solicitados hacia él y retenidos al mismo tiempo por otra fuerza, que sirve para establecer la armonía, del mismo modo, en el universo moral hay un centro inmóvil, inmaculado en medio de las agitaciones del mundo, y es el Corazón de Jesús. Solamente que á diferencia de los astros, que, solicitados hacia el centro por la atracción son detenidos por la fuerza centrífuga, es preciso que las almas se sustraigan á esta segunda fuerza, á este egoísmo, á esta personalidad, y se dejen atraer para ser abismadas en el Corazón de Jesús; pues que no ha-

1 *Contemp.*, pág. 49.

2 *Ibid.*, ídem.

brá ni orden, ni dicha, sino cuando estemos enteramente perdidos dentro de él.

Esto era lo que hacía la Bienaventurada; y ya no me admiro de que pasase noches enteras engolfada en contemplaciones, y que cuando se la dejaba á las siete de la noche arrodillada al pie del tabernáculo, se la encontrase al día siguiente en el mismo lugar, inmóvil y extasiada. ¿Puede imaginarse lo que debía ser entonces su palabra, el brillo de su rostro, el ardor y la pasión de sus sentimientos, y además la arrebatadora elocuencia que brotaría de sus labios? Sin embargo, discreta y dueña de sí misma, sabiendo por los libros santos que no puede divulgarse “el secreto del Rey,” no decia nada de sus grandes revelaciones, y á lo sumo, cuando se veía forzada en sus últimos atrincheramientos, hablaba á medias palabras y de un modo obscuro. Un día en que la hermana de Farges, con toda la sencillez que conviene á una verdadera hija de la Visitación respecto de su madre, la preguntó qué era lo que hacia de rodillas, inmóvil, durante muchas horas delante del Santísimo Sacramento, se redujo á responderle que se ocupaba en meditar los dolores de Jesucristo en su Pasión. Y como la jóven novicia insistiese: “Si tengo un cuerpo en ese momento, ó si no le tengo, me sería difícil el decirlo.” Otra vez, paseándose con la hermana Claudia Margarita Billet, al pasar cerca de un pequeño grupo de avellanos: “Ved aquí, dijo un sitio de gracias para mí. Aquí es donde Dios me ha hecho conocer la dicha que trae consigo el padecer, por el conocimiento que me ha dado de su pasión.” A la hermana Verchère, que habia caído súbitamente enferma, á causa de la prohibición impuesta á la Bienaventurada de continuar la práctica de la

hora santa, le reveló, para consolarla en su enfermedad, el secreto de su oración en la noche del jueves al viernes, y de su comunión el primer viernes del mes ¹. Sin duda, que en todo esto nada había que pudiese descubrir el secreto de las grandes revelaciones del Sagrado Corazón. Pero á medida que el tiempo avanzaba, se advertía por todas que Dios la estaba favoreciendo con gracias singulares, y al punto á que las cosas habían llegado, bien que nada se supiese aún, era bastante una palabra, una sola palabra, una palabra imprudente, para que todo quedara revelado para producir clarísima luz que iluminase los presentimientos oscuros que había en todas las almas. Esto sucedió, por fin, y ved aquí de qué manera.

Sucesivamente brillaron dos claridades providenciales, débil la una, pero que despertó la atención, la otra brillantísima, que disipó las últimas dudas.

La hermana Peronne Rosalía de Farges, que iba á entrar en ejercicios, fué á preguntar á su directora á qué aplicaría sus oraciones durante ese tiempo. La Bienaventurada le entregó su libro por toda respuesta, y “en ese libro, dice la hermana de Farges había dejado por descuido un billete escrito de su mano, concebido poco más ó menos, en estos términos: *Nuestro Señor me ha hecho saber esta noche, durante la oración, que quiere ser conocido, amado y adorado de los hombres, y que para esto, les comunicará muchas gracias, cuando se hayan consagrado á la devoción y al amor de su Sagrado Corazón* ². Se comprenderá, sin duda, que la hermana de Farges, no dejó de mostrar

¹ *Año Santo*, tomo ix, pág. 216.

² *Proceso de 1715. Declaración de la hermana de Farges.*

este billete á sus queridas compañeras de noviciado, con lo que aumentó, sobremanera, la reputación de santidad que gozaba ya la Bienaventurada, y comenzó á sospecharse que no era en los libros donde ella había sabido lo que decía relativamente al Corazón adorable de Jesús.

Pocos días después, un suceso absolutamente imprevisto acabó de romper el velo. Se recordará que el Padre de la Colombière había fallecido hacía dos años (el 15 de Febrero de 1682). Pues bien; entre sus papeles se contraron las notas que escribió durante unos ejercicios espirituales. Había en esas notas tal perfume de santidad, daban tan bella idea de su grande alma, y eran, por otra parte, tan útiles á las personas piadosas que los Jesuitas determinaron mandarlas imprimir. La obra apareció en Lyon, bajo el título de *Retiro espiritual del Rdo. P. Claudio de la Colombière*, y uno de los primeros ejemplares fué naturalmente enviado á la Visitación de Paray. Habiéndolo recibido la buena madre Melin, hizo, antes de leerlo ella misma, que se leyese públicamente en el refectorio, queriendo satisfacer cuanto antes la piadosa curiosidad de todas las hermanas.

Estaba ya al terminar la lectura de ese pequeño volumen, que había excitado en la comunidad un verdadero entusiasmo, cuando se llegó á un pasaje del todo inesperado. Ese día estaba encargada la lectura á la hermana Peronne Rosalia de Farges. El P. de la Colombière, después de decir que para agradar á Dios y acatar su santísima voluntad, se resolvía á promover con todas sus fuerzas la devoción al Santísimo Sacramento, agrega estas palabras, que la hermana leyó con creciente emoción:

“He llegado á reconocer que Dios quiere que yo le sirva procurando el cumplimiento de su deseo, tocante á la devoción que ha sugerido *á una persona á quien se comunicó muy confidencialmente, y para lo cual El se ha dignado servirse de mi debilidad*; he inspirado ya esa devoción á muchas personas en Inglaterra, he escrito á Francia y rogado á uno de mis amigos que la propague; allí será muy útil, y el gran número de almas escogidas que hay en esta comunidad me hace creer que su práctica en dicha santa casa será muy agradable á Dios. ¡Ah, si pudiese yo estar en todas partes y publicar lo que Nuestro Señor espera de sus siervos y de sus amantes!

„Habiéndose, pues, manifestado Dios *á la persona de la que hay motivos para creer que es según su corazón*, por las gracias especiales que le ha dispensado, ella, á su vez, se explicó conmigo y la obligué á que pusiese por escrito lo que me habia referido, y lo consigno en el *diario* de mis retiros, porque el buen Dios quiere, en la ejecución de ese designio, servirse de mis débiles fuerzas.

„Estando, dice, esta alma santa delante del Santísimo Sacramento un día de la octava del Corpus, recibí de mi Dios gracias excesivas de su amor. Deseando yo corresponderle de algún modo, volviendo amor por amor, me dijo: “La mejor muestra que del tuyo puedes darme, es practicar lo que tantas veces te he pedido,, y descubriéndome su divino Corazón: “Ved este Corazón que ha amado tanto á los hombres, hasta agotarse y consumirse por dar testimonio de ello, y en cambio no recibe de la mayor parte sino ingratitudes por su desprecio, irreverencias y sacrilegios para con este Sacramento de amor; y lo que es aún mas repugnante, es que

tales inquietudes vienen de los corazones que me están consagrados. Por esto te pido que el primer viernes después de la octava de Corpus sea dedicado á una fiesta particular para honrar mi Corazón, desagraviándole y comulgando ese día para reparar las indignidades que recibe cuando está expuesto en los altares; y te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre todos los que le honren de aquel modo.”

Ya hemos dicho que la hermana Rosalía de Farges era la que estaba leyendo. Desde la primera palabra todo lo había adivinado, y dirigió á hurtadillas una mirada á Margarita María que estaba en frente de ella en el refectorio. “Cuando llegué, dice en su declaración, al pasaje relativo á la revelación del Sagrado Corazón, miré á la venerable hermana; esta bajó los ojos y entró en un profundo anonadamiento ¹.” Toda la comunidad experimentó la misma emoción. “No solamente la declarante, continúa la hermana de Farges, sino toda la comunidad comprendió entonces que era dicha sierva de Dios la que había hecho esas predicciones ².”

La juventud ante nada retrocede. “Al salir del refectorio, la hermana de Farges se dirigió resueltamente á la Bienaventurada: “Mi querida hermana, ¿habéis escuchado bien la lectura de este día ³?” ¿Qué hacer ante semejante pregunta? ¿Negarla? Era imposible. ¿Confesarla? Su humildad se lo prohibía. “La Bienaventurada bajó la cabeza y respondió que había tenido lugar en esa lectura de conocer bien su propia abyección y miseria.”

1 Proceso de 1715. *Declaración* de la hermana de Farges.

2 Ibid.

3 Ibid.

Desde aquel momento, las novicias no tuvieron ya duda alguna. Para ellas la Bienaventurada era una santa, honrada con las más íntimas confidencias de Nuestro Señor. Guardaban las novicias pedazos de su hábito; y cuando la hermana Ana Aleja de Mareschalle le cortaba los cabellos, era, decía, para conservarlos como reliquias. Probable es que desde aquel día Margarita haya sido menos reservada en sus comunicaciones. Consideró como una indicación de la Providencia la revelación hecha por el Padre de la Colombière, y el viernes siguiente á la Octava de Corpus, "se atrevió á colocar en el altar del noviciado una pequeña imagen del Sagrado Corazón, dibujada con tinta ¹."

La fiesta de su santa directora se aproximaba (20 de Julio de 1685), y las novicias se propusieron celebrarla con una piadosa solemnidad, que correspondiese á los sentimientos que respecto de ella las animaban. Habiendo advertido á tiempo la santa estos preparativos, preguntó sonriendo á las novicias, si se proponían declararla bienaventurada; y notando que se llenaban de regocijo á tal pregunta, les rogó que todos los homenajes que la preparaban los ofreciesen al divino Corazón de Jesús. Dóciles las novicias á esa indicación, cambiaron en el acto su plan. Bajo la escalera que conduce

¹ El original está en la Visitación de Turín. Al pie tiene escrito lo siguiente: "Esta imagen es la primera que se veneró bajo el título de Sagrado Corazón de Jesús, en el noviciado del monasterio de la Visitación de Santa María de Paray. El Corazón está rodeado de la corona de espinas y remata en una cruz. No sabiendo cómo expresar el amor que le consume, se ha pintado la llaga de la lanza, escribiendo en medio: *Charitas*. Al rededor de la corona se lee: *Jesus, Maria, Joseph, Joachim, Anna*. No se sabe si esta imagen es de mano de la Bienaventurada, ó de una de sus novicias.

á la torre había un pequeño reducto, muy propio para contener un altar y ser transformado en oratorio. La hermana de Claines toma su pincel, y en las paredes, en las vigas, en las puertas, pinta flores, estrellas y corazones inflamados que allí se ven todavía ¹. Se levanta un altar, se le adorna con rosas y se coloca en medio la pequeña imagen del Sagrado Corazón que estaba en el noviciado. Con el consentimiento de la madre Melín, las novicias emplearon una parte de la noche en esa obra, sin hacer ruido, si no es por la mañana en que habiendo preparado anticipadamente el refectorio, su alegría algo estrepitosa, llamó la atención de las hermanas antiguas. Advertida por ellas la madre Melín, se dirigió hacia las novicias, “pero éstas le expusieron tales razones, que se mostró contenta,, y acabaron en paz sus preparativos.

Cerca de las siete de la mañana y después de prima, la Bienaventurada fué al noviciado; de allí, y sin decirle una palabra, la condujeron al pequeño oratorio, que le sorprendió llenándola de gozo, y dió las gracias á las novicias por la alegría que le causaban, hablándoles entusiasmada con el “fuego de un serafín,,. Después, postrándose ante aquella imagen y haciendo á las novicias que la imitaran, se consagró públicamente al divino Corazón, y las novicias hicieron igual cosa, repitiendo la fórmula que empleó la Bienaventurada. En seguida las invitó á recogerse en la soledad y á escribir los sentimientos que las animaban, prometiéndoles agregar una palabra al calce de su consagración. Toda la mañana se pasó en medio de un entusiasmo piadoso.

¹ *Año Santo*, t. xi.

Por la tarde, Margarita María reunió de nuevo á sus novicias alrededor del altar. Estaba aún más radiosa que en la mañana, pues en su rostro resplandecía toda la dicha de su alma, felicitaba á las novicias y bendecía á Dios, y en los transportes de su amor habría querido que toda la comunidad viniese á ofrecer sus homenajes al Corazón Sagrado de Jesús.

Al oírla hablar así, la amable y ardiente hermana Verchère corrió á ver á las hermanas que se paseaban en el jardín, les refirió lo ocurrido en el noviciado, y les rogó que fuesen á ofrecer sus homenajes al divino Corazón; pero fué muy mal recibida. “Como eran hijas fieles de la observancia, dicen los *Contemporáneos*, á la primera proposición que les hizo, la desairaron, manifestándole que no correspondía á las novicias introducir novedad alguna ¹, y citándole al punto la regla que le prohibía absolutamente ².” La hermana Verchère dice además en su declaración: “Las más virtuosas eran precisamente las más opuestas, temerosas de cooperar á una novedad ³.” De este número era la hermana Catarina Agustina Marest, renombrada por los ardores de su penitencia que la conducían hasta el heroísmo; la madre María Serafina de la Martinière, siempre recogida como un ángel, y tan tiernamente unida á

¹ *Contemporáneos*, pág. 208.

² *Constituciones de la Visitación*. 18.^a “Por lo mismo, y puesto que el espíritu humano tiene secretas complacencias en sus propias invenciones, aun cuando esto sea so pretexto de devoción ó de aumento de piedad; y considerando, además, que la multitud de oficios impide la atención, alegría y reverencia con que se deben practicar, no le será lícito á la comunidad, bajo ningún pretexto, tener otros oficios ú oraciones ordinarias fuera de las establecidas en las Constituciones y Directorio.”

³ *Proceso* de 1715.

Dios, que nuestras antiguas *Memorias* dicen que murió de amor; en fin, y sobre todo, la hermana María Magdalena Escures, que los manuscritos llaman sin cesar “la santa madre María Magdalena ¹. Esta fué la más enérgica en la repulsa, “no obstante que era la amiga íntima de su incomparable directora ².—Id á decir á vuestra maestra, respondió á la hermana Verchère, que la buena devoción es la práctica de nuestras reglas y constituciones, que es lo que ella debe enseñaros y vosotras practicar.”

La hermana Verchère, que no se esperaba semejante recibimiento, quedó llena de sorpresa y confusión. Sin embargo, para no contristar á su maestra en ese día solemne, se conformó con decirle que las hermanas no podían venir. “Decid más bien, replicó vivamente la Bienaventurada, que no quieren; pero el Sagrado Corazón las hará venir.”

En realidad, al haber llamado á toda la comunidad para que tributase homenajes al Corazón de Jesús, la Bienaventurada tenía razón, porque para ello había recibido de Dios esa misión; y al rehusar la madre María Magdalena, no hizo mal porque esa misión no le había sido comprobada por nadie, ni por el Papa, juez definitivo y soberano de la disciplina de la Iglesia, ni por el Obispo diocesano, juez en primera instancia, ni aun por la superiora. La madre Magdalena esperaba, como fiel custodia de las reglas, ateniéndose á ellas, en lo que ha-

¹ *Contemp.*, p. 208.

² *Compendio de la vida y virtudes de nuestra querida hermana María Isabel de la Salle.* *Fué puesta bajo la dirección de nuestra honorabilísima hermana María Magdalena Escures, una de las mejores amigas de nuestra venerable hermana Alacoque, que siempre la reputó como una verdadera Santa.”

cía bien, puesto que no estaba autorizada para violarlas. Sin embargo, si hubiera reflexionado mejor y con espíritu más amplio, habría comprendido que esa devoción salía de las entrañas del Cristianismo, y sin ir tan lejos, de los libros mismos de San Francisco de Sales y de Santa Francisca Chantal. Pero aunque muy santa, la madre María Magdalena no se remontaba tan alto; representaba en esa casa el lado positivo, práctico, la interpretación literal, cosas absolutamente necesarias á una comunidad y las más seguras, á condición de que se reconozca que Dios puede establecer excepciones, y que sepamos someternos á ellas llegado el caso. Este se presentará muy en breve, y rodeará de una aureola purísima á la madre María Magdalena. Porque después de haber resistido, mientras que la voluntad de Dios no le fué manifestada por el órgano de sus superiores, la hermana María Magdalena, agregó: "Hoy se han opuesto; mas día vendrá en que serán las primeras en apresurarse.", Primera en someterse, luego que ellas hablaron. Dentro de poco la veremos prosternarse ante el Sagrado Corazón, llevándose tras sí á la comunidad entera, y haciendo una consagración pública, que será á la vez un acto de contrición y de reparación solemne.

El resto del día se pasó en el noviciado en medio de paz y recogimiento celestiales. Por la noche la Bienaventurada reunió de nuevo á las novicias; parecía que estaba transfigurada. Los manuscritos repiten aquí las palabras que ya han empleado otras dos veces, no encontrando acaso otras que expresen mejor la impresión general. "Tenia el aspecto de un serafín.", Probable es que su pensamiento se trasladaba á lo por venir, y que

veía esta pequeña adoración del noviciado multiplicarse, hacerse universal y perpetua, reanimar á la Iglesia, salvar á Francia cediendo en mayor honra y gloria de Dios.

La buena madre Melin, que había permitido aquella fiesta, viendo de qué manera fué recibida por la comunidad, creyó por prudencia que debía hacerla cesar. “Era una hija apacible, de sin igual dulzura, y cuya condescendencia la atrajo el nombre de verdadera hija de San Francisco de Sales; nombre que había adquirido por la instrucción de las virtudes de ese gran santo ¹. Por la noche se dirigió á la Bienaventurada, y al permitirle que continuara adorando y predicando al Corazón de Jesús, le prohibió, á fin de calmar los ánimos, ponerle delante de la comunidad.

La Bienaventurada obedeció; primero, porque siempre obedecía, y luego, porque habiendo dirigido una mirada al Corazón adorable de su Maestro, creyó escuchar una voz que decía: “Nada temas, hija mía; reinaré á pesar de mis enemigos y de los que se me oponen ².” Enemigas no había en el monasterio, puesto que “las más virtuosas eran las que se oponían, temerosas de una verdad.” Pero no tardará en encontrarse en el mundo esta oposición, y la manera con que el Corazón de Jesús triunfará de ella, y “á su pesar reinará,” vendrá á constituir la prueba más grandiosa de que “allí está el dedo de Dios.”

¹ *Contemp.*, pág. 210.

² *Idem*, pág. 211



CAPÍTULO XIII

COMIENZA EL APOSTOLADO DEL SAGRADO CORAZÓN.—LA BIENAVENTURADA SE CONSAGRA CON GRAN CELO Y MODESTIA Á PROPAGAR LA DEVOCIÓN DEL CORAZÓN SAGRADO

(1686-1689)

Ite, angeli veloces, ad gentem convulsam et dilaceratam; ad populum terribilem, post quem non est alius; ad gentem expectantem et conculcatam, cujus diripuerunt fluminan terra ejus.

(ISAÍAS., XVII, 2.)

Trahe: me post te curremus in odorem unguentorum tuorum.

Atraeme: en pos de ti correremos al olor de tus ungüentos.

(CANT., I, 3.)

AL disponer que la Bienaventurada no hiciese de pronto otra nueva tentativa respecto de la comunidad, la madre Melin no le prohibió que propagase por fuera la devoción al Corazón de Jesús. Acababa de sonar la hora del apostolado, y nuestra santa se sentía más y más abrasada del amor á ese Corazón adorable. Después de haber contenido por algún tiempo el fuego divino, conocía ya que deseaba derramarse: habría podido decir, á semejanza de Nuestro

Señor: "Fuego he venido á traer al mundo; y ¿qué puedo desear sino que cunda por todas partes?

A principios de 1686 Margarita María escribía: "Ansio por que crezca la devoción del Corazón de Jesús; y á veces se enciende en mi alma un deseo tan intenso de hacerla reinar en todos los corazones, que para lograrlo estoy dispuesta á practicar y á sufrir todo. Las penas mismas del infierno me serían gratas, sin el pecado ¹. "No podría ocuparme en otra cosa más que en el sagrado Corazón de mi Jesús, y moriría contenta si llevo á procurarle alguna honra; aun cuando mi recompensa fuera una pena eterna, pues me basta amarle y que reine siempre. Muchas veces la contradicción me me ha puesto á punto de cesar de hablar de El; pero estoy tan repuesta de mis vanos temores, me siento tan fuerte y animada, que he resuelto proseguir hasta el fin, cueste lo que costare. Todavía más; si la obediencia no me lo permitiera, prescindiría de todo; porque le he consagrado mis designios y mis sentimientos sin limitación alguna ². "La vida es para mí una cruz tan pesada, que no tengo más consuelos que ver reinar el Corazón de mi Salvador; y con tal de conseguirlo, dispuesta estoy á sufrirlo todo ³.

Los dos primeros fragmentos que acabamos de citar están tomados de cartas dirigidas á la madre Greyfié, que, despues de haberse separado de Paray, había sido nombrada superiora de la Visitación en Saumur en Auxerrois. El tercer fragmento es de una carta á la madre de Saumaise, que era entonces superiora de Dijón. Se re-

1 *Cartas de la Bienaventurada*, Id. xxxv.

2 Id. xxxv.

3 Id. lxxx.

cordará que ambas habían sido las primeras superiores de Margarita María, las primeras confidentes de sus grandes revelaciones. Antes de ir á Dijón, la madre de Saumaise había pasado tres años en Moulins, donde había preparado á la madre de Saudeilles á comprender y gustar los misterios de la devoción al Corazón de Jesús. Estas tres religiosas son las que van á comenzar la obra del apostolado. Oculta en su humildad, no queriendo llamar en nada la atención y teniendo “horror á las cartas y á los locutorios,” la Bienaventurada la inspirará. Ellas, de más edad, más libres, puesto que gobiernan un monasterio, más atrevidas también porque no les fueron hechas las revelaciones, serán las pregoneras de la Bienaventurada, las solicitantes, según expresión de la madre de Saumaise, los heraldos del Sagrado Corazón.

Lo primero que deseaba Margarita María era una imagen que atrajese las miradas y preparase los corazones. Ninguna devoción se hace popular sino de ese modo, y á él aspira todo amor intenso. Por eso los primeros cristianos, ocultos en las catacumbas, quisieron satisfacer esa aspiración y pintaron en las oscuras paredes la imagen del Salvador, la de la Virgen Madre y la de los Apóstoles; y por inhábil que fuese aquel pincel y toscos é imperfectos sus bosquejos, todavía hoy, después de Fray Angélico y de Rafael, encanta contemplar esas imágenes en que el arte es nulo, pero santo y conmovedor el intento. Igual cosa sucedió en Paray. Al principio se conformaron “con una simple imagen trazada en el papel con tinta,”; después se quería una cosa mejor; pero había gran dificultad en obtenerla. Tratábase de representar un corazón y de idealizarlo, hacien-

do aparecer en él la divinidad y el amor. Van Eyck pudo muy bien hacer brillar en la frente de un cordero toda la majestad de Dios; mas en Paray no había un Van Eyck; pero ¡ay! tampoco le ha habido después allí ni en otra parte, y al cabo de dos siglos de tentativas y de ensayos aún estamos esperando la mano maestra que haga respirar en el lienzo, con la inmaterial belleza de la pasión que le devora, el Corazón adorable de Jesucristo. Entre tanto, y á ejemplo de las catacumbas, se ensayan apenas algunos trazos tímidos de pincel.

Un mes después de la fiesta del noviciado, la Bienaventurada escribió á la madre de Saumaise rogándole que la ayudase. “Ha pasado por aquí un joven que viene de París y que es pariente de una de nuestras hermanas novicias. Habiéndole ésta hablado de nuestro deseo, le ofreció con grande entusiasmo procurar que se pintase el cuadro tan bello como se pretendía, y sólo falta darle el dibujo ¹. Esta era la dificultad. Para estimular á la madre de Saumaise á que tratara de vencerla, á buscar en Dijón, capital del ducado de Borgoña, centro de las letras y de las artes, un pintor capaz de realizar intento tan difícil, le habla de una misión que acababa de tener y en la que había oído á Nuestro Señor decirle “que no perecerían los que sean devotos del Sagrado Corazón, y que, como El es la fuente de todas las bendiciones, las derramaría con abundancia dondequiera que se colocase su imagen para ser amada y adorada: que por este medio reuniría á las familias divididas; que protegería á las que estuviesen necesita-

¹ Carta xxxvi.

das, y que otorgaría una gracia especial de salud y de santidad á la primera persona que hiciese pintar esa santa imagen ¹..”

Otra vez, y con más instancia, decía: “Mucho me complacería saber si podéis ejecutar una cosa que el Sagrado Corazón de nuestro buen Maestro os ha destinado y reservado... y es que, como habéis sido la primera á quien tuvo á bien que yo comunicase el ardiente deseo que tiene de ser conocido, amado y adorado de las criaturas, quiere también que seáis vos la que mandéis abrir una lámina de ese Sagrado Corazón, á fin de que los que deseen tributarle homenajes particulares, puedan tener imágenes en sus casas y otras más pequeñas para traerlas consigo. Me parece que sería grandicha para vos procurarle esa honra, de la que obtendréis mayor recompensa que de cualquiera otra buena obra de vuestra vida ²..”

Lo mismo escribió, casi en iguales términos, pero con más fuego, á la madre Greyfié. “¡Si supieseis, mi buena madre, cuán instada me siento á amar al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo! Paréceme que sólo para esto recibí la vida... Me ha gratificado con una *visita*, que me fué por todo extremo favorable á causa de las buenas impresiones que dejó en mi corazón. Me ha manifestado que es tan grande la complacencia que tiene en ser amado, conocido y honrado de sus criaturas, que, si no me engaño, me ha prometido que los que sean sus devotos no perecerán jamás, y que, como El es la fuente de todas las bendiciones, las derramará con abundancia en todos los lugares en que

1 *Carta* xxxii.

2 *Idem* xxxvi.

sea colocada y honrada la imagen de su divino Corazón., La Bienaventurada, después de haber especificado esas bendiciones, casi en los mismos términos que en su carta á la madre de Saumaise, agrega: "Me ha dado á conocer que su Sagrado Corazón *jes el Santo de los santos, el Santo de amor!* que quiere ahora ser conocido como el *Mediador* entre Dios y los hombres, porque es omnipotente para darnos la paz y apartar los castigos que por el pecado merecemos, y para obtener que seamos vistos con misericordia ¹.

La madre Greyfié acababa á la sazón de leer el *Retiro* del Padre de la Colombière. Esa lectura, por una parte, por otra aquella carta, y además el conocimiento perfecto que tenía de las grandes revelaciones del Sagrado Corazón y de la santidad de la Bienaventurada, la persuadieron de que había llegado ya la hora de un acto solemne. Teniendo probablemente noticia de algún pintor de cierto mérito, le hizo ejecutar un cuadro al óleo, que representase al Corazón adorable de Jesús, y le colocó en un altar del pequeño oratorio, y á la cabeza de su comunidad se arrodilló consagrándose solemnemente al Corazón de su divino Maestro. No podía haber reparado más sencillamente sus vacilaciones, ni dado un ejemplo más brillante á toda la orden, de la que era una de las más eminentes superiores. Además, queriendo ofrecer á la Bienaventurada un presente gratisimo para ella, hizo sacar una copia del cuadro, y agregándole doce pequeñas imágenes á la pluma, se se las envió como aguinaldo.

La Bienaventurada no cabía en sí de gozo, y desde

¹ Carta xxxiii.

luego escribió á la madre Greyfié para darle las gracias con grande efusión. "Me faltan palabras para explicaros el consuelo que me habéis dado, tanto al enviarme la imagen del amable Corazón, como queriendo ayudarnos á honrarle con toda vuestra comunidad. Esto me ha causado transportes de alegría mil veces más grandes que si me hubierais puesto en posesión de todos los tesoros de la tierra ¹., Y poco después añadía:

"Ahora sí moriría contenta, puesto que el Sagrado Corazón de mi Salvador es conocido y yo desconocida... Os recuerdo de nuevo lo que me habéis prometido, á saber: impedir, en cuanto de vos dependa, que después de mi muerte se haga mención de mí, si no es para pedir oraciones y sufragios por la más necesitada é indigna religiosa del instituto...," Añade para concluir: "Quiere El que os diga que vuestra comunidad de tal manera ha ganado su amistad al ser la primera en rendirle homenajes, que ella es el objeto de sus complacencias; y quiere que cuando ruegue yo por ella, la nombre *comunidad muy amada de su Corazón*.,

Al mismo tiempo que la Bienaventurada desahogaba su reconocimiento en esos términos de admirable humildad, distribuía, sin perder un instante, las pequeñas imágenes á los que pudieran aprovecharse de ellas mejor; una á los Padres Jesuitas de Paray, dos á la madre de Saudeilles y á la hermana de la Barge en Moulins, otra á la madre de Saumaise en Dijón, suplicándola con instancia que mandase abrir una lámina, porque los pequeños dibujos de pluma no podían repartirse en gran número, no así en grabado, pues podían sacarse multitud de ejemplares.

Habiendo recibido la madre de Saudeilles las dos imágenes del divino Corazón, reservó para sí la más pequeña á fin de traerla siempre sobre su corazón: la más grande fué expuesta á la veneración de las hermanas en la celda del monasterio de Moulins, en que murió Santa Francisca Chantal. Desde ese día aquel piadoso oratorio fué más frecuentado que nunca; el primer viernes del mes iba allí la comunidad á tributar sus homenajes al Corazón Sagrado.

Sin embargo, por grande que fuese la alegría que tuvo la Bienaventurada al saber la consagración solemne al Sagrado Corazón, la impresión producida en su comunidad de Paray, y en particular en la hermana María Magdalena Escures, había sido tal vez más profunda. El monasterio de Paray estaba entonces dividido, por decirlo así, en dos grandes partidos: el de las antiguas, rígidas observantes de las reglas, guardianes celosas de las costumbres, á cuya cabeza estaba la hermana María Magdalena, y el partido de las jóvenes, formadas por la Bienaventurada y consagradas al Corazón de Jesús. Por medio de la prudencia, la buena madre Melin mantenía la paz entre estos dos partidos. Se puede decir que la madre Greyfié, tan rígida y tan firme en su bondad y en su fervor, había sido del partido de las antiguas. Por lo mismo, cuando se supo lo que acababa de hacer, la emoción fué profunda y ninguna la experimentó tan viva como la hermana María Magdalena. De corazón siempre había estado tiernamente unida á la Bienaventurada, la amaba y la veneraba; pero su espíritu estaba con la madre Greyfié.

Sabía que era observante escrupulosa de las más pequeñas reglas, de ninguna manera novadora, y que no

obraba sino después de maduras reflexiones; había vivido seis años bajo sus órdenes, y la consideraba como el sostén de la observancia, como una de las más firmes columnas del Instituto. Si, pues, la madre Greyfié se había decidido á prosternarse ante el Sagrado Corazón y á inaugurar solemnemente sus cultos, ¿cómo vacilar todavía en Paray? ¿Quién, después de tal ejemplo, podría dudar de que en ella nada había contrario, ni á la letra de las reglas, ni al espíritu de la Visitación, ni mucho menos á la fe de la Iglesia? En este sentido habló á la madre Melin, hacía tiempo partidaria en secreto de esa causa, y de concierto con ella preparó en silencio una reparación pública, una satisfacción solemne.

Se escogió para ello el viernes siguiente á la Octava de Corpus, día designado en los decretos eternos para ser en la Iglesia el gran día de la adoración del Corazón de Jesús. Por la mañana, al entrar en la capilla, las hermanas observaron que en medio del coro había una especie de altar pequeño. Se acercan, y miran en ese altar cubierto con un tapiz una imagen del Sagrado Corazón; la miniatura misma de la madre Greyfié está expuesta en medio de flores y de cirios benditos. Un billete prendido al altar y firmado por la hermana María Magdalena, invitaba á todas las hermanas á arrodillarse y á consagrarse al Corazón adorable de Nuestro Señor. No hubo entonces ya quien vacilara: todas las antiguas, arrastradas por el ejemplo de la hermana María Magdalena, todas las jóvenes, conducidas por la Bienaventurada, se prosternaron como dos coros de ángeles y ofrecieron á Nuestro Señor, éstas entusiastas adoraciones, aquéllas súplicas mezcladas de lágrimas, y

todas un incienso purísimo agradable á Dios, porque si unas lo habían glorificado apresurándose á adorarle, las otras no le habían servido menos con su prudencia. La Bienaventurada Margarita María y la hermana María Magdalena se abrazaron con ternura, y desde aquel día no hubo en el monasterio más que un solo corazón para alabar, amar y adorar al divino Corazón de Jesús. Se decidió con entusiasmo que se mandara hacer un cuadro grande y hermoso del Sagrado Corazón y que se construyese una capilla donde exponerle á la pública devoción.

Entre tanto, y deseando reparar más su falta, la hermana María Magdalena solicitó encargarse del pequeño oratorio, consagrado por el noviciado al Corazón de Jesús. “Os contaré que tenemos un segundo cuadro del Sagrado Corazón, mandado pintar por nuestra querida hermana de Farges. Está destinado, como ya lo deseaba, para esta capilla, que es la primera erigida en honra del divino Corazón, y de la cual está encargada la hermana Escures, que la ha puesto como un relicario ¹.”

La Bienaventurada no estaba, sin embargo, enteramente satisfecha. Bueno era un cuadro al óleo; pero sólo podría servir para el lugar á que se había destinado. Imágenes en vitela y á la pluma se hacían por todas partes, en Paray, en Dijón, en Semur, en Moulins; mas no eran bastantes. Era del todo indispensable un grabado del que pudieran sacarse multitud de copias y distribuir las entre las familias. En ese sentido escribió á la madre de Saumaise, muy ocupada á la sazón en hacer pintar un gran cuadro. La Bienaventurada insistió,

1 *Carta LXXX.*

no obstante, diciendo que no era esto lo que Nuestro Señor pedía, sino “una imagen, abierta en lámina, á fin de que cualquiera pudiese obtenerla según su devoción ¹.”

En esto, un sacerdote Jesuíta recién llegado de Lyon, propuso mandar abrir el grabado; instaba, al efecto, vivamente y con gran celo; pero luego que recibió el encargo, no hizo nada, porque siempre en camino, ocupado constantemente en dar misiones, no podía cumplir lo que ofrecía. Después, cuando iba á partir para Aix, quería llevarse consigo la imagen para mandar hacer el grabado, y la Bienaventurada tuvo mil trabajos para arrancar de sus manos el dibujo. Al avisarlo á la madre de Saumaise, la conjuraba que en el acto pusiese manos á la obra: “Ved, mi querida madre, el bosquejo que el buen padre nos ha devuelto, con gran sentimiento de no haber podido acabar la obra; pero Dios, que todo sabe disponerlo bien, hará que la imagen sea más perfecta; porque el dibujo de lápiz que se nos ha enviado, ni es hermoso, ni de mi gusto; así es que os estaría muy obligada si lo hicieseis cambiar ².”

La madre de Saumaise tenía cerca de sí en Dijón una hermana joven, Juana Magdalena Joly, que se distinguía entre todas por su tierna devoción al Sagrado Corazón. A ella comunicó esa carta, expresando el deseo de que ejecutase otro diseño que correspondiera mejor al pensamiento de la Bienaventurada. Hízolo así la hermana, y logró satisfactoriamente el intento. “No puedo explicaros, le escribió en el acto Margarita María, mis dulces transportes de gozo al recibir vuestra imagen, que es exactamente como yo la deseaba. Sobre toda

1 *Carta xxxix.*

2 *Carta lx.*

ponderación es el consuelo que experimento al ver vuestro ardiente amor al Sagrado Corazón. Continúad así, querida hermana; espero que este divino Corazón reinará, á pesar de cuantos obstáculos se opongan. En cuanto á mí, sólo puedo sufrir y callar ¹. Aquel dibujo, que llenaba tan bien los deseos de la Bienaventurada, no fué, sin embargo, ejecutado en Dijón. Después de muchas vacilaciones se le envió á París, y á los cuidados del primer monasterio se debió el que por fin fuese abierto aquel grabado que por tanto tiempo se esperaba.

Estaba, pues, dado el primer paso para la real glorificación del Corazón de Jesús y para la propagación de su culto. Fuera de los cuadros al óleo, que comenzaban á multiplicarse; fuera de las miniaturas en vitela, de los dibujos de lápiz y pinturas al pastel, que circulaban de uno en otro monasterio y que ya se distribuían en las misiones, había, después de muchas dificultades, una lámina grabada, de la que podrían sacarse cuantos ejemplares se quisieran para esparcirlos por todo el mundo.

No obstante, por útil que fuese una imagen para dar á conocer y propagar la devoción al Sagrado Corazón, no era bastante por sí sola. Se necesitaba un libro que interpretase esa imagen, que explicase esa devoción y que formulara algunas oraciones y letanias para que los fieles tuvieran un modelo de adoración y desagravios. Si la Bienaventurada hubiera consentido en ello, habría compuesto sobre ese asunto tantas meditaciones, devociones y súplicas, que toda la dificultad estaría en escoger la mejor. Pero ¿quién se habría atrevido á pro-

ponerle semejante cosa? Se la hubiera hecho volver á entrar “hasta el centro de su nada... La hermana Juana Magdalena Joly, que había tenido tanto acierto para la imagen del Sagrado Corazón, concibió la idea de componer un libro pequeño, de algunos pasajes solamente, para explicar aquella imagen. Sabiendo ese proyecto la Bienaventurada, felicitó vivamente á la hermana y le instó para que lo realizara ¹. Sometido el manuscrito al Ilmo. Sr. Obispo de Langres y aprobado por su Vicario general, la obra fué impresa antes del fin del año y enviada á todos los monasterios de la Orden ². Contenia ese libro la imagen y la hacía comprender.

La madre de Seodeilles tuvo en Moulins la misma idea que había tenido la hermana Joly. Compuso también un devocionario del Corazón de Jesús; pero, menos discreta que aquélla, insertó algunas oraciones y actos de consagración, compuestos por la Bienaventurada, levantando así un poco el velo con que ésta se cubría tan cuidadosamente. “Os enviamos, escribela Bienaventurada á la madre de Saumaise, este librito que la madre de Seodeilles ha mandado imprimir después de que algunas personas de consideración, á quienes no conozco, le entregaron las letanías del Sagrado Corazón, los desagravios y lo demás que ha producido en mí lo que me tocaba, á saber: *confusiones espantosas*. Al leer ese libro, comprenderéis bien lo que os digo, sin necesidad de que me explique más, y de lo cual tendría hasta cierto punto motivo de acusaros; pero que se haga la voluntad de Dios ³.”

1 Carta LXVII.

2 Idem LXVI.

3 Idem LVIII, pág. 114.—Hemos hecho esfuerzos inauditos, y hasta hoy

Muy pronto apareció un pequeño oficio del Sagrado Corazón compuesto por un santo religioso, y del que la Bienaventurada hace elogios extraordinarios, pero que de tal manera se ocultó en su humildad, que con gran dificultad hemos podido saber su nombre, mas sin detalle alguno respecto de su vida. Era de la Compañía de Jesús y se llamaba el Padre Gette. “Me preguntáis el nombre del religioso que ha compuesto un oficio parvo del Sagrado Corazón, con la idea de que el mismo divino Corazón desearía esto de él. Tened la bondad de dispensarme por ahora que os lo diga; únicamente os diré que será un segundo Padre de la Colombière ¹., El oficio fué impreso, y puesto poco después en verso francés. “Adiós, mi buena madre, creo que no os desagradará que os envíe una versión en verso del oficio del Sagrado Corazón, que se le reputa admirablemente bello ².,”

Inmenso fué el éxito que alcanzaron aquellos opúsculos, unidos á la imagen del Sagrado Corazón; de todas partes los pedían, y todo el mundo quería poseerlos. “Ruego á vuestra caridad me hagáis saber si todavía se imprimen libritos del Sagrado Corazón; y si tuviereis la bondad de enviarnos algunos, os lo agradecería infinito; no podréis creer con cuán vivas instancias son solicitados ³.,” Y agregaba: “Instan tanto por ellos, que no basta

inútiles, para obtener esos dos opúsculos: el de la hermana Joly, en Dijón, y el de la madre Seodeilles, de Moulins. Sobre todo este último, nos interesa en gran manera para ver en él lo que produjo á la Bienaventurada tan *espantosas confusiones*. Rogamos encarecidamente á todos los monasterios de la Visitación que busquen esos dos preciosos opúsculos y tengan la bondad de enviarnoslos.

1 *Carta* LXXXIII.

Idem LXXXVII.

2 LXXXVIII.

á medias para contentar la devoción de cada uno ¹. En otra parte: "Se ha fijado á esos libros el precio de siete sueldos, y la primera edición se agotó en el acto; ya se hizo la segunda, y creo que no será la última ²."

No solamente en Paray, en Dijón, en Semur, en Moulins, es decir, en los mismos lugares en que había nacido aquella devoción, sino también en Lyón, en Marsella, en París, por dondequiera se notaba el mismo afán. "Es preciso que os refiera un hecho para gloria del Sagrado Corazón y que os dará motivo de bendecirle. Había dado á cierta persona de Lyón uno de los libros de Dijón: hizo que lo leyera un joven sacerdote, y habiéndolo mostrado á los estudiantes de Lyón, tomaron tanta afición, que sacaron gran número de copias de las letanias y de las oraciones, las que recitan devotamente.

Y como estos jóvenes las dieron á conocer á otros muchos, se aficionaron también á ellas; y ya fué preciso, porque las copias manuscritas no bastaban, resolverse á imprimir uno de aquellos libros. Tanto empeño tenía en esto un joven artesano, que se dirigió á uno de los más famosos libreros de Lyón ³, que se sintió abrasado del amor al divino Corazón y se propuso desde luego hacer á su costa la impresión; pero entre él y el joven se entabló una piadosa confidencia, y habiéndola ganado el librero, solicitó un ejemplar del libro del Sagrado Corazón y fué á rogar á uno de sus amigos que le hiciese algunas adiciones, de lo cual se encargó un santo religioso ⁴. La nueva edición fué bellísima y tuvo tal de-

1 *Carta* xci.

2 *Idem* cii.

3 Horace Molin.

4 El Padre Croisset.

manda, que casi se agotaron los ejemplares durante un mes, y fué preciso hacer una tercera edición ¹.

Ese libro comenzó á extenderse fuera de Francia. "Os confieso, madre mía, que es un gran consuelo para todos los que le aman ver que la devoción se propaga por todas partes. La honorable madre de nuestro primer monasterio de Lyon ha enviado á Portugal el libro, y se sabe que va á ser traducido al italiano ².

En 22 de Octubre de 1689 escribió lo que sigue: "¡Cuán gran consuelo es oír hablar de los felices progresos de esta amable devoción! De Lyon nos comunican que todo el mundo la adopta con entusiasmo. Nos hablan de tres ó cuatro ciudades en que se van á reimprimir esos libros; en Marsella, por ejemplo, se hará una tirada de mil ejemplares; y de veintisiete casas religiosas que hay en esa ciudad, no hay una sola que no hubiese aceptado la devoción, y con tanto celo, que en unas *han puesto altares* y en otras *construyen capillas* ³." Es decir, que el culto nacía de sí mismo. Después de la imagen el libro; en pos del libro el altar y la capilla; por todas partes se hacían construcciones. Este era el homenaje que aún faltaba al Corazón adorable de Jesús; homenaje más grande que los otros, porque es á la vez más brillante, más popular y más indestructible.

La primera de todas esas capillas, la que fué votada con entusiasmo el día en que el monasterio de Paray todo entero se prosternó á los pies del Corazón de Jesús, fué acabada el 7 de Septiembre de 1688 y dedicada con gran solemnidad. "Todos los curas de la ciudad y

1 Carta cxiii.

2 Idem cxiii.

3 Idem cvii.

de las parroquias vecinas, acompañados de gran multitud de fieles, se dirigieron primero á la iglesia parroquial y después procesionalmente á nuestro claustro. Llegaron á la una y media de la tarde, y la ceremonia duró dos horas ¹. En el altar se había colocado el cuadro del Sagrado Corazón que la madre de Saumaise había hecho ejecutar en grande, según la miniatura de la madre Greyfié, y del que decía la Bienaventurada: “No me canso de verle, pues me parece hermosísimo.”

Durante las horas que se emplearon en aquella piadosa ceremonia, nuestra humilde y dichosa Margarita permaneció de rodillas, de tal manera extática y abismada en Dios, que de todas las personas que ardientemente deseaban hablarle, ninguna se atrevió á hacerlo. Muchos que nunca la habían visto la contemplaban entonces con curiosidad, la rodeaban por todas partes y observaban con atención si cambiaba de postura; “pero estaba *tan inmóvil como si fuese una estatua* ².”

¿Qué pasaba entonces en el interior de esta santa amiga de Jesús? Fué este un secreto que jamás descubrió; mas sin duda al contemplar el triunfo del Corazón Sagrado, su alma exclamaría, como en otro tiempo el anciano Simeón: “Ahora sí moriré contenta, puesto que el Corazón de mi Salvador comienza á ser conocido y adorado.”

Lo único que entonces pudo lamentarse fué que la capilla se hubiera construido en el fondo del jardín, en un sitio inaccesible al pueblo, en vez de serlo en un lugar público; pero la piedad popular no se detuvo delante de ese obstáculo. Dando la vuelta alrededor del jar-

1 Carta CVII.

2 Contemp., pág. 282.

dín, se veía á los campesinos arrodillarse en el camino, cerca de las paredes exteriores de ese santuario, el primero en que se adoró públicamente el Corazón de Jesús ¹.

Había comenzado, pues, su marcha triunfal la grande y tierna devoción al Amor infinito. Cada una de las cartas de la Bienaventurada era un nuevo progreso. Obscura y oculta al principio, germinando, por decirlo así, en la sombra del claustro, vedla ahora salvando los muros, abriéndose paso y apareciendo á toda luz. Después de la capilla de Paray hubo una segunda, la de Bois-Sainte-Marie, construida por el hermano de la Bienaventurada; luego la de Dijón, y un poco más tarde las de Moulins y de Semur. El culto ha comenzado. “Preciso es deciros con gran consolación que hay aquí muchos devotos del divino Corazón que le rezan novenas, encienden cirios y recogen el fruto de sus peticiones ².,” “Tengo noticia de que se ha erigido una congregación bajo el título del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. No sé bien si esto fué en París; pero sí que se ha establecido otra con el exclusivo objeto de honrarle ³.,”

Faltaba, sin embargo, el último homenaje, el más grandioso de todos. Existía ya el culto íntimo, individual, privado: pero se necesitaba aún, para acabar la obra de la glorificación del Sagrado Corazón, que al culto privado se agregase el culto público, que el santo sacrificio de la Misa se ofreciese solemnemente en honra del Corazón divino de Jesús. En esta vez fué también

1 *Carta* cxiv.

2 *Idem* ci.

3 *Idem* xciii.

la pequeña hermana Joly la que tuvo esa gloriosa iniciativa. Inspirándose en el amor de Jesús, se atrevió á componer una *Misa* en honra del Corazón. Como no sabía otro idioma, la escribió en francés, y rogó al buen Padre Charolais, confesor del monasterio, que la pusiese en latín. Hecho esto, fué enviada al Obispo de Langres, suplicándole tuviese á bien autorizar la celebración pública en el convento, á lo que accedió con gusto ese santo Prelado.

Mucho era esto ya, y sin embargo no bastaba ni á la hermana Joly, ni á la madre de Saumaise, ni al monasterio todo de Dijón. Obtenida la aprobación del Obispo, se pensó en solicitar la del Sumo Pontífice. Al efecto, se remitió un ejemplar de aquella Misa á la superiora de la Visitación de Roma, rogándole la comunicase al Cardenal Cibo y por su conducto al Padre Santo. Con humildad, pero con instancia, se pedia á la Silla Apostólica se dignara acordar la autorización de que se celebrase públicamente y en toda la Iglesia la festividad del Sagrado Corazón de Jesús.

Era este un paso atrevido de parte de unas humildes religiosas. No es fácil saber cuántas y cuáles fueron las instancias de nuestra santa durante las negociaciones. En sus cartas se nota cierta impaciencia que no era natural en ella. "Creo que yo moriría contenta si obtuviese la autorización de la Misa en honra del adorable Corazón de Jesús ¹."

Mucho se hizo esperar la respuesta de Roma, porque Roma jamás se apresura. Es paciente, por que es sabia y eterna. Cuando esa respuesta vino, fué para herir como

espada de dolor el corazón de la Bienaventurada ¹! Roma contestó que aún no había llegado la hora de otorgar una aprobación que se extendiese á la Iglesia universal; pero por indicación benévola del Cardenal Cibo, la superiora de Roma agregaba que no había motivo para desalentarse; que era necesario, ante todo, establecer públicamente aquella devoción en la diócesis con permiso del Obispo, y cuando hubiese subsistido durante algún tiempo, sería más fácil obtener la aprobación de Roma.

Dirigida por consejos tan sabios, y sostenida también por la Bienaventurada, que afirmaba más y más que á pesar de todas las contradicciones triunfaría el Corazón de Jesús, la madre de Saumaise, ó más bien la madre Desbarres, superiora entonces de Dijón, se dirigió al Obispo de Langres para suplicarle se dignase permitir la celebración pública de la fiesta del Sagrado Corazón, no solamente en el monasterio, sino en toda la diócesis. Concedido ese permiso, se hicieron todos los preparativos necesarios para una solemne glorificación del Corazón de Jesús. Pero como la ceremonia pública no podía verificarse sino después de Pascua, para contener la impaciencia de las hermanas se organizó una pequeña fiesta íntima. Colocóse en el santuario de las religiosas un cuadro del Sagrado Corazón, y el Sr. Boucher, superior de la Visitación, celebró la Misa el 4 de Febrero de 1689, primer viernes de mes, en presencia sólo de la comunidad. Fué ésta la primera Misa que se dijo en la Iglesia católica en honra del Corazón Jesús. Dejo á la consideración de los lectores hacerse cargo

¹ *Carta* LXXXVII.

de cuán grande sería el júbilo de la madre de Saumaise, de la hermana Joly, de la madre Desbarres y de todas aquellas almas escogidas, que tanto habían hecho para llegar á ese resultado, y que abrigaban un amor tan puro por el Corazón del Bien Amado. Aquel fué un día celestial y como la continuación de la primera adoración al Sagrado Corazón en el pequeño oratorio de Paray.

Desde ese día, el cuadro del Sagrado Corazón fué expuesto todos los viernes en el santuario de las religiosas, que pasaban el día entero delante del Corazón de su divino Maestro, y de allí no se las podía arrancar.

La fiesta pública tuvo lugar después de Pascua. El capítulo ducal de la Santa Capilla se dirigió procesionalmente á la iglesia de la Visitación, y allí se cantó la Misa á toda orquesta¹, permaneciendo expuesto el Divinísimo todo el día en medio de un concurso numeroso. Poco después se estableció una cofradía para la adoración perpetua del Sagrado Corazón. Toda la población quiso inscribirse en la cofradía, y en pocos días se llenaron "seis gruesos volúmenes, en los que se registran los nombres más ilustres de la provincia„. La primera hora de adoración tocó al venerable canónigo de la Santa Capilla, M. Benigno Joly, de extraordinaria santidad, el San Vicente de Paúl de la Borgoña, el fundador y promotor de todas las grandes obras de Dijón, á quien el pueblo apellidaba *Padre de los pobres* y que la Iglesia ha colocado en el número de los *Venerables*.

Así, pues, el culto del Sagrado Corazón quedó solemnemente inaugurado.

¹ *Anales de la Visitación*, por el señor abate Colet, después Obispo de Luçon, pág. 146.

Poco á poco, ocultándose cuanto podía, sin ruido, sin salir de la sombra, la Bienaventurada comenzaba á reclutar adoradores del Corazón de su Esposo bien amado. El culto público sucedía al privado, y además, sin que la humilde Margarita se hubiese mezclado en ello sino con sus deseos y sus oraciones, la nueva devoción había ido á llamar á las puertas del Vaticano, despertando la atención del Soberano Pontífice. Era fácil de prever, por grande que sea la prudencia de la Iglesia en asuntos tan delicados tocantes á la gloria de Dios, que más tarde ó más temprano la devoción al Corazón de Jesús subiría á todos los altares de la cristiandad.

Todo llegó á su término á mediados de 1689: pocos meses quedaban ya de vida á la Bienaventurada, y podía creerse que su misión había terminado, cuando súbitamente brilló en su ocaso. Tuvo, al borde mismo del sepulcro, una nueva revelación, tan espléndida como las de su juventud, en que Dios le hizo ver sus grandes designios acerca de Francia, y un segundo aspecto, inesperado y admirable, de la devoción al Corazón de Jesús.





CAPITULO XIV

ÚLTIMA REVELACIÓN RELATIVA AL REY Y Á LA FRANCIA

(1689)

Vive le Christ, qui aime les Français!

(Prólogo de la ley sálica.)

Non fecit taliter omni nationi.

(Salmo cii.)

LA revelación del Sagrado Corazón es, sin duda, la más importante después de la Encarnación y la Santa Eucaristía. Es el más grande destello de luz después de la venida del Espíritu Santo. La Bienaventurada llegó hasta declarar que el Corazón de Jesús sería en la Iglesia “como un nuevo mediador¹”; es decir, que de la misma manera que no puede llegarse al Padre, sino por su divino Hijo hecho Hombre, tampoco podría llegarse en lo de adelante al Hijo sino dirigiéndose al amor infinito de su Corazón. Tal era el primer designio de Dios. Tenía por objeto, según hemos visto ya, disipar el hielo y las tinieblas que se amontonaban, y reavivar en la Iglesia el fuego de la inmolación y del sacrificio.

Pero además de este primer designio, había otro re-

¹ Carta XLIII.

lativo á la Francia, en el que se vería de nuevo el antiguo amor de Dios hacia los francos, que, á pesar de nuestras infidelidades, no se ha cansado, en más de mil quinientos años, antes bien parece que ha crecido en proporción á nuestras mismas ingratitudes.

Se habrá podido descubrir algo de este segundo designio reflexionando desde luego que la Francia fué escogida, entre todas las naciones, para ser el teatro de las manifestaciones del Amor infinito, y que á una virgen francesa, á una orden francesa, otorgó Dios la grande honra de ser los confidentes, los apóstoles y los primeros adoradores de su divino Corazón. Se habrá podido conocer también cuál era el carácter de nuestras llagas en los siglos xvii y xviii, y con cuánta suavidad, delicadeza y eficacia se adoptaba esta devoción para curarla. En fin, se habrá llegado á las últimas claridades, observando que esa devoción responde igualmente al aspecto elevado, sublime, del carácter francés. Desde luego habrá podido preverse que un día ú otro la Francia sucumbiría al encanto de semejante doctrina, y cuando el Cristianismo se entregue á la adoración de un Corazón herido por el amor, habrá tal afinidad entre el corazón francés y esta religión, que aquél se entregará con entusiasmo á su propagación, y regenerándose en sus llamas regenerará al mundo. Sin embargo, está todavía lejano el tiempo en que se vea en toda su plenitud la belleza de los designios de Dios respecto de la Francia.

Ha habido santos, aun de los muy contemplativos, que estuvieron al corriente de los negocios de su época y que intervinieron en ellos con el doble brillo de la luz divina y de la humana: testigo Santa Teresa de Jesús,

cuya admirable correspondencia con Felipe II merecía ser mejor conocida y arrojaría más espléndida claridad sobre aquella santa. Nuestra Bienaventurada era de otro carácter. Nacida en una pequeña aldea, apenas se sepultó en el claustro cuando dejó de pertenecer á la tierra. En sus cartas jamás habló de política, ni siquiera aludía á lo que entonces ocupaba tanto á sus contemporáneos. Si el jansenismo, negando ú apocando el amor infinito, marchitaba el corazón del hombre; si el racionalismo, hijo involuntario de Descartes, aislando el espíritu de las otras facultades, al separarle del alma y particularmente del corazón, proseguía y agravaba esa obra detestable; si el sensualismo la consumaba corrompiendo el corazón; si desaparecían las antiguas y morigeradas costumbres; si Luis XIV pasaba del amor culpable de Luisa la Vallière á la dominación vergonzosa de la Montespán, arrastrando insensiblemente á su ruina el imperio francés; si el corazón, combatido á la vez por tantos enemigos, estaba á punto de perecer, á menos que fuese curado y regenerado por el contacto de un corazón puro, nada de esto, repito, se presentaba á la vista de la Bienaventurada; no veía más que á su muy Amado; no sabía más sino que los hombres no le amaban, le olvidaban y le ofendían; que derramaba beneficios, y sólo recogía ultrajes. En cuanto á la forma del pecado, á la diferencia entre el modo de ofender hoy á Dios y del que antes se empleaba nuestra Margarita María, se cuidaba bien poco. Y en el fondo, ¿qué importaba?

Una vez, sin embargo, llegó hasta ella no sé qué luz divina respecto de los desórdenes del rey y de la corte. Habiéndole dicho la superiora: "Id á reemplazar al rey

ante el Santísimo Sacramento,, lo hizo así; y ella, la pureza angélica, fué asaltada por pensamientos é imaginaciones que le causaron horror; y esto se renovaba cada vez que recibía el mismo encargo. Fué preciso que, advertida la superiora, la retirara semejante comisión, en la que había sentido tormentos extraños de que antes ni idea siquiera tuvo.

Otra vez notó, y lo dice en una de sus cartas, "cierto espíritu extraño de orgullo que vagaba en torno de la Visitación, y que intentaba sustituirse al de humildad y sencillez, que es el fundamento de todo el edificio ¹„. Este espíritu de orgullo era el jansenismo; pero la santa ni de nombre lo conocía. Lo veía, sí, mas no á la luz de la historia, sino á la luz de Dios, mediante un éxtasis puro.

Son estas las únicas alusiones que se encuentran en sus escritos relativas á los sucesos contemporáneos; por lo mismo, nada la había preparado para la grande revelación que iba á tener. Menos preparadas estaban aún sus compañeras, sus amigas, sus queridas y antiguas superioras. Las primeras revelaciones del Sagrado Corazón, destinadas á la Iglesia universal, habían suscitado tempestades; la relativa á Francia parece que pasó inadvertida. O no se la conoció, ó fué despreciada. Ni una sola palabra dicen de ella los *Contemporáneos*; el Ilmo. Sr. Languet no llegó á sospechar su existencia, y apenas hace diez años (1874) que es conocida. Semejante á esas páginas cuya escritura invisible no aparece sino hasta que se las aproxima al fuego, se necesitó que la llama de las revoluciones viniese á alum-

brar en la obscuridad de los archivos los escritos en que estaba encerrada y pudiera la vista fijarse en ellos. Y tal vez no tenemos todavía todos los monumentos de esta revelación nacional, tan gloriosa para la Francia como la conversión de Clovis ó la misión de Juana de Arco.

Véase cuáles son los que hasta ahora poseemos: tres cartas dirigidas en 1689 á la madre de Saumaise; cartas admirables, de las cuales en una se advierte no sé qué solemnidad; en las otras cierto temor de no ser comprendida, y que forman todas como la última palabra del gran drama de las manifestaciones del Corazón de Jesús.

La primera carta es de 23 de Febrero de 1689. La Bienaventurada escribe á la madre de Saumaise dándole las gracias por todo lo que ha hecho con objeto de promover el culto del Sagrado Corazón; y alude en su carta, á medias palabras, al aspecto social y nacional de esa gran devoción: “¡Ah, qué dicha para vos y para cuantos han cooperado al intento!, porque se atraerán para sí la amistad y las bendiciones eternas de este amable Corazón, y UN PODEROSO PROTECTOR PARA NUESTRA PATRIA. *Tan poderoso así se necesita para contener la severidad de la justa cólera de Dios por tantos crímenes que se cometen.*” Después añade: “Mas espero que este divino Corazón será una fuente inextinguible de misericordia. No quiere establecer su reino entre nosotros sino para otorgarnos más abundantemente sus preciosas gracias de santificación y de salud.”

Indicando después que es preciso que el arrepentimiento comience donde ha comenzado el pecado, agrega: “Una cosa me consuela sobremanera, y es la espe-

ranza de que en cambio de las amarguras que este divino Corazón sufrió en los palacios de los grandes durante las ignominias de la Pasión, *con el tiempo* esta devoción penetrará magníficamente también en los palacios. Proseguid, pues, con valor lo que habéis emprendido para su gloria en el establecimiento de su reinado. El Sagrado Corazón reinará, á despecho de Satanás y de cuantos suscita para impedirlo. Mas por ahora sólo es tiempo de obrar y de sufrir en silencio, como EL lo hizo por amor nuestro ¹..

Ciertamente que por sus innumerables crímenes la Francia ha desencadenado contra sí la cólera de Dios; y sus golpes sólo podrá desviarlos y contenerlos el Corazón de Jesús. Felizmente allí está "este poderoso protector de nuestra patria; reinará á pesar de Satanás, se hará conocer y será recibido con magnificencia". Mas para ello pasará algún tiempo. He aquí la primera carta, ó más bien la primera profecía.

La segunda es en gran manera importante. Parece que fué escrita al salir de un éxtasis el mismo día de la fiesta del Sagrado Corazón, *el viernes siguiente á la Octava del Corpus*, 17 de Junio de 1689. El espíritu de Dios desciende á la Bienaventurada, y le muestra con luz vivísima sus designios de misericordia para con la Francia.

Hay en la devoción al Corazón sagrado un aspecto íntimo y otro social; la Bienaventurada comienza por el primero:

"En fin, mi querida madre, ¿no estamos todas consumidas por los ardores de este divino Corazón, después

1 Carta de 23 de Febrero de 1689.

de innumerables gracias recibidas, como otras tantas llamas ardientes de su amor purísimo? ¡Este amable Corazón reinará á pesar de Satanás y sus secuaces! Esta consideración me transporta de alegría. Pero no puedo expresaros, de la manera que El me lo ha hecho comprender, las bendiciones que derramará sobre los que le procuren la mayor honra y gloria.

„Me ha representado la devoción á su Corazón divino como un árbol frondoso, destinado desde la eternidad á germinar y arraigarse en nuestro Instituto, y extender en seguidas sus ramas en las casas que lo componen, á fin de que cada una pueda recoger los frutos á su voluntad y según su gusto. Pero quiere que las hijas de la Visitación distribuyan con abundancia los frutos de este árbol sagrado á cuantos deseen comerlos, obteniendo por este medio que muchos vuelvan á la vida, apartándolos del camino de la perdición, y que el imperio de Satanás desaparezca de las almas para establecer en ellas el de su amor.”

Tal es el primer aspecto de la devoción el Sagrado Corazón; el aspecto sobrenatural, íntimo, universal, el que toca á las almas en toda la tierra y en todos los tiempos.

La Bienaventurada continúa de este modo: “Pero es forzoso no detenerse aquí. Aún hay DESIGNIOS MÁS GRANDES que no pueden realizarse sino *por su omnipotencia*, que puede todo cuanto quiere.”

¿Cuáles son esos designios que la Bienaventurada llama *grandes* y para los que invoca al *Omnipotente*?

“Me ha parecido que desea, añade, entrar con pompa y magnificencia *en la casa de los príncipes y de los reyes* para ser honrado en ella. tanto como ha sido ultra-

jado, despreciado y humillado en su Pasión, y para tener tanta complacencia de que los grandes de la tierra se abatan y humillen delante de El cuanto fué su amargura al verse anonadado á sus pies.,

¿Quién no comprende, por el tono que emplea la Bienaventurada al decir lo que antecede, que acababa de salir de un éxtasis? Lo que sigue viene á comprobarlo:

“He aquí, continúa diciendo, las palabras que escuché á este propósito: *Harás saber al hijo primogénito de mi sagrado Corazón, hablando de nuestro rey, que así como su nacimiento temporal se obtuvo por la devoción á los méritos de mi santa infancia, de igual manera obtendrá su nacimiento de gracia y de gloria eterna por la consagración que haga de sí mismo á mi Corazón adorable, que quiere triunfar del suyo, y, por su mediación, del de los grandes de la tierra. Quiere reinar en su palacio, ser pintado en sus estandartes y grabado en sus armas para que triunfen de todos sus enemigos.*”

La Bienaventurada habla únicamente del rey, porque, según las ideas de aquella época, el rey y la Francia no eran más que una sola entidad. El rey venía á ser como el conjunto de todas las almas de Francia reunidas en una sola y vivificadas por el mismo espíritu.

Adviértase que le llama *el hijo primogénito de mi Sagrado Corazón*; título augusto que recuerda los nombres gloriosos que el Pontificado había ya aplicado á la Francia y á sus reyes, de *nación cristianísima* y de *hijos primogénitos de la Iglesia*.

En cuanto al estandarte y para comprender lo que Dios pide, es necesario recordar lo siguiente: Desde tiempos muy remotos la Francia había tenido siempre

un estandarte sagrado que no se llevaba á los combates vulgares, que reposaba en el santuario de San Dionisio á la sombra de los santos protectores de la Francia, que de allí sólo se sacaba cuando el rey se ponía á la cabeza del ejército, y que se iba á buscar solemnemente á la hora de los peligros supremos ó cuando se trataba de partir á las guerras en defensa de la fe ¹. Representaba el alma religiosa de la Francia, y flotaba como una oración en medio de las banderas nacionales. Un estandarte de este género fué el que dió Dios á Juana de Arco, prescribiéndole su forma y sus emblemas, y comunicándole no sé qué virtud secreta que conduciría á la Francia abatida á los triunfos más inesperados ². Dios pedía hoy al rey y á la Francia, por boca de la virgen de Paray, alguna cosa semejante: un estandarte sagrado que fuese un acto de fe, y que, ostentándose junto á la bandera nacional, indicara que la Francia confiaba más en la bendición de Dios que en el valor proverbial de sus hijos.

Probablemente la madre de Saumaise se sorprendió sobremanera y se conmovió con tan grave comunicación, que se parecía tan poco á cuanto había sabido respecto de la humildad de la Bienaventurada. Nada le contestó, y este silencio fué motivo de pena para Margarita María. ¿Se habrían extraviado las cartas? ¿O bien la ma-

1 *Crónica de San Dionisio*, tomo 1, pág. 223.—*Gerard de Russillon*, pág. 217.

2 Interrogada quién le había ordenado que mandase hacer esa pintura en su estandarte, contestó: "Varias veces os he dicho que nada he hecho sino por orden de Dios." (*Proceso*, tomo 1, pág. 76.) Preguntada si tenía un estandarte cuando estuvo en Orleans, contestó así: "Que era de color blanco, y que en él hizo escribir estas dos palabras: JESÚS-MARÍA." (*Idem*, *ibid.*)

dre de Saumaise, tan decidida hasta entonces por los intereses del Corazón de Jesús, vacilaría en presencia de la nueva perspectiva que acababa de mostrársele? La Bienaventurada escribió de nuevo el 12 de Agosto de 1689 en estos términos: "Os confieso, querida madre, que vuestro silencio respecto de las dos *grandes* cartas que tuve la honra de escribiros me causa alguna pena, no sabiendo á qué atribuirlo, si no es acaso á que os manifesté libre y francamente mis pensamientos, cuando tal vez habría hecho mejor en ocultarlos bajo un humilde silencio. No tenéis más que indicármelo así, y os puedo asegurar que en esto contentaré mi inclinación de no hablar de mejantes cosas, sino de tenerlas sepultadas en el secreto del Sagrado Corazón de mi divino Maestro, quien es testigo de la violencia que necesito hacerme para hablar de ello; á lo que no me habría resuelto *si no me hiciese conocer que en esto se interesa su gloria*, por la cual yo sacrificaría con gusto millones de vidas, si las tuviera, pues mi gran deseo es hacerle conocer, amar y adorar. Pero tal vez no habréis recibido mis cartas, y *esto me afligiría todavía mucho más* ¹."

Temiendo, sin duda, que esas cartas se perdieran y á fin de que no la sorprendiese la muerte y bajara al sepulcro con su secreto, la Bienaventurada redactó la pieza siguiente, que es del mes de Agosto, algunos días después del 12, tal vez el 25, fiesta de San Luís. Es menos una carta que una especie de declaración; reina en ella una solemnidad y una majestad no acostumbradas.

1 Carta del 12 de Agosto de 1689.

¡VIVA ✠ JESÚS!

Agosto de 1689.

“Queriendo el Padre Eterno reparar las amarguras y las agonias que el adorable Corazón de su divino Hijo sufrió ante los príncipes de la tierra entre las humillaciones y ultrajes de su Pasión, desea establecer su imperio en el Corazón de nuestro gran monarca, del que quiere servirse para la ejecución de su designio, á saber: *que se construya un edificio donde sea colocado el cuadro del divino Corazón, para recibir allí la consagración y los homenajes del rey y de toda la corte.*

„Además, este divino Corazón será el protector de la real persona contra todos sus enemigos. Por esto ha escogido al rey como su fiel amigo, para que consiga de la Santa Sede que autorice la celebración de la Misa y obtenga de ella los demás privilegios que deben acompañar á la devoción del Corazón sagrado.

„Quiere, por medio de Él, comunicarle los tesoros de sus gracias de santificación y de salud, bendiciendo todas sus empresas, concediendo la victoria á sus armas y haciéndole triunfar de la malicia de sus enemigos.”

Una consagración nacional al Corazón de Jesús, un templo nacional, edificado por la Francia al Corazón de Jesús, una inscripción del Corazón de Jesús en el estandarte nacional, he aquí lo que Nuestro Señor pide á

la Bienaventurada. Con esta condición hará que el rey, es decir la Francia, venza á todos sus enemigos y le concederá un reino eterno de honor y de gloria.

La Bienaventurada pasa en seguida á los medios de realizar aquel plan y de llegar para esto hasta Luis XIV. Designa, desde luego, al P. de la Chaise, confesor del rey, y que en esa época gozaba de gran favor con el monarca. "Si la bondad de Dios, dice ella, inspira á este gran servidor de la Majestad divina que emplee en su servicio el poder de que disfruta, puede estar seguro de que nunca habrá practicado acción que más redunde en gloria de Dios, ni tan saludable á su alma y de la que será ampliamente recompensado.

„Todo esto tiene grandes dificultades, ya por los muchos obstáculos que opondrá Satanás, ya por los otros tropiezos que Dios permite, á fin de que brille más su poder, que alcanza cuanto quiere, aunque no siempre lo emplea para no violentar el corazón del hombre. *Es necesario orar mucho y hacer que los demás eleven también sus oraciones para lograr el intento.*„

Se habrá notado que en todas estas cartas reina un santo y profundo entusiasmo. ¡El Corazón de Jesús triunfará á pesar de sus enemigos! Lo que Dios quiere de la Francia, la consagración nacional, el templo nacional, la inscripción del Corazón de Jesús en el estandarte, todo se realizará; mas para ello se necesita *mucho tiempo y nada menos que la omnipotencia de Dios*. Además, forzoso es también que haya antes desgracias espantosas.

No se sabe cuál fué la respuesta de la madre de Sau-maise á esa carta del mes de Agosto de 1689. Ella, que había sabido llegar hasta Roma y llamar la atención

del Sumo Pontífice, no omitió nada para llegar también hasta Luis XIV. Se sabe que ocurrió á la superiora de la Visitación de Chaillot, donde se había refugiado la señorita de la Fayette, donde habitaba la reina de Inglaterra, y que tenía, por decirlo así, una puerta abierta para la corte de Luis XIV. Por allí pudo llegar fácilmente hasta el rey; y ya veremos en el curso de esta historia, que el mensaje profético de la Bienaventurada lo recibió, en efecto, aquel monarca. ¿De qué manera fué acogido ese mensaje? ¿Era el gran rey bastante humilde para comprender la elevación cristiana de semejante pensamiento? Sea lo que fuere, esas tiernas y magníficas indicaciones del Corazón de Jesús no tuvieron entonces resultado alguno, y la última palabra de la Bienaventurada se perdió en el olvido; porque esta fué su última palabra. Tocaba á su término el año de 1689, y Margarita María se acercaba ya al sepulcro.

¡1689! ¡Involuntariamente se detiene uno á meditar en esta fecha, porque ella evoca el recuerdo de otra: ¡1789! Un siglo exacto transcurrió entre el momento en que una humilde virgen, oculta en el fondo del claustro, mostró con el dedo á Luis XIV el arca de salvación preparada por Dios, y el momento en que se desata la tempestad que arrebatará á las monarquías. Luis XIV hubiera sonreído, si en los días de su esplendor se le hablara del peligro que corría la Francia y de la necesidad de elevarse más alto que los hombres, hasta al Corazón adorable de Jesús, para encontrar un remedio y un refugio. Nada más cierto, sin embargo. De Luis XIV, la Francia iba á descender á Luis XV, de Luis XV á Voltaire, de Voltaire á Robespierre y á Marat, es decir, del orgullo á la corrupción, de la corrup-

ción á la impiedad, y de una y otra al odio á Dios y á los hombres para castigo universal.

¡Y todo esto era apenas el principio de nuestros dolores! De 1789 descendí á 1889; nuevo siglo, no menos triste que el precedente, en el que las tinieblas obscurecen el espíritu y el frío hiela los corazones, en el que nada es durable, en el que cada quince años una tempestad arrebató un trono, en el que se vive entre continuos terremotos, con inquietudes por el presente é incertidumbres del porvenir.

¡Para tan calamitosos tiempos había sido providencialmente preparada, y en medio de tantas catástrofes se abriría paso, penosamente, sí, pero seguro, la devoción á ese Corazón manso y humilde, tan propio para el siglo de Luis XIV, tan puro como lo necesitaba el reinado de Luis XV, y consumido por el amor y la abnegación, que no hubieran perjudicado en la época de Robespierre, que reanima á los corazones entristecidos, que consuela á las almas heridas, y que conviene al nuestro como á todos los tiempos!





CAPITULO XV

LA BIENAVENTURADA ACABA DE CONSUMIRSE EN LAS LLAMAS
DEL AMOR DIVINO.—SU SANTA MUERTE

(1690)

*Sicut virgula fumí ex aroma-
tibus thuris.*

Como llama que se eleva de en-
tre los aromas del incensario.

(CANT., III, 6.)

HABÍA dado término á su misión la dichosa Margarita María; ya no le quedaba más que morir, ó mejor dicho, era preciso que muriera para que su misión acabase. De esas admirables revelaciones de Dios, que hoy conocemos plenamente, sólo sabían los pormenores en aquella época tres ó cuatro personas á lo más; las otras apenas tenían una idea vaga; y nadie, por delicadeza y por respeto, se atrevía á hablar de ellas á la Bienaventurada. “Preciso es que yo muera, decía, porque sólo sirvo de obstáculo á esta amable devoción ¹.” Otra vez decía: “Seguramente moriré en este año, para no impedir los grandes frutos que mi divino Salvador quiere obtener de un libro *de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús* ².” Palabras que

¹ Carta xcix.

² Ibid.

sorprendieron sobremanera al Padre Croisset, que en efecto estaba escribiendo ése libro, pero sin haberlo dicho á nadie.

Al mismo tiempo que la Bienaventurada daba cima á la primera obra, terminaba otra más íntima y no menos admirable : había acabado de formar su alma, haciéndola á imagen del Sagrado Corazón. En el fuego de la tribulación y del sacrificio voluntario, se había ido consumiendo poco á poco cuanto en ella se hallaba de humano y de imperfecto, quedando sólo lo celeste. Así como en los incendios voraces cuando todo se ha consumido, las llamas, faltas de pábulo, van languideciendo hasta extinguirse; de la misma manera los sufrimientos físicos y morales que hacía tantos años agobiaban á la Bienaventurada, iban desapareciendo unos en pos de otros, de lo cual ella infería que estaba próxima á morir. "Ciertamente moriré en este año, decía, porque ya no sufro nada ¹."

En efecto, el sacrificio llegaba ya á su término. A las críticas, á las discusiones de que la Bienaventurada había sido objeto, sobrevino una especie de entusiasmo discreto y profundo. No solamente las hermanas, testigos diarios de sus virtudes; no solamente las pequeñas educandas, que cortaban pedazos de los hábitos de aquélla para tener reliquias, sino también los sacerdotes y los religiosos que comenzaban á emprender el viaje á Paray para tener la dicha de hablar con ella, decían al salir del locutorio : "¡Acabamos de ver á la santa!". Hasta los obreros que trabajaban en el monasterio procuraban espiarla á la hora de recreación; y se decían los unos á los otros : "Tratemos de ver á la santa de la ca-

¹ *Proceso* de 1715 , pág. 69.

sa ¹. — “Las mujeres que lavaban la ropa no le daban otro nombre ². Y los días de fiesta, cuando la reja estaba abierta, no se podía impedir á las gentes piadosas que acudieran en tropel para “ver á la santa”. La aureola brillaba ya sobre su frente, y todos contemplaban con respetuosa admiración á la víctima que acababa de consumirse en el altar.

Entre tantas virtudes que excitaban esa profunda admiración, la que más admiraba era el amor por la vida oculta, llevado hasta la pasión. Ordinariamente cuando Dios escoge alguna alma para cierta misión pública, pone en ella una especie de entusiasmo caballeresco, no sé qué santa audacia que la hace capaz de emprenderlo todo. Testigo la ardiente y pura Santa Catalina de Sena, que restableció el Papado en Roma después de setenta años de destierro. Nada hay aquí semejante á eso. De la cuna al sepulcro, Margarita María sólo aspira á ocultarse, y cada día con más empeño. A medida que las gracias aumentan de brillo, crecía también aquella necesidad de olvido, de desprecio y de humillación. Su preocupación única, que la atormentará hasta en el lecho de muerte, es la de destruir todo lo que ha escrito, á fin de que jamás se hable de ella. “Sería para mí un bien inestimable, querida madre, que me aseguraseis que lo que vuestra caridad me ha prometido quemar, será consumido sin reserva, porque no tengo menos ansia de permanecer sepultada en el desprecio y el olvido después de mi muerte de la que he tenido durante mi vida ³. “¡Cuán obligada estaré á vos, mi buena ma-

1 *Proceso* de 1715. pág. 69.

2 *Vida y obras*, tomo 1, pág. 301.

3 *Carta* 15.

dre, si me hacéis la gracia de quemar todos los manuscritos míos que tenéis ¹!,” “Os ruego encarecidamente y con todo mi corazón que queméis todos mis escritos, porque quiero que nada quede de esta desgraciada pecadora que pueda servir de recuerdo después de mi muerte. Quiero permanecer anonadada y envuelta en eterno olvido ².,”

Creció ese anhelo de humillaciones y desprecios á medida que iba aumentando su reputación. Ya no quiso escribir más cartas, ni presentarse en el locutorio. “En verdad no sé ya qué hacer, pues la multitud de cartas que me escriben me hacen sufrir una especie de martirio terrible, viendo que yo también he engañado á las criaturas, aunque involuntariamente. Creo que mi silencio será lo más eficaz para desengañarlas; y á él me siento tan fuertemente atraída, que no me es posible resistir sino haciéndome extremada violencia, ya para ir al locutorio, ya para las cartas, de tal suerte que si la obediencia no me obligara, no haría yo ni lo uno ni lo otro. Lo único que me consuela es que esto me sirve de cruz, y la cruz es buena en todo tiempo y lugar ³.,” “¡Oh si supieseis cuán criminal es mi vida y cuán poco conforme á lo que digo; veriais con qué justicia deseo quedar sepultada en eterno olvido y desprecio, como una miserable pecadora que, sin quererlo, ha engañado á las criaturas ⁴.,”

Cuando la llamaban al locutorio, sólo iba obligada por la obediencia; pero se presentaba con tal recogimiento,

1 *Carta x.*

2 *Idem xxxii.*

3 *Idem lxxx.*

4 *Idem xcvi.*

tan abatida y tan humilde, que todo el mundo se admiraba de ello. “La pena que me causa hablar me impediría hacerlo, si la obediencia no me lo exigiera. Parece-me que cometo un gran crimen hablando de mí misma: al considerarme tan pecadora, tan mezquina y despreciable, me admiro con frecuencia de que la tierra no se abra bajo mis pies para abismarme á causa de mis grandes pecados. Pedid, os ruego, al sagrado Corazón que me otorgue la gracia de morir con El en la cruz, pobre, desconocida, despreciada, olvidada de todas las criaturas, agobiada bajo el peso de todo género de sufrimientos, según su elección y su deseo, y no según el mío ¹.”

Estas últimas palabras nos descubren un rasgo más notable aún de la fisonomía de nuestra Bienaventurada. No creo que otra alguna criatura haya amado más el sufrimiento y se haya anegado en él con un entusiasmo más divino. “Para deciros una palabra acerca de las delicias de que su bondad me ha colmado al presente, sólo puedo expresarlas diciéndoos que me parece que yo no soy sino una cruz en el cuerpo y en el espíritu, sin que de ello me pueda quejar ni desear otro consuelo que el no tenerlo nunca en este mundo, y vivir oculta en Jesús crucificado, desconocida en mis sufrimientos, á fin de que ninguna criatura tenga compasión de mí ni me recuerde sino para aumentar mis tormentos ².” “Reputo como perdidas todas las horas pasadas sin sufrimiento. Por lo mismo, os puedo asegurar que no deseo vivir más sino para tener la dicha de sufrir ³.”

Mientras más aumentaban sus dolores mayor era su

1 *Carta* LXXXV.

2 *Idem* I.

3 *Idem* XI.

alegría. “Por lo que á mí toca, ¡qué podía deciros, madre mía, sino que place al Señor tenerme en un estado de sufrimientos continuos, agotando mis fuerzas de tal modo, que me hallo en gran dificultad para arrastrar esta carne de pecado; y cuando veo aumentar mis sufrimientos, me parece sentir en mí la misma alegría que el más avaro y ambicioso, viendo creer sus tesoros ¹!,”

A cada instante exclama lo mismo. No conozco otra cosa que endulce más las amarguras de la vida, que sufrir siempre amando. Suframos, pues, amorosamente sin quejarnos, y tengamos como perdidos los momentos que han pasado sin sufrir ².” ¿Quién nos impedirá ser santas, puesto que tenemos corazones para amar y cuerpos para sufrir ³.” “Y aunque yo no sufro sino en calidad de criminal, sin embargo, esto endulza la aspereza de la vida, en la que no puede haber más placer que amar á Dios y sufrir en este amor ⁴.” Regístrense todas sus cartas, léase toda la *Memoria*, y se verá que nunca hubo pasión tan profunda, expresada con frases que más conmuevan, ni trazada con rasgos más vivos. Cuando llega uno á estas palabras de la madre Greyfié, “era preciso arrancarle la disciplina de las manos, porque de lo contrario se habría bañado en sangre,, se detiene involuntariamente en presencia de uno de los más grandes ejemplos de amor á la cruz y de anhelo por el sufrimiento que la historia de la santidad presenta á la admiración de los cristianos.

No hay necesidad de decir de dónde había recibido

1 *Carta* XXXIX.

2 *Idem* I.XXXVI.

3 *Idem* XCII.

4 *Idem* VIII.

tan excelsas virtudes, superiores á la naturaleza. Venían de la única causa que las puede producir: el amor de Dios, que ella misma no podría decir cuándo se inició, que había despertado desde su cuna, y que, cultivado con esmero y creciendo año por año, había llegado á su apogeo y la consumía en vida. “Hay tres tiranos, decía ella, que se han instalado en su corazón y que no la dejan libre ningún movimiento: el primero, el amor á los desprecios; el segundo, el amor á los sufrimientos, y el tercero, el más insaciable de todos, el amor á Jesucristo.” “Dios ha puesto en mi alma tres perseguidores que me atormentan cruelmente: el primero, generador de los otros dos, es un deseo tan grande de amarle, que me parece que todo lo que yo veo debería convertirse en llamas de amor ¹.” Sus palabras favoritas eran: “amar, sufrir por amor y callar; este es el secreto de los amantes del Bien Amado ².”

Poco tiempo antes de morir escribió á una amiga lo siguiente: “Amad, y haced cuanto queráis, porque el que tiene amor lo tiene todo. Hacedlo todo por amor, en el amor y para el amor, porque el amor es el que da valor á todo. Nada quiere el amor de un corazón dividido; lo quiere todo entero, ó nada. Dad, pues, amor por amor, y no olvidéis jamás á Aquel á quien el amor ha hecho morir por vos. No le amaréis si no sabéis sufrir en silencio y preferirlo á toda criatura ³.”

Bajo el imperio de esos tres tiranos, ¿quedará lugar para la más imperceptible mirada hacia las criaturas? Por lo mismo, si bien tuvo ella un corazón muy tierno,

1 Carta XII.

2 Idem LXXXIV.

3 Idem LIII.

fué de una pureza encantadora; su castidad era como la de los ángeles. Ella misma ha confesado que, fuera del día en que se la envió á ocupar el lugar de Luis XIV ante el Santísimo Sacramento, nunca tuvo ni la sombra de una tentación. Siempre conservó su inocencia virginal; en su rostro había algo de angelical, de inefablemente puro, y al mismo tiempo su mirada era tan clara, tan penetrante, que su vivacidad hubiera herido, á no ser por la extremada dulzura y modestia que la suavizaban. En el coro estaba encargada de leer diariamente; y á cada instante, con una palabra, con un ruego, con una dulce y delicada alusión, revelaba á sus novicias que conocía á fondo las disposiciones de cada una de ellas. Por ejemplo, bastóle una mirada para conocer que una de las jóvenes de Vichy-Charon no era á propósito, como sus hermanas, para la Visitación; y ni las instancias de su familia, ni mucho menos las persecuciones que le suscitó su repulsa, pudieron hacerla doblegarse. A otra novicia que deseaba ardientemente entrar en la Visitación, le dijo que Dios no la llamaba allí; que la quería en las Ursulinas, donde haría grandes bienes, como en efecto sucedió con admiración de toda la comunidad. Otra vez que tenía cerca de sí en el locutorio á uno de sus primos entrado recientemente en la orden de Santo Domingo, muy joven, muy alegre y á quien uno de sus parientes trataba de impedirle que se entregase tanto á su alegría: "Dejadle reír, dijo la Bienaventurada, estas son sus últimas alegrías; poco le resta ya de vida.", En efecto, aquel joven murió súbitamente algunos dias después.

Su mirada penetraba hasta los más lejanos horizontes. ¿Creéis por ventura, decia sonriendo á una señora

que le pedia noticias de sus padres difuntos, que yo sé lo que pasa en el purgatorio?„ Pero los hechos desmentían esas palabras, y nadie hubiera pensado en dirigirle semejantes preguntas, si algunas revelaciones precisas, brillantes, no hubiesen demostrado en diversas circunstancias que había recibido el don de profecía.

Al cual se agregaba el de milagros. Sucedió cierto día que una hermana conversa se hirió con un hacha al estar partiendo leña. Temiendo que ese mal le impidiese profesar, trató al principio de ocultarlo; pero después, como la llaga crecía, se dijo, á semejanza de la pobre enferma del Evangelio: *Si yo pudiese tocar solamente la orla de su vestido, quedaría sana*¹. Y en efecto, habiendo acercado la pierna herida al hábito de la Bienaventurada, quedó como sofocada de alegría al notar al día siguiente que la llaga había desaparecido.

Así, pues, la Bienaventurada iba ascendiendo de día en día á las excelsas cumbres de la santidad. Después de haber recorrido rápidamente los grados intermedios, no sólo había llegado á esa encumbrada cima en que el corazón del hombre se une al de Dios y no tiene ya más que pensamientos, deseos y aspiraciones divinas, sino que había dado aún otro paso; se había elevado á esa altura sublime en que la debilidad del hombre, como dice la Santa Escritura, entra en el poder de Dios, y ya reina como El, ve el porvenir, penetra los secretos de las almas y manda soberanamente á los elementos.

Conviene agregar que si bien Margarita María brillaba con el esplendor de todas las virtudes, “su santidad, sin embargo, se resumía toda entera en ese amor tan

¹ Mateo, ix, 21.

ardiente, en que se consumía, al Corazón de Jesús, y en el cielo inmenso que la llevaba á arrastrar todos los corazones á darle amor por amor ¹. Se puede decir que este amor era el sumario, el centro, la fuente viva y vivificante de todas sus virtudes.

Dios la habia criado para el Sagrado Corazón, y por él la condujo á la más alta perfección. De aquí su fe, su humildad, su virginal modestia, su pureza angelical; y si cuando aún era niña, en el interior del hogar, ó cuando se la veía por la calle, decían: "Es un ángel,, es que desde entonces, y sin saberlo ella, el Corazón sagrado le había enviado uno de sus primeros rayos. De allí también su amor á Dios y al prójimo, su celo apostólico, su espíritu de oración, sus largas contemplaciones, de las que obtenía luces proféticas respecto de la Iglesia, de las conciencias, de los sucesos más ocultos relativos á la misión que había recibido. De allí, además, sus prodigiosos sufrimientos, las pruebas á que estuvo sometida, las dudas y las humillaciones que Dios permitió para que el corazón de la humilde virgen fuese atormentado y herido como el de su celeste esposo. De allí, finalmente, en los últimos años de su vida, esa aureola de santidad que deslumbraba á cuantos la veían. A medida que el Corazón sagrado se mostraba con más claridad en el horizonte, proyectaba sus rayos sobre ella; y cuando ya iba á inundarla de claridad, comenzó á poner un reflejo sobre su frente.

El cielo mismo se complacia en hacerlo brillar. Un día que se daba lectura, en el refectorio, á la vida de Santa Catalina de Sena, la hermana María Lázaro Dusson se

1 Decreto de beatificación.

dijo á sí misma: “¡Oh cuánto desearía yo ver una persona que se le pareciese!”, é inmediatamente escuchó una voz que le decía en el fondo de su corazón: “Mira, ahí está mi muy amada, á la que no he concedido menos gracias.” Levantó los ojos y observó á Margarita María en tal recogimiento y unión con Dios, que daban á su rostro un aspecto celestial.

Lo que el cielo acababa de mostrar así á una humilde religiosa, lo veía también todo el mundo. Los últimos velos desaparecían lentamente, y la gloria de Dios aparecía radiosa en el semblante de su sierva. Esto no podía durar mucho; era un nuevo martirio, más cruel que todos los otros y muy superior á sus fuerzas. Era preciso que Margarita muriera. Era preciso para ella, y lo era también para la exaltación del Corazón de Jesús, cuyas grandes revelaciones no podían ya permanecer ocultas por más tiempo.

Bien sabido es que desde principios de 1690, la Bienaventurada tenía las luces más vivas sobre su próxima muerte, y de ella hablaba sin cesar. En vano la superiora, las hermanas y el médico sonreían al oirla anunciar su próximo fin; insistía dulce y humildemente en que eso sería “en este año.”. Indicaba, además, que se verificaría en el momento más inesperado por la comunidad, y nombraba á las dos hermanas en cuyos brazos rendiría el último aliento. “Querida hermana, dijo á la joven sor Rosalía Verchère, que nunca había asistido á un agonizante y cuyo espectáculo la espantaba, teméis mucho ver á un moribundo, pues contad con que yo moriré en vuestros brazos y en los de mi hermana Peronne Rosalía de Farges ¹.”

¹ *Año Santo*, t. ix, pág. 214.

El 22 de Julio, cerca de tres meses antes de su muerte, sintió con más claridad que la llamaba su Esposo divino. A pesar de que estaba en plena salud y de que sólo tenía cuarenta y tres años de edad, solicitó con tan vivas instancias la gracia de tomar ejercicios espirituales de cuarenta días para prepararse á la muerte, que la superiora hubo de acceder. Margarita María consignó por escrito uno de los pensamientos que la preocupaban entonces, y que permiten contemplar por última vez la belleza perfecta de su grande alma.

“Al comenzar el retiro, mi primera ocupación fué pensar de dónde podría venirme ese gran deseo de la muerte, puesto que no es común en los criminales, como yo lo soy delante de Dios, estar ansiosos de comparecer ante su juez, y un juez cuya santidad de justicia penetra hasta la medula de los huesos... ¿Cómo, pues, alma mía, sientes tan grande gozo al aproximarse la muerte? Tú no piensas más que en acabar tu destierro, y te llenas de transporte figurándote que saldrás bien pronto de tu prisión. ¡Pero ah!, guárdate de que de una alegría temporal, originada acaso de ceguedad y de ignorancia, no vayas á abismarte en eterna tristeza, y que de esta prisión mortal perecedera, no caigas en las mazmorras sempiternas, donde muere toda esperanza. Dejemos pues, alma mía, estas alegrías y estos deseos de morir para las almas santas y fervorosas, á las cuales están reservadas grandes recompensas; en cuanto á nosotros cuyas obras no nos dejarían esperar más que castigos si Dios no fuese tan misericordioso como justo, pensemos en la suerte que nos espera. ¿Podrías tú, alma mía, soportar eternamente la ausencia de Aquel que

con su vista despierta tan ardientes deseos, y cuando se aparta causa cruelísimas penas?

„¡Cuán terrible es, Dios mío, la cuenta que habremos de darte! En la imposibilidad de arreglarla, sólo he sabido dirigirme á mi adorable Maestro. En sus manos he puesto todos los artículos sobre que debo ser juzgada: éstos son nuestras reglas, nuestras instituciones y nuestro directorio, en todo lo cual seré justificada ó condenada. Después de haberle confiado todos mis intereses, he sentido una paz admirable bajo sus pies, donde me ha tenido largo tiempo como abismada y anonadada, esperando lo que haya de juzgar acerca de esta miserable criminal.,,

Más adelante, y después de haber ponderado la inmensidad de su malicia, agrega: “Yo no tengo con qué pagar, Vos lo sabéis bien, divino Maestro; ponedme presa, consiento en ello, con tal que sea en vuestro Corazón sagrado; y cuando esté allí tenedme bien cautiva, atada con las cadenas de vuestro amor, hasta que pueda pagar cuanto os debo; y como nunca lo podré hacer, así anhelo no salir jamás de esa prisión.,,

Preguntamos á los jueces de mayor severidad: ¿pueden darse conceptos más bellos que los que acabamos de copiar? En esa elevación de pensamientos, en esa humildad tan sincera, en tan profundos sentimientos, en esa paz, en esa calma celestial, ¿no ven un alma predilecta que se ha elevado á las más encumbradas alturas? Y cuando agobiada por el recuerdo de sus pecados, la Bienaventurada, cercana ya al sepulcro, pide ser encerrada en el Corazón de Jesús, ¿no se encuentra una prueba indirecta, pero altísima, de la perfecta sinceridad de ese espíritu raro y de este noble corazón?

Tales eran los sentimientos que la dominaban al ver que la muerte iba á llegar. Vino el otoño, que es la época en que cada religiosa hace su retiro anual; y precisamente la víspera del día en que la Bienaventurada debía comenzar el suyo (porque el del mes de Julio no le dispensaba de este prescripto en la regla), fué acometida de un ligero acceso de calentura. Habiendo preguntado una hermana, si no obstante la enfermedad podría entrar en retiro: "Sí, le respondió, pero será en el grande.", Se llamó al médico M. Billiet, que la veneraba como una santa y que tenía la costumbre de decir que, proviniendo sus enfermedades de amor divino, el médico nada podía hacer en ese caso. Al reconocerla ahora declaró que la enfermedad era muy ligera y que no moriría de ella. La Bienaventurada, que acababa de asegurar lo contrario, le miró y dijo sonriendo: "Después de todo es menos malo que un seglar mienta y no una religiosa.",

En seguida hizo llamar á la joven hermana María Nicolasa de la Faige de Claines, á la que apellidaba su San Luis Gonzaga, queriendo, decía, tenerla cerca de sí á la hora de su muerte. "Venid acá, la dijo luego que la vió llegar, voy á morir de esta enfermedad, y ya nos queda poco tiempo de estar juntas ¹.",

Había llegado ya la antevíspera de su muerte, y nadie creía que estuviese tan próxima. El médico tranquilizaba los ánimos, y hasta el semblante de la Bienaventurada alejaba todo temor. Sin embargo, por la noche la hermana Claines, que no la abandonaba ni un instante, advirtió que sufría muchísimo; pero eran dolores inter-

¹ *Año Santo*, tomo ix, pág. 729.

nos, cuya causa y naturaleza era difícil penetrar y definir. “Vos sufrís,, la dijo. “¡Oh! sí, pero muy poco,, contestó vivamente la santa, y volvió á guardar silencio. Un poco más tarde llamó á la hermana y le habló del deseo ardiente que la consumía de ver á Dios en el cielo, agregando, no obstante, que mejor desearía permanecer en la tierra hasta el juicio final, si esta fuese la voluntad de Dios.

Al día siguiente, 16 de Octubre, víspera de su muerte, rogó desde por la mañana que se le llevase el Sagrado Viático, y como se le rehusara porque el estado de su salud no inspiraba inquietud alguna, pidió que al menos se le permitiese comulgar, puesto que aún estaba en ayunas. Accedióse á esa súplica, y cuando vió entrar á su muy Amado entreabrió los brazos, y con un fuego que los testigos de esta escena se declaran impotentes para pintar, le dió cordiales gracias porque se dignaba venir hacia ella. Era esta la última vez que recibiría á su Dios acá en la tierra. Bien lo sabía, por cierto; y después de la ceremonia dijo á la hermana Claines, que acababa de comulgar en forma de Viático, porque la muerte se acercaba ya.

Cuantos tuvieron ocasión de verla en esas últimas horas admiraron la alegría extraordinaria que se pintaba en su rostro. A cada paso exclamaba con inefable fervor y entusiasmo: “¡Ah! qué dicha es amar á Dios! ¡Amémosle, amémosle, pero con perfección!, Por un instante sólo, atravesó su espíritu el pensamiento de la justicia divina; se puso trémula y besó humilde y ardientemente su Crucifijo, exclamando: “¡Misericordia, Dios mío, misericordia!, Pero todo esto pasó como un relámpago: de nuevo se abismó en el Corazón de Jesús, y

reapareció en su semblante la serenidad radiosa que conservó hasta morir.

Hubo un instante en que después de haber dicho con gran fervor: “¡Qué puedo yo querer en el cielo, ni desear sobre la tierra, sino á Vos sólo, oh Dios mío!”, Llamó á su joven enfermera y le dijo: “¿Estaré yo todavía muy lejos?”, Y como le contestase que, según la opinión del médico, no había peligro de muerte: “¡Ah Señor!, exclamó, ¿hasta cuándo me sacáis de este destierro?”, En seguida hizo que le rezasen las letanías del Sagrado Corazón y las de la Santísima Virgen, y quiso que se invocase á San José, á San Francisco de Sales y al ángel de la Guarda para que viniesen á asistirle; después de lo cual volvió á caer en profundo silencio durante varias horas.

Por la noche comenzó á preocuparla un último pensamiento de humildad, de deseo de vida oculta: en consecuencia, llamó á la hermana de Farges y le suplicó quemase cuanto quedaba de sus escritos, y en particular la *Memoria* que había redactado de conformidad con las órdenes del P. Rollín. La hermana comprendió que debía abstenerse, é insinuó dulcemente á la Bienaventurada que lo más perfecto era dejar ese punto á los superiores y abandonar todo á la santa obediencia. La Bienaventurada no insistió más en aquel deseo, y como notase que la hermana de Farges se enternece al verla tan penetrada de su muerte próxima, le repitió lo que ya varias veces había dicho, á saber: que su muerte era necesaria á la gloria del Corazón de Jesús.

Así se pasaron el día y la noche del 16 de Octubre. En la mañana del 17, cuya noche no vería concluir, fué asaltada de ligeros desvanecimientos y pidió se le lle-

vase el Sagrado Viático. Llamado el médico á toda prisa, declaró que el caso no era urgente ni había síntomas de muerte próxima. “Ya lo veréis,—dijo la santa; y cuando el médico hubo partido, agregó dirigiéndose á la hermana de Farges, y á propósito del Viático que acababan de rehusarle: “Afortunadamente estoy preparada: ya presumía que no me juzgarían tan grave y comulgué ayer con aquella intención.

Habiendo tranquilizado á la comunidad la opinión del médico, cada una de las hermanas se dedicó á sus ocupaciones ordinarias: y sólo quedó á su lado la hermana de Farges, con la que tuvo inefables transportes de amor de Dios. Cerca de las siete de la noche una ligera convulsión agitó sus miembros, y la hermana de Claines corrió á llamar á la superiora. En este momento volvía á entrar la hermana de Farges que, creyendo que la crisis era pasajera, trataba de contenerla. “Dejadla, dijo la Bienaventurada; la hora se acerca.” Y como la superiora quisiese enviar por el médico: “Madre mía, le dijo Margarita, ya sólo tengo necesidad de Dios y de abismarme en el Corazón de Jesucristo.”

En el instante, avisadas todas las hermanas del estado que guardaba la enferma, acudieron y se arrodillaron alrededor del lecho bañadas en lágrimas. Nuestra Santa recogió el resto de sus fuerzas para conjurarlas á que amaran á Dios, pero con todo su amor y sin reserva alguna: en seguida manifestó que ya era tiempo de administrar la Extremaunción.

Llega el sacerdote y comienza la ceremonia. La Santa ora recogida y absorta; repentinamente se incorpora para presentar sus miembros á las últimas unciones, y en ese instante dos hermanas se precipitan para soste-

nerla en sus brazos, impulsadas tan sólo del afecto que profesaban á la Bienaventurada. Esas dos hermanas que tan espontáneamente se habían levantado, eran: á la derecha, Rosalía Verchère, y á la izquierda, la de Farges; las mismas á quienes la Bienaventurada había predicho que moriría en sus brazos. En aquellos instantes no pensaron en tal predicción ni se acordaron de ella sino después, según afirmaron bajo juramento. Al llegar á la cuarta unción, expiró dulcemente en brazos de aquellas hermanas, pronunciando el santo nombre de Jesús, el 17 de Octubre de 1690, á las siete de la noche, á la edad de cuarenta y tres años, dos meses y veinticuatro días.

“A tiempo que la Bienaventurada, consumida por ardores seráficos, iba á gozar de las suaves caricias del Corazón de Jesús ¹, se llenaba su rostro de extraordinaria belleza, tomando sus facciones, tan delicadas y tan puras, una expresión celestial. Las dos jóvenes hermanas que la sostenían en sus brazos recibieron tal conmoción de amor divino, que una de ellas, la hermana Verchère, hizo al día siguiente, y cuando sólo tenía veinticuatro años de edad, el voto de más perfecta; y la segunda, la de Farges, se consagró á esa vida de extraordinaria santidad que le valió el sobrenombre de segunda Margarita María. El médico, de rodillas junto al lecho mortuario, no volvía de su asombro, y decía que habiendo vivido la Bienaventurada por el amor, había muerto también de amor. Un solo grito se escuchaba por toda la casa: “¡Ha muerto la santa!”, y habiendo resonado ese grito fuera de las rejas del claustro, la ciudad entera

1 Decreto de beatificación.

llegó en tropel á los locutorios ansiosa de ver por última vez á Margarita María.

Bajóse, en efecto, su cadáver al coro, y dos días enteros los asistentes estuvieron tocando á los despojos virginales rosarios, medallas y Crucifijos. Los testigos que han declarado en el proceso de canonización no saben cómo pintar esa ansiedad de la multitud, esa veneración entusiasta, ese recogimiento y el olor de santidad que exhalaba el cadáver de la virgen. El sacrificio había terminado, pero aún se desprendía del incensario el aroma purísimo que embalsamaba la iglesia.

Por la tarde del segundo día se reunió numeroso clero para celebrar los funerales. La virgen fué sepultada bajo las losas del coro en el mismo sitio en que estuvo arrodillada cuando se le apareció Nuestro Señor Jesucristo. La primera parte del gran drama del Sagrado Corazón, la parte íntima, había concluido; la segunda iba á principiar.





CAPÍTULO XVI

LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS COMIENZA Á PENE-
TRAR EN EL MUNDO.—CÓLERA DE ALGUNOS.—ENTUSIASMO DE
OTROS.

*Quare fremuerunt gentes, et po-
puli meditati sunt inania?*

¿Por qué se han conmovido las na-
ciones y los pueblos han formado va-
nos proyectos?

(SALMO II, 1.)

Venient, et adorabantur.

Vendrán y adorarán.

(SALMO LXXXV, 9.)

LA santa ha muerto! „ Ya no hay, pues, obstáculo para la gloria del Corazón de Jesús. Rompióse el vaso de alabastro, que su perfume se derrame. Esto fué lo que anunció la Bienaventurada, y esto es lo que va á suceder. Apenas la virgen había cerrado los ojos, se escaparon los secretos ocultos en el fondo de los monasterios de Paray, de Dijon, de Moulins y de Semur. El Padre Croisset publicó el *compendio de la vida* de la santa, y la incomparable *Memoria* de ésta se dió á la estampa. En un momento la noticia de las grandes revelaciones del Sagrado Corazón se esparció por Francia y por toda la Iglesia.

Natural era suponer que semejante revelación, ya que no fuese acogida con entusiasmo por todos, al me-

nos no encontraría oposición en parte alguna. Porque, en efecto, ¿qué cosa hay de más natural que la devoción al Corazón de Jesús? ¿Hay algo que brote más luminoso de las entrañas del cristianismo y de la humanidad? Siempre y en todas partes ha sido *honrado* el corazón del hombre; ¿cómo, pues, admirarse de que *adoremos* al Corazón del Hombre-Dios?

El corazón es el órgano del amor. Nace apenas, y antes de llevar la mano á la frente y decir: Yo pienso, el hombre la pone sobre su corazón y dice: Yo amo. ¿Es esto inspiración de Dios, sentido íntimo, ó movimiento instintivo? Sea lo que fuere de esta primera impresión, permanece invariable desde hace seis mil años. Consultad á los más grandes ingenios de la antigüedad: Moisés ¹, Job ², David ³, Salomón ⁴, Isaías ⁵. Consultad á Homero, Eurípides, Teócrito, Ovidio ⁶, Plauto ⁷;

1 Deuteron., vi, 5. Diliges Dominum, Deum tuum ex toto corde tuo.—Ibid., x, 12; 9, xi, 13; xxx, 2, 1.—Jud. v, 9. Cor meum diligit principes.

2 Job., xxix, 13; xxxi, 9.

3 Salmo LXXII, 26. Defecit caro mea et cor meum. Deus cordis mei et pars mea in aeternum.

4 Cant. iv, 9. Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, in uno crine colli tui. Ibid., v, 2. Ego dormio, et cor meum vigilat. Prov., ii, 21. Proebe, fili mi, cor tum mihi.

5 *Passim*, en más de 10 pasajes.

6 Virginibus cordi, gratoque forma sua est.

(Ov., *Medic fac*, 32.)

Molle, cupidineis nec inexpugnabile telis

Cor mihi, quodque levis causa moveret, erat.

(Ov., *Trist*, iv, 10-65.)

1 Corde amare inter se.

(Plaut., *capt.*, ii, 3, 60.)

Meum mel, meum cor, mea colastra.

(Id., *Poen.*, i, 2, 154).—*Expresiones usuales entre todos los autores*

para ellos, como para San Agustín, el Dante, el Tasso, Shakespeare, Corneille, Bossuet, Racine; para los autores sagrados y los profanos, el corazón es el asiento de las grandes afecciones. Se dilata con la dicha, se contrae con la tristeza, late más fuerte y acelerado con el entusiasmo, y muchas veces se rompe con el amor, como esos instrumentos que estallan bajo la pasión del grande artista que los pulsa.

Nada hay más divino en el orden de las cosas naturales, que la unión de nuestra alma y nuestro cuerpo. Si fuesen más perfectos los medios de investigación, hallaríamos en las más pequeñas sinuosidades del cerebro la relación de los más imperceptibles pensamientos de nuestro espíritu; de la misma manera, si una mano delicada, la de un ángel, por ejemplo, se posase sobre nuestro pecho, conocería los más ligeros movimientos de amor, bueno ó malo, elevado, puro, noble, mediano, miserable, que á cada minuto hacen palpar nuestro corazón.

Por esto, en todo tiempo, en todo país, cuando se ha querido tener un emblema del amor, se le ha representado por medio de un corazón. Un poco menos en la antigüedad, bien lo sé, porque entonces el hombre amaba con los sentidos; mucho, por el contrario, y exclusivamente, en los tiempos cristianos, porque en ellos se ama con el corazón.

Sin embargo, la antigüedad, aunque hundida en el

latinos: Cordi esse, cordi habere. Véase Forcellini, Lexicon totius latinitatis.

Nunc demum sum liber, meum corculum.

(Id., Cas., iv, 4, 14.)

sensualismo, no desconoció el amor puro é ideal, ni le fué desconocida la representación del corazón. Verdad es que casi nada encuentro entre los griegos, pueblo ligero, sino algunas sortijas y medallas en que el corazón está grabado como un recuerdo y como emblema ¹. Los egipcios, por el contrario, profundos pensadores, decían que en el hombre el corazón lo es todo; y en el escarabajo divino que llevaban sobre su pecho, había una mención especial del corazón, ese gran resorte del hombre ². Lo mismo era entre los romanos, y antes de ellos entre los etruscos, de quienes Cicerón decía que eran los más religiosos de todos los pueblos. Suspendían al cuello de todos los jóvenes joyas frecuentemente en forma de corazón, para recordarles que sin corazón no hay hombre ³. Muchas veces, aun antes de la

1 CORAZÓN. "Esta forma es antiquísima en las artes. Se la encuentra en la medalla de *Cardia*, en la Quersonesia de Tracia. Es un signo indicativo del nombre de la ciudad, que significa corazón., (Diccionario de Bellas Artes, por Millín, miembro del Instituto, París, 1838.)—"Recuerdo, dice el sabio arqueólogo M. Bulliot, haber visto hace tiempo un anillo (en la colección Jaubert, en Moulins-Engilbert) que tenía un corazón con una palabra griega. Desgraciadamente la colección ha sufrido grandes pérdidas., Hay también un espejo de bronce en la colección de M. Dubrée en Nantes, que representa á Eolo rodeado de alciones dentro de un marco bordado de corazones.

2 Noticia que se debe á M. Francisco Lenormant. Esta es una de las nuevas pruebas que proporciona la ciencia de las antiguas relaciones del pueblo judío con los egipcios; pues se sabe que en la Biblia el corazón es todo. El que desee verlo por sí mismo, no tiene más que buscar en una *concordancia* la palabra corazón.

3 "Nonnulli, credunt ingenuis pueris attributum, ut *cordis figuram in bulla ante pectus unnecterent*, quam aspicientes, ita demum se homines cogitarent, si corde praestarent., (Macrob, *Saturn.*, 1, 6.) "Otros creen que se concedió á los niños de condición libre el derecho de llevar sobre el pecho un adorno en forma de corazón, á fin de que al verlo se afirmasen en la idea de que no se es verdaderamente hombre sino por el corazón., (Traducción de Ch. de Rosoy. París, Didot, 1827.) "Se-

juventud, como si las madres temiesen que esta lección llegara demasiado tarde á sus hijos, ataban la joya á los cabellos de sus recién nacidos ¹. Los galos, tan buenos, tan ardientes, tan tiernos, y, Tácito lo dice, tan castos, no podían ser extraños á esta grande doctrina. Hay razones para creer que sus mujeres llevaban un corazón suspendido al cuello ², y los esposos tenían en el dedo una sortija con dos corazones unidos ³.

gún otros, *esa bula en forma de corazón*, que los niños llevaban sobre el pecho, etc. (*Traducción nueva por Henri Decamps*, París, Pankouke, editor, 1845.) "Estas bulas, dice Montfaucon, estaban huecas por dentro para poner allí algunos preservativos, según Macrobio. Se encuentran muchas en forma de corazón y otras redondas... (Montfaucon, *Antigüedades explicadas*, t. III. En las láminas, Montfaucon presenta dos bulas en que está grabado el corazón, y tres que tienen la forma de éste. (Lámina xxxvii) Casale, en su obra de *Veterum Christian. Ritibus*. (Rom., 1644, p. 265), cita la estatua de mármol de un joven pagano que tiene un corazón sobre la bula de oro. Véase también á Caylus, *Collección de antigüedades*, t. iv. Bulas en forma de corazón. (Lámina XLIX, núm. 1, lámina L, núm. 1, lámina xc, núm. 1.)

1 "Se la daban también á los niños, pero entonces se la colocaba en la frente., (Montfaucon, *Antigüedades explicadas*, suplemento 46.)

2 Hay en el Museo de Besançon, un corazón que se encontró en un túmulo galo-romano de Estremoz (Doubs). Este corazón, formado de una especie de pasta, está rodeado de una filigrana de plata, y tiene un anillo para colgarle del cuello. Esta magnífica alhaja galo-romana se halló junta con unos brazaletes, cuchillos, etc. También en el Museo de San Germán en Laye, en la sala que lleva el nombre de *sala merovingiana*, se halla un segundo corazón semejante á aquél por la misma pasta y las mismas dimensiones, pero trabajado con menos delicadeza y buen gusto. En el Museo de Orleans hay una pequeña medalla de oro redonda, en la que se encuentra grabado un corazón: tiene un anillo que indica que esa medalla se llevaba al cuello. Estas tres alhajas preciosísimas son, como hemos dicho, galo-romanas, pero es difícil precisar la época á que pertenecen. Existe, por último, un corazón de bronce antiquísimo en el bosque de Compiègne (Museo de San Germán, sala de Marte).

3 Los anillos de oro y de plata encontrados en Veillais (Poitou) terminan en dos corazones engarzados. Estos anillos galo-romanos son muy numerosos. De ellos he visto dos ó tres en el Museo de Nantes y uno en

Al aparecer el cristianismo, lo que en la antigüedad no había sido más que un germen, se desplegó vigoroso al sol fecundo del Evangelio. Las bulas de oro que los jóvenes paganos llevaban al cuello llenas de amuletos, se las llenó de reliquias de santos y de mártires, ó bien se grabó en ellas su imagen y se las dió la forma de corazón ¹. Esta forma, esta imagen del corazón se multiplicó en todos los objetos, grabándola al pie de los vasos sagrados ², y en la corona de los reyes ³, pintándola ó bordándola en las telas más preciosas de la Edad Media ⁴, grabándola en los anillos nupciales ⁵, suspendiéndola en

la colección particular de M. Parenteau. ¿Son cristianos estos anillos ó paganos? Difícil es aclararlo, porque los objetos grabados en ellos están ya casi borrados.

1 Véase respecto del uso de los cristianos de llevar al pecho *Agnus Dei* hechos en forma de corazón con la cera del cirio pascual, la interesante obra de Faucheroli. (*La bulla d'oro de Fanciulli romani Romae*, 1732, pág. 14.) Véase también en el Museo de Cluny (*bijoux trouvés dans le Seine, quai des Orfèvres*) un nuevo ejemplo de corazones llevados al cuello (siglos XII y XIII) Ordinariamente el corazón es hueco y en medio tiene la imagen de algún santo.

2 Entre esos vasos el más notable es el que se llama cáliz de Gourdon (en el Museo de medallas de París). Realmente no es un cáliz, sino más bien un vaso de santos óleos para la confirmación. Sobre el platillo se ve una cruz latina, cantonada con cuatro corazones, dos de granates y dos de turquesas. El mismo vaso está orlado de una guirnalda de corazones. Este precioso monumento se encontró, junto con algunas monedas de oro del siglo VI, de 518 á 527, bajo el reinado del emperador Justino.

3 No puedo afirmar esto, porque no me consta de vista, pues no conozco el original, sino sólo un dibujo. Parece que sobre la célebre corona de hierro que está en Monza, corona de estilo bizantino adornada de esmaltes, hay cuatro corazones colocados en los cuatro ángulos. (Du Sommerard. *Las Artes en la Edad Media*. Album, 10.^a serie, lámina XIV, número 6.)

4 Véanse las ricas telas de seda conservadas en Aix-la-Chapelle.

5 Véanse los de los siglos XIV y XV. Hay muchos de ellos, todos con dos corazones unidos.

los altares y colocándola en los sepulcros como símbolo de un amor que sobrevive á la muerte ¹.

Bien pronto apareció la orden de caballería, y como necesitaba un signo misterioso para ocultar y revelar á la vez el caballero á quien el casco cubría el rostro, se criaron los blasones y en el acto apareció en ellos el corazón. Se ostenta bajo mil formas distintas en los escudos de armas de las más antiguas familias de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Bélgica, etc.; un corazón herido, un corazón inflamado, dos corazones unidos; un corazón coronado, un corazón traspasado por una flecha, etc., revelación discreta del corazón delicado, sensible, amante, herido, dichoso, triste, que palpita bajo la pesada armadura de hierro.

Y ciertamente, los antiguos no se detuvieron en este camino; más grandes homenajes, más vivos, más brillantes iban á demostrar lo que es el corazón en el pensamiento de la humanidad. En realidad, eran muy frías esas representaciones del corazón en oro, en plata y en piedras preciosas. Porque cuando muere un hombre notable, un héroe, un bienhechor, un santo, ¿no se entreabre respetuosamente su pecho? ¿Por qué no se había de extraer de él su corazón, esta reliquia sagrada del amor, para embalsamarlo con todos los perfumes del reconocimiento y guardarlo como un recuerdo? Así se hizo, en efecto, por todas partes. Se conserva el corazón del hombre, hasta se le lleva en triunfo; se le consagran sepulcros especiales; y apenas habrá algún templo célebre que no conserve una prueba sublime de esa veneración del hombre al corazón humano.

¹ Véase *Diccionario de las antigüedades cristianas*, por el abate Martigni.—*Corazón*.

Poco después se abrió paso un pensamiento mucho más delicado. Ya cerca del sepulcro, buscando lo que podría dejarse á los que se ha amado tiernamente, desdénando el oro y la plata, buenos cuando mucho para remunerar servicios inferiores, el hombre concibió el pensamiento de dejar su corazón á quienes fueron más queridos. Esto era legarles, bajo una forma simbólica, el amor que le había consumido. La incineración no había permitido á los antiguos este legado encantador y sublime, que se ha hecho general en los tiempos cristianos. Los reyes, las reinas, los príncipes, los obispos, aun los mismos santos, han hecho tales donaciones, y cuando se recorren nuestras viejas basílicas, nuestros antiguos templos, San Dionisio, por ejemplo, ó Fontevrault se encuentran á cada paso urnas de mármol, de alabastro ó de bronce, que encierran el corazón de un rey, de una reina ó de un príncipe, los cuales, poseyendo tesoros inmensos, han declarado que lo que más precioso podían legar á los que habían amado era su corazón.

He aquí la historia de la humanidad. Con razón ó sin ella, hace seis mil años está creyendo que si hay algo que tenga un poco de valor en esta pobre tierra, es el amor; y que el santuario del amor, su tabernáculo, su vaso consagrado, es el corazón. La humanidad desprecia todo lo demás y sólo estima esto. Lleva en triunfo, no el polvo de la espada del hombre, ni el de su cetro, ni aun el polvo de su ingenio; en toda la faz de la tierra sólo ha conducido triunfante el polvo de su corazón. Y á medida que este corazón ha sido benéfico, noble, elevado y puro, que ha palpitado más por los otros que por sí mismo, mayores han sido y más excepcionales los

honores que se le tributan. Si esto es así, ¿qué tiene entonces de sorprendente que el día en que apareció un corazón que sobrepuja á todos los corazones, se haya sentido por él tan inefable entusiasmo? Si hubiera sido simplemente el corazón de un hombre, se le habría llevado en triunfo; pero era el Corazón del Hombre-Dios, y para él era poco el homenaje, se necesitaba la admiración.

Surge aquí un problema de los que hay innumerables en la historia de la mísera humanidad. Cuando sólo se trataba de amar, de honrar y de exaltar el corazón del hombre, no se opuso á ello objeción alguna; pero tratándose del Corazón de Jesús, encarnizada fué la oposición.

¡Cosa singular! Las ideas más grandiosas, las más legítimas concepciones, aun las más encantadoras, son repelidas si la religión las consagra. ¿Qué cosa hay más bella, más luminosa que la unidad de la especie humana, la fraternidad de todos los hombres y de todos los pueblos? Supóngase que la Biblia enseñase lo contrario; ¡con qué indignación, con cuáles esfuerzos de la ciencia se establecería que todos somos hermanos! Pero no; por lo mismo que la Biblia lo dice, se ha agotado el ingenio y la ciencia para sostener que nada tenemos de común con los negros; pero en cambio somos descendientes de los monos. Semejante fué lo que sucedió al tratarse del Corazón de Jesús. Apenas este signo dulcísimo y augusto comenzó á levantarse en el mundo, cuando hubo una especie de sublevación universal. Jansenistas, racionalistas, espíritus fuertes, academias, y hasta sacerdotes y obispos tomaron la pluma para combatir tan tierna y profunda devoción.

Decíase por algunos que se trataba de una nueva devoción; ¡como si la Iglesia hubiese prohibido y pudiera prohibir las devociones nuevas! Una devoción que no es dogma, es un acto de amor. Exigir de la Iglesia que no tenga nuevas devociones, es pedir á la hoguera ardiente que no envíe al viento nuevas chispas; es pedir al corazón que ama que se limite siempre á unas mismas manifestaciones de ternura, y que no avive jamás por una expresión nueva el inmutable amor que arde en el fondo de su alma. Hace más de mil ochocientos años que Jesucristo murió en una cruz y que la Iglesia se arrodilla á sus pies, le ama y le adora; mas no se crea que siempre y en todas épocas le haya manifestado de la misma manera ese amor. Hubo tiempos en que besaba de preferencia sus pies, que tanto se fatigaron por los hombres, y otros, en que lo que más profundamente conmovía á las almas era la frente coronada de espinas y las santas mejillas surcadas de lágrimas. Hoy subimos hasta su pecho, y besamos su corazón á fin de abrazarnos más y más en su amor. ¡Singulares gentes son las que atacan á la Iglesia! Si nos detenemos, si nos encerramos en nuestros dogmas inmutables, nos califican de momias; si seguimos adelante, si nuestro amor se desborda, dicen que inventamos novedades! ¡Es que ignoran así y blasfeman del doble y sublime carácter de la Iglesia: la inmutabilidad de la fe y el desenvolvimiento progresivo del amor!

¡Algunos aun se atrevían á decir que era absurda aquella devoción! ¡Absurdo honrar el corazón de un padre! ¡Amar, venerar, conservar con piadoso respeto el corazón de una madre! A tal grado se indignaban de ver que el Corazón del Hombre-Dios recibía adoracio-

nes de la cristiandad, que llegaron hasta negar el amor al corazón del hombre. Con el fin de poder perseguir á ese órgano nobilísimo, aun en el mismo pecho de Jesucristo, se atrevían á sostener que la humanidad entera ha estado en un error al colocar en el corazón la fuente de todos los afectos. Llamaban al corazón del hombre *pequeño trozo de carne*, un simple *músculo* ¹, y en el cuadro del Sagrado Corazón no veían más que un *gran hígado radiante* ², indicando con este furor que habían recibido un golpe mortal.

Por último, otros, los más delicados, reputaban esta devoción como muy material. Adorar la carne, la materia, decían, ¡qué degradación! ¡Como si fuese posible separar el Corazón material de Jesucristo del fuego sagrado de su amor, al que tributamos nuestras adoraciones y nuestros homenajes! ¡Como si el sagrado Corazón del Salvador fuese más material que sus pies y sus manos, que siempre hemos besado; su corona de espinas que llevamos en triunfo; la cruz, bañada con su sangre preciosísima y ante la cual, por esta razón, nos prosternamos! No; lo que ellos rehusaban adorar no era la carne; se aproximaba el día en que estos *espíritus* tan delicados la irían á adorar viva é inmunda en la catedral profanada de Nuestra Señora! Lo que le espantaba era la carne paciente, atormentada y muerta. Fingían suponer que adorar ésta era una degradación; pero realmente comprendían que el tributar homenajes á la carne adorable de Jesucristo, era la condenación de todos los placeres sensuales, la apoteosis del amor puro y la glorificación del sacrificio; es decir, era honrar lo que

1 *Historia de las sectas religiosas*, tomo II, pág. 246.

2 *Ibid.*, pág. 269.

hay de más grande, de más noble, de más intelectual y de más divino en el corazón.

Venturosamente, más arriba del hombre está la humanidad. Sobre los sentimientos mezquinos que se apagan como se apagan las pasiones y la cólera, está serena la humanidad que oye el destemplado vocerío de algunos insensatos, sonríe y sigue adelante.

Tal pasó respecto de la devoción á que aludimos. Correspondiendo á las necesidades más profundas del alma humana y aplicándose suave y eficazmente á las más dolorosas llagas de la época, la devoción al Corazón de Jesús comenzó su marcha triunfal desde el día siguiente á la muerte de la Bienaventurada. Las Visitaciones dieron la señal: ya Paray, Dijón Moulins y Semur, habían enarbolado el estandarte del Corazón de Jesús, y en los años siguientes vinieron á agruparse á competencia, alrededor de él, todos los demás monasterios. En 1690, Marsella, Montbrison y Nantes; en 1691, Autun, el primero de Lyon, Friburgo y el segundo de Rennes; en 1692, Besançon, Blois y Loudun; en 1693, Aix, Burdeos, Bourges, Forcalquier, Langres, el segundo de Lyon, Nevers, Valencia y Tolosa; en 1694, Dieppe, Thonón, el segundo de Marsella y Salins; en 1695, Chaillot, Perigueux, Pont-à-Mousson, Montargis y Blois; en 1696, Nancy, Aurillac, Romans y Nápoles; en 1697, el primero de Rouen, Rumilly, Arona, Caen y Coudrieux; en 1698, el segundo de Paris, Orleans, Mamers y Vannes; en 1699, Montferrand; en 1700, Troyes, Metz, San Esteban, y poco después Amiens, Auxerre, etc. Apenas terminado el siglo, es decir, á los diez años de muerta la Bienaventurada, todas las Visitaciones se levantaron, unas en pos de otras, para consagrarse al Corazón de

Jesús. Seríamos interminables si quisiésemos registrar todos los hechos encantadores, graciosos y sublimes, todos los episodios bellísimos que señalaron esta marcha triunfal del culto del amor de Jesús á través de las Visitaciones. Cada una de ellas adquirió, mediante ese culto, la fuerza necesaria para permanecer ferviente en medio de las bajezas del siglo XVIII, y conservarse tierna y amante en presencia de los fríos sofismas del jansenismo. Este fuego sagrado que la Visitación mantiene tan solícita, por tristes que sean los tiempos, lo ha hecho salir de las rejas. Cada comunidad es el centro de una cofradía del Sagrado Corazón, en la que se inscribian todos los vecinos de la comarca: en 1693, ocho años después del fallecimiento de la Santa, la cofradía de Dijón contaba doce ó trece mil asociados, no solamente en Borgoña, en Francia, sino también en España, en Inglaterra y en Alemania.

Tan grande movimiento no sería posible si los Obispos de Francia, superiores natos de las Visitaciones, no lo hubiesen aprobado. Así fué, en efecto, y se les veía por dondequiera bendiciendo las capillas, erigiendo las cofradías y presidiendo ellos mismos las primeras fiestas, tan íntimas, tan recogidas y tan dulces del Corazón de Jesús en el interior de los monasterios.

Muy en breve también le abrieron sus catedrales. En 1688, Carlos de Brienne, Obispo de Coutances, estableció en su diócesis la festividad del Sagrado Corazón de Jesús. En 1694, Antonio Pedro de Grammont, Arzobispo de Besançon, ordenó que se celebrara en su metrópoli. En 1719, Francisco de Villeroy, Arzobispo de Lyon, publicó un admirable edicto en favor del culto del Sagrado Corazón, que estableció también en todos

los templos de su diócesis. "Cosa notable: el Obispo de Autun, solicitado por cinco monasterios á la vez, no concedió el permiso de celebrar esta festividad, con Misa y oficio propios, sino hasta el año de 1713, cumpliéndose así contra toda verosimilitud la palabra de la Bienaventurada, que había anunciado que la fiesta del Sagrado Corazón se establecería en toda la Francia antes de ser autorizada en la diócesis misma en que nació esta devoción ¹."

Así, pues, en veinte años la devoción del Corazón de Jesús se había extendido por toda la Francia. Sin embargo, esta marcha triunfal era todavía lenta y tímida, hasta que de súbito, en 1720, treinta años después de la muerte de la Bienaventurada, un hecho extraordinario vino á precipitarla.

La peste llegada de Oriente había caído terrible sobre Marsella, haciendo en poco tiempo 40.000 víctimas. Silencio de muerte reinaba en las calles y en las plazas públicas, cubiertas de cadáveres. En vano se había acudido á la oración y á la penitencia, porque nada bastaba para desarmar la cólera divina, cuando el santo Obispo de Marsella, Mons. de Belsunce, recibió una inspiración celeste, por medio de una religiosa de la Visitación, la madre Ana Magdalena Rémusat, que no cesaba de exhortarle á poner toda su esperanza en el Corazón adorable de Jesús. Un día, pues, el 2 de Noviembre de 1720, salió de palacio, cual otro San Carlos Borromeo, acompañado de todos los religiosos, de todos los sacerdotes, de todas las almas santas, todos descalzos, la soga al cuello y la cruz á cuestas, y cuando lle-

¹ Daniel, *Historia de la Bienaventurada*, pág. 430.

gó á la plaza mayor de Marsella se postró en tierra. Allí, en medio de un silencio interrumpido por los sollozos y gemidos de los penitentes, puso solemnemente su diócesis bajo el amparo del Corazón de Jesús. Desde ese momento la peste cesó como por encanto, y no volvió ya á darse un solo caso de muerte en Marsella.

Pero como el Ayuntamiento no hubiese querido asociarse á aquella demostración, dos años después la peste reapareció. Entonces, arrepentidos de su falta, los regidores hicieron voto de ir cada año, el día de la fiesta del Sagrado Corazón, á comulgar á la iglesia de la Visitación, ofrecer allí un cirio adornado con el escudo de armas de la ciudad y asistir el mismo día á una procesión pública. Inmediatamente—así consta en el acta verbal firmada por todos los magistrados—la peste cesó con la misma rapidez que antes. De esta época data en la ciudad de Marsella esa devoción al Corazón de Jesús, que fué tan fecunda durante la revolución y que en nuestros días se ha ostentado con tanto brillo.

Tales sucesos produjeron en la Provenza, tan cristiana siempre, un grande entusiasmo. Siguiendo el ejemplo del Ilmo. Sr. D. Enrique de Belsunce, los Arzobispos de Aix, de Arlés, de Aviñón, y los Obispos de Tolón y de Carpentras se apresuraron á establecer aquella festividad. Todo el Mediodia proclamó en el acto la devoción al Sagrado Corazón.

Poco después, y en circunstancias tan favorables, apareció por fin la *Vida*, tan largo tiempo esperada, de la dichosa Margarita María. Su autor era Mons. Languet, en otro tiempo Vicario general de Autun y Superior de la Visitación de Paray, entonces Obispo de Sois-

sons y después Arzobispo de Sens ¹. Ninguno mejor que él podía conocer á la Bienaventurada, puesto que había estado en relaciones diarias con sus contemporáneos y sus discípulas. Desgraciadamente le había alcanzado en parte la aridez del siglo xviii, y además los violentos ataques de los racionalistas y los impíos encadenaban su piedad. En vez de narrar, discutió, y trataba de explicar lo que tan sólo debía contemplarse. Ni el siglo xviii era capaz de comprender semejante figura, ni el autor era hábil para pintarla; y su obra fría, incompleta, á veces tímida é indiscreta, aumentó la tempestad en lugar de conjurarla.

Los que no hayan tenido ocasión de hojear los escritos del siglo xviii, los libelos, los periódicos y las poesías ligeras, no pueden formarse idea del desprecio, de la burla y de la cólera que se desataron contra la Bienaventurada y contra el Sagrado Corazón. He tenido á la vista una colección manuscrita que contiene versos de Pirrón, villancicos de la Monnaye, cartas del presidente Bonhier y sonetos de todos los *litteratos* de la Borgoña. No es tan fácil imaginarse todo lo que hay en esas bajas producciones de necias chanzas relativas al apellido de Alacoque, de la Bienaventurada, de infames y estúpidos equívocos sobre la devoción al Corazón sagrado, y de necios sarcasmos contra Mons. Languet. Estilo semejante usaban los folletos jansenistas. Quien lea las *Noticias eclesiásticas*, órgano principal de la

¹ *Vida de la Venerable Madre Margarita Maria, religiosa de la Visitación de Santa María, del monasterio de Paray le-Monial en Charolais, muerta en olor de santidad en 1690*, por Mons. Juan José Languet, Obispo de Soissons, de la Academia francesa.—París: imprenta de la viuda de Mezières y Juan Bautista Garnier, 1729, 1 volumen en 4.º

secta, se asombrará de las injurias groseras vomitadas día por día contra el Corazón de Jesús y su humilde apóstol. La Academia francesa dió forma á esos ataques innobles, diciendo en son de mofa y de desprecio, que para decidirse á escribir la vida de una mujer tan ridícula, preciso era que "Mons. el Arzobispo hubiera vuelto á la niñez".

Mientras que el *talento* redoblaba su ataque contra la devoción del Sagrado Corazón, ésta continuaba adelante, avivando cóleras y entusiasmos, hiriendo y cautivando á la vez el corazón del hombre. Traspasaba ya las fronteras de Francia y se extendía por todas las costas del Mediterráneo. En 1733 se estableció en Constantinopla; en 1740, en Alepo, en Damasco y en el Libano. La *Vida* de la Bienaventurada, traducida al árabe é impresa en Antoja, ciudad del Anti-Libano, la extendió en las vastas llanuras de la Cœle-Siria, desde el grande Nermón hasta Balber. En 1709 se establecieron dos cofradías del Sagrado Corazón, una en Macao y la otra en Pekin, y en 1743 se instaló una dentro del palacio mismo del emperador de China.

A pesar de todo, Roma vacilaba aún en sancionar la nueva devoción. En vano Federico Augusto, rey de Polonia, había dirigido en 1726 una de las más fervientes súplicas al Papa Benedicto XIII; en vano en 1728 los Obispos de Francia solicitaron del Padre Santo que colocase la fiesta del Sagrado Corazón entre las solemnidades públicas; en vano el rey de España, Felipe V, y poco después los Obispos de Polonia, elevaron una solicitud semejante; Roma no se decidía, y la Congregación de Ritos dió un decreto en 30 de Julio de 1729, en el que, de acuerdo con las conclusiones del que más tarde sería

Benedicto XIV, negaba absolutamente la autorización que se pedía. Los jansenistas batieron palmas; y, sin embargo, no había motivo para sorprenderse de las vacilaciones de la Santa Sede. Se trataba de una devoción privada, que aún no se había examinado canónicamente; de una religiosa muerta, es cierto, en olor de santidad, pero cuyo proceso de canonización, iniciado en 1715, permanecía aún bajo el secreto; de una devoción, por último, que afectaba los más profundos misterios del cristianismo, pero de la cual sus primeros historiadores no habían hablado con toda exactitud. Por otra parte, esta devoción se relacionaba tan íntimamente con la cuestión fisiológica de las funciones del corazón en el organismo humano, que, al decir de los jansenistas, no podía resolverse la una sin herir la otra. Era, pues, preciso meditar con toda cordura y madurez antes de dar una solución definitiva. Por lo mismo, en lugar de reprochar la conducta de la Sede Apostólica, conviene admirar su prudencia.

De 1729 á 1765, es decir, treinta y seis años, se dejó madurar la cuestión en el espíritu de los teólogos, en la discusión de las escuelas, en el corazón de los cristianos, en las intuiciones de los santos; hasta que por fin, después que el piadoso y devoto P. de Gallifet había publicado su famosa obra, que sometió á la Congregación del *Indice* y fué aprobada ¹; después que San Al-

1 *De Cultu Sacrosancti Cordis Dei ac Domini nostri Jesu Christi, in Variis Christiani orbis Provinciis jam propagato. Aucthore R. P. Josepho de Gallifet, Societatis Jesu sacerdote. Romae, apud Joannem-Mariam Salvioni, 1726. Superiorum permissu, in 4.º*—Además del *imprimatur* del Maestro del Sacro Palacio, se leen al frente del volumen las aprobaciones del P. Miguel Angel Tamburini, general de la Compañía de Jesús; del P. Bernardino Membrive, de la Orden de Santo Domingo,

fonso María de Liguorio puso en esta discusión el peso de su ciencia teológica y de su santidad ¹, apareció el personaje escogido por la Providencia para inaugurar solemnemente en toda la Iglesia el culto del Sagrado Corazón.

Exaltado al solio Pontificio el ilustre Clemente XIII, se avocó desde luego la cuestión, movido de las solicitudes incesantes de los Obispos, principalmente de los de Polonia, y deseando poner un dique á las arterias más y más ardientes de los jansenistas, y la resolvió con aplauso de la Iglesia universal. Un decreto expedido en 1765 otorgó á los Obispos de Polonia y á la Archicofradía romana el permiso de celebrar con Misa y oficio propios la fiesta del Corazón de Jesús, dejando en libertad á los demás Obispos de la cristiandad para solicitar que se extendiese ese permiso á sus respectivas diócesis. Apenas fué conocido aquel decreto, cuando la Asamblea del clero, reunida en París, se apresuró á suscribirlo, á instancias de la piadosa reina María Leczinska, y resolvió que el culto del Corazón de Jesús se estableciese en todas las diócesis de Francia. Dios reunía á la vez el corazón de Polonia y el de Francia y los hacía trabajar juntos, la vispera de sus inmensas desdichas, en la propagación del culto al Sagrado Corazón. Debemos creer que este Corazón, el más fiel de todos, recompensará un día lo que entonces recibió.

predicador de S. M. Católica, calificador de la inquisición, etc.; del Padre Marius Maccabei, procurador general de la Orden de los Barnabitas, consultor de las Congregaciones del Indice y de Ritos, y calificador del Santo Oficio.

¹ *Novena del Cuore di Gesu*, 1758. En el prefacio, San Alfonso, aludiendo á la decisión de la Congregación de Ritos en 1729, dice que la causa no ha concluido, y expone los motivos que le llenan de esperanza.

He aquí á dónde se había llegado en 1765. Menos de un siglo después de la muerte de la Bienaventurada, se realizaba la primera parte de su misión. La devoción al Corazón de Jesús quedaba establecida oficialmente en la Iglesia. Si la fiesta solemne que Nuestro Señor quería se estableciese el viernes siguiente á la Octava del Corpus no era todavía obligatoria, al menos había sido ya autorizada por los Soberanos Pontífices; lo demás era simple cuestión de tiempo.

En cuanto á la segunda parte de la misión de Margarita María, relativa á la Francia y al rey, caminaba todavía despacio. Luis XIV, cegado por sus pasiones sensuales y por su orgullo, había muerto sin sospechar siquiera que sus errores y sus desórdenes iban conduciendo á Francia á un espantoso abismo. Su sucesor Luis XV vió el peligro, porque cada día se aproximaba más y más, pero no hizo aprecio de él; con tal de que la monarquía durase hasta la muerte del rey, lo demás nada importaba á ese voluptuoso egoísta. Con más razón ni uno ni otro monarca pensaban en el remedio sobrenatural que Dios había hecho conocer á la Bienaventurada. Hasta puede dudarse, al ver la indiferencia de ambos, si esta segunda revelación llegó á su noticia.

Sin embargo, reflexionando más atentamente, se convence uno de que la misión confiada por Margarita María á la madre de Saumaise había tenido su cumplimiento, y que Luis XIV supo con toda exactitud lo que Dios quería de él. En efecto, por triste que sea esta corte de Versalles, está llena del Sagrado Corazón. El es quien consuela allí á las reinas afligidas, á las esposas abandonadas y á las almas presas de funestos pre-

sentimientos. Aún se cree percibir, en las que de más cerca tocan á Luis XIV y á Luis XV, ciertos delicados esfuerzos para suplir ellas lo que dichos monarcas debieron hacer y lo hicieron. Si, por ejemplo, el segundo monasterio de París emprendió en 1698 construir, según el diseño de Mansart, una suntuosa capilla al Corazón de Jesús, fué la reina de Inglaterra la que colocó la primera piedra y la que se hizo inscribir, antes que otros, en los registros de la cofradía ¹.

Poco después, el tercer monasterio de París, el de Chaillot, se decide á establecer desagravios solemnes el primer viernes de cada mes. Frecuentemente se notaba entre los fieles á la señora duquesa de Orleans, de rodillas, confundida entre la multitud, tratando de ocultarse, y más aún, de velar sus lágrimas y las dolorosas ansiedades de su corazón ². En la misma época, todas las personas de la corte acudían á la hermana María Eleonora, princesa de Lorena, humilde y pobre religiosa de la Visitación de París, que había recibido el velo de manos de la reina María Teresa, esposa de Luis XIV, para suplicarle que las inscribiese en los registros de la cofradía del Sagrado Corazón ³. En la corte misma de Luis XV creció también esta devoción. Al lado de los salones en que dominaban las Pompadour y las Du Barry, había humildes oratorios en que se refugiaba, llena de lágrimas, la más admirable familia real, la piadosa reina María Leczinska, sus cuatro hijas, una de ellas Mad. Luisa de Francia, el Delfín, que fué padre

1 *Circular* del segundo monasterio de París, de 25 de Mayo de 1698 *Año Santo*, tomo III, pág. 136.

2 *Circular* del monasterio de Chaillot, 26 de Noviembre de 1739.

3 *Circular* del segundo monasterio de París, 25 de Mayo de 1678.

de Luis XVI y su joven y santa esposa. Jamás se vieron juntas bajo el mismo techo tantas infamias y tan angélicas virtudes. Era de tal manera viva la devoción de la familia real al Sagrado Corazón de Jesús y se manifestaba de modo tan expresivo, que es imposible creer que no se conociese en la corte la revelación de la Bienaventurada relativa al rey y á Francia. Fué la reina, la benemérita esposa de Luis XV, María Leczinska, la que solicitó y obtuvo de los Obispos de Francia, reunidos en París el año de 1765, que se estableciese el culto público del Sagrado Corazón, "según sus ardientes deseos,, en todas las diócesis del reino ¹. Ella y sus hijas no tenían otro consuelo, en medio de inefables dolores íntimos y de terribles aprensiones por los males públicos, más que el culto del Corazón de Jesús. El Delfín fué todavía más lejos; hizo construir en el palacio de Versalles, para refugio de toda la familia, una capilla en honra del Corazón divino ². De allí salió un día, hermosa y pura, para encerrarse en las Carmelitas, madama Luisa de Francia, que la Iglesia ha declarado *venerable*, y que más tarde colocará en el catálogo de los santos. Si el sacrificio de una paloma inmaculada hubiera sido proporcionado á nuestros crímenes, la Francia se habría salvado; mas Dios había dispuesto en sus adorables decretos que no bastara ni la inmolación misma del rey, y que la Francia no se salvase sino por medio del Sagrado Corazón.

Apenas subió al trono Luis XVI, hijo del que había hecho edificar un oratorio en el palacio de Versalles dedicado al Corazón de Jesús, cuando estalló la tempes-

¹ *Proceso verbal* del clero, tomo VIII, pág. 144C.

² Vida del Delfín, padre de Luis XVI.

tad que iba á ser espantosa, y que el poder humano no sería capaz de conjurar. Entonces fué cuando el infortunado Luis XVI se decidió, muy tarde por cierto, á practicar lo que oportunamente hubiera acaso servido para conjurar el peligro. Derribado del trono, encerrado en una prisión, agobiado, no tanto por sus desdichas, pues tenía alma demasiado grande para sobreponerse á ellas, cuanto por las de Francia, y careciendo de todo auxilio humano, se acordó de la Bienaventurada Margarita María, del secreto que había sido confiado á su abuelo, y se decidió á dar cumplimiento á la consagración de la Francia al Corazón de Jesús, que Dios había pedido á sus padres y que éstos no ejecutaron. Con el corazón y con la mano que muy poco después escribiría esas páginas sublimes que se llaman el testamento de Luis XVI, redactó él mismo la consagración de su persona y de su reino al Corazón de Jesús.

Véase aquí esa consagración, en la que se encuentran los mismos términos de nuestra Bienaventurada, las cosas precisas que Dios le había pedido, y que, llegándonos á través de las lágrimas y de las angustias de la prisión de Luis XVI, tiene algo de solemne y de trágico, como esos últimos gritos de un náufrago que intenta y no puede ya salvar á los que ama:

“¡Oh Dios y Señor mío!,” Vos miráis las heridas que destrozan mi corazón y la profundidad del abismo en que ha caído. Innumerables males me rodean por dondequiera. A los que me agobian personalmente y á los que sufre mi familia, que son espantosos, se agregan, para poner el colmo á mis desdichas, los que cubren la faz del reino. Hasta mis oídos llegan los clamores de las víctimas y los gritos de la religión oprimida, y una

voz interior me advierte que vuestra justicia podrá reprocharme todas estas calamidades porque en mis días de grandeza y de poder no reprimí la licencia del pueblo y de la irreligión, fuente de todos esos males; porque yo mismo he dado armas á la herejía triunfante, favoreciéndola por medio de leyes que han duplicado su fuerza y la han dado audacia para atreverse á todo.

¡Oh Jesucristo, divino Redentor! De todas nuestras iniquidades en vuestro Corazón quiero depositar la efusión de mi alma atribulada. Imploro en mi socorro el tierno Corazón de María, augusta protectora y Madre mía, y la asistencia de San Luis, mi patrono y el más augusto de mis abuelos.

„Abriós, Corazón adorable, y por las manos purísimas de mis poderosos intercesores recibid con bondad los votos de satisfacción que la confianza me inspira, y que os ofrezco como expresión humilde de mis sentimientos.

„Si por bondad infinita de Dios llegare á recobrar la libertad, mi corona y mi poder real, prometo solemnemente:

„1.º Derogar lo más pronto posible todas las leyes que me sean indicadas por el Papa, por un Concilio, ó por cuatro Obispos de entre los más ilustres y virtuosos de mi reino, como contrarias á la pureza y á la integridad de la fe, á la disciplina y á la jurisdicción espiritual de la santa Iglesia católica apostólica y romana, y muy especialmente la *Constitución civil* del clero.

„2.º Adoptar, de acuerdo con el Papa y los Obispos de mi reino, las medidas conducentes á establecer, según las prescripciones canónicas, UNA FIESTA SOLEMNE

EN HONOR DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, que se celebrará perpetuamente en toda la Francia el VIERNES SIGUIENTE Á LA OCTAVA DEL CORPUS, y terminará con una procesión general en reparación de los ultrajes y de las profanaciones cometidas en nuestros santos templos durante la revolución, por los cismáticos, los herejes y los malos cristianos.

„3.º Ir yo mismo en persona, á los tres meses de recobrada mi libertad, á la iglesia de Nuestra Señora de París, ó al templo principal del lugar donde yo me encuentre, y PRONUNCIAR un domingo ó día de fiesta, al pie del altar mayor, después del Ofertorio de la Misa y en manos del celebrante, UN ACTO SOLEMNE DE CONSAGRACIÓN DE MI PERSONA, DE MI FAMILIA Y DE MI REINO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, con promesa de dar á todos mis súbditos el ejemplo del culto y de la devoción que son debidos á este Corazón adorable.

„4.º Construir y decorar á mis expensas, en la iglesia que para ello elija, dentro de un año, contado desde mi libertad, UNA CAPILLA Ó UN ALTAR DEDICADO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, y que sirva de testimonio eterno de mi reconocimiento y de mi confianza sin límites en los méritos infinitos y en los tesoros inagotables de gracia que encierra ese Corazón sagrado.

„5.º Por último, RENOVAR CADA AÑO, en el lugar donde me encuentre y el día en que se celebre la fiesta del Sagrado Corazón, EL ACTO DE CONSAGRACIÓN EXPRESADO EN EL ARTÍCULO TERCERO, y asistir á la procesión general que seguirá á la Misa de ese día.

„¡OH CORAZÓN ADORABLE DE MI SALVADOR, que me olvide de mi mano derecha y que me olvide de mí mismo, si alguna vez olvidare vuestros beneficios y mis prome-

sas, si dejase de amaros y de poner en Vos mi confianza y mi consuelo!„

Tal fué la consagración de Francia al Corazón de Jesús hecha por los labios, ó más bien, por el corazón del rey mártir. ¿Quién no comprende que la palabra de la Bienaventurada había llegado hasta Luis XIV, y se transmitió como un secreto, como una esperanza para la hora del peligro? En el acta de Luis XVI está, en efecto, todo cuanto pedía Margarita María: una consagración de Francia al Corazón de Jesús, un templo nacional edificado de orden del rey como un monumento eterno de esa consagración; en fin, una fiesta y una procesión solemnes el viernes siguiente al de la Octava del Corpus. ¿Cómo habrían podido saberse todas estas cosas, si no se hubiese conocido la revelación hecha por Dios á la Bienaventurada? Sólo allí están contenidas, puesto que no se encuentran ni siquiera indicaciones en ninguna historia de Margarita María, y, lo que es todavía más extraño, las ignoraba la Visitación misma hasta estos últimos días. Por lo mismo, esas cosas tan recientemente* descubiertas las conoció el rey en 1791, y prometió cumplirlas cuando recobrara su trono. Lo prometió en nombre suyo, de la familia real y de Francia. ¿No habrá más tarde ó más temprano quien honre y ejecute lo que autorizó aquella firma real?

Una vez subscripta esa consagración, Luis XVI la envió á su confesor el P. Hébert, quien temeroso de que tal acta se perdiese, inmediatamente hizo sacar de ella varias copias. El se quedó con una, y las otras se distribuyeron en medio de mil peligros entre las familias cristianas. Gracias á esta precaución, el venerable confesor de Luis XVI pudo morir heroicamente pocos

días después, envuelto en los asesinatos del 2 de Septiembre, sin que su martirio ocasionase la pérdida de un documento tan precioso. Al mismo tiempo comenzaron á distribuirse de mano en mano y de calabozo en calabozo, pequeñas imágenes del Sagrado Corazón, signo de contradicción para unos, de esperanza para otros. Bien pronto esas imágenes fueron ostentadas por los vendeanos en los campos de batalla. ¿Las habían recibido del Temple? ¿Conocían la consagración de Luis XVI? ¿De donde les venía tal inspiración? ¿Quién pudo decirles que Dios quería, no solamente un templo nacional y una consagración nacional, sino también que el Corazón de Jesús apareciese en las armas y en los estandartes de Francia? Sabido es que cuando se alzaron en armas Henri de la Rochejaquelein, Lesucré, Charette y Catherineau llevaban en el pecho una imagen del Corazón de Jesús. Esto era lo último que Dios había pedido á la Bienaventurada. Los vendeanos acabaron la obra de Luis XVI¹.

1 Insisto en el hecho de que las cartas de la Bienaventurada que contienen la revelación relativa á Francia, han permanecido ocultas hasta nuestros días en los archivos de la Visitación; que no las conocieron los historiadores, ni el P. Croisset, ni Mons. Languet; que ni los *contemporáneos* mismos hicieron mención de ellas; que ningún documento impreso ó escrito llegó á citarlas, y que, sin embargo, Luis XVI, en el fondo de su prisión, prometió ejecutar precisamente todas las cosas que se contienen en esa revelación. Si sólo se hubiese tratado de una consagración general al Corazón de Jesús, podría explicarse tal vez por la presencia del P. Hébert, superior de una congregación tan adicta al Sagrado Corazón. Pero no; la consagración tan minuciosa de Luis XVI fué tomada de las cartas de la Bienaventurada, cuyos términos reprodujo el monarca. Y puesto que el original de esas cartas acaba de ser descubierto en los archivos de donde jamás salieron, preciso es que el rey haya tenido una copia de ellas, la que á su abuelo Luis XIV envió la madre de Saumaise. Sólo así puede explicarse aquella consagración.

¿Por qué no aceptó Dios la consagración de Francia hecha por manos tan puras, salida de un corazón tan digno? Con sorpresa se hace uno de pronto esta pregunta; mas la respuesta aparece luego. No aceptó Dios esa consagración, porque el día en que se verificó, Luis XVI no era ya el rey de Francia, sino un cautivo; porque si los vendeanos eran héroes ciertamente, no eran la Francia misma; porque ésta, en vez de proclamar la consagración de Luis XVI, le arrastraba al cadalso, y en lugar de unirse á los vendeanos, los fusilaba. No existió, pues, el homenaje nacional que Dios había exigido.

En estas circunstancias acabó el siglo XVIII. Cuando se le mira desde lejos para contemplarlo mejor, se advierten dos especies de Francias; una que sufre y otra que hace sufrir; la Francia de las víctimas y la de los verdugos. Sobre aquéllas, para sostenerlas y consolarlas, brilla el Corazón de Jesús. En cuanto á los verdugos, ¡también ellos adoraban un corazón! En la sombra amenazadora en que se ocultan ó en medio de la siniestra luz que los alumbra, se les ve arrodillados ante el corazón de Marat.

¡El Corazón de Jesús ó el corazón de Marat! De esta manera se planteó la cuestión á fines del siglo XVIII, y no cesa hasta hoy de plantearse así; pero es forzoso que llegue un día en que se decida definitivamente.





CAPITULO XVII

PRIMEROS FRUTOS DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS.—LA IGLESIA DE FRANCIA SE REANIMA AL CALOR DE LOS RAYOS DEL SAGRADO CORAZÓN.

BEATIFICACION DE MARGARITA MARIA

Jam hiems transiit; imbert abiit et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra; vox turturis audita est, vineae florentes dederunt odorem suum. Surge, amica mea, speciosa mea, et veni.

Pasó el invierno; cesaron ya las lluvias; comienzan á brotar las flores en nuestra tierra; se escucha el arrullo de las tórtolas; los viñedos esparcen su fragancia. Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

(Cant. II, 14.)

Poco á poco iba surgiendo de entre las sombras la Bienaventurada, y se remontaba hacia la gloria, sosteniéndola su muy Amado ¹! Mientras que la devoción al Corazón de Jesús no fué aprobada por Roma, la humilde Margarita permaneció en la obscuridad; mas ahora ya es tiempo de que suba á los altares, para que la glorificación de la *Reveladora* acabe de hacer brillar la divina belleza de la *Revelación*.

¹ Cant., VII, 5.

No obstante, terminó el siglo XVIII sin que Margarita María hubiese sido declarada *Venerable*. Su proceso de canonización se inició en 1715, y aunque en su brevedad se resentía de los tristes tiempos que corrían y carecía de la grandeza religiosa, de la precisión y de la abundancia de detalles que caracterizan los procesos notables del siglo XVI, se habían recibido las declaraciones de muchos testigos contemporáneos y consignado varios hechos admirables para que pudiera dudarse del buen resultado de la causa. Este proceso de 1715, que dormía en los archivos del obispado de Autun, no salió de ellos para ir á Roma sino hasta 1820, es decir, ciento cinco años después. Comenzaron también las peregrinaciones á Paray, y particularmente en los años de 1745 á 1746, en que una peste asoladora hacía espantosos estragos y el número de peregrinos fué crecidísimo; pero el nombre de la Bienaventurada no podía pronunciarse en las oraciones públicas, y su cuerpo reposaba sin otra gloria que el recuerdo incesante de las religiosas, bajo el pavimento del coro en que fué sepultada el año 1690. Después de un siglo nada había cambiado en lo que á ella concernía.

Entre tanto la revolución tronaba como una tempestad impía sobre Francia, no sólo derribando tronos, sino demoliendo altares y suprimiendo monasterios. El de Paray fué cerrado como los demás y lanzadas á la calle las religiosas, que abandonaron anegadas en llanto ese santuario querido del Sagrado Corazón, esa capilla llena de los divinos vestigios de Nuestro Señor, el jardín que le había visto, en fin, todos esos lugares augustos que tantas veces besaron la huella de sus pies. Pero al abandonar ese asilo querido, no lo hicieron sin llevarse

su tesoro, el humilde ataúd de madera en que reposaban los restos de su bienaventurada hermana. Los depositaron en lugar seguro, y cambiando de traje, se retiraron, unas al seno de sus familias y otras á las pequeñas casas que alquilaron en la ciudad, y fieles en secreto al Dios que no se les permitía adorar en público, dejaron que pasara la revolución, como el viajero que, suspendido por la tempestad, se refugia en una gruta, seguro de que al fin renacerá la calma.

Tan luego como la religión recobró su libertad, comenzaron las monjas á trabajar activamente por entrar de nuevo en posesión de su monasterio; pero estaba vendido como una de tantas fincas *nacionalizadas* y fraccionado entre varios *propietarios*. Eran ellas muy pobres para rescatarlo, y se pasaron más de veinte años en tentativas inútiles. Por fin, en 1817, viendo que sus esfuerzos eran estériles y que las religiosas iban muriendo una tras otra sin volver á la vida del claustro que abrazaron en su juventud, se decidieron á ocupar una casa que se les ofreció en la Charité-sur-Loire; y á semejanza de los monjes de la Edad Media que huían de las incursiones de los normandos llevándose las reliquias de sus santos, al dejar ellas á Paray resolvieron llevar consigo el humilde ataúd que contenía los preciosos restos de Margarita María.

Mas apenas se tuvo noticia en la ciudad de semejante resolución, cuando se produjo una emoción extraordinaria. Los magistrados intervinieron oponiéndose á la partida. El alcalde llegó hasta poner al ataúd los sellos de la ciudad y ordenó que fuese custodiado por una guardia permanente. Así siguieron las cosas hasta el 16 de Junio de 1823 en que, de acuerdo con la opinión pú-

blica, mediante los socorros de la caridad y entregando cincuenta mil francos, las hermanas volvieron á tomar posesión de su querido monasterio. Entraron en él conducidas por dos venerables ancianas, á las cuales, después de Dios, se debía tan feliz resultado: una era la hermana Maria Teresa Petit, que había salvado, durante los días del Terror, las reliquias de la Bienaventurada; la otra, la santa madre María Rosa de Charmoy, restauradora del monasterio, que se había obstinado en la idea de volver á él, y que por sus instancias había obtenido la intervención de los magistrados en favor del precioso depósito.

La revolución, que había demolido tantas abadías reales, tantos ilustres monasterios, respetó éste, que permanecía en pie, envejecido y ruinoso, es cierto, pero completo. La ciudad entera condujo en procesión á las antiguas religiosas llevando en hombros la humilde caja que contenía los huesos de Margarita María. Impotente es el idioma para describir la emoción de esas venerables ancianas, al ver de nuevo, al cabo de tantos años, aquella capilla, aquella reja, testigos de la aparición de Jesucristo; la pequeña celda en que murió la Bienaventurada, la escalera de los serafines, el oratorio del noviciado, el bosquecillo de avellanos que había florecido y ensanchándose como si la revolución no pasase por él; la capilla del Sagrado Corazón en el fondo del jardín, cerrada con llave por las religiosas en el momento de su exclaustración, y que no volvió á ser abierta, como si Nuestro Señor quisiese preservar de todo contacto sacrílego el santuario de su Corazón adorable. Todo se conservaba como el primer día, piadoso venerable, lleno de las huellas indelebles de Jesucristo y de su sierva.

En esos sitios, las hermanas derramaron lágrimas de ternura y olvidaron en dulce arrobamiento treinta años de destierro y de terribles amarguras.

Lo que más había sufrido era la capilla; toda estaba cuarteada; y las pinturas de las paredes representando el corazón de Jesús, se hallaban deterioradas en varios sitios. Un arquitecto propuso demoler esa antigua construcción que amenazaba ruina, y presentó á las religiosas un plano para construir en su lugar una gran capilla. Pero esta idea fué desechada por las hermanas, y gracias á ellas, se ha conservado para la veneración de los fieles el santuario de las comunicaciones del Corazón de Jesús, más dichoso aún que la iglesia de Berosvres.

Apenas reinstaladas en su monasterio, las hermanas no tuvieron más que un pensamiento: instar porque se continuase la causa de canonización de la Bienaventurada. Dios bendijo sus esfuerzos, porque en el curso del mismo año, el 30 de Marzo de 1824, León XII firmó la comisión para la introducción de la causa, y la sierva de Dios fué declarada *Venerable*. Seis años después, en 1830, llegaban á Francia los comisarios apostólicos delegados por la Santa Sede para informarse acerca de las virtudes heroicas de la Bienaventurada. Cinco meses permanecieron en Paray, luego se trasladaron á Autun, evocaron todos los testigos, siguieron religiosamente las menores huellas de la santa, y antes de regresar á Roma determinaron proceder á la apertura del sepulcro y al reconocimiento auténtico de las reliquias. El Obispo de la diócesis, Mons. de Héricourt, presidió la ceremonia, á la que concurrieron multitud de sacerdotes y religiosos, estando presentes cuatro médicos.

Después de las formalidades y de los juramentos prescritos por la Iglesia, se levantó la tapa del ataúd, y á la vista de todos apareció lo que quedaba aún de los restos virginales de la Bienaventurada. No eran más que huesos, pero llenos de aromas de inmortalidad. Las miradas de los asistentes no se saciaban de contemplar esa cabeza que Nuestro Señor estrechó un día sobre su pecho; esas profundas órbitas de los ojos que le vieron resplandeciente en el altar; ese sitio del corazón en que Jesucristo puso su mano para encender el fuego divino que consumió á la Santa, y todos los demás restos purísimos del templo mortal en que habitó su alma grandiosa. Una circunstancia inesperada vino á poner el colmo á la emoción de aquella escena. Todos los huesos estaban áridos, toda la carne consumida; sólo el cerebro estaba intacto, sólo él, ¡oh prodigio!, había resistido á la corrupción. Esa parte tan suave, tan delicada, que se disuelve tan presto, que es la primera en corromperse, aparecía allí después de ciento cuarenta años con toda su frescura. Los asistentes no podían creer á sus ojos; el milagro era patente; así lo declararon los cuatro médicos en el acta verbal que extendieron y firmaron en el mismo sitio. Este suceso extraordinario vino á probar científicamente que la humilde religiosa que el siglo xviii había escarnecido, y que los jansenistas apellidaban loca y maniática, tenía un cerebro bien constituido, que supo resistir á la acción de la muerte y á la del tiempo.

Dos curaciones extraordinarias, una de las cuales, sometida al examen de la sagrada Congregación, fué declarada milagrosa, acabaron de llenar á todas las almas de alegría celestial.

Una pobre hermana enferma, desahuciada de los médicos, María Teresa Petit, la misma que durante el Terror había salvado las reliquias de la Bienaventurada, llevaba tres meses de estar postrada en cama y en un estado tal de consunción, que sólo acercando el oído á su boca podían oirse algunas palabras. Avisada de que iba á abrirse el sepulcro de la Bienaventurada, reanima su vida con el fuego de la fe, coloca sobre su pecho algunos lienzos tocados á las santas reliquias, y al instante se opera en su salud una crisis sorprendente. A poco se levantó del todo sana y fué á arrodillarse, dichosa y agradecida, cerca de la tumba de Margarita María. Tal milagro fué declarado en el decreto de los *Milagros*.

El mismo día era llevada junto al sepulcro una pobre obrera enferma, que desde Lyon condujo una persona caritativa. No podía dar paso; la carie de que habían sido atacados sus huesos era tal, que los médicos, después de haberle extraído la tibia, declararon indispensable la amputación. Apenas la acercaron al sepulcro, pudo tenerse de pie, y en seguida se arrodilló sin experimentar dolor alguno, quedando enteramente sana.

Bajo la viva impresión de esos sucesos terminó la visita de los notarios apostólicos. Después que acabaron de levantarse por los médicos y cirujanos las actas verbales, se encerraron las santas reliquias en una nueva caja sellada con las armas episcopales y se las depositó respetuosamente bajo las losas en uno de los ángulos del claustro, con la esperanza de que muy pronto llegaría el día de sacarlas de allí con gloria y exponerlas en los altares á la veneración pública.

Ese día iba á llegar, en efecto, pues por brillantes que fuesen aquellos prodigios y otros varios que atestigua-

ban su santidad, nada eran comparados con otro milagro más grande aún que se verificaba después de treinta años á la vista atónita del siglo xix. La gran prueba de la santidad de la Bienaventurada no son los enfermos curados, sino la Iglesia de Francia reanimada por los rayos del Sagrado Corazón; las profecías realizadas; los hielos de los últimos tiempos deshechos ya; el Corazón de Jesús triunfante de todos los obstáculos, reinando á pesar de Satanás y sus secuaces; el maravilloso renacimiento de la fe, de la piedad, del más puro amor de Dios, del más entusiasta afecto á la Iglesia, en la Francia de Luis XV y de Voltaire, de Robespierre y de Marat.

Sí; la Francia católica renacía en el siglo xix y se vivificaba bajo los rayos del Sagrado Corazón. Cuanto en ella había de bueno, resucita, se desarrolla y brota en flores más bellas que nunca, en frutos más suaves y más deliciosos. Ved, por ejemplo, á los misioneros, á los apóstoles: ¿en qué época han sido más numerosos, más pobres, más puros, más fecundos, que en el siglo xix? ¡Hoy caminamos á gran prisa; hemos criado el vapor, los ferrocarriles, el telégrafo, pero hay alguno que va todavía más aprisa que nosotros, y es el apóstol; y cuando nuestros soldados van á las regiones más apartadas del mundo, cuando llegan á Pekin, por ejemplo, hay quienes les aguardan allí y les reciben para cantar el *Te Deum*! Y cuando se llega á esas comarcas en que hasta los ingleses comerciantes se detienen, faltos del valor necesario para llevar más lejos sus mercancías, hay alguno que no se detiene, que camina aún, que avanza siempre, y es el misionero francés, reanimado por el Corazón adorable de Jesucristo.

Y al mismo paso que avanza este ejército de apóstoles, el espíritu público se vivifica también dentro de la misma Francia.

¡El corazón del sacerdote! Sí; comparad al apóstol de 1770 con el de 1870, con ese incomparable clero francés que ha logrado conquistar la admiración aun de sus enemigos.

¡El corazón de la virgen! Bien sabe Francia que hoy existen en su territorio más de cien mil jóvenes señoras que han abandonado todo, juventud, belleza, halagüeñas esperanzas, para consagrarse á la adoración y al amor de Jesucristo. Cien mil jóvenes puras, castas, consagradas sólo al amor de Dios y del prójimo, en un siglo sensual como el nuestro, que no percibe la imagen del Corazón de Jesús sobre el corazón de la Iglesia!

¡Y el corazón de la madre! ¡Ah, también él se regenera sensiblemente! Nunca, en ninguna época, fuera de los primeros siglos del Cristianismo, fueron las madres más celosas de la virtud de sus hijos, más santamente apasionadas por su salvación; nunca habían transformado mejor su maternidad en sacerdocio y su amor en apostolado. Perverso es, sin duda, el presente siglo, pero el corazón de las madres palpita tan cristianamente, que no debemos desesperar. No lo dudemos; el siglo de los Agustinos será regenerado y transformado por el siglo de las Mónicas.

Y el corazón de los jóvenes, ¿acaso no se reanima también? ¿Por ventura no son los jóvenes los que han fundado esa admirable sociedad de San Vicente de Paúl, extendida por el mundo entero? Y todas esas obras de San Francisco Regis, de San Francisco Javier, de San José, ¿quién las sostiene, quién las alimen-

ta? La juventud cristiana, animada por el amor de Jesucristo. ¡Sí, la juventud francesa del siglo xix tiene una doble y gloriosa aureola: ha dado su corazón á los pobres y su sangre al Papa!

Todo se vivifica, pues; el corazón del apóstol y el del sacerdote; el corazón de la virgen, el de la madre, el del joven; todos los corazones cristianos latén unísonos inflamados por la llama sagrada de la inmolación, del sacrificio y del amor. ¿En qué se ocupan, si no, las jóvenes, las vírgenes, las mujeres cristianas y los hombres? En visitar á los pobres, en proteger á los niños, en consolar á los afligidos, en llevar la fe y la esperanza por dondequiera que detestables doctrinas siembran el odio y la desesperación. Señaladme una enfermedad, y os diré en el acto el batallón sagrado que tiene á su cargo curarla ó al menos aliviarla, y así como los antiguos teólogos enseñaban que hay en el cielo, para cada astro, un coro de ángeles que le dirige y que le anima, de la misma manera hay hoy día, para cada miseria, un coro de vírgenes, ó de hombres, ó de mujeres cristianas, encargado de aliviarla con la esperanza y de sanarla con la caridad.

Pero, ¡cuánto crece la admiración al contemplar en medio de qué sacrificios, de qué pobreza, de qué contrariedades se han establecido ó restaurado todas esas obras de apostolado y de caridad! Todo había sido robado, vendido, todo estaba proscrito, todo destruido; y hoy todo se ha rescatado y restablecido. Si Luis XIV resucitase, nada encontraría de su antiguo reinado, y volvería entristecido al sepulcro no queriendo vivir en medio de una sociedad para él desconocida. Por el contrario, si la venerable Margarita María volviera al

mundo, no observaría cambio alguno en la constitución de la Iglesia. He aquí, diría, esa santa Compañía de Jesús, en la que conocí al P. Colombière, al P. Croisset, al P. Gallifet, hombres todos venerables que fueron los primeros servidores, los primeros adoradores del Corazón de Jesús. He aquí á esos piadosos benedictinos, cuya grande iglesia daba sombra al monasterio de Paray, helos ahí renaciendo en todo el suelo de Francia, renovados, transformados en Borgoña por el venerable P. Muard, que al resucitar la Orden de San Benito la ha puesto sobre el pecho del Sagrado Corazón de Jesús. He aquí esos dominicanos, regenerados también por un hombre que era un santo antes de ser un orador admirable; esos capuchinos, esos filipenses, todos esos religiosos y religiosas, todas esas obras que vivían entonces un poco lánguidas y que hoy poseen una fuerza, un poder, una juventud, una agilidad de que carecieron en la sociedad antigua, que los hace apóstoles y conquistadores más fecundos y más santamente apasionados de Dios y de su Iglesia.

Pero lo que pone el colmo á la admiración en este renacimiento de las obras católicas en el siglo XIX, es que viven en medio de la miseria y de la libertad.

¡Sí, viven en la miseria! Todos sus bienes les fueron arrebatados, se les prohíbe adquirir otros, subsisten de limosna, no saben con qué vivirán mañana, pero el hecho es que viven.

¡Se conservan á pesar de la libertad! El siglo XVIII gritaba en diversos tonos que si los votos no se quebrantaban, era por la coacción de las rejas, de las leyes y del Parlamento. Romped las rejas, decia, derogad las leyes, y veréis cómo la vida religiosa perece miserable-

mente. Y bien; las leyes han desaparecido, los Parla-mentos no existen, las rejas fueron abiertas de par en par, y sin embargo, jamás había sido, como ahora, la vida monástica más pura, más ejemplar. Mientras que los enemigos de la Iglesia rompían las rejas y abrían los monasterios sin lograr que las religiosas salieran de ellos voluntariamente, la Iglesia, más atrevida aún, sacaba ella misma á la virgen de su claustro, y la enviaba á las ciudades, á las aldeas, en medio de los hospicios, en las escuelas y hasta en las fábricas. Y á estas religiosas tan libres, mezcladas con la multitud, ¿sabéis qué votos les hizo pronunciar la Iglesia? Votos temporales, obligatorios por sólo un año. Hay un día cada doce meses, el 21 de Noviembre, en que cerca de cien mil religiosas quedan absolutamente libres; sus votos terminan; expiran á media noche. ¡Figuraos este espectáculo! Cien mil religiosas son libres todos los años para volver al mundo, hasta para casarse si así lo quieren; y al día siguiente por la mañana, en la Misa de siete, todas vuelven á tomar libre y generosamente las cadenas que habían caído por sí mismas, sin que las religiosas hubieran tenido ni siquiera el trabajo de romperlas. Yo pregunto ahora á los detractores de las órdenes monásticas: ¿conocéis muchos juramentos que puedan someterse á semejante prueba?

En medio de este vasto desenvolvimiento del amor activo, mientras que así se multipliquen las obras de apostolado y de caridad, la contemplación no perece. ¿Sabéis que hoy hay más monasterios de carmelitas que en tiempo de Luis XIV? ¿Sabéis que la Visitación es ahora tan fervorosa, tan humilde, tan contemplativa como en la época en que era dirigida por San Francis-

co de Sales ó por San Vicente de Paul? ¿Sabéis que los hijos de San Bernardo son más numerosos, más austeros en sus trapas que en los tiempos de Rancé? ¿Sabéis que la oración renace en las familias, entre las jóvenes, las esposas y todas las mujeres del mundo? ¿Sabéis que la misma disciplina entra de nuevo en las costumbres católicas, y que no pasa una sola noche sin que una multitud de cristianos impriman voluntariamente sobre sí las llagas sangrientas de la Pasión de Jesucristo? Y cada día trae una nueva luz sobre esos misterios de la contemplación y de la penitencia ocultos en el fondo de este siglo. Ayer mismo leía yo un libro admirable en que el más grande orador cristiano que hemos tenido después de Bossuet, el P. Lacordaire, se me aparecía exánime por los rigores de la penitencia, haciéndose atar á una columna al bajar del púlpito de Nuestra Señora y recibir una tempestad de azotes hasta caer desmayado, igualando y sobrepujando en industrias sangrientas á los más austeros penitentes, sin conseguir ni de ese modo que se saciase la sed de inmolaciones y de sacrificios que le devoraba ¹. Esta revelación no descubre todo lo relativo al R. P. Lacordaire y á otros varios; pero cuando se manifiesten hasta los últimos secretos, se comprenderá por qué este siglo tan agitado, tan culpable, no ha caído al fondo del abismo, y se bendecirá á la Iglesia que le ampara á fuerza de sufrir y de inmolarse por él.

¿Cuál es, se preguntará, la fuente de todas estas maravillas? Manifiestamente vienen todas del Corazón de Jesús, conocido, adorado, amado, radiante en el mundo.

¹ *El Padre Lacordaire, su vida íntima*, por el R. P. Chocarne, 1 vol. en 8.º.

Los temores antiguos desaparecieron; el soplo frío del jansenismo se disipó; el hielo se funde en todas partes al fuego del amor; la mesa eucarística es más frecuentada, y un gran número de fieles recibe diariamente el Pan de los ángeles. Esta es la fuente oculta, profunda, de tantas maravillas; de ella recibe la Iglesia en el siglo XIX su belleza, su fecundidad, su fuerza invencible. El Corazón de Jesús la cubre con sus rayos, la vivifica, la calienta y la transfigura.

He aquí, pues, el gran milagro que Margarita María había previsto, que predijo y que la llenaba de indecible alegría. En su humildad, pedía morir para no ser un obstáculo, para no retardar ni un instante la glorificación del Corazón de Jesús y la regeneración universal de los corazones.

Ese movimiento religioso, más brillante y más irresistible cada día, era el que abogaba en Roma por la causa de la Bienaventurada y la hacía avanzar á despecho de mil obstáculos. A contar del viaje á Paray de los notarios apostólicos en 1830, transcurrieron aún catorce años para el examen de las virtudes y de los escritos de Margarita María. Todo fué analizado, estudiado, discutido, con esa exactitud, con esa madurez que caracteriza las actas irreformables de la corte de Roma. La Congregación de Ritos acababa de dar su voto favorable sobre la heroicidad de las virtudes de nuestra santa, cuando murió Gregorio XVI, dejando á Pío IX la gloria de proclamarlas.

Fué este uno de los primeros actos de ese pontificado ilustre. Tan luego como ocupó la Cátedra de San Pedro, Pío IX elevó sus ojos al Corazón Sagrado de Jesús; y una mañana del mes de Julio de 1846 se le vió dirigirse

á pie del Quirinal á la Visitación de Roma, y anunciar allí á todas las hermanas, trémulas de emoción, que había llegado la hora de promover á la vez el culto del divino Corazón y el de su sierva. En efecto, al mes siguiente, el 23 de Agosto, apareció el decreto relativo, precisamente durante la octava de la santa fundadora de la Visitación, Santa Francisca Chantal. Un pensamiento delicado había precedido á la elección de ese día, y llevó de nuevo al Papa en medio de las hijas de San Francisco de Sales para celebrar con ellas la glorificación futura, y desde luego cierta, de su bienaventurada hermana.

Creíase ya todo concluido, y sin embargo había que esperar todavía veinticinco años para que se expidiese el solemne decreto de beatificación (24 de Abril de 1864). Semejante retardo sirvió para excitar la impaciencia del pueblo cristiano y preparar á la Bienaventurada un triunfo digno de ella.

Comiéntase por abrir de nuevo el sepulcro, con objeto de reconocer definitivamente los venerables restos que no volverían ya al ataúd, y de extraer la reliquia insigne que, en el altar de San Pedro, debía recibir el primer homenaje del Papa y de la Iglesia. Esta ceremonia de la apertura tuvo algo de triunfal, si bien fué muy íntima, porque no se permitió demostración alguna exterior de júbilo y de culto. La fiesta, no obstante haberse reducido al interior del monasterio, fué verdaderamente espléndida. El humilde claustro en que reposaba la Bienaventurada vió desaparecer sus pobres paredes bajo la más brillante ornamentación; por todas partes se ostentaban oriflamas, escudos, pinturas é inscripciones en prosa y verso; todo gracioso, elegante,

piadoso y amable, como el espíritu de San Francisco de Sales; y agregaré también, porque fué para mí lo más conmovedor, que todo fué católico y francés en alto grado. En el fondo de ese pequeño convento, en que los mundanos se figuran que sólo se levantan miradas egoístas hacia el cielo, sentíase latir el corazón de Francia, pero de esa Francia que no ha renegado de su fe católica, y que, en medio de sus tristezas y de sus desdichas, conserva intacta la esperanza. Cerca de los gallardetes que ondeaban en las ventanas, á lo largo de las galerías cubiertas de emblemas y de inscripciones, se escuchaban cánticos de amor á la Iglesia, al Padre Santo, á Francia, á Paray y al pueblo; es decir, á la patria del cielo y de la tierra, unidas allí en todos los escudos como lo están en todos los corazones.

El Ilmo. Sr. Marguerie, Obispo de Autun, que había desplegado por la causa de la beatificación la más inteligente y piadosa actividad, fué quien presidió aquella ceremonia íntima. Después de haber establecido un tribunal para el reconocimiento de las reliquias y recibido juramento sobre los Santos Evangelios á los sacerdotes, médicos y obreros que iban á concurrir á la apertura del ataúd, se acercó á la humilde tumba que guardaba los restos de la venerable hermana, que estaban colocados en uno de los ángulos del claustro, bajo una simple losa, en la cual no se leía más que el nombre de la Santa. En cambio veíanse en derredor corazones de oro ó de plata suspendidos de las paredes como signo de la veneración á su memoria, ó de gracias obtenidas por su intercesión.

Levantada con cuidado la losa del sepulcro, apareció en una excavación muy profunda la caja de nogal que

contenía los huesos de la Venerable. Sin abrirla y después de haber permitido únicamente á ciertos enfermos que la besasen, se la colocó en un rico tapiz, y dejando á las manos fraternales y filiales de las hermanas el honor de llevar los venerados restos, se les condujo en procesión por los claustros hasta la sala en que debían ser examinados. Las hermanas de la Visitación, con cirios encendidos, abrían el cortejo cantando el oficio de Vírgenes; y los principales magistrados y habitantes de la ciudad, en unión de más de trescientos sacerdotes, seguían en silencio las santas reliquias. Todos los semblantes recogidos ó llenos de júbilo revelaban los sentimientos que henchían el corazón.

Así salió de su sepulcro esta ilustre virgen para no entrar de nuevo en él; así atravesó otra vez en triunfo, al cabo de dos siglos, esos claustros que había embalsamado con la fragancia de la humildad. A despecho de una revolución que derribó imperios y tronos, las mismas religiosas de la Visitación se encontraban allí para servirla de cortejo, llevando en hombros sus restos benditos y entonando cánticos de alegría mezclados de oraciones y de lágrimas.

Llegados á la sala de juntas, todos hicieron alto y se inclinaron reverentes ante la caja mortuoria en que se encerraba el cuerpo virginal de una de las más santas criaturas que peregrinaron en este valle de dolores. Abrióse en seguida el ataúd, y apareció á la vista lo que aún quedaba en el mundo de aquella á quien tantas veces se mostró Jesucristo. ¡Cosa admirable! Todo cadáver inspira horror menos el de los santos. Esos huesos áridos, esa carne convertida en polvo, ese yo no sé qué amontonado en una caja y que en ninguna lengua tiene

nombre, todo esto, aunque hubiese sido habitado por el genio, transfigurado por la gloria y la belleza, todo esto, decimos, infunde miedo. Pero si el amor de Dios, si el heroísmo de la santidad hicieron palpar esos restos, ¡entonces vivirán para siempre! La multitud quería tocar y besar los de la Bienaventurada, y se necesitó todo el poder de las censuras de la Iglesia para impedir á los asistentes que se precipitaran sobre aquel cuerpo sagrado y se apoderaran de sus restos. La muerte estaba vencida, y se sentía que la vida circulaba triunfante á través de esos huesos descarnados.

Al verificarse la inspección de las reliquias hubo un momento de ansiedad. El cerebro que en 1830 se conservaba libre de toda corrupción, ¿qué estado guardará ahora? ¿Había conservado Dios esta señal de vida en aquella osamenta? El Ilmo. Obispo tomó en sus manos el cráneo, y en el acto exclama: "Ved aquí, ved aquí esa señal de vida., En vano habían transcurrido treinta y cuatro años más; en vano la caja había sido abierta y el cerebro expuesto al contacto del aire: ¡es el mismo, intacto, vivo! Todos se prosternan, lo veneran y los corazones palpitan agitados de santo entusiasmo. Cuando María Magdalena murió y el tiempo fué poco á poco descarnando sus huesos, quedó, sin embargo, un resto de carne que resistió á toda corrupción; fué aquel que Nuestro Señor tocó cuando Magdalena, acercándose á El después de la resurrección, le puso el dedo en la frente para alejarla, diciéndole: *Noli me tangere* (No me toques). Mil doscientos años después, sobre ese punto de la frente apareció la carne fresca, viva, por decirlo así, para mostrar en qué se convierte la carne, aun la más profana, cuando el dedo de Dios la toca para pu-

rificarla. De la misma manera, cuando San Juan Nepomuceno fué martirizado por no querer violar el sigilo de la confesión, todo fué presa de la muerte, excepto la lengua; trescientos años después se la encontró intacta, como testimonio eterno de la divinidad de la confesión. Así también el corazón de Santa Francisca Chantal permanece aún incorrupto y fresco, como si viviese todavía. En ciertos momentos se le ve dilatarse de amor, como para mostrar con qué fuego latía cuando vivió, puesto que ese corazón parece palpar aun después de la muerte. Aquí el cerebro es el que se conserva intacto, porque el mundo había dudado de él, y Dios le preserva de la corrupción para hacernos sensibles los pensamientos que abrigó y para que diésemos crédito á las revelaciones de que fué órgano.

¡Ah! Muchos años pasarán sin que yo olvide la emoción que sentí al tener en mis manos la cabeza intacta de la Bienaventurada, y casi sólo porque se había hecho retirar á la multitud para dejar libres á los médicos en el reconocimiento de las reliquias pude contemplar sin estorbo lo que restaba de aquel cuerpo, y de conjeturar lo que había sido su alma privilegiada. Esos huesos delicados, esas líneas bien proporcionadas, la belleza de la frente, la extensión de las sienes, la integridad del cerebro, todos esos restos del vaso mortal en que estuvo encerrada un alma tan bella, me permitían conocer á la Bienaventurada tal como fué hace doscientos años en su peregrinación por la tierra: de estatura mediana, más bien alta que baja; de temperamento frágil y delicado, como Dios hace á las almas destinadas á grandes sufrimientos; de sensibilidad exquisita, cual conviene á los que deben amar mucho; y unido á todo esto una in-

teligencia clara, un buen sentido perfecto, como lo necesitan los videntes, para no confundir las imaginaciones y los pensamientos humanos con lo que Dios se digna revelarles. En fin, y para acabar este retrato, de una voluntad dulce, pero invencible; de un alma paciente pero inquebrantable, que no retrocede ante ningún obstáculo; de un amor tan ardiente y de tan poderosa abnegación, que ningún sacrificio puede saciarla; y sobre todo, de una elevación, de una delicadeza y de una profundidad de corazón que la hace comprender el de su divino Maestro, capaz de adivinar sus invenciones sublimes y de presentarlas á un mundo frío y burlesco para que las acepte y se regenere.

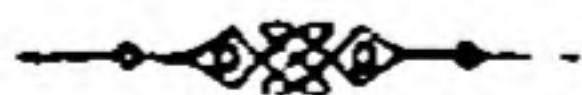
He aquí á la ilustre Margarita Maria tal como se me representó su alma mientras que, con manos respetuosas y corazón conmovido, volvíamos á colocar uno á uno, en rica caja de plata dorada, los restos de aquel cuerpo virginal. En seguida las religiosas de la Visitación, henchidas de júbilo, volvieron á ponerlos sobre sus hombros, y los trasladamos al coro interior del monasterio en un trono que le había sido preparado, y sobre el cual se ostentaban dos ángeles sosteniendo una corona virginal. Allí debían permanecer esas reliquias preciosas hasta el solemne día de la beatificación. La cual se verificó en Roma el 4 de Septiembre de 1864. Desde por la mañana el cañón del castillo de San Angelo anunció con sus salvas que la amante del Corazón de Jesús acababa de ser proclamada Bienaventurada. En la tarde del mismo día Pío IX fué á arrodillarse delante de la imagen seguido de un numeroso cortejo, en el que figuraban más de doscientos religiosos franciscanos. El Obispo de la diócesis de la Bienaventurada

se acercó al Padre común de los fieles y le presentó, con sus votos y los de la Iglesia de Francia, algunos dones modestos, entre otros un ramo de flores, emblema de las virtudes que su diócesis había visto florecer en el humilde jardín de la Visitación de Paray y cuya fragancia se esparce por toda la Iglesia.

Al año siguiente se celebraron las fiestas de la Beatificación en todos los monasterios de la Visitación. En Paray duraron tres días y fueron de una magnificencia extraordinaria, con asistencia de más de cien mil personas. Las presidió su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Besançon, asistido de los Arzobispos y Obispos de Autun, Bourges, Dijón, Nimes, Evreux, Annecy y Hebron; de los abades mitrados de Se-Fonds, Aiguesbelles, del Monte de los Olivos, de Santa María del Monte y de la Gracia de Dios; rodeado de más de cuatrocientos sacerdotes y de multitud de religiosos de todas las órdenes. Las santas reliquias, extraídas al fin de la humilde caja de madera, habían sido encerradas en una magnífica urna de plata dorada, sembrada de piedras preciosas, de amatistas, de topacios, y adornada con pinturas sobre esmalte al estilo de la Edad Media. Tres días consecutivos fueron llevadas en triunfo por las calles empavesadas de Paray, y en hombros de veinticuatro sacerdotes revestidos de dalmáticas. La suntuosidad de esas procesiones sólo es comparable con el brillo de las fiestas de la Edad Media; pero hay algo difícil de escribir, á saber: su carácter triunfante, la alegría pintada en todos los semblantes y el entusiasmo que hacía latir todos los corazones. Parece que se asistía al último acto de un drama sublime, y que se recordaban su principio humilde, sus peripecias dolorosas y sus durísimas pe-

nas. Se tocaba con la mano su espléndido desenlace; lo que Dios prometió estaba realizado. La Iglesia de Francia estaba allí, á la vista de todos, viva, ferviente, renovada y radiante al fuego del Sagrado Corazón. La Bienaventurada subía á los altares; el Corazón de Jesús reinaba á pesar de todos sus enemigos, iluminando al mundo.

Después de tres días de santo entusiasmo, se llevó el cuerpo virginal de la Bienaventurada á la capilla de la Visitación: allí es donde ahora reposa nuestra humilde Margarita María. Se la depositó en una caja espléndida, bajo el mármol blanco del altar, en el sitio mismo en que se le apareció Nuestro Señor Jesucristo. Cincuenta y tres lámparas derraman su luz sobre este altar convertido en sepulcro, ardiendo noche y día en honra de la humilde sierva de Dios y de su divino Esposo. Cuando el peregrino visita ese altar, se detiene involuntariamente conmovido. Esos dulces misterios realizados allí, por una parte, esa virginidad, esa ternura, esa sed de inmolación, ese desprendimiento celeste, por otra, la condescendencia, la misericordia, el amor infinito y los afectos divinos, encantadores, sublimes del drama desempeñado en ese altar, son cosas todas que llegan al alma y se contemplan en silencio largas horas. Hay acá en la tierra sitios singularmente venerables; pero como éste, muy pocos tan tiernos y tan augustos.





CAPITULO XVIII

EXPLOSIÓN INESPERADA Y MARAVILLOSA DE LA DEVOCIÓN
AL CORAZÓN DE JESÚS EN MEDIO DE LAS DESDICHAS DE
FRANCIA.—LA SEGUNDA PARTE DE LA MISIÓN CONFIADA Á
LA BIENAVENTURADA CAMINA Á SU REALIZACIÓN.

(1870-1874)

Abner.—El arca santa está muda,
ya no pronuncia oráculos.

Joad.—¿Qué tiempo fué jamás tan
fecundo en milagros?

¿Acaso, pueblo ingrato, te encuen-
tras ahora ciego?

(RACINE, *Atalia*.)

Si la primera parte de la misión confiada á Mar-
garita María estaba ya cumplida, no sucedía
lo mismo con la segunda. La palabra dirigida
al Papa y á la Iglesia fué oída y ejecutada; la pala-
bra para el rey y para Francia fué despreciada. Ni
Luis XIV ni Luis XV se dignaron atenderla, y los gemitos
de Luis XVI cautivo se habían perdido en el vo-
cerío y las blasfemias de la revolución. Así, mientras
que la Iglesia de Francia se fecundaba á los benéficos
y calientes rayos del Sagrado Corazón produciendo
preciosos frutos de fe, de caridad, de pureza, de aposto-
lado y de martirio, la sociedad civil y política se extra-

viaba cada día más y más. En vano otorgaba Dios á la Francia del siglo *xix* los más preciosos dones de ingenio, de elocuencia, de ciencia, de gloria, á semejanza del enfermo que rehusa el único remedio que pudiera curarle; los males de esa sociedad aumentaban sin cesar. Arrancada por una revolución utopista é impía á su antigua constitución nacional y cristiana, fruto de la experiencia de quince siglos, no ha podido después volver á sus quicios. Alternativamente ha ensayado el imperio, la monarquía constitucional, la república, para volver después al imperio y caer de nuevo en la república, siempre agitada é inquieta, hasta que al fin, cansada de todas las constituciones y no sabiendo cuál escoger, se conforma con un régimen provisional, mostrando así al mundo la más grande impotencia de que habla la historia.

Al mismo tiempo siente rugir en su seno las pasiones más terribles. Lo que antes se ocultaba vergonzante en los pliegues más íntimos del corazón culpable, á saber, el orgullo, la envidia, la codicia del bien ajeno, contenidos por el poder de la conciencia cristiana, se ostentan hoy en público, se asocian y se convierten en ejércitos. El cañón de las guerras civiles que no rugía en Francia desde Enrique IV, ni se escuchó en el siglo *xvi* ni aun en el *xviii*, ha retumbado en el *xix*; primero tres días en 1830, dos veces en 1848, y durante seis semanas en 1870. A medida que se avanza, de quince en quince años la guerra fratricida adquiere proporciones más vastas y más odiosas.

La Francia duerme sobre un volcán próximo á estallar, y no falta quien atice sus fuegos interiores. Los grandes ingenios como Lamartine, Thiers, Michelet y Víctor Hugo glorifican á Robespierre, declaran inocen-

te á Marat, disculpan el asesinato de Luis XVI y hasta lo consideran como un acto patriótico. Los sabios emplean su erudición, sus descubrimientos y aun los recursos mismos del Estado en sostener que no hay ni Dios, ni alma, ni espíritu viviente é inmortal; que todo se reduce á la materia, y que las ideas de bien, de mal, de vicio, de virtud, de libertad, de responsabilidad, son palabras antiguas dignas de desprecio, lo mismo que aquellos de quienes las aprendimos. Los industriales, los grandes propietarios, los directores de trabajos públicos, no omiten medio alguno para arrancar á Dios y toda idea religiosa del corazón del obrero, del trabajador, del pobre; ¡excelente medio de hacerlos hombres castos y respetuosos al derecho ajeno! Los poetas, los novelistas, los dramaturgos, trabajan día á día en corromper el teatro. Las grandes señoras parece que echan de menos los felices días de la Montespán, de la Pompadour, de la Du Barry, y no teniendo ya á la vista tan ilustres modelos, se dedican á imitar los modales, los trajes y hasta el lenguaje de ciertas cortesanas. Las costumbres se corrompen, los espíritus desfallecen, los caracteres se apocan, y la fealdad física y moral lo invade todo. Y durante estos tiempos nefastos, nuestros hombres públicos sólo se ocupan en impedir que Dios y la religión ejerzan influencia alguna en la sociedad.

¡Los bárbaros se acercan, pues; su hora ha sonado! ¡Que el soplo de la Providencia los despierte en sus madrigueras, que los arranque de sus aduares; que se levanten, y que descarguen sobre Francia un castigo ejemplar!

De él hablará la historia largo tiempo, pintando á la reina de las naciones acostumbrada á vencer y siempre

vencida; levantándose veinte veces con un heroísmo que no conocieron sus vencedores, y cayendo veinte veces en el polvo; todos los consejos trastornados; los caudillos impotentes ó muertos; los elementos convirtiéndose contra nosotros, para hacernos ver de dónde nos venía la derrota; y en siete meses de lucha Francia, perdiendo hasta el último destello de su genio, hasta el último rayo de su dicha!

Y como si se necesitara que en esta nación todo fuese extraordinario, aun sus mismas desdichas, en el momento en que terminó aquella guerra espantosa y era ya preciso deponer las armas, París arde súbitamente en llamas fraticidas: nuestros monumentos, nuestros palacios, nuestras bibliotecas, nuestros museos, son demolidos por manos francesas; turbas feroces roban y pillan á la luz del incendio; profanan los templos, fusilan á los Obispos, á los sacerdotes, á los magistrados, á los soldados del ejército, y desde las alturas vecinas de Mont Valerien, de Vanves y de San Dionisio, los prusianos ven y aplauden el incendio de la gran capital, que no pudieron tomar por asalto.

He aquí lo que la historia habrá de narrar, reconociendo en tan espantosos desastres el dedo de Dios, como en la caída de la antigua Roma.

Muy pronto, de tan trágicas escenas surgirá un espectáculo más solemne aún y más grandioso. Esta Francia vencida, moribunda, humillada en veinte campos de batalla, se dividirá en dos Francias: una hinchada siempre y frívola, que busca en las combinaciones de la política, en las recriminaciones y en los destierros un remedio á sus males, ó al menos un consuelo, la prueba de que no fué culpable; la otra, que se hiere el pecho,

que pide perdón, que alza los ojos al cielo y que, para estar más segura de apartar los rayos que vibran en la mano de Dios, en vez de besar sus pies y de regarlos de lágrimas, sube atrevidamente hasta su Corazón.

¡Cosa admirable! este recurso al Corazón de Jesús, que en 1793 se presentó espontáneamente y como por instinto á todas las víctimas, se presentó también á todos los vencidos en 1870. Ese pensamiento, adormecido por espacio de sesenta años en el corazón de Francia, se despertó á la siniestra luz de nuestras derrotas en tantos puntos á la vez y sin previo acuerdo, que es imposible no reconocer aquí la mano de Dios, que cual padre lleno de ternura, presenta á su hijo enfermo el remedio que ha de sanarle.

El primer hecho que vamos á referir bastaría por sí solo para mostrar la mano misericordiosa de Dios. En los últimos meses de 1870, cuando todos nuestros ejércitos eran destruidos ó inutilizados en los muros de Metz y de París, por mil puntos á la vez se levantaban guerrillas de voluntarios. Eran distintos sus nombres y sus banderas; pero ¿qué importaba, si ya no existía razón alguna de exclusivismo y había llegado la hora de apelar á la abnegación de todos los hijos de Francia? Los zuavos pontificios fueron los primeros en ofrecer su espada; los vendeanos se alistaron á las órdenes de Catherineau; los bretones se organizaron en tiradores, y todos ellos, sin previo acuerdo, ostentaban en su pecho la imagen del Corazón de Jesús: aquéllos, porque era el emblema que Pío IX había bendecido y les dió antes de la jornada de Mentana; éstos, como un recuerdo de sus padres: Enrique de la Rochejaquelein, Lescure, Bochamps, Charette, todos en memoria de las

consoladoras y proféticas revelaciones de Paray. El resultado hizo ver que el Corazón de Jesús, colocado sobre el pecho del soldado de Francia, le comunicaba un valor heroico.

Pocos días después, el 1.º de Diciembre de 1870, dos oficiales superiores se dirigieron durante la noche hacia Paray, donde la mañana siguiente iba á hacer Francia su postrer esfuerzo. Uno de aquellos jefes era el general de Soins, comandante del 17.º cuerpo de ejército, el otro, el coronel Charette, que mandaba á los zuavos; ambos caminaban profundamente conmovidos por la solemnidad de la hora y por la certidumbre de que, sin un socorro extraordinario de Dios, Francia sucumbiría del todo. Tan cruel era el frío, que no pudiendo caminar á caballo, continuaron á pie, y el general manifestó á M. de Charette el sentimiento de que su bandera no llevara un emblema religioso más característico. “Mi general, respondió el coronel, yo puedo ofreceros lo que deseáis.” En seguida refirió que el mismo día en que había recibido del gobierno francés la autorización de combatir á la cabeza de los zuavos á condición de que tomarían el nombre de voluntarios del Oeste, le había llegado una bandera en la que estaba pintado el Corazón de Jesús, con esta inscripción: *A los defensores del Oeste*. Supo más tarde que esa bandera había sido bordada en Paray por las religiosas, remitida desde luego á París y en seguida á Tours con la esperanza de que flotase en los campos de batalla. El general de Soins vió esa bandera como una inspiración de Dios, y fué adoptada como lábaro y oriflama de los zuavos. Sólo que, para no crear dificultades, se convino en no desplegarla sino hasta el momento en que pudiese reci-

bir el bautismo de fuego, á fin de que Francia no la viera sino cuando ya estuviese teñida y consagrada, por decirlo así, con la sangre de sus hijos. Era seguro que, después de la batalla, esa bandera, victoriosa ó vencida, jamás llegaría á pasar delante de un ejército francés, sin que dejaran de inclinarse, saludándola, todas las espadas.

Al día siguiente, 2 de Diciembre de 1870, primer viernes de mes dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, se celebró una Misa á las tres de la mañana. El general de Soins, el coronel Charette, la mayor parte de los oficiales y muchos soldados, se acercaron á la mesa Eucarística para aprender del Corazón de Jesús á sufrir y á inmortalarse. En seguida se trabó el combate, y á pesar de la desproporción de ambos ejércitos, permaneció indecisa la victoria hasta las dos y media de la tarde; pero desde esa hora los refuerzos enemigos se sucedían sin interrupción, y era preciso, á menos de un esfuerzo heroico y feliz, pensar ya en la retirada. El general de Soins tomó su resolución, y organizando una columna de ataque, trató de lanzarla contra la aldea de Loigny. Dos regimientos se detienen y rehusan avanzar; en estas circunstancias, el general no vacila ya; corre adonde estaban los zuavos y exclama: "Señores, ha sonado la hora de mostrar lo que saben hacer los franceses y los cristianos. ¡Adelante!," Un grito de entusiasmo responde á estas palabras; el sargento Federico de Verthamon avanza cincuenta pasos á la cabeza del batallón desplegando el estandarte del Sagrado Corazón, y todos se precipitan á los gritos de "¡Viva Pío IX! ¡Viva Francia!," Era preciso atravesar un largo espacio de terreno bajo el fuego espantoso de la fusilería, y los

zuavos pasan por él, serenos, en buen orden, y sin disparar ni un solo tiro. Al llegar enfrente del bosque rompen el fuego, se lanzan á la bayoneta, rechazan á los prusianos, penetran en la aldea, y plantan sobre las posiciones abandonadas por el enemigo la bandera del Sagrado Corazón, en medio de una nube de polvo que les envuelve *como una nube de incienso*.

Más entonces el enemigo advierte que es pequeño el número de franceses; se repone de su sorpresa, llama á la reserva, y organiza sus deshechas filas. Después de haber admirado los prusianos á los zuavos por su arrojo, ha llegado la hora de que los admiren por su heroísmo. El general de Soins, Charette y Troussuren caen al lado de la bandera del Sagrado Corazón, que servía de blanco á los proyectiles enemigos. Verhtamon, que la enarbolaba, muere empapándola en su sangre. El conde Bouillié recoge en el acto esa bandera, y herido de muerte, la entrega á su hijo el conde Santiago de Bouillié, quien, después de conservarla enhiesta algún tiempo, sucumbe también. Le Parmente, que le reemplaza, está herido en una mano, y entrega el pabellón al sargento Landeau, que lo guarda lleno de sangre y agujereado en varias partes. Casi todos los zuavos son acribillados á balazos y *caen en el Corazón de Jesús*, proyectando en el campo de batalla un rayo purísimo de gloria que recuerda los tiempos heroicos de las cruzadas.

Al siguiente día Orleans cayó en poder de los prusianos, y los pocos zuavos que aún quedaban fueron á sacrificarse en Mans para cubrir la retirada de Chanzy. Cinco meses después París se rendía, la guerra terminaba y los zuavos fueron licenciados. Antes de separar-

se quisieron, al despedirse de su bandera, decretarle una suprema ovación y ejecutar un acto que les había sido inspirado por los últimos sucesos. Se reunieron, pues, en Rennes, en un templo, y allí, durante el Santo Sacrificio, en el momento de la Comunión, la bandera del Sagrado Corazón hizo su entrada solemne y fué colocada al pie del altar. M. de Charette y sus oficiales se agruparon en torno de ella, y el capellán en jefe, Mons. Daniel, leyó de rodillas un acta de consagración al Corazón de Jesús, redactada y enviada por el general de Soins que, por sus heridas, no pudo concurrir. En seguida el general de Charette pronunció en voz vibrante las palabras siguientes:

“A la sombra de esta bandera, teñida con la sangre de nuestras más queridas víctimas, yo, el general barón de Charette, que he tenido el insigne honor de mandaros, consagro la legión de los voluntarios del Oeste, los zuavos pontificios, al Sagrado Corazón de Jesús; y desde lo íntimo de mi corazón y con toda mi alma, digo y os invito á que exclamáis conmigo: *¡Corazón de Jesús, salva á la Francia!*”

Así terminó este episodio heroico de nuestras tristes guerras. Era la segunda vez, desde la oriflama de las cruzadas, que una bandera religiosa aparecía en los campos de batalla. La primera la llevaba Juana de Arco, la segunda fué conducida por los zuavos.

Mientras que tales sucesos pasaban en el campo de batalla y se cumplía de modo tan maravilloso y al mismo tiempo tan inesperado la palabra de Nuestro Señor á la Bienaventurada: “Quiero que la imagen de mi Corazón sea grabada en los estandartes de Francia”, otra palabra de Nuestro Señor se realizaba de una manera

aún más imprevista. Diversos seglares piadosos, hijos de París, lamentaban los desastres de Francia y buscaban el medio de darles término. Inesperadamente les vino la inspiración de hacer el voto solemne de construir un día, en el centro de París, una iglesia consagrada al Corazón de Jesús. En el momento redactaron el acta respectiva, en la cual se leen estas palabras:

“En presencia de los desastres que están desolando á Francia, y de las desdichas, mayores acaso, que aún la amenazan;

„En presencia de los atentados sacrílegos cometidos en Roma contra los derechos de la Iglesia y la Santa Sede, y contra la persona sagrada del Vicario de Jesucristo;

„En expiación de nuestros pecados, para ser perdonados de ellos por la intervención misericordiosa del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo y obtener por ella misma los socorros extraordinarios que pueden librar de su cautiverio al Sumo Pontífice, hacer que cesen las desdichas de Francia y logre su renovación religiosa y social; cuando esos beneficios se nos hayan concedido, ofremos contribuir á la erección en París de una iglesia consagrada al Corazón divino de Jesús, erección que se solicitará de la autoridad eclesiástica competente.”

Los signatarios de esta acta, ¿recordaron acaso la revelación hecha á la Bienaventurada? Tal vez la ignoraban como los vendeanos en los campos de batalla y los voluntarios del Oeste en Paray. Mas ALGUNO la recordó en vez de ellos.

Concluida la guerra, no olvidaron su voto, y lo primero que hicieron fué dirigirse al Arzobispo de París

para someterle el proyecto que habían concebido y pedirle su bendición para ejecutarlo. La Sede de San Dionisio estaba entonces ocupada por Mons. Guibert, que acababa de reemplazar á Mons. Darboy, ilustre víctima de la *Commune*. El Prelado, inteligente y piadoso, comprendió desde luego la grandiosidad cristiana de tal pensamiento, y no contento con otorgar la autorización que se le pedía, resolvió cooperar con todas sus fuerzas á la realización del proyecto. En consecuencia, se dirigió á todos los Obispos de Francia solicitando su ayuda. La obra misma tomaba ya nuevas proporciones. Lo que al principio no debería ser más que una capilla, una iglesia pequeña, emanada de la iniciativa de unos cuantos, iba á convertirse en una iglesia nacional, construida con el dinero, el concurso y el corazón de Francia entera.

Restaba designar el sitio. Cuando se examina el plano de París, se nota al Septentrión una montaña célebre, no solamente por los tesoros geológicos que encierra en sus costados y que constituyen, por su composición misteriosa en medio de ese vasto estanque del Sena, una maravilla inexplicable aún á la ciencia, sino célebre, sobre todo, porque desde remotos tiempos ha sido siempre un lugar santo. Allí fué donde San Dionisio, que venía á evangelizar las Gaulas, encontró los más famosos ídolos y los destruyó; allí sucumbió á la rabia de los paganos, consagrando y transfigurando con su sangre esa montaña; allí, en el mismo lugar de su martirio, se elevó esa ilustre iglesia, construida y reconstruida de año en año, consagrada en el siglo XIII por Inocencio III, y á la que se ha visto acudir en peregrinación á todo cuanto París ha poseído de hombres eminentes en santidad;

allí se reúnen, en la misma fe y en los mismos recuerdos, el cardenal de Bérulle, M. Olier, el Padre de Coudren, Bossuet y San Vicente de Paúl. Montmartre es el lugar sagrado de París. El pueblo, que guarda mejor que los grandes las tradiciones de las cosas santas, nunca ha dejado de amar y de visitar á Montmartre.

Por lo mismo, ningún sitio podía ser más conveniente que ese; y animándose á medida que se avanzaba, se resolvió construir en la cima de esta montaña, desde donde se domina la gran ciudad, un templo que, por la inmensidad de las proporciones, la belleza de sus grandes líneas, el esplendor y la riqueza de su ornamentación, fuese verdaderamente un templo nacional, consagrado por toda la Francia al Corazón de Jesús.

*Dignum pollenti pectori carmen
Condere pro rerum majestate.*

Y á fin de expresar bien la inspiración de que había nacido, resolvióse grabar en el frontispicio estas palabras:

*Sacratissimo Cordi Christi Jesu
Gallia poenitens et devota ¹.*

Para realizar tan gigantesca empresa se necesitaba expropiar cierto número de casas que ocupaban la cima de la montaña. La cuestión se encontró así planteada por sí misma ante la Asamblea nacional, es decir, pues-

¹ La primera fórmula de la dedicatoria fué la siguiente:

*Chrislo ejusque sacratissimo Cordi
Gallia poenitens et devota.*

Roma hizo cambiar esa fórmula, no queriendo que el Corazón adorable de Nuestro Señor apareciese separado de su persona.

to que Francia era república ante el soberano. Era esta una ocasión que la bondad de Dios ofrecía á Francia para que se realizase lo que Luis XIV no había hecho; pero que Luis XVI, ilustrado por la adversidad, había prometido á Dios en su prisión. Al menos, si la Asamblea nacional dejó escapar esta oportunidad providencial, hizo algo que siempre le será honroso. Votó la expropiación por causa de utilidad pública; es decir, declaró que había utilidad pública en que la Francia arrepentida edificase un templo al Sagrado Corazón. No siendo esta iglesia fundada á título de parroquia, ni exigida por las necesidades del culto, el voto de la Asamblea no podía tener más que aquel sentido, como lo hicieron notar los adversarios del proyecto. Francia también lo entendió de esta manera; y la idea de un templo nacional en la cumbre de Montmartre, idea popular desde el primer día y bendecida desde luego por el soberano Pontífice Pío IX, tomó un aspecto nuevo. En todas las diócesis se abrieron subscripciones, se establecieron juntas para mantener y avivar el celo, y bien pronto aparecieron diversas iniciativas inteligentes y delicadas. El ejército solicitó construir y decorar á sus expensas una capilla. A poco, los obreros ofrecieron edificar otra consagrándola á Jesús obrero. Este movimiento continuará. Las madres cristianas querrán dedicar otra á Santa Mónica; las niñas la suya á Jesús infante. Los sacerdotes otra á Jesús sacerdote; los Obispos á Jesús Pontífice. Las vírgenes no olvidarán á su divino esposo; y el templo, construido con el oro de Francia, será poblado con las más suaves inspiraciones de su piedad y de su corazón. ¿Quién colocará la primera piedra? ¿Quién hará su consagración solemne? Nadie

lo sabe. Sólo puede esperarse que Dios intervendrá eficazmente, llegada la hora, puesto que dijo á la Bienaventurada: "Quiero que se dedique un templo á mi divino Corazón., El ayudará á construirlo; y así como se refiere de varias de nuestras viejas catedrales que el día de su consagración se escucharon voces angélicas que llenaron el aire de acordes suavísimos, se puede creer que cuando llegue el momento ansiado, descenderán sobre Francia arrepentida palabras celestes, palabras de amor y de perdón.

En ese templo se hará, por boca del soberano, sea el que fuere entonces, la consagración de Francia al divino Corazón de Jesús. Día grande será ese en nuestra historia; se renovará la antigua alianza, y Dios volverá á ser el Dios de los franceses.

Podría creerse que los dos hechos que acabamos de referir, á saber: la aparición de la bandera del Sagrado Corazón en los campos de batalla y la construcción en París de una iglesia nacional consagrada al mismo Corazón, no serían sobrepujados ya de modo alguno; y, sin embargo, lo fueron. Ocurrió el mes de Junio de 1873 un hecho sobremanera extraordinario y grandioso, así por la época en que acaeció como por el modo de realizarse, y por sus gigantescas proporciones.

Poco después de terminar la guerra, al siguiente día de los horrores de la *Commune*, en el otoño de 1871 y durante el año de 1873, se había sentido pasar sobre Francia un soplo desconocido y vivificante. Los santuarios célebres eran cada día más y más frecuentados, y comenzaban las peregrinaciones, tímidas al principio como esos vientos suaves, preludio de una tempestad que al fin se desata; tempestad de oración, de arrepentimiento

y de amor. Toda la Francia católica se agitó movida por un impulso extraordinario que no había sentido en el transcurso de diez siglos. Hubo peregrinaciones nacionales á Lourdes, á la Saletta, á Chartres, á Fourvières, á Potmain y á Puy. La Francia se precipitaba suplicante, y en un solo día se arrodillaron más de cien mil hombres en el santuario de Lourdes. En seguida hubo peregrinaciones locales; cada diócesis tenía la suya, enviando hasta treinta mil peregrinos. ¡Asombro causaría examinar la estadística exacta de todas las peregrinaciones habidas en 1873!

Entre ellas, la de Paray tuvo colosales proporciones. Se calculó que bastaba un día para todas las otras; para ésta se necesitaba un mes, porque á ella acudiría Francia entera. Marsella, la ciudad del Sagrado Corazón, abrió la marcha, siendo la primera en presentarse. Después, y diariamente, llegaban dos, tres, cuatro y hasta cinco diócesis con bandera desplegada. El 20 de Junio, viernes siguiente á la Octava del Corpus, hubo en Paray veinticinco mil almas. Ni aun el mes entero bastó para esa procesión que se renovaba diariamente, y fué preciso prorrogar el plazo hasta fin de Julio. Después, terminada la afluencia de peregrinos franceses, comenzaron á llegar los ingleses, los holandeses y los belgas. Otros que no podían llegar oportunamente, como los americanos, los polacos, los escoceses y los rusos, enviaban sus banderas para que los representasen. El amante invisible, oculto hasta entonces en el secreto del monasterio, había aparecido en pleno día atrayendo todos los corazones. Las religiosas de Paray escribieron lo siguiente: "Centenares de banderas, de corazones, de *ex votos* y de cartas se nos envían de todos

puntos de Francia. Las parroquias, las comunidades, los establecimientos, aun los que no tienen carácter religioso, mandan sus recuerdos... Es este un movimiento inusitado... Habíamos creído poder tomar nota de los *ex votos*; pero al cabo de tres días nos convencimos de que esa cuenta era imposible. La reja de nuestro coro no bastaba para colgarlos, y se les colocaba por todas partes. Tales manifestaciones pueden resumirse en estas palabras inscritas millones de veces en los *ex votos*: *La Francia al Corazón Sagrado de Jesús* ¹.

Pero no fué solamente la época, la duración y la multitud de personas que componen esa peregrinación lo que le daba el carácter de milagro, sino que la manera con que se verificó no fué menos sorprendente. Igual por dondequiera y opuesta á las costumbres francesas, se pregunta uno admirado: ¿cómo pudo establecerse tan espontánea y tan únicamente? Se salía de una iglesia y procesionalmente se caminaba á la estación del ferrocarril. Allí los peregrinos enarbolaban y colocaban sobre su pecho la imagen del Corazón de Jesús. En seguida, y al silbar la locomotora, prorrumpían en cánticos. Cada siglo, para expresar su pensamiento, para animar la emoción que le conmueve, ha creado siempre un canto popular. ¿Quién fué su autor? ¿De dónde vino? ¿Quién lo colocó un día, fiero ó terrible, en los labios de la muchedumbre? Ni la Grecia en tiempo de Tirteo, ni nuestros antepasados los antiguos galos en sus bosques, ni Francia en la época de sus grandes crisis, sabrían responder á tales preguntas. Nadie lo ha escrito, y todo el mundo lo canta porque salió del alma del pueblo. Lo

¹ *Circular* de Paray, relativa á la peregrinación del mes de Junio de 1873

mismo debe decirse de ese himno que entonces resonaba por la primera vez, ardiente y triste, suplicante y tierno, cantando con lágrimas todos los dolores de la Iglesia y de Francia, y lanzando á cada estrofa un grito de esperanza y de perdón. Muy diverso de esos clamores salvajes de los pueblos sublevados, fué un llamamiento á las ternuras del cielo y no á las cóleras de la tierra; en vez de exaltar á las almas por el odio las apaciguaba por el arrepentimiento.

Durante el viaje cantábamos en cada vagón, despertando en el ánimo piadosa y moderada alegría, como si hubiéramos estado dentro de una capilla aislada en el desierto. Cuando el tren detenía su marcha, se escuchaba aquel canto saliendo de cada vagón. Era algo tan tierno, tan dulce, que los ojos se anegaban en llanto.

Sucedía á veces que dos trenes se encontraban en una misma estación. Entonces todas las cabezas aparecían en las ventanillas y los dos vagones cantaban en coro. Jamás olvidaré la emoción que llegó á dominarme en un sitio en que nuestro tren se detuvo para que pasasen otros dos venidos de París. De uno de ellos oímos este cántico:

¡Piedad, Dios mío, piedad!
Sobre un nuevo Calvario
De vuestra Iglesia el Jefe
Sufre tormento diario.

Súbitamente nos pusimos todos de pie, y con un grito espontáneo y unánime exclamamos: "¡Viva Pío IX, viva Francia!",

El día de la gran fiesta, 20 de Junio de 1873, el sol se levantó espléndido. Por lo demás, durante todo el mes,

la procesión no fué interrumpida por la lluvia ni un solo día. En otro tiempo se había dicho: el sol de Austerlitz; hoy se decía: el sol del Sagrado Corazón.

A medida que nos acercábamos á Paray, las estaciones presentaban un aspecto inusitado. Innumerables peregrinos se reunían allí mucho antes de la hora de partida; sacerdotes, religiosos, enjambres de jóvenes vestidas de blanco, alegres como las aves, llevando sobre su pecho el Corazón de Jesús; carruajes de todas formas, grandes equipajes y carretas cargadas, rehenchidas de gente llegaban á toda prisa para encontrar lugar, y en todo ese concurso se notaba orden y santo entusiasmo; millares de hombres, de mujeres y de jóvenes preparadas para acercarse á la sagrada Mesa, y conservando, á pesar del gran movimiento de tan extraordinaria escena, el recogimiento que precede siempre entre los cristianos á tal acto. Espectáculos son estos que Francia no ve con frecuencia, porque su naturaleza profundamente religiosa, y su corazón simpático á cuanto es elevado y sincero, no podría resistirlos.

Nada igualará por mucho tiempo, bajo este aspecto, al 20 de Junio en Paray. Era el viernes después de la octava del Corpus, el mismo día en que Nuestro Señor había dicho á su humilde sierva: *Quiero que el viernes posterior á la octava del Santísimo Sacramento, sea dedicado á una fiesta solemne en honra de mi divino Corazón.*

Desde la media noche comenzaron á celebrarse Misas en diversos altares que por dondequiera se habían levantado, y que, sin embargo, no eran suficientes; se necesitaban aún más. En la capilla de la Visitación, en-

tre el altar en que Nuestro Señor se había aparecido á Margarita María y la reja detrás de la cual estuvo arrodillada, reposaban sus restos mortales. Su urna, espléndida, se colocó en un trono rodeado de luces y cubierto de coronas, de corazones, de súplicas y de ex votos de todo género. Frente al trono, á semejanza de la bandera de Juana de Arco, se veía la de los zuavos, destrozada por las balas prusianas y tinta en sangre, flotando sobre la urna cineraria. Los fieles la besaban al pasar, las madres acercaban á ella á sus pequeños hijos, y yo vi á los soldados tocarla con su espada desnuda.

A las nueve se puso en marcha la procesión. Ya no era aquélla brillante, triunfal, pero oficial y litúrgica que admiré en 1865, cuando las fiestas de la beatificación. Ahora no habia ni Cardenales ni Obispos, excepto el antiguo de Autun, ni abades mitrados; el clero estaba mezclado con el pueblo. Los cantos litúrgicos habían sido reemplazados por un solo canto, canto francés que brotaba de todos los labios:

¡Sagrado Corazón,
Salva á Roma y á Francia!

Me atrevo á decir que esa procesión no fué la de la Iglesia sino la de Francia humillada, golpeándose el pecho y exclamando: ¡Piedad, Dios mío!

Cada diócesis marchaba con su bandera, ó mejor dicho, cada institución, cada parroquia, cada colegio, cada comunidad, pues había más de trescientas banderas, muy ricas algunas, todas de bello aspecto, simbólicas y elocuentes, con dísticos é inscripciones magníficas. El pueblo las aclamaba á su paso; y esos gritos de entu-

siasmo, de alegría y de dolor, mezclándose á los cánticos de los que hacían cortejo á la bandera, producían en el alma una impresión indefinible.

Un episodio inesperado vino desde el principio á agitar y enternecer á la multitud. Habían pasado ya algunas banderas y se dirigían á una colina pequeña que domina la ciudad, y en cuya cima se levantó un altar portátil para que se dijese Misa al aire libre, cuando repentinamente desembocó por una calle transversal un grupo que venía á incorporarse en el cortejo. Era la bandera de Alsacia, toda blanca, pero cubierta con un gran crespón fúnebre. Uno de los cordones lo llevaba un simple soldado inválido y condecorado; el otro, una noble dama, vestida de negro, de luto riguroso y cubierta con un velo. En la bandera se leía esta inscripción: “¡Corazón de Jesús, vuélvenos nuestra patria!,” ¿Quién podría resistir á semejante espectáculo? La procesión se detuvo; cesaron los cánticos; los alsacianos exclamaban: “¡Viva Francia!,” y nosotros respondíamos: “¡Viva la Alsacia!,” Nos abrazamos, confundiendo y mezclando nuestras lágrimas. Ocho días después se conservaba aún tan viva la emoción entre los que figuramos en esa escena, que no se podía hablar de ella sin que las lágrimas brotaran de los ojos.

Pocos instantes después escuché varios gritos y una inmensa agitación: fué que llegaba la bandera de Metz, negra enteramente como el testimonio de profunda desesperación. ¡Metz, la ciudad virgen, la infortunada ciudad francesa! ¡Ah, cuántas lágrimas se han derramado en ella! ¡Cómo no esperar que tantas súplicas, ruegos tan fervientes, no serán escuchados por Aquel que reanima á las naciones desventuradas!

Después de la bandera de Metz, la de París fué la que más me conmovió. En torno de ella se agrupaba la nobleza de Francia, en lo que tiene de más antiguo y de más ilustre. Todas las señoras habían adoptado el mismo traje: vestido y velo negros. Yo me las nombraba á mí mismo, recorriendo los nombres más famosos de nuestra historia, los que fueron la gloria, y algunas veces, ¡ay!, el peligro de los siglos xvii y xviii; y me decía: ¡he aquí la reparación que comienza! Después de la expiación en los cadalsos viene otra de más valor: el arrepentimiento y el recurso al Corazón sagrado.

De estas reflexiones me distrajo un cántico de ardor marcial y varonil. Eran los zuavos pontificios. Por prudencia habían dejado su bandera de Paray cerca de la urna que encerraba los restos de la Bienaventurada, y sólo traían un *facsimile* de aquel estandarte. El general Soins traía uno de los cordones, y el otro el general Charette. En seguida venían todos los oficiales; al oír sus cánticos se experimentaba algo semejante al entusiasmo con que se batieron en Loigny. Necesario sería tener corazón de roca para no conmoverse ante ese espectáculo; y todos unánimes exclamaban como un solo grito: “¡Viva Charette, viva Soins, vivan los zuavos, viva Francia, viva Pío IX!”, Mejor dicho, una sola exclamación se escuchaba, porque en el fondo todas ellas significaban una misma cosa.

Un incidente inesperado vino á poner el colmo á la emoción. Desfilaba de noche la procesión á través del jardín del monasterio, y en el momento en que pasaba por el bosque de los castaños, en que Nuestro Señor se había aparecido á la Bienaventurada y le explicó el misterio sagrado de la cruz, la bandera de Alsacia, cubier-

ta de un crespón fúnebre, se enredó en las ramas de un árbol; y al hacerse esfuerzos para desprenderla, una ráfaga de viento arrebató el crespón. Todos los presentes se conmovieron, y hubo lágrimas de alegría y de esperanza en todos los ojos.

¡No os olvidaré en esta fiesta, noble bandera de Orleans, que tan dichosos fuimos al llevaros en la peregrinación, como se envía á los amigos tristes una palabra de consuelo y de esperanza! Esa bandera tenía, sobre rico fondo blanco, una hermosa imagen de Juana de Arco estrechando la espada sobre su corazón, con esa noble postura, á la vez tan humilde y tan resuelta, que le ha dado una princesa real. Cuando el pueblo descubrió aquel estandarte, exclamaba: “¡Juana de Arco! ¡Juana de Arco!,” Y los gritos y las ovaciones y el entusiasmo no tenían límite. Era la resurrección de Francia lo que se saludaba al aclamar esa bandera.

A cada paso que se daba se acentuaba más y más el verdadero carácter de la peregrinación. A la vista teníamos allí la Francia mutilada, sangrienta; se rogaba por ella y no por nosotros: cada uno olvidaba sus propias desdichas, diciendo:

¡Salvad, salvad á Francia,
por vuestro Corazón divino!

La última ceremonia iba á acabar de fijar á este día su verdadero carácter. Al descender el sol y cuando las primeras sombras de la noche se extendían sobre la ciudad, fueron encendidos los cirios benditos, y Paray vió pasar una procesión de tres ó cuatro mil hombres con antorchas cantando el salmo *Misereve*. La ceremonia terminó en la capilla, al pie del altar del Sagrado Cora-

zón y delante del sepulcro, postrándose todos los peregrinos. Una profunda emoción dominaba los ánimos; las manos se estrechaban en silencio y el corazón se desbordaba.

El gran sentimiento de este día era no ver allí ningún diputado, ninguno de los representantes de esa Asamblea nacional que era entonces el soberano de Francia. Ellos vinieron nueve días después, el 29, fiesta de San Pedro. Eran en pequeño número; sólo ciento cincuenta habían dado sus nombres, como se leía en su magnífica bandera:

SACRATISSIMO CORDI JESU
E LEGATIS AD NATIONALEM GALLIAE COETUM
CL VOVERUNT

Esta manifestación no era menos grandiosa ni menos encantadora. Llegados á la estación, colocaron sobre su pecho la imagen del Corazón de Jesús, desplegando su estandarte, y en medio de las aclamaciones de la multitud llegaron á la capilla de la Visitación, donde recibieron de manos del Obispo el Pan de los ángeles.

Terminado ese acto, uno de los asistentes (N. de Belcastel, diputado del Alto Garona), dijo en voz alta á nombre de todos:

“Corazón Santísimo de Jesús, yo y mis colegas, unísonos en sentimientos, hemos venido con el único objeto de consagrarnos á vos.

„Os pedimos que nos perdonéis todo el mal que hubié-

remos cometido, y que perdonéis también á cuantos viven separados de vos.

„En la parte que nos toca os consagramos también, con todas las fuerzas de nuestros deseos, la Francia, nuestra patria queridísima, con todas sus provincias y sus obras de fe y de caridad. Os pedimos que reinéis sobre ella por la omnipotencia de vuestra gracia y de vuestro santo amor. Y nosotros mismos, peregrinos de vuestro Sagrado Corazón, adoradores y partícipes de vuestro gran sacramento, discípulos fidelísimos de la Sede infalible de San Pedro, cuya festividad gozosos celebramos hoy, nos consagramos á vuestro servicio, ¡oh Señor y Salvador Jesucristo!, pidiéndoos humildemente la gracia de permanecer con vos en este mundo y en la eternidad. Así sea.”

Una profunda emoción hizo latir todos los corazones durante la lectura de aquella acta. Sin embargo, esta no era todavía la consagración de Francia que la Bienaventurada había pedido que sólo podía hacer la Francia y que Dios esperaba; era únicamente su preludio y como una primera piedra del edificio que debía levantarse.

Tal fué la peregrinación de Paray, y para completar su cuadro sería preciso mencionar los frutos que produjo: referir esos arranques de fe y de piedad, de una sencillez y de una grandeza que recuerdan los mejores tiempos de la Iglesia; esas multitudes que se disputaban las menores reliquias de la Bienaventurada, aun las hojas del bosque de castaños, y hasta la tierra y las piedras del jardín; esas noches pasadas en la oración delante del sepulcro; esas innumerables comuniones para las que no eran suficientes tantos altares, que rendían

de fatiga á los sacerdotes, para las que las religiosas de Paray no sabían ya cómo procurarse bastantes hostias *para esas multitudes hambrientas de Jesús*¹.

¡Sí, aquí, está el dedo de Dios! ¿Quién podrá negarlo? El Corazón de Jesús nos regenera. Después de nuestros espantosos desastres marcados con tan alto carácter de castigo; después de los horrores de la *Commune* cuya antorcha incendiaria alumbraba con siniestra luz el abismo que iba á devorar los restos de Francia; después de la sangre de los rehenes aceptada por Dios como una expiación, se vió aparecer una nueva Francia: la que desplegó en Paray el estandarte del Sagrado Corazón, la que ha votado y va á construir la iglesia del Sagrado Corazón en París, la que durante dos meses se postró al pie del altar en que Jesús había dicho: *¡Ved aquí este Corazón que ha amado tanto á los hombres!* Este es un milagro, ó ya no los hay en ninguna parte. Es tan sublime como inesperado; y el encanto de tal espectáculo es tanto más dulce, cuanto que todo hace creer que es sólo el principio de otro más grandioso.

¡Oh virgen, acabad vuestra obra! Vos que habéis sembrado estos hermosos gérmenes, haced que se fecunden á los rayos del Sagrado Corazón; extended á todas las almas lo que hasta ahora sólo es privilegio de algunas. Recordad que oísteis un día que Nuestro Señor os dirigía las siguientes palabras: *Yo te hago para siempre la heredera de todos los tesoros de mi divino Corazón.* Gozad de ellos para siempre, ¡oh virgen predilecta! pero participadnos de tan excelsa gracia.

Y vos, ¡oh Jesús! poned vuestro corazón sobre el Co-

1 Circular de Paray, 6 de Diciembre de 1873.

razón de Francia. Vos conocéis bien los resortes que la mueven; para ser buena tiene necesidad de amar, y es sublime cuando el entusiasmo la anima; oh divino Salvador, atraedle con vuestra belleza y con vuestro amor. Si este pueblo ha sido tan grande cuando el amor le atraía á vuestros pies y á vuestras manos heridas por los clavos, ¿qué será cuando pueda llegar hasta vuestro Corazón? Acabarán entonces nuestros males. Renacerá la antigua Francia que tanto amó la Iglesia, que la Europa contemplaba con noble envidia, que había puesto al servicio de todas las buenas causas su espada, su genio y su corazón, y que, libre al fin del veneno que la corroee, volverá á colocarse á la cabeza de los pueblos para la dicha común de todos ellos.





DOCUMENTOS Y PIEZAS JUSTIFICATIVAS

NOTA I

DECRETO SOBRE LA HEROICIDAD DE LAS VIRTUDES DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS

Decreto concerniente á la iglesia de Autun para la beatificación y la canonización de la venerable sierva de Dios sor Margarita María Alacoque, religiosa profesa de la orden de la Visitación de Santa María, establecida por San Francisco de Sales.

SOBRE LA SIGUIENTE CUESTION:

Si consta la existencia de las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad hacia Dios y al prójimo, así como de las virtudes cardinales Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, y las que á ellas se refieren en grado heroico, en el caso y para el efecto de que se trata.

NUESTRO amabilísimo Redentor Jesucristo, cuya delicia es estar con los hijos de los hombres, colmó á su *venerable sierva Margarita María Alacoque* de todas las bendiciones celestiales desde sus más tiernos años; la asistió con amor durante su juven-

tud y la fortaleció en medio de sus violentos combates contra el mundo, la carne y el demonio. A los veinte años de edad entró en el convento é hizo su profesión en la orden de la Visitación de Santa María establecida por San Francisco de Sales. Maceró su cuerpo con ayunos, vigiliass y penitencias continuas, teniendo horror á las vanidades de la juventud; abrazó todo género de mortificaciones y se ejercitó en las virtudes más sublimes. Consumida sobre todo del más ardiente amor á Jesucristo, se esforzó con todo su corazón y por medio de eficaces exhortaciones en encender el mismo amor en todos los fieles al culto al sagrado Corazón de Jesús, hasta que, anhelando ver disuelto su cuerpo para unirse á su divino Esposo, rindió piadosamente su espíritu el año de 1690 á los cuarenta y tres de edad.

La vida de la *venerable Margarita*, adornada de las más sublimes virtudes, la severidad de su penitencia, su amor inmenso á Jesucristo paciente y el renombre de esta venerable virgen que ya se extendia á lugares remotos, determinaron al Obispo de Autun, el año 1715, á abrir un proceso sobre las costumbres, las acciones y la muerte de la venerable sierva de Dios, cuyo proceso, después de largas moratorias ocasionadas por diversas vicisitudes y por el estado de perturbación en Francia y en Europa á fines del siglo anterior, fué al cabo enviado á la Sagrada Congregación de Ritos y recibido el año de 1819 juntamente con otro proceso, atestiguando la no interrumpida fama de las virtudes y de los milagros de la venerable sierva de Dios. Finalmente, en 1824 su Santidad el Papa León XII firmó la Comisión de la introducción de la causa.

Desde este momento los procesos apostólicos fueron

instruídos según los decretos de los Soberanos Pontífices, y, siguiendo la costumbre inmemorial, se preparó cuidadosamente todo lo que al intento se necesitaba: de aquí provino que transcurrieron varios años antes de que se pudiese entrar en el examen de las virtudes teologales y cardinales de la venerable sierva de Dios. Más de ciento cincuenta años después de la muerte de Margarita María se procedió al examen de sus virtudes el 28 de Abril de 1840: primero en el palacio del Reverendísimo Cardenal Della Porta, relator de la causa, y después, el 4 de Abril de 1843, en el palacio apostólico del Vaticano, en presencia de los Rmos. Cardenales, miembros de la Congregación de Ritos, y, por último, el 14 de Enero de 1845, en el mismo palacio apostólico del Vaticano, en presencia de Su Santidad Gregorio XVI, ante quien el Rmo. Cardenal Constantino Patrizi, de la Congregación de Ritos, propuso la siguiente cuestión: *Si consta de las virtudes teologales y cardinales, y sus anexas, en grado heroico y para el efecto de que se trata.* Después del mismo relator, los Rmos. Cardenales y los Padres consultores emitieron cada uno su voto.

Oídos todos ellos, el mismo Soberano Pontífice suspendió, según costumbre, la sentencia suprema, recordando que en un juicio tan difícil, era necesario implorar los socorros y las luces del cielo por medio de oraciones fervientes; pero antes de poder manifestar su intención, partió de esta vida para la eterna. Su sucesor en el Sumo Pontificado, Nuestro Santísimo Padre Pío IX, tomó conocimiento del estado de la causa y ordenó se reuniese en su presencia la Congregación general de Sagrados Ritos el 11 de Agosto del presente año, á fin de discutir de nuevo la cuestión de las virtu-

des de la venerable Margarita. Los Rmos. Cardenales y los otros Padres se reunieron el día prefijado en el palacio apostólico del Quirinal, en presencia de Nuestro Santísimo Padre Pío IX; y cuando el Reverendísimo Cardenal Patrizi, relator, hubo propuesto esta cuestión, á saber: *Si consta de las virtudes teologales y cardinales de la Venerable Margarita*, todos ellos dieron su voto, y después de haberlos escuchado con atención, Su Santidad excitó á la asamblea á redoblar las oraciones para implorar el auxilio divino antes de dar á conocer su declaración. Después de haber orado con más fervor, después de recoger su espíritu en atenta meditación, resolvió hacer la declaración en este día, duodécimo domingo después de Pentecostés, dos días después de la celebración de la fiesta de Santa Juana Francisca Chantal, fundadora de la orden de la Visitación de Santa Maria establecida por San Francisco de Sales, y de la cual fué religiosa profesa la venerable Margarita. En seguida y terminadas las oraciones, Nuestro Santísimo Padre Pío IX se dirigió al monasterio de religiosas de la Visitación é hizo venir á los Reverendísimos Cardenales Francisco Luis Micasa, Obispo de Ostia y Velletri, deán del Sacro Colegio, prefecto de la Congregación de Ritos, y Constantino Patrizi, su vicario en la ciudad y relator de la causa, con el Reverendo Padre Andrés María Frattini, promotor de la Santa Fe, y yo el infrascripto secretario; y decidió solemnemente: *Que consta de las virtudes teologales y cardinales y sus anexas, practicadas en grado heroico por la venerable sierva de Dios sor Margarita María Alacoque, de modo que puede procederse con seguridad á la discusión de los tres milagros.*

Este decreto fué publicado é inserto en las actas de la Sagrada Congregación de Ritos, según mandato de Su Santidad, el 23 de Agosto de 1846.

F. L. Cardenal MICARA,
Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos.

J. G. FATATI, Secretario.

Lugar ✠ del sello.

NOTA II

Decreto sobre los milagros.

Decreto concerniente á la iglesia de Autun para la beatificación y canonización de la venerable sierva de Dios, Margarita María Alacoque, religiosa profesa de la orden de la Visitación de Santa María, establecida por San Francisco de Sales.

SOBRE ESTA CUESTIÓN:

Si consta de algunos milagros y cuáles son éstos, en el caso y para el efecto de que se trata?

Abrasada en el fuego de la divina caridad que Jesucristo había venido á encender sobre la tierra, la venerable Margarita María Alacoque no omitió medio alguno para hacer reinar, crecer y extender por todo el universo, en las almas de los fieles, la veneración y la

piedad hacia el Sacratísimo Corazón de Jesús, del que se escapan y brillan por todas partes esas llamas de amor. Y si bien esta sierva de Dios ejerció durante su vida las más excelsas virtudes, puede decirse, sin embargo, que las encerraba y las resumía en el ardiente amor de que estaba inflamada y en el celo infatigable con que se esforzaba en excitar á todos los corazones á que devolviesen amor por amor. Pero después que cediendo á los seráficos ardores que la consumían, fué á reposar en el dulce abrazo del Corazón de Jesús, quiso el Señor que por medio de milagros y portentos se manifestase á la tierra el colmo de gloria que su esposa había adquirido en el cielo. A consecuencia de las informaciones practicadas respecto de esos mismos milagros, se sometió al juicio de la Sagrada Congregación de Ritos el examen y calificación de tres milagros, obtenidos por intercesión de la sierva de Dios, Margarita.

Por tanto, la causa comenzó á ser examinada, primero en una asamblea antipreparatoria el 6 de Diciembre de 1859, bajo la presidencia del Rmo. Cardenal Constantino Patrizi, Obispo de Porto y Santa Rufina, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y relator de la causa, la cual de nuevo fué discutida en una asamblea preparatoria, reunida en el palacio apostólico Vaticano el 15 de Setiembre de 1863. Finalmente sufrió una tercera prueba del mismo género en asamblea general verificada en el mismo palacio Vaticano en presencia de nuestro Santísimo Padre Pío IX el 1.º de Marzo del año 1864; en cuya asamblea, después que el Rmo. Cardenal Constantino Patrizi, relator de la causa, hubo propuesto esta cuestión: *Si consta la existencia de milagros y*

cuáles sean ellos, en el caso y para los efectos de que se trata, los Rmos. Cardenales y los Padres consultores emitieron cada uno su voto.

Después de haberlos oído, Nuestro Santísimo Padre no quiso hacer inmediatamente su declaración, sino que invitó todos á obtener de la Divina Sabiduría, por medio de oraciones y súplicas, las luces que necesitaba para pronunciar su juicio definitivo.

En fin, designó el día en que la Iglesia honra anualmente la memoria del Santo mártir Fidel de Sigmaringa. Nuestro Santísimo Padre, después de haber celebrado con la más ardiente devoción los santos misterios en la capilla particular del Vaticano, se dirigió al colegio urbano de la Congregación de Propaganda Fide para venerar allí las reliquias de ese invencible mártir. En seguida, habiendo hecho venir al palacio al reverendísimo Cardenal Constantino Patrizi, Obispo de Porto y Santa Rufina, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y relator de la causa, con el R. P. Andrés María Fartini, promotor de la Santa fe, y yo el infrascrito secretario, hizo en presencia nuestra la solemne declaración que sigue:

Consta de tres milagros de tercer orden, que obró la Omnipotencia de Dios por intercesión de la Venerable Margarita María Alacoque, á saber: PRIMERO, la curación instantánea y completa de sor María Teresa Petit, monja profesa de la Orden de la Visitación de la Bienaventurada Virgen María, de una aneurisma inveterada en el corazón; SEGUNDO, la curación instantánea y completa de sor María de Sales Charault, religiosa profesa de la misma orden, de un cáncer interior en el estómago; TERCERO, de la curación instan-

tánea y completa de sor María Luisa Bollani de la misma orden, de una tisis tuberculosa en un grado que la hacía incurable y caracterizada por gravísimos síntomas.

Y este decreto fué publicado y se mandó insertar en las actas de la Sagrada Congregación de Ritos, el 24 de Abril de 1864.

CONSTANTINO,
Obispo de Porto y de Santa Rufina, Cardenal PATRIZI,
Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos.

D. BARTOLINI,
Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos.

Lugar ✠ del sello.

NOTA III

Decreto de beatificación.

PIO PAPA IX

PARA PERPETUA MEMORIA

Jesucristo, autor y consumador de nuestra fe, que, movido por excesiva caridad, después de haber tomado la débil naturaleza mortal, se ofreció á Dios en el ara de la cruz como víctima inmaculada para redimirnos de la afrentosa esclavitud del pecado, no ha tenido más vehemente deseo que el de encender de todos modos en

las almas de los hombres las llamas de caridad que abrasan su Corazón, según vemos en el Evangelio que así lo aseguró á sus discípulos, en los siguientes términos:

He venido á poner fuego sobre la tierra, y ¿qué es lo que quiero, sino que se encienda?

Por lo mismo, y á fin de inflamar más y más este fuego de la caridad, ha querido que se estableciese y propagase en la Iglesia la veneración y el culto de su Sagrado Corazón. ¿Y quién habrá tan duro y rebelde que no se sienta movido á volver amor por amor á ese Corazón suavísimo, que fué traspasado y herido por cruel lanzada á fin de ofrecer á nuestra alma un abrigo y un refugio donde pueda estar á cubierto y en seguridad contra los asaltos y las redes del enemigo?

¿Quién no se sentirá impulsado á tributar profundos homenajes á ese Corazón Sagrado de cuya herida brotaron agua y sangre, fuente de nuestra vida y de nuestra salud?

Para establecer tan piadoso culto y difundirlo entre los hombres, Nuestro Señor se dignó escoger á su venerable sierva Margarita María Alacoque, religiosa de la Orden de la Visitación de Santa María, que, por la inocencia de su vida y en el ejercicio continuo de todas las virtudes, y ayudada de la gracia de Dios, se mostró digna de un empleo y de un ministerio tan elevado. Nacida de una familia honrada en la aldea de Lhautecourt; diócesis de Autun, en Francia, fué desde sus primeros años tan dócil y era su virtud tan superior á su tierna edad, que sus padres pudieron desde entonces presagiar de una manera cierta lo que sería para lo futuro.

Aun siendo muy niña se apartaba de las diversiones

que seducen de ordinario en esa edad tan tierna, y buscaba en su casa el sitio más retirado donde ofrecer á Dios en profundo recogimiento sus adoraciones y sus homenajes. Llegada á la adolescencia, evitaba el trato de los hombres, teniendo su mayor delicia en frecuentar el templo y pasar allí largas horas orando y meditando. Habiéndose consagrado á Dios desde sus primeros años en el voto de virginidad, afligía su cuerpo con ayunos, disciplinas y toda clase de austeridades, como para guardar dentro de un cerco de espinas la flor de la virginidad. Fué además un modelo ilustre de mansedumbre y humildad; porque habiendo muerto su padre y estando la madre bajo el peso de los años y de una grave enfermedad, fué tratada con tanto rigor y dureza por las personas encargadas de gobernar la casa, que casi siempre le faltaba para el alimento diario y los vestidos. Por grande que fuese la tiranía y la injusticia de semejante conducta, la soportaba con ánimo sereno, sin perder jamás de vista el ejemplo de Jesucristo paciente. A la edad de nueve años fué admitida por primera vez al banquete eucarístico, adquiriendo con este celestial alimento tan ardiente caridad, que el fuego divino parecía brotar de sus labios y de sus ojos. Inflamada igualmente de caridad por el prójimo, deploraba con amargura la miseria de una multitud de niños casi abandonados de sus padres, que crecen en el vicio y en la ignorancia de las cosas más necesarias á la salvación; y para remediar este mal, les enseñaba con paciencia los misterios de la fe, los formaba en la virtud, y para sustentarlos, se privaba diariamente de un parte de sus mismos alimentos.

Habiendo fijado su elección en el celeste Esposo,

cuando su madre le propuso gozar de riquezas y una alianza brillante, las rehusó con firmeza, y para guardar con más seguridad la fe que había prometido á su celeste Esposo, decidió seguir en el claustro la vida de las vírgenes consagradas á Dios. Después de haber deliberado detenida y seriamente consigo misma, después de haber consultado, por medio de la oración, la voluntad divina, á la edad de veintitrés años fué recibida entre las religiosas de la Visitación de Santa María, en el monasterio de Paray le Monial, de la diócesis de Autun.

Habiéndose mostrado durante su noviciado, tal como lo había hecho esperar por sus bellas disposiciones para la virtud y la inocencia de su vida, se le admitió á pronunciar los votos solemnes. Después de profesada se la vió caminar á grandes pasos en la perfección religiosa, ofreciendo á sus compañeras consagradas á Dios el ejemplo de todas las virtudes. Brillaba en ella una maravillosa humildad, una prontitud extraordinaria en obedecer y una paciencia admirable para soportar todo género de contrariedades; un cuidado nimio en observar hasta las menores reglas; una autoridad que la llevaba á macerar continuamente su cuerpo; un ardor infatigable en la oración, á la cual se aplicaba de día y de noche, y en la que su alma, desligada de los sentidos, era frecuentemente inundada en la abundancia de los dones celestiales. Al meditar en los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo, sentía un dolor tan vivo y se inflamaba de tal modo en el fuego del amor divino, que muchas veces caía desvanecida y permanecía exánime.

Habiéndose atraído la admiración de todas sus compañeras por la eminencia de sus virtudes, se le confió el encargo de ejercitar y de formar en la vida religiosa

á las jóvenes novicias; encargo que ninguna podía cumplir mejor que la venerable Margarita María, quien, por medio del ejemplo, estimulaba á las jóvenes cuya maestra era, á entrar en la vía de la perfección, y afirmaba sus pasos en esa carrera.

Un día en que oraba con mayor fervor que de costumbre en presencia del Santísimo Sacramento del altar, Nuestro Señor Jesucristo la hizo conocer que le sería muy agradable ver establecido el culto de su sagrado Corazón, tan inflamado hacia los hombres por el fuego de la caridad, y que á ella quería confiarle esta misión. Humilde como lo era, la venerable sierva de Dios quedó aterrada estimándose indigna de tan alto ministerio; sin embargo, por obedecer á la voluntad suprema y satisfacer el deseo que tenía de encender en el corazón de los hombres el fuego del amor divino, hizo cuanto al intento pudo entre las religiosas de su monasterio y entre cuantos ejercía alguna influencia para que el sagrado Corazón, fuente de toda caridad, recibiera honra y adoraciones. En esta empresa la Venerable sierva de Dios tuvo que sufrir grandes penas y vencer innumerables dificultades, que jamás le hicieron perder el ánimo, y contando con los socorros celestiales se aplicó con tal actividad y constancia á establecer aquella devoción, que bien pronto logró extenderla con gran provecho de las almas y propagarla muy lejos en el seno de la Iglesia.

En fin, deseando romper las ligaduras terrenales para volar á las celestes nupcias del Cordero, por las que tan ardientemente suspiraba, consumida, no tanto por la enfermedad cuanto por el fuego de la caridad, llegó al término de su vida mortal el día 17 de Octubre de 1690.

La opinión que había comenzado á extenderse respecto de la santidad de la venerable Margarita María, creció mucho después de su muerte por el brillo de los prodigios atribuidos á la intercesión de la venerable sierva de Dios. Por esta razón, el año de 1715 el Obispo de Autun hizo levantar en tiempo oportuno informaciones en regla, sobre la vida y costumbres de la venerable. Pero la revolución que á fines del siglo xviii trastornó á casi toda la Europa no permitió someter la causa al juicio de la Santa Sede. Calmada un tanto la deshecha tormenta, se solicitó el juicio de la Silla Apostólica, y se introdujo en la Sagrada Congregación de Ritos el proceso de las virtudes que habían ilustrado á Margarita María; y después de un serio y minucioso examen, declaramos que había practicado esas virtudes en grado heroico, según decreto promulgado el 23 de Agosto de 1846.

En seguida fué propuesta en el seno de la misma Congregación la discusión de los milagros por los cuales se afirmaba que el cielo había dado testimonio de la santidad de la venerable Margarita María; y cuando á consecuencia de un severo examen los Consultores y los Cardenales emitieron su opinión favorable, Nos, invocando las luces de lo alto, pronunciamos, tocante á la verdad de esos milagros, sentencia afirmativa el 14 de Mayo del presente año de 1846.

Faltaba someter á los mismos Cardenales la última cuestión, á saber: si podía procederse con seguridad á la beatificación de la venerable Margarita María. Reunidos en nuestra presencia el día 24 de Junio del corriente año, respondieron que se podía proceder á ella.

Por lo mismo, Nos, después de haber implorado para

una decisión de tanta importancia los auxilios celestes, el 24 de Junio del mismo año decretamos que se podía con seguridad, cuando lo juzgásemos á propósito, acordar á la venerable sierva de Dios todos los honores y privilegios reservados á los bienaventurados, mientras se celebra la solemne canonización.

Nos, movidos por las súplicas de casi todos los Obispos de Francia y de las religiosas de la Visitación de Santa María, con el consejo y asentimiento de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, miembros de la Sagrada Congregación de Ritos, y en virtud de nuestra autoridad apostólica, permitimos que la venerable sierva de Dios Margarita María Alacoque reciba desde luego el nombre de Bienaventurada y que su cuerpo y sus reliquias (las cuales sin embargo no podrán ser conducidas en procesión pública) sean públicamente expuestas á la veneración de los fieles.

Además, en virtud de la misma autoridad, permitimos que se rece en su honor el oficio y la Misa del común de vírgenes con las oraciones por Nos aprobadas, conforme á las rúbricas del misal y breviario romanos.

Sin embargo, no concedemos este permiso de celebrar la Misa y de rezar el oficio referidos, sino en la diócesis de Autun y en todos los templos de las casas, sean cuales fuesen, en que esté establecida la Orden de la Visitación de Santa María, y esto el día 17 de Octubre, á todos los fieles tanto seculares como regulares que están obligados á rezar las horas canónicas, y por lo que toca á la Misa á todos los sacerdotes que estuvieren en aquellas iglesias el día de la fiesta.

En fin, permitimos que en el curso de un año, á con-

tar desde la fecha de las presentes letras, la solemnidad de la beatificación de la venerable sierva de Dios Margarita Maria Alacoque, sea celebrada en la diócesis y en las iglesias mencionadas con oficio y Misa del rito doble mayor; lo que deberá hacerse el día indicado por el Ordinario del lugar, y después que esa solemnidad se haya celebrado en la Basílica Vaticana. Todo lo cual se verificará, no obstante las constituciones y ordenaciones apostólicas y cualesquiera otras que fuesen contrarias.

Queremos, además, que todos los ejemplares de las presentes letras aunque fueren impresos, con tal que estén subscriptos por el Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, y sellados con el sello del Prefecto, merezcan la misma fe que se daría á nuestras letras originales, como expresión de nuestra voluntad.

Dada en Castengandolfo, bajo el anillo del Pescador, á 19 de Agosto de 1864, décimo noveno de nuestro Pontificado.

N. CARDENAL PARACCIANI CLARELLI.

NOTA IV

El templo del sagrado Corazón en Montmartre.

I

**Carta del Ilmo. Sr. Guibert, Arzobispo de París, al
señor Ministro de Cultos.**

“SEÑOR MINISTRO:

„En la hora más terrible de nuestros desastres, varios fieles piadosos concibieron el proyecto de construir en el seno mismo de París, un templo destinado á afirmar la inquebrantable confianza de la patria, vencida y mutilada, en la misericordia infinita del Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y á cubrir con su sombra tutelar nuestra gran capital, en la que se concentra la vida de la Francia entera.

„Este proyecto, inspirado por un sentimiento patriótico, me fué comunicado desde los primeros días de mi ascenso á la Sede Arzobispal de París; y no pude menos que aprobarlo y lo recomendé al clero y á los fieles de mi nueva diócesis, haciéndome representar por medio de uno de mis vicarios en la junta encargada de recoger las adhesiones y las ofrendas.

„La mayor parte de los Obispos de Francia se han dignado bendecir el proyecto, organizar cuestaciones y abrir subscripciones en sus diócesis. Las sumas colecta-

das hasta hoy—más de seiscientos mil francos—no son más que una anticipación de los recursos muy considerables que millares de personas han prometido poner á disposición de este grandioso proyecto cristiano y francés.

„Ha llegado, pues, el momento de escoger el sitio en que haya de construirse la Iglesia proyectada. De acuerdo con los miembros de la junta he creído que el lugar más á propósito sería la colina de Montmartre, *Mons Martyrum*, que su nombre y tradiciones designan como lugar sagrado. Efectivamente; en esa colina fué donde San Dionisio y sus compañeros de martirio depositaron con su sangre las primeras semillas de la fe cristiana, que fructificaron tan rápidamente en la Gaula septentrional. ¿No conviene, por cierto, que un templo construido para llamar la protección divina sobre Francia desolada y particularmente sobre la capital, se levante en un sitio que domine á Paris y que pueda ser visto desde todos los puntos de la ciudad? Un monumento que ha de ser como nueva profesión de nuestra fe, ¿podría ser más propiamente edificado en otra parte que sobre la montaña santa, cuna de la religión cristiana en nuestra antigua Francia?

„Por eso vengo, señor Ministro, á suplicar al gobierno, por vuestra mediación, que se digne someter á la Asamblea nacional un proyecto de ley que ha parecido necesario para llevar á buen término el objeto que nos hemos propuesto.

„No solicitamos subvención alguna de los fondos del tesoro. Los fieles quieren y pueden subvenir, con sus propios recursos, á todos los gastos que exige semejante empresa. Tanto más agradable será á Dios, y exci-

tará tanto más la piedad de la época presente y el reconocimiento de la posteridad, cuanto más sea una obra del cielo espontáneo, libre y generalmente aceptada por todos, sean pobres ó ricos.

„También bajo otro aspecto y por doble motivo, nos es muy necesaria la intervención de los poderes públicos.

„En primer lugar, es de desear que tengamos libertad de construir el monumento en el sitio preciso, que, después del examen y del concierto con las autoridades competentes, se juzgue más adecuado á la grandeza del pensamiento que inspiró el proyecto. En consecuencia, si los intereses que están á cargo de la municipalidad, deben ser cuidadosamente defendidos en un negocio de esta naturaleza, justo es también que se puedan dominar los diversos intereses particulares que se opongan á nuestro proyecto. Una declaración de utilidad pública, que en el presente caso nada tendría de exorbitante ni de contraria á las prescripciones legales, sería la única que permitiese escoger con toda libertad el sitio más conveniente, concediendo la facultad de ejercer, en caso necesario, el derecho de expropiación.

„Además, el destino y objeto del monumento, lo mismo que la procedencia de los recursos que hayan de emplearse en su construcción, no permiten hacer del nuevo templo una parroquia, y parece conveniente—sin que ninguna ley se oponga á ello—que los Arzobispos sucesivos de la diócesis, en cuyo territorio se construya el edificio, sean reconocidos como sus propietarios incommutables.

„He aquí el doble voto, señor Ministro, que podría ser realizado por una ley que tengo la honra de rogaros

propongáis á la Asamblea nacional. Ya, y por ello os vivo reconocido, os habéis dignado acoger favorablemente, en lo que os concierne, este pensamiento, cuando me tomé la licencia de hablaros de él.

„La ley que solicito tendría, pues, el doble objeto que sigue:

„1.º Aprobar la proposición hecha por el Arzobispo de París para que se construya en la colina de Montmartre un templo destinado á invocar sobre Francia la protección y la bondad divina.

„2.º Autorizar al Arzobispo para que adquiriera, en nombre suyo y de sus sucesores, los terrenos necesarios, amistosamente, ó si fuese preciso, por vía de expropiación á causa de utilidad pública, siendo de su cargo pagar el precio de los terrenos y los gastos de construcción del edificio, con los recursos que la piedad de los fieles ponga á su disposición.

„Considero, señor Ministro, como una circunstancia del todo providencial, la necesidad en que nos encontramos de recurrir á la autoridad de la Asamblea nacional para asegurar el éxito completo de nuestra patriótica empresa; porque tengo plena confianza en que la noble Cámara, tan fiel á las inspiraciones y á las tradiciones cristianas, no negará su aprobación. Secundada por la Asamblea soberana y realizada por las ofrendas voluntarias recogidas en todas las diócesis, nuestra obra tendrá también el carácter de una *obra nacional* y el templo elevado al Dios de paz y de misericordias por el concurso de dos grandes voluntades, la de la Asamblea y la del pueblo, volverá la confianza á todos los corazones, proclamando que Francia, aleccionada por el infortunio, reconoce la necesidad de buscar la

salvación en la fe cristiana, que siempre fué su fuente de prosperidad y de grandeza.

„Dignaos, señor Ministro, aceptar las seguridades de mi alta consideración.

+ J. HIPÓLITO, ARZOBISPO DE PARÍS.,

II

INFORME DE M. KELLER Á LA ASAMBLEA NACIONAL

Como resultado de la carta del Ilmo. Sr. Arzobispo de París, se presentó á la Cámara, en principios de Julio, un proyecto de ley, y fué pasado á una comisión ¹, la que sometió el siguiente dictamen á la Asamblea del 11 de Julio de 1873.

“Señores: en presencia de nuestros males públicos, un movimiento irresistible ha impulsado á cuantos todavía no pierden el sentimiento religioso, á invocar para Francia las misericordias de Dios, y desde el 16 de Mayo de 1871 la Asamblea nacional, “respondiendo al grito „que se elevaba del corazón de todo un pueblo, y que „riendo mostrar al mundo que Francia reconoce la úni-

1 Esta comisión estaba compuesta de los Sres. Baze, presidente; de Labassatière, secretario; Keller, el conde de Maillé, Riodel, Warnier, Delpit, conde de Carnullier-Lumière, vizconde de Kermenenguy, Leonél, barón Chaurand, Hamille, vizconde de Bonald, de Bélcastel y Arthur Legrand.

„ca mano que puede salvarla,, ordena preces generales para pedir á Dios que aplacase nuestras discordias civiles y pusiera término á las desdichas de la patria.

„No habéis olvidado que el 11 de Febrero de 1872 el honorable M. Juan Brunet nos propuso traducir este sentimiento de una manera permanente, por medio de la creación de un templo nacional en París. Pero su proyecto fué desechado por muy vago é indeterminado.

„Desde entonces el pensamiento ha venido revisando una forma más neta y más práctica, y se ha reunido una cantidad considerable por subscripciones espontáneas para edificar en París un templo al Sagrado Corazón, es decir, para honrar más especialmente, no esa justicia de Dios, que en ciertos días hiere á los pueblos más poderosos con castigos terribles, sino, por el contrario, esa ternura paternal que perdona todo al arrepentimiento, y que con una mano compasiva cura nuestras heridas.

„Adhiriéndose á ese voto patriótico y cristiano de un gran número de franceses, el Arzobispo de París ha dirigido al ministro de Cultos, con fecha 5 de Marzo de 1873, una carta que expone, mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, la naturaleza y el objeto de ese proyecto, carta que os presentamos íntegra para que la conozcáis.

„De parte del gobierno recibió esa carta la acogida que merecía, y en consecuencia el proyecto de ley que os sometemos en este momento fué preparado y firmado por el ministerio anterior al de 24 de Mayo.

„Esta proposición no podía en sí misma provocar ninguna objeción seria, y por tanto encontró en el seno de la comisión una aprobación casi unánime, y sólo se

le han dirigido algunas críticas de pormenor, á las cuales nos es muy fácil contestar.

„Uno de nuestros colegas, demasiado preocupado tal vez por lo que acaeció en la jornada de 18 de Marzo de 1871, ha extrañado que en la colina de Montmartre no se construyese una ciudadela interior, que en los días de revuelta sirva de reducto al ejército ó al gobierno. Nos limitamos, en respuesta, á hacer constar que la autoridad militar, única competente en la materia, jamás ha tenido semejante opinión.

„Otro de nuestros colegas ha reprochado al gobierno que no procediese á la información administrativa que, según el art. 3.º de la ley de 3 de Mayo de 1841, debe preceder á la declaración de utilidad pública.

„Sin duda que al expedirse la ley para un caso particular, la Asamblea puede dispensar la aplicación de una prescripción general. Pero esta razón no nos ha parecido bastante, porque si se tratase realmente de conculcar los principios que han inspirado al legislador de 1841, seguros estamos de que la religión, que no cesa de enseñar y de propagar el respeto á las leyes, no trataría nunca de sustraerse á la regla común. Por lo mismo, tenemos la certidumbre de que esa primera información no era necesaria, que se había omitido de intento, y que, en el caso actual, carecía de objeto.

„Efectivamente, el art. 2.º de la ley de 3 de Mayo de 1841, que enumera con gran precisión los trámites que los tribunales han de observar para pronunciar la expropiación, no comprende en manera alguna esa información, y la jurisprudencia constante del Consejo de Estado y del Tribunal de Casación establece que ella no es más que un documento destinado á ilustrar á la admi-

nistración, pero no un requisito necesario para la validez de la declaración de utilidad pública. Y reconocido está que, en casos de urgencia, el gobierno puede prescindir de ella. Así lo hizo en 1844 para el ensayo de un ferrocarril atmosférico. También procedió lo mismo la Asamblea muy recientemente para un ramal que se agregó á las redes de la compañía del Este.

„Conviene agregar, que en el caso especial de que tratamos, esta información, que no es indispensable, carece de todo objeto. La misma forma en que debe practicarse la elección de los principales propietarios y negociantes que componen la comisión, la obligación de indicar el costo de la empresa y la tarifa de los derechos cuyos productos podrían ser destinados á cubrir los gastos de los trabajos, todo hace ver, sin la menor duda, que aquí se trata sobre todo del punto de vista hacendario, y que se consulta al público para saber si las ventajas de la empresa están para él en relación con los sacrificios que, de un modo ó de otro, le serán impuestos. Según esto, desde el punto de vista de los gastos, ¿á quién consultar puesto que el templo de Montmartre nada pide ni al Estado, ni al departamento, ni á la ciudad?

„En cuanto á las ventajas, no habría que consultar á nadie, puesto que se trata de una obra nacional. Y cuando se abren registros por todas partes, ¿quién se atrevería á protestar contra la libertad de edificar á sus expensas un templo á Dios y de rogar por la Francia?

„La ciudad de París que disfrutaría más directamente de esta iglesia, no será ni aun perturbada en el orden de sus planos y de sus edificios, puesto que la colina de Montmartre ha sido designada por ella para recibir un

monumento, y el art. 2.º del proyecto de la ley establece que el lugar preciso de la construcción será determinado con el prefecto del Sena.

„Finalmente, en cuanto á los propietarios de terrenos que podrían ser atacados por la expropiación, tienen completa libertad para defender sus intereses, no en la información administrativa, que no les concierne, y que de ordinario ni siquiera fija el trazo definitivo de los trabajos, sino en la información parcial ordenada por el art. 2.º de la ley de 1841 y por el art. 4.º de la presente.

„Ya lo habéis visto: la primera información carece de objeto, y no hubiéramos podido reclamarla sin que de nuestra parte no fuera un reproche inmediato á la ilustración del ministerio actual, lo mismo que á su predecesor.

„Queda la última objeción: el Arzobispo de París ha figurado entre las personas á cuyo favor puede declararse la expropiación. Constituyéndole propietario de un edificio privado, habría el peligro de ver cerrada la iglesia al público, y para que la voluntad de los subscriptores que la edifican sea siempre respetada, sería más procedente hacer de ella, si no una parroquia, al menos un templo que le fuera anexo, ó como una ayuda de parroquia.

„Por eso ha establecido la jurisprudencia que la enumeración que hace la ley de las personas en cuyo provecho tiene lugar más frecuentemente la expropiación, no es limitada, y que el derecho de expropiación por causa de utilidad pública puede invocarse por una autorización sindical cuando se trata del curso de las aguas ó de la desecación de un pantano, y por un consejo de fábrica si el objeto es construir una iglesia.

„Por lo mismo, puede hacerse por el arzobispado, que es una institución pública, y que, con este título, tiene siempre el derecho de poseer. En realidad, lo que justifica el privilegio de la expropiación, es menos la cualidad de la persona ó de la asociación encargada del trabajo, que el objeto del trabajo mismo. Lo que importa es el que el trabajo sea verdaderamente de utilidad pública, he aquí la cuestión:

„¿Es de utilidad pública la iglesia que el Arzobispo de París propone que se edifique en esas alturas regadas con la sangre de los primeros mártires que, con la fe, nos trajeron la libertad y la civilización, y también regadas con la sangre de los que murieron ayer en defensa de la patria y de la sociedad cristiana?

„¿Es de utilidad pública borrar con esta obra de expiación los crímenes que han puesto el colmo á nuestros dolores?

„¿Es de utilidad pública atraer sobre Francia, que ha sufrido tanto, la protección y las misericordias de Aquel que á su beneplácito concede la derrota ó el triunfo?

„No puede ser dudosa la respuesta de la Asamblea.

„Bien sé que hay hombres que pretenden que el Estado debe permanecer extraño á todo acto religioso; sé igualmente que hay otros que van más lejos declarando que la religión es la plaga del mundo moderno.

„Mas en presencia de estas negaciones temerarias que precipitarían, si pudiesen, la ruina de nuestra patria, la conciencia pública, amenazada en lo que de más caro tiene, en su fe y en su patriotismo, se subleva y protesta en todas partes por medio de manifestaciones, cuyo carácter espontáneo, generoso y desinteresado, sería imposible desconocer.

„La Asamblea no podría permanecer indiferente á este movimiento que no ha provocado, pero que está obligada á reconocer. Ansiosa de colocar á Francia en el rango que le pertenece, deseosa de enaltecer las costumbres, el carácter, las instituciones y al ejército, no puede menos que saludar llena de regocijo ese movimiento religioso, que para un pueblo es el primer elemento de fuerza, de grandeza y de independencia.

„La subscripción nacional para la iglesia del Sagrado Corazón revela un movimiento religioso espontáneo, que debe llenarnos de esperanzas patrióticas; y la Asamblea Nacional querrá, obsequiando los deseos nacionales, asociarse á esa construcción declarándola de utilidad pública.

„Si se tratara simplemente de una parroquia ó de una capilla auxiliar, es decir, de un trabajo de menor importancia, ese decreto hubiera sido bastante. La Asamblea interviene, pues, para declarar que el proyecto de que se trata interesa al país entero.

„A fin de que más tarde no se suscite ninguna duda sobre el destino de ese monumento, y para fijar bien el carácter del templo elevado al Dios de paz y de misericordia por las ofrendas voluntarias recogidas en todas las diócesis, y abierto para siempre á los fieles de toda la Francia, como las iglesias de Santa Genoveva y San Dionisio, tenemos la honra de proponeros, de acuerdo con el gobierno, que adoptéis en el primer artículo de la ley los mismos términos de la proposición hecha por el Arzobispo de París.

„Hemos recibido una adición en la cual el honorable M. de Cazenove propone que por escrutinio de lista se nombre una comisión de cincuenta miembros que asista

á la colocación de la primera piedra del templo de Montmartre.

„La comisión ha creído que no debía examinar, como artículo adicional al proyecto de ley, esta proposición, que más bien constituye una resolución que una medida legislativa.

„Al reproducirla bajo la forma de resolución, su autor está seguro desde luego de contar con la adhesión simpática de los miembros de la comisión.

„En consecuencia, tenemos la honra de proponeros que aceptéis el siguiente proyecto de ley:

„Artículo 1.º Se declara de utilidad pública la construcción del templo que, por medio de subscripción nacional, se propone llevar á cabo el Arzobispo de París, en la colina de Montmartre, en honra del Sagrado Corazón de Jesús, para implorar sobre Francia y en particular sobre su capital, la misericordia y la protección divina.

„Art. 2.º El sitio preciso de este templo se determinará por el Arzobispo de París, de acuerdo con el prefecto del Sena y antes de la información prescrita por el título II de la ley de 3 de Mayo de 1841.

„Art. 3.º El Arzobispo de París queda autorizado por sí y en nombre de sus sucesores, para adquirir el terreno necesario á esa construcción, sea convencionalmente, sea, en caso necesario, por medio de expropiación, siendo por su cuenta el pago de la adquisición por medio de subscripciones ó de ofrendas que reciba.

„Art. 4.º Se procederá á las medidas prescritas por los títulos II y siguientes de la ley de 3 de Mayo de 1841, inmediatamente después de la promulgación de la presente ley.

„Art. 5.º El ministro de cultos y el prefecto del Sena quedan encargados, en la parte que á cada uno corresponde, á la ejecución de la presente ley.”

III

LEY EXPEDIDA POR LA ASAMBLEA NACIONAL

Relativamente al Templo de Montmartre.

He aquí el texto de esta ley, tal como fué definitivamente promulgada:

„Artículo 1.º Se declara de utilidad pública la construcción de un templo en la colina de Montmartre, conforme á la solicitud hecha por el Arzobispo de París en su carta de 5 de Marzo de 1873, dirigida al ministro de Cultos.

„Este edificio, que será construido exclusivamente con fondos colectados por subscripción, se destina perpetuamente al ejercicio público del culto católico.

„Art. 2.º El lugar de este edificio será determinado por el Arzobispo de París, de acuerdo con el prefecto del Sena, antes de la información prescrita en el título II de la ley de 3 de Mayo de 1841.

„Art. 3.º El Arzobispo de París, tanto en su nombre como en el de sus sucesores, queda sustituido en los derechos y obligaciones de la administración, conforme al art. 83 de la ley de 3 de Mayo de 1841, y autorizado

para adquirir el terreno necesario á la construcción del templo y sus dependencias, por convenio particular, ó por la vía de expropiación.

„Art. 4.º Se procederá á las medidas de que hablan los títulos II y siguientes de la citada ley de 3 de Mayo de 1841, inmediatamente después de la promulgación de la presente ley.”

IV

BREVE DEL SOBERANO PONTÍFICE APROBANDO LA ERECCIÓN

del Templo del Sagrado Corazón en Montmartre.

“Venerable Hermano, salud y bendición apostólica.

„Si, como lo atestigua la historia de fines del siglo anterior, la Francia se apartó entonces abiertamente de Dios, y por la propagación de nuevos errores no solamente permaneció así separada, sino que extravió también á otras naciones, era preciso que, siendo ella la que levantó el estandarte de la rebelión, diese á los demás pueblos el ejemplo de arrepentimiento, y se esforzase, por un acto brillante de reparación, en restablecer en su seno y fuera de él los fundamentos del orden que había destruido. Por esto hemos abrigado halagüeñas esperanzas de salvación, cuando vemos que la oración se alza de todas las partes hacia los santuarios de la Virgen, cuando hemos sabido que en las almas crece el fue-

go de amor al Corazón Sagrado de Jesús, y cuando, en fin, hemos visto á los representantes de la nación y del ejército unirse á los demás para rendir piadosos homenajes al Altísimo é implorar sus misericordias. Este movimiento felicísimo y verdaderamente extraordinario de los espíritus y de los corazones hacia el cielo, parecía pedir un monumento que recordara ese acontecimiento admirable y perpetuase su recuerdo en la posteridad. ¡Cuánta habrá sido, pues, nuestra alegría al saber que la Asamblea Nacional, favoreciendo los piadosos deseos del pueblo, ha expedido una ley para la construcción de un templo en el punto más elevado de París, que muestre á todos, de generación en generación, que la Francia, en medio de estos tiempos de turbulencias y de hostilidad á la religión, se ha consagrado de nuevo á Dios por medio de un homenaje general y solemne, uniéndose de nuevo á El más estrechamente! No dudamos que el anuncio de tan grandioso suceso, que parece devolver á la Francia su antiguo honor de hija primogénita de la Iglesia, sea de dulce satisfacción para los católicos, y no vacilamos en asegurar que se apresurarán á cooperar de todos modos á la ejecución del proyecto, á fin de que el edificio sagrado reproduzca de alguna manera, por su majestad, la grandeza del acontecimiento. Dios, que ha puesto en las almas tan noble designio, vendrá en vuestra ayuda, venerable hermano, y os dará las fuerzas y los recursos necesarios para emprender y acabar un monumento que corresponda á la abundante misericordia del cielo y sea digno del reconocimiento de vuestra patria. Esto es lo que pedimos para vos; y entre tanto, como presagio del favor divino y como prenda de nuestra particular benevolencia, os

damos tiernamente, á vos, venerable hermano, y á vuestra diócesis, la bendición apostólica.

„Dado en Roma, en San Pedro, el 31 de Julio de 1873, año vigésimooctavo de nuestro pontificado.

PÍO PAPA IX.

NOTA V

Lugar del nacimiento de la bienaventurada.

Jamás se ha puesto en duda que Margarita Maria nació en el pueblo de Verosvres; y añado que tampoco ha debido dudarse de que vino al mundo en la aldea de Lau-thecour, de ese pueblo, y perteneciente al dominio patrimonial de los Alacoque que aún hoy existe; y digo, por último, que si antes pudo haber alguna duda, hoy queda del todo desvanecida en vista de los curiosos descubrimientos de que vamos á hablar.

Es cierto que los *Contemporáneos* dicen en su *Memoria* que la Bienaventurada nació en Terreau; pero es fácil de comprender que hay en ese aserto una *distracción*, ó más bien una *confusión*, que explicaremos desde luego. Ningún recuerdo, ninguna tradición popular, ningún monumento confirma esa aserción; todo lo contradice, y los testimonios más seguros, mejor dicho, *todos* los testimonios, sin excepción, le dan un absoluto mentís.

Escuchemos los principales:

1.º *M. Juan Crisóstomo Alacoque, hermano de la Bienaventurada*, consejero del rey, alcalde de Boix-Sainte Marie. En el proceso formado el año de 1715 declaró "que es hermano primogénito de la venerable sor Margarita María Alacoque, la cual estuvo bajo su tutela honoraria por espacio de diez á doce años, y que *nació en el pueblo de Lhautecour, parroquia de Verosvres.*" Y en su *Memoria*: "María Margarita Alacoque, hija del difunto señor Claudio Alacoque, en vida juez de Tereau, la Roche, Corcheval y Prissy, y de la difunta señora Filiberta Lamyn, *nació en el lugar de Lhautecour, parroquia de Verosvres en Charollais.*" Nada hay más terminante, y esto podría bastar.

2.º *M. Claudio Alacoque, padre de la Bienaventurada*. Poseemos una multitud de actas redactadas por él y firmadas de su puño y letra. ¿Qué título se da en ellas?

En 1644 se titulaba *notario real del pueblo de los Janots*, es decir, de Lhautecour, de que aquel forma parte.

En 1645, "notario residente en Verosvres".

En 1647, "notario real".

En 1649, "notario real *residente en Lhautecour*".

En 1651, "notario real de Verosvres".

En 1654, el 4 de Junio, "notario real residente en Lhautecour".

De estas actas y de otras veinte que tengo á la vista, resulta que M. Claudio Alacoque, notario real, habitaba en Verosvres, adonde pertenecían Lhautecour y los Janots, en cuyo sitio está hoy la casa patrimonial de los Alacoque. Allí vivía en 1644, tres años antes del nacimiento de la Bienaventurada, y también en 1649, dos años

después de su nacimiento. Por último, allí permanecía aún en 1654, siete años después. Luego allí era el domicilio del padre, y en ninguna parte se hace mención de Terreau. Cuando de ese lugar se habla una sola vez, el 25 de Julio de 1654, encontramos que en una acta levantada pocos días antes, el 4 de Junio de 1654, M. Claudio Alacoque declara que habitan Lauthecour. Con estas declaraciones y las del hermano de la Bienaventurada, se llega á la evidencia.

3.º *La señora viuda de Alacoque, madre de la Bienaventurada.* En una acta de arrendamiento firmada por ella el 23 de Marzo de 1654, el año mismo de la muerte de su esposo, se leen estas palabras: "Ante el notario real compareció la señora Filiberta Lamyn, viuda del señor Claudio Alacoque, que *fué notario real en el lugar de Lhautecour, parroquia de Verosvres*„. Nótese bien esta expresión; era notario de Verosvres y de toda la comarca; ¿pero dónde residía? ¿Dónde estaba su despacho? *Era notario real en el lugar de Lauthecour, parroquia de Verosvres.* Esto se halla confirmado por la tradición, que apellida la casa de Lauthecour, *casa de despacho*. Manifiestamente en Terreau sólo tenía su sala de audiencia.

4.º *Juan Alacoque, maestro cirujano*, nieto de Claudio Alacoque, ha declarado que su abuelo vivió y murió en Lhautecour. Esta pieza, descubierta recientemente en el estudio de M. Ponderaux, notario de Dompiere, es el *acta* de venta del oficio de Claudio Alacoque, notario real de *Lhautecour*, parroquia de Verosvres, en favor de René Francisco María Lagrost, hijo de Fernando Lagrost, cirujano de Verosvres.

Esta acta fué hecha "por el señor Juan Alacoque,

maestro cirujano jurado, residente en Bois Sainte-Marie, hijo y heredero del difunto señor Juan Luis Alacoque, que en vida fué alcalde perpetuo de Bois-Sainte-Marie, residente allí, y procurador del rey en la castellanía real de Bois-Sainte-Marie;

„que era hijo y heredero de Juan Crisóstomo Alacoque, en vida consejero del rey y alcalde perpetuo de Bois-Sainte-Marie, y residente allí;

„que era hijo y heredero del señor Claudio Alacoque, *que en vida fué notario real residente en Lhautecour, parroquia de Verosvres.*„

No podía decirse con más precisión que durante toda su vida M. Claudio Alacoque, notario real, residió constantemente en Lhautecour. La imaginación de los que soñaron que había dejado su despacho de notario para establecerse en Terreau, donde sólo iba una vez por semana, el día de audiencia, es inexplicable.

5.º *El Ilmo. Sr. Languet, Obispo de Sens*, autor de la primera *Vida* de la Bienaventurada, declaró que ella *nació en Lhautecour, parroquia de Verosvres*. Y lo que da fuerza singular á ese testimonio, es que tenía á la vista la *Memoria* que los contemporáneos habían compuesto para él y se la enviaron. Aunque allí se dice que la Bienaventurada nació en Terreau el 22 de Julio de 1648, escribió que había nacido en Lhautecour el 22 de Julio de 1647, declarando así, en su pensamiento, que los contemporáneos se equivocaron en el lugar del nacimiento y en la fecha de éste.

6.º *Las superiores y religiosas de la Visitación*, que declararon en el proceso instruido por el Obispo. Si se exceptúa á dos de ellas, que dicen *haber leído en un manuscrito que la Bienaventurada nació en*

Terreau, los otros testigos declaran que nació en *Lhautecour*.

Así por ejemplo:

El Pbro. Benito Guilloux, sacerdote capellán de la Visitación, declara que sabe de ciencia cierta que Margarita María *nació* en la parroquia de Verosvres, *en la aldea de Lhautecour*.

La madre María Justina Granval, superiora del monasterio, declara que la *venerable hermana era de Lhautecour*, parroquia de Verosvres.

La madre María de Sales Charrault dice que la *venerable nació en el pequeño pueblo de Lhautecourt*, parroquia de Verosvres.

La hermana Luisa Benita Gricourt dice que la *venerable* residió en su infancia *en Lhautecour*, lugar de su nacimiento.

La hermana María Felicitas Gimelet: *La venerable nació en Lhautecour*, etc., etc.

Sin duda que estos testimonios son recientes, y es necesario no apoyarse en ellos más de lo conveniente; pero al menos prueban que el error cometido por los *Contemporáneos* no pudo crear una tradición en el monasterio.

7.º También el postulador de la causa Monseñor *Francisco Bartholeschi*, en su memorial dirigido al Papa, no vacila en afirmar que nació *in oppido quem nuncupan Lhautecour, paroeciae de Verosvres, intra fines Augustodunensis dioecesis*. En la bula de beatificación se escribió definitivamente lo que sigue:

Haec (venerabilis famula Dei) in oppido cui nomen Lhautecour inira fines dioecesis Augustodunensis, in Gallia orta est.

A todas estas autoridades, los que pretenden que la Bienaventurada nació en Terreau, sólo oponen tres cosas, cuya debilidad acaba de probar nuestra tesis.

1.º El testimonio de los *Contemporáneos*. Sí, sin duda, pero es único; emana de dos religiosas que no conocieron á la Bienaventurada sino en sus últimos años dentro del claustro; que no tenían noticia exacta de la región en que pasó su infancia, y que, por otra parte, no daban grande importancia a las cuestiones de geografía y cronología. *Vino al mundo, dicen, el día de Santa Magdalena, 22 de Julio de 1648; nació en Terreau, y fué bautizada en la parroquia de Verosvres, pequeño pueblo dependiente de Mâconnais*. En solo esta frase hay tres errores: 1.º, no nació en 1648 sino en 1647; 2.º, Verosvres jamás ha dependido de Mâconnais, sino del Charollais; 3.º, no nació en Terreau. Acaso oyeron decir á la Bienaventurada que su padre era juez de Terreau, y de eso infirieron que había nacido allí; puede ser también que tuviesen á la vista algunas cartas dirigidas á M. Alacoque *juez de Terreau, en Terreau*, y se imaginaron que allí habitaba. Sea lo que fuere, aquel testimonio es aislado, en contradicción con todos los documentos, sin tradiciones en el monasterio, y en consecuencia, nulo y sin autoridad alguna.

2.º Las cartas de 1651 y 1653, dirigidas á M. Alacoque. En los archivos de Paray, existen dos de ellas, de 1651, y muchas de 1655, escritas por personas de Charollais ó de Cluny. Todas tienen esta misma dirección: *Al Sr. Alacoque, juez de Terreau, en Terreau*. Por lo mismo, se dice, no puede haber nada más explícito.

Lo contrario sucede, precisamente; esas cartas no prueban nada, y eso por cuatro razones:

En primer lugar, la Bienaventurada nació en 1647; y el primer título que se exhibe para probar que su padre habitaba en Terreau, y por consecuencia que ella nació allí, es de 1651, es decir, cuatro años posterior al nacimiento. Esta razón podría dispensar de todas las demás.

En segundo lugar, de que en 1651 y 1656 se haya escrito: Al Sr. Alacoque, juez de *Terreau, en Terreau*, no se infiere que él habitase allí; precisamente entre esas dos épocas, 1654, declara que residía en Lhaute-court: *Notario real, residente en Lhaute-cour* (4 de Junio de 1654). Probablemente le escribían á Terreau por negocios judiciales, y allí era el asiento de ellos. La prueba de ello es, que la dirección era siempre: *Juez de Terreau, en Terreau*, jamás: *Notario real, en Terreau*. Le escribían á Terreau como escribimos hoy: *Al señor alcalde de Verosvres, en Verosvres*, aunque habite en una aldea inmediata: *Al señor juez de paz de Paray, en Paray*, aunque resida á dos leguas de ahí. Esto pasa comúnmente, y es un absurdo inferir de allí el domicilio, sobre todo en presencia de una afirmación positiva contraria: *Notario real, residente en Lhaute-cour*.

En tercer lugar, sería preciso probar que en 1647, año del nacimiento de la Bienaventurada, M. Claudio Alacoque era juez de Terreau, no lo era entonces; y aun parece que no lo fué sino mucho más tarde. En efecto, en 1642, su hijo fué llevado á la fuente bautismal por la *señora Claudia de Apchon, esposa de M. de Terreau*; en 1649, otro de sus hijos tuvo por madrina á la *señorita Gilberta Arleloup, dueña del señorío de Terreau*. Si M. Claudio Alacoque hubiera sido entonces juez del señorío de Terreau, nada más natural que tomar este

título para honrar á su familia; y no lo hizo, sino que firma simplemente: *Notario real*, más tarde fué cuando añadió el título de *juez de Terreau*.

En cuarto lugar, y por último, para llevar las cosas al extremo, se presenta la prueba de que en 1647 era juez de Terreau; y sin embargo, nada se ha avanzado. Ciertamente en 1654 era juez de allí y llevaba ese título; pero ese mismo año declara *que habita en Lhautecour*.

En consecuencia, la verdadera posición de M. Claudio Alacoque era la siguiente: notario real en Lhautecour, con residencia allí, juez de Terreau, con sala de audiencia en ese pueblo.

3.º ¿Qué más se objeta todavía? La doble memoria de un boticario, fechada algunas semanas después del fallecimiento de Claudio Alacoque, y que tiene por título, la primera; *Para la señora viuda en Alacoque, madre, en Lhautecour*; y la segunda: *Para la señora viuda Alacoque, de Terreau, en Lhautecour*. ¿Y esto qué prueba? Para distinguir á la suegra, de la hija, ambas viudas y del mismo nombre, se llamaba á la segunda: la *La señora Alacoque, de Terreau*, es decir, viuda del que fué juez de Terreau, pero sin que de ello pueda inferirse cuál era su residencia. Esa memoria prueba más bien en favor nuestro, y recuerda la declaración de Crisóstomo Alacoque: *María Margarita, hija del difunto señor Claudio Alacoque, en vida juez de Terreau, y nacida en Lhautecour*.

4.º Para apoyar todo el sistema y hacerle acordar con los documentos primitivos, se pretende que había una capilla en Terreau en la que estaba depositado el Divinísimo, y un capellán (M. Basset) según consta de una acta pública de 1656. Se agrega, además, para aca-

bar de extraviar la piedad de los peregrinos, que allí fué donde pudieron comenzar las precoces y encantadoras manifestaciones del amor de Margarita hacia la divina Eucaristía. Pero todo ello es un error; la capilla de Terreau que se menciona, existía, es verdad, pero no en el castillo. Si se hubieran estudiado un poco más de cerca los monumentos, se habría visto que estaba en la iglesia de Verosvres. Era una capilla señorial, en que los señores de Terreau oían misa y eran sepultados. De esto hay muchas pruebas en los registros parroquiales.

Así por ejemplo :

“La señora Després murió el 26 de Abril de 1669, y fué sepultada el 27 del presente mes, *en la capilla de Terreau, QUE ESTÁ EN LA IGLESIA DE VEROSVRES.*”

Firmado : ANTONIO ALACOQUE,

Cura de Verosvres.

Esta otra : “El señor de Thulon, muerto el 12 de Febrero de 1661, fué inhumado *en la capilla de Terreau, que está en la iglesia de Verosvres.*” — Firmado : ANTONIO ALACOQUE.

Por último, la siguiente “Luis Girardin fué sepultado *en la iglesia de Verosvres* el 2 de Febrero, día de la Purificación *contigua al costado de la capilla de Terreau*, el año de 1649.

(Véanse también por actas mortuorias de 30 de Agosto de 1652 y de 26 de Julio de 1653).

En consecuencia, la capilla de Terreau no estaba en

el castillo, que aún existe todo entero y en el cual no se ven restos ningunos de aquélla; estaba en la iglesia; era la capilla señorial en que se depositaba al Santísimo Sacramento, según se refiere en todas las actas públicas.

Queda, pues, demostrado por documentos intachables y de gran peso, á los que nada sólido se opone, que M. Claudio Alacoque jamás habitó en Terreau, donde solo tenía su despacho de juez al que iba los días de audiencia para ejercer las funciones de su empleo, lo que explica el por qué se le dirigían allí algunas cartas. Residió en otra aldea de la misma parroquia, llamada Lhautecour, ó para hablar con más propiedad, en un grupo pequeño de casas, llamado los Janots, que forma parte de Lhautecour y del cual sólo está separado por un sendero; allí habitaba en su casa patrimonial, que existe todavía, y en la que residió en 1644, 49, 54 y 56. Allí nació la Bienaventurada en 1647 como lo acreditan todos los testimonios y documentos, salvo la *Memoria de los contemporáneos*, cuyo error queda plenamente demostrado.

NOTA VI

Genealogía de los antepasados de la Bienaventurada Margarita María Alacoque, tomada de los archivos del castillo de Audour, parroquia de Dompierre-les-Ormes, diócesis de Autun.

N. ALACOQUE

M. N. Alacoque, de la aldea de Audour, parroquia de Dompierre-les-Ormes, diócesis de Autun, fué pariente de *Benita Alacoque*, mujer de Juan Fabry de Audour, que, según una nota de los archivos del castillo de Audour, fecha 27 de Enero de 1470, vendió conjuntamente con su marido al noble Filiberto de Fautrière, señor de Audour, sus derechos y acciones, tanto en el valle de la Rate, situado en Audour, y vendido por *Juan Alacoque*, como en los otros bienes muebles é inmuebles, situados en Audour. Juan Fabry era sin duda pariente ó de Hugo Fabry, abad de Cluny en 1347, ó de Andrés Fabry, que en 1520 era cura de Curtil-sans-Buffières, hoy pequeña parroquia del arciprestazgo de Cluny y en otro tiempo pingüe beneficio.

N. Alacoque fué ciertamente padre de *Juan Alacoque*, ya mencionado y del que se habla en dos actas de 1481, en otra de 1511, en dos de 1518, en una de 1519, en dos de 1520, en dos de 1523, 1529 y 1545, en las cuales figura con sus hermanos y otros parientes, como vendedor, adquirente, ó copropietario de casas, de prados

y de tierras en jurisdicción de Audour. En fin, un acta de 17 de Agosto de 1548 le menciona como padre de *Guillermo Alacoque*.

N. Alacoque fué padre también de *Vicente Alacoque*, de quien se habla en una acta de 1478, como propietario de un terreno situado en Audour, y en otra de 1481 como propietario con sus hermanos de un prado y de una casa en territorio de Audour, *Luis Alacoque*, calificado de sobrino de *Juan Alacoque*, en un acta de 1481, y probablemente hijo y heredero de *Vicente Alacoque*, es citado en actas de 3 de Marzo y 13 de Mayo de 1513, en otra de 1516, en dos de 1518, en una de 1520, de 1523 y de 1526; en fin, en dos de 1528, como condueño, comprador ó vendedor de varias casas é inmuebles situados en Audour.

N. Alacoque fué además padre de *Guyot Alacoque*, mencionado en una acta de 1483, y en dos de 1484, como propietario con sus hermanos, de una casa, de prados y de terrenos en Audour.

N. Alacoque fué finalmente padre de

BENITO ALACOQUE

Un acta de 1482, otra de 1483, dos de 1518 y una de 1520 le designan como condueño y concesionario, con sus hermanos y otros parientes, de varios prados, terrenos y casas en el territorio mencionado.

Fué padre de *Filiberto Alacoque*, según se refiere en una acta de 9 de Noviembre de 1518, relativa á la venta de varios inmuebles. En actas de 1526 y de 1543, en dos de 1544, en dos de 1545 y en una de 1562 en que se llama *Filiberto Alacoque el mayor*, se le menciona como

cambista, ó comprador, en unión de sus hermanos, de algunos inmuebles situados en Audour y en Frouges, parroquia de Dompierre.

También fué padre de *Guillermo Alacoque*, como constan en la referida acta de 9 de Noviembre de 1578. En actas de 1526, de 1543, de 1544, 45 y 62, se enumeran los terrenos de que era propietario, vendedor ó comprador juntamente con sus hermanos.

Fué padre asimismo de *Edouard Alacoque*, como resulta del acta de 1518, ya referida. Además se hace mención de él en un acuerdo de 2 de Febrero de 1526, relativo á las tierras de la Toull, entre él, sus hermanos y Filiberto Balay, notario de Dompierre y fundador de una limosna anual y perpetua de ochenta medidas de centeno, actualmente servida por la señora condesa de Marcellus, propietaria del castillo de Audour.

Por último, fué padre de *Damiyennay Alacoque*, como lo prueba el acta ya citada de 9 de Noviembre de 1518. Probablemente es el mismo que *Claudio Alacoque*, también llamado hijo de *Benito Alacoque*, en una acta de 21 de Agosto de 1520, relativa á la venta de la mitad de los prados de la Rate y de otros bienes situados en jurisdicción de Audour, en provecho de *Juan Alacoque*, ya mencionado. El acta de Noviembre habla aun tres veces de otro *Alacoque Quod dinno*. Este sobrenombre es sin duda un término patuá.

Guillermo Alacoque, ó uno de sus tres hermanos referidos, fué el padre de

FILIBERTO ALACOQUE

De él se hace mención: 1.º En un recibo de 17 de Mar-

zo de 1548, extendido á favor suyo ante notario, por el Sr. Guy Balay, sacerdote domiciliado en Dompierre y prior de Dompvent, parroquia de Verosvres. 2.º En una acta de 20 de Octubre de 1562, relativa á la venta hecha á M. Juan de Poncerd, de Dompierre, de una parte del *Molino Alacoque*, situado en Audour, y cuyos dos novenos pertenecían á *Filiberto Alacoque*, personero de Claudio Bonetain. 3.º En dos actas de los años de 1575 y 1579, de venta y sentencia á su favor.

Fué padre: 1.º, de *Guillermo Alacoque*, como se afirma en el recibo precitado de 17 de Marzo de 1548. *Guillermo Alacoque* tuvo dos hijos, á saber: 1.º *Vicente Alacoque*, notario real en Audour, de 1594 á 1627, como consta en actas de 30 de Noviembre de 1581, de 6 de Noviembre de 1594 y en otras varias que le mencionan, así como á *Luis Alacoque*, probablemente hijo suyo, también notario real de Audour, de 1642 á 1652; 2.º, *Juan Alacoque*, como aparece en actas de 1556, 59 y 64, en las que se habla de *Guillermo Alacoque* y de *Juan Alacoque* su hijo, ambos de Audour.

Fué padre: 2.º, de

CLAUDIO ALACOQUE

Está probado que *Claudio Alacoque* es hijo de *Filiberto Alacoque*, porque de una parte el acta de 30 de Marzo de 1581, establece que *Claudio Alacoque* es hermano de *Guillermo Alacoque*, y que por otra parte el acta de 17 de Marzo de 1548, hace constar que *Guillermo Alacoque* es hijo de *Filiberto Alacoque*. Una acta de 30 de Noviembre de 1581 contiene la partición de diversos bienes situados en Audour, entre *Claudio Ala-*

coque por una parte, y *Guillermo y Vicente Alacoque*, su hijo, por otra. En fin, una acta de 6 de Noviembre de 1594 contiene también la partición entre el noble Filiberto de Fautrière, señor de Audour, Esteban Desbot, el noble Filiberto de Poncerd, señor de Lafay, parroquia de Dompierre-les-Ormes, de una parte, y de otra *Guillermo Alacoque, Claudio Alacoque, Vicente Alacoque, Juan Alacoque, Benito Delarroche y Marcos Alacoque*, todos residentes en el pueblo de Audour, de los bosques llamados de Lafayolle y de Ravières, situados en jurisdicción de Audour, y de los que una octava parte fué consignada á los *susodichos Alacoque* y Delarroche.

Claudio Alacoque, si no de una manera cierta, sí muy probable, es el mismo *Claudio Alacoque* abuelo de la Bienaventurada, sea á causa de la semejanza de nombre y apellido, ó por la coincidencia de los años. Otra prueba resulta de la circunstancia de que desde el año de 1594 ya no se encuentra en los archivos del castillo de Audour el nombre de *Claudio Alacoque*, mientras que sí figura el de los otros *Alacoque*, principalmente en un registro de repartición de contribuciones de guerra de 17 de Mayo de 1598, que menciona solamente á *Vicente Alacoque* como notario real y contribuyente.

RESUMEN

1470 *N. Alacoque*, padre de

1470-1545	{	Juan Alacoque, padre de Guillermo Alacoque. Vicente Alacoque, probablemente padre de Luis Alacoque.
1478-1480		
1583-1484		

Guyot Alacoque.

1482-1520 *Benito Alacoque*, padre de

1518-1545	Filiberto Alacoque.	{	Uno de estos cuatro Alacoque, probablemente Guillermo Alacoque, fué padre de
1518-1562	Guillermo Alacoque		
1518-1526	Emard Alacoque.		
1518-1520	Damiyennay Alacq.		

Filiberto Alacoque, padre de

1581-1594	{	Guillermo Alacoque, padre de Vicente Alacoque, notario, y de Juan Alacoque, marido de Juana Delarroche, padre y madre de Claudio Alacoque, nacido en 1615 y padre de la Bienaventurada.

El infrascrito, Cura de Dompierre-les-Ormes, certifica la conformidad el 20 de Septiembre de 1873.—*Juan Luis Mamessier*.

NOTA VI

ACTAS DE BAUTISMO DE LOS PADRES Y PARIENTES DE LA
BIENAVENTURADA

I

Acta de bautismo del padre de la Bienaventurada.

“Claudio, hijo de Claudio Alacoque y de Juana Delar-
roche de Lhautecourt, fué bautizado el veintiocho de
Mayo de mil seiscientos quince; fueron sus padrinos:
Claudio (*nombre ilegible*), feligrés de Saint-Bonnet-de-
Joux y Juan Bernad; y sus madrinas: Claudia, mujer de
Dionisio Alacoque; Benita, mujer de Claudio Bernad;
Benita, mujer de Claudio Delarroche (*sigue otro nom-
bre ilegible*), y fué bautizado por mí, cura de Verosvres,
el año y día citados.

Firmado: JUAN ALACOQUE.”

II

Acta de bautismo de Benita Alacoque, tia de la Bienaventurada.

“Benita, hija de Claudio Alacoque y Juana Delarro-
che, fué bautizada el veinte de Setiembre de mil seis-
cientos diez y nueve, y fueron sus padrinos: Filiberto
de la Salle y Mateo de la Salle; y sus madrinas: Benita,
mujer de Juan (*nombre ilegible*), Claudia, mujer de

Dionisio Alacoque (*siguen otros dos nombres ilegibles*); y fué bautizada por mí, cura de Verosvres, el año y día mencionados.

Firmado: JUAN ALACOQUE.,,

III

Acta de bautismo de otra tía de la Bienaventurada.

“Dominga , hija de Claudia Alacoque y de Juana Delarroche, fué bautizada el domingo diez y ocho de Diciembre de mil seiscientos veintidós, y fueron sus padrinos: Andrés Alacoque, Juan Ducerf y Mateo de la Salle (ó Valle); y sus madrinas: Juana, mujer de Guillermo (*nombre ilegible*). Claudia, mujer de Dionisio Alacoque (*siguen otros nombres indescifrables*), y fué bautizada por mí, cura de Verosvres.

Firmado: JUAN ALACOQUE.,,

IV

Acta de bautismo de Juan Alacoque, hermano de la bienaventurada.

“Juan, hijo del maestro Claudio Alacoque, notario real, y de la señora Filiberta Lamyn, fué bautizado por mí el infrascrito, el nueve de Julio de mil seiscientos cuarenta. Su padrino M. Juan Alacoque, sacerdote de Verosvres, y su madrina Benita Meulin.

Firmado: ANTONIO ALACOQUE.,,

V

Acta de bautismo de Claudio Filiberto Alacoque, segundo hermano de la Bienaventurada.

“El suscrito sacerdote, cura de Verosvres, ha bautizado un hijo de M. Claudio Alacoque, notario real del lugar, y de Filiberta Lamyn. Su padrino y madrina son: Señora Claudia Curonne d' Apchon, compañera y esposa de M. Terreau y M. Filiberto Lamyn, notario real en Saint Pierre-le-Vieux, que le han dado los nombres de Claudio Filiberto.

Fecha en la Iglesia de Verosvres el 27 de Junio de 1642.

Firmado: OCURONNE D'APCHON.

LAMYN |PH.

ANTONIO ALACOQUE.,,

VI

Acta de bautismo de Catalina Alacoque, hermana de la Bienaventurada.

“Catalina, hija de M. Claudio Alacoque, notario real, y de Filiberta Lamyn, fué bautizada por mí el infrascrito cura de Verosvres, el veintisiete de Febrero de mil seiscientos cuarenta y cuatro. Su padrino, M. Nicolás de Lapraye, boticario residente en Charolles; su madrina Catalina Alacoque.

En fe de lo cual firma el Señor de la Praye.

Firmado: DE LA PRAYE.

ANTONIO ALACOQUE.,,

VII

Acta de bautismo de Crisóstomo Alacoque, hermano
de la Bienaventurada.

“Crisóstomo, hijo de M. Claudio Alacoque, notario real, residente en Verosvres, y de Filiberta Lamyn, fué bautizado por mí el infrascrito cura de Verosvres, hoy domingo seis de Mayo de mil seiscientos cuarenta y cinco. Su padrino M. Crisóstomo Dagonnaud, lugar-teniente de la mariscalía de Charollais: la madrina Filiberta de Labellière.

*Firmado:—*DAGONNAUD.

ANT. ALACOQUE.,,

VIII

Acta de bautismo de la Bienaventurada.

“Margarita , hija de M. Claudio Alacoque , notario real, y de la señora Filiberta Lamayn, fué bautizada por mí el infrascrito cura de Verosvres, el jueves veinticinco de Julio de mil seiscientos cuarenta y siete; fui su padrino yo, Antonio Alacoque, sacerdote cura de dicho lugar (*entre renglones:* y Toussaint de la Roche la llevó á la sagrada fuente baptismal), y su madrina la señora Margarita de St. Amour, mujer del Sr. de Courcheval. Ambos firman al calce.

C. DE FRAUTRIERE.

M. DE ST. AMOUR.

COURCHEVAL.

ANT. ALACOQUE.,,

IX

Acta de bautismo de Gilberta Alacoque, hermana
de la Bienaventurada.

“Hoy, veintitrés de Mayo de mil seiscientos cuarenta y nueve, en la iglesia de Verosvres, yo el infrascrito Antonio Alacoque, cura de dicho Verosvres, bauticé á Gilberta Alacoque, hija del Sr. Claudio Alacoque, notario real, y de la señora Filiberta Lamyn, su esposa, ambos feligreses de esta parroquia. La tuvieron en la fuente baptismal el Sr. Santiago de la Bellière, notario real, tío de la señora Filiberta Lamyn, y la señorita Gilberta de Arleloup, propietaria del señorío de Terreau.

ANT. ALACOQUE.”

X

Acta de bautismo de Santiago Alacoque, hermano
de la Bienaventurada.

“Santiago, hijo del Sr. Claudio Alacoque, notario real de Verosvres, y de Filiberta Lamyn, fué bautizado por mí el infrascrito cura de Verosvres, el domingo diez y nueve de Noviembre de mil seiscientos cincuenta y uno. Fueron sus padrinos el Sr. Santiago de la Bellière y Ana de Saint-Julien, que firman.

DE LA BELLIERE.

ANA DE SAINT-JULIEN.

ANT. ALACOQUE.”

XI

Acta de bautismo de Juan Delarroche, hijo de Toussaint Delarroche y de Benita Alacoque, tía de la Bienaventurada.

“Juan, hijo de Toussaint Delarroche y de Benita Alacoque, del pueblo de los Janots, parroquia de Verosvres, fué bautizada por mí, cura de dicho lugar de Verosvres, el lunes trece de Octubre de mil seiscientos cuarenta y nueve. Fueron sus padrinos Juan Arleloup, señor de Terreau, y Benita de Meulin. Firma el padrino.

JUAN ARLELOUP.

ANT. ALACOQUE.”

XII

Acta de bautismo de Margarita Delarroche.

“Margarita, hija de Toussaint Delarroche y de Benita Alacoque residente en Lhautecour, fué bautizada por mí el infrascrito cura de Verosvres, el jueves cuatro de Junio de mil seiscientos cincuenta y cuatro. Fueron sus padrinos Juan Lachère, mariscal de Terreau y Margarita Alacoque, hija de Claudio Alacoque y de Filiberta Lamyn, notario real residente en Lhautecour.

ANT. ALACOQUE.”

XIII

Acta de bautismo de Antonio, hijo de Toussaint Delarroche y de Benita Alacoque, tío de la Bienaventurada.

“Antonio, hijo de Toussaint Delarroche y de Benita Alacoque, del pueblo de Lhautecour, parroquia de Verosvres, fué bautizado por mí el infrascrito cura de dicho lugar, el sábado cinco de Febrero de mil seiscientos cincuenta y seis, y se le impuso mi nombre, teniéndole en la fuente bautismal, en lugar mío, el llamado Santiago Maritain, y fué la madrina Benita de Meulin.

ANT. ALACOQUE.”

XIV

Acta de bautismo de Francisca Gabriela, hija de Toussaint Delarroche y de Benita Alacoque, tía de la Bienaventurada.

“Juana Gabriela, hija de Toussaint Delarroche y de Benita Alacoque, de Lhautecour, parroquia de Verosvres, fué bautizada hoy cinco de Marzo de mil seiscientos cuarenta y nueve, por mí el infrascrito cura de dicho lugar. Fueron sus padrinos el Sr. Juan Demeulain y Gabriela Lagrange.

ANT. ALACOQUE.”

Por copia conforme de todas las actas precedentes.

DESSOLÍN,
Cura de Verosvres.

NOTA VII

Actas de defunción de los padres de la Bienaventurada.

Hemos dicho en el capítulo segundo, que para acabar de resolver todos los problemas que aparecen en la primera parte de la Bienaventurada, teníamos necesidad de conocer las actas de defunción de sus padres. Hasta ahora sólo hemos hallado la de la madre. Héla aquí:

Acta de defunción de Filiberta Lamyn, madre de la Bienaventurada

“El veintisiete de Julio de mil seiscientos setenta y seis, yo el infrascrito certifico haber enterrado á la señora Filiberta Lamyn, en la iglesia de Verosvres, sepulcro de sus predecesores; murió de cerca de sesenta y cuatro años, habiendo recibido todos los sacramentos necesarios á una fiel cristiana. Fecha en presencia de M. Santiago Alacoque, subdiácono, y del Sr. Juan Crisóstomo Alacoque, feligrés de la dicha parroquia de Verosvres; y firmaron:

ALACOQUE,
Subdiácono.

J. C. ALACOQUE.

ALACOQUE,
Cura de Verosvres.

Por copia conforme del acta que precede.

DESSOLIN,
Cura de Verosvres.,

NOTA VIII

Testamento hecho por la Bienaventurada el 19 de Junio de 1671, en el acto de entrar en Paray.

Repetimos ahora lo que ya habíamos dicho en el capítulo III: este testamento no es íntegro, es un *extracto* pedido en 1692 por una de las sobrinas de la Bienaventurada, la Srta. Huguette Alacoque, lo que explica por qué no se habla en ese *extracto* más que de los legados hechos á los Alacoque, y de ninguna manera de los pertenecientes á los Delarroche y demás miembros de la familia. Todos nuestros esfuerzos para hallar la segunda parte de ese testamento, han sido estériles. El extracto, autorizado por notario, que tenemos á la vista, tiene el siguiente título:

Extracto del testamento de la Srta. Margarita María Alacoque,
de la parroquia de Verosvres, del 19 de Junio de 1671.

Ante el Notario real, que suscribe, residente en el lugar de Saint-Martin de Ozalles, y en presencia de los testigos que se mencionarán después, y llamados aquí expresamente,

Compareció en persona la Srta. Margarita Alacoque, hija del difunto M. Claudio Alacoque, en vida Notario Real del lugar de Verosvres, y lugarteniente de las tierras y señoríos de Terreau.

NOTA VII

Actas de defunción de los padres de la Bienaventurada.

Hemos dicho en el capítulo segundo, que para acabar de resolver todos los problemas que aparecen en la primera parte de la Bienaventurada, teníamos necesidad de conocer las actas de defunción de sus padres. Hasta ahora sólo hemos hallado la de la madre. Héla aquí:

Acta de defunción de Filiberta Lamyn, madre de la Bienaventurada

“El veintisiete de Julio de mil seiscientos setenta y seis, yo el infrascrito certifico haber enterrado á la señora Filiberta Lamyn, en la iglesia de Verosvres, sepulcro de sus predecesores; murió de cerca de sesenta y cuatro años, habiendo recibido todos los sacramentos necesarios á una fiel cristiana. Fecha en presencia de M. Santiago Alacoque, subdiácono, y del Sr. Juan Crisóstomo Alacoque, feligrés de la dicha parroquia de Verosvres; y firmaron:

ALACOQUE,
Subdiácono.

J. C. ALACOQUE.

ALACOQUE,
Cura de Verosvres.

Por copia conforme del acta que precede.

DESSOLIN,
Cura de Verosvres.

NOTA VIII

Testamento hecho por la Bienaventurada el 19 de Junio de 1671, en el acto de entrar en Paray.

Repetimos ahora lo que ya habíamos dicho en el capítulo III: este testamento no es íntegro, es un *extracto* pedido en 1692 por una de las sobrinas de la Bienaventurada, la Srta. Huguette Alacoque, lo que explica por qué no se habla en ese *extracto* más que de los legados hechos á los Alacoque, y de ninguna manera de los pertenecientes á los Delarroche y demás miembros de la familia. Todos nuestros esfuerzos para hallar la segunda parte de ese testamento, han sido estériles. El extracto, autorizado por notario, que tenemos á la vista, tiene el siguiente título:

Extracto del testamento de la Srta. Margarita María Alacoque,
de la parroquia de Verosvres, del 19 de Junio de 1671.

Ante el Notario real, que suscribe, residente en el lugar de Saint-Martin de Ozalles, y en presencia de los testigos que se mencionarán después, y llamados aquí expresamente,

Compareció en persona la Srta. Margarita Alacoque, hija del difunto M. Claudio Alacoque, en vida Notario Real del lugar de Verosvres, y lugarteniente de las tierras y señoríos de Terreau.

La cual, estando en plena salud de cuerpo, espíritu, memoria y entendimiento, como visiblemente nos ha parecido á mí, el dicho Notario, y á los referidos testigos, y dispuesta para entrar en religión en Santa María del convento de Paray le Monial, según las superiores y otras señoras del dicho convento se lo han hecho esperar; deseando evitar todas las dificultades que pudieran nacer entre sus parientes para la requisición de sus bienes, después que haya profesado, me ruega y requiere que escriba su presente testamento, disponiendo de sus bienes de la manera que sigue:

Primero. Hace la venerable señal de la cruz, pronunciando las palabras acostumbradas; ruega á Su Divina Majestad tenga misericordia de ella, perdonándole sus ofensas y concediéndole gracia para lograr su intento; á este fin, implora también el auxilio de la gloriosa Virgen María y el patrocinio de los santos y santas del Paraíso; y viniendo, como se ha dicho, á la disposición de sus bienes, dona y lega á la iglesia de Verovres la suma de veinticinco libras, cuya suma quiere que se emplee en un estandarte ó en una casulla para la parroquia y que esa cantidad sea pagada inmediatamente después de la profesión por su heredero, que se mencionará después.

Item. Da y lega, por derecho de institución, herencia y legado particular, á la Sra. Filiberta Lamyn, su querida madre, la suma de quinientas libras, que ella le había dado de sus bienes por el contrato de matrimonio de Juan Crisóstomo Alacoque, su hermano, con la señorita Angélica Aulmosnier, cuya suma quiere le sea en-

tregada inmediatamente después de su profesión, para disponer de ella como á bien lo tenga, y quiere además que al mismo tiempo se le entregue la suma de diez y ocho libras para ser empleadas en comprarle un hábito.

Item. Dona y lega á Santiago Alacoque, su hermano, actual estudiante en el colegio de Cluny, la suma de trescientas libras; una cama que le fué dada por testamento del difunto Claudio Alacoque, su padre; su cofre tal como lo dejó en la casa, ó por valor de éste, si no está, la suma de diez y ocho libras; además un mantel, una docena de servilletas, un plato y una escudilla de estaño con una cuchara de plata, todo pagadero cuando el legatario haya llegado á la mayor edad, sin intereses, por todos los derechos que puedan tener en sus bienes, suplicándole acepte el presente legado.

Item. Da y lega á Huguette y Magdalena Alacoque, hijas de los referidos cónyuges Alacoque y Aulmosnier, sobrinas suyas, á cada una de ellas la suma de trescientas libras, y además... (*aquí hay una línea borrada*)... de treinta libras, pagaderas cuando estén al contraer matrimonio ó cuando hubiesen llegado á la mayor edad, por su heredero que se nombrará después.

Item. Quiere que un rebaño de ovejas que le pertenece y está en poder de Pedro... sea dividido en dos partes iguales, á saber: la mitad para Santiago su hermano y la otra mitad para la niña Claudia Alacoque, hermana de las mencionadas legatarias, y para la referida Huguette Alacoque, á fin de que participen igualmente del capital y de los aumentos que ha tenido é irá teniendo,

De las dos mitades, como se ha dicho, una para Santiago y la otra para las dos sobrinas Claudia y Huguette.

A la cual Claudia Alacoque, hija mayor de los mencionados esposos Alacoque y Aulmosnier, nombra, cría é instituye su heredera universal, sola y en todo el resto de sus bienes de que aquí no se ha hecho mención, con la carga de pagar los referidos legados, y además la dote tal como la ha prometido á las religiosas del dicho convento de Santa María de Paray, y además con la obligación de pagarle anualmente la suma de cinco libras desde el día de su profesión y durante toda su vida.

Nombra por executor del presente testamento á dicho señor Juan Crisóstomo Alacoque, á quien encarga el cuidado y en quien confía, puesto que, como lo tiene dicho, le ha prestado toda clase de asistencia desde la muerte de su padre.

En caso de que por graves inconvenientes el convento dejase de subsistir, se reserva el derecho de recobrar sus otros bienes que hayan sido entregados al convento para poder establecerse en otro, y para esto, llegado el caso, implora la asistencia del referido señor su hermano.

Así es como quiso la dicha señorita testadora que se escribiese este testamento, revocando y anulando todos los que antes haya podido haber hecho, queriendo que el presente valga y subsista en la mejor forma en que los testamentos y disposiciones de última voluntad puedan y deban valer.

Hecho, leído y firmado en la casa de dicha señorita testadora y en el aposento que designó aparte para este objeto, siendo las diez de la mañana del día diez y nueve de Junio de mil seiscientos setenta y uno. Asistieron Guillermo Aulmosnier, señor de Chalanforge y Antonio Delarroche, clérigo de Verosvres, testigos requeridos, llamados y suscritos, en presencia de los cuales fué leído y releído este testamento, después de lo cual ella declaró que así era su voluntad.

La minuta del testamento está firmada.—*Margarita Alacoque.*—*Aulmosnier de Chalanforge.*—*A. Delarroche* y *G. Declessy*, notario real.

Extracto sacado y comprobado por mí, notario real, del testamento que me fué presentado original y retirado luego por M. Giraud Declessy, práctico de Ozolles, en cuyo poder está el protocolo de su difunto padre M. Gaspar Declessy, en vida notario real del dicho Ozolles. Se ha sacado para valer y servir en lo que corresponda al señor (*nombre ilegible, pero sabemos que es Juan Lombard*), alcalde y representante de los derechos de la señorita Huguette Alacoque, una de las legatarias nombradas en dicho testamento.

Fecha el día diez y ocho de Julio de mil seiscientos noventa y dos, estando presente el referido Declessy, que firma

DECLESSY.

PORNON,
Notario real.

NOTA IX

Algunas noticias referentes á la familia Alacoque, tomadas del inventario de los archivos del castillo de Audour, parroquia de Dompierre-les-Ormes, diócesis de Autun.

1.—24 de Junio de 1470.—Venta al noble Guillermo de Fautrière, señor de Audour, por Juan Fabry y *Benita Alacoque* su mujer, vecinos de Audour, de sus derechos, tanto en el valle de la Rate, situado en Audour y vendido por *Juan Alacoque*, como de sus casas y de sus bienes muebles é inmuebles, ubicados en dicho lugar de Audour.

2.—30 de Marzo de 1481.—Tierra de *Juan Alacoque*, situada en Audour, y lindando al Norte con la Verchère-du-Pont, vendida por Juan Camy, de Audour, á Juan Balay notario en Dompierre.

3.— 1478.—Tierra de *Vicente Alacoque*, situada en jurisdicción de Audour, parroquia de Dompierre.

4.—6 de Febrero de 1841.—Arrendamiento por los nobles Mateo y Filiberto de Fautrière, hermanos, y señores de Audour, á *Juan Alacoque* y á *Luis Alacoque*,

su sobrino, de una casa situada en Audour, y contigua al jardín del dicho *Juan Alacoque*, adquirido por el de Guillermo Camy, mediante la renta anual de un blanco y de una gallina, pagaderos en el dicho lugar de Audour.

5.— 1481.—Casa y prado de *Vicente Alacoque* y de sus hermanos, situados en Audour, y contiguos á una tierra y á un prado vendidos por Moreau Vagier á M. Juan Balay, notario en Dompierre.

6.—4 de Diciembre de 1482.—Tierra y prado de *Benito Alacoque*, situados en Audour é inmediatos á un prado y una tierra vendidos por Vicente Moreaulx á M. Juan Balay, notario en Dompierre.

7.—13 de Mayo de 1483.—Acuerdo entre Benito Debrus, Hugo Debrus, de Poisolles, y *Benito Alacoque*, *Guyot Alacoque*, hermanos de Audour, respecto de los arbustos y tierras del prado Monillón, divididos entre ellos y acotados según sus respectivos derechos.

8.—5 de Enero de 1484.—Casa de habitación y prado de *Guyot Alacoque* y esposa, vecinos de Audour, contiguos á un terreno vendido por Hugo y Guillermo Vaulgier, de Audour, á M. Juan Balay, notario en Dompierre.

9.—23 de Abril de 1484.—Prado de *Guyot Alacoque* y de *Hugo Alacoque*, situado en Audour, y contiguo al prado llamado Dupay, vendido por Pedro Camy, de Audour, á M. Juan Balay, notario real en Dompierre.

10.— 1488.—El nombre de *Guyot Alacoque* se menciona en una acta del año de 1488.

11.—Enero de 1511.—Cesión por *Juan Alacoque* y *Antonio Alacoque* al señor Mateo de Fautrière, señor de Audour, de sus derechos y acciones en sus bienes, situados en jurisdicción de Audour.

12.—3 de Marzo de 1513.—Adquisición de Benito Aumonier, por *Luis Alacoque* y Juan Delagrangé de la mitad de una casa situada en Audour.

13.—13 de Mayo de 1513.—Prado de *Luis Alacoque* y *consorte*, inmediato al gran prado situado en Audour, y vendido por Benito Deboisdulin á la noble María de Vaulx, viuda de Juan Nogu, señor de Faulin.

14.—15 de Febrero de 1516.—Prado de *Luis Alacoque*, situado en Audour, contiguo al prado llamado Mardier, ubicado también en Audour, y vendido por Benito y Claudio Deboisdulin á M. Filiberto Balay, notario en Dompierre.

15.—8 de Junio de 1518.—Cesión por *Luis Alacoque*, *Juan Alacoque* y *Benito Alacoque*, vecinos de Audour, á Juan Remillet y socios de una casa, de una granja y de un establo, situados en dicho Audour.

16.—9 de Noviembre de 1518.—Cesión á Guillermo Remillet por *Luis Alacoque* y *Juan Alacoque*, y también por *Filiberto Alacoque*, *Guillermo Alacoque*, *Emard Alacoque* y *Damiennay Alacoque*, hijos y herederos

de *Benito Alacoque*, de la sementera de los *Alacoques*, situada en Audour, de la huerta de la Fontaine y del campo de los Combes, todos contiguos á la tierra de *Alacoque Quod dino*.

17.—7 de Enero de 1519.—Venta por Claudio Deboisdulin á *Juan Alacoque* de la mitad de los prados de la Rate y de los Lytres, situados en jurisdicción de Audour.

18.—1.º de Enero de 1520.—Casa de *Juan Alacoque* y de *Luis Alacoque*, situada en Audour é inmediata á la tierra de los Combes, vendida por Claudio Boisdulin á M. Filiberto Balay, notario en Dompierre.

19.—21 de Agosto de 1520.—Adquisición por *Juan Alacoque*, de *Benito Alacoque* y de *Claudio Alacoque*, su hijo, de la mitad de los prados de la Rate, y de los Lytres situados en términos de Audour.

20.—2 de Octubre de 1523.—Hortaliza de *Juan Alacoque* y de *Luis Alacoque*, lindando con una casa situada en Audour, y vendida por Filiberto de Nagu, señor de Faulin, á M. Filiberto Balay, notario en Dompierre.

21.—24 de Febrero de 1526.—Convenio entre M. Filiberto Balay, notario en Dompierre, y *Juan Alacoque*, *Luis Alacoque*, *Claudio Alacoque*, *Filiberto Alacoque*, *Guillermo Alacoque* y *Emard Alacoque*, residentes en Audour, respecto de las tierras del alto de la Toule, contiguas á la tierra de los herederos de *Guyot Alacoque*.

22.—31 de Enero de 1528.—Tierra y hortaliza de *Luis Alacoque*, y tierra de *José Alacoque*, vendidas por Guillermo y Hugo Remillet, de Audour, á M. Filiberto Balay, notario en Dompierre.

23.—30 de Noviembre de 1528.—Convenio entre *Luis Alacoque* y *Filiberto de Boisdulin*, respecto de una tierra llamada la Seigne-sous-la-Maison *Alacoque*, y de la cual una tercera parte se aplicó á Filiberto Boisdulin, y el resto á Luis Alacoque.

24.—1.º de Junio de 1529.—Prado de *Juan Alacoque*, lindando con el prado de la Faytte, situado en Audour y vendido por Guyot Vaugier á Filiberto Balay, notario en Dompierre, y tierra de los *herederos Alacoque*, contigua al prado Quadran.

25.—30 de Marzo de 1543.—Permuta entre *Guillermo Alacoque*, *Filiberto Alacoque* y el noble Filiberto de Fautrière, señor de Audour, de la hortaliza de Laval, por la tierra llamada también Laval.

26.—4 de Marzo de 1544.—Venta á M. Guy Balay, sacerdote de Dompierre y prior de Drompvent, parroquia de Verosvres, por *Filiberto Alacoque*, de un prado indiviso con *Guillermo Alacoque* é inmediato al prado de *Antonio Alacoque*, que posee otros varios prados en Audour.

27.—26 de Diciembre de 1544.—Adquisición por *Filiberto Alacoque* y *Guillermo Alacoque*, de Juan Dalman, de un prado llamado los Closeaux ó Couzeaux, situado en Frouges, parroquia de Dompierre.

28.—Noviembre de 1545.—Transacción entre *Juan Alacoque*, *Guillermo Alacoque*, *Antonio Alacoque* y *Filiberto Alacoque*, todos de Audour, y el noble Gaspar de Fautrière, Sr. de Audour, relativamente al agua de la de la fuente de los dichos *Alacoque* que se derramaba perjudicando el molino del Sr. de Audour.

29.—30 de Noviembre de 1545.—Arrendamiento por Filiberto de Nagu, Sr. de Frouges, á *Filiberto Alacoque* y *Guillermo Alacoque*, de una casa de 29 pies sobre 27, situada en Frouges, por la renta anual de... dineros, una gallina y una medida de centeno.

30.—17 de Marzo de 1548. — Recibo extendido por M. Guy Balay á favor de *Filiberto Alacoque* y de *Guillermo Alacoque* su hijo.

31.—17 de Agosto de 1548.—Acta en que se menciona á *Guillermo Alacoque*, hijo de Juan Alacoque.

32.— 1556.—Permuta entre *Guillermo Alacoque* y *Juan Alacoque su hijo*, de Audour, y Filiberto Noly, de Comerçon, parroquia de Dompierre, de la mitad del prado de Lonsaigne por el prado Lauguerre, abajo del estanque de Pézannin y la tercera parte del valle del Perrier.

33.—29 de Marzo de 1559.—Venta por *Guillermo Alacoque* y *Juan Alacoque su hijo*, de Audour, á la señora María Delacour, dama de Audour, de dos establos con corrales, situados en dicho Audour.

34.—13 de Noviembre de 1559.—Venta por *Guillermo Alacoque* y *Juan Alacoque su hijo*, de Audour, á la señorita María de Lacour, dama de Audour, de una tierra nombrada Faurcher, situada en Audour, bajo el servicio debido al curato de Dompierre.

35.—20 de Octubre de 1562.—Venta á Juan de Poncerd, de Dompierre, de una parte del *molino Alacoque*, situado en Audour, del cual $\frac{2}{3}$ son para el dicho Juan de Poncerd, $\frac{1}{9}$ para *Marcos Alacoque*, y $\frac{2}{9}$ para *Filiberto Alacoque*, personero de Claudio Bonnetain, y contiguo al prado de *Filiberto Alacoque el anciano* y de *Guillermo Alacoque*.

36.—Abril de 1574.—Venta á *Guillermo Alacoque*, de Audour, por Benito Grandjean y Benito Marot, de Commerçon, de un prado situado en dicho Commerçon, nombrado la Seigne-du-Rus, de cabida de cuatro carros de heno.

37.—20 de Mayo de 1575.—Venta á *Filiberto Alacoque* y *Claudio Alacoque*, de Audour, por Luis Grandjean y Benito Marot, de Commerçon, de la tierra y del prado hacia la Motte, situados en dicho Commerçon.

38.—6 de Abril de 1577.—Arriendo de tierras por Luis Grandjean y Benito Marechal, de Commerçon, á *Guillermo Alacoque*, de Audour, de un prado situado en Commerçon, y nombrado la Seigne-du-Verchères, de cabida de cuatro carros de heno.

39.—8 de Noviembre de 1579.—Sentencia por *Filiberto*

Alacoque contra el procurador de oficio del señorío de Frouges, parroquia de Dompierre.

40.—30 de Marzo de 1581.—Venta por *Guillermo Alacoque* y *Claudio Alacoque* hermanos, de Audour, al noble Filiberto de Fautrière, señor de Audour, del prado del Rus, y del prado y de la tierra del Montel, todos situados en Commerçon.

41.—3 de Noviembre de 1581.—Partición entre *Claudio Alacoque*, *Guillermo Alacoque* y *Vicente Alacoque* su hijo, de los bienes que han pertenecido después á Juan Rabin, de Audour.

42.—30 de Abril de 1585.—Adquisición por *Guillermo Alacoque*, de Audour, de Filiberto Dalmon, de Frouges, de un prado situado en Frouges, y llamado prado de los Bots ó prado Lye.

43.—6 de Noviembre de 1594.—Partición entre el noble Filiberto de Fautrière, señor de Audour, Esteban Desbot, el noble Filiberto de Poncerd, señor de Latay, parroquia de Dompierre, por una parte, y *Guillermo Alacoque*, *Claudio Alacoque*, *M. Vicente Alacoque*, *Juan Alacoque*, Benito Delarroche y *Marcos Alacoque*, todos habitantes de Audour, por otra, de los bosques de Lafayolle y de los Ravières, situados en términos de Audour, y de los que $\frac{1}{8}$ ha sido consignado á los referidos *Alacoque* y Delarroche, en su calidad de tenedores y poseedores de la sementera *Alacoque*.

44.—17 de Mayo de 1598.—Repartición de contribución

de guerra, redactada por *M. Vicente Alacoque*, notario de Audour, y en la que figura como contribuyente.

45.— 1642-1652.—*Luis Alacoque*, notario real en Audour, marido de Francisca Desbot, es mencionado en varias actas de 1642 á 1652.

46.—17 de Enero de 1643.—Partición entre *Benito Alacoque*, de Dompierre, y Benito Dupas, también de Dompierre, de la sucesión de Guillermo Chanus, en vida labrador del referido Dompierre.

47.— 1652.—Un acta de 1652 menciona un monte tallar, situado en términos de Audour, y perteneciente á *Juan Alacoque*.

48.—11 de Mayo de 1658.—Arrendamiento por el señor de Lafay, á Pedro de Lapierre y *Estefanía Alacoque*, su mujer, de un terreno pequeño situado cerca del mercado de Audour, por la renta anual de una medida de centeno.

49.—2 de Junio de 1658.—Acta mencionando un prado de los herederos del difunto señor *Luis Alacoque*, situado en términos de Audour.

50.—28 de Agosto de 1670.—Partición entre el noble Saladin de Fontelle, señor de Lafoy, parroquia de Dompierre, y *Juana Alacoque*, viuda de Claudio Felipe, y Juan Dussange su yerno, todos del lugar de Sertines, parroquia de Verosvres, del bosque de Vaudemart, del

cual se adjudicó una parte á los referidos *Alacoque* y *Dussange*.

51.—1.º de Diciembre de 1675.—Recibo de M. de Dompierre á Bartolomé Colas, de los prados por él adjudicados de *Guillermo Alacoque*, y semovientes del señorio de Dompierre.

52.—1.º de Mayo de 1676.—Venta á Juan Bonnetain, de Dompierre, por *Hipólito Alacoque*, Deboisdulin, parroquia de dicho Dompierre, y Filiberta Dupaquier, su mujer, del terreno de Pézannin, contiguo al estanque de Pézannin, de capacidad de cerca de nueve medidas, procedente del difunto Juan Dupaquier, y revendido el 23 de Junio de 1678 al señor Claudio Hipólito de Damas, señor de Dompierre.

Certificado como substancialmente conforme por mí el infrascrito cura de Dompierre-les-Ormes.

Dompierre, 20 de Septiembre de 1783.

JUAN LUIS MAMESSIER.

NOTA X

Arrendamiento hecho por la señora Filiberta Lamyn, viuda de M. Claudio Alacoque, á Juan Colin, Noel y Juan Delagrost y Lázaro Perdon, de Charnay.

(Del 23 de Marzo de 1667)

“Ante mí el Notario real que subscribe, y en presencia de los testigos que se mencionarán después, compareció personalmente la señora Filiberta Lamyn, viuda de M. Claudio Alacoque, que en vida fué Notario real en el lugar Lhautecour, parroquia de Verosvres, la cual, en calidad de tutora de sus hijos y del referido difunto señor Alacoque, declara que de su libre y espontánea voluntad da en arrendamiento y con este título entrega por el tiempo y término de cuatro años enteros y consecutivos, cuatro percepciones de frutos sembrados desde la última fiesta de San Martín de invierno, y que concluirán en igual día y término, los dichos cuatro años cumplidos;—á Juan Colin, Noël Delagrost, Juan Delagrost y Lázaro Perdon, labradores de las aldeas de Charnay y Gauthiers, parroquia de Beaubery, presentes y aceptantes—á saber: los bienes pertenecientes á los hijos menores del referido difunto señor Alacoque, y de la dicha Lamyn, en jurisdicción de Charnay,—consistentes en prados y tierras *adquiridas por el dicho difunto del dicho Juan Delagrost*, de Benito Colin,

de Andrés Alacoque y de Filiberto Auclerc, según como están los dichos prados y tierras, y en la misma forma en que poco ha los disfrutaba el dicho difunto;—para que los dichos Delagrost y los otros arriba nombrados, cultiven esas tierras bien y debidamente, y las abandonen en el último año del presente arrendamiento, las tierras nombradas, los prados de Jonis, el Poirier-au-Marchard, el Champ-les-Saignes; dos tierras, los Clous Precières, situados en el lugar de Grevières;—sembrados de grano de centeno en igual cantidad á la que ahora tienen, y cuyos frutos serán divididos por mitad entre las partes;—así como también surcarán cada año los dichos prados, siguiendo los surcos antiguos, y haciendo otros nuevos, si fuere necesario; los segarán, y por fin de cuentas, los devolverán bien cercados y cerrados como lo están ahora; y por último, usarán de dichos prados y tierras como buenos padres de familia, so pena de pagar todos los gastos y costas. El presente arrendamiento se hace mediante la suma de veinte libras en cada año, que los dichos Delagrost, Colin y Perdon prometen, obligando sus personas y bienes, pagar solidariamente, sin división, ni excursión, á la referida señora Lamyn ó á los suyos, antes de cada fiesta de San Martín de invierno; cuyo primer pago comenzará en la primera que va á llegar, y continuarán así hasta que termine el presente arrendamiento, pena de costas;—con lo cual las partes están conformes. Y para la seguridad de lo convenido en este contrato, los contrayentes, cada uno de por sí, obligan todos sus bienes y sus personas.

„Reconocido y hecho en el lugar de Lhautecour, en el camino que va de dicho lugar á Trivy, contiguo á la tie-

rra y á la viña de la misma Lamyn, distrito de Mâcon-nais, el veintitrés de Marzo de mil seiscientos cincuenta y seis, poco después del mediodía; presentes M. Francisco Basset, sacerdote, capellán de las capillas de San Lorenzo y San Dionisio, fundadas en la iglesia y capilla de Terreau, y Geoffroy de la Bellière, del dicho lugar de Lhautecour, testigos requeridos, de los cuales, preguntados, ha dicho el segundo no saber firmar; y firman solamente la señora Lamyn y el señor Basset. La presente se hace sin perjuicio de las deudas y negocios que los arrendatarios deban y tengan con la referida señora Lamyn.

Firmado:

"P. LAMYN.

BASSET.

"DESCHISAULT,
Notario real.

Se compulsa para la expresada señora Lamyn:

DESCHISAULT.
Notario real.

NOTA XI

Acta de rehabilitación del matrimonio de Toussaint Delarroche y de Benita Alacoque.

"El martes diez y seis de Junio de mil seiscientos setenta y seis, después de los esponsales y publicación entre Toussaint Delarroche, procurador de oficio de Ter-

reau, de edad de cerca de setenta años, y entre Benita Alacoque, de edad de cerca de cincuenta y ocho años, yo el infrascrito cura de Verosvres, certifico haberles administrado la bendición nupcial, según la forma prescrita por la Iglesia, en presencia de Miguel Lavillette, mercader de la dicha parroquia de Verosvres, y Antonio Cottin, domiciliado en la misma, que firman, además (*siguen dos nombres ilegibles*) por no saber escribir, y habiéndose reconocido que los dichos Toussaint Delarroche y Benita Alacoque, han vivido juntos por el espacio de cuarenta y nueve años ¹, creyendo haber recibido la bendición nupcial, y tuvieron cinco hijos, de los cuales solo viven dos, á saber: Margarita y Antonio, que han declarado pertenecerles y los legitiman en presencia de nuestra santa madre Iglesia y de los testigos mencionados.

Firman:

LAVILLETE.

A. COTTIN.

ALACOQUE,
Cura de Verosvres.

Por copia conforme:

DESSOLIN,
Cura de Verosvres.,

¹ Lo que evidentemente es un error; de otra manera resultaba que Benita Alacoque sólo tenía nueve años en la época de su matrimonio: lo que no pudo ser.

NOTA XII

Lista de las religiosas que se encontraban en el año de 1671 en el monasterio de Paray, cuando entró en él la Bienaventurada.

	Año del falle- cimiento.
1.—La madre María Jerónima Hersant, superiora profesa del primer monasterio de París, muerta en París el 30 de Enero (su vida consta en el <i>Año Santo</i> , tomo i, pág. 742).....	1679
2.—Sor Ana Francisca Thouvant, asistente y maestra de novicias.....	1677
3.—Sor María Magdalena de Escures. (<i>Año Santo</i> , tomo iv, pág. 322).....	1701
4.—Sor María Felicita de Cyrot.....	1684
5.—Sor María Cristina Melin, superiora durante seis años (1684-1690) reelecta después de veinticuatro años, muerta á los ochenta y nueve de edad. (<i>Año Santo</i> , tomo xii, pág. 31).	1708
6.—Sor Catalina Inés Bouillond.....	1673
7.—Sor María Reina Betriant.....	1676
8.—Sor Catalina Seráfica Bouillet.....	1676
9.—Sor María Inés Mauger.....	1678
10.—Sor Inés Carlota Desmolins du Bort.....	1679
11.—Sor María de Coligny Saligny.....	1682
12.—Sor Luisa Margarita de Molan.....	1684

	Año del falle- cimiento.
13.—Sor Juana Francisca Deltufort de Sirot.....	1684
14.—Sor María Amada Baillet.....	1685
15.—Sor María Hilaria de Fougères.....	1687
16.—Sor Juana Margarita Thouvant.....	1691
17.—Sor Catalina Antonia de Lévis Chateaumorand.....	1694
18.—Sor María Jacoba de Chaffault. (<i>Año Santo</i> , tomo vii, pág. 93).....	1695
19.—Sor Claudia Angélica Monnier.....	1695
20.—Sor María Luisa Forest.....	1697
21.—Sor Francisca María de Amanzé.....	1700
22.—Sor María Benigna de Fautrières Corcheval. (<i>Año Santo</i> , tomo vi, pág. 297).....	1700
23.—Sor María Gabriela de Busseul-Saint-Sernin.	1701
24.—Sor Juana Magdalena Tupinier.....	1702
25.—Sor María Susana Piédenuz. (<i>Año Santo</i> , tomo v, pág. 353).....	1711
26.—Sor Margarita Inés Carré.....	1706
27.—Sor Juana María Contois. (<i>Año Santo</i> , tomo v, pág. 258).....	1729
28.—Sor Ana Gabriela Piédenuz.....	1676
29.—Sor Catalina Agustina Marest. (<i>Año Santo</i> , tomo ii, pág. 242, <i>Circular</i> del 17 de Diciembre de 1717).....	1717
30.—Sor María Encarnación Ruselin. (<i>Circular</i> del monasterio de Paray, 23 de Marzo de 1725).	1723
31.—Sor Francisca Margarita d'Athose (<i>Circular</i> , <i>ibid.</i>).....	1725
32.—Sor María Ana Cordier.....	1711

	Año del falle- cimiento
33.—Sor María Ana Thouvant.....	1706
34.—Sor María Catalina Carmen del Chailloux. (<i>Circular</i> de la Visitación de Paray, 1.º de Octubre de 1743. <i>Año Santo</i> , tomo vi, pág. 203.)	

HERMANAS CONVERSAS

1.—Sor Ana Catalina Hauillart. (<i>Circular</i> de 23 de Marzo de 1725).....	1714
2.—Sor María Margarita Hauillart.....	1723
3.—Sor Juana Amada Letausneaux.....	1709
4.—Sor Claudia Francisca Chappui.....	1711
5.—Sor Francisca Angélica de la Metterie.....	1676
6.—Sor Francisca Agustina Janiot. (<i>Circular</i> del 23 de Marzo de 1725).....	1720

HERMANAS NOVICIAS

1.—Sor Ana Jerónima Piédenuz.....	1675
2.—Sor Ana Liduvina Rossellin.....	1702
3.—Sor Francisca Catalina Carrin del Chaillour.	1674

HERMANAS TORNERAS

1.—Sor Juana Isabel Héritier.....	1686
2.—Sor Juana Bautista Pelletier.....	1686
3.—Sor María Agata Compín.....	1795

NOTA XIII

Lista de las religiosas que entraron en el monasterio de Paray durante la vida de la Bienaventurada.

	Toma de hábito.	Falleci- miento.
1.—Sor María Isabel Quarré.....	1674	1678
2.—Sor Ana Isabel de la Garde. (<i>Año Santo</i> , tomo vi, pág. 3).....	1673	1727
3.—Sor Juana María Gacon.....	1675	1727
4.—Sor María Antonia Bouillet.....	1690	1703
5.—Sor María Josefa de Vichy-Cham- ron (<i>Año Santo</i> , tomo vii, pág. 206)..	1687	1700
6.—Sor Claudia Margarita Billet. (<i>Circular</i> de 23 de Marzo de 1725)..	1675	1722
7.—Sor Ana Alexis de Mareschalle. (<i>Año Santo</i> , t. iii, pág. 222).....	1679	1733
8.—Sor Francisca Angélica de Damas. (<i>Circular</i> de 23 de Marzo de 1725)...	1679	1723
9.—Sor María Rosalía Lyone. (<i>Año Santo</i> , t. vii, pág. 359).....	1680	1724
10.—Sor María Lázara Dusson. (<i>Año Santo</i> , t. vii, pág. 466).....	1678	1744
11.—Sor Francisca Rosalía Verchère. (<i>Año Santo</i> , t. ix, pág. 214. (<i>Circu- lar</i> de 23 de Marzo de 1725).....	1682	1719

	Toma de hábito.	Falleci- miento.
12.—Sor Péronne Rosalía de Farges. (<i>Año Santo</i> , t. v, pág. 282).....	1683	1733
13.—Sor Péronne Margarita Vere- chère	1683	1746
14.—Sor María Francisca Bocaud.....	1684	1684
15.—Sor María Cristina Bouthier.....	1685	1701
16.—Sor María Nicolasa de la Faige de Claines. (<i>Año Santo</i> , t. ix, pág. 727).	1686	1743
17.—Sor Magdalena Victoria de Cham- ron. (<i>Año Santo</i> , t. vii, pág. 216. <i>Cir- cular</i> de 20 de Febrero de 1738).....	1687	1716
18.—Sor María Teresa Basset. (<i>Circu- lar</i> de 17 de Diciembre de 1717).....	1687	1716
19.—Sor Francisca Seráfica de Marti- nières. (<i>Circular</i> de 17 de Diciembre de 1717).....	1688	1743
20.—Sor Juana Francisca Chalon. (<i>Cir- cular</i> de 1.º de Octubre de 1743).....	1688	1743
21.—Sor María Jacoba de la Vernelle. (<i>Año Santo</i> , t. xi, pág. 629).....	1689	1726
22.—Sor Francisca Eleonora de Cham- ron	1689	1726
23.—Sor María Dorotea de Chalonnay, (<i>Año Santo</i> , t. vii, pág. 347).....	1689	1717
24.—Sor Ana María Laumonier.....	1690	1746
25.—Sor María Jacinta Courtin. (<i>Cir- cular</i> de 23 de Marzo de 1725).....	1690	1721

NOTA XIV

Lista de las circulares de Paray para las vidas de las contemporáneas de la Bienaventurada Margarita María.

Circular de la comunidad de 8 de Marzo de 1701, con las vidas de

Sor María Josefa de Vichy Chamron.....	1700
Sor Francisca María de Amanzé.....	1700
Sor María Benigna de Fautrières Corcheval..	1700
Sor María Cristina Bouthier.....	1701
Sor María Francisca Bocaud.....	1701

Circular del 22 de Noviembre de 1701, de la madre Clotilde de Chaulmes.

Vida de sor Mónica Gabriela de Busseul.....	1701
Carta de defunción de sor de Escures.....	1701

Circular de la comunidad del 4 de Mayo de 1704.

Sor Ana Liduvina Rosselin.....	1702
Sor Juana Magdalena Tupinier.....	1703
Sor Margarita María Enos.....	1703
Sor María Esperanza de Senecez.....	1703
Sor María Antonia Bouillet.....	1703

Circular de la madre Ana Isabel de la Garde, de 26 de Agosto de 1710.

La madre María Cristina Melin..... 1708

Sor María Dorotea de Chalonnay..... 1710

Circular de la comunidad, 10 de Abril de 1713.

Sor Juana Amada Lestourneur..... 1708

Sor María Josefa Bouthier..... 1709

Sor María Susana Piédenuz..... 1711

Sor María Ana Cordier..... 1711

Sor Claudia Francisca Chapuy..... 1712

Circular de la comunidad de 17 de Diciembre de 1717.

Sor María Teresa Basset.

Sor Catalina Agustina Marest.

Sor Francisca Seráfica de Martinières.

Circular del 23 de Marzo de 1725, firmada por la madre Ana Isabel de la Garde-Marsac. Contiene la vida de doce hermanas.

Sor Francisca Rosalía Verchère.

Sor Francisca Angélica de Damas de Barnay.

Sor Francisca Agustina Jainot.

Sor María Jacinta Courtin.

Sor María Carlota Benoit.

Sor Claudia Margarita Billet.

Sor Catalina Heuillard.

Sor María Emerenciana Resselin.

Sor María Constanza de Varennes de Gélting.

Sor Francisca Javier de Martinières.

Sor María Cristina de Morande.

Sor Francisca Margarita d'Athose.

Circular de la comunidad, 9 de Julio de 1729.

Sor María Rosalía de Lyonne.

Sor María Josefa Baudinot de la Salle.

Sor Francisca Leonor de Vichy-Chamron.

Sor Luisa Gabriela Rochelon.

La madre Ana Isabel de la Garde.

Sor María Filiberta de Bisefrand.

Sor María Jacoba de la Vernelle.

Sor María Rosalía Lenet de Selotre.

Sor María Francisca Perrin.

Sor Juana Manuela Busseret.

Sor Juana María Comtois.

Circular cuya fecha ignoro.—3 vidas.—1735.

Sor Ana Alexis de Mareschalle.

Sor Francisca Isabel Biquelin.

Sor Claudia Rosalía Marque de Farges.

Circular de 20 de Febrero de 1738.

Sor Magdalena Victoria de Vichy-Chamron.

Circular de 17 de Julio de 1743, firmada por la madre María Elena Coing.

Sor María Catalina Carmen Chailloux.

Sor María Susana de Birefrand.

Sor Juana Francisca Chahn.

Circular de la comunidad, 17 de Abril de 1743.

La madre María Nicolasa de la Faige de	
Claines	1743
Sor María Lazan Dusson.....	1744
Sor Francisca Leonor Gautier.....	1745





EXPLICACIÓN
DE
DOCE PRINCIPALES PROMESAS
HECHAS POR NUESTRO SEÑOR
A LA
BIENAVENTURADA MARGARITA MARÍA

PRIMERA PROMESA

Les daré todas las gracias necesarias conforme á su estado.

SE pueden distinguir dos especies de gracias: unas que son absolutamente necesarias para la salvación, y que á nadie niega Dios, y otras gracias especiales que Dios no concede sino á sus amigos. Estas gracias hacen posible aquello que es imposible á la naturaleza; facilitan lo que es difícil y aun hacen agradable lo que naturalmente es penoso. A tales gracias se refiere esta primera promesa.

1.º Estas gracias hacen posible aquello que á la naturaleza es imposible.

Por ejemplo, es imposible ser casto sin la gracia, por-

que la castidad es un don de Dios. Pues bien; cuando se ama al Corazón de Jesús, cuando se recibe con frecuencia este adorable Corazón en la divina Eucaristía, no solamente puede todo hombre guardar la castidad propia de su estado, sino también hallar en ello su felicidad. San Luis Gonzaga ha llevado al cielo las vestiduras inmaculadas del bautismo, no obstante los peligros que corría en la corte de España.

¿Por qué tuvo esta dicha? Una revelación hecha á Santa María Magdalena de Pazzis nos lo dice.

Este santo joven amaba y honraba al divino Corazón, y el divino Corazón era un escudo contra las flechas del enemigo.

2.º Las gracias de elección facilitan lo que es difícil. Es difícil perdonar á un enemigo que nos ha ultrajado, calumniado, engañado con perfidia. Cuando se ama al Corazón de Jesús, se recuerda que desde lo alto de la cruz oró por sus verdugos, prometió el paraíso á uno de los dos ladrones que le insultaban en el Calvario, y, á ejemplo suyo, perdona de todo corazón.

3.º Las gracias especiales hacen aun agradable aquello mismo que desagrada á la naturaleza. Naturalmente aborrecemos los tormentos, los sufrimientos. Cuando se ama al Corazón de Jesús, Él muestra la gloria y la felicidad que se tendrá en el cielo si se soportan las cruces con resignación, y la vista anticipada de tal dicha tiene tanto imperio sobre el alma, que enamorada del Corazón de Jesús, ya no halla gozo más que en su conformidad. Esto hacía exclamar á Santa María Magdalena de Pazzis, que tanto amaba al Corazón de Jesús: *Non mori, sed pati.*

SEGUNDA PROMESA

Pondré la paz en las familias.— Uniré á las familias entre sí con los lazos de la concordia. Fugat odia, concordiam parat.

¿Qué es una familia en la cual no reina la paz? Es la imagen del infierno. En el infierno se blasfema, los condenados se maldicen y despedazan mutuamente: en la familia donde no hay paz, se maldice á Dios y sus miembros se despedazan unos á otros. En el infierno, el demonio es quien reina y atormenta á los condenados. El demonio, cual tirano, domina y reina en la familia de la cual está proscrita la paz. En el infierno, un fuego eterno consume y devora: en la familia en que no reina la paz, se hallan sus miembros devorados por el fuego infernal de las pasiones, por el fuego de la cólera, del odio, de la venganza, por el fuego impuro que atormenta el alma y el cuerpo. ¡Qué infierno anticipado!

No sucede lo mismo en una familia en la cual haya establecido su reino el Corazón de Jesús. Tan dichosa familia es la imagen del cielo. En el cielo, Dios es el rey; se le reverencia, se le sirve, y servir á Dios es reinar. *Servire Deo, regnare est.* En la familia en donde la paz del Corazón de Jesús ejerce su imperio, Dios es también quien reina cual soberano. Se le ama, se le reza, se le adora. Los hijos son como ángeles y constituyen la felicidad de sus queridos padres; los esposos no tienen más que un corazón y un alma; cada día el Cora-

zón de Jesús los colma de sus bendiciones: esta familia es la imagen del cielo.

Mas, ¿qué es lo que proscribe la paz del seno de una familia y la cambia en un infierno? El pecado, las malas pasiones. El Corazón de Jesús aleja de las familias que le honran estos dos grandes enemigos de la paz. ¿Queréis saber cómo, proscribiendo el pecado del seno de una familia que era semejante á un infierno, hizo de ella un delicioso paraíso? Escuchad:

Una madre de familia, cuyo marido dado á la embriaguez, era escandaloso y perverso, le suplicó fuese á oír á los predicadores durante una misión. La respuesta que recibió fueron brutalidades. Al fin de la misión le dijo á este obstinado: "Id, al menos, á ver el hermoso cuadro del sagrado Corazón que acaban de exponer en la iglesia. Todos le admiran.—Está bien, para eso sí iré, contestó.—Se dirige á la iglesia y se coloca ante la santa imagen; empieza por mirarla como se mira un cuadro en una galería; mas fijando luego la vista en la honda herida y en la cruz en ella colocada, recuerda que este divino Corazón se dejó traspasar por su salvación, y además que él, ingrato, ha sido quien con sus pecados clavó la cruz en este Corazón paternal. Profundamente conmovido y deshecho en lágrimas, corre á postrarse á los pies de un confesor, se convierte sinceramente y pasa del confesonario á la sagrada mesa para recibir el cuerpo y el Corazón de Jesús. Terminada su acción de gracias, se retira lleno de júbilo, refiere su dichosa conversión á su mujer y á sus hijos, los abraza con ternura, les pide perdón, y dice: "Hasta este día no os he proporcionado sino escándalos y penas; en adelante no os daré más que satisfacción y gozo., Cum-

plió su palabra, y esta desgraciada familia, imagen del infierno, se cambió por el Corazón de Jesús en imagen del paraíso.

El Corazón de Jesús no es menos poderoso para hacer reinar la concordia en lugar de la desunión que separa á veces los corazones y las familias. El misionero que me refirió el ejemplo que acabáis de oír, obtuvo igualmente otro consuelo por el Corazón de Jesús. Estaba dando una misión en una parroquia en la cual las familias se hallaban en obstinada lucha. El alcalde y demás municipales odiaban al párroco, porque éste rehusaba acceder á sus exigencias injustas é irreligiosas. Mas el Corazón de Jesús inspiró de tal manera al misionero, que conmovió á todos los corazones y á todos los reunió en la mesa de los ángeles.

Terminada la misión, el consejo de los regidores se dirigió á la morada del párroco para darle gracias, tanto á él como al predicador. El alcalde, tomando la palabra, dijo: "Digno pastor, no para V., sino para nosotros, ha sido dada la misión; es, pues, muy justo que paguemos los gastos,," y le obligó á recibir la suma que le ofrecía. El misionero, con las lágrimas en los ojos, replicó: "Ahora, para dar más firmeza á tan dichosa concordia, seria necesario erigir en la iglesia una estatua del Sagrado Corazón.—Ah, Padre,—replicó condolido el párroco—en este momento no me es posible hacerlo; nuestros recursos se han agotado y no queda fondo alguno en la fábrica.,," Pues bien, señor cura, dijo el alcalde; en mi nombre y en el de los regidores, la población es rica y sufragará generosamente los gastos; encargad una hermosa estatua.,," Pocos días después, una diputación se dirigió á la ciudad de Lovaina, y encargó una

estatua de seiscientos francos á M. Vermeylen, el escultor de más nombradía de la ciudad. He tenido el gusto de verla en el mismo taller, y la hallé magnífica. Fué llevada en triunfo á la iglesia, y todos los feligreses, de rodillas, bendijeron al divino Corazón por haber devuelto á las familias la paz, la concordia y la verdadera felicidad.

TERCERA PROMESA

Los consolaré en todas sus aflicciones.

¿Cuál es la persona que tarde ó temprano no tenga que sufrir durante la vida? Nadie; pues estamos todos desterrados en el valle de lágrimas. Mas ¡cuán dulce es recibir consuelo en las aflicciones, y recibirle, sobre todo, del Corazón de Jesús! ¿Quién puede consolar como El? Para consolar eficazmente, necesario es tener buen corazón; y ¿hay por ventura un corazón cuya bondad sea comparable con la de Jesús, puesto que su esencia es la misma bondad? *Cujus essentia bonitas.*

Para consolar eficazmente, necesario es conocer los males del que llora. ¿Hay acaso un corazón que conozca mejor que el Corazón de Jesús, nuestros sufrimientos, nuestras penas, nuestras enfermedades, todos nuestros tormentos? El los ha sufrido, y no como nosotros, sino eminentemente, y por consiguiente, de una mane-

ra mucho más cruel. Por último, para prestar un verdadero consuelo, es necesario ante todo poder remediar los males que hacen derramar las lágrimas. Un pobre mendigo llama á vuestras puertas, y gimiendo, exclama: “¡Tengo hambre!”, Si no tenéis que darle, en vano le dirigiréis las más caritativas palabras; seguirá llorando, pues continúa sufriendo el hambre.

Al contrario, ¿no es Jesús Todopoderoso? ¿No puede en cualquiera circunstancia remediar nuestros males? ¿Habéis leído en el Evangelio que á la muerte de Lázaro, sus hermanas, de quienes era muy amado, sollozaban y lloraban amargamente, á pesar de los esfuerzos de sus amigos por darles algún consuelo? ¿Por qué eran estos estériles? Porque no podían devolverle á su hermano. En esto llega Jesús. “¡Ah Señor!, le dice María, si hubieseis estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.” Respóndele Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida, ¿lo creéis?”, “Creo, dice Marta, que sois Hijo de Dios.” Prendado de este acto de fe, dirígese el Salvador al sepulcro de Lázaro, muerto hacía ya cuatro días, y cuyo cadáver se hallaba ya en estado de putrefacción. Jesús, acercándose, exclamó en voz alta: “Lázaro, ven afuera.” Sale Lázaro del sepulcro, Jesús le devuelve lleno de vida á sus hermanas y trueca en lágrimas de alegría las lágrimas de tristeza. Sólo Dios puede consolar de este modo, porque sólo Dios es Todopoderoso.

¿Queréis saber ahora cómo consuela Jesús en el terrible instante de la muerte? Escuchad esta relación: “Me mandan á llamar un viernes, día tan grato al Corazón de Jesús. Hallo tendido sobre unas pajas á un pobre de unos cuarenta años, paralizado del todo hacía ya

seis meses. Su cuerpo estaba casi hecho una llaga. Como Jesucristo en la cruz, este enfermo no reposaba sino sobre heridas. Para colmo de desgracia, se hallaba solo, abandonado de todo el mundo, pues no tenía más amparo que una hija de veinte años que debía ausentarse desde muy temprano, todos los días, para poder ganar el sustento y lo necesario para atender á la enfermedad de su padre. Como yo deseaba confesarle, me encerré en la buhardilla donde se hallaba su cama. Al cabo de algunos minutos de conversación, vi con asombro que estaba, no solamente tranquilo, sino también contento y alegre. ¿Cómo, le dije, puede V. estar tan lleno de satisfacción en medio de sus innumerables sufrimientos? “Abra V. la puerta, padre, me contestó, y verá mi consuelo.” Abro y me señala con la vista, pues no hubiera podido mover un dedo, una hermosa estampa del Corazón de Jesús y otra del Corazón de María (tal vez se había privado de su sustento para ponerlas en un cuadro), añadiendo: “He ahí, padre, de dónde recibo el consuelo: cuando ya me encuentro exhausto de padecimientos, miro, ora al Corazón de Jesús, ora al Corazón de María, y me repito á mí mismo: Ellos han podido padecer mucho más que yo, siendo inocentes, mientras que yo he cometido muchas faltas; y este pensamiento basta para consolarme.” Inmediatamente le mandé una hermana de la caridad para que le cuidase. Dos días después de haber recibido los últimos Sacramentos, vuelvo á su casa: ya estaba en un mundo mejor. Pregunté cómo había muerto, y he aquí la respuesta que recibo: Este hombre dijo al morir: “Veo mi cama sembrada de hermosas flores azules y á la Virgen María que baja para recibir mi alma.” Sin entrar en lo que este caso

pueda tener de sobrenatural, me es dado asegurar con toda confianza, que en esta circunstancia el Corazón de Jesús cumplió perfectamente con su promesa: "Seré su consuelo en todas sus penas.,,"

Continuaré mañana la explicación de las demás promesas; pero como deben distribuirse ahora mismo á las familias los cuadernos del Sagrado Corazón, quiero decir algo sobre la novena promesa.

"Derramaré mis bendiciones en cualquier punto en que mi imagen sea expuesta.,,"

En cualquiera punto, notad estas palabras; el texto así lo dice y no "bendeciré aun las casas.,," como dicen algunos libros.

Jesús derramará sobre todo sus bendiciones en el templo. No lo olvidéis: cada vez que rezáreis una oración, por breve que sea, ante esta Santa imagen, ganaréis siete años y siete cuarentenas de indulgencias. Cuando temáis alguna desgracia ó seáis víctima de ella, acudid á esta santa imagen, y recordad á Jesús su promesa. Los días de confesión, venid á prepararos delante de la imagen de Jesús: la vista conmovedora de su corazón traspasado, traspasará el vuestro con una saludable contrición.

La santa imagen atraerá igualmente bendiciones á vuestras casas, sobre todo si la colocáis en el puesto de honor y si cada noche, reunidos en familia, hacéis ante ella la oración del Apostolado ó la de la Archicofradia. Estas oraciones están escritas en la tablilla: "En cualquier punto bendiciones.,,"

Llevad, pues, también la santa imagen sobre vuestro corazón y éste será bendecido. En las tentaciones tendréis por refugio y por escudo al Corazón del Todopo-

deroso, y en medio de los peligros, será El vuestra salvaguardia.

Un oficial francés, jóven aún, estaba en vísperas de marcharse para Argel. Le dijo su madre: "Hijo mio, vas á correr muchos peligros; los árabes son traidores y quizá puedan sorprenderte. He aquí una medalla del Sagrado Corazón: prométeme que la llevarás siempre sobre tu corazón.",—"Madre, os doy mi palabra de que lo haré.", La cumplió, y le fué muy bien. Un día fué sorprendido en un desfiladero; las balas llovían en su alrededor: todos los soldados caían muertos á su lado. A él mismo le dió una bala en el corazón, pero se detuvo en la medalla, de suerte que el jóven salió del combate sin herida alguna. Lleno de agradecimiento, escribió poco después á su madre, refiriéndole el hecho y pidiéndole lo publicara en toda la Francia. Este ejemplo, relatado en el Mensajero del Sagrado Corazón, fué conocido, no sólo en Francia, sino en el universo entero. Tened, pues, en la misma estima la medalla que os será distribuida, como si hubiera sido bendecida por el Papa, pues es rica en indulgencias.

CUARTA PROMESA

Seré su refugio seguro durante la vida y principalmente en la hora de la muerte.

Los ángeles rebeldes han caído del cielo: los escogidos están llamados á ocupar sus tronos. Estos espíritus

soberbios están envidiosos de la dicha del hombre, y para arrastrarle en sus abismos le tienden lazos y le atacan de mil maneras. *Circuit quærens quem devore.* El demonio, cual león rugiente, da vueltas en derredor del hombre para devorarlo. Mas ¿qué podía hacer contra aquel que honra al Corazón de Jesús? Con una sola mirada el Todopoderoso arrolla y derriba á su enemigo.

En el momento de la muerte, el demonio reduplica sus esfuerzos, según dice San Juan, porque ya le resta poco tiempo para lograr la perdición del alma. Mas cuando se ha amado y honrado al Corazón de Jesús, nuestro Salvador abre su sagrada llaga y nuestra alma encuentra en ella un asilo impenetrable contra los ataques del enemigo.

En las calamidades, Jesús se muestra también nuestro refugio y nuestro amparo. Dichosa la parroquia que honra al Corazón de Jesús, sobre todo, el primer viernes que le es tan grato, durante la peste, el cólera, el tífus, las viruelas ó cualquiera otra epidemia. He aquí lo que sucede entonces. Este divino Corazón, ya preserva á la parroquia de tan horribles azotes, ya los aleja prontamente, ó, si por designios conocidos únicamente de Dios, no preserva á la parroquia, da gracia para sufrir de un modo tan cristiano, que aquellos que están atacados por la epidemia, merecen en el cielo una corona más bella. Y bajo este concepto son más dichosos que si no hubiesen pasado por esta prueba. Entonces se realiza á la letra esta palabra de los Libros santos: "Todo coopera al bien de los que aman á Dios,, y sobre todo, podemos añadir nosotros: de los que aman al Corazón de Jesús.

Algunos ejemplos confirmarán esta consoladora verdad.

La ciudad de Marsella estaba asolada por la peste. Ya no bastaban los brazos para enterrar á los muertos. Los magistrados se vieron en la necesidad de abrir á los criminales las puertas de las cárceles y presidios, bajo condición de que enterrasen los cadáveres. Monseñor de Belzunce, Obispo de esta desgraciada ciudad, de acuerdo con las autoridades, prometió una solemne procesión en honor del Corazón de Jesús y le consagró la metrópoli y la diócesis. Inmediatamente el Corazón de Jesús hizo resaltar su misericordia y el azote desapareció como por encanto. Desde entonces Marsella, agradecida, se ha distinguido siempre por su amor al Sagrado Corazón, y durante el año santo (1875) en que se celebraba justamente el centenario de la aparición á la Bienaventurada Margarita María, esta ilustre ciudad sobrepujo á todas las demás en sus solemnes procesiones. Se ha valuado en cuarenta mil el número de los fieles que, cantando los himnos sagrados, han desfilado durante cinco horas al son de los instrumentos, bajo los raudales de luz de una iluminación repentina y espontánea.

En el Cairo, durante una de las últimas epidemias del cólera, treinta mil víctimas sucumbieron en un mes. El superior de los hermanos de la Doctrina cristiana escribió á Europa: "Nuestros niños y nuestros criados se han entregado constantemente con nosotros al cuidado de los coléricos, y ni uno solo ha sido acometido por el azote: no obstante, no habíamos tomado más precaución que la de encomendarnos encarecidamente al Corazón de Jesús."

QUINTA PROMESA

Bendeciré abundantemente todas sus empresas.

Esta promesa necesita principalmente una explicación teológica. Prestad, pues, mucha atención. Bendición y éxito no tienen el mismo sentido. Cuando un malvado sale bien en todas sus empresas, ¡desdichado de él! Podemos temer que su dicha sea una profecía tocante á su reprobación, sobre todo si este nuevo beneficio de Dios no le abre los ojos y no lo vuelve á traer al camino de la virtud. He aquí la razón: No hay hombre, por malvado que sea, que no haga un bien durante su vida, y Dios es tan bueno, que no quiere dejar nada sin recompensa. Al considerar el bien que este malvado, este impío ha hecho durante su vida, el Corazón de Jesús habla y dice: "Este hombre perverso ama los bienes perecederos, los honores, las grandezas: pues bien; se los daré para que abra los ojos, reconozca mi bondad y vuelva á mí: si se rinde, le abriré los brazos de mi misericordia. Si se obstina en andar por la vía que conduce al infierno, caerá en el. Y si mi Corazón es traspasado de dolor por verme obligado á desheredarle á causa de su obstinación, tendré al menos el consuelo de poder decir: no he dejado sin recompensa el poco bien que hizo en la tierra."

Mas ¿cuál es el significado de la promesa? Si es verdad, como dice el Apóstol, que todo coopera al bien de los que aman á Dios, no es menos cierto que todo cooperará al bien de los que le demuestran un amor especial

en honor de su divino Corazón. Derramará, pues, abundantes bendiciones sobre vuestras empresas si vuestras miras son conformes á las suyas para su mayor gloria y vuestro mayor bien, y entonces tendrán el éxito que deseáis: en el caso contrario, vuestras empresas no saldrán como queréis; pero Jesús os indemnizará en este mundo ó en la otra vida: se comportará cual Dios, como Dios, que jamás puede dejarse vencer en generosidad. Además, como conoce lo más íntimo de los corazones y que es Todopoderoso, si prevé que no deseáis amontonar riquezas y tener honores más que para su gloria y el bien de vuestros hermanos, os dará el éxito bendiciendo vuestras empresas. Para eso le basta sugerir un pensamiento. Por otro lado, ¿no es El quien da el rocío á la tierra, quien forma y conduce las nubes y dirige el soplo de los vientos?

Hace algunos años recibí de las Antillas una carta escrita por una celadora del Corazón de Jesús, poseedora de un ingenio tan considerable, que empleaba en él setenta arrendatarios. "Uno tras otro se marchaban," refiere esta señora, la seca era tal, que nuestras cañas se echaban á perder en un momento. Nos hallábamos en peligro de una ruina total. ¿Qué hice yo entonces? Escribí un acto de consagración al Corazón de Jesús, lo coloqué en mi pecho, fui á comulgar, y dije: "Corazón de Jesús, os entrego mi persona y mis bienes, pero tened piedad de nosotros." Cambia el tiempo, nuestras cañas se vuelven tan hermosas que vienen á verlas por curiosidad, y los arrendatarios acuden en tal número, que nos vemos obligados á despedir á algunos. Decid me ahora, Rdo. Padre, ¿no es cierto que el Corazón de Jesús nos ha salvado?

SEXTA PROMESA

Los pecadores hallarán en mi corazón un océano de gracias y de perdón.

Notad la expresión: ¡un océano! Y efectivamente, ¿no es Jesús quien dijo: “No he venido á buscar justos, sino pecadores.” ¿No es cierto, que para ellos especialmente, se dejó traspasar el Corazón en la cruz? Y que á un ladrón crucificado á su derecha abrió las entrañas de su misericordia, y le dijo: “Hoy estaréis conmigo en el paraíso.” Tales son las palabras del Evangelio. Se lee también en ese divino libro una conversión muy notable, obrada por el Corazón de Jesús. Nadie más difícil de convertir que un incrédulo. Entre los Apóstoles hubo uno. Después de su Resurrección, se les apareció Jesús y les mostró sus manos, sus pies y su costado abierto. Creyeron ellos y se regocijaron, pero Tomás no se hallaba allí. Cuando volvió le dijeron: “Hemos visto al Señor.” “No lo creo,” replicó el incrédulo.—Pero, Tomás, si le hemos visto todos sus manos traspasadas, su costado abierto.—No lo creo, como yo mismo no ponga el dedo en la herida hecha por los clavos y no introduzca mi mano en la abertura de su corazón, no lo creo.” ¡Qué bueno fué Jesús! Ocho días después, vuelve á aparecerse: “Tomás, le dice al incrédulo, mete el dedo en la herida que el clavo me ha hecho en la mano.” Lo pone, y queda tan incrédulo que aún no se da por vencido. “Tomás,” dícele Jesús, introduce la mano en la llaga que la

lanza ha abierto en mi corazón. Introdúcela, y al momento que llega á tocar este Corazón adorable exclama el Apóstol: “¡Vos sois mi Señor y mi Dios!,” *Dominus meus et Deus meus*. El Corazón de Jesús le ha convertido tan de veras, que Tomás fué más tarde á las Indias en donde se dejó traspasar el corazón por la gloria de su divino Maestro. Escuchad ahora otro rasgo de inefable misericordia. ¿Dónde pensáis se encuentra el bárbaro soldado que clavó su lanza en el Corazón de Jesús? Pues reina en medio del triunfante ejército de los mártires. Según cuenta una respetable tradición, Longinos (es el nombre que el martirologio da al dichoso mártir), perdió instantáneamente la vista al traspasar el Corazón de Jesús: pero la sangre que brotó de este Corazón misericordioso, corrió á lo largo de la lanza y llegó á tocar la mano del soldado. Al momento recobró la vista y reconoció por este nuevo milagro que Aquel cuyo Corazón había traspasado no podía ser más que un Dios Todopoderoso; lloró su falta y la lavó con su propia sangre, pues murió mártir en honor de Aquel cuyo corazón había herido.

Todos los días se oyen referir casos de pecadores que ni aun las misiones habían podido convertir y que se hallan conmovidos y cambiados por el Corazón de Jesús.

Si los hay en vuestras familias, implorad en su favor la protección del Corazón de Jesús, y decidles con bondad: Jesús ha hecho esta bella y tierna promesa, que los pecadores hallarían en su Corazón la fuente y el océano de la misericordia. Haced, pues, la prueba y volveréis á encontrar la paz y la felicidad que habéis perdido.

SÉPTIMA PROMESA

Las almas tibias se harán fervorosas.

La tibieza es una enfermedad muy peligrosa. Produce en el alma el mismo efecto que la tisis en el cuerpo; con frecuencia conduce á la muerte, sin sentirlo. Mas, ¿es posible permanecer tibio, si uno se acerca al Corazón de Jesús?

No.—¿Por qué?—Porque él es el incendio del divino Amor. ¿Y es por ventura posible acercarse á la llamas de un incendio sin sentir calor?

OCTAVA PROMESA

Las almas fervorosas se elevarán con rapidez á gran perfección. ¿Y cómo no ha de verificarse así?

En su fervor, dirigen á menudo sus miradas al Corazón de Jesús, modelo de toda perfección. Atraídos á la Sagrada Mesa por los atractivos de su bondad, reciben frecuentemente á Aquel que vino á la tierra para dar, no sólo la vida, sino la superabundancia de la vida á todos los que le amen. *Veni ut vitam habeant et abundantius habeant.*

Los ejemplos nos arrastran á practicar la virtud; dejadme, pues, que os refiera algún otro.

Una fervorosa celadora del Apostolado del Sagrado Corazón ha llegado en pocos años á la altura de los más perfectos. Fácilmente se puede comprobar; mas para no hablaros sino de su caridad, ved cuán grande era; ved, sobre todo, cómo se parecía á la del Corazón de Jesús.

Ella misma cuidaba de las personas pobres, de los más desamparados y miserables, de los más repugnantes, y les dispensaba los más bajos servicios; su presupuesto para las buenas obras ascendía cada año á cincuenta mil francos, y jamás tenía bastante; pero el Corazón de Jesús la hacía industriosa para proporcionarse mucho más. Un día le dijo á su virtuoso marido: "Todas las señoras se van á comprar unos chales y mantas de tres mil francos para llevarlas en la boda que pronto se celebrará en nuestra familia: también me darás uno, ¿no es eso?—Y ¿por qué no? Ciertamente, lo tendrás.—Pues bien, prosiguió: El cólera ha dejado en la ciudad ochocientos huérfanos de padre y madre; dame, pues, los tres mil francos para mis huérfanos; no necesito el chal.—Muy bien, respondió su digno esposo: me gustan esos caritativos instintos: he aquí los tres mil francos, y repártelos entre esos huérfanos.,,

¡Muy grande es esa caridad! Mas, ¿queréis verla en todo su esplendor, y tal cual brota del Corazón de Jesús? Escuchad:

"Un día, una pobre mujer, que vivía á tres cuartos de legua de la ciudad, se presentó en su casa y dijo la quería ver. La celadora mandó preguntar qué era lo que pedía. "Quisiera, respondió la pobre, una poca de

ropa blanca y un vestido, ó al menos el uno ó el otro de estos objetos.—Decidle que le enviaré ambas cosas.—Pero, dijo la pobre, quisiera ver á la señora., Tuvo ella la bondad de bajar. “¿Qué quiere V., buena mujer? —Señora, un poco de dinero.—Pero eso es demasiado, le respondió la celadora del Divino Corazón, con extremada dulzura; me pide V. uno ú otro de los objetos, se los concedo ambos, y ¿todavía quiere dinero?,” La pobre mujer se marcha sin chistar. La celadora sube á su cuarto; sus ojos se fijan en el Crucifijo. Recuerda la infinita caridad del divino Corazón, y exclama, bañados los ojos en lágrimas: “¿Qué he hecho? ¡Ah! ¡No he imitado al divino Corazón de Jesús! ¿Por qué me ha pedido tanto esta pobre mujer? Porque ha creído que podía darle mucho. ¡Qué desengaño la he proporcionado!,” Al decir estas palabras prorrumpe en llanto. Y notad, sin embargo, que no era escrupulosa; antes al contrario, era la mujer más cuerda y juiciosa de la ciudad, el alma de todas las obras de caridad. Al día siguiente, decidida á reparar lo que ella llama una falta, manda á buscar á la pobre, la introduce en su sala, se echa á sus pies, le pide perdón y la abraza; después le da una abundante limosna. ¿Habéis oído hablar jamás de una semejante caridad?

¡Oh, Corazón de Jesús! Brota de vuestra sagrada llaga la perfección de esa caridad. ¡Bendito seáis por siempre jamás!

NOVENA PROMESA

Ya la hemos explicado; pero siendo tan consoladora, la recordaré y confirmaré con notables ejemplos: *Benediciré*, dice Jesús, *todos los lugares en que mi imagen sea expuesta, para ser especialmente honrada*. Por consiguiente, Jesús derramará sus bendiciones en todo lugar.

Las derramará, sobre todo, en nuestros templos. Venid, pues, con frecuencia á reverenciar la imagen tres veces santa. Cuando temáis alguna desgracia, venid á implorar al Divino Corazón y recordadle su promesa. Cuando os preparéis á recibir los Sacramentos, venid á contemplar los símbolos que rodean al Corazón de Jesús: ¡cuánto poder tendrán para excitar en vosotros afectos de verdadera contrición! Si hubiéseis pecado mortalmente, la cruz os diría: "Pecador, mira cuán culpable eres; los judíos plantaron la cruz en la roca y tú la has plantado en el Corazón de Jesús. Pero mira esta profunda llaga; ha quedado abierta para implorar tu perdón y para recibir también á tu alma en el santuario de la misericordia y del perdón.

La santa imagen de Jesús atraerá igualmente bendiciones á vuestras familias, sobre todo si la colocáis en el puesto de honor, y si á la mañana y á la noche le rendís homenaje rezando con devoción la oración del Apostolado y de la Archicofradía.

Un señor muy rico, después de su conversión, hizo desaparecer de su sala las estatuas que la adornaban, y colocó en los entrepaños cuadros del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María. “Quiero, me dijo á mí mismo, que aquellos que convidare á mi mesa conozcan de pronto mis sentimientos y espero que los respetarán. El Divino Corazón cumplió fielmente su promesa. Derramó las mayores bendiciones en este caballero tan celoso por su gloria y le hizo tan feliz, que repetía con frecuencia: “No creo que pueda hallarse otro más dichoso que yo en este mundo. Sin embargo, si Dios me llamase hacia El en este momento, lo dejaría todo sin pesar.”

Jesús bendecirá también vuestra persona si lleváis puesta una medalla ó un escapulario del Sagrado Corazón. Sucedió poco en Velaine-sur-Sambre, que un minero al día de su agregación se echó al cuello una medalla del Sagrado Corazón. Tres días después, cae de una altura de doce metros, y el andamio entero cae sobre él. Hace un acto de contrición, invoca al Corazón de Jesús, cuya imagen traía puesta, al momento se siente reanimado, desprende la mano derecha y sale sin haber experimentado lesión alguna.

En los peligros del alma, en las tentaciones, llevad la mano á la santa imagen y vuestra alma volará, por decirlo así, hasta penetrar en la divina llaga: hallará en la concavidad de la piedra una fortaleza inaccesible á los tiros del enemigo.

Durante la última guerra contra Prusia, un guerrero francés recibió una bala en el corazón. Hubiera debido caer muerto, y no obstante quedó en pie. La bala se detuvo en el escapulario que llevaba puesto con la

santa imagen, y el Corazón de Jesús hizo ver una vez más que El es la resurrección y la vida.

Yo establecí el Apostolado en el campo de batalla de Sedán. El párroco de la aldea donde se estaba dando el combate, me enseñó en el cementerio, que acababan de consagrar al Corazón de Jesús lo mismo que la iglesia, una cruz, diciéndome: "Ahí descansa el cadáver de un coracero francés. En vez de echarle en el foso común junto á los demás cadáveres, le hemos enterrado con tantos honores como si hubiese pertenecido á la parroquia. Se le hicieron los funerales y exequias de la iglesia, y le dedicaron esta sepultura porque se le halló sobre su corazón la medalla de guardia de honor del Sagrado Corazón." Y el venerable sacerdote me enseñó la medalla.

DÉCIMA PROMESA

Daré á los sacerdotes la gracia de mover los corazones más endurecidos.

Para recompensar á los sacerdotes que se hacen apóstoles de su devoción y honran su Divino Corazón, Jesús imprime en ellos el sello de su bondad, de su misericordia y de su admirable caridad. Su palabra es una espada que penetra en el corazón, no para herirlo, sino para cortar los lazos que el enemigo de Dios ha formado. No conozco ejemplo que pruebe mejor esta aserción que el de San Francisco de Sales.

¿Quién ignora que era un verdadero adorador del Corazón de Jesús? Por eso convirtió á un ejército de pecadores. Un ejército, ¿mas no es esta una exageración? No, pues convirtió setenta y dos mil pecadores. ¡Qué ejército tan hermoso!

UNDÉCIMA PROMESA

Concierne sobre todo á los verdaderos celadores de los intereses y de la gloria del Corazón de Jesús. Se cumple en favor de los que se esfuerzan por extender esta regia devoción y la de su bendito apostolado.

Sus nombres, dice Jesús, serán escritos en mi Corazón y jamás serán borrados de él.

Lo cual significa que á veces, por un milagro, Nuestro Señor escribe realmente en su Corazón el nombre de una persona á quien ama. La beata Batista Varani, duquesa de Conmerino, obtuvo este notable favor. Cuenta ella misma, que para recompensar un acto que había agradado soberanamente al Divino Corazón, Jesús se dignó aparecérsele. “Levantó el brazo con solemnidad,, dice, “y vi escritas con grandes letras de oro al través de las llagas de su Corazón, estas palabras: *Ego te diligos Camilla*, te amo, Camila., Este era su nombre. Pero esta promesa significa, sobre todo, que si uno

es verdaderamente celador, escribirá Jesús el nombre de este fiel amigo suyo en la memoria de su Corazón, es decir, que no le olvidará jamás en la distribución de sus gracias y de sus más inestimables favores.

También escribirá su nombre en un hermoso trono del cielo y no permitirá que sea borrado jamás. Antes de bajar del púlpito, permitidme que os hable también de la más maravillosa de todas las promesas, y no os sorprendais de que vuelva á repetirla, pues quisiera estuviese grabada en letras de oro en todos los corazones.

“En el exceso de la misericordia de mi Corazón, etc.,” Ha dicho que para cumplir esta promesa, no es necesario que Jesús haga un milagro; basta que dé, por medio de una inspiración, conocimiento del día de la muerte, y para probarlo he citado ya dos ejemplos. He aquí otro tercero que no es menos notable:

“En 1873, establecí el Apostolado en Beez, cerca de Namur. Seis meses después, el Rdo. Párroco me escribía en estos términos: “He aquí, padre, de qué manera el Corazón de Jesús acaba de cumplir la admirable promesa que les predicó V. á mis feligreses:

“El señor Cura de Bois-de-Villers se hallaba en mi casa; la nieve caía con fuerza; los caminos estaban intransitables. Habíamos convenido en que no volvería á su parroquia hasta el sábado, cuando de repente me dice:—Es necesario que me marche.—Pero ¿por qué cambia V. de resolución? Tiene V. para ello algún motivo grave que no se le había ocurrido antes?—Ninguno.—Entonces, no hay razón alguna para marcharse, pues corre riesgo de perecer en el camino.—Si no puedo seguir adelante, no me detendré en tal punto que indico; pero es preciso que parta.,” Se marcha, y en el camino

otro sacerdote le insta para que no prosiga; pero en vano: sigue su camino y llega, pero en vez de ir directamente á su casa, entra como por instinto en una casa de la aldea. Al abrir la puerta oye estas palabras: ¿Cómo haríamos para conseguir un sacerdote ahora?

“Y ve una familia anegada en llanto al rededor de una joven que estaba en la agonía. La absuelve, corre hacia la iglesia, vuelve á toda prisa y le administra á la enferma los últimos Sacramentos. La joven murió el sábado, antes de la hora en que el cura hubiese podido llegar á su parroquia, si hubiera accedido á las instancias de los sacerdotes sus amigos. Mirad, pues, cómo el Corazón de Jesús, para cumplir sus promesas, fué quien obligó al sacerdote á regresar. El Apostolado no se hallaba establecido en la parroquia; pero la joven se había hecho inscribir en Beez y comulgaba todos los primeros viernes con puntualidad.

El cura de Beez terminaba su carta con estas palabras: “Usted ve, Rdo. Padre, que el Corazón de Jesús fué quien inspiró á mi hermano.”

Hermanos míos, honrad también vosotros á nuestro Señor, comulgando devotamente los primeros viernes; é infaliblemente, según la promesa, moriréis en gracia de Dios, pues su Corazón será vuestro seguro asilo en en la última hora. Jesús mismo os introducirá en su reino y beberéis á torrentes las delicias de los predeterminados. Pido con instancia esta gracia para vosotros por el Inmaculado Corazón de María, Reina de la bienaventuranza.

DUODÉCIMA PROMESA

La más apreciable y espléndida de todas las promesas hechas por Nuestro Señor Jesucristo á la Beata Margarita María, y que mira á la comunión de nueve primeros viernes seguidos.

PRIMER TEXTO.—*Te prometo en el exceso de la misericordia de mi corazón, que su amor todo poderoso concederá á los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final: estos tales no morirán en desgracia mía, ni sin recibir los Santos Sacramentos, y que El será mi seguro asilo en esta postrera hora.* (Vie. da la Bte. M. Marie Alacoque, par les contemporaines. Tomo I, pág. 291).

Te prometo en el exceso de la misericordia de mi Corazón, que su amor Todopoderoso concederá á los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia final de la penitencia: no morirán en desgracia mía, ni sin recibir los Santos Sacramentos, tornándose mi Divino Corazón su asilo seguro en este último momento. (*Lettre 82^e á la Mère de Saumaise*. Tomo II pág. 158). “Esta carta,, nos escribía la Rda. Madre Aloysia superiora de la Visitación, el 14 de Enero 1877, ha sido aprobada, como todas las demás, por Monseigneur de Marguerie, Obispo de Antun. Después de esta

aprobación ha sido publicada en los otros escritos de Margarita María por el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial, en el libro titulado: *Vida y obras*, etcétera, etc.

Consta evidentemente que á la beata Madre fué expresamente dirigida la promesa, y que ella la escribió tan fielmente, como le era posible, para expresar el pensamiento de Nuestro Señor.

Y como quiera que esto es incontestable, ¿cuál será la autenticidad y la autoridad de la promesa? En otros términos, ¿qué fé se puede y debe dársele?

Ante todo, diremos con el Monasterio que lo ha publicado, que, conforme á los decretos de la santa Silla Apostólica en lo que concierne á los hechos reputados como maravillosos, contados ó referidos en esta obra, que no han sido aún aprobados por la sanción de la Iglesia, no damos á los referidos, y por consiguiente á esta promesa, más valor que el puramente humano, sometiendo la apreciación de estos hechos, al fallo de la Iglesia.

¿Y cuál es este valor humano? Contestaremos, que descansa en el concienzudo examen de los censores escogidos por el Ordinario y en la aprobación del Prelado. Más para darle todo el crédito que merece, es necesario considerar quién es la persona á la cual ha sido hecha la promesa y por la que ha sido fielmente transcrita en dos cartas distintas. Por lo que toca á Margarita María, nada hay más auténtico que el breve de Beatificación, en que Pío IX la caracteriza en estos términos.

“Era para sus compañeras un dechado de todas las virtudes.

„En ella sobresalían una humildad maravillosa y gran prontitud en obedecer.

„Con frecuencia su alma, desprendida de los sentidos, estaba inundada de los dones celestiales.

„Arrastraba con su ejemplo á aquellas que entraban en la vía de la perfección y sostenía á las que corrían ya por ella.

„Nuestro Señor le dió á conocer que le sería sumamente agradable ver establecido el culto de su Sagrado Corazón y que quería confiarle esta empresa. La venerable sierva de Dios, que era tan humilde, quedó aterrorizada,teniéndose por indigna de semejante cargo.

„Consumida, menos por la enfermedad que por las llamas de la caridad, llegó al término de su vida.

„La opinión que se tenía de la santidad de la venerable Margarita María se acrecentó á su muerte, sobre todo, por la fama de los milagros atribuidos á su intercesión.

Tal es, según el oráculo de la Iglesia, el carácter, el mérito de aquella que escribió y transmitió la promesa. Y como fué—añade el gran Pontífice—un ilustre modelo de dulzura y humildad, no es extraño que el espíritu Santo la comunicara sus favores. *Cum simplicibus sermocinatio ejus.*

Además, los contemporáneos nos dicen que mucho antes de los años (1688 y 1689, época de la revelación de esta promesa, Nuestro Señor había gratificado á su sierva con su presencia actual y sensible, asegurándole que sería para siempre. ¡Qué garantía contra toda ilusión! Después de esta revelación fué cuando en vista de la glorificación del Corazón de Jesús, nuestro Monasterio, dicen sus contemporáneas, tuvo el pensamiento de

celebrar con un esplendor y lucimiento extraordinarios, la bendición de la capilla que acababa de ser construída en nuestro jardín. (Septiembre 7 de 1688.)

CONCLUSION

El carácter de Margarita Maria, la integridad de sus contemporáneas, el juicioso examen de los censores y la solemne aprobación del obispo de la diócesis, son títulos suficientes para proclamar esta promesa auténtica en el sentido de la declaración.

NATURALEZA DE LA PROMESA

Aunque esta promesa sea absoluta en apariencia, es, no obstante, de la misma naturaleza que algunas de las del Evangelio, que en realidad son condicionales, es decir, cuya realización depende de ciertas circunstancias ó disposiciones especiales de que sólo Dios es juez.

¿Qué promesa hay más absoluta, al parecer, que la que Nuestro Señor hizo á sus Apóstoles? "Todo lo que pidiereis á mi padre en mi nombre os será concedido."

Y sin embargo, su realización depende tanto de las disposiciones del que ora, como de la naturaleza de las cosas que pide. Buen ejemplo de esto es el Apóstol San Pablo.

¿Qué promesa hay al parecer más absoluta que esta otra? El que come mi carne y bebe mi sangre vivirá eternamente. Judas, según se cree comúnmente, ha comido esta carne y bebido esta sangre; vivirá por eso eternamente en la gloria? Lutero, Calvino y millares de católicos que mueren en la impenitencia final, ¿vivirán acaso eternamente? No obstante, ellos han comido y quizá con excelentes disposiciones, el Pan vivo bajado del cielo y que da la vida eterna. ¿Y por qué han perecido á pesar de la promesa y de la fidelidad de Dios? Por qué no han seguido cooperando á la gracia.

Pero se dice, á veces vemos morir sin sacramentos á hombres que han comulgado nueve meses seguidos el primer viernes y aún han continuado haciéndolo de una manera edificante los mismos días. ¿No se podría afirmar, por consiguiente, que la promesa es falsa y que no es nuestro Señor quien la ha hecho, puesto que no se ha realizado? ¿No debemos sacar esta conclusión? Pues si como se supone, las disposiciones han sido agradables al Corazón de Jesús, ¿quién puede asegurar que tan ferviente cristiano no haya recibido de Dios por una providencia extraordinaria la gracia de la contrición perfecta? ¿Quién, por otra parte, se atreverá á decir que si este hombre vivía tan piadosamente, Dios no le ha dado una contrición tan intensa, que ha entrado en el cielo sin pasar por el Purgatorio y sin experimentar los terrores y las angustias de la muerte? En este caso, ¿quién dirá que la promesa no ha sido emi-

nentemente realizada? Digo eminentemente, porque le ha ahorrado al justo los tormentos ordinarios de la muerte, concediéndole el rarísimo privilegio de no ir al Purgatorio. Además, para afirmar que la promesa no se ha realizado, tendríamos que conocer perfectamente las condiciones que Dios requiere y las disposiciones interiores de las cuales El sólo es Juez.

Pero vemos con frecuencia que la promesa se realiza de una manera explícita en muchos casos, en que los adoradores han dado pruebas de tener disposiciones gratas al Divino Corazón.

¿Cuáles son estas disposiciones?

Las principales deben ser, en nuestro concepto, la gratitud, la caridad, la compasión y el celo.

Gratitud por el incomparable beneficio que se ha recibido; caridad, la más conmovedora hacia las almas del Purgatorio, la compasión más tierna para el Corazón de Jesús, abandonado, menospreciado, ultrajado en el sacramento de su amor, celo ardiente por la conversión de los mayores pecadores. Es evidente que si estas disposiciones se encontrasen en un corazón, Dios haría un milagro antes que dejar morir á esa persona en la impenitencia final ó en su desgracia. Y como es imposible que se deje vencer en su generosidad, se puede esperar con más firmeza aún que cumplirá del todo su promesa, ya sea de la manera expresada, ya sea eminentemente.

En primer lugar, podemos considerar el agradecimiento como una de las principales disposiciones. Tanto conmueve la gratitud al Corazón de Jesús, cuanto le hiere la ingratitud.

La ingratitud, dice San Jerónimo, es un viento abra-

sador que seca la fuente de las gracias; la gratitud por el contrario, hace bajar del cielo el rocío de la gracia cuya inagotable fuente es el Corazón de Jesús. *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.*

Si después de haber comulgado por nueve primeros viernes seguidos, un cristiano en lugar de decir, "ya todo está hecho, ya no comulgaré más que cuando sea necesario ó si acaso en alguna festividad,, si en lugar de decir esto, repito, toma la resolución de seguir ofreciendo á Jesús un trono en su corazón el día que le recuerda el viernes en que dió por él su preciosísima sangre, ¿será por ventura Jesús avaro para con él? Ciertamente que no, y este fervoroso celador puede esperar con tanta más confianza que será el más caro objeto de la magnificencia de Jesús y su confianza será aún mayor, si sigue comulgando por caridad en sufragio de las ánimas del Purgatorio.

En efecto; puesto que Nuestro Señor ama con ternura á esas almas, no hay cosa más grata á su Corazón que el abrir los tesoros de la Iglesia y poder aplicarles los méritos de su preciosísima sangre.

Juzgad, por medio de la siguiente suposición, cuál será su gratitud para con sus libertadores.

Un hijo tiernamente amado, se olvida del mejor de los padres; pero en breve vuelve en sí, reconoce sus agravios, los confiesa y pide humildemente perdón. El padre le perdona por su arrepentimiento, mas para hacer concebir á los demás hijos un justo horror de la falta, condena al culpable á ser encerrado durante algún tiempo en un oscuro calabozo. En el momento de correr el cerrojo, le dice con lágrimas en los ojos: "¡Adiós, hijo mío, adiós, hasta de aquí á dos meses ó un año;

adiós!, mientras tanto no verás á tu padre. Y el niño, en vez de quejarse se muestra tan resignado y juicioso, que le dice: ¡Adiós, padre amado, mi único dolor es el de haberos ofendido! ¡Oh, Padre mío, dejadme besar antes de separarme de vos la mano tan justa que me castiga., Y el padre, alargándole su mano, vuelve el rostro para ocultar sus lágrimas. Y acabando de cerrar, exclama: “¡Oh! ¿por qué he de verme obligado á prolongar el castigo, niño querido de mi corazón? Pero, he aquí que un amigo se presenta para suplicar al padre y ofrecerle satisfacción. “¡Oh, qué dicha, exclama el padre, me proporcionáis el dichoso medio de unir la clemencia á la justicia y de hacer triunfar la misericordia!, Vuestra súplica satisface por la deuda de mi hijo. “Ven, hijo muy amado, ven á echarte sobre mi corazón; pero bendice al amigo que te ha libertado, demuéstrale tu gratitud y ven con él á participar de mis favores.,

Pero si para ganar indulgencias plenarias con el objeto de libertar á las almas que sufren en la cárcel del Purgatorio, seguis comulgando los primeros viernes del mes, ¿no sois semejantes á ese libertador y no merecéis que Jesús, el más tierno, el más generoso de los padres, os diga: “Bendito seas para siempre tú que me procuras la satisfacción de unir la clemencia á la justicia y de hacer triunfar la misericordia?, ¿Por ventura no ama Jesús más á esas almas justas de lo que puede amar el mejor de los padres al hijo más querido de su corazón?

La compasión hacia Jesús y el celo de su gloria, pondrán el colmo á vuestra confianza.

El mismo día en que el amor extremado del Divino

Corazón estableció la Eucaristía, previó que en este Sacramento sería menospreciado, crucificado y glorificado hasta el fin de los siglos.

Menospreciado por millones de indiferentes que se obstinan en negarle la entrada en su corazón; crucificado por sacrílegos que le trocarán en Calvario su culpable corazón; glorificado por los fieles cristianos que le recibirán dignamente, y sobre todo por las almas fervorosas cuyo manjar, dicha y gloria consistirá en darles á menudo un trono en su corazón. En favor de estas benditas almas que ha previsto al través de los siglos se ha expuesto al menosprecio y á ser crucificado. ¿Y á qué menosprecio, á qué calvario se ofrece? ¡Ah! escuchad... El mismo es quien habla y expresa su dolor: “He aquí, dice, he aquí ese corazón que ha amado tanto á los hombres y que nada ha escaseado hasta la consumación del sacrificio para demostrarles su amor. Y en pago no recibo de la mayor parte de ellos más que ingratitudes por sus irreverencias y sacrilegios, y por la frialdad y menosprecio que para conmigo manifiestan en este sacramento de amor, ¿Y cómo nos muestra ese Corazón? Nos lo presenta rodeado de espinas y con una cruz plantada en la sagrada llaga, y de su ancha, ensangrentada y abierta herida, salen con grande ímpetu las llamas de su tierno amor.

“Jesús, ¿á qué viene esa cruz? ¿Qué significan esas crueles espinas alrededor de vuestro Corazón?, Una voz parte de la herida y me dice: “Los judíos plantaron la cruz en la roca y los cristianos la plantaron en mi corazón. Los soldados romanos han clavado espinas en mi cabeza... ¡Oh, qué suplicio tan cruel!... pero los cristianos que me desprecian y no se dignan, ni aún en la Pascua,

darme un lugar en su corazón, clavan en el mío la corona de espinas... y mi Corazón es más sensible que la cabeza. ¡Oh, quién podrá quitar de mis sienes ensangrentadas esa corona de dolor!... ¿quién podrá arrancar esa cruz? “Yo, Jesús mío, exclama un padre de familia; yo, dice un joven fervoroso; yo, exclama una pobre madre, una joven, un niño; yo, dice un operario cristiano que sacrifique su sueldo y parte de su pan; yo lo haré, Jesús, yo tendré esa dicha; purificaré mi alma la vispera del primer viernes, me acercaré en ese día que os es tan grato á la Sagrada Mesa y os diré: Entrad, oh Dios de bondad, pues os he preparado un trono en mi corazón., Jesús, conmovido de vuestra compasión, os dirá también, bendito seas, eternamente has reemplazado la corona de espinas por una corona de gloria; te glorificaré en mi reino y aun en este mundo. Abriré para tí tesoros de gracia y de salvación y mi corazón será tu seguro asilo en tu postrera hora.

Por fin, si mi ardiente celo por la salvación de las almas viniese á coronar tan nobles y santas disposiciones, ¿cuál no sería el agradecimiento del más tierno y más generoso de los padres? Un alma vale tanto como su sangre: el alma del más perverso de los hombres es tan preciosa á sus ojos que si para salvarla fuese necesario dejarse crucificar otra vez, se apresuraría á ofrecer por ella sola sus manos, sus pies, su Corazón, entregándolos á merced de sus crueles verdugos. Cómo no manifestaría, no digo su liberalidad, sino su magnificencia, es decir, el esplendor de su bondad y de su caridad hacia un niño que, para convertir á su desgraciado padre hecho un impío ó á su hermano, ó á su hermana, ó aun y principalmente al enemigo de su familia y de su reli-

gión, comulgase si fuera posible, los primeros viernes? ¿Cómo el buen Jesús, el Salvador, el Redentor, no abriría sus más ricos tesoros en favor de todo celador que, merced á sus frecuentes comuniones, pudiese guiar á los apriscos del Buen Pastor una oveja errante, extraviada y en peligro de ser presa del lobo, de la serpiente ó del tigre infernal, un alma que tan cara le ha costado?

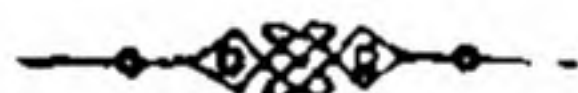
¡Cuán perfectamente se había penetrado de estos sentimientos cierto abogado, cuyas virtudes y celo por la gloria del Corazón de Jesús y los intereses de la Iglesia, de su jefe y de la patria eran objeto de admiración en el país en que vivía! Mas ¿á quién fué deudor de esta dicha? Al Corazón de Jesús, que tanto honró con el Apostolado de la Oración. Juzgad por lo siguiente:

Después del establecimiento de esta santa Liga, el nuevo socio formó el proyecto de comulgar los primeros viernes, para conseguir el maravilloso resultado de la promesa. Fué tan fiel á esta resolución, que, para recompensarla, Jesús le inspiró el pensamiento de seguir ofreciéndole este homenaje; dócil á la inspiración de la gracia, nunca dejó de comulgar el primer viernes del mes. Una gracia atrae á otra. Jesús, conmovido de la piedad del abogado, le excitó á acercarse con más frecuencia aún al sagrado banquete; más fiel que nunca, recibió desde entonces los divinos Sacramentos, no sólo los primeros viernes, sino también las principales fiestas.

El año 1876, la Pascua de Navidad, fué para el celador un día de bendiciones: comulgó con mucho fervor. Ocho días después, el 1.º de Enero de 1877, fué á oír Misa para comulgar, como buen católico. Durante el augusto sacrificio, tenía en sus manos un devocionario, y

estaba hablando en su interior con Dios. Vino la muerte, pero vino en el templo, y le hirió; pero su golpe no fué decisivo: el adorador del Sagrado Corazón aún respiraba. Recibió el sacramento de la Extrema Unción, y expiró, después de la absolución general que se da administrados los últimos Sacramentos. ¿Dónde esta su alma? Preguntádselo á Dios, y os contestará: "Ese abogado me ha sido fiel para honrar mi divino Corazón; ha dejado los negocios del tiempo por los de la eternidad; me ha ofrecido con frecuencia un trono en su corazón, particularmente el día que recuerda mi muerte y la transfixión de mi Corazón: justo era que mi Corazón fuese su asilo seguro en su postrera hora, y es justo que le coloque en un glorioso trono en el cielo."

Pido la misma felicidad para vosotros todos, por la mediación del Inmaculado Corazón de María. Amén.



LA FESTIVIDAD

DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS



¡Divino Corazón! ¡Cuántos amores
En tus íntimos senos atesoras
Para el hombre que, ingrato á tus favores
Recibe con desdén!
Más se aparta de Ti por el olvido,
Más te le acercas Tú por el cuidado;
No hay amor en el mundo más crecido
Que el tuyo, Dulce Bien.



Al que respira, frío como el hielo,
Le ardes con una chispa de tu hoguera,
Y le anticipas en la tierra el cielo
Y sus gozos le das.
Tal le trasformas Tú, que de ventura
Sin término se cree penetrado,
Aun cuando bogue en mares de amargura,
Si tú delante vas.

Son los humanos pechos la morada
Donde consumas misteriosas bodas,
En que infundes á seres, que son nada,
Tu vida y tu Virtud.
En día como el que hoy tranquilo brilla
La feliz Margarita de Alacoque
Testigo y centro fué de maravilla
De santa excelsitud.

A su pecho te uniste en la manera
Que la planta y la flor, y que dos rayos
De luz, cruzando con igual carrera
El inmenso zafir.
Y vivió desde entónces con tu aliento,
Y se vistió el cendal de tu pureza,
Y de tu amor al dulce arrobamiento
Se tuvo que rendir.

Feliz con el poder de tus victorias,
Habló de ellas al mundo conmovida,
Y se hizo pregonera de tus glorias,
Hasta hacerte adorar.
Y hoy en el reino universal del Cristo

No hay sitio ni escondido, ni remoto,
Que á tu honor levantarse no haya visto
Un templo ó un altar.

¡Feliz mujer! que obedeció al suave
Impulso de tu voz, como al reclamo
Del ingenioso cazador el ave
De la montaña azul!
Y bendito, bendito, Tú, que lleno
De ansiedad, siempre buscas al que huye,
Ingrato, del abrigo de tu seno!
¡Bendito siempre Tú!

Como amas á los hombres, así quieres
Ser amado por ellos, aunque valen
Menos que el polvo, é infinito Tú eres
En grandeza y poder.
Abismo de bondad que no se agota
Por más que eternamente de sus centros
Todo bien surge, y toda fuerza brota
Y nace todo ser.

Deja libre el raudal de tu dulzura
Y lograrás, ¡oh! buen Jesús, al cabo
Su ingratitud y proterva dura
Con amor dominar.
Así será; los hombres son tu herencia,
Día habrá en que los entres á tu reino,
Y, felices, allí con tu presencia,
Te alaben sin cesar.